



KAILAS

Mo Yan

EL SUPPLICIO
DEL AROMA
DE SÁNDALO

檀
香
刑

Premio Nobel de Literatura 2012

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez



Mo Yan

EL SUPPLICIO
DEL AROMA
DE SÁNDALO

檀
香
刑

Premio Nobel de Literatura 2012

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

Sinopsis

El suplicio del aroma de sándalo es una historia de amor y una crítica a la corrupción política durante los últimos años de la dinastía Qing, la última época imperial china.

Una orgía de violencia y compasión, de humor feroz y crueldad que desvela el gusto de Mo Yan, Premio Nobel de Literatura 2012, por el juego de contrastes. La novela transcurre durante la Rebelión Boxer (1898-1901), una lucha antiimperialista librada por agricultores y artesanos contra la influencia occidental.

En 1900 una revuelta popular estalla en las obras de la vía férrea que está siendo construida por los alemanes y que atravesará la provincia de Shandong. En torno a Sun Meiniang, la joven más hermosa de la subprefectura de Gaomi, se entrelaza el destino de cuatro hombres: su padre, Sun Bing, actor y cantante de la ópera tradicional de Maoqiang y héroe de la insurrección de los Puños Divinos de la Justicia y la Concordia; su marido, Xiaoja, el carnicero estúpido y soñador; su amante y subprefecto de Gaomi, Qian Ding, y su suegro, Zhao Jia, el verdugo oficial y comisionado de la gran dinastía Qing. El subprefecto de Gaomi está obligado a detener a Sun Bing y llevarlo ante la Justicia para ejecutarlo con la más cruel de las torturas: el suplicio del aroma de sándalo.

Concebida como una ópera clásica, lírica y virtuosa, El suplicio del aroma de sándalo está compuesta por todo tipo de suplicios, y describe los últimos tiempos del universo tradicional chino.

El suplicio del aroma de sándalo [1](#)

檀香刑

Mo Yan

Traducido del chino por Blas Piñero Martínez



Título original: Tan xiang xing

Copyright © 2001, Mo Yan

All rights reserved

© 2014 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

© 2014 de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez

Diseño de portada: Marcos Arévalo

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16023-47-9

ISBN papel: 978-84-16023-01-1

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Nota sobre la traducción

La «novela larga» (*changpian xiaoshuo*) *El suplicio del aroma de sándalo* (*Tan xiang xing*) se empezó a escribir en otoño de 1996 y fue publicada por primera vez en marzo de 2001 en la Editorial de los Escritores de Pekín (*Beijing zuojia chubanshe*) con la caligrafía del escritor Jia Pingwa, nacido en 1952, en la portada. La edición que hemos utilizado para la presente traducción pertenece a la Editorial de las Artes y las Letras de Shanghái (*Shanghai wenyi chubanshe*) que fue publicada en octubre de 2012 y consta de 418 páginas. Esta edición cuenta con un postfacio (*houji*) de Mo Yan titulado «Un gran paso atrás» (*da tabu chetui*), en donde se exponen las circunstancias bajo las cuales se compuso y se escribió *El suplicio del aroma de sándalo*. Además de «novela larga», *El suplicio del aroma de sándalo* se inscribe en la categoría de «novela histórica china» (*Zhongguo lishi beijing xiaoshuo*) y es uno de los ejemplos más logrados de la metaficción historiográfica en las letras chinas contemporáneas. *El suplicio del aroma de sándalo* es, según las palabras del propio Mo Yan en su epílogo, «Un gran paso atrás», la novela más «china» y la que será, sin duda, la más difícil de comprender y apreciar por parte del lector occidental. *El suplicio del aroma de sándalo* está escrito en la lengua vernácula de finales del siglo XIX, en plena revuelta de los Puños Divinos de la Justicia y la Concordia (los bóxers) y los últimos años de la última dinastía imperial —la dinastía Qing (1644-1911)—, y en él se emplean muchas de las variantes regionales habladas en Pekín y en la provincia de Shandong. Nuestra traducción ha trasladado este lenguaje al español moderno. *El suplicio del aroma de sándalo* toma prestados, además, la estructura y el lenguaje de una ópera tradicional china. Hay un uso constante de pasajes ritmados sirviéndose de diferentes estilos y de juegos de sonidos onomatopéyicos a los que la lengua china y la ópera tradicional —la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato, en la novela— son muy dadas y que, a menudo, resultan de difícil transposición en español. Uno de los criterios de esta traducción ha consistido en conservar en la medida de lo posible esos

juegos de sonidos con el objetivo de acercar el texto español a lo que un espectador de ópera china puede percibir cuando asiste a este tipo de representaciones. A estas dificultades, cabe añadir la falta de una equivalencia en español a muchos términos de la época que emplea Mo Yan en su narración. Por ello, hemos preferido no forzar una equivalencia en español, que desnaturalizaría el texto, y dejar el término chino con una nota explicativa. Tanto por el contexto histórico, social y cultural en el que transcurre la novela como por el estilo preciosista y extremadamente alusivo —el que emplea constantemente Mo Yan en su novela—, nuestra traducción viene acompañada de un aparato de notas situado deliberadamente al final del libro para no entorpecer la fluidez de la lectura y con el fin de que el lector pueda, si lo desea, leerlo. Ello le ayudará sin duda a obtener una comprensión de la novela más cabal y podrá conocer con más detalle el intenso calado y el valor connotativo de esas numerosísimas alusiones históricas, culturales y literarias que constituyen *El suplicio del aroma de sándalo*.

Blas Piñero Martínez, 2014

La cabeza del fénix [2](#)

Capítulo primero

Meiniang saca la rabia que lleva dentro

El sol amanece rojo (parece un incendio ardiendo al este del cielo), y en la bahía de Jiaozhou, son los soldados alemanes quienes han hecho su aparición (cabellos rojos, ojos verdes). En los campos han surcado las vías del ferrocarril y han destruido las tumbas de nuestros ancestros (¡esto sulfura verdaderamente a la gente!). Mi padre lidera al pueblo, y con ellos se dirige a la guerra para combatir al alemán. Buuum, buuum, buuum..., abren fuego los cañones. (Estallidos ensordecedores). Pero solo se ven los enemigos entre ellos, los ojos solo ven el rojo, sables que cortan cabezas, hachas que lanzan el tajo, y tridentes que se cruzan, batallas sangrientas que duran todo el día, y ya no se sabe cuántos muertos cubren los campos de honor. (Todo esto aterroriza a esta pobre esclava). A mi padre (el die) le han capturado y ahora está preso en los calabozos del sur. Mi suegro (el gongdie) le va a infringir el suplicio del aroma de sándalo (¡oh, padre mío!).

Del aria *El gran dolor* [3](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo* [4](#)

I

Quién le hubiera dicho aquella mañana a mi *gongdie* 5 Zhao Jia que yo había de ser la que, al cabo de siete días, iba a ejecutarlo con mis propias manos; quién le hubiera dicho a mi *gongdie* que yo había de ser la que le iba a dar una muerte a lo grande, la que iba a ejecutarlo como se ejecuta al viejo perro guardián que ha permanecido siempre fiel a su amo y ha obedecido al pie de la letra cada una de sus órdenes. Ni siquiera en sueños se le hubiera ocurrido. No, tampoco se me hubiera pasado a mí, por la cabeza, algo parecido, que yo, una mujer que apenas había vivido unos pocos años en este mundo, iba a ser la que iba a ejecutar a su suegro —el mismísimo *gongdie*—, e iba a hacerlo empuñando yo misma el sable. No, nunca se me hubiera pasado por la cabeza. Hacía apenas medio año, ese pobre hombre parecía haber caído del Cielo y con el tiempo acabó convirtiéndose en un verdugo a quien no le tiembla la mano cuando debe cumplir con sus obligaciones. Mi *gongdie*, el que siempre lleva puesto el pequeño gorro con forma de melón y borlas rojas, el que viste la larga bata al estilo de los mandarines y la chaquetilla de mangas anchas, el que lleva en sus manos las perlas de Buda, y el que pasea por los patios como una sombra, el que tiene ocho partes de un ministro ya viejo que piensa retirarse al campo y nueve partes de uno de esos abuelos pertenecientes a una familia de rancio abolengo que ha llenado el palacio con sus hijos y sus nietos. Pero él no es un abuelo entrañable ni un ministro, él es el verdugo del departamento de ejecuciones de la Gran Sala 6 de la capital, de su tribunal supremo, la primera cuchilla de la gran dinastía Qing, las manos que cortan las cabezas, la crueldad que ha pasado de una dinastía a otra, que ha producido todo

tipo de especialistas; él ha pasado cuarenta años en este ministerio, ha cortado innumerables cabezas, más que las sandías que se recogen en un año, y se ha servido de sus palabras.

Al llegar la noche, algo me preocupaba enormemente y no podía dormir bien; me levanté del *kang* [7](#) y me fui a la cocina para prepararme una torta. Era por mi *qindie* [8](#), mi querido y verdadero padre, Sun Bing, a quien lo había metido en prisión el magistrado de esa demarcación provincial, el que es el magistrado de la subprefectura de Gaomi [9](#), Qian Ding, al que llaman el gran padre de nuestra ciudad-condado, Su Señoría, el subprefecto de Gaomi, ese perro impío y cruel; y para colmo el *die* [10](#) de mi familia nunca estaba satisfecho con su vida, nada le valía a mi padre. Yo no dormí bien esa noche, me sentía ofendida y confusa. Más intentaba dormir, más me ofendía esa situación; y más me sentía ofendida por esa situación, menos podía dormir. Oía a los perros ladrar detrás de la verja. También oía a los cerdos agitados, nerviosos, guarreando de un lado a otro porque también intuían lo que les iba a pasar. Los gruñidos de los cerdos se habían convertido en los ladridos de los perros, y los perros gruñían como los cerdos. En la víspera de la muerte seguían interpretando el teatro de la vida. Pero los perros ladran y gimen, siguen siendo perros; los cerdos gruñen y sudan, siguen siendo cerdos; y el *die* que pierde el *qin*, es decir, su relación de parentesco, su obligación legal de protegerme porque le pertenezco, sigue siendo un *die*, un padre. Ladridos, gruñidos; los van a sacrificar, agonizarán. Morirán agonizando, morirán ofendidos. Y de repente, son conscientes de que la muerte está cerca. La muerte de mi querido padre también estaba cerca. Este tipo de cosas, comparadas con las que conciernen directamente a la gente, atraen todavía más atención —la gente se queja más— porque el olor de los cerdos y los perros que van a ser sacrificados al amanecer sale directamente de mi casa y es un olor intenso —esos animales ya huelen a sangre—. Dicen que, bajo la luz de la luna, se ve cómo el alma de los cerdos se desprende de sus cuerpos. Los cerdos y los perros lo saben: será mañana temprano, cuando el sol rojo aparezca en el cielo, que ellos serán sacrificados. Allí ven la figura del rey Yan [11](#) —el rey de los Infiernos y el dios de la muerte—. Esos animales no paraban de gemir, el último grito antes de ser aniquilados definitivamente. Y tú, mi *qindie*, encerrado en esa celda, ¿qué tipo de condenado a muerte eres? ¿Tú también estás gimiendo como esos perros y sudando como esos cerdos? ¿Sigues cantando la ópera de Maoqiang [12](#), la de la melodía del gato? Yo oía lo que se decía de esas celdas: había gusanos que eran gordos como dedos pulgares, gusanos apestosos que llenaban las celdas de los condenados a muerte y acababan engordándose como vainas de guisantes. Tú, mi *qindie*, tú que vivías días tranquilos..., ignorabas que del cielo te iba a caer esa losa. En un abrir y cerrar de ojos te van a ejecutar en la celda de los condenados a muerte. Tú, mi *qindie*...

El cuchillo entra blanco, el cuchillo sale rojo... Mi marido, Zhao Xiaojia —el hijo

del *gongdie* Zhao Jia—, es el encargado de matar los perros y despedazar los cerdos, y se ha forjado una buena reputación como carnicero en toda la provincia; es un tipo alto y grande como un caballo, su cabeza es como un melón y ya no le queda un solo pelo, y tiene unos bigotes que le caen por la barbilla. Durante el día parece que no sabe ni dónde está; y por la noche, se convierte en un tronco rugoso. Desde que me casé con él, me cuenta sin descanso las interminables historias que su madre le contaba sobre los *huxu*, esos barbudos de la Ópera de Pekín. Más tarde, y vete a saber el porqué, empezó a tomarle gusto a ese tipo de personajes y sus historias. Cuando llegaba la noche me molestaba con sus exigencias; quería que le cantase una de esas bellas y tristes melodías, y que me vistiese con los atuendos dorados de una de esas cantantes de la ópera pekinesa a las que les cuelgan de los labios esas barbas largas que denominan los bigotes del tigre. Este idiota se me pegaba así cada noche, era un ser pegajoso —una de esas vejigas membranosas llenas de gases que tienen los peces para flotar—, y había que tomarlo como venía porque yo era su esposa, y yo me veía obligada a prepararle algunas hierbas y dárselas para tranquilizarlo. El idiota se acurrucaba en la parte superior del *kang* y no tardaba en ponerse a roncar, luego gruñía, se chupaba repetidamente los labios —un gesto facial que era habitual en él— y se ponía a hablar cuando ya se había quedado dormido: «Padre, padre, padre —clamaba en voz alta—, mira, mira, mira, un bobo y una cara bonita...». ¡Ojalá te pudras en el infierno! Cuando se me acercaba le daba una patada, y él retiraba el cuerpo y se giraba, entonces empezaba a lamerse de nuevo los labios como si hubiese tragado algo delicioso. Luego continuaba soñando vete a saber qué, respiraba hondamente y sin parar, le rechinaban los dientes, y eso era todo, esa era la idiosincrasia del simplón que vivía a mi lado.

Me doblo y me siento en un taburete; mi espalda se apoya en el muro y coge el frío de los bosques que ahí se yerguen estampados. Veo a través de la ventana lo que me depara el exterior. La luz de la luna es como el agua, la luz de la luna lo llena todo. Los ojos de los perros brillan detrás de la verja y luce la pequeña linterna verde, y un destello, dos destellos, tres destellos, el parpadeo de la luz, un disco, el aura de la linterna. Hay los gusanos del otoño, solos, ahora enviudados, y el lamento de una bestia —ese grito intenso, frío y distinto—. El sereno que calza las botas enceradas de suela de madera recorre la camilla de piedra verde que se extiende sobre la estrecha calle principal. Sobre el pavimento empedrado va marcando sus pasos y se oye el *bang, bang* que marca las horas, el *dang, dang* del gong, que anuncia que ya se ha entrado en el tercer *geng* [13](#) y son más de las once de la noche. A partir del tercer *geng*, la noche se cierra y la gente se serena. La ciudad duerme, pero yo no puedo cerrar los ojos, como tampoco pueden hacerlo los perros y los cerdos. Mi verdadero padre, mi *die*, tampoco puede cerrar los ojos.

Rarra, rarra, rarra... es el sonido que produce el ratón cuando roe la madera, y

por eso cojo la escoba y los espanto, y los ratones salen corriendo, despavoridos. Oigo algo en la habitación del *gongdie*; de ahí viene un sonido amortiguado pero insistente, y las habichuelas tiemblan sobre la mesa. Más tarde lo supe. Esa antigualla no está contando las habichuelas, sino que está contando las cabezas que ha cortado durante el día. Una habichuela representa una cabeza. Ese maldito, esa antigualla con el cabello alborotado —lo que prueba que es un mal hijo porque no respeta la piedad filial al no peinarse correctamente—, sigue cortando cabezas hasta cuando sueña. Esa antigualla con el cabello alborotado... —ya lo veo— es un fantasma con la espada afilada en la mano, y ella decapitará a mi padre, como lo ha hecho con todas aquellas cabezas que han rodado por la calle principal. Los niños irán detrás de su cabeza y le darán patadas como suelen hacer con las cabezas cortadas por el *gongdie*. La cabeza de mi padre seguirá a los niños, irá con sus pies dando saltos por la calle hasta llegar al portal de mi casa, y luego entrará en el patio. La cabeza de mi padre rodará en el patio de mi casa y a los niños les sustituirán los perros, los cuales se pondrán a jugar con la cabeza como si fuera una pelota. La cabeza de mi padre ya ha pasado por muchas cosas, y al final acabará siendo un objeto para la diversión de los perros. La larga coleta [14](#) que le cuelga de la nuca servirá de látigo y escoba al mismo tiempo ante la mirada atenta de los perros, que la rodearán y le ladrarán no demasiado contentos; pero jugarán con ella, la llevarán de un lado a otro del patio hasta caer en algún charco sucio donde los renacuajos relevarán a los perros. Del charco saldrá la coleta, y al final solo quedará eso de la cabeza de mi padre: la coleta de un buen y fiel súbdito de la dinastía manchú de los Qing. El resto se lo habrán comido los renacuajos...

El cuarto *geng* ha sonado —lo ha anunciado el sereno de la calle con el gong—, y me ha despertado de la pesadilla en la que estaba inmersa. Mi cuerpo se ha llenado de un sudor frío que se ha secado. Mi corazón no es un corazón, sino una masa deformada que hace de corazón y amenaza con salirse del pecho. El *gongdie* sigue contando las cabezas, esa antigualla... Ahora comprendo por qué se ha convertido en este tipo de persona. Mi cuerpo emite frío como si yo ya hubiese pasado a mejor vida. Lo siento lejano, ausente, y separado de mi mente. Hace seis meses que el *gongdie* ocupa los aposentos del Sol Naciente, los que dan al sur en la residencia principal; y más que una habitación con estas características, es tan fría que se ha convertido en una tumba, en un bosque oscuro e impenetrable. Ni siquiera los gatos se atreven a perseguir a los ratones. Yo no me atrevo a entrar en sus aposentos. Si me aventuro a entrar, la piel se me llena de pústulas. Zhao Xiaojia, sin embargo, sí que entra en esta habitación. No le importa quedarse horas y horas junto a su *die* como un niño que se consuela junto a su padre, y le cuenta historias de todo tipo. Así el viejo se entera de lo que se dice en la calle. En esos momentos, el hijo del *gongdie* no parece tener más de tres años. Cuando tiene un mal día, mi marido no sale, simplemente, de los

aposentos de su padre. Ni siquiera pasa la noche a mi lado. El muy estúpido lo confunde todo: se cree que su padre es su mujer, y su mujer su padre. Así actúa cuando se le tuercen las cosas. Para mantener la carne maloliente que no se ha podido vender durante el día, Zhao Xiaojia la recoge toda y la cuelga del techo de la casa de su *die*. ¿Quién se va a atrever a decirle que es un idiota? ¡Pues nadie! Cuando el *gongdie* sale a la calle, hasta los perros rabiosos se quedan pegados a los muros aullando como cachorros abandonados. Hay algo que parece todavía más misterioso. Dicen que cuando el *gongdie* sale a la calle le da por tocar los troncos de sauces y estos se ponen a temblar y las hojas vibran. Me he puesto a pensar en mi querido padre, Sun Bing. Esta vez la has hecho gorda, tú, mi *qindie*. A ti se te puede comparar con la concubina Yang Guifei [15](#) y sus días en la montaña de Anlu, o con Chen Yaojin [16](#) de la dinastía Tang, que robó y sometió al último emperador de la dinastía Sui. Padre, tú has llevado una vida muy difícil, llena de desgracias. Y pienso en Qian Ding, el gran *laoye* Qian —Su Señoría Qian—, nuestro señor y protector, el que obtuvo el grado de *jinshi* [17](#) en los exámenes oficiales, el máximo rango en las oposiciones a letrado-funcionario, el hijo exitoso de buena familia, el joven funcionario que gestionó con brillantez los asuntos internos de la subprefectura y que ha traído prosperidad a sus habitantes, el alto funcionario del régimen imperial de Qing cuyos padres también fueron funcionarios, y que es ahora mi *gandie* [18](#) —mi padre adoptivo, mi padre ante la ley, el que debe protegerme de los peligros si estos me acechan—, usted, ese viejo mono lleno de energía que ha mirado a otro lado como un vil cobarde. La sabiduría popular dice: no debes mirar la cara del monje, sino la de Buda directamente; no debes mirar el pez, sino la superficie del agua. Es decir, usted, mi *gandie*, no debe mirar la cara sentimental de jovencita soltera que le he puesto en el *kang* durante estos tres años, lo que debe pensar es que durante estos tres años ha bebido mucho del licor amarillo del frasco que yo le daba. ¿Lo entiende ahora? Usted ha comido mucha de la carne de perro llena de buena grasa que yo le ofrecía, y ha oído muchos de los maullidos que yo misma le soplabo al oído para camelarle. El licor amarillo, la carne grasa, y sobre el lecho del *kang*, una joven y usted, el amo y señor de nuestra provincia. Hay que reconocer que estaba mejor servido que Su Majestad Imperial. Lo que yo le ofrecía a Su Señoría era más precioso que las sedas y los satines de las mansiones de Suzhou, y el cuerpo que le ofrecía era más dulce que el melón glaseado de Guandong [19](#); y todo ello para satisfacer las exigencias del fino paladar de un letrado-funcionario como el suyo. No sé cuántas veces entraste en la Vía, es decir, el *dao*, ni cuántas te convertiste en una inmortal. ¿Por qué no puede liberar a mi padre? ¿Por qué hizo un trato con esos demonios alemanes para encarcelar a mi padre? ¿Por qué convertisteis a mi pueblo en una hoguera? No tardé en darme cuenta de la persona cruel e impía que eras. Mi licor amarillo no se ha convertido todavía en los orines que se encuentran en las palanganas, ni mi carne de

perro es la que se da a los cerdos, ni mi talento como actriz y cantante equivale al de las prostitutas, y mi cuerpo... no es el cuerpo de un perro.

II

El repiqueteo de los palitos sobre la cajita de madera indica que ya ha salido el sol, y me levanto del *kang*, me pongo mis nuevos atuendos y me lavo la cara con el agua, me maquillo con los polvos de arroz, me añado colorete en las mejillas, y me perfumo con la fragancia de las flores blancas. De la cacerola saco una pata de perro bien hervida, la envuelvo en unas hojas de loto secas y la meto en la cesta, la saco por la puerta, y doy la bienvenida a la luna que se diluye en el oeste, tomo el camino empedrado ya enverdecido por el moho y me dirijo al *yamen* [20](#) —la oficina y residencia del alto-funcionario— que está junto a las mazmorras. En una de esas celdas es donde está apresado mi padre, y ahí es donde voy cada día; nunca falto. Y ahí está Qian Ding, ese hijo de puta. Como de costumbre, dejo pasar tres días sin traerle la carne de perro; y tú, el *laoye* Qian, dejas que cualquier capullo hijo de puta, obedeciendo tus órdenes, venga a decirme que me dé prisa, porque usted quiere verme y además tiene hambre. Hoy, cuando fui a la prisión, usted, contra todo pronóstico, hizo como si no me hubiese visto. Ha instalado delante del *yamen* su puesto de vigilancia. Y como de costumbre, cuando paso junto al *yamen*, veo a esos soldados con esas picas largas, en cuya parte final hay una cuchilla afilada, que se doblan ligeramente y miran al suelo cuando usted pasa, esos arqueros y esos pequeños funcionarios que se arrodillan y golpean el suelo con la cabeza cuando pasa el *laoye* Qian o cualquier funcionario o subprefecto. Usted, entonces, pone cara de pocos amigos, esa cara de perro, esa cara de tigre que quiere mostrar su poderío. Usted, para sorpresa de todos, deja que cuatro soldados alemanes se coloquen delante de la puerta

del *yamen*. Yo paso delante de ellos con mi cesta y la pata de perro dentro de ella, y ellos me apuntan con sus fusiles. Ellos abren la boca obscenamente, sonrían, y me enseñan los dientes, pero parece que no van en broma. Qian Ding, ah, Qian Ding..., ese traidor que se ha vendido a los extranjeros. Y esta mujer a la que se le echan los años encima, esta *laoniang* [21](#), cuando se enfurece, se atreve incluso a ir a la capital con un edicto amarillo [22](#) a sus espaldas para lanzar una acusación contra el mismísimo emperador. ¿Lo entiende ahora? Yo ya le dije a usted que comía mi carne de perro pero nunca me pagaba, también le dije que estaba casado y que debía ocuparse de su mujer como a un marido le tocaba hacerlo. Oh, Qian Ding, a su mujer le gusta apostar cabezas y relojes de oro rotos; la pobre quiere quitarle la piel de viejo tigre que tiene y hacer que salga la forma original de su marido, ese individuo cruel e impío que es usted, el *laoye* Qian.

Yo traía la cesta conmigo y tenía que pasar siempre por la entrada principal del *yamen*, y siempre oía a esos guardianes reír a mis espaldas. Ahí estaba Xiao Huzi, el pequeño tigre; tú, ese perro, esa *cosa* olvidadiza de lo que significa la justicia en este mundo, ¿acaso olvidaste que fue mi padre quien se arrodilló ante ti para pedirte clemencia? No fui yo quien te ayudó a hablar, tú, ese pobre desgraciado que vende zapatillas de esparto, ¿cómo puedes hacerte con la pica afilada para ir a recaudar el impuesto a los campesinos? Y luego tú, Xiao Shunzi, esa flor de invierno, esa flor quebrada prematuramente por el frío. No, no es la *laoniang* quien intercederá por ti. ¿Cómo pudiste convertirte en un arquero, Xiao Shunzi? Sí, la *laoniang* te hará un favor e incluso permitirá que el vigilante Li Jinbao le bese la boca y le toque el culo, y que el oficial Su Lantong también le bese la boca y le toque el culo. Vosotros bromeáis con la *laoniang* y no os inmutáis, pero poco después le esbozáis una sonrisa fría y cínica, como esos perros que miran al suelo cuando están delante del amo que los ha humillado, y vosotros sois como esos perros. La *laoniang* sabe romper los huesos sin tocar la carne, se embriaga de muerte y no le da importancia ni al dinero ni al licor de los frascos; cuando se mueve, respira con dificultad, pero cuando se vuelve, os pone de nuevo en orden.

Dejo a mis espaldas el *yamen* —ese lugar donde hay tanta gente que merece la muerte— y retorno al camino pavimentado y enmohecido que me lleva a casa. Padre, el *laoye* y la *laoniang* son unos monstruos. Tú echaste a cuarenta o cincuenta hombres porque no estaban a la altura de tu *troupe* de ópera de Maoqiang; y con tu compañía de la ópera de la melodía del gato recorríais las calles y penetrabais en los callejones estrechos; cantabais a los miembros de la corte imperial y sus generales; os disfrazabais de jóvenes virtuosas y talentosos aspirantes a letrados-funcionarios; engañabais a los beodos y a las quejonas; a veces ganabais mucho, a veces, muy poco; comíais el gato muerto y la carne podrida del perro; bebíais el licor blanco y el amarillo; os poníais morados y bebíais hasta no poder más; tú, padre, buscabas al

amigo zorro y al amigo perro; trepabais por los muros fríos y luego dormíais sobre el *kang* caliente; disfrutabas tanto de la gran fortuna como de la pequeña; tus criterios de vida correspondían con los de un inmortal; te gustabas a ti mismo; hablabas como un torrente y te atrevías a decir cualquier cosa; lo que un caballo no hubiera osado decir, tú te atrevías a decirlo; lo que un bandido no se atrevía a hacer, tú lo hacías; eras capaz hasta de ofender a las gentes del *yamen*; eras capaz de enloquecer a cualquiera que te conociese bien en la provincia; nunca bajabas la cabeza como signo de respeto, ni te cogías las manos para saludar a los otros; siempre andabas con peleas y un barbudo de la *troupe* tenía que sacarte del apuro, y te sacaba como un gallo desplumado, o como un caballo orgulloso al que le han cortado la coleta. Cuando el espectáculo de la *troupe* dejó de funcionar, abriste un salón de té; esa fue una buena idea, y los días tranquilos llegaron al fin.

Quién podía saber que la advertencia de la concubina no iba en serio; tú dejabas que las prostitutas se escaparan de tu casa y con tu actitud provocabas la desgracia; imitabas a la gente, la imitabas una y otra vez. No podías tragar tus propias lágrimas. Hacías lo que la gente corriente hace. En la desgracia encontrabas la felicidad; para ti, poder soportar el sufrimiento era encontrar la propia paz. Tú eras impulsivo, pegabas con el bastón a los oficiales alemanes, y así ponías en tu contra los designios del Cielo. Lo que temían los alemanes y Su Majestad Imperial, tú no lo temías. Tú provocaste el infortunio, hiciste que la sangre corriera por los pueblos. El destino de veintisiete personas se quebró por tu actitud, y se quebró junto con el de sus mujeres y sus hijos. Oigo todavía el ruido de tus pasos. Tú, padre, seguiste con la tuya. Te dirigiste hasta Lu, en el noreste del país. Ahí te hiciste con tu camaradería, ahí reclutaste a tus fieles, y regresaste para alzar el puño de la justicia y la concordia [23](#) con tu gente y establecer tu propio altar. Desgarraste la bandera e hiciste estallar los cañones, y en ese momento encabezaste la revuelta. Reuniste mil hombres y mil caballos dispuestos a golpear con su artillería; y todos vosotros, con vuestras largas lanzas y vuestras picas, tomasteis las vías del ferrocarril, prendisteis la estación y acabasteis con la vida de no sé cuántos oficiales. Tú encabezaste ese golpe, padre. Tú fuiste el gran héroe. Al final, la calle del mercado de Jiao'ao fue conquistada de nuevo y la desgracia cayó sobre la gente corriente. Ellos sufrieron lo que su héroe hizo en esas vías de tren, y a ti te cogieron y te encerraron en las mazmorras. Tenías el cuerpo lleno de cortes y heridas. Daba pena verte, padre; ese era mi confuso y errado padre, ese mentecato. ¿En medio de qué puerta te quedaste? ¿Se te metió en el cuerpo algún espíritu maligno y te enloqueció? Y encima eran los alemanes los encargados de construir esa línea de ferrocarril. El daño que hizo a nuestro *fengshui* (el viento y el agua) en el cantón de Dongbei (el cantón del noreste) fue incalculable y obstruyó el *shuidao* (la vía o el *dao* del agua) del cantón de Dongbei —las aguas dejaron de fluir por su cauce, y se rompió la armonía del viento y el agua—. El *fengshui* de nuestro

hogar, así como el *shuidao*, se dañó hasta no poder ser recuperado nunca más. Padre, ¿podrás liberarte? La gente se sirve de las armas para liberarse como pájaros de su jaula, y tú les diste esa oportunidad. La gente podía capturar a los ladrones, podía capturar al mismísimo emperador con sus armas. A esto se le llama «quemar las judías amarillas que todo el mundo come y romper la cacerola para atraer el infortunio hacia uno mismo». *Die*, mi verdadero padre, hiciste correr el ruido, y este llegó hasta el palacio imperial y no les gustó. Y al que también le llegaron las noticias fue al gobernador provincial imperial de Shandong de la parte china del gobierno de Qing, Yuan Shikai [24](#), el gran Yuan. Ayer noche entró en el *yamen* con una berlina del Congreso Nacional del Pueblo. Carl Rosendahl [25](#) —el gobernador general de Jiao’ao, según lo estipulado por el káiser— vino a lomos de un caballo y llevaba una pistola máuser en la cintura cuando quiso entrar por la fuerza en el *yamen*. El arquero Sun Huzi estaba en la entrada e intentó detenerlo, pero ese demonio le dio un latigazo con su fusta y se lo quitó de encima. El arquero se apartó para evitar el impacto pero no pudo. La fusta le pasó junto a la oreja y le abrió una brecha en la mejilla. Padre, al día de hoy, no sé cuántas veces has intentado escapar. No sé qué tienes en la cabeza, padre. ¿Un melón en vez de un cerebro? Tu destino está unido a los ocho caracteres del horóscopo colgados en el muro. Incluso si Qian Ding y su gente me miran a la cara y te sueltan, Yuan Shikai y su gente no lo permitirán; y si Yuan Shikai y su gente deciden soltarte, el gobernador provincial de Jiao’ao, Carl Rosendahl, no lo permitirá. Padre, lo único que puedes hacer es seguir los designios del Cielo. Yo no paro de hacer cábalas, padre; doy la bienvenida a la luz roja del sol y me pongo en camino. Siempre el mismo camino verde empedrado que me llevará al *yamen* y a la prisión. Me doy prisa y me dirijo al este con un pedazo de perro que huele a incienso en la cesta. Las piedras del camino destilan sangre. No puedo evitarlo, padre, cuando camino siempre veo tu cabeza rodando sobre las piedras. Tu cabeza rueda sin parar sobre las piedras verdes —y esta es una imagen que no puedo quitarme de la cabeza—, y tú, padre, no paras de cantar. Te han decapitado y tu cabeza sigue cantando sus melodías como cuando lo hacías en casa. La compañía de ópera de Maoqiang y lo que ella representaba estaba estancado, no tenía ninguna vida, hasta que la cogiste tú, padre. Tú la hiciste grande. Tu voz, el corazón de la sandía, no sé de cuántas mujeres te habrás enamorado en la demarcación noreste de China, el cantón de Dongbei. Mi madre, que ya murió, debió de ser una de esas jóvenes. Ella se entusiasmó con tu voz primorosa y seductora, y eso le sirvió, al fin y al cabo, para tomar la decisión de casarse contigo y convertirse en tu *laopo*. Mi madre pertenecía a una buena familia instalada en el campo del noreste de China y a todos los pretendientes que le salían con cierta reputación en la zona les daba calabazas. A todos les decía que no. Así que se fue con mi padre —ese farandulero pobretón que pasaba por ahí— con la muerte en el alma, porque una joven así no debía casarse con un hombre de esa clase...

Tiempo atrás vi pasar a Zhou Longzi —el sordo Zhou—, uno de los empleados que trabajaba en la granja de uno de esos pretendientes del lugar, e iba con un cubo de agua a cuestas. El hombre iba curvado como una gamba y tenía el cuello rojo, lo que era rarísimo en una persona. Debía de tener alguna infección en la piel. Tenía el cabello blanco y alborotado, y su cara brillaba como una bola de cristal. Respiraba con dificultad, como si sufriera de asma, y caminaba con prisa, azorado. El agua se le salía del cubo, por los bordes caían gotas de agua que parecían perlas. De repente lo vi, padre, tu cara debía estar en el interior de ese cubo. El agua del cubo se había teñido de rojo, y era tu sangre, padre. Oí tu sangre, que estaba ardiendo; era el mismo olor que se desprende de la sangre de los cerdos y los perros cuando mi marido Xiao Zhaojia les abre el vientre. A ese olor se le mezclaba un olor a pescado. Apestaba, verdaderamente apestaba. Al pobre de Zhou Longzi no se le hubiera pasado por la cabeza que, siete días después, iba a ir al mismo lugar donde te iban a ejecutar a ti, padre, a escuchar una representación de Maoqiang, y por ello los demonios alemanes le abrieron el estómago con una pistola máuser; de su vientre le salieron unos intestinos que eran como anguilas.

Cuando pasó a mi lado, hizo un esfuerzo por levantar la cabeza y me mostró los dientes con una amplia sonrisa. Incluso ese tronco con las orejas tapadas se atreve a sonreírme, pensé. Padre, quizá tú ya estás muerto en estos momentos. No culpes a Qian Ding; ni el mismísimo emperador podría salvarte de la muerte. La desesperanza trae más desesperanza, y yo no puedo estar tranquila, padre. Ellos lo arreglan todo o, como dicen en la provincia imperial de Shandong, «haya o no haya azufaifas, ya no queda mucho tiempo; y el caballo muerto se convierte siempre en la cura del caballo vivo». Supongo que el gran *laoye* Qian estará en estos momentos acompañando a Yuan Shikai de Ji'nan y al gobernador Carl Rosendahl, el cual habrá llegado de Qingdao, o estará en los aposentos del *yamen* fumando sus largas pipas y esperando a ese que apellidan Yuan y a ese huevo hervido que llaman Carl. Yo me apresuro de nuevo para traerle la carne de perro. Verle la cara ya es suficiente para albergar alguna esperanza y hacerme escuchar. Pero esta vez no estaba el *laoye* Qian, estaba su hijo, el gran *sunzi*. Padre, lo que más temo es que te pongan en un carro-celda y te envíen a Ji'nan, la capital de la provincia imperial de Shandong. O lo que se dice en estas tierras, «que la abuela murió sola y sola crió a sus hijos, y no hubo ningún tío que la rescatara del apuro». Solo los condenados que se quedan en el campo tienen alguna oportunidad, por mínima que sea, de salvarse. Se puede hacer frente a los verdugos, pero en la capital, no. Vamos a hacer que los mendigos sustituyan a los fantasmas de los muertos y perpetrar ese fraude. Padre, creo que a ti te faltó sensibilidad con mi madre. Yo, en realidad, no debería rescatarte ni una, ni dos, ni tres veces. Debería dejar que murieses pronto, como hiciste con tu mujer. Pero tú, al fin y al cabo, eres mi padre. No tengo tierra ni cielo, no tengo el huevo, ni tengo la gallina. Ni te tengo a ti,

ni me tengo a mí. La ropa vieja se puede cambiar, pero a un padre, no. Enfrente está el Templo de la Diosa de la Fertilidad [26](#), donde la gente se apresura a tocar los pies del Buda para encontrar la cura a las enfermedades y poner fin al desorden. Allí fui para rezar a la Diosa de la Fertilidad y pedirle protección; le pedí también que me evitara la muerte.

En la oscuridad del templo sonaba un tambor. Mis ojos se dilataban porque no lo veían claro. Algunos murciélagos se daban golpes en el techo. Tal vez no eran murciélagos, sino golondrinas. Sí, eran golondrinas. Mis ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad del templo y me puse ante la figura de la diosa. Ante ella se habían postrado numerosos mendigos. El sabor de los orines, de los pedos, de la comida pasada, todo ello se precipita al melón de mi cabeza. El incienso del templo causa vómitos. El honorable y divino *bodhisattva* de la diosa protectora Guanyin, deja que este gato salvaje more en tu regazo, y que moren sobre todos aquellos que han cometido errores y crímenes en esta vida. Esos a los que se les llama flores y que son los mendigos eran como las serpientes que salen cuando llega la primavera. Estaban estirados sobre el suelo, y su cuerpo se había endurecido. Hubo uno que se levantó con parsimonia; ese mendigo de cabello blanco y barba tenía los ojos rojos como si no hubiese dormido en varias noches y los ocho pecados del budismo dentro de la cabeza. Me di de bruces con él y verlo tan de cerca me asustó. El mendigo tenía la cabeza de un Zhu Bajie [27](#).

—Tienes mala suerte, muy mala suerte, verdaderamente muy mala suerte... —me gritó—. ¡Abre los ojos y mira a la madre conejo!

Ese Sun Wukong —ese mono astuto y ladrón— que llevaba con él aprendía de las formas de su amo como el mejor de los discípulos, me escupió como lo había hecho él poco antes; y el de cara de cerdo volvió a lanzarme su monserga:

—Tienes mala suerte, muy mala suerte, pero que muy mala suerte... ¡Abre los ojos y mira a la madre conejo!

Ese mono rojo peludo saltó a mis hombros más rápido que un rayo, y empecé a temblar como las tres almas que se dejaron en el camino dos y media. Ese animal alargó uno de sus brazos y cogió la pata de perro que había en la cesta, luego el incienso —todo ello en un abrir y cerrar de ojos—, y al final se subió a los hombros de la figura de la Diosa de la Fertilidad. El mono se puso a bailar ahí en medio, y la cadena metálica que llevaba colgada del cuello tintineaba y la coleta barría todo lo que encontraba a su paso y levantaba un polvo que me entraba por los orificios de la nariz. Me dieron ganas de estornudar... ¡Achís! ¡Maldito mono! ¿Cómo pueden considerarlo un animal doméstico? Se puso de cuclillas sobre los hombros de la Diosa de la Fertilidad y empezó a mordisquear la pata de perro que me había cogido de la cesta. No paraba de patear y ensuciar la cara de la diosa. La Diosa de la Fertilidad no se quejaba de nada, y el rictus de su cara seguía igual que antes: compasivo y

triste. Ni la Diosa de la Fertilidad era capaz de poner a raya a ese mono, ¿podía entonces salvar a mi padre?

Padre, oh, padre, tu osadía desmesurada; tú, el camello que pasa sus días con la comadreja, ahora la has hecho gorda —este desastre va a sacudir los cimientos del mundo—. Hasta el gran Buda clemente y misericordioso conoce tu nombre; hasta el káiser Guillermo II de Alemania sabe de tus logros. Tú, ese hombre de paja, como el común de los mortales; tú, el comediante apestoso y tartamudo que recorre las callejuelas estrechas de los pueblos y las ciudades, el que va haciendo ruido para que le oigan, el que ha tomado el mal camino en este mundo y ha vivido en vano, como la palabra de la canción de una ópera de Maoqiang: «Mil años de penurias y agobios no valen tres días llenos de vida y salud». Padre, te has pasado media vida cantando y actuando como debe hacerlo un cantante de la ópera de Maoqiang, pero lo que interpretabas y cantabas era la vida de los otros. Esta vez es tu propia vida la que ha subido a las planchas del teatro donde se desarrollará el drama de tu vida. Al final te interpretarás a ti mismo, padre. Esos a los que llaman mendigos me rodearon, unos alargaban sus manos podridas para pedirme una limosna, otros me mostraban la piel de sus barrigas, una piel ajada y ulcerada.

—Misericordia, clemencia..., la de la carne de perro, la bella Xi Shi [28](#), la mujer de Zhao Xiaojia, la joven nuera Zhao...; por caridad, un par de *yuanbaos* [29](#)..., no es suficiente lo que nos da..., yo no debería..., su familia será recompensada... — gritaban unos y otros.

Como si estuvieran en la guarida de un lobo, esta es la vida perruna que llevan estos pedigüños... Había quienes me daban pellizcos en el culo, otros me cogían las piernas, otros me manoseaban los senos... Sus manos se deslizaban como peces en el barro, o eran rugosas como la piel de los melones; todos sacaban provecho de mí. Lo único que pensaba era en liberarme de esas manos. Mi cintura estaba atrapada en un zarzal de brazos. Así que me arrojé donde estaba ese Zhu el Octavo, aunque para mí todos esos pedigüños se parecían a Zhu el Octavo... Hoy yo, la *laoniang*, se te ha juntado en este suplicio, pensé. Zhu el Octavo me pegó en las piernas con una caña de bambú. Mis piernas se sintieron, al principio, más ligeras por el corto movimiento que habían ganado, pero no pude mantenerme de pie —el dolor era demasiado intenso—, y caí de rodillas en el suelo ante Zhu el Octavo, el cual se dirigió a los otros y, sonriendo cínicamente, les dijo:

—¡Cerdos sebosos, vosotros que os habéis reunido en este lugar sagrado!... ¡No os alimentéis de nieve! ¡No, no paséis hambre! El gran *laoye* Qian come de esta carne cada día, pues bien... ¡Tomad vuestra porción de carne con la sopa que la acompaña! ¡Aquí la tenéis!...

Y esos que llaman flores y son mendigos empezaron a separarse y me tiraron al suelo. Una vez echada, les dio coger mi pantalón y hacerlo trizas; ese fue el momento

más crítico de mi estancia en el Templo de la Diosa de la Fertilidad:

—Zhu el Octavo —le dije—, llevas la vida de un perro y te aprovechas de la desgracia ajena; no eres un buen Han. ¿No sabes quién es mi padre? Qian Ding lo ha metido en la prisión. ¿Sabes que está esperando a que le corten la cabeza?

Zhu el Octavo retiró sus brazos de mi cuerpo.

—¿Y quién es tu padre? —me preguntó.

Le dije que él, Zhu el Octavo, era un charlatán que roncaba con los ojos abiertos, y eso era lo que hacían los simplones. Todos los chinos sabían quién era mi padre. ¿Cómo no lo sabes tú? Mi padre es Sun Bing, de las tierras del noreste de China. Mi padre es Sun Bing, el que canta en la compañía de Maoqiang. Mi padre es Sun Bing, el líder [30](#) que ha organizado al pueblo contra el demonio alemán.

Zhu el Octavo se giró, puso las manos como puños y las colocó delante de su pecho.

—¡*Gunainai*, no te equivoques! A quien lo ignora no se le puede culpar de nada. Lo único que sabe nuestra familia es que Qian Ding es tu padre adoptivo, tu padre ante la ley, tu *gandie*. No sabíamos que Sun Bing era tu verdadero padre, tu *qindie*. Qian Ding es un gilipollas... ¡Y tu padre es un héroe de los Han! Tu padre tiene agallas; se ha atrevido a plantarles cara a esos demonios extranjeros, y lo ha hecho con pistolas y espadas de verdad. Nuestra familia lo admira profundamente. Mientras sea útil a nuestra familia, la *gunainai* puede abrir la boca. Hijos míos, arrodillaos ante ella y golpead el suelo con la frente para presentar vuestros respetos a la *gunainai*.

Esos a los que se les llama mendigos se arrodillaron todos, sin excepción, y golpearon el suelo con la frente. Lo golpearon una vez, y dos, y tres... Lo hicieron numerosas veces. La frente se les llenó de polvo, y empezaron a llorar de una manera estruendosa.

—¡Diez mil años de felicidad para la *gunainai*! ¡Diez mil años de felicidad para la *gunainai*! —gritaban al unísono.

El mono que se había subido a los hombros de la diosa y me había robado la pierna de perro dio un salto como si se lanzara al agua, y porque había aprendido las formas de un hombre, empezó a golpearme la cabeza y a reír de manera grotesca. Zhu el Octavo dijo:

—Niños, devolved la pata de perro a la *gunainai*.

Yo me afané en decirle que no era necesario. Zhu el Octavo replicó:

—No debes por qué guardar las formas. Nuestra familia saldrá a buscarte otra pierna de perro, y será mejor que la que te ha robado ese piojo que imita todo lo que ve.

Los pedigüños empezaron a reír por lo bajines. Alguno de ellos mostraba sus dientes amarillísimos. A otros les faltaba media dentadura, lo que les daba un aire infantil. Me vino entonces a la cabeza que esos pedigüños eran unos seres adorables.

La vida de esos seres no tenía nada de sosa. La luz se hizo al fin en el templo. Un haz de rayos de sol entró por la puerta de ese antro oscuro. Esa luz rojiza y calurosa iluminó la sonrisa de los mendigos. La nariz me picaba. El receptáculo de mis ojos se llenó de lágrimas. Zhu el Octavo dijo:

—*Gunainai*, ¿no quieres venir con nosotros a la prisión?

Le dije que no; creo que se lo repetí miles de veces. El caso judicial de mi padre era otro asunto. La guardia del *yamen* estaba delante de la puerta de la cárcel, y la camarilla de Carl Rosendahl había traído a esos demonios alemanes que custodiaban la puerta.

—Hou Xiaoqi —dijo Zhu el Octavo—, sal a buscar un pergamino, a ver si nos dice algo de lo que está pasando.

Hou Xiaoqi respondió:

—¡A sus órdenes! —El mendigo cogió el gong que estaba delante de la diosa y se echó la bolsa a la espalda, y, silbando, añadió—: Niños, me voy a ver qué pasa con el *die*.

El mono peludo se subió a los hombros de Hou Xiaoqi, el cual se lo llevó a cuestas, cantando y haciendo sonar el gong. Yo levanté la cabeza y vi la figura modelada de la Diosa de la Fertilidad, la cual desprendía una luz que le daba una respetabilidad y una nobleza anticuadas. Sobre mi rostro parecían haber surgido bandejas de plata —las gotas de sudor se deslizaban lánguidamente por mis mejillas como perlas—. Oh, Diosa de la Fertilidad, manifiéstate y protege a mi padre.

III

Volví a casa con el corazón lleno de esperanza. Xiaojia ya se había levantado. Estaba en el patio afilando los cuchillos y me sonrió cuando me vio. Siempre que me veía se mostraba afable y cariñoso. Yo también le sonreía y me mostraba afable y cariñosa. Mi marido señaló con el dedo los cuchillos por si no fuera ya bastante odioso. Bajó la cabeza y continuó afilando los cuchillos: la llama de la mola aumentaba, *la, la, la*, la llama de la mola bajaba, *la, la, la*. Yo solo llevaba unas ropas gruesas sudadas, y mi marido lucía el torso desnudo y mostraba el pecho peludo. Entré en la casa y vi al *gongdie*, que estaba sentado en ese canapé imperial hecho de madera de sándalo y en cuyo respaldo hay bordado con hilos de oro el dragón del Gran Preceptor, el *taishi* [31](#), que él mismo había traído de la capital. Ahí estaba, descansando con los ojos cerrados. El *gongdie* sujetaba con las dos manos un collar de Buda, un collar largo hecho con varias bolas de madera de sándalo que se echaba al cuello, y rezongaba como un garrulo. Vete a saber si en sus oraciones estaba insultando a alguien. La sala estaba casi toda a oscuras. La luz entraba por las ventanas como un haz de flechas, pero eran pocas y esparcidas. Había rayos de sol que parecían hilos de oro y plata y hacían brillar el rostro del *gongdie*. Tenía la cara chupada, picada y llena de cicatrices, la cavidad de los ojos ancha y profunda, una nariz prominente y la boca cerrada en tensión. Su labio superior era más corto que el inferior, y sobre él no asomaba ni un solo pelo. No me extraña que la gente dijera que el *gongdie* era un eunuco que se había escapado del palacio imperial. Casi ya no le quedaba pelo en la cabeza. Por ello, se veía obligado a añadir a su coleta largas tiras de lana.

El *gongdie* abrió sus ojos diminutos y una luz fría se calvó en mi cuerpo como una flecha. Yo le saludé respetuosamente. *Die*, ¿ya se ha levantado? Sacudió la cabeza y continuó frotando las bolas del collar de Buda.

Yo, como era costumbre después de tantos meses, buscaba el peine fabricado con cuerno de buey para cepillar la coleta del *gongdie*. Ese era el trabajo de una *yatou* [32](#), pero nuestra casa no tenía ese tipo de jovencitas que se compraban a familias empobrecidas y entraban como concubinas o esposas en otras familias; esas niñas que acababan trabajando como esclavas. No es trabajo de las nueras cepillar la coleta del *gongdie*. En esa relación que se había establecido entre un *die* y su nuera, ¿no había algo de sospechoso? Pero la situación no se me escapaba de las manos. Él me dejaba cepillarle el pelo. En realidad, esa era, en el viejo, una debilidad a la que yo le había acostumbrado. Esa mañana, él acababa de llegar a la sala y estaba solo mientras yo le cepillaba la coleta a disgusto. Su hijo, Xiaojia, para cumplir con las obligaciones de un buen hijo con su padre según las reglas de la piedad filial, le cepillaba el pelo. En una ocasión, mientras se lo cepillaba, le dijo: «*Die*, ya le queda poco pelo en la cabeza. De niño oí decir que casi se quedó calvo por una enfermedad en la piel que le cubría la cabeza. Es por eso que tiene tan poco pelo en la cabeza. ¿Es cierto?».

Cuando hablaba, Xiaojia movía las manos como un simplón, y la *vieja cosa* —el *gongdie*— sonrió mostrando los dientes porque le hizo gracia la pregunta. El *gongdie* siempre decía que llevaba una vida muy dura, pero su hijo respetaba la piedad filial y por eso le cepillaba la coleta, pero también decía que su vida era confortable ya que su Xiaojia le cortaba la carne de cerdo y le arrancaba la mala hierba que crecía en los patios. Ese día acababa de volver de la casa del gran *laoye* Qian y estaba de buen humor. Para hacerle feliz, le pedí al *gongdie* que me dejase cepillarlo. Le cogí la coleta y empecé a cepillársela con suma delicadeza. Como era de esperar, le añadí las tiras de hilos gordos de color negro. Luego le acerqué el espejo para que se viera. Agarró la coleta con las dos manos y la sacudió para comprobar su solidez e, inesperadamente, por la cavidad de sus ojos —ese bosque oscuro— surgieron unas lágrimas, lo que era algo muy excepcional en él. Xiaojia le secó las lágrimas y le dijo:

—Padre, ¿está llorando?

El *gongdie* sacudió la cabeza y contestó:

—Hoy la madrastra de Su Majestad Imperial tiene un eunuco con la coleta cepillada, pero la madre ya no lo necesita. Ella, Su Majestad la emperatriz viuda Cixi [33](#), tiene al eunuco Li Lianying [34](#), el gran eunuco de la corte Li que cuida de ella...

Las palabras del *gongdie* me dejaron de una pieza. Xiaojia había escuchado numerosas historias de cuando su padre vivía en Pekín. Esas historias entusiasmaban a la gente, pero pertenecían ya al pasado, aunque contasen muchas cosas de quien era, en realidad, su verdadero padre. El *gongdie*, sin embargo, no prestaba demasiada

atención a lo que se contaba de él. El *gongdie* sacó un billete de banco y me lo dio.

—Mi nuera, mi querida *xifu* 35, ve a comprarte algo de ropa. Me has estado haciendo de sirvienta durante todos estos días... ¡Ese trabajo es agotador!

Al día siguiente no podía moverme del *kang*; ahí me había quedado con la intención de dormir todo el día, pero fue Xiaojia quien vino a despertarme. Debes de hacer algo, me dije. Xiaojia me urgió a levantarme y lo hizo bruscamente pero como quien está seguro de lo que hace:

—¡Rápido! Mi *die* está esperando para que le cepilles la coleta —me dijo; y yo, estupefacta, le miré sin saber qué decirle.

Una familia caritativa siempre tiene algo de bueno, pero también algo de difícil. ¿En qué quiere que me convierta? Tú, *vieja cosa*, tú ya no te alojas en la residencia de la madrastra de Su Majestad Imperial, Cixi, y yo no soy el eunuco Li Lianying. ¿Está claro? Tú, ese viejo decrepito, el del cabello encanecido, ese que tiene el pelo de perro, ese apestoso, a ti ya te he cepillado la coleta y he encendido las barritas de incienso de la buena fortuna para venerar a los ancestros, he dado de comer el gato maloliente —es decir, el sexo de la mujer—, y sé a qué sabe un rufián, y la lista no acaba aquí. ¿Crees que por haberme dado un billete de banco puedes pedirme lo que quieras? No sé quién te crees que soy. Creo que no sabes quién soy en realidad. Mi barriga se había calentado debido al calor que desprendía el *kang*. Pensé que debía decirte algunas frases envenenadas, pero no me dio tiempo a abrir la boca. La *vieja cosa* me estaba esperando en la sala, y como en un soliloquio, me dijo desde lo lejos:

—¿Acaso no sabéis quién cepilla la coleta al señor de la subprefectura de Gaomi?

Al oír esas palabras me entró un escalofrío. Lo que veían mis ojos, pensé, no era humano. Aquello no era un hombre, era un fantasma que se escondía en las casas de los otros y se enteraba de todo. Si no, ¿cómo sabía que yo también le cepillaba la coleta al gran *laoye* Qian? Al decir esas palabras, el *gongdie* decantó la cabeza hacia delante, estiró la cintura y me miró con esos ojos que son como cuevas. Mi aliento se había convertido en agua y goteaba, y como un niño obediente me dirigí hacia la espalda del *gongdie*, donde estaba la coleta del pelo de perro. Y ahí me puse a trenzar esa coleta de ese pelo de perro. No pude dejar de pensar en el *gandie* Qian Ding y en su cabello aceitoso y lacio, esa masa de pelo negra y perfumada. Resultaba imposible compararla con la ridícula coletilla de ese asno calvo. El *gandie* utilizaba su gran coleta para barrer mi cuerpo, y lo hacía desde mi cabeza hasta los pies. Lo hacía minuciosamente, sin dejar ninguna zona de mi cuerpo por barrer, y por mis poros salían olas de sudor...

No sabía qué hacer, pues trenzaba la coleta y bebía del brebaje que él mismo fermentaba. Yo solo le trenzaba la coleta a mi *gandie*. Pero mi *gandie* no se conformaba con eso y me pedía otra cosa. Por lo general, la coleta no se ha trenzado todavía y los dos ya se han pegado la una a la otra. Eso es lo que suele suceder cuando

una mujer le cepilla la coleta a un hombre como el *laoye* Qian; es por eso que no confío en los movimientos del *gongdie*. Espero el momento en que dará ese paso fatal y tan humano y la *vieja cosa* se me echará encima; yo, entonces, me pondré firme y no se lo permitiré. Pero, hasta ahora, nada de ello ha sucedido. Tú me has escuchado siempre, y yo sigo cepillándote la coleta y encima te hago el moño. Por ahí fuera se rumorea que el *gongdie* lleva en sus bolsillos un par de billetes de diez mil unidades. Día y noche te pido que me los saques porque espero el día en que te decidirás a echarte encima de mí, pero la *vieja cosa* no da rienda suelta a lo que exige la auténtica naturaleza de un hombre y no se ha decidido hasta ahora. Sinceramente, no creo que en este mundo haya hombres a los que no les guste de una manera u otra comer el gato maloliente de una mujer. *Vieja cosa*, ¿cuánto aguantarás tú sin querer comérmelo? Le aflojaba la coleta, cogía el cepillo y empezaba a peinarlo con delicadeza. Esta mañana lo hice con especial delicadeza. Me retengo y escondo la profunda animadversión que siento hacia él y con los dedos le rasco las raíces de las orejas y con el pecho le froto el cuello. Oh, padre, el padre de esta joven, las autoridades locales te han metido en prisión. Tú pasaste por la capital, con la cabeza alta, ¡y tú lo hiciste para protegerla de sus enemigos! La *vieja cosa* no decía nada, ni reaccionaba mientras le cepillaba. Yo sabía que de sordo no tenía nada, pero le gustaba hacerse el sordo y el tonto. Le pinché el cuello para ver si reaccionaba y volví a decirle algo, pero seguía mudo, inmutable. Inconscientemente se movió hacia la luz, la cual hacía brillar los botones dorados de la chaqueta marrón del *gongdie*. La luz iluminaba también las dos manos que sujetaban sin apretar demasiado el collar con sus bolitas de madera de sándalo. Esas manos eran blancas y blandas, había incluso algo de femenino y delicado en ellas. Había un desequilibrio entre esas manos y la edad del *gongdie* y el sexo masculino que, en principio, le representaba. Tú, mi *gongdie*, eres el que lanzas la cuchilla sobre la cabeza del condenado, y cuando lo haces, hasta mi cuello siente el tajo. Pero estas manos... ¿Pueden ser esas las manos de un verdugo?... Estas manos son, al fin y al cabo, las dos manos de una persona que se ha pasado la vida cortando cabezas. Tiempo atrás no creía que esto fuera así, pero ahora estoy completamente convencida de ello. Me moví y volví a pegarme no sin cierta inquietud al cuerpo del *gongdie*. La verdad es que no me atrevo a hablar, padre. Tu hija ha cometido una falta. Tú, mi verdadero padre, mi *die*, tú que has estado en la capital y has visto tanto mundo, ayúdame ahora a tomar la buena decisión. Yo le pinché los hombros y le puse mis pesados pechos sobre el cuello y ahí los dejé descansar. De mi boca salían interjecciones como si estuviera recibiendo placer haciendo este tipo de cosas. Ese era mi método, y el que utilizaba con el Qian Ding para excitarlo. A Su Señoría se le derretían los huesos y se le tensaban inmediatamente los músculos. Yo quería ponerlo así, y él se ponía así. Pero con ese cabello alborotado esto no funcionaba. Era un huevo en sal y aceite absolutamente

impenetrable. Ya podía agitar las bolsas bien llenas de mis senos, o provocar un diluvio en las aguas del Templo de Jinshan, el hombre ni se inmutaba. De repente, vi que dejé de manosear las bolas de sándalo del collar de Buda. Las manos pequeñas del *gongdie* empezaron a temblar. Mi cabeza fue presa del entusiasmo. La *vieja cosa*, ¿era en realidad tan duro como el hierro? Estiró las piernas sobre la alfombrilla de piel del sapo, y no podía moverse. No pensaba que fueras incapaz de sacar el dinero del bolsillo; no pensaba que tú, *gongdie*, quisieses entremeterte en sentimientos privados que habían surgido entre el *laoye* Qian y yo; tampoco pensaba que me ibas a obligar a cepillarte la coleta. Oh, padre, ayúdame a encontrar una solución. Yo, a tus espaldas, actuaba como una furcia. De repente, oí una sonrisa cínica. Parecía el maullido de un gato en medio de la noche, cuando la luna aparece en medio de la oscuridad cerrada sobre el bosque también oscuro. Daba escalofríos. Mi cuerpo se enfrió de golpe, como mi capacidad de pensar y mi voluntad. No sabía adónde ir. Esa *vieja cosa*, ¿era humana? ¿Podía un hombre emitir ese tipo de sonidos? No, ese hombre no era humano, era un demonio. Tampoco era mi *gongdie*. Yo ya llevaba varios años con Zhao Xiaojia y nunca le había oído decir que tenía un *die* que había ido a la capital. Y no solo él no me dijo nada, esos vecinos que lo saben todo, tampoco. Ese hombre podía ser cualquier cosa, así que no podía ser, por lo tanto, mi *gongdie*. De hecho, mi marido no se parecía físicamente a su padre. Tú, cabellos alborotados, eres tal vez una bestia salvaje que se ha transformado en hombre. A la gente le da miedo ese tipo de demonios, pero a mi familia, no; tienen encerrados en gavias a perros negros como la tinta, y Zhao Xiaojia era el encargado de sacrificarlos. La sangre de esos perros no protege al de los cabellos desordenados, sino que le excita, saca el demonio que lleva dentro.

IV

Ese día era la festividad de Qingming [36](#) —la festividad de la luz pura—, y caía una lluvia fina sobre la subprefectura de Gaomi. El cielo se había cubierto de nubes grises que parecían algodones que erraban entre el cielo y la tierra. Por la mañana temprano acompañé a esos jóvenes elegantes que hay en la ciudad y me apresuré a salir por la Puerta del Sur. Ese día llevaba conmigo una sombrilla con la superficie cóncava de papel estampado del pobre herborista Xu Xian [37](#) paseando por el lago y topándose con la serpiente blanca, y llevaba una coleta bien peinada con una mariposa que hacía de horquilla para recoger el pelo. Me había maquillado, pero no mucho, y me había puesto algo de colorete en las mejillas. Me había perfilado las cejas con pasta de guisante con el fin de destacarlas y me había pintado los labios con rojo carmesí. Llevaba encima una chaqueta larga de un color rojo muy vivo, y debajo un pantalón esmeralda. Esas prendas estaban hechas con telas extranjeras —era consciente de ello —, pero las prendas extranjeras son muy buenas. Calzaba unas zapatillas de tela verde con unos patos amarillos y unas flores de loto bordados en ellos. ¿No eran como para reírse esos pies tan grandes? La gente que me los miraba se daba cuenta de lo grandes que eran. Me deleitaba mirándome en la superficie plateada del espejo porque en ella veía a una persona bella y talentosa. Todo lo que veía de mí me gustaba, y también les gustaba a los hombres. Pero la situación de mi padre me hundía. Cuanto más pensaba en él, más me hundía en la desesperación. Pero el *gandie* Qian me decía que más triste estaba, más bella me veía. Sin embargo, yo no podía —me decía— poner esa cara de desánimo a la gente. Pues nada, a poner cara como si todo fuera bien, hacer la

sonrisita de turno y que te vean radiante. Así son las mujeres bajo la jurisdicción de la subprefectura de Gaomi, todas bonitas y sonrientes. Así compiten entre ellas, así las educan. Son hijas de buena familia, nada que ver conmigo y mis pies grandes. Mi defecto es, por lo tanto, mis dos grandes pies. Todos me culpaban de la muerte prematura de mi madre, y por eso nadie me envolvió los pies a tiempo como se hacía a todas las niñas. Estos pies tan grandes me hacen sufrir, pero a mi *gandie* le gustan; siempre me dice que le gustan las mujeres tal y como las trae el Cielo. El muy pervertido siempre quería que le tocara el culo con mis pies, y yo lo hacía. El *laoye* Qian empezaba a emitir algo parecido a unos gemidos:

—Los pies grandes, sí, los pies grandes... ¡Qué maravilla son los pies grandes!... Son lingotes de oro, los pies pequeños son pies de cerdo... —me dijo él.

En aquella época, mi padre, mi *qindie*, a pesar de haber establecido su *altar* en el campo del noreste de China, preparaba al mismo tiempo su guerra contra los alemanes. A mi *gandie* ya se le habían llenado las orejas con historias de mi *qindie* y ello le impedía dormir bien más de una noche. Había veintisiete hombres en el noreste que ponían melancólico a mi *gandie*, pero Su Señoría aún se veía a salvo en la ciudad. Los campos de noreste, eso era otra historia. Ahí corría la sangre. La gente de la ciudad parecía no tener nada que ver con la del campo. Mi *gandie* —el gran *laoye* Qian—, tenía sus caballos y sus soldados más allá de la Puerta del Sur, y ahí construyó varios columpios con madera de pino. En ese sitio se reunían los jóvenes de los dos sexos. Todas las jovencitas se vestían con sus ropas más bonitas, y todos los chicos se adornaban la larga coleta y esta parecía más brillante que nunca. Reían entre ellos, emitían sonidos de regocijo, de juventud y felicidad. En ese parque se oía el runrún de los comerciantes y los vendedores ambulantes, todo esto mezclado en un ambiente despreocupado y alegre. «¡Caramelos..., calabazas-botijo..., pepitas de calabaza..., y cacahuetes...!», se gritaba en ese parque.

Con la sombrilla con la superficie cóncava de papel desplegado cruzaba entre la gente que ahí se había congregado y miraba por los cuatro costados. Vi a un par de jovencitas *yatou* —de esas a las que se les caen las patillas por los laterales de la cara— cogidas de la mano y muchas señoritas de buena familia. Una de ellas vestía con mil colores, iba enjorjorada con perlas y jade precioso pero, lástima, tenía una cara demasiado larga, como la de un caballo, y sus cejas eran como un par de tallos de hierba muy delgados que se destacan en la niebla. También vi a Qian Jin, de la familia de Ji Hanlin, bien acompañada por cuatro jovencitas *yatou*, y, según dicen, tenía mano para la costura y el bordado, y tocaba varios instrumentos musicales. Pero, lástima, la naturaleza no acompañaba sus dones: la pobre tenía las orejas, la nariz y los ojos demasiado pequeños; parecía una perrita de ojos de sapo embrujado, una de esas furcias pintarrajeadas de las callejuelas estrechas del distrito rojo que salen de paseo cuando llega la primavera. Sonreía una y otra vez, se contoneaba y se movía como un

mono. Yo ya había visto antes algo parecido. Yo caminaba estirada y con la cabeza alta, orgullosa e indiferente, iba como empastada con cola. Esos jóvenes de piel verdosa me comían con los ojos. Empezaban con mis pies y con la mirada iban subiendo hasta la cabeza. Quedaban boquiabiertos y entonces se les veía el agujero negro de su cavidad bucal. Luego soltaban un ¡oh! de admiración. Yo les sonreía; en mis adentros me regocijaba con esa situación. Tanto los hijos como los hijos de los hijos abrían los ojos como platos y cuando volvían a sus casas, yo les provocaba, como se suele decir, sus sueños *floreados*...

A la *laoniang* se la veía hoy con buen corazón: se exponía bastante a vuestros ojos. Esos niños se pasaban el día sin hacer nada, pero de repente les daba por encabritarse y se ponían a discutir. Más que hablar, lanzaban truenos a mi paso: «¡La de la carne de perro, la bella Xi Shi!...»; «¡Eh, no os lo perdáis, chicos! ¡Mirad esa criatura, esa cara de flor de melocotonero, esa cintura fina y torneada como rama de un sauce, ese cuello como el de una mantis religiosa y esas piernas de cigüeña...!».

Cuando me miraban la parte de arriba de mi cuerpo, ni se inmutaban; pero cuando me miraban la parte de abajo, se sentían intimidados. Solo al gran *laoye* Qian —ese perverso— le gustaba contemplar mis pies de criatura inmortal...

Se decían disparates, y en esos nidos de hierba había gente que los escuchaba y luego lo anunciaban a los cuatro vientos. Os encerraría a todos en el *yamen* para que os azotasen el culo cuarenta veces hasta dejároslo como la carne asada.

Y os dejo que digáis, vosotros —esos pequeños monos—, que la *laoniang* no se va a enfadar hoy siempre y cuando vuestra presencia y vuestros actos le gusten a su *gandie*. Pero, vosotros, ¿qué estáis tramando ahora?

La *laoniang* vino a columpiarse; no ha venido a oír vuestras sandeces. Vosotros me despreciáis; no soportáis beber de mis orines.

En ese momento, el columpio estaba prácticamente inservible. Las lianas gruesas y húmedas que sujetaban el asiento se balanceaban bajo la lluvia fina. Esperé un rato y lo paré. Tiré la sombrilla de papel a un lado y me subí en el columpio. Desconocía que yo también tenía algo de la naturaleza de un mono. Empecé a balancearme para delante y para atrás, parecía una carpa roja saliendo de las aguas. Tenía bien agarradas con mis dos manos las dos cuerdas del columpio y mi cuerpo se abalanzaba hacia delante con mis pies juntos. Y vosotros, niños, mirabais embobados mis grandes pies atravesando el espacio. Yo gritaba: «¡Niños, abrid bien los ojos..., contemplad lo que la *laoniang* va a mostraros con sus dos manos y podréis ampliar vuestro conocimiento en el difícil arte de columpiarse!...».

Vete a saber qué *yatou* gorda y estúpida vendrá para balancearse en este columpio... Seguro que el coque de petróleo no puede compararse con la cara negra y sucia de esa *yatou*, o una piedra de molar con su culo, ni siquiera las castañas de agua tienen punto de comparación con la dimensión de su culo. ¿Y esa *yatou* con su

aparición pretenderá columpiarse en un columpio? Esto es como ponerle cuatro patas a una serpiente; no tiene ningún sentido. ¿Qué es en realidad columpiarse? Pues dejarse llevar por el ritmo, es el arte de flotar y balancearse como si se estuviera encima de las tablas de un escenario. Uno se lanza hacia delante y actúa sin pensar; columpiarse es la exhibición de las formas redondeadas y voluptuosas del cuerpo de una bailarina-prostituta, es el barco *sampan* atrapado en la gran ola, es el viento, la corriente, la locura, el balanceo, es la oportunidad que tienen las jóvenes mimadas para que les dé una pataleta... Pero mi *gandie*, ¿por qué quiso construir estos columpios en este antiguo campo de entrenamiento? ¿De veras que creéis que mi *gandie* lo hizo porque quería al pueblo? ¡*Puaff!* ¡Qué guapos sois! Pero seamos sinceros... Este columpio lo construyó mi *gandie* para mí; es el regalo que un *laorenjia* hace a su querida para la festividad de Qingming. ¿No os lo creéis? Si no os lo creéis, preguntádselo directamente a mi *gandie*.

Ayer por la noche fui a traerle la carne de perro. Tras el paso de una nube de lluvia, el *gandie* me agarró la cintura y me dijo:

—Ten cuidado, tú que eres mi propio hígado, mi pequeño tesoro, mañana es la festividad de Qingming, y tu *gandie* te regalará un columpio en el campo de entrenamiento.

El *gandie* sabía que tú te entrenabas para el papel de *dan 38* en la ópera de la melodía del gato, y que ibas a enseñarles los dos pies a los jóvenes ociosos. No podía excitar a la provincia de Shandong entera, pero sí que quería que excitase la subprefectura de Gaomi. El *gandie* quería que esos rústicos supiesen que la mujer de un *gandie* es alguien heroico, una Hua Mulan *39* de nuestro tiempo. Quería que supiesen que unos pies grandes son siempre mejores que unos pies pequeños. La mujer de un miembro de la familia Qian debe cambiar sus viejas costumbres y no debe dejar que las mujeres de Gaomi la molesten.

Yo le dije, *gandie*, todo esto es debido al *affaire* de mi *die*, mi padre. Este asunto está haciendo tanto ruido que no le deja tranquilo a nadie. Usted tiene grandes responsabilidades, es por eso que tampoco está tranquilo. Yo tampoco estoy tranquila, de hecho.

El *gandie* intimaba con mis pies, los pies de una pobre criadilla, y se conmovió con mis palabras:

—Meiniang, tú que eres una parte de mi cuerpo, como mi hígado, mi corazón... — me dijo—, tu *gandie* solo desea servirse de la oportunidad que le brinda la jarana del festival de Qingming para barrer la mala suerte de la subprefectura entera. Los muertos no pueden seguir viviendo, pero los vivos... ¡estos deben disfrutar al máximo de la vida! Tú lloriqueas, no hay nadie que te entienda y se compadezca de ti. Cada vez hay más gente que quiere ver tus bromas. Si vas de dura y de estirada, debes ser todavía más dura y estirada que ellos. Así te respetarán y te servirán. Escribirán tu

nombre en el libro de la ópera, y así podrán entrar en ese mundo. Intenta entrenarte todo lo que puedas en este columpio y da todo lo que puedas de ti. En ocho o diez años, en vuestra ópera de Maoqiang no habrá nada que pueda compararse al alboroto que causará entre la gente «el columpio de Sun Meiniang».

Yo no podía hacer otra cosa, *gandie*, yo me sirvo de mis pies de joven criadilla, de *ya'zi*, para jugar con tus barbas. Sí, quiero columpiarme, pero una hija no puede perder su credibilidad y quedar en evidencia. Mis dos manos agarran las cuerdas del columpio, me tiro hacia delante, curvo los pies, los estiro, los vuelvo a meter bajo mi trasero, el cuerpo los acompaña, saco pecho, levanto la cabeza, encojo mi abdomen, y así se mantiene el balanceo del columpio. Cojo las cuerdas y, desde ese momento, no puedo evitarlo y me pongo a llorar de alegría. De nuevo el mismo ritual con el movimiento de los pies, el culo y el pecho. Las anillas del columpio empiezan a chirriar, y más que chirriar, parece que lanzan gritos estridentes. El columpio se balancea, y más se balancea, más alto llega; y más se balancea, más rápido va; y más se balancea, más se empina; y más se balancea, más fuerza toma; y más se balancea, más ruido hace... *Glu, glu, glu...* Las cuerdas tensas ululaban con el viento, y las anillas del asiento emitían gritos que parecían humanos. Yo me sentía flotando en el espacio como una inmortal. Mis brazos se habían convertido en alas de pájaros y mi pecho se había cubierto de plumas. Yo llevaba el columpio hasta lo más alto. En esa voluptuosidad, en mi interior se levantaba una ola en un inmenso mar. Una ola que por momentos crece y por momentos decrece. A una ola le seguía otra ola, a una flor de agua le seguía otra flor de agua, a un pez grande le seguía un pez chico, a un pez pequeño le seguía una gamba. *Glu, glu, glu...* ¡Arriba, ah, arriba, ah! En realidad, era para arriba, de nuevo arriba, siempre arriba, mi cuerpo se levantaba, mi rostro impactaba con el abdomen tierno y amarillo de las pequeñas golondrinas que volaban alborotadas en el cielo, así engreída y petulante me tiendo sobre un tapiz mullido hecho de viento y lluvia, me balanceo hasta lo más alto, mi cabeza se mete por todas partes y en su vuelo sobre la arboleda de albaricoqueros es capaz de morder un albaricoque, es un momento de alegría, de liberación, ¡ah!, relajante, con el corazón abierto, ¡ah!, uno alcanza la Vía, el *dao...*, ¡*glu!*, me convierto en una inmortal, ¡*glu!*, y luego... la brecha abierta en el gran dique, el agua retenida, la ola que arrastra a otra ola, la flor del agua que tira de otra flor de agua, el pez grande que arrastra al pez chico, el pez chico que arrastra a la gambita, *glu, glu, glu...* ¡Y retirada! Vuelta atrás al lugar de origen —el suelo—. Una vez ahí, muevo ligeramente las cuerdas, tensas y todavía temblorosas del columpio, e incapaces de estabilizarse inmediatamente. Mi cuerpo parecía estar al nivel de la tierra. Mis dos ojos han alcanzado la tierra amarillenta y nueva, en mi boca está el albaricoque, y en mi nariz el perfume claro e insípido de las flores del albaricoquero.

Tengo que reconocer que yo lo paso muy bien sobre el columpio. Una vez en el

suelo observaba a los espectadores, a los hijos, a los hijos de los hijos, a los hijos de los hijos de los hijos, a los jóvenes casaderos de piel verdosa; todos ellos como locos tras haberme visto sobre el columpio. Yo continúo columpiándome, y ellos enloquecen; dejo el columpio, y ellos se ponen a llorar. ¡Oh, se eleva hacia lo más alto!... ¡Ah, vuelve hacia abajo, *glu, glu, glu!*... Y su cuerpo se empapa con la humedad de la lluvia fina, hilos de agua dulce que caen del cielo, tiras excitantes de agua salada, y el viento, igual que con la piel mojada de una vaca, hincha mis ropas, moja mi pecho; y yo, en mi fuero interior, ya tengo suficiente con todo esto para ser feliz. Aunque el padre de la casa donde vive esta mujer ya casada esté metido en un buen lío, la hija casada se permite el lujo de ir por la vida salpicando agua...; mi padre se cuida muy bien de sí mismo, la hija se cuidará también a partir de ahora de sí misma. En mi casa tengo un marido fiel y honesto que me protege de la lluvia y del viento. Fuera, sin embargo, hay alguien que tiene intereses e influencia, que tiene emociones y se interesa por las personas; si quiere vino, entonces bebe vino y si quiere carne, entonces come carne; yo me atrevo a llorar, a reír, a disiparme, y a armarla... y nadie puede hacer lo que le apetezca conmigo. ¡A esto se le llama la buena fortuna! Esta es la buena fortuna de mi vida miserable de mujer casada, una vida de abstinencia sin poder comer carne y recitando piadosamente el nombre de Buda. Esta es la buena fortuna que trae mi vida. Y ello hay que agradecerse a Dios, a Su Majestad la emperatriz viuda, a mi *gandie*, el gran *laoye* Qian, hay que agradecerse a mi estúpido y extravagante burgo, al gran *laoye* Qian que hizo para mí la inmortal Bangchui —esto es un tesoro muy difícil de encontrar en esta tierra, y este es mi tesoro—. Y hay que agradecerse a la señora subprefecta, la esposa del gran *laoye* Qian, la cual nunca se muestra y no puede soportar que su marido tenga una concubina, pero el *laoye* nunca ha aceptado tales absurdidades.

V

Hay un dicho popular que dice que cuando hay agua hay corriente y cuando hay luna llena algo se pierde; al hombre le hace feliz que no pase nada malo y al perro le hace feliz robar mierda para comérsela. Mientras me montaba en el columpio para que me diese el viento en la cabeza, mi *qindie*, mi verdadero padre, Sun Bing, lideraba a las gentes del pueblo del cantón de Dongbei, con la pala y la azada a cuestas, el gancho de dos dientes, el *biandan* o la pértiga con las dos cestas —una en cada extremo— que se lleva a hombros, la horca de madera, el rastrillo, y con ellos cercaba a los alemanes que estaban construyendo las vías férreas en la provincia de Shandong; liquidaron a varios diablos o *guizi* —como se les llama en China a los extranjeros—, y secuestraron vivos a tres soldados alemanes a quienes despojaron más tarde de sus lustrosos uniformes, los ataron a un árbol y mearon sobre sus caras. No contentos con ello, prendieron fuego a los árboles de la obra, arrancaron los raíles, los rompieron y los tiraron a las aguas del río, y se llevaron a casa las traviesas de madera para cubrir las pocilgas. Pero antes de hacer esto último, prendieron fuego a todas las casuchas de la obra.

Yo subía el columpio hasta lo más alto y podía ver lo que había más allá de los muros de la ciudad. Veía las moradas y los hangares de los pescadores. También veía delante del *yamen* la calle principal con sus adoquines verdosos cubriendo el trayecto y la entrada a la residencia de mi *gandie*, sobre la cual se amontonaban infinitas tejas. Vi salir de la puerta de la residencia del *gandie* un palanquín tirado por cuatro personas, y salió como mandaban los ritos; una comitiva de esos funcionarios de poca

monta que trabajan para el servicio de *yamen* iba delante del palanquín con sus gorritos rojos y su atuendo negro tocando el gong, pidiéndole a la gente que abriera paso. Había detrás del palanquín dos filas de funcionarios que vestían también con el gorrito rojo y el atuendo negro y llevaban sus estandartes y sus pancartas. Dentro del palanquín iba, efectivamente, mi *gandie*. Había en la parte delantera dos guardianes armados con sus espadas; estos guardianes sujetaban las barras delanteras del palanquín y lo empujaban hacia delante; había justo detrás seis miembros del *yamen* que sujetaban las barras traseras y empujaban el palanquín. El gong dio tres martillazos y medio y los pequeños funcionarios del *yamen* empezaron a hacer gala de su prestigio, los hombres que llevaban el palanquín iniciaron su marcha a paso lento pero firme y constante, como si la intención última de la comitiva fuese calmar las efusiones de la primavera. El palanquín se balanceaba como un pequeño barco entre las olas de un mar embravecido.

De hecho, podía incluso ver lo que había más allá del condado, como las tierras del cantón de Dongbei. Podía ver las vías férreas de los alemanes allá en Qingdao, que parecían un larguísimo gusano aplastado que se desplazaba dándose la vuelta. Hay hombres de rostro enjuto y ennegrecido en la naturaleza salvaje, recientemente rejuvenecida por la llegada de la primavera. Unas banderas se agitan en el aire, y junto a las vías del tren esos individuos se amontonan como abejas. No sé si es mi padre quien está liderando esa revuelta, pero sí sé que me columpio frívolamente, como si nada me importase. Vi que a un lado de las vías salía una humareda negra. Parecía que había árboles que se movían, y se oían gritos. Yo estaba cada vez más cerca de la ceremonia de guerra de mi padre. Cada vez estaban más cerca de la Puerta del Sur. El sonido del gong se oía más cercano, y el lustro del prestigio brillaba con más fuerza. Los estandartes colgaban de la fina lluvia; parecían la piel ensangrentada de un perro chorreando gotas de sangre. Vi cómo corrían las gotas de sudor por los rostros de la comitiva del palanquín —esas gotas parecían perlas—. Podía oír cómo les costaba respirar. A los dos lados de la calle, la gente agachaba la cabeza como signo de respeto. Ninguno de ellos se atrevía a moverse o lanzar un comentario que pudiese resultar inadecuado. Incluso el famoso Lu Xieyuan, ese perro endemoniado, no se atrevía a abrir la boca. Se podía ver claramente que la notoriedad de mi *gandie* era grande en Taishan. Hasta los animales domésticos se callaban a su paso. Mi corazón ardía. En mi corazón se había encendido una cocina y en ella se estaba calentando un pote con vino. ¡Ah, mi queridísimo *gandie*! ¡Qué carácter el tuyo! ¡Yo te metería ahora dentro del pote ardiente! Mientras tenía esos pensamientos, continuaba balanceándome en el columpio con la intención de que el *gandie* me viese en esas alturas.

Y desde mi columpio veía a lo lejos una masa de caras negras; eran nubes negras que volaban y luego se pegaban en la tierra. No se podía diferenciar a los hombres de

las mujeres, ni a los viejos de los jóvenes, solo se distinguía a algunos individuos. Pero vuestras banderas ondeantes me deslumbraban. Gritabais, canturreabais, llorabais como niños... En realidad yo no oía vuestros gritos, yo los adivinaba. Mi padre tiene antecedentes familiares en el mundo de la música y la ópera de la melodía del gato. De hecho, mi padre pertenece a la segunda generación de actores-cantantes de Maoqiang. El Maoqiang era un tipo de ópera menor, pero mi padre lo hizo grande y lo hizo conocer en el norte hasta la prefectura de Laizhou, en el sur hasta la prefectura de Jiaozhou, en el oeste hasta la prefectura de Qingzhou, en el este hasta la prefectura de Dengzhou en la provincia imperial de Shandong —y sus correspondientes dieciocho subprefecturas—. Mi padre le dio prestigio a la ópera de la melodía del gato en todas partes. Cuando Sun Bing cantaba Maoqiang, las mujeres se deshacían en lágrimas. Mi padre era entonces un hombre que no pasaba desapercibido entre las mujeres. Mi padre era un hombre que se imponía con su voz, y con los soldados que llevaba, ¿cómo podía hacer de otra manera? La verdad es que llamaban la atención. Y yo seguía columpiándome, y debajo estaban esos idiotas poniéndose cachondos y creyendo que yo estaba actuando única y exclusivamente para ellos. Bailaban de alegría, y aplaudían como locos. Ese día llevaba una ropa fina y ligera, y sudaba (y desprendía olor a sudor por lo tanto) sobre el columpio... Mi *gandie* solía decir que el olor de mi sudor era como perfume de pétalos de rosa. Era consciente de que mis *tesoros* empezaban a llamar la atención rápidamente. Mis pequeños pechos se lanzaban hacia delante, y a esos jóvenes se les salían los ojos. El viento frío entraba en mis ropas y me golpeaba los sobacos. El sonido del viento y la lluvia, las flores del melocotonero, todo ello se liberaba. Los pétalos de las flores del melocotonero se mojaban debido a la lluvia. En el *yamen* se escuchaban gritos de combate, la colisión del acero, el griterío de los vendedores ambulantes, y el clamor de las bestias al ser sacrificadas. Era la algarabía típica de la fiesta de Qingming —el fuego del tercer día de la tercera luna—. En el sureste estaban las viejas tumbas, donde algunas viejas damas, unas *laopo*, de cabello blanco queman papeles de dinero según los ritos funerarios. El viento se arremolinaba en el cementerio que había en el campo; parecía que árboles negros se mezclaban con árboles blancos. El *gandie* y su séquito de banderas y armas pasaron por la Puerta del Sur. Desde el columpio los veía a todos mirando el suelo, cabizbajos, y tan solemnes no siendo nada más que el populacho. El alto funcionario del cantón, el gran *laoye*, había venido, y la gente gritaba histérica, estupefacta, a su paso. El *gandie* estaba rodeado de banderas y armas, mientras que los oficiales del *yamen* estremecían el espíritu de los perros, con el pecho endurecido y la tripa metida, y con sus ojitos redondos clavados en el séquito parecía que eran los únicos en atreverse a mirarlo de frente. *Gandie*, las cortinas del palanquín se abrieron y pude ver su gorrillo redondo con la coleta de plumas, que era igual que el gorrillo al uso de los altos oficiales de la dinastía Qing. Pude ver su cara

cuadrangular de color púrpura y rojo, la barba que colgaba de la barbilla —una barba recta, dura y de tacto sedoso como el acero, la cual incluso metida en el agua ni flotaría ni se rompería nunca—. Su barba, *gandie*, si es el cerrojo entre nosotros dos, si es el laurel que arroja la casamentera de turno, entonces no debe haber ningún tipo de barba —ni la del *gandie* ni la del *qindie*—, ¿adónde serías capaz de ir para encontrar a alguien como yo, tan dulce como un melón glaseado, y que además era virgen como debe ser una buena joven? ¿Dónde?

Los oficiales del *yamen* mostraban bastante fuerza para poder desplazar el palanquín. En realidad era usted, el *gandie*, quien mostraba bastante fuerza y poder. El palanquín se detuvo a un lado del campo de entrenamiento donde estaba el columpio. Ese campo estaba rodeado por los cuatro lados por un jardín de melocotoneros en flor. A un árbol le seguía otro árbol, y bajo la lluvia fina y nebulosa desprendían una aureola polvorienta y evanescente, pero alborotadora, que recordaba al claxon de los coches. Un oficial del *yamen* que llevaba una espada colgando en la cintura abrió las cortinas de la puerta del palanquín para que saliese el *gandie*. El *gandie* llevaba su gorrito con la cola de plumas, la bata larga que llaman de pezuñas de caballo, las manos recogidas la una sobre la otra y formando un puño con el que saludaba a los presentes, y con una voz estruendosa, dijo:

—A todos vosotros, los venerables ancianos del distrito y las gentes del pueblo llano, os deseo lo mejor para este día festivo...

Gandie, usted aún es un modelo a imitar para nuestra gente, un ejemplo a seguir. Me dio por pensar cuando en el Sala de las Flores del Oeste jugaba conmigo, y no pude retenerme: me puse a reír. Pero me puse a pensar en los sufrimientos que el *gandie* iba a padecer esta primavera y no pude retenerme: me puse a llorar a lágrima viva. Detuve el columpio, me cogí de las cuerdas y bajé del asiento. Fruncí los labios, por dentro se me revolvía el estómago viendo al *gandie* haciendo teatro con esos monos. El *gandie* dijo:

—En este distrito hay que promover la plantación de árboles; en particular, de melocotoneros.

La gente chismorreaba a espaldas de mi *gandie*, sobre todo las gentes de los muros del sur.

—Que el gran *laoye* predique con el ejemplo y tome la iniciativa. Hay que sacar provecho de esta lluvia que siempre cae para las fiestas de Qingming y plantar con las propias manos los melocotoneros y hacernos de esta manera felices, a nosotros, la gente del pueblo llano...

El *gandie* pilló al instante el mensaje envenenado de esas palabras y prosiguió:

—Gentes del pueblo llano, que así sea... Delante de las casas, detrás, en los campos, por los cuatro costados, hay que plantar los melocotoneros. Ah, vosotros, las gentes del pueblo llano... «Pocos son los que meten la nariz en los asuntos de los

demás, pocos son los que van al mercado. Pero muchos son los que leen libros de poesía y muchos son los que plantan melocotoneros». En menos de diez años, en mi ciudad-condado, la subprefectura de Gaomi, se llenarán de los días felices del «rojo de la flor de melocotón de los diez mil árboles, los árboles del buen hacer». La gente cantará, y celebrarán todos juntos la paz y la seguridad en la subprefectura de Gaomi. —El *gandie*, con tono severo, añadió—: Pero ¿hay algo que no está bien?

Uno jovenzuelo soltó:

—En el cantón de Dongbei, el pueblo se ha rebelado...

Al oír esas palabras, el *gandie* tiró la pala que tenía preparada para plantar los árboles, se puso la bata y regresó al palanquín. Los encargados de llevar el palanquín lo subieron y se pusieron en marcha. Salieron volando. Los empleados del *yamen* se pusieron detrás del palanquín, y todos juntos salieron con el miedo en el cuerpo y sin saber verdaderamente adónde ir.

Yo volví a subirme en el columpio. Mis ojos seguían el séquito de banderas y armas del *gandie*, pero mi corazón sintió algo inexplicable y se deprimió. Mi querido *qindie*, mi verdadero padre, tú te serviste de la fiesta de Qingming para armar la de Dios es Cristo. Y yo me columpiaba tan tranquila, indiferente, como si eso no fuese conmigo. Me encontraba en medio de una masa de gente, aguantando a esos señoritos que querían pescar en aguas revueltas. Yo no sabía si debía entrar en el jardín de los melocotoneros o volver a casa y ponerme a hervir la carne de perro. En realidad, no podía tomar ninguna decisión. Ese mentecato que tenía como marido, Xiaojia, había venido corriendo desde casa hasta la zona de los columpios, donde yo estaba tan tranquila. Con la cara enrojecida, esos ojitos de cuclillo dándole vueltas y esos labios carnosos y temblorosos, me dijo tartamudeando:

—Mi padre, mi padre... ¡ha vuelto!

Aquello era raro, muy raro. El *gongdie* había caído del Cielo. Tú, padre, ¿no habías muerto? ¿No hacía más de veinte años que no sabíamos nada de ti? Xiaojia estaba sudando y dijo otra vez, tartamudeando:

—Ha vuelto, de veras... ¡Ha vuelto!

VI

Con Xiaojia me fui a casa sin perder tiempo, pero en el camino empecé a hacerme preguntas: ¿cómo podía ser ese el *gongdie*? Lo más probable era que *eso* que había aparecido inesperadamente en casa fuera simplemente un pobre fantasma errante que venía para reclamarnos algo. Por eso quería ver quién era exactamente y a qué se parecía ese ser. Lo que debe ser, será; y seguro que es un fantasma que ha venido para molestarme. Vendrá en primer lugar con una pala para romper las piernas a alguien y luego enviárselas al *yamen* del *gandie* para darle doscientos golpes con el gran palo de bambú, abrirle la piel hasta verlo en carne viva y cagarse de miedo, y encima observar que se atreve a decir, para su conveniencia, que quiere ser un buen padre de familia.

En el camino, cuando nos topábamos con otra gente, Xiaojia solo les decía de forma misteriosa y escueta:

—¡Mi padre ha vuelto!

A esa gente le perturbaba la noticia como al monje budista Zhang'er que no era capaz de decir si tenía una cabeza sobre los hombros, y menos saber lo que estaba pasando. Xiaojia añadía:

—Yo tengo un padre... ¡Vaya que sí!

Todavía no habíamos llegado a la puerta de la casa cuando vi el carro de los caballos. Estaba parado justo delante de la entrada principal, y a su alrededor se habían juntado los vecinos. Había niños con el pelo muy corto que asomaban la nariz para ver lo que pasaba; esos niños entraban y salían por los espacios vacíos que apenas dejaba la gente ahí agrupada. El caballo que tiraba del carro era de pelo rojizo

como las azufaifas, y la barriga como una vela. En el carro había mucha tierra amarilla, una tierra gruesa que, tal vez, alguien había traído de muy lejos. La gente ponía caras grotescas cuando me miraba. Sus ojos eran ojos parpadeantes y brillantes; sus ojos eran como los del fantasma que lleva la linterna en la mano y merodea por los cementerios abandonados. La tía Wu, la de la tienda de alimentos, que se las daba de amiga, se dirigió a mí y me dijo:

—¡Felicidades, y más felicidades! Verdaderamente la gente *afortunada* no necesita estar ocupada... La gente *desafortunada*, en cambio, está muy ciega... El Dios de la Riqueza [40](#) honora por costumbre las casas que ya son ricas y honorables. Al principio eran los días de los petardos y los fuegos artificiales, y desde el Cielo te ha caído un padre tan rico como un judío. La joven nuera de la familia Zhao engorda a los cerdos y toca a las puertas, además adereza los mulos y los caballos. ¡Mis más sinceras felicidades!

Le puse el ojo a esa mujerzuela con la boca llena de orines. Y a usted, la tía de la familia Wu, ¿acaso le resulta imposible cerrar el pico? Tiene la boca podrida y apesta. Si a la familia Wu le falta un *die*, podéis coger al *gongdie* y os lo quedáis. Por mí que no quede. La mujerzuela echó unas risitas y dijo:

—¿Lo dices en serio?

Y yo le contesté que sí, que se lo llevara. ¿Quién se quedaría si no? ¿Quién sino alguien que trabaja como una mula?

Xiaojia me interrumpió y, muy indignado, nos dijo:

—Si alguien se atreve a hablar así de mi padre, ¡lo mato!

La cara de torta de pan de la tía Wu se puso roja. Esta gente cotillea y anuncia lo que sabe a los cuatro vientos, y además saben que mi relación con el gran *laoye* Qian es muy buena. Por dentro llevan el vinagre del viejo Chen, un vinagre muy ácido que los corroe. A mí esa mujerzuela me dejó con el estómago revuelto, y a Xiaojia, más enrabiado que nunca. Así que nos fuimos. Tomé los peldaños de piedra que conducían a mi casa, pero lo hice en dirección contraria a la casa y me dirigí hacia donde estaba cada uno de los honorables y distinguidos vecinos. Me escapé de esa situación tan embarazosa como inverosímil. Tanto a los que querían entrar para fisgonear como a los que no les dije que cogieran sus heces y sus caras de huevo y se largaran de la puerta cuanto antes. No quería verlos haciendo el tonto delante de mi casa. Entre insultos y medias palabras, dejaron la entrada. Yo sabía de qué pasta estaban hechos esos tipos, cuál era su *retórica* habitual cuando se trataba de mí. A mis espaldas afilaban los dientes y soltaban barbaridades acerca de mi persona. Estaban ansiosos por verme como una miserable recorriendo las calles, vendiendo mis canciones y mendigando comida. Pero nadie podía decírmelo a la cara, nadie podía en realidad decírselo a los demás.

Al entrar por la puerta del patio de la casa lancé un grito. ¿Cuántos fantasmas

habían caído del Cielo? ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! Pensé que no podía hacerme la blanda. Tanto si era un *die* verdadero o un *die* falso, yo debía mostrarle los dientes y no dejarme avasallar por él. Debía preparar el terreno para un futuro próximo. Lo vi, en medio del patio estaba la silla imperial de madera de sándalo, roja y púrpura con hilos de oro, del Gran Preceptor, el *taishi* de la gran dinastía Qing. Ahí al lado estaba un viejo pansido, encorvado, que limpiaba el polvo del mueble con un paño. De hecho, le estaba sacando brillo a una silla que no necesitaba limpiarse más. Pero para el *gongdie* no era nunca suficiente. Este se dio cuenta de mi presencia y lentamente se enderezó. Se giró para ver quién era y me echó una mirada fría, mostrando una absoluta indiferencia ante mi persona. Madre mía. Esa mirada de ojos hundidos, esa mirada de ladrón, era más fría y afilada que las cuchillas de los sables que utilizaba Xiaojia para despedazar a los cerdos y los perros. Xiaojia aceleró el paso y se puso al lado de su padre, el *gongdie*. Y como era costumbre cuando lo hacía, emitía esos sonidos de niño balbuciente y esbozaba esas sonrisitas de niño atrasado.

—*Die*, esta es mi mujer, tu nuera... Estamos casados, ya sabes, la madre...

Esa *vieja cosa* no me miró todavía a los ojos. Solo rezongó algo ininteligible. Seguidamente, frente a la calle principal, en la cantina de Wang Sheng, el cochero del carro con los caballos, que había estado comiendo y bebiendo a sus anchas, salió del restaurante, sacó el látigo y vino para despedirse del *gongdie*. La *vieja cosa* sacó un billete de banco y se lo dio sujetándolo con las dos manos y diciéndole parsimoniosamente:

—*Huoji*, que tenga un buen viaje.

Muamua... Esa *vieja cosa* se convertía de repente en un actor de ópera de Maoqiang y ponía la voz fina y afeminada de un gato. Verlo para creerlo. Su voz me recordó la del gran *laoye* Qian. El cochero miró la cara del billete y puso cara de sentirse un hombre desgraciado. Pero no tardó en sonreír como una flor que acaba de abrirse. Se postró una vez, dos, tres..., su voz sonaba como un pedo, y el pobre hombre le dio las gracias al *gongdie*:

—Gracias, *laoye*; gracias *laoye*; gracias mi señor y amo...

¡Hey, *vieja cosa*, no es poco el beneficio que se esconde detrás de esas palabras! La tuya es la mano del experto... ¿No es cierto? Como la de un banquero. El viejo tenía siempre el bolsillo lleno de billetes. ¿Un billete de mil o de diez mil? Pues vale, aquí lo tienes. Este año, si hay una madre, hay un pecho con leche para mamar; y si hay un *die*, hay dinero para repartir. Me precipito hacia el *gongdie* y me arrodillo ante él, golpeo el suelo con la frente y lanzo un grito, un grito que es como los que se dan sobre un escenario, igual de fingido y logrado.

¡La nuera ha golpeado el suelo con la frente y lo ha hecho ante el *gongdie*!

Xiaojia me vio arrodillada, a cuatro patas, como un animal, golpeando el suelo con

la cabeza y emitiendo una especie de *pong, pong* que resonaba en todo el patio; y él, Xiaojia, hizo lo mismo que yo y le entró una risita nerviosa mientras lo hacía.

La *vieja cosa* no se había dado cuenta todavía de que me había postrado ante él para hacerle ese rito, quizá por eso estiró las piernas nerviosamente y alargó las manos cuando nos vio. A mí me entró el miedo en el cuerpo; ese gesto me dejó estupefacta. Esas manos... ¡Ay!... Esas manos querían levantarme... No, no querían levantarme, ni levantar a Xiaojia; se trataba de otra cosa, y se limitó a decirnos:

—¡No más ritos, no más ritos! Los miembros de esta familia no necesitan hacer este tipo de cosas...

Me vi obligada a ponerme de pie aunque no me apeteciese. Xiaojia se levantó también. Él quería coger mi alma con sus manos, y mi alma estaba exultante. Creía que me iba a dar un tael de plata como gratificación. El *gongdie* llevaba mucho rato tocando algo con sus manos y lo sacó: era un juguete de color esmeralda, y me lo ofreció.

—Es la primera vez que te veo —me dijo el *gongdie*—. Nunca te he ofrecido nada; es un detalle. Así podrás jugar con él.

Cogí el juguete. El tono de su voz y sus modales eran educados. Me trató como a un miembro de su familia. El juguete pesaba lo suyo, pero su forma alargada era suave y de tacto muy agradable, y su superficie era tan verde que alegraba el corazón de la gente. Yo había dormido en el lecho del gran *laoye* Qian durante algunos años y había recibido una excelente educación sobre nuestra cultura y civilización. Yo había dejado de ser una persona vulgar. Sabía que *eso* que me había dado era algo de valor, pero no sabía qué era exactamente.

Xiaojia retorció la boca, enfadado, y miró a su padre. La *vieja cosa* le dijo riendo:

—¡Baja la cabeza, anda!

Xiaojia obedeció y bajó la cabeza. La *vieja cosa* cogió algo parecido a una cajita metálica con ribetes plateados que llevaba un cordón rojo y se la puso a Xiaojia alrededor del cuello. Xiaojiao lo cogió y me lo mostró. Cuando lo vi, me di cuenta de que era un candado con una cuerda roja con la forma de rosario. No era como para tirarlo, la verdad, pero para mis adentros pensé que esa *vieja cosa* creía todavía que su hijo acababa justo de pasar los cien días.

Más tarde le mostré al *gandie* el regalo que me había hecho el *gongdie*. El *gandie* me dijo que ese juguete era un anillo de piedra, con la forma alargada y puntiaguda, y era de un jade muy puro, y por lo tanto, de muchísimo valor. Me dijo que ese cilindro era una joya tallada más valiosa incluso que si hubiese sido hecha en oro, y que los arqueros se la solían poner en el dedo pulgar para tensar la cuerda del arco. Solo los familiares de Su Majestad Imperial o de alguna familia real podían poseer un tesoro de esa naturaleza, me dijo. Cuando el *gandie* manoseaba mis pequeños pechos con su mano izquierda, con la mano derecha jugueteaba con esa especie de tubo de jade, y

me decía siempre:

—Cosa buena, cosa buena; verdaderamente una cosa muy buena...

Un día le dije al *gandie* que si le gustaba, se lo ofrecía, y el *gandie* me respondió:

—Ni te atrevas, un caballero no roba lo que *ama* la gente.

Yo le respondí que yo misma —la mujer que supuestamente *amaba* ese cilindro— no sabía muy bien qué hacer con un objeto así. El *gandie* se quedó algo agriado, como con el vinagre en el estómago, con mi actitud; y le dije que si no lo quería, yo lo rompía y lo tiraba.

—¡Aúpa, mi tesoro!... Diez millones y adiós, lo quiero.

El *gandie* cogió finalmente el *banzhi* —el anillo de jade para arqueros—, y me lo puso en la mano. A menudo, cuando me tocaba los senos, el *gandie* olvidaba todos esos asuntos mayores. Más tarde, el *gandie* cogió un *bodhisattva* de jade con el cordón rojo y lo colgó en mi cuello. Ese detalle llamó mi atención y me gustó; eso era justo la *cosa* que pertenecía a la mujer de la casa. Le acaricié la larga barba al *gandie* y le di las gracias. El *gandie* me dejó ir pero no sin antes decirme:

—Meiniang, Meiniang..., si no te importa, quisiera hacerle una visita a tu *gongdie*...

VII

Entre sonrisas vulgares del *gongdie*, la silla de madera de sándalo y el collar de Buda fabricado con bolas de madera de sándalo desprendieron de repente un olor opresivo a incienso que me dejó mareada y fuera de mis casillas. Al *gongdie* no solo no le importaba la sentencia de muerte de mi padre, sino que no hacía caso de mi coqueteo. Se levantó temblando y tiró bruscamente el collar de Buda. Sus ojos traslucían una luz parpadeante, como la de las estrellas. ¿Había alguna circunstancia feliz proveniente del Cielo que alegrase el corazón a ese vejestorio? ¿Había alguna catástrofe proveniente del Cielo que le horrorizase? Alargó esas manos femeninas, esas manos finas y endemoniadas, y musitó algo. Sus ojos impacientes me miraron, en ellos no había nada de fiereza, y el *gongdie* me suplicó:

—Quiero lavarme las manos...

Cogí el agua fría de la jarra y la vertí sobre la cubeta de cobre. Vi cómo el *gongdie* metía las manos en el agua y pude oír cómo siseaba. Pero era incapaz de interpretar ese sonido. Vi que sus manos rojas tomaron un color gris carbón. El *gongdie* dobló los dedos para estirarlos. Sus manos parecían las garras de las patas rojas de un gallo. A mí me pusieron en trance. Esas manos eran como hierro al rojo vivo, y cuando las metió en el agua de la cubeta, el agua dio un chasquido, desprendió vapor y empezaron a salir burbujas. Ese espectáculo sí que era grotesco, y la *laoniang* no perdió detalle de lo que veían sus ojos. La *vieja cosa* sintió un intenso alivio después de haber metido las manos inflamadas en el agua fría de la cubeta. Se sintió seguramente como si hubiese muerto repentinamente. El viejo entornaba los ojos y se

le oía respirar con dificultad mientras hacía un chasquido con los dientes. Respiraba y no soltaba el aire hasta que pasaba mucho tiempo. Esa manera de respirar... ¿no era la de un adicto al opio? Esa es la muerte confortable, viejo mulo. No podía creer que el viejo se prestase a esos juegos, esa vieja y endemoniada mariposa nocturna.

El viejo hacía lo que le placía, movió sus manos rojas para sacarse el agua y volvió a sentarse otra vez en la silla del Gran Preceptor de Su Majestad Imperial. Pero había una diferencia: ahora tenía los ojos bien abiertos y miraba con sus ojos perlados sus propias manos; veía cómo caían las gotas de agua al suelo. Al *gongdie* se le veía distendido, muy relajado, de los pies a la cabeza, y según las muecas de su cara parecía estar muy satisfecho, igual que mi *gandie* cuando acababa de dejar mi cuerpo...

En esa época yo no sabía todavía que el *gongdie* era un verdugo respetado y famoso en la subprefectura de Gaomi. Pensaba que al *gongdie* solo le interesaban sus billetes de banco. Con mucha educación y tacto, le sugerí:

—*Gongdie*, parece ser que le he dejado muy relajado. La miserable vida de mi *qindie* no se dará por perdida esta noche, sino mañana por la mañana. Somos una familia, ¿me puede ayudar en este plan? Piénselo, se lo ruego. Voy a hervirle sangre de cerdo y se la ofreceré.

Yo sacaba el agua del pozo y limpiaba el arroz, pero por dentro me sentía vacía. Levanté la cabeza y vi el alero levantado del tejado del Templo del Dios de la Ciudad, que parecía estar volando en el firmamento. Sobre él había una paloma cantaleando. Había no sé cuántas agrupadas. Y sobre el gran pasillo empedrado que quedaba fuera del patio se oía claramente el sonido de los cascos de los caballos. Eran los demonios alemanes que estaban montando a caballo. Por encima del muro pude ver las plumas de los cascos cilíndricos que llevan esos oficiales alemanes. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Esos demonios alemanes habían venido por mi padre. Xiaojia estaba afilando los cuchillos y haciendo otras tareas domésticas. Cogí un palo de madera de fresno con un aro metálico en la punta y me fui a la pocilga con el fin de sacar un cerdo negro. Con el aro metálico del palo de fresno agarré un cerdo negro por la barbilla. El cerdo empezó a chillar, los pelos del cuello se le erizaron, intentó escaparse haciendo un esfuerzo superlativo, los ojos se le pusieron rojos, llenos de sangre, y echó para atrás las patas traseras y el culo para evadirse del gancho. Pero ¿cómo iba a poder enfrentarse al poder sobrehumano de mi Xiaojia? A mi Xiaojia solo le faltaron sus dos brazos poderosos, sus dos grandes piernas, con sus dos azadones, con su tres *cun* [41](#) de altura y una huella marcada en el suelo a cada paso, para someter al cerdo negro. El cerdo utilizaba sus garras para cavar una zanja en el suelo como si estuviera arando la tierra. Pero Xiaojia, tras el forcejeo, se lo llevó hasta la cama. Xiaojia cogió con una mano el palo con el aro metálico y con la otra arrastró al cerdo cogiéndole de la cola. Al final consiguió poner los doscientos *jin* de ese cerdo

gordo y testarudo encima de la cama. El cerdo ya miraba para otro lado y había olvidado por qué luchaba. Solo abría la boca y sollozaba como un niño; el pobre cerdo sabía que la muerte era algo inminente para él. Xiaojia le ató las cuatro patas y le sacó el aro y lo arrojó a un lado, luego se puso a afilar los cuchillos de acero junto a la cubeta que iba a llenarse con la sangre del cerdo. Sin cuidado pero con finura, como cortando el queso de soja, el *doufu*. Xiaojia empezó a abrirle la cavidad torácica hasta el final. Y otra vez volvió a hincarle el cuchillo, con fuerza y autoridad, sobre el cuerpo entero del cerdo. Los gritos del cerdo cesaron, solo quedó un pequeño balbuceo casi inaudible. Pero esto no duró mucho. Al cerdo solo le quedaban fuerzas para dar unos espasmos, unos temblores más. Xiaojia sacó el cuchillo largo y partió al cerdo en dos y luego lo giró para que el cuello del cerdo vertiese su sangre en la cubeta. La sangre salía brillante, pura, como el rojo de las telas de seda; y hacía un ruidito al caer en la cubeta, como un chorro de agua.

Mi familia tiene suficientes *mu* de terreno como para dar y vender. Hemos construido vallas para confinar perros y pocilgas para cerdos, y hemos plantado peonías y rosas chinas. Colgamos la carne y los cuchillos y ordenamos nuestras jarras llenas de vino; y sobre los muros del patio cuelgan los cacharros de la cocina del hijo del emperador. Cuando se anda por nuestra casa, uno siempre siente que los pies están pisando charcos de sangre. Y además, están las moscas, esas moscas de cabeza verde a las que les gusta beber sangre y que siempre están merodeando en nuestra casa y metiendo la nariz en todas partes.

Dos individuos golpearon la puerta de mi casa. Llevaban sombreros rojos, esos sombreros fabricados con piel flexible, vestían sus uniformes negros con cinturones anchos de color verde azulado de donde colgaban las espadas brillantes y calzaban sus botas con puente metálico, sobre las cuales caían las largas e intimidantes espadas. Al verlos los reconocí. Eran esos soldados que trabajaban para el *yamen* y se encargaban de capturar a los criminales. Esa gente nace para cazar conejos. Sin embargo, yo no sabía cómo se llamaban ya que no los había visto antes.

Yo me sentía deprimida porque mi *qindie* estaba encerrado en la prisión. Me sentía un poco vacía. Ellos estaban ahí, delante de mí, sonriendo. En las mañanas de cada día, los ojos blancos de la *laoniang* no miran a esos burros que visten con pieles de león y provocan la desgracia en la gente. Pero la verdad es que se mostraron muy educados conmigo y me hablaron moviendo la cabeza y sonriendo con mucha dulzura.

—El gran *laoye* de la subprefectura de Gaomi llama a Zhao Jia para que testifique ante Su Señoría tal y como dicta el *subpoena* correspondiente —dijo uno de los *chaiyi*, de los alguaciles del *yamen*.

Xiaojia vino corriendo con un cuchillo lleno de sangre de matar cerdos y dijo inclinándose ante los oficiales:

—Distinguidos oficiales del *yamen*, ¿pasa algo?

El oficial respondió como si se le hubiera congelado la cara:

—¿Eres Zhao Jia?

—No, yo soy Xiaojia. Zhao Jia es mi padre —replicó Xiaojia.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó aquejado el oficial.

—En su habitación —respondió sin convencimiento.

—Dile a tu padre que se venga con nosotros a dar una vuelta... —dijo uno de los oficiales.

Yo, por mi parte, ya había visto lo suficiente la cara insolente de esos perros, e indignada les dije:

—El *gongdie* no va a salir por la puerta, ¿qué ha hecho malo?

El oficial enrojeció con mis palabras y respondió con cara de tonto:

—Cuñada Zhao, nosotros solo obedecemos órdenes. Si su *gongdie* ha hecho algo malo, nosotros no podemos saberlo.

—Distinguidos señores..., ¿solo quieren invitar a mi padre a beber un trago? —quiso saber Xiaojia.

—¿Qué sabemos nosotros? —Uno de los oficiales movió la cabeza mientras lanzaba una risa estrepitosa y prosiguió—: Quizá es porque invitan a su *gongdie* a comer carne de perro y beber el licor amarillo...

Comprendí que lo que esos perros decían era una especie de bezoar que había que tragar aunque costase, y ellos sabían de sobra cuál era mi relación con el *laoye* Qian. Pero Xiaojia, esa bola de sebo, ¿cómo iba a saberlo? Xiaojia salió corriendo hacia la habitación del *gongdie*.

Yo le seguí.

Qian Ding, tú, el que recibe cada día su carne de perro, el que osa atacar a los fantasmas, ah... Tú atrapaste a mi verdadero padre, mi *qindie*, y ahora te escondes para no verme. Temprano, por la mañana, te preparé de nuevo dos piernas de perro y tú envías a tu gente para atrapar a mi *gongdie*. Todo este jaleo porque tengo un *qindie*, un *gongdie* y... un *gandie*. ¡Tres bajo el mismo techo de la Gran Sala de Su Señoría! Canté el aria de la ópera *Los tres jueces se juntan para el veredicto final*. En ella no había oído todavía que se trataba de tres *die*, es decir, de tres padres, como vosotros, y un juicio. Y solo si se da el caso de que la *vieja cosa* soporta todo lo que le pidas y ya no me ve más en la vida, o me ve y entonces nos hacemos amigos y a ti, *gandie*, te pregunta... ¿qué medicina vendes en la calabaza-cantimplora?

Xiaojia se remangó y se secó el sudor de la cara, y, apresurado, le dijo a su padre:

—¡Algo no va bien, padre! Los alguaciles del gran *laoye* han venido a buscarte para que vayas con ellos. El magistrado de la subprefectura quiere invitarte a comer carne de perro y beber licor amarillo.

Mi *gongdie* estaba en la silla del Gran Preceptor del emperador. Sus manos ya sin

rastros de sangre colgaban pálidas por los lados. Tenía los ojos cerrados y no decía nada. Vete a saber si lo del magistrado le dejaba tan pancho o simplemente lo fingía.

—Die, diga algo... Le están esperando los oficiales del *yamen*—. Xiaojia se sintió algo ansioso y apremió a su padre—: Puedo ir yo y echar un vistazo, ¿no cree? Le preguntaré al gran *laoye* qué es lo que quiere... Mi mujer va a diario a la Gran Sala. Le preguntaré si puedo ir con ella. Si no puedo...

Al oír esas palabras me apresuré a cortarle la palabra a esa bola de sebo:

—No le haga caso a su hijo, *gongdie*. ¿Qué es eso de que le van a invitar a beber licor amarillo? ¡Estos alguaciles han venido para detenerle, *gongdie*! ¿Ha hecho algo malo?

El *gongdie* abrió con parsimonia los ojos, suspiró y respondió:

—Incluso si hubiera hecho algo malo, no habría que tomar medidas excepcionales. No hay para tanto. Hazles entrar, anda...

Xiaojia se giró de golpe y gritó a los que se habían quedado detrás de la puerta:

—¿Eh, es que no habéis oído? ¡Mi *gongdie* os invita a pasar!

El *gongdie* dijo sonriendo:

—Muy bien, hijo. Hay que mostrarse duro con la gente.

Xiaojia corrió hacia el patio y les dijo a los alguaciles:

—¿No lo sabéis? Mi *gongdie* tiene una relación excelente con el gran *laoye* Qian.

—¡Estúpido! —Sacudió la cabeza el *gongdie* mirándome a la cara.

Vi cómo los alguaciles del *yamen* se reían de mi marido. Estaban ahí, envalentonados, con la espada a la cintura, dándose las de héroes, con cara de tigre, y así de petulantes entraron en la casa del *gongdie*.

El *gongdie* abrió ligeramente los ojos, que desprendían una luz fría, y los clavó con desdén sobre los alguaciles. Luego pasó a contemplar la habitación sin hacer caso a esos dos individuos que se habían plantado en su casa. A los dos alguaciles les cambió repentinamente la expresión de la cara, avergonzados, se les puso la cara larga. Uno de ellos dijo con un tono de voz y unos modales muy serios y oficiales:

—Ah, entonces..., ¿es usted Zhao Jia?

El *gongdie* parecía haberse quedado dormido.

—El *gongdie* se está haciendo viejo y anda duro de oído —intercedió Xiaojia—. Hablen más fuerte, por favor...

El alguacil levantó la voz:

—Zhao Jia, es una orden del gran *laoye* Qian de la subprefectura de Gaomi: usted debe presentarse en persona ante las autoridades correspondientes y entrevistarse con Su Señoría según el *subpoena* que acabo de leerle. No hay vuelta de hoja.

El *gongdie* levantó la vista y dijo, apenado:

—Vayan y díganle a su gran *laoye* Qian que yo, Zhao Jia, no muevo mis maltrechos pies de aquí. No puedo acudir a esa cita que me pide. ¿Está claro?

Los dos alguaciles se miraron de nuevo el uno al otro sin saber qué hacer. En medio se colaron unas risitas de estupefacción. Pero los dos no tardaron en recuperar el rictus serio del buen alguacil del *yamen* según la función que desempeñaban.

—¿Desea que sea el mismísimo *laoye* Qian, el subprefecto de Gaomi, quien se desplace en el palanquín hasta aquí?

—Eso sería lo mejor... —sugirió el *gongdie*.

Los alguaciles no pudieron aguantarse las risas.

—Vale, vale, está bien; entonces usted se quedará aquí esperándolo... —dijeron riendo—, se quedará esperando que el gran *laoye* Qian se persone en su casa... Vaya con el señor...

Los alguaciles salieron de la casa del *gongdie* con una sonrisa en los labios. Sus risas iban a más y se escuchaban desde lejos.

Xiaojia acompañó a los alguaciles hasta el patio y con cierta arrogancia les dijo:

—¿Qué va a pasar con mi padre? Todos os temen, salvo él.

Los alguaciles se quedaron mirando a Xiaojia y volvieron a lanzar unas carcajadas. Poco más tarde se despidieron de él con un movimiento de cabeza y se fueron. Sus risas llegaron a mis oídos desde la calle principal. Yo sabía por qué reían; el *gongdie* sabía también por qué reían de esa manera.

Xiaojia volvió a la habitación y, con un tono melancólico, dijo:

—*Die*, ¿de qué se ríe esa gente? ¿Es que han bebido los meados de la vieja imbécil? Oí decir a Huang Tu que si bebes los meados de la señora imbécil (la *laopo* Chi) te pones a reír y no puedes parar de hacerlo. Ellos seguro que han bebido de sus meados. Seguro que sí. Pero ¿qué meados de la señora imbécil habrán bebido exactamente?

El *gongdie* se dirigió a mí inesperadamente y no a su hijo, Xiaojia, como había hecho hasta el momento, pero me llamó «hijo»:

—Hijo, la gente no puede menospreciarse a sí misma. La vejez le ha enseñado a tu *die* esa verdad. El que da órdenes en la subprefectura de Gaomi ya no es un funcionario-pingüino con su gorrito emplumado tal y como lo implantó la dinastía Qing entre sus funcionarios, y su monóculo de rigor; sino que es un *jinshi*, un alto funcionario que ha pasado los exámenes oficiales al máximo nivel. Es decir, que pertenece a «la banda de los tigres», y su señora la subprefecta, la dama que se casó con Su Señoría el subprefecto Qian Ding, era la nieta del mismísimo Zeng Guofan [42](#). Y como dice la sabiduría popular: «Un ratón vivo vale más que la mansión de los muertos entera». Tu *die* nunca se ha hecho funcionario, pero ha cortado la cabeza de muchos de esos que llevan gorritos rojos. Ha cortado tantas cabezas que podría llenar dos cestas enteras. Lo oyes, tu padre ha cortado tantas cabezas de esos nobles de alto rango y de buenas familias, esos nobles que se pavoneaban por el cantón como si fueran los dueños del mundo, que podría llenar dos grandes cestas.

Xiaojia lanzó un grito de niño y mostró su dentadura blanca. Nadie podía saber si había comprendido algo de lo que había dicho su *gongdie*. Yo en cambio sí que comprendí todo lo que dijo. Todos estos años junto al gran *laoye* Qian han sido muy valiosos para comprender este tipo de cosas. He hecho muchos progresos. Tras escuchar las palabras del *gongdie*, mi corazón se quedó helado y se me puso la carne de gallina. Mi cara se quedó sin sangre. Hace medio año, empezó a correr un rumor por las calles que, naturalmente, llegó a mis oídos. Me armé de valor y le pregunté:

—*Gongdie*..., ¿usted a qué se dedica en realidad?

El *gongdie* me miró con esos ojos avizores. Y me empezó a hablar como si su boca estuviese vomitando guisantes de acero:

—Haciendo, haciendo, se llega lejos... ¿Sabes quién dice esto?

—La sabiduría popular... Todo el mundo lo sabe.

—Pues te equivocas. Hay una persona que lo dice. O mejor dicho, alguien me lo dijo a mí, una mujer... ¿Y sabes quién fue esa mujer?

Moví la cabeza para decirle que no.

El *gongdie* se levantó de la silla del Gran Preceptor y cogió el collar de Buda con sus dos manos. El olor que desprendía la madera de sándalo volvió a llenar la habitación. Sobre la superficie de las bolas habían chapado oro. El *gongdie* dijo con arrogancia, sinceridad y profundamente agradecido:

—Su Majestad Imperial Cixi.

Capítulo segundo

Zhao Jia se va de la lengua

Hay proverbios que dicen: «Cuando muere el maestro del Sur, nace el ministro del Norte [43](#)»; «Los hombres siguen las leyes de su rey como la hierba el viento [44](#)»; «Si el corazón del hombre es de hierro, las leyes de los funcionarios de la dinastía Qing son como el horno de una fundición»; «La roca teme al martillo de hierro» (verdades que se dicen regresando a casa). Fui el primer verdugo de la gran dinastía Qing y me hice un nombre en la Gran Sala del Ministerio de Justicia (¡oíd, oíd lo que dicen de mí!). Cada año, los ministros se iban tan pronto como llegaban; solo yo, como una linterna mágica, no me moví del sitio. Solo yo, el viejo Zhao, me quedé, matando gente para la honra y la gloria del país (decapitar es como cortar una legumbre; despellejar a alguien es como pelar una cebolla). En los capullos de algodón no se prende fuego; en la nieve difícilmente toman forma los muertos. Abramos las ventas y seamos sinceros; y vosotros, pequeñas gentes del pueblo, abrid bien las orejas.

Del aria *La linterna mágica* [45](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Mi distinguida y realizada nuera, ¿de veras que estás tan enojada? ¿Y no temes que se te rompan esas perlas que tienes como ojos? Tu *gongdie* es, sin embargo, alguien que ha ido labrando su camino en esta vida... Desde los diecisiete años que he estado partiendo por la mitad a todo tipo de individuos. Y hasta los sesenta he practicado el suplicio del *lingchi* [46](#) o muerte por mil cortes a aquellos asesinos que osaron matar a sus amos. Este ha sido mi bol de arroz durante cuarenta y cuatro años. ¿Cómo es posible que todavía estés enojada? He visto a muchos que estaban enojados, y los enojados que yo he visto son los que *genuinamente* estaban enojados, es decir, tenían una razón de peso para estarlo. Y no diré que vosotros no los habéis visto. En la provincia de Shandong tampoco pueden haberlos visto, y no diré, por lo tanto, que han sido vistos por ellos. A ellos les diré una y otra vez que deseo meterles el miedo en el cuerpo hasta que se caguen encima.

En 1860, el décimo año de la era del emperador Xianfeng [47](#), los eunucos —esos pequeños gusanos que viven dentro del palacio imperial pero tienen los mosquetes fuera— robaron y luego vendieron los célebres mosquetes de las Siete estrellas. Esas armas habían sido ofrecidas a Su Majestad Imperial Xianfeng por la mismísima emperatriz de Rusia, y no se trataba de un regalo cualquiera —fue un regalo caído del Cielo, un regalo divino, y valía su peso en oro—. Esos fusiles de cañón largo estaban hechos de plata y madera de sándalo. En la culata había incrustados siete diamantes del tamaño de un cacahuete. Utilizaban balas de plata y podían disparar al ave fénix en el cielo y al unicornio en la tierra. Podían disparar incluso a Pangu, el creador del

universo. Y eso que ese mosquete solo tiene un cañón, y no dos. El eunuco Xiao Chongzi —el pequeño gusano— se dio cuenta de que el ya anciano Xianfeng había enfermado y su cabeza no estaba para acordarse de muchas cosas. Por eso los eunucos robaron los mosquetes y luego los vendieron. Se cuenta que vendieron tres mil fusiles. Al padre lo exilaron en una granja lejana, y el hijo empezó a creer que lo frecuentaban los fantasmas. Pero olvidó algo. A pesar de todo, él era el hijo del Cielo, es decir, el emperador, el hijo-dragón del Cielo. Y al legítimo hijo-dragón del Cielo, ¿había alguien que pudiese rivalizarle en inteligencia? ¿No era como un dios en la Tierra? Xianfeng era un ser divino y omnisciente. Durante el día era como cualquier hombre de la calle, pero por la noche brillaba con fuerza. Leía libros y escribía. No necesitaba, simplemente, encender la lámpara. Se decía que a principios del año, en invierno, el gran Xianfeng quería rodear la Gran Muralla y para ello necesitaba los mosquetes de los Siete diamantes. El eunuco Xiao Chongzi se puso muy nervioso y sus piernas se descontrolaron. El eunuco habló más de la cuenta y con las ideas no muy claras delante del emperador. Le dijo que un viejo zorro de cabello blanco había robado los fusiles y se había largado con ellos. Pero también le dijo que había sido un pájaro-dios quien se los había llevado con el pico. Al dragón Xianfeng le inquietaron esas palabras y promulgó un decreto imperial en el que ponía al eunuco Xiao Chongzi bajo custodia. Quería aclarar ese asunto y lo mandó a que fuese interrogado por el verdugo, el cual, como era de esperar, no tardó en hacerle cantar. Los ojos del padre de los diez mil años, que es como también se le llama al emperador, vieron estrellas cuando supo lo que había pasado. En el palacio imperial se oyeron gritos e insultos:

—¡Xiao Chongzi, mi familia tiene más de ocho generaciones y tú eres un don nadie! Esto me recuerda al gato que se relame cuando mira al ratón... Mereces un castigo severo, Xiao Chongzi. Hay que tener valor para hacer eso... Te atreves a robar en mi propia casa porque sabes que me he hecho viejo y no puedo castigarte personalmente...

El gran Xianfeng decidió que el suplicio que Xiao Chongzi debía padecer sería particularmente cruel. Quería que ese castigo sirviese de escarmiento y disuasión a otros ladrones potenciales en la corte imperial. El momento de decadencia que vivía Xianfeng y su gobierno así lo requería. Es decir, quería matar el pollo delante del mono. Su Majestad Imperial le dio por lo tanto la orden [48](#) al consejero de los suplicios para que aplicase el castigo a esos eunucos. El verdugo [49](#) le anunciaba al emperador la estrategia a seguir y el resultado de la aplicación de sus refinadas artes; esta vez se limitó (solamente) a proponerle que debían apalearle el culo con una vara de bambú, atarle las piernas con una cuerda y un madero y apretarle la cabeza con un torniquete, como al pobre Juan Xitong [50](#) de la ópera de Pekín del mismo nombre, ponerle un saco en la cabeza, y desmembrarlo finalmente en varias partes. Cuando el emperador escuchó la sugerencia del consejero de las torturas, sacudió la cabeza y

dijo que le parecía muy bien: había que dejar a ese eunuco pudriéndose como las sobras de la comida. Para un trabajo así, el especialista del Ministerio de Justicia y Penas [51](#) del palacio imperial debía pedir consejo a los verdugos. En aquella época, el ministro-consejero encargado de las torturas era el *daren* Wang, Su Excelencia el Señor Wang, el cual hacía de intermediario entre Su Majestad Imperial y los verdugos, ya que trabaja para el departamento de Asuntos del Estado y su correspondiente Ministerio de Justicia. Después de dar la orden, el ministro-consejero Wang se fue ya entrada la noche a las dependencias de la abuela Yu. Pero ¿quién era la abuela Yu? Pues ella fue mi amada profesora. En realidad, era un hombre. ¿Por qué la llamaban *laolao*, la abuela? Así era como la llamábamos todos: la abuela. A la mañana siguiente, en las mazmorras del Ministerio de Justicia había cuatro verdugos ya mayores y con una larga y prestigiosa reputación. El más habilidoso de entre todos era la abuela Yu. Los otros tres restantes se diferenciaban por su habilidad y experiencia. A uno le llamaban *dayi* o gran tía, al otro *eryi* o segunda tía y al tercero *xiaoyi* o joven tía. Llegaba la luna llena y se decía que no había mucho trabajo, pero algo temporal siempre surgía. A esos trabajadores temporales se les llamaba nietos. Así empecé a trabajar yo en el ministerio, y pasito a pasito, me quedé hasta convertirme en una abuela. ¿Fácil? ¿Difícil? La verdad es que ha sido un trabajo difícil de hacer... En la Gran Sala del Ministerio de Justicia pasé treinta años y pasé por todos los niveles del funcionariado imperial: alto oficial, ordenanza del ministro..., y lo hice con la rapidez de la luz de una lámpara. Mi carrera no sufrió altibajos y transcurrió igual de sólida y estable que la de una montaña. La gente no nos miraba cuando ejecutábamos nuestro trabajo; y si nos miraba, no hacía diferencias entre nosotros, los perros y los cerdos.

Como iba diciendo, el ministro-consejero Wang —el que conoce bien el *Clásico de la Historia* [52](#) y pertenece a la familia Wang—, junto con la abuela Yu y tu *die* —que es quien te habla ahora— fueron a la mazmorra para hablar del interrogatorio. Tu *die* apenas acababa de cumplir doce años. La segunda tía acababa de ser promovido a gran tía. Pero esa promoción no se hizo obedeciendo las reglas, fue un favor. La abuela Yu me dijo:

—Joven Jia, antes uno no llegaba a *dayi* hasta tener bien cumplidos los cuarenta años. Ahora, incluso tú con diez años y poco más podrías convertirte en una gran tía. Esto es el sorgo del mes de junio: ¡nace demasiado rápido y lanza su grito de combate!

En ese cotilleo continuo, el *daren* Wang, me dijo:

—Su Majestad Imperial tiene una orden imperial. Quiere que nosotros contribuyamos de una manera muy especial al cumplimiento de ese castigo. Quiere someter a ese eunuco que ha robado los mosquetes... Nosotros somos los expertos. Pensándolo bien, no podemos defraudar a Su Majestad Imperial y perder nuestro

honor como verdugos.

La abuela Yu estuvo mascullando algo durante bastante tiempo, y luego dijo:

—Vuestra Excelencia, me parece creer que nuestro emperador odia a Xiao Chongzi, pero lo que más odia es que no se diferencie el bien del mal. Nosotros debemos seguir lo que escribe Su Majestad Imperial en sus ensayos.

Y el *daren* Wang replicó:

—Correctísimo. Si alguien propone algo inteligente, ¡que lo diga ya!

La abuela Yu dijo:

—Hay un castigo que se llama «el suplicio de las barras de madera del rey Yan» [53](#). También se conoce a este castigo como el de «los dos dragones, enfrente el uno del otro, que se divierten con la perla». Es el suplicio del rey Yan, el rey de los Infiernos. Vete a saber si puede servirnos de algo...

—A ver, escuchemos... —propuso el *daren* Wang.

La abuela Yu explicó con pelos y señales en qué consistía el suplicio de las barras del rey Yan. El *daren* Wang lo escuchó y, con una sonrisa en los labios, dijo:

—Volveremos para los preparativos del garrote, pero antes hay que redactar un informe sobre nuestro plan porque necesitamos la aprobación de Su Majestad Imperial.

La abuela Yu dijo:

—No es fácil poner en práctica el suplicio de las barras del rey Yan. Necesitamos un collar de hierro para la cabeza de la víctima y unos aros metálicos para sujetarla. Y tenemos que sujetarlo ni demasiado fuerte ni demasiado flojo. Los aros deben ser de hierro forjado y con la parte de atrás bien acabada y puntillada. En la capital no hay ningún herrero capaz de hacer un garrote de esta naturaleza. Si el otro *daren* Wang, el herrero, estuviese vivo, o hubiese dejado algún discípulo, podría hacer este trabajo, pero murió y no dejó descendencia. Nosotros no podemos hacer nada. Para todo se necesita a alguien que sepa lo que hace y aprendices que sigan su tradición, y también se necesitan varios taeles de plata; todo depende de ello...

El *daren* Wang sonrió fríamente:

—Vosotros vendéis carne de alto funcionario y se la dais a la gente como medicina. ¿Acaso no queréis ganar algo de dinero extra cada año?

La abuela Yu se arrodilló precipitadamente. Tu *die* —yo mismo— también se arrodilló. La abuela dijo:

—Nada pasa desapercibido a los ojos del buen *daren*. Sin embargo, aplicar el suplicio de las barras del rey Yan es un asunto relacionado con el *gong*, es un asunto público...

El *daren* Wang añadió de inmediato:

—Pues adelante. El gobierno os dará doscientos pares de taeles de plata para que ejecutéis ese asunto público... Vosotros, maestros y aprendices, tendréis un beneficio

de doscientos taeles. Espero el máximo esmero de vuestra parte para realizar este trabajo. No se os dejará pasar el menor descuido. Los eunucos del palacio han cometido un crimen y deben ser castigados como merecen. En todas las dinastías ha habido ejecuciones y verdugos, y el emperador siempre ha contado con sus verdugos para hacer este tipo de trabajos. Pero este asunto es especial y necesita a gente con mucha habilidad. Su Majestad Imperial colgará el edicto de la ejecución en el Ministerio de Justicia. Tienen que hacerse una buena idea de nuestro trabajo en el ministerio. Sobre todo el emperador... Estoy convencido de que lo vais a hacer con mucho cuidado. Vais a utilizar todo vuestro talento y dejaréis a Su Majestad Imperial muy contento. Todo serán buenas palabras, porque si no es así, caerá sobre vosotros la cólera de Su Majestad, y seréis vosotros quienes sufriréis las consecuencias del ministerio y os echarán.

La abuela Yu y yo aceptamos con mucho valor y frialdad el honor y la gloria de ejecutar esa misión. Hay que decir también que recibimos cada uno de los taeles de plata que nos habían prometido, lo que nos animó a desempeñar nuestra labor con más tranquilidad y alegría de espíritu. Nos introdujimos en los *hutong* de la parte sur de la ciudad amurallada de Pekín, junto al Templo de Huguo, donde estaban instaladas las herrerías y las fundiciones. Y allí, efectivamente, encontramos una herrería donde pudieron forjar el collar y los aros metálicos del garrote para el suplicio de las barras del rey Yan. Pasamos de nuevo por la avenida de los Mulos, en donde compramos las pieles de buey. Esas pieles nos sirvieron para hacer las cuerdas que sujetarían más tarde los aros de hierro y para cubrir el asiento del garrote. Nos gastamos cuatro pares de taeles. Por lo tanto, todavía nos quedaban ciento noventa y seis pares de taeles. Para la concubina del *daren* Wang, que había nacido en el *hutong* de Jingling, compramos una pulsera que nos costó veinte pares de taeles de plata. A la abuela Yu le quedaron ciento setenta y seis taeles que repartió entre nosotros: a la segunda y a la gran tía les quedaron seis taeles para las dos, a la abuela Yu le quedaron cien pares de taeles, y a tu *die*, setenta taeles. Con ese dinero, tu padre volvió a su tierra, se compró una casa y se casó con tu madre. No sé si ahora puedes comprender el razonamiento, pero si el eunuco Xiao Chongzi no hubiera robado los mosquetes del emperador, tu padre no habría ganado ese dinero y no habría podido comprarse una casa, ni casarse. Y si no me hubiera casado, tú no habrías nacido, hijo; y si no hubieras nacido, yo no habría tenido a la nuera que tengo ahora. ¿Lo comprendéis ahora? Esta es la razón por la cual os he contado la historia del eunuco Xiao Chongzi. Siempre hay una relación entre las cosas: el caso de Xiao Chongzi y los taeles de plata.

El día del castigo, el *daren* Wang no estaba tranquilo. De la prisión salieron los eunucos que estaban en custodia y aguardaban la muerte por decapitación. Nosotros éramos los encargados de aplicarles el suplicio de las barras del rey Yan.

La abuela Yu y yo teníamos que ejecutar las órdenes del *daren* Wang. Nosotros teníamos que atormentar a esos pobres desgraciados, a esos eunucos, con el suplicio de las barras del rey Yan. El eunuco gritó:

—¡*Laoye, laoye*, yo no he hecho nada malo! ¡No tengo nada que confesar! ¿Por qué debo sufrir este suplicio?

El *daren* Wang respondió:

—¡Por Su Majestad Imperial, recibe este castigo!

La ejecución por el garrote fue, por supuesto, muy breve. Al eunuco se le cubrió la cabeza con el collar metálico y la maniobra no duró más que un respiro. La cabeza del eunuco se rompió y el hombre murió de inmediato.

El *daren* Wang dijo más tarde:

—Estoy convencido de que este castigo es merecido pero me ha parecido muy breve. El gran corazón de Su Majestad Imperial nos deja que elijamos nuestros propios métodos de tortura. Quiero que los eunucos presencien la ejecución de Xiao Chongzi. Eso servirá de ejemplo a los demás. Vosotros podéis hacerlo muy bien. Continuemos, hagamos un esfuerzo. ¡Y ya está hecho, zas! Esto es más fácil que matar a un conejo... ¿Cómo puede ser? Los oficiales del *yamen* os lo exigen ahora: hay que prolongar las sesiones de tortura. Quiero decir, la ejecución debe durar más tiempo y que sea más espectacular que una representación de ópera de Pekín. Vosotros lo sabéis de sobra. Las gentes del palacio se han educado viendo innumerables grupos de ópera de Pekín y teatro popular, y miles de personas han visto sus funciones. Para esa gente, la vida es una continuación de esas óperas que han visto desde su niñez. Hay que seguir, por lo tanto, con ese espectáculo, ya que es lo único que es real para ellos y para el pueblo. El sudor de ese Xiao Chongzi debe brotar de su cuerpo como las aguas de un manantial. Y vosotros también debéis sudar a chorros. Así debe ser el nivel de las ejecuciones del Ministerio de Justicia y el suplicio de las barras del rey Yan.

El *daren* Wang volvió a dar la orden para que estrujasen el cuello y la cabeza a otro eunuco que esperaba en custodia su inminente ejecución. El eunuco iba a participar en nuestro espectáculo. El eunuco tenía la cabeza grande como una maceta y no cabía en el collar del garrote. Perro con esfuerzo y mucha habilidad se consiguió cubrirlo. El *daren* Wang no se quedó, sin embargo, contento con lo presenciado, y dijo con frialdad:

—Doscientos pares de taeles de plata para construir este juguete... No puedo creerlo.

Esa frase me hizo sudar como si estuviese cayendo lluvia sobre mi cuerpo, mientras que a la abuela Yu la dejó más bien indiferente aunque me pareció intuir que la irritó. La verdad es que, para ser la primera vez, no se me dio mal esa ejecución. Cada vez que maniobraba de nuevo para ejecutar la pena, hacía sufrir a esos

desgraciados justo en el momento de su muerte. Con esa estrategia ganaba la sonrisa del *daren* Wang. Frente a dos cuerpos que yacían sin vida en la Gran Sala, el *daren* Wang nos dijo:

—Regresemos, recojamos antes todo esto y cambiemos las cuerdas llenas de sangre por otras nuevas y limpiemos los aros y el collar del garrote. Lo mejor será echarle una capa de pintura a este artilugio. Lavad también vuestras ropas ya que han quedado llenas de sangre. Las gentes del palacio de Su Majestad Imperial y los otros oficiales van a ver lo elegantes que son los verdugos del Ministerio de Justicia. Solo cuando se habla una y otra vez del trabajo realizado, se puede hablar de que algo se ha hecho con éxito. Solo se os permitirá el éxito y nunca el fracaso [54](#). Si cometéis un error, vais a acabar en el garrote vil. Seréis vosotros mismos quienes sufriréis el suplicio de las barras del rey Yan...

Al día siguiente, cuando el gallo acabó de cantar su segundo *quiquiriquí*, nosotros nos levantamos para hacer los preparativos y ejecutar las penas. El asunto era de extrema importancia, ¿quién podía quedarse durmiendo tan tranquilo? Pero la abuela Yu, que había pasado por el patio de las ejecuciones no sé cuántas veces, se quedó en el *kang* hasta más tarde. La abuela Yu cogió el orinal que había en la ventana, se lo llevó junto a él y meó dentro. Luego se puso a fumar. La segunda tía y la joven tía estaban ocupadas preparando la comida, y tu padre se puso a inspeccionar minuciosamente las barras del rey Yan. Confiaba en que no cometería ningún error justo en el momento de dárselo a la abuela para que acabase la faena. La abuela Yu confeccionó e inspeccionó cada *cun* de ese artilugio y se sirvió de tres *chi* de tela roja para cubrirlo. Posteriormente lo puso delante del dios de los antepasados con todos sus respetos, el *ye* Zushi [55](#) —el cual era, en esa ocasión, una imagen de un Buda calvo, con la barba muy frondosa y los labios rojos—, para que le diera la bendición. Los ancestros de la abuela Yu pertenecían al grupo de los grandes virtuosos del emperador. También había alguno que se había convertido en un héroe por algún motivo, casi a la altura del gran Yu, quien controló en el pasado las aguas del río Yangzi. Estos antepasados fueron los que establecieron las actuales leyes penales de la gran civilización china. Según las palabras de la abuela Yu, en el tiempo de sus ancestros no se mataba a la gente con sables, ni se utilizaban los cuchillos de ahora para despedazarlo con la muerte lenta, sino los ojos y el cuello del condenado: se le decapitaba y punto. De esa manera, mucha gente caía al suelo. Uno de los antepasados de la abuela Yu era nada más y nada menos que Gao Tao [56](#). Gao Tao tenía los ojos oblicuos, las cejas sedosas, el semblante rojo como una azufaifa, los ojos como estrellas brillantes, y bajo la barbilla puntiaguda, una barba espesa. Su apariencia recordaba mucho a la del general Guan Yun [57](#) del periodo de los Tres Reinos, nos decía la abuela Yu de ese ancestro. El *laoye* Guan era, en realidad, la reencarnación de Gao Tao, el consejero del emperador Shun, que pasó posteriormente

a ser venerado como el dios del calabozo.

Comimos nuestro arroz y luego no lavamos la boca y los dientes. También nos lavamos las manos y la cara. La segunda tía y la joven tía nos ayudaron a mí, vuestro padre, y a la abuela Yu a vestarnos con nuestros nuevos hábitos y el gorrito rojo afelpado. La segunda tía nos lanzó el cumplido de rigor:

—¡El maestro y su aprendiz!... ¡Como un par de recién casados!

La abuela Yu se lo quedó mirando indicándole que estaba hablando más de la cuenta. Estas eran nuestras normas antes del trabajo y durante. Una de esas normas era que estaba totalmente prohibido reír o hacer ruido durante la ceremonia de la ejecución y sus preparativos, y decir algo inconveniente. Si se infringen estas normas, uno atrae los malos espíritus sobre su cabeza.

El patio de las ejecuciones estaba junto a la entrada del mercado. Ahí se levantaban pequeños torbellinos de viento y polvo. ¿Por qué somos lo que somos? ¿Por qué no somos como el viento? ¿Por qué somos unos malos espíritus que dan la muerte a diestro y siniestro?

La abuela Yu sacó de una cajita de madera unas barritas de incienso de sándalo, las encendió y las puso en el altar junto al dios de los antepasados. También encendió una vela que puso junto al altar. Cuando la abuela Yu bajó, nosotros nos dimos prisa en ir tras sus pasos. Gruñendo y bajando el tono de voz, la abuela Yu nos dijo:

—Mis ancestros, mis ancestros, hoy voy a entrar en el patio de las ejecuciones y es una gran responsabilidad. Que el dios de los antepasados bendiga y proteja ante la tarea encomendada a sus hijos. Estos hijos se arrodillan ante ti y golpean el suelo con la frente para mostrarte respeto.

Y así hizo la abuela Yu: se arrodilló y golpeó las losas azules del suelo con la frente. El suelo retumbó. Se oyó un bum, bum, bum...; y nosotros hicimos exactamente lo mismo. Bum, bum, bum... La cara del dios de los antepasados se veía iluminada por la luz de la vela y se había teñido de rojo, un rojo oleaginoso. Cada uno de nosotros golpeó nueve veces el suelo y nos levantamos, junto con la abuela, al mismo tiempo y retrocedimos tres pasos. La segunda tía salió corriendo hacia fuera y regresó con una vasija verdosa de porcelana fina. La joven tía también salió fuera, pero regresó con otra cosa: trajo un gallo de cresta negra y plumaje blanco. La segunda tía dejó la porcelana delante del altar del dios de los antepasados y se puso a un lado. La joven tía llevaba la cabeza del gallo cogida con la mano izquierda y sujetaba al mismo tiempo las patas con la mano derecha justo delante de la tabla con las inscripciones del dios de los antepasados. La segunda tía sacó de la vasija de porcelana una daga y le cortó el cuello al gallo. Al principio no salió nada de sangre, y ello nos confundió. Había muerto y no había sangre. Ese era un mal presagio: la ejecución no iba a funcionar. Pero al cabo de un instante empezó a salir una sangre roja y negra. Hacía ruido, borboteaba y se vertía sobre la vasija. La sangre de ese

gallo brotaba espesa y brillante. La calidad de la sangre era óptima y era además muy abundante. Ello significaba que la ejecución iba a ser excelente. Había que comprar siempre un gallo de ese tipo para matarlo antes de cualquier ejecución. Al cabo de un momento, cuando ya no quedaba más sangre, pusieron la vasija sobre la mesa y la ofrecieron como sacrificio. El maestro y el aprendiz se echaron al suelo y lo golpearon con la frente, se curvaron como un arco y retrocedieron para atrás. Yo seguí a mi maestro y golpeé el suelo tres veces. Yo aprendía todo lo que podía de la abuela Yu y aprendía de cada una de sus formas. Extendí el dedo índice y el corazón y los introduje en la vasija para empaparlos de sangre. Y como si del maquillaje de una ópera se tratase, me pinté la cara con la sangre que había en mis dedos. La sangre del gallo estaba muy caliente. De hecho, sentí que mi piel ardía y mis cabellos se encresparon. Me puse la sangre del gallo sobre mis dos mejillas. Con la sangre que quedó, se tiñeron de rojo cuatro manos más. Esta vez, mi cara era igual de roja que la de la abuela Yu y el dios de los antepasados. Pero ¿por qué untarse la cara con la sangre de un gallo? Pues para ser igual que el *ye Zushi*, y para que lo sepan los malos espíritus. Nosotros éramos los aprendices de Gao Tao, su más directa descendencia. Cuando ejecutamos a la gente y la matamos, por lo tanto, no somos humanos, somos dioses, somos la Ley del país. Cuando acabamos de ponernos la sangre en la cara, la abuela Yu y yo nos sentamos tranquilamente sobre los taburetes esperando las órdenes.

Era el momento del día en el que el sol brillaba rojísimo en todo lo alto. En el patio se alzaban los sauces ya viejos y majestuosos, y los cuervos urajeaban alrededor. Se oían los llantos histéricos de una mujer dentro de una de las celdas. Ese era un eunuco condenado a muerte que estaba casado. No pasaba un solo día sin que se oyesen los llantos de esos eunucos. Su llanto recordaba al de los niños. La voluntad de los dioses era anormal. Yo, al fin y al cabo, era muy joven. No llevábamos mucho tiempo sentados, pero yo ya empezaba a distraerme pensando en otras cosas. Yo era un culo de mal asiento y nunca mejor dicho en esa ocasión. Puse mis ojos en la abuela y vi que estaba bien vestido y sentado correctamente esperando el momento de salir al patio. Parecía un reloj de hierro. Como te dije, tu padre aprendía siempre que podía de la manera de actuar y los modales de la abuela Yu y por eso contuvo la respiración e intentó relajarse. El olor de la sangre del gallo llegaba a mi cara; era un olor fuerte, intenso, y que echaba para atrás. Nuestras caras parecían esas bolas de caramelo rojo que se pinchan en una brocheta. Tenía la sensación de tener la cara cubierta con una corteza. Yo sentía que iba entrando gradualmente en una especie de trance. Me había metido con la abuela Yu en una zanja muy profunda y oscura, y los dos marchábamos a la par por ese sendero de tinieblas. ¡Vamos, juntos..., hasta el final..., y eternamente...!

El *daren* Cao nos guio hasta el pequeño palanquín —era en realidad uno de esos

palanquines que son como cajas de madera y en su entrada había una larga cortina azul—. Ahí, delante de la puerta, nos indicó el *daren* Cao que subiéramos. Ese trato me hizo perder el sentido de la realidad.

Tu padre todavía no había tomado asiento en el palanquín. Miré a la abuela Yu y me quedé completamente anonadado, sin saber qué decir, con la boca abierta, y sin saber si ponerme a llorar o reír.

A un lado había un eunuco calvo que nos dijo con voz ronca:

—¿Qué pasa? ¿Es que no les gusta el palanquín o qué?

Ni la abuela ni yo nos atrevíamos a entrar en el palanquín y nos quedamos mirando al *daren* Cao, el cual nos dijo:

—No es por deferencia, es para no atraer una atención indeseada. ¿Qué os distrae todavía? ¡Rápido, suban al palanquín! Los perros no pueden subirse en barcas de oro...

Cuatro eunucos se dispusieron a llevar el palanquín. Los eunucos calvos avanzaron unos pasos y se pusieron tanto en la parte trasera como en la delantera del pequeño palanquín con las manos fuera de las mangas y expresión de desagrado en la cara. Su irreverencia me puso nervioso. Los eunucos se ocupaban de la abuela Yu y el emperador iba a sacar provecho del eunuco Xiao Chongzi e iba a elogiarlos, a vosotros, esas bestias de dos patas, por vuestro trabajo. Yo di un par de pasos hacia delante y me acomodé dentro, y lo mismo hizo la abuela Yu.

Los eunucos levantaron el palanquín y este arrancó avanzando y meneándose de un lado a otro. Tu padre oyó que uno de los eunucos comentaba con su voz ronca:

—Estos verdugos ya han bebido suficiente sangre humana, ¡y ahí van tan panchos!

...

Por lo general, en esos palanquines no se montaban jóvenes casadas y respetables, sino concubinas imperiales. Ni en sueños hubieran pensado los eunucos que iban a llevar dos verdugos. Tu padre se sentía bastante orgulloso en su fuero interior. El palanquín se contoneaba, y los eunucos que lo llevaban no parecían muy cómodos con la tarea que les habían encomendado. El palanquín aún no había salido de la Gran Sala del Ministerio de Justicia cuando oímos gritar a la joven tía:

—¡Abuela Yu, nos olvidamos de las barras del rey Yan!

En mi cabeza sonó ese grito con especial intensidad. Todavía hoy me parece escucharlo como si se hubiera pronunciado en el momento presente. Empecé a sudar a chorros. Bajé lentamente del palanquín y recibí de la mano de la joven tía el garrote envuelto en la tela roja. Yo no podía articular nada inteligible. La abuela Yu tenía la cara llena de sudor, y vi cómo entraba de nuevo en el palanquín. Mis piernas temblaban. Si no hubiera sido por la joven tía, no sé qué desastre habría caído sobre nuestras cabezas. El Cielo habría sido inclemente con nosotros.

El *daren* Cao dijo de mala manera:

—Por vuestra queridísima madre..., esto es como si el funcionario-letrado olvidase su sello para poner la firma o la modista las tijeras.

Tu padre le había tomado gusto a sentarse en ese palanquín, pero después de lo sucedido, le quemaba el culo del asiento. Me sentía como un mono en una jaula y no me atrevía a hacer travesuras con el eunuco.

Vete a saber cuánto tiempo pasamos así hasta escuchar el sonido que indicaba que el palanquín debía detenerse. Salí algo trastornado y alcé la vista. Mis ojos se habían llenado de oro y jade. Tu padre tensó la cintura, cogió las barras del rey Yan y siguió los pasos de la abuela Yu, la cual nos guiaba al palacio de los eunucos. Tras doblar varias veces, entramos en un gran patio donde había arrodillados varios imberbes; todos ellos llevaban una chaqueta de piel de camello y el gorrito redondo y negro en la cabeza. Esos eran los eunucos que habían robado los mosquetes del emperador; y ahí estaba, por supuesto, Xiao Chongzi, el pequeño gusano. El pequeño gusano, el joven sirviente, el *xiao huozhi* del emperador de Qing, recordaba, en realidad, a una joven de formas delicadas, y se le veía tranquilo. Tenía los ojos vivarachos, de joven talentoso e inteligente, ojos alargados, ojos forrados de buena piel, negros como la uva y redondos como las guirnaldas. Qué pena daba, con lo joven que era, suspiré en secreto. Alguien con esas cualidades... Ese joven inteligente iba a ser despedazado en tres partes. Ese joven que había entrado en el palacio para convertirse en un eunuco... ¿Estuvieron sus padres de acuerdo con ello?

El eunuco Xiao Chongzi estaba atado a un madero, y habían instalado temporalmente una mesita no muy lejos de él, y junto a ella, una silla de madera de sándalo con unas flores cinceladas en la superficie. La silla era en realidad bastante grande y pesada. Sobre la silla había un tapete amarillo con un dragón dorado bordado. Esa era la silla-dragón [58](#) de un emperador, era la silla imperial. Yo pude verlos de cerca: estaban el *daren* Wang, del Ministerio de Justicia, y el *daren* Shi Langtie; también había algún que otro oficial de gorrito redondo con una gema en la punta metálica, una piedra de coral, creo recordar ahora. Aquellos eran probablemente miembros del gobierno de los Qing. Todos ellos estaban en la pequeña tribuna que habían instalado delante del condenado, y estaban muy serios, en silencio, y con las manos colgando como signo de respeto. Ni siquiera se atrevían a toser. Los modales en el palacio eran impecables. Todo estaba tan tranquilo que tu padre podía escuchar los latidos de su corazón. El joven verdugo estaba que se moría. Además había esos gorriones que se habían colado en las tejas del techo. Vete a saber qué piolaban esos pájaros ignorantes caídos del Cielo en medio de ese percal. El gran eunuco de la corte, de cabello blanco y piel roja, anunció:

—Llega Su Majestad Imperial...

El oficial del gorrillo rojo y azul, así como los demás oficiales, se callaron de golpe. Se oyó el sacudimiento de las mangas anchas al estilo de las pezuñas de

caballo. En un abrir y cerrar de ojos, los funcionarios de los Seis Ministerios [59](#), las damas del palacio y los eunucos se arrodillaron. Yo, tu padre, pensé justo en esos momentos en arrodillarme pero alguien me pisó violentamente. Vi de inmediato los ojos brillantes de la abuela, unos ojos que se clavaban en mí como flechas. El viejo alzó la mirada y se quedó de pie junto al madero donde estaba atado Xiao Chongzi. La abuela Yu parecía una estatua de piedra. De repente me vinieron los espíritus de lo divino y me puse a pensar en el reglamento a seguir. En cada una de las dinastías había sido de esta manera. Los verdugos con la cara que huele a sangre no son humanos, son el símbolo divino de la ley de un país. Nosotros no necesitábamos arrodillarnos. Incluso podíamos mirar de frente al emperador. Yo aprendía de la abuela Yu. Tu *die* sacó pecho y encogió el estómago, y se puso rígido como una estatua de piedra, como la abuela Yu. Esa gloria y ese honor sin límites que tuvimos en ese momento, hijo, no se enraizaron únicamente en la pequeña subprefectura de Gaomi: no había una tercera persona en toda la provincia de Shandong ni en todo el imperio de la familia Qing que gozase del mismo privilegio.

Después de escuchar el sonido de una flauta, *taralítaralá*, se oyó cierto movimiento humano y chirridos de artilugios varios, que se hacían cada vez más cercanos y audibles. Con la música de fondo, en un pasillo formado entre dos muros, apareció el emperador con su largo cortejo. A la cabeza iban dos eunucos envueltos en piel de camello. En las manos llevaban un trípode de bronce con la forma de una bestia donde se quemaba incienso. De la boca de la bestia salía un humo azulado. Ese humo desprendía un olor intenso que entraba directamente por los orificios de la nariz y te dejaba con la cabeza despejada y sobria por un momento, y por otro, completamente atontado. Detrás de los eunucos con el trípode de incienso, estaba la charanga del emperador, y detrás de la charanga había dos hileras de eunucos que llevaban los estandartes y los parasoles, todo ello en una amalgama de color rojo y amarillo. Aún más retrasados, casi al final del séquito, había ocho miembros de la guardia imperial con sus hachas de la Calabaza de oro, sus alabardas de bronce y sus picas de plata. Finalmente estaba la silla amarilla del emperador con sus varas delante y detrás, que era sujeta por dos eunucos fuertes y altos. Y ahí estaba sentado y recto el gran emperador de Qing. Detrás de la silla imperial, un par de las empleadas del palacio acompañaba al emperador con grandes abanicos que le protegían del sol. Aún más atrás, iban varias flores o, dicho de otra manera, varias decenas de mujeres de diferentes tipos; eran, por supuesto, Su Majestad la emperatriz y sus concubinas en un palanquín. Su Majestad la emperatriz iba en su silla imperial. Todas ellas formaban un dique florido y movedizo. El séquito de concubinas que iba detrás formaba una larguísima cola. Oí decir a la abuela Yu que el número de artilugios se había reducido ya que se trataba de una ceremonia que se desarrollaba en el palacio. Eso era, como se suele decir, una cuestión de ritos: el dragón divino no muestra su cola. Para llevar el

palanquín del emperador era necesario movilizar sesenta y cuatro portadores.

Los eunucos se habían entrenado a conciencia. Cada uno de ellos sabía cuál era su sitio en la ceremonia. El emperador y Su Majestad la emperatriz también encontraron sitio en la tribuna. El emperador Xianfeng, con su toga dorada, se sentó a un *zhang* de distancia respecto a mi ubicación. Tu *die*, el que te habla ahora, se lo quedó mirando fijamente. El atuendo que llevaba el emperador se distinguía claramente del de los presentes. La cara del emperador era delgada y puntiaguda, y el puente de la nariz bastante pronunciado. La pierna izquierda era un poco más grande de lo normal, y el ojo derecho, más pequeño. Tenía los dientes muy blancos y la boca grande. Del labio superior le colgaban dos larguísimos bigotes, y de la barbilla colgaba una barba de chivo. En sus mejillas tenía unos hoyuelos muy pronunciados. El emperador no paraba de toser y escupir. Una de las empleadas del palacio sujetaba una escupidera que recogía todos los escupitajos del emperador. A los lados del emperador se habían sentado las que se consideraban las favoritas de Su Majestad, y llevaban sus peinetas arqueadas, que más que peinetas, eran como los grandes arcos conmemorativos o *pailou* que se encuentran en las calles de Pekín. Ahí estaban todas juntas, desplegadas en filas como unos de esos abanicos con el fénix estampado. Los *pailou* de las jovencitas estaban adornados con flores de todos los colores y complementos de seda que les daban un aspecto muy parecido al de las actrices de teatro. Esas jóvenes parecían flores primorosas que acababan de abrirse en un jardín y desprendían un perfume que nos embriagaba. Una de esas flores estaba junto al emperador y tenía una cara larga, fina y empolvada, además de unos labios perlados. Su apariencia podía compararse con la de una inmortal que vive en el mundo vulgar y ordinario de los hombres. ¿Quién era esa joven? Si os lo digo, os asustaréis: era la que se convertiría posteriormente en Su Majestad la emperatriz Cixi.

Aprovechando que el emperador había dejado de toser y escupir, el venerable eunuco que estaba en la tribuna, tal y como si se hubiese puesto a espantar moscas, agarró con las manos la varilla de la cola de caballo y se puso a agitarla. Los seis ministros, la masa negra de eunucos que estaba en la parte baja de la tribuna y las damas del palacio se pusieron a gritar al unísono:

—¡Diez mil años de vida para Su Majestad, el emperador! ¡Diez mil años de vida para Su Majestad, el emperador!

Tu *die* lo comprendió al instante: daba la impresión de que la gente que estaba en la parte baja de la tribuna bajaba la mirada porque no se atrevía a mirar directamente a los ojos del emperador. Pero no por ello dejaban de mirar lo que pasaba en la tribuna y lo hacían con la mirada furtiva y rápida de un ladrón. El emperador tosió y exigió a los presentes:

—Mis venerables ministros, poneos rectos.

Los oficiales del palacio se arrodillaron inmediatamente, golpearon el suelo con la

frente y gritaron al unísono:

—Que se le agradezca a Su Majestad Imperial la magnanimidad con la que nos trata. —Y tras decir eso volvieron a golpear el suelo con la frente, se soltaron las mangas de pata de caballo y se pusieron de pie. Curvados, retrocedieron unos pasos. El que conoce al dedillo el *Clásico de la Historia* del Ministerio de Justicia, el *daren* Wang, salió de las filas y, como los demás, se soltó las mangas, golpeó el suelo con la frente y dijo solemnemente:

—Yo, de nombre completo Wang Rui, que desempeño las funciones de ministro-consejero del Ministerio de las Punciones y la Justicia, respetando al pie de la letra la orden del decreto imperial que me ha sido entregado, tengo el honor de comunicarle a Su Majestad Imperial que he encontrado a quienes han podido construir las célebres barras del rey Yan, para suplicio del rey de los Infiernos, y a los verdugos que ejecutarán el castigo ejemplar.

El emperador replicó:

—Ahora lo sé, póngase de pie.

Pero el *daren* Wang no le hizo caso porque al parecer no había oído con claridad lo que le decían y volvió a golpear el suelo con la frente y retrocedió a un lado.

Era evidente para todos que el emperador había atrapado la tuberculosis y se notaba cuando respiraba. El gran eunuco de la corte que estaba debajo de la tribuna empezó a recitar, hinchando el pecho y con voz potente, la voz de un actor de teatro y sus modales, lo que decía el decreto imperial:

—Como el decreto imperial anuncia, el ministro y consejero del Ministerio de Justicia, Wang Rui, ha presentado las barras del rey Yan ante el emperador.

El *daren* Wang se sentó rápidamente delante de tu *die*, y de las mismísimas manos de tu *die* robó el artilugio del rey Yan que estaba cubierto con la tela roja. Estaba caliente, como la marmita donde se asa la carne de cordero, y con cuidado puso el artilugio delante de la tribuna. El *daren* se arrodilló y puso las dos manos juntas a la altura de la frente, luego cogió las barras de Yan y se las dio al gran eunuco, quien a su vez se las mostró y se las ofreció al emperador. Tras mostrárselas, las dejó sobre una mesa y sacó la tela roja. Todos pudieron ver finalmente en qué consistía el juguete, el cual brillaba esplendorosamente. Era un artilugio que infundía mucho respeto. En sí, ese artilugio no costaba mucho dinero, pero el trabajo que se necesitaba para hacerlo, que era mucho, sí que costaba bastante dinero, y fue ahí donde se invirtió. Había quedado muy negro y nada bonito. Fue tu *die*, tu mismísimo padre, quien pasó tres días retocándolo para que quedase bien acabado y presentable. Setenta pares de taeles de plata no eran moco de pavo. Su Majestad Imperial alargó sus manos amarillentas y enfermizas, las cuales tenían unas larguísimas, y también muy amarillas, uñas. Con el dedo índice (y su uña) tocó el artilugio de las barras de Yan. Quería sentirlo, reconocerlo con el tacto para hacerlo suyo. Vete a saber si el aparato

quemaba o estaba gélido en esos momentos, pero Su Majestad Imperial retiró el dedo inmediatamente. Oí que el anciano volvía a quejarse por no sé por qué razón, y el gran eunuco de la corte, entonces, cogió el artilugio y se lo mostró a las consortes de Su Majestad. Las jovencitas también aprendían lo que eran los modales de Su Majestad Imperial y tocaron el artilugio con sus dedos índice, unos dedos que eran larguísimos con unas uñas puntiagudas y afiladas. Los dedos índice de las jovencitas eran como tallos de bambú. La verdad es que daba miedo verlo. El emperador torcía la cara hacia un lado y luego borraba de su rostro cualquier indicio de emoción. Después de esa ceremonia, el gran eunuco volvió a coger el juguete y se lo devolvió al *daren* Wang, que estaba en la parte baja de la tribuna. El *daren* Wang lo aceptó con una reverencia que pareció excesiva. Se irguió y poco después se dobló y reculó hasta donde estaba tu padre, el cual recibió de las manos del *daren* las barras de Yan.

En la tribuna, el gran eunuco de la corte se inclinó ante el emperador y le preguntó algo. Yo vi que el emperador movió la cabeza. El eunuco se desplazó hasta la parte delantera de la tribuna y gritó algo como si estuviera cantando:

—El edicto de Su Majestad Imperial ordena que el eunuco Xiao Chongzi debe ser castigado por traición y herejía.

El eunuco Xiao Chongzi, que estaba atado al madero, lloraba a pleno pulmón:

—Su Majestad, Su Majestad... —suplicó—, ¡apiádese de mí! Perdónele la vida a este pobre perro, a este esclavo. Este esclavo no lo volverá a hacer...

En ese momento, la guardia imperial, tanto la que estaba arriba como la que estaba abajo, se puso recta y mostró su poder ante los presentes. La cara de Xiao Chongzi estaba amarilla como la cera de una vela, tenía los labios blancos como el polvo de arroz que se utiliza para el maquillaje, y los ojos le hacían chiribitas. Ya no podía llorar como lo estaba haciendo y se había meado en los pantalones; en voz baja, nos dijo:

—Mis muy venerables señores, hagan este trabajo lo mejor que puedan. Cuando vuestro hermano llegue al mundo de los muertos [60](#), tengan por seguro que se acordará de vuestra amabilidad...

¿Teníamos la cabeza o el valor suficiente para escuchar sus palabras? Si tuviéramos una cuerda y lo estranguláramos hasta la muerte, estoy convencido de que le alegraría esta muerte. Pero eso nos traería mala suerte a nosotros. Incluso si Su Majestad nos hubiera ahorrado ese trabajo, el *daren* Wang no lo habría permitido. Temblando, abrí el suplicio de Yan y la abuela Yu lo levantó. El artilugio ya había sido *tocado* por Su Majestad y por la abuela Yu y de repente había ganado peso. Sacamos las cuerdas hechas con la piel de buey y nos pusimos a ejecutar el plan previsto: nos hicimos visibles como quien sale a un teatro para hacer una presentación, y lo hicimos ante la tribuna entera, Su Majestad Imperial y las jovencitas, los duques, los príncipes y los ministros, lo hicimos con reverencia y

teatralidad ante los eunucos y las damas del Palacio. Todo igual que cuando se sale al escenario en la representación de una obra de teatro y se saluda al público. El gran eunuco de la corte y su departamento de puniciones, que se llamaba Chen, y el Ministro del Ministerio de Justicia, Su Excelencia Wang, se miraron y dieron la orden:

—Que empiece la ejecución...

Los que mandan en el Cielo tienen mucho ojo. Los aros metálicos estaban hechos a la medida de la cabeza del eunuco Xiao Chongzi. Le iban clavados: ni demasiado apretado, ni demasiado suelto. Le apretaban lo justo. Los dos ojitos de Xiao Chongzi —esos ojos inteligentes y vivarachos— hacían juego con los aros. Cuando cubrimos la frente del eunuco con el cinturón metálico y lo atamos con las cuerdas, la abuela Yu y tu padre retrocedieron unos pasos. A Xiao Chongzi todavía le dio tiempo de hablar entre dientes:

—Señores, señores..., háganme feliz de una vez por todas. ¿Quieren?

A esas alturas, ¿quién iba a entrar en discusiones con ese pobre diablo? Miré a la abuela Yu, y la abuela Yu se fijó en mí. Nos entendimos sin decirnos nada, y tanto la abuela como yo movimos la cabeza. En los labios de la abuela Yu se dibujó una tímida sonrisa. Esa era la expresión facial de confianza de quien está acostumbrado a hacer ese trabajo. El viejo era un verdugo con unas dosis muy equilibradas de elegancia y consistencia en su persona y en su trabajo. Sonrió y luego hizo una señal con las manos. Tu *die* tensó los músculos, pero solo utilizó una parte de sus fuerzas. El arte de ese suplicio consistía en saber tensar el aparato lo justo, algo que un profano en la materia no sabría apreciar. Apretar y soltar, ese era el secreto de las barras de Yan. Xiao Chongzi lanzó un grito agudo y contundente —un grito que superaba con creces los aullidos de los lobos del zoo—. Sabíamos que a Su Majestad Imperial y a sus jovencitas les encantaba oír ese grito. Apretar y soltar... Eso no era lo que hacía un asesino, sino un maestro músico con mucha mano que crea su música.

Aquel día de otoño, el cielo era azulísimo, un sol de justicia brillaba, poderoso, en todo lo alto y las tejas de los muros rojos también refulgían a imagen del gran espejo del Cielo. Tu padre, que te habla ahora, olió de repente algo desagradable y comprendió lo que ocurría al momento: Xiao Chongzi, ese desgraciado, se había cagado encima. Tu *die* miró de reojo lo que pasaba en la tribuna y vio los dos ojos bien abiertos del emperador Xianfeng. Su rostro era amarillo como el oro. El rostro de las jovencitas era pálido y grisáceo como el de los muertos. Algunas de ellas tenían la boca abierta y tan negra como el fondo de un horno. Y volví a ver a los duques, los príncipes y los ministros, todos ellos conteniendo el aliento y guardando las formas. Los eunucos y las damas de palacio golpearon el suelo con la frente como se golpean los ajos en el mortero. Algunas damas se mostraban confusas e incluso se desmayaron. La abuela Yu y tu *die* volvieron a mirarse y se entendieron sin decirse nada. Esas circunstancias nos hacían pensar que debíamos irnos. El tiempo ya había

pasado. El eunuco Xiao Chongzi ya había recibido bastante castigo. No podíamos dejar que el olor llegase a la tribuna, donde estaban el emperador y las jovencitas. Tu padre vio que algunas jovencitas se tapaban la boca con sus pañuelos de seda. Las jovencitas tenían el olfato más desarrollado y sensible que el emperador. En realidad, el olfato de Su Majestad no funcionaba muy bien. Así que acabaríamos el trabajo por la vía rápida. Pero un golpe de viento hizo que olor llegase hasta la nariz del emperador y este empezó a quejarse. Había que salir de esa sala antes de que el olor se hiciese insoportable. Xiao Chongzi, ese don nadie, estaba probablemente podrido. La peste que echaba te penetraba hasta el cerebro. Ese hedor no era humano. Tu *die*, yo mismo, pensó seriamente en salir corriendo de ahí, pero le era absolutamente imposible hacerlo. A tu *die* y la abuela Yu les entraron ganas de vomitar, pero si lo hacíamos, a los de la tribuna también les entrarían ganas de vomitar y ello habría sido catastrófico para nosotros. El destino de mi vida dependía de esas cosillas. Afectar a las flores que el *daren* Wang tenía sobre su cabeza no era algo importante, pero influir en la salud del emperador, eso sí que era algo que teníamos que evitar a toda costa. Lo que pensaba tu padre, la abuela Yu ya lo había pensado: ese trabajo debíamos acabarlo ya. Así que los dos, el maestro y el discípulo, unían sus fuerzas porque ellas tenían una raíz común. Los dos agarramos el torniquete y empezamos con la tarea de apretarlo para estrujar suavemente la cabeza de Xiao Chongzi. La cabeza de ese pobre desgraciado, de ese niño, que era Xiao Chongzi, quedaba bien sujeta e inmovilizada como una cantimplora hecha con una calabaza. El sudor de ese don nadie empezó a salir a chorros, y más que sudor, parecía el aceite brillante que se desprende de un dardo, y el mal olor volvía a asomar con toda su fuerza. Esta vez no era tan fuerte como el que llegaba de los pantalones, pero yo ya no sabía a qué límites íbamos a llegar con todo esto. Ese don nadie lanzó su último grito. El muy mierda ya debía haber pasado a mejor vida, y fue tu *die* quien se lo había cargado. Tu padre oyó un crujido y le entraron los nervios. Ni siquiera un chino compuesto de hierro y cobre habría sobrevivido a las barras del rey Yan. Ni siquiera el irrompible Sun Wukong, que pudo sobrevivir a cuarenta y nueve días y cuarenta y nueve noches en el gran horno de los ocho trigramas del sabio Laozi [61](#), pudo impedir que Tang Sanzang le pusiera el aro metálico en la cabeza.

En realidad, la genialidad de las barras del rey Yan asomaba toda ella en los ojos del condenado. Tu *die* alzó la vista y vi las cuerdas de cuero que ataban a Xiao Chongzi. Estaban temblando, sueltas, y le caían por los brazos todavía bajo el efecto de la resistencia de Xiao Chongzi. Daba pena ver a ese joven con esos ojos tan hermosos, esos ojos que hablan por sí solos, unos ojos que enamorarían a cualquier joven casadera de buena familia. Ahora, esos ojos se han quedado abiertos y parece que se van caer del cráneo de un momento a otro gracias a las barras del rey Yan. Ojos negros, blancos, ojos cruzados con unos hilos rojos que aterrorizaban a cualquiera.

Más salidos de la cara, más grandes parecían: eran como huevos cuando salen de la gallina. Hacían incluso un ruido parecido. Apretabas el cráneo y salían los ojos. Grandes, sí, como huevos de gallina, y Xiao Chongzi colgando de las barras del rey Yan. La abuela Yu y tu *die* esperaban el desenlace. Nosotros actuamos según el reglamento y plan trazado, pero la ejecución se alargaba más de la cuenta. Un poco más de fuerza, un poco más apretado..., y los ojos más salidos. Al llegar a ese punto crucial, apretamos el torniquete con todas nuestras fuerzas y entonces... ¡Crac y plop! Tu *die* y la abuela Yu se quedaron tranquilos en ese preciso momento. La ejecución se les había hecho eterna, pero ya se podía dar por acabada. No sé exactamente en qué momento de la ejecución nos empapamos de sudor. El sudor de la cara deshacía la sangre de gallo que nos habíamos puesto en las mejillas y resbalaba hasta el cuello. Parecía que nos habían degollado. Pero Xiao Chongzi no había dejado de respirar y seguía semiconsciente, aunque estaba muy ido, y su muerte no estaba muy lejos. Los huesos de la cabeza se habían quebrado. La masa cerebral y la sangre se mezclaban y esa masa salía por entre las grietas de la frente. Tu *die* oyó cómo vomitaba una mujer en la tribuna. Un joven adulto que llevaba un gorrito rojo y estaba en la tribuna, no sé por qué razón, golpeó el suelo con la cabeza, y el gorrito empezó a rodar. La abuela Yu y tu padre proclamaron a la vez:

—El suplicio ha llegado a su fin, que Su Excelencia el Señor Wang lo examine.

El *daren* Wang, el ministro-consejero del Ministerio de Justicia, con su atuendo de manchas anchas, se tapó la cara y dirigió sus pasos hacia donde estábamos nosotros, se detuvo y se giró hacia la tribuna, y todo recto alzó la mano, se soltó las mangas, se arrodilló y encarando la parte de arriba, dijo:

—El suplicio ha llegado a su fin, que Su Majestad Imperial lo examine.

El emperador, algo tenso, tosió, y al cabo de una eternidad se dirigió a la tribuna y dijo:

—¿Lo habéis visto todos? ¡Él es un ejemplo para todos vosotros!

Su Majestad no forzó la voz al hablar, pero todos, lo que se dice todos, oyeron claramente sus palabras. El emperador se había dirigido a los eunucos y a las damas de palacio. Pero a los ministros-consejeros de los Seis Ministerios, así como a los príncipes, duques y otros ministros, a todos ellos, parecía que se les habían roto las piernas. Todos ellos, de todos los pesos, altos y bajitos, gordos y delgados, se arrodillaron de golpe y uno tras otro golpearon el suelo con la frente. Gritaron histéricamente lo de diez mil años de vida para el emperador varias veces, agradeciendo al emperador los favores realizados, pipiando como pollos, desconcertados... Tu *die* y la abuela Yu se dieron cuenta de cuál era la verdadera naturaleza de esa gente.

El emperador se levantó, y el gran eunuco de la corte anunció en voz alta:

—Regresemos a palacio.

Su Majestad Imperial se puso en marcha.

Las jovencitas siguieron al emperador.

Los eunucos también siguieron al emperador.

Quedaron solamente los ministros, que eran iguales que los monos, y Xiao Chongzi, que era igual que un tigre.

Tu *die* sentía un hormigueo en sus dos piernas. Ante sus ojos había estrellas doradas que revoloteaban en el aire. Si no hubiera sido por la abuela Yu, me habría dado de bruces contra el suelo. Tu padre, el que te habla ahora, no fue tras los pasos del séquito del emperador —no podía—, tu *die* se quedó plantado al lado del cadáver de Xiao Chongzi.

II

Y vosotros... ¿os atrevéis aún a mirarme con esos ojos de cuclillo?

Ya he hablado mucho, y vosotros deberíais comprender por qué vuestro *die* suelta su arenga enloquecida ante los oficiales del *yamen*. Un magistrado de subprefectura de poca monta, un funcionario igual de grande que un grano de sésamo, el que recibe siempre las dos patas de perro, el que me envió el *subpoena*, también se hace grande e importante. Tu padre no tenía todavía doce años. Al igual que en los tiempos del emperador Xianfeng y ahora con la actual regenta Cixi, el caos era el verdadero protagonista de nuestro tiempo, un caos espeluznante que se perpetuaba sin que nadie pudiese hacer nada por suprimirlo. En palacio, empezó a hablarse de nuestro gran trabajo. Todo el mundo hablaba de la terrible ejecución del eunuco y del gran trabajo que habían realizado tu *die* y la abuela Yu. Su Majestad abrió su boca de oro y pronunció entre vómitos y escupitajos sus palabras de jade:

—El verdugo ha hecho un trabajo superior, ejemplarizante, metódico, ni demasiado apretado ni demasiado suelto. Yo, vuestro emperador, creía estar asistiendo a un espectáculo de teatro. ¡Bravo!

El ministro Wang recibió una promoción y pasó a ser el preceptor del hijo del emperador [62](#), fue ascendiendo por la jerarquía nobiliaria, y ello le alegró el corazón. Para agradecerarnos el trabajo realizado, nos regaló a la abuela Yu y a tu *die* un par de telas de seda roja. Tú fuiste a preguntarle a ese que se apellidaba Qian si había visto la cara de dragón del emperador Xianfeng. No la había visto; todavía hoy no la ha visto. ¿Había visto la cara de fénix de Su Majestad la emperatriz Cixi? No la había visto;

todavía hoy no sabe a qué se parece Su Majestad la emperatriz viuda. Por ello tu *die* se atrevió a plantarle cara al subprefecto de Gaomi; él sí que lo había visto con sus propios ojos.

Así pasó un buen rato. Entre mis planes estaba que el subprefecto de Gaomi, el gran *laoye* Qian Ding, se personase en mi casa para verme. No era él quien pensaba acercarse a mi casa e invitarme, sino el gran Yuan Shikai, que había venido a la provincia de Shandong, quien le pediría que viniese a mi casa para invitarme. Su Excelencia el Señor Yuan y tu *die* ya se habían visto las caras en varias ocasiones. Yo le había hecho un trabajo, y se lo había hecho con brillantez —fue un trabajo impecable, que dejó contentísimo a Su Excelencia Yuan Shikai—. Incluso me recompensó por ello dándome unos churros fritos *mahua* de la calle 18 de Tianjin. Tu padre pasó medio año sin ver cantón, en el campo. Cuando la gran puerta no se abre, la segunda no se mueve; esto quiere decir que en vuestro ojo hay una paja que os impide ver con claridad. Tu *die* lo comprendía todo pero se hacía el loco. En la cabeza y el corazón de tu padre está suspendido un espejo donde se refleja el mundo con una claridad asombrosa. Mi querida nuera, esos asuntos de ladrones de gallinas y manoseadores de perros ya no seguían llenando mis ojos. Que mi hijo sea impotente no quiere decir que su mujer deba serle infiel y le ponga los cuernos. ¿Las mujeres? ¿Los jóvenes? Los jóvenes son unos avariciosos y están además muy mal de la cabeza. Tu padre, jovencita, es un rebelde que ha hecho temblar los cimientos de la tierra y el cielo, y por eso lo han metido en la mazmorra. Yo lo sé todo. Han sido los alemanes, esos diablos. Para ellos era su más preciada presa; y su fama no solo se había extendido en la subprefectura de Gaomi, sino en toda la provincia imperial de Shandong. ¿Quién iba a soltarlo? Por ello, tu *die* iba a ejecutarlo. Yuan Shikai, el *daren* Yuan, Su Excelencia Yuan, es un hombre cruel e impío. Ante sus ojos, los hombres mueren como gusanos. Ahora se ha convertido en el favorito de los extranjeros, y hasta Su Majestad la emperatriz viuda depende de él. Yo ya lo presentía: él quería que yo llevase esa vida —era mi destino—, quería que interpretase esa comedia de la muerte como lo hace un actor sobre el escenario; y que los alemanes lo presenciasen con sus ojos, que todo el mundo, tanto en la subprefectura de Gaomi como en la provincia de Shandong, lo presenciase con sus propios ojos para así amansarlos y que no se produjeran más actos violentos por parte de insurrectos indeseables. Mientras tanto, los alemanes reparaban las vías del ferrocarril. Todo el gobierno imperial tenía ya la respuesta. ¿Qué le iban a hacer a tu *die*? A él, el *die* Zhao, se le podía aplicar lo de «el que a hierro mata, a hierro muere». Y no me digas que tú, Qian Ding, el gran *laoye* Qian, no podías salvarlo. Hijo, la oportunidad para que nos hagamos visibles ha llegado. Ya había pensado en lavarme las manos en la cubeta dorada, con el apellido escondido y el nombre enterrado bajo tierra, y morir de viejo en el campo. Pero el que manda en el Cielo no respondió a mi demanda. Hoy en

la mañana, temprano, estas dos manos se calentaron, les entraron cosquillas. Tu *die*, que soy yo mismo, lo sabía; nuestra labor no había acabado. Esa era la voluntad del Cielo [63](#), y nadie en su sano juicio podía evitarla. Mi querida nuera, tus llantos no tienen solución. Yo he recibido la gran bendición de Su Majestad la emperatriz regente Cixi. Imposible, por lo tanto, pedir perdón a las gentes de palacio que gobiernan este imperio. Si yo no mataba a tu padre, sería otro quien lo hiciera en mi lugar. Mejor dejar que sea yo quien lo mate y no un curtidor del tres al cuarto. Hay un refrán que dice: «La sangre manda» [64](#), y esto se refiere a que los lazos familiares son más fuertes que cualquier otra cosa, y es la familia la que siempre te será fiel. El *qindie* Sun Bing tendrá una muerte que se oirá en todas partes y pasará a la Historia. De eso me encargaré yo, que echaré el resto para que así sea. Hijo, tu padre quiere ayudarte a que eleves tu nivel social, y a que te hagas visible entre los vecinos. ¿Acaso no nos miran por encima del hombro? Pues bien, se lo haremos saber. Este es el trabajo de un verdugo. También es un trabajo de artesanía. Y para hacer este trabajo, no se tiene que ser un buen hombre. Un chino que depende de otra gente tampoco puede hacerlo. Esta profesión debe representar el espíritu de las gentes de palacio, de quienes nos gobiernan. Por eso esta profesión tiene futuro, es una profesión próspera. Si esta profesión declina, el *qi* [65](#) de las gentes de palacio se agotará.

Hijo, el provecho que puedo sacar del palanquín del gran *laoye* Qian no se agota aquí. Tu *die* te habla de los asuntos de nuestra familia, pero hoy ya no dirá nada más. Me temo que no tendré a partir de ahora más tiempo para hablarte de estas cosas.

III

Tu *die*, que soy yo, en su décimo aniversario, atrapó el cólera. Cuando uno enfermaba por la mañana, moría al mediodía. Aquel año, las familias de la subprefectura de Gaomi caían una tras otra arrasadas por la epidemia de cólera, y mi padre no fue una excepción. Se oían los llantos detrás de cada puerta. Nadie podía hacer nada por nadie, y cada uno enterraba a sus muertos como podía. Yo y tu abuela —mi madre— decíamos cosas difíciles de escuchar. Moríamos como perros. El padre de tu *die* fue a parar a la fosa común y fue puesto ahí dentro de cualquier manera. Tu abuela y tu *die* tuvieron que apañárselas como pudieron. Una manada de perros hambrientos se abatió sobre la fosa y devoró el cadáver del padre de tu *die*. Quise recuperar algunos huesos para lavarlos, y lo hice ante la mirada amenazante de esos perros salvajes. Los ojos de esos perros estaban llenos de sangre, me enseñaban sus dientes blancos como la nieve, y me ladraban: *guau, guau, guau*. Recogiendo los huesos de mi padre, arriesgué mi propia vida, pero sabía que haciéndolo respondía a mi obligación de hijo. Esos perros se comían a los muertos y no dejaban ni los pelos. Se atiborraban de cadáveres, se zampaban uno tras otro, como pequeños tigres, y daban miedo.

Tu abuela me dijo:

—Hijo, tu padre no será el único. Deja que se lo coman...

Yo sabía que un hombre solo no podía enfrentarse a una manada de perros rabiosos, así que me puse a un lado y contemplé cómo devoraban a mi padre. Destrozaron sus ropas, le arrancaron la piel de la carne a mordiscos, se llevaban a la boca trozos de carne, sacaban las vísceras y, finalmente, masticaban los huesos.

Cinco años después, la fiebre tifoidea se abatió sobre la subprefectura de Gaomi. Tu abuela enfermó por la mañana, y al mediodía ya estaba muerta. Pero esta vez, tu *die* cogió el cadáver de tu abuela y lo enterró en un montón de paja de trigo, y luego le prendió fuego. A partir de ese momento, tu *die* se quedó solo y deshecho, sin nadie en quien apoyarse, de puerta en puerta, mendigando algo que comer. Al caer la noche, me metía en un almiar o donde podía. ¿En dónde dormir? ¿Adónde ir? Cada día era igual. En esa época me había convertido en un pedigüeño, como tantos otros en Gaomi. Pedir algo de comer no era una tarea fácil. En un día, me veía a menudo obligado a tocar varias puertas para poder comer algo. Incluso un simple melón se hacía raro en esos tiempos. Veía que me moría de hambre. Tu *die* pensaba en lo que le había dicho tu abuela. Mi madre tenía un primo que trabajaba como sirviente en el gran *yamen* de la capital. Los días pasaban sin mayores problemas. Cada día llevaba gente a sus casas y cobraba su dinero. Tu *die* decidió entonces ir la capital y hacerse sirviente.

Cuando mendigaba, solía a menudo ayudar a la gente a realizar sus tareas. De esa manera iba y me quedaba; aceleraba el paso y ralentizaba; pasaba hambre y me saciaba; hasta que finalmente llegué a la capital, donde me puse a vender vino y otros alcoholes en la calle. Entré en Pekín por la Puerta de Chongwen y, como hipnotizado, me acordé de lo que me dijo tu abuela: ese primo servía en el departamento de las puniciones. Así que me dirigí a los Seis Ministerios para saber más y no tardé en encontrar el Ministerio de Justicia, que era el que se encargaba de las puniciones. Había en la entrada dos guardianes de talla y aspecto imponentes. Tu *die* se quedó enfrente de ellos. Uno de los guardianes, que llevaba una espada en la espalda, me dio una bofetada. Tu *die* salió corriendo porque no quería morir de esa manera. Pero no me moví de la entrada del ministerio y encontré un lugar donde esconderme. Volví a presentarme varias veces delante de la puerta del ministerio. El edificio tenía dos plantas y había dentro varias cantinas grandes —ofrecía alguna semejanza con el pabellón de Juxian en Shandong, o la mismísima Residencia de los Virtuosos—, todo ello con sus entradas imponentes. Los clientes de las cantinas llegaban estrepitosamente. Sus carros llenaban la calzada de la calle, y lo mismo hacían los olores a pescado, carnes y aves de corral. Junto a ellos estaban los pequeños puestos vendiendo bollos al vapor rellenos de carne, con el fuego encendido, humeante, cociendo la masa de trigo, el *doufu* de pasta de soja... No hubiese imaginado nunca que en Pekín hubiese tales manjares. Tampoco me imaginaba que tantos foráneos venían a Pekín, la capital del imperio. Tu *die* había tenido desde pequeño una vida muy dura, y por ello tenía ojos para poder discernir lo que era el bien del mal. Yo les ayudaba con sus tareas, les encendía el fuego, lo mantenía encendido..., y ellos me pagaban con los restos de comida que nadie quería. Pekín era, al fin y al cabo, la Tierra misma. Era más fácil mendigar en la capital que en Gaomi porque había más

gente con dinero. En las mesas de esas cantinas pekinesas había siempre restos de comida que los palillos ya no se atrevían a tocar. Tu *die* se llenaba así, cada día, el estómago; y cuando llenaba el hueco del estómago, se iba junto a algún muro tranquilo y echaba la siesta. Bajo el calor de la luz de los rayos de sol oía crujir los huesos de mi esqueleto: crac, cloc, crac, cloc... De esta manera pasé dos años en la capital. Tu *die* no se avergüenza de nada y puede ir con la cabeza bien alta. Para él fue como la lluvia de primavera cuando cae sobre el pequeño templo asolado por la sequía.

A tu *die* le satisfacía esa vida de pedigüño. Vivía al ritmo que me marcaban los días, ni con ansiedad ni con preocupación. Pero hubo de repente un cambio drástico e inesperado en mi vida: una banda de mendigos me dejó medio muerto. El jefe de la banda tenía un ojo ciego, pero el otro —un ojo más grande lo normal— le brillaba poderosamente. En la cara tenía la cicatriz que le había dejado un sable o una daga. Su aspecto daba miedo. Me dijo:

—Hijo de puta, ¿de qué agujero ha salido un gato callejero como tú? ¿Cómo te atreves a manglele la comida al dueño y señor de este territorio? Si el amo te ve, te parte las piernas de perro que te mantienen de pie y te saca los ojos de perro.

A medianoche, a tu *die* no le era fácil salir de las acequias de aguas apestosas. Volvía al muro y el cuerpo le dolía de los pies a la cabeza. Para colmo, tenía el estómago vacío y temblaba como un polluelo recién salido del cascarón. Presentía que mis días estaban contados en este mundo. Entré en trance y vi de nuevo a mi abuela. Estaba a mi lado y me dijo:

—Hijo, no debes preocuparte, la buena suerte llamará pronto a tu puerta...

Cerré de inmediato los ojos y no vi, por supuesto, nada de lo que había delante de mí. Solo oía el siseo del viento frío del otoño entremetiéndose entre las ramas de los árboles: sss, sss, sss...; solo oía el *cri, cri, cri* de los grillos de la acequia metido entre las hierbas infectas y el *glu, glu, glu* del agua. Aunque debo decirte que las estrellas titilaban todavía en el firmamento. Pero cuando cerraba los ojos, lo que veía siempre delante de mí era a mi abuela. La veía hablándome de mi buena suerte y de su llegada inminente. Cuando abría los ojos, ya no la veía. Al día siguiente, al romper el día con una mañana rojísima, la luz de ese sol primerizo bañaba la hierba seca que se había cubierto de rocío. Los destellos que despedía eran verdaderamente bellos de ver. Los cuervos grajeaban y volaban hacia el sur de la capital. Vete a saber por qué se dirigían con ese apresuramiento al sur de Pekín y qué se proponían hacer ahí. Más tarde comprendí por qué los cuervos volaban tan temprano hacia el sur y qué era lo que hacían. Yo me moría mientras tanto de hambre. Pensé que encontraría en el camino alguna cantina de mala muerte donde poder comer algo, pero temía encontrarme entretanto con ese tuerto desgraciado. De repente vi una casa con chimenea humeante en la cual había un huerto de repollos chinos. Sin dudar, cogí unos cuantos. Regresé

al muro y me eché. *Ñam, ñam, ñam...* Empecé a zampármelos. Masticaba con ganas cuando vi a varias decenas de oficiales a caballo. Llevaban en sus cabezas esos gorritos rojos con borlas y vestían con sus libreas grises a tiras rojas. Todos ellos salían del gran patio del Ministerio de Justicia. Cruzaron con prisa la calle principal, y a su paso levantaban el polvo de la tierra amarilla que cubría la calle. Esos jinetes llevaban el sable en la cintura y el latiguillo en la mano. Individuo que veían, individuo al que pegaban con el latiguillo; perro que veían, perro al que pegaban con el latiguillo. A su paso, dejaban la calle despejada, limpiísima.

Al cabo de un momento, salió del gran patio del Ministerio de Justicia un carro con un prisionero dentro. El carrito estaba tirado por una mula famélica cuya espina dorsal, afilada como un cuchillo, parecía que se le iba a salir del dorso. Sus cuatro patas eran como palos de madera. Dentro estaba el convicto con su aspecto confuso y ojos de borrego como los que se dirigen al matadero. El carrito con el prisionero se meneaba en la calle de un lado a otro. Los ejes del carro chirriaban: *cric, crac, cric, crac...* Delante del carro estaban esos caballos con sus jinetes que acaban justo de salir del ministerio. Detrás de los jinetes había la faranga con sus numerosos músicos y sus trompetillas, las cuales lanzaban sonidos inidentificables: *tararí, tarará...*, y *mu, mu, mu*, como una vaca mugiendo y llorando. Detrás del carrito del prisionero había un oficial del gobierno de pequeño tamaño subido a un caballo. Su uniforme delataba que era un miembro del gobierno imperial de Qing. Había otros como él, y en medio de esa gente había un par de barbudos —sus barbas eran como las de las morsas—, pero no había nada en ellos que fuera auténtico: esos bigotes eran falsos y estaban pegados a la cara, como tantos de los adornos que llevaban. Había unos diez caballeros así de engalanados. Había a los dos costados del carrito del prisionero un par de hombres vestidos de negro, con unos cinturones anchos, unos sombreros rojos y unos espadones en las manos que los protegían. Esos dos hombres habían nacido con la cara y el pecho de color rojo. No sabía si se trataba de sangre de gallo o una enfermedad de la piel. Los dos marchaban por la calle sin decir nada, impasibles. Tu *die* los miró con envidia; esa pose y esa conducta le fascinaron. Pensé entonces: ¿cuándo aprenderé a ser alguien así?, ¿cuándo podré caminar por la calle con ese aire de gato negro impasible? De repente volví a oír la voz de mi abuela:

—¡Mi querido nieto, ese es tu tío!

Me giré de golpe, pero delante de mí solo había ese muro ceniciento y ni rastro de mi abuela. Tu *die* gritó:

—¡Tío!...

Y sentí que alguien me empujaba la espalda. Tu *die* se encontró involuntariamente junto al carrito del prisionero e inmerso en el fárrago que ese cortejo arrastraba con él. No podía decir cuál era el grosor real de esa masa humana que acompañaba el carrito en su camino. Los oficiales y los jinetes me miraron con los ojos blancos. Uno de los

jinetes tiró de las riendas y puso al caballo sobre dos patas, el cual relinchó de forma ensordecedora. Yo tenía delante de mí a los guardianes que vestían de negro y llevaban el sable en la cintura, y dije llorando:

—¡Tío, le he encontrado al fin!...

Tantos años de injusticias, de pesares..., y de repente aparece mi tío con ese aspecto. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Mis palabras pudieron salir solamente tartamudeando, torpes, entrecortadas, ya que delante de mí estaban esos dos señores con sus modales corteses e imponentes. Los hombres de los sables también me miraron con los ojos blancos —no daban crédito a lo que estaban viendo—. Les vi atónitos, con la boca abierta y sin saber qué decir. Los dos se miraron buscando una respuesta.

—¿Y tú eres el tío de este pedigüño? —le preguntaron.

Los dos esperaban una respuesta. Los oficiales a caballo y los guardianes del Ministerio de Justicia que estaban delante y detrás del carrito del condenado se volvieron inesperadamente, hicieron ruido para exhibir su poder, blandieron las espadas, e hicieron un círculo a mi alrededor que me produjo escalofríos. Pensé que uno de esos sables iba a ir a parar directamente a mi cuello y mi cabeza iba a salir rodando. Yo luchaba en el vacío, lloraba y repetía incesantemente: ¡Tío! ¡Ah, tío!... Alguien me tiró al suelo, y empecé a llorar como un niño. Sí, iba a morir aplastado igual que una rana cuando cruza una calle. En mi boca sentí el gusto de la mierda de los caballos. Esa mierda estaba además aún caliente.

Detrás del carrito del prisionero, a un lado, sobre un caballo alto y vigoroso de piel roja como la azufaifa, había un jinete gordo y de tez oscura. Llevaba un gorro emplumado en la cabeza —era uno de esos gorros cuyas plumas son rígidas y azules como el cristal precioso de un diamante— y una pelliza de piel de leopardo blanco que cubría su pecho. Supe al momento que era un oficial de alto rango. Uno de los soldados se arrodilló y anunció a viva voz:

—Vuestra Excelencia, no es más que un mendigo.

Un par de guardianes me arrastraron hacia el oficial de alto rango. Uno de ellos me cogió de los pelos y me levantó la cara para que mirase a ese pez gordo, que estaba subido en el caballo. El gordo de la cara negra se fijó en mí, suspiró y dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Eh, capullo!... ¿Es que quieres diñarla o qué? ¡Ponte a un lado, anda!

—¡A sus órdenes! —respondieron los guardianes en voz alta.

Me cogieron del brazo y me tiraron a un lado de la calzada. Uno de ellos me dijo:

—¡Lárgate de una vez con tu puta madre!

Entre insultos y otras palabras que mejor no citar aquí salí volando de esa calle para meterme de nuevo en la acequia embarrada con sus pestilentes e infectas aguas.

A tu *die* no le iba a ser fácil salir de ese lugar. Veía siempre todo en negro, y cómo

iba a ser de otra manera si vivía dentro de un fangal... Pues bien, no veía nada... Bueno, sí... Cuando me tumbaba en la hierba asquerosa que crecía ahí, mis ojos veían a los funcionarios del Ministerio de Justicia, esa *troupe* de soldados marchando sobre la tierra amarilla de la calle principal..., que como el humo se dirige al sur. Tu *die* los veía marchar y su corazón se estancaba como las aguas muertas de un estanque. Tu abuela volvió a decirme esta vez:

—Mi querido nieto, ve a ver, ese es tu tío...

Di unas vueltas en círculo para ver si veía a la abuela, pero lo único que vi fue el pavimento de tierra amarilla de la calle principal, las boñigas todavía calientes de los caballos y algunas cabezas agachadas mirándome con sus ojitos negros. Esos individuos eran como gorriones que buscaban algo que comer entre boñigas y la basura que los otros habían dejado en la calle. ¿Dónde estaba la sombra de la abuela? Ella, ¡ah!... Me sentí muy apenado y lancé un grito desgarrador, un grito largo y profundo, un grito todavía más largo que la acequia apestosa en donde vivía. Mis llantos se oían a lo largo y tendido de esa calle polvorienta. La cabeza de tu padre se había llenado de resentimiento respecto a tu abuela. No paraba de pensar en ella. Abuela, me pediste que me abriera paso entre esa gente para reconocer a mi tío, pero... ¿quién era mi tío? A tu nieto lo levantan como quien levanta a un perro o un gato muerto y luego lo sueltan en la acequia donde yacen en paz todos esos cuerpos descompuestos de animales. Esa es más o menos la vida de tu nieto, abuela. ¿No lo ve? Abuela, si en realidad tiene alma, guíe a esta alma moribunda y arroje un poco de luz en su camino. ¡Sáqueme de ese océano de dolor! Si tiene alma, no debe, simplemente, decir nada. La vida y la muerte son tan inciertas como las de los pollos cada vez que empieza un nuevo día; usted no debe hacer nada por su nieto. Ella no me oyó, sin embargo. Ella se limitaba a hablarme con esa voz desgastada, de vieja. Detrás de mi oreja, me decía:

—Mi querido nieto, ve a ver, ese es tu tío... ¡ese es tu tío!...

Tu *die*, el que te habla ahora, salió corriendo como un poseído hacia el Ministerio de Justicia. Quería seguir los pasos de esos guardianes. Sabía que me jugaba el pellejo, pero sabía que valía la pena. La abuela, al menos, no abrió la boca durante un tiempo. Ralentiqué mis pasos, esa voz detrás de mi oreja me perturbaba enormemente. Tu *die* solo podía hacer una cosa: huir, salir corriendo... Huir de esa voz espectral, esa voz del fantasma que le perseguía por todas partes. Yo debía ir a ver a esos guardianes de las plumas y el gorrito rojo, aunque fuera más que probable que acabara de nuevo arrojado en la acequia como un perro muerto. Yo iría tras la cola de esos guardianes, saldría por la Puerta de Xuanwu, en Pekín, hasta el campo de ejecuciones de Caishikou [66](#). Los seguiría por cada una de las callejuelas angostas de la capital. Sería la primera vez que pisaría esas calles tan célebres. Ahora puedo decir que mis pies han pisado cada una de las baldosas de sus calzadas. El paisaje que se veía fuera de

los muros de la ciudad era más depresivo que el que se podía contemplar dentro. La mala hierba crecía abundantemente a los dos lados de las calles. Y había esos huertos llenos de repollo chino, de rábanos, de hojas amarilleando, hojas muertas, y de tallos de soja enredados y malogrados. Esos huertos también tenían sus hombres, todos ellos curvados y resignados. A nuestro paso, algunos seguían trabajando como si no estuviéramos ahí mientras que otros nos miraban con desdén, fríamente. Al fin y al cabo éramos la ley y su aplicación inmediata. Otros eran incapaces de mirarnos directamente a los ojos y miraban a otra parte. Al acercarnos al campo de ejecución, la callejuela sinuosa y asfixiante desembocaba en una plaza ancha y despejada. El recinto estaba rodeado por las murallas de Gaotai, y había ociosos que se pasaban el día sin hacer nada. También había algunos pedigüños que se colaban entre los ociosos. No perdí detalle del lugar; para mis ojos solitarios, ojos de dragón, estaba claro que ese era mi lugar. Los soldados azuzaron a los caballos y se pusieron en fila. Un par de verdugos —de presencia y modales fascinantes— abrieron la puerta del carrito del prisionero, y el convicto salió por su propio pie, pero lo hizo lentamente, arrastrándose, y con la ayuda de los verdugos; sus piernas estaban probablemente rotas. Me hacían pensar en esas hojas de cebolletas que se doblan fácilmente. Los verdugos lo colocaron sobre el estrado donde iba a ser ejecutado. Cuando lo soltaron, se quedó paralizado y se cayó al suelo. Ese hombre era, simplemente, un trozo de carne con huesos. La gente que lo rodeaba empezó a agitarse y a lanzar gritos de excitación. Mostraban su descontento ante el condenado a muerte, ese pobre desgraciado. ¡Ponte de pie, maldito! ¡Canta! El condenado empezó a moverse al ritmo de los tambores. La carne se movía, la carne se movía; los huesos se movían, los huesos se movían, pero con mucha dificultad... Los ociosos se ponían a hacer ruido y aplaudían para animar al condenado. Algunos de ellos lo cogieron y lo levantaron hasta ponerlo recto. Pero las piernas le flaqueaban y volvió a caerse al suelo. Los ociosos le gritaban:

—¡Hijo de Han, hijo de Han! ¿Qué vas a decirnos ahora?... Nos dirás: «La cabeza cortada..., pues es eso... ¡la quebradura de un bol roto!». Y nos dirás: «¡Dentro de veinte años volveré a ser un buen Han!»...

El prisionero solo abría la boca sin decir nada, gemía, y balbuceaba algo incomprensible.

—¡Cielos, no os dais cuenta de la injusticia que estáis cometiendo conmigo! —gritó finalmente el pobre diablo.

Los presentes, que habían rodeado al condenado, se callaron de repente, y con cara de tontos miraron a la gente que se había congregado en el estrado. Los dos verdugos mostraban los modales de la vieja escuela. En esos momentos, el fantasma de la abuela volvió a aparecer detrás de mi oreja y me susurró:

—¡Llámalo! Mi querido y buen nieto... ¡Llámalo, ese es tu tío!...

La voz de la anciana se hacía cada vez más apremiante y con un tono más alto y severo. Sentí entonces cómo un aire frío (como cuando sopla el viento en el bosque) acariciaba mi cuello. Era el aliento de la abuela. Si no gritaba como me pedía, su mano me agarraría del pescuezo y me llevaría al mundo de los muertos. No tenía otra alternativa. Así que, corriendo el riesgo de verme partido en dos por un sable inmenso, me lancé hacia donde estaban los soldados y, a lágrima viva, dije en voz alta:

—Tío...

Todos los ojos del recinto se volcaron sobre tu *die*; eran los ojos de los verdugos, de los soldados, de los pedigüeños y los ociosos... Ojos que no me decían nada y que acabé olvidando con el tiempo salvo..., salvo los ojos del prisionero. Esos ojos nos los olvidaré nunca. Levantó bruscamente su cabeza ensangrentada y aturdida y me abrió sus dos ojos inyectados de sangre. Esos dos ojos parecían dos flechas rojas. Me dejó noqueado. Uno de los verdugos, un oficial gordo y de tez oscura, gritó:

—El momento ha llegado...

Una trompetilla acompañó con su sonido luctuoso la voz del verdugo. Los oficiales que iban a caballo, sin excepción, se mordieron los labios. Se oyó un tarareo. Uno de los verdugos agarró al condenado por la coleta y lo arrastró hacia delante. La coleta del condenado parecía un bastón de madera de lo recta que estaba. El otro verdugo sacó la espada, se movió al lado derecho, luego al izquierdo, todo ello para situarse en el mejor lugar y... ¡zas!... Un golpe seco, un fulgor de luz blanca en el aire, y un intenso grito de dolor como el de un animal que acaba de ser sacrificado. El verdugo sujetaba ya, en todo lo alto, como un trofeo, la cabeza del condenado. El verdugo y su compañero se pusieron en fila y le dijeron al funcionario del Ministerio de Justicia:

—Que Vuestra Excelencia venga a examinarlo con sus propios ojos.

El gordo de la tez negra que iba a caballo hizo un gesto ante esa mano alzada con la cabeza cortada que parecía más bien el adiós que se le suele hacer a un amigo cuando uno se va. El *daren* se despidió así, giró a un lado la cabeza del caballo: *hoo, hoo, hoo...*, y dando media vuelta, se fue el recinto. El clamor entre los funcionarios fue unánime. La ejecución había sido impecable. Los pedigüeños avanzaron hacia la tarima y desnudaron al decapitado. Se pelearon entre ellos y al final fueron los más fuertes quienes se llevaron las ropas de ese pobre desgraciado. El cadáver se había quedado arrodillado y sin cabeza. La sangre brotaba del tórax del decapitado como los granos del fruto de la granada; la sangre del cuello salía formando un arco que caía directamente al suelo: parecía un botijo vertiendo el licor que lleva dentro.

Tu *die* lo comprendió finalmente. El funcionario de las ejecuciones no era mi tío, tampoco lo era uno de los verdugos, ni los que iban a caballo. Mi tío era el pobre desgraciado al que habían cortado la cabeza.

Aquella misma noche, tu *die* enterró lo que quedaba de su tío. Al menos le dio

sepultura. El padre de tu *die* había muerto, al igual que su madre, y ahora su tío había sido decapitado. Tu *die* estaba más solo que la una en este mundo impío y hostil. Me quedé sin saber adónde ir, ni qué camino tomar. Lo único que me esperaba a la vuelta de la esquina era la muerte. Pero cuando tu padre ya había metido la nariz en el mundo del rey Yan, una manaza le agarró el culo y lo sacó de ahí.

Esa manaza pertenecía al verdugo que había cortado la cabeza a mi tío.

Me cogió y me llevó a una de esas cantinas donde preparan marmitas y pidió una cabeza de pescado con queso fermentado *doufu*. Yo me la comí, pero él no probó bocado. Se quedó mirándome justo enfrente de mí. El mesero le sirvió un bol de té que no bebió. Yo comí hasta saciarme, hipé y le miré.

—Yo era el mejor amigo de tu tío —me dijo—. Si lo deseas, puedes ser mi aprendiz.

Esa imagen heroica que había exhibido durante el día aparecía ahora, de nuevo, ante mis perplejos ojos: ese cuerpo erguido e inmóvil, ese movimiento a la derecha, luego a la izquierda, para centrarse, como el disco de la luna en el cielo cuando anochece. ¡Zas!, y el tío que grita, y la cabeza del tío que rueda, y la cabeza del tío en lo alto como un trofeo... Pude oír hasta la voz de tu abuela detrás de mi oreja, pero esta vez había moderado el tono de su voz:

—Mi niño, arrodíllate inmediatamente y golpea el suelo con la frente.

Me arrodillé ante mi maestro y golpeé el suelo con mi frente. Mis ojos se llenaron de lágrimas. La vida y la muerte de mi tío me importaban un comino. Lo último que me importaba era yo mismo. Mis ojos brillaban debido a las lágrimas. No podía creer que los sueños que se tienen de día se hubiesen, esta vez, convertido en realidad. Pensé que yo también podía cortar la cabeza de cualquiera con esa calma. Los modales de esa gente brillaban como el hielo, y en mis sueños lanzaban mil destellos.

Hijo, el maestro de tu *die* te lo contará diez mil veces. Fue así como conoció a la abuela Yu.

Después de ese asunto me lo contó todo. Mi tío y la abuela Yu se hermanaron cuando trabajaban juntos como guardias de prisiones. Pero mi tío hizo algo malo y tuvo que morir en las manos de su compañero. Eso fue en realidad una obra del Cielo. ¡Zas! Así de rápido, como el viento. Cuando le cortó la cabeza a mi tío, la abuela Yu oyó una voz que le decía:

—Gran hermano, cuida mucho de este que está a tu lado; es mi sobrino.

Miau, miau... Antes de aprender a hablar como una persona, aprendí a hablar como un gatito.

Capítulo tercero

Xiaojia dice tonterías

Me apellido Zhao, y mi nombre es Xiaojia; esta mañana, cuando me levanté, me reía a carcajadas: ja, ja, ja... (¡Qué tonto eres!). La noche pasada tuve un sueño y soñé que un tigre blanco venía a mi casa. El tigre llevaba una chaquetilla roja y una larga cola que le salía por atrás. (Ja, ja, ja...). La cola era enorme, el tigre blanco tenía los colmillos blancos y estaba sentado frente a mí con su boca abierta. Sí, los colmillos blancos del tigre blanco, los colmillos blancos del tigre blanco. (Ja, ja, ja...). ¿Es que quieres zamparme, tigre blanco? El tigre blanco me dijo: Ni siquiera puedo comerme todos los cerdos y los corderos bien grasosos que me ofrecen, ¿qué podría hacer con un idiota como tú? Si no quieres comerme, ¿para qué has venido a mi casa? El tigre blanco respondió: Zhao Xiaojia, me han dicho que buscas un pelo de los bigotes de un tigre. Sé que eso te vuelve loco. Hoy vine a tu casa para que te hagas con uno. (Ja, ja, ja..., ¡pero qué tonto eres!).

De la melodía *El recién nacido* [67](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Miau, miau, miau... Antes de saber hablar, aprendí a maullar como un gatito.

Mi madre me decía que los tigres tenían unos bigotes, y que en esos bigotes había un pelo largo que era un tesoro. Quien consiga ese pelo y lo guarde en su cuerpo verá el verdadero rostro de la gente [68](#). Mi madre me decía que, en este mundo, todos somos reencarnaciones de animales. ¿Quién ha obtenido ese tesoro de los bigotes del tigre? Ella me dijo que no había visto a nadie que lo hubiera obtenido. En la calle principal, en las callejuelas, dentro de las cantinas, en los baños públicos, ¡en todas partes!, había vacas, caballos, perros, gatos de todo tipo. Miau, miau, miau... Mi madre me contó que había un hombre que se dirigió al noreste, en Guandong, cazó un tigre y obtuvo ese pelo-tesoro, pero, como era de esperar, temía perderlo y lo envolvió en varias capas de tela y lo metió en un cojín que cosió concienzudamente. Ese hombre regresó a casa y su madre le dijo:

—Has pasado varios años en Guandong, ¿te has hecho rico, hijo?

Orgullosa de sí misma, el hijo le respondió sacando el cojín que llevaba con él:

—Lo que se dice rico, pues no, madre, pero he encontrado un tesoro.

El hijo abrió el cojín y le mostró a la madre el pelo del bigote del tigre, pero a la madre no pareció hacerle mucha gracia; eso no era nada más que un pelo de tigre dorado ante sus narices. Sin embargo, ante los ojos perplejos del hombre, la madre desapareció de golpe, se esfumó literalmente, y este se puso a temblar y salió corriendo hasta llegar a un patio y darse de morros contra un caballo viejo que llevaba un pico y una pipa de madera humeante en la boca. El caballo resoplaba *buf, buf*, y el

humo salía de la pipa como de una chimenea. Era un humo blanco que salía por los orificios nasales y se expandía griseando el aire. El hombre temblaba hasta el punto de desmontarse y pensó que lo mejor sería saltar la tapia y salir corriendo. Entonces oyó que el caballo viejo le llamaba como le llamaban cuando era niño:

—Pero ¿tú no eres Xiao Bao, el «pequeño tesoro»? ¡Ni tu padre te habría reconocido, tontorrón!

El hombre se dio cuenta de que se trataba del hechizo del pelo de tigre, que ya estaba haciendo de las suyas, y lo envolvió rápidamente. Ese pelo de tigre no debía ver la luz del día. Se dio cuenta de que su padre no era ese caballo viejo, y que la madre tampoco era un perro viejo.

Yo soñaba día y noche con ese pelo de tigre. Miau, miau, miau... A todo el que veía le contaba la historia del pelo del tigre y les preguntaba si podían ayudarme a encontrarlo. Me dijeron entonces que en el gran bosque del cantón de Dongbei podía encontrarlo. Me decidí a ir, pero me repugnaba la idea de dejar a mi mujer. Si encontraba ese pelo... ¡cuántas cosas podría hacer! Pero no, mi destino estaba en la calle principal de Gaomi, cortando carne. Fue entonces cuando vi a ese gran cerdo, con su gorrito satinado en negro y su batón de mangas anchas. Llevaba en sus manos una jaula. Cuando llegó a mi puesto callejero de carnicero ambulante, me gritó:

—¡Xiaojia, dame un par de *jin* de carne, de lo mejor y más variado que tengas!

Aunque lo que vi delante de mí era un cerdo enorme, me di cuenta rápidamente de que también era Li Shizhai, el gran *laoye* Li, que era un señor talentoso y elegante, respetado, que sabía muchísimos caracteres chinos. Quien le veía le respetaba, y quien no, pues... «¡Un servidor no puede aprender nada de nada!...». ¿Había alguien que pudiese conocer el verdadero rostro de un gran cerdo?... Ni él mismo sabía que tenía una cara de cerdo. Solo yo sabía que tenía una cabeza de cerdo. Si se lo dijera, me partiría la cabeza. El cerdo no se había ido todavía. Una oca blanca con una cesta en un ala balanceándose se presentó ante mi puesto con la carne. Me miró con ojos medio entornados y me dijo:

—¡Xiaojia, tú!... ¡Mi negro corazón e hígado! Ayer me vendiste carne de perro en gelatina y mientras me la comía ¡me encontré con una uña! ¿No me habrás dado carne de hombre por carne de perro? —dijo antes de girarse y preguntarle al cerdo de cabeza negra—: ¿No has oído o qué? Ayer por la noche, Zheng Jia se cargó de una manera muy trabajada a la nuera Tong Yang. La despedazó viva y no le dejó un trozo de carne o piel en su cuerpo. —La oca se puso a decir absurdidades—: Y tú me cortaste dos *jin* de carne de perro —me dijo. Pensé: ¿pero quién te crees que eres, especie de oca apestosa? Tú, el culo blanco de una oca. Debería cortarte el pescuezo, y meterte en gelatina. Dices tonterías. Si quieres este tipo de pelo de tigre, lo que podría hacer... Pero no lo tengo.

Esa tarde llovía a cántaros. El tío He, o mejor dicho el oficial castrado He, estaba

en una cantina bebiendo su vino. El tío He era un tipo feo, con ojitos redondos como esas bolitas de los abalorios. Su verdadera naturaleza debía ser seguramente la de un mono. A él le pregunté también si sabía algo sobre el pelo del tigre. Los conocimientos del tío He eran profundos y vastísimos. ¿Había oído hablar del pelo del tigre? ¿Podía darme alguna pista? Y respondió sonriendo:

—¡Ah, Xiaojia! ¡Eres una bola de sebo, Xiaojia! Tú, que vendes carne en este lugar... ¿Cómo va tu esposa?

Mi esposa había ido a entregarle al gran *laoye* Qian su carne de perro. El tío He me respondió:

—Vi que alguien le entregaba la carne al subprefecto Qian. Tu esposa tiene la piel blanca y perfumada [69](#)...

Tío He, con esas cosas ni bromees, ¿entendido? Mi familia solo vende carne de perro y cerdo, y ningún otro tipo de carne. Que yo sepa, el gran *laoye* Qian no es un tigre, ¿por qué iba a comer la carne de mi mujer? Si se la come yo no tendría esposa y, en cambio, ella está viva... El tío He rio y agregó:

—El gran *laoye* Qian no es un tigre blanco, sino un dragón verde [70](#); pero tu mujer sí que es una tigresa blanca...

Tío He, no digas tonterías... Si no tienen el pelo del tigre, ¿cómo puedes ver la verdadera naturaleza del gran *laoye* Qian y de mi mujer?

El tío He replicó:

—Bola de sebo, dame un cuenco de vino, anda, y te diré dónde puedes ir para encontrar el pelo del tigre...

Me di prisa y le traje el bol; le pedí que hablara, rápido.

—Lo sé —dijo el tío He—, ese tesoro... se puede vender por varios taeles de plata.

Pero yo no quería ese pelo de tigre para venderlo; lo quería para divertirme... Venga y mire, tío He, con ese pelo de tigre uno puede ver... Si vas a la calle con ese pelo de tigre verás que la gente es, en realidad, una banda de animales domésticos. Esto es tan gracioso...

—¿Piensas encontrar ese pelo de tigre? —dijo el tío He.

Pues sí, pensaba en encontrarlo todo el tiempo, lo pensaba incluso en sueños.

El tío He añadió:

—Venga, córtame algo de carne de perro, y te lo cuento...

Tío He, si me dice dónde está ese pelo le regalo la carne. ¡Toda, gratis, para que se la coma! No le cobraré un miserable tael de plata, tío He. No me lo pienso dos veces. ¡Tenga! Se la doy. Una pierna entera y le escucho.

El tío He se bebió su vino sin demasiados agobios, le dio un mordisco a la carne y dijo lentamente:

—Bola de sebo, ¿de veras que quieres ese pelo de tigre?

Tío He, le he dado el vino, le he dado la carne... Y usted no me ha dicho nada, ¿me

ha mentido? Mi esposa había llegado, y le hablé seriamente. La amonesté, en realidad. Mi mujer frunció los labios y se fue al *yamen*. *Pa, pa, pa...*, dándole golpecitos con la tablita de madera. El tío He se dio cuenta de que le había dicho a mi mujer que se fuera y me dijo:

—Xiaojia, mi buen Xiaojia, deja que te lo diga..., pero no se lo digas a nadie, ni siquiera a tu mujer. No le digas que te lo he dicho, ¿lo entiendes? De lo contrario, el pelo del tigre no tendrá ningún efecto, aunque lo tengas en tus manos.

Vale, vale, lo comprendo, tío. No se lo diré a nadie. Ni siquiera a mi mujer. Si se lo digo a alguien, a mi mujer le va a dar dolor de barriga. Lo sé. El tío He añadió:

—Xiaojia, hijo de tu madre, ¿qué dices? ¿Qué tiene que ver la barriga de tu mujer con esto?

Pues está claro. Si a mi mujer le duele la barriga, a mí me duele el corazón. Si a mi mujer le duele la barriga, yo me pongo a llorar como un pajarito: *pío, pío, mua, muaaaaaá...*

—Vale —dijo el tío He—, te lo voy a decir...

El tío He miró la calle porque temía que alguien le oyese. La lluvia caía y caía... *Brrrrrrrrrrplafchooooooofbrrrrrrrrrr...* El agua que caía se había convertido en una cortina. Yo le urgí a que hablase, y me dijo:

—Cuidadito, cuidadito, mi buen hijo. Si nos oyen, no conseguirás el pelo de tigre.

El tío He se puso a mirar la mesa por todas partes, se arrimó a mi oreja y me susurró:

—Tu mujer va cada día al *yamen* del gran *laoye* Qian, el cual está tumbado en su cama sobre una piel de tigre. ¿No podría ella encontrarte ese pelo? Recuerda, tu mujer te puede ser de gran ayuda. Ese pelo está muy torcido y es dorado. ¡Ese es el tesoro que buscas, Xiaojia, y no otro!

Cuando mi mujer regresaba a casa después de dar la carne de perro al *laoye* Qian, el cielo ya había oscurecido. La superficie del cielo se había ennegrecido como la tinta que se utiliza para escribir. ¿Cómo que vienes tan tarde? ¿Qué haces ahí tanto tiempo? Sonriendo, me respondió:

—Eres un tonto, Xiaojia; deberías mover el cerebro y pensar un poco más. Voy a darle de comer al gran *laoye* Qian. ¿Es que ya lo has olvidado? Además llovía y estaba el cielo cubierto... Ya es de noche, ¿por qué no has encendido la luz?

Yo no bordaba, ni leía, ¿por qué diablos iba a tener la lámpara encendida?

—Mi buen Xiaojia —dijo—, cuando el día se acaba, hay que encender las luces porque si no, no te ves. Los pobres no alumbran las lámparas de aceite, pero nosotros no somos pobres. El *gandie* me dijo que nos iba a liberar, desde el año pasado, de los impuestos. Así que no te preocupes y enciende la lámpara.

Le hice caso, por lo tanto, y encendí con fuego la lámpara de aceite; y ella, con un pasador del pelo, colgó la lámpara en lo alto de la pared. La habitación se llenó de luz,

igual que cuando el Año Nuevo. En medio de esa luz vi que mi mujer había enrojecido y sus ojos estaban acuosos. Parecía como si hubiese bebido. ¿Has bebido? Ella me respondió:

—Xiaojia, te metes donde no te importa, como un gato glotón y avaro. El *gandie* me dio vino caliente para que no cogiera frío. Esta lluvia caía a lo grande... Como si alguien hubiese abierto una brecha en el río del cielo y se estuviese evacuando [71](#). No se podía ir a ningún lado... Quiero cambiarme de ropa, voy empapada.

¿Quieres cambiarte? ¿Por qué? ¡Métete en el nido y ya está!

—Tengo una buen plan —dijo medio riendo—. ¿Quién se atrevería a decirme que mi Xiaojia es un estúpido? Mi Xiaojia es un tipo refinado...

Mi mujer se desnudó y se metió luego en la palangana de madera para asearse. Su cuerpo era blanco como una flor, una anguila en el agua. Se aseó y se estiró toda recta en el *kang* y se metió en el nido, esa especie de funda nórdica. Ella era, en realidad, un mono con el culo pelado que se metía en la funda. Mi mujer se enrolló en la colcha y me dijo:

—Tontorrón, no me provoques. He estado muy ocupada todo el día. Tengo los huesos de mi cuerpo que me crujen todos...

Yo no la provocaba, pero tú debes responderme y darme el pelo del bigote del tigre.

—Pero, tontorrón, ¿dónde te voy a encontrar ese pelo de tigre?

Hoy he visto a gente que me ha dicho que tú puedes encontrarme ese pelo de tigre.

—¿Y quién te lo ha dicho?

No importa, querida. Quiero que me traigas el pelo. Quiero un pelo torcido, y dorado, el pelo de los bigotes de un tigre. Mi mujer enrojeció como un tomate y se puso a insultarme:

—¿Quién es el perro que te ha dicho eso, Xiaojia? Si lo pillo, lo despellejo, y con su piel me hago un tambor. ¿Lo oyes, imbécil? Dime, ¿quién diablos te lo ha dicho?

Me matarías y no podría decírtelo. Prometí que no lo haría, porque si no te va a dar mucho dolor de barriga. Si te lo digo, te va a doler la barriga...

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—¡Ah, tontorrón! Tu mujer se va a reír de ti..., y tú tampoco piensas, Xiaojia. ¿Dónde vas a encontrar esa cosa en el mundo?

Todo el mundo se va a reír de mí. ¿Cómo se va a reír mi mujer de mí? Me he pasado media vida pensando en ello. ¡Te lo suplico, ayúdame a encontrar ese pelo!

Respiró profundamente y me dijo:

—Pero ¿adónde voy a ir para encontrarte ese pelo? Encima lo quieres torcidito como el rabo de un cerdo... Tontorrón, eres un verdadero tontorrón...

Alguien me lo ha dicho, cuando el gran *laoye* se estire en el *kang* sobre la piel de tigre, ahí encontrarás el pelo del bigote del tigre...

Suspiró y me dijo:

—Xiaojia, ¿me permites que te diga algo bueno?

Te lo suplico, ve a buscar ese pelo. Si no, no te dejaré que vayas a entregarle la carne de perro al subprefecto...

Se mordió el labio inferior y me dijo:

—Te lo pregunto otra vez, ¿quién te ha dicho eso?

Qué más da, me lo han dicho y punto.

—Pues bien, Xiaojia, te buscaré ese pelo —dijo—; pero deja de darme la tabarra, ¿quieres?

Me puse a reír como un niño.

Al día siguiente, por la noche, mi mujer, mi querida *laopo*, me ayudó con lo del pelo del tigre y me puso un cabello dorado en la mano.

—Ten, ¡y que no se te vaya volando de las manos!

Después de decir eso se puso a reír. Y se puso a reír tanto que no podía ponerse derecha. Yo cogí ese pelo y lo apreté en mi puño. Luego lo moví para ver lo que pasaba... Media vida pensando en ese pelo y, de repente, estaba en mis manos, así por las buenas y tan fácilmente. Lo examiné con la lupa. Era efectivamente dorado y estaba torcido. Se correspondía exactamente con la descripción del tío He. Manoseé el pelo que me había dado mi mujer, quería sentirlo, y sentí unos pinchazos en el cuello y en las manos; el tesoro pesaba lo suyo. Levanté la cabeza y le dije a mi mujer si me notaba algún cambio. Relajó los labios y dijo sonriendo:

—Mira, mira..., ¿soy un fénix o un pavo real?

El tío He me dijo que tú eras un tigre blanco. Su apariencia cambió al instante, e indignada me dijo:

—Así que fue ese viejo de pelo revuelto... Mañana le diré al *gandie* que ordene su detención y lo encierren en el *yamen*. *Pachachín, pachachán...* Que lo metan sobre las planchas y le den doscientos bastonazos por cabrón. Así sabrá a qué sabe el bambú del que están hechas esas tablas.

Apreté el pelo y clavé los ojos en mi mujer, bajo la luz de la lámpara. Mi corazón empezó a latir con fuerza y mis manos empezaron a temblar. ¡Oh, cielos, iba a ver el verdadero rostro de mi mujer! ¿Cuál era su verdadera naturaleza? ¿Un cerdo? ¿Un perro? ¿Un conejo? ¿Una cabra? ¿Un zorro? ¿Un puercoespín? Podía ser cualquier cosa. Pero de entre todos los animales, estaba casi convencido de que era una serpiente, y a mí esos bichos me aterrorizaban desde la infancia y de grande me siguen aterrorizando. Cuando se cuelan por entre las hierbas, yo doy un salto de tres *chi* y ¡*bump!* Lejos, lejos de esas malditas serpientes. Mi mujer me lo había dicho: la mayoría de las mujeres son serpientes, y las que son bellas, esas son todas serpientes. Y quien abraza a una mujer que era una serpiente o se acuesta con ella, tarde o temprano le chupa el cerebro [72](#). ¡Que el que manda en el Cielo me proteja! No me

importa lo que sea mi mujer, un sapo, un lagarto... ¡Pero que no sea una serpiente! Si es una serpiente, recojo los trastos de carnicero y me voy corriendo con el rabo entre las piernas. Al mismo tiempo que pensaba como un borrico peludo y enfrascado en sus cosas, observaba a mi mujer. No le quitaba el ojo y no perdía detalle. Ella lo había hecho expresamente: había dejado la mecha de la lámpara más salida de lo normal; era una mecha roja como una granada que iluminaba de esa manera toda la habitación. Su cabello brillaba, era negro y parecía azul en medio de esa luz, como si lo hubieran embadurnado con salsa de soja. También le brillaba la frente, la cual podía rivalizar con la blancura de la porcelana y sus curvas; sus cejas curvadas eran como las hojas de sauces, y esa nariz blanca cincelada como una flor de loto. Y sus ojos, esos dos ojos negros como uvas de cepa negra, unos ojos ovalados y muy vivarachos. Su boca era un poco grande para mi gusto, y los labios rojísimos de punta a punta. Las dos comisuras de su boca formaban un perfil igual que el de las castañas de agua. Me dolían los ojos de tanto verla y seguía sin saber cuál era la verdadera naturaleza de mi mujer.

Mi mujer retorció sus morritos y me decía con ironía:

—¿Qué, ya lo sabes?... Dímelo, quiero saberlo... ¿Qué soy en realidad?

Yo movía, algo confuso, la cabeza, y le decía que no lo sabía. Tú eres todavía tú. Tenía ese tesoro en mis manos y no veía nada, ¿cómo era posible que sucediese todo eso? Me miró asustada y me señaló la cabeza con el dedo:

—¡Ah, un espíritu loco te ha poseído! Ese pelo de bigote de tigre ha arruinado tu vida. Tu madre te contó esa historia y tú te la has creído a pies juntillas...

Sacudí la cabeza. Lo que dices no es verdad. ¿Por qué me iba a mentir mi madre? En este mundo todos me mienten, pero no mi madre.

Ella me respondió:

—Tienes el pelo y no sabes cuál es mi verdadera naturaleza... ¿No te parece extraño? Yo, sin coger el pelo de los bigotes de tigre, sé cuál es tu verdadera naturaleza. Eres una cabeza de cerdo, de un gran cerdo.

Yo ya sabía que ella acabaría insultándome. Pero sin el pelo, ella no podía saber mi verdadera naturaleza. Y yo, ¿por qué no veía su verdadera naturaleza si tenía el pelo? ¿Por qué no funcionaba ese pelo? ¿Me había mentido? Ah, muy mal todo esto. El tío He me dijo que si decía su nombre, el tesoro no funcionaba. ¡Ah, acabo de decir su nombre! ¡Mierda! Ya podía darme por muerto... Qué estúpido había sido. Ese pelo no valía ahora nada en mis manos.

Apretaba el pelo y nada. Mis ojos se llenaban de lágrimas.

Al verme llorar, mi mujer suspiró y dijo:

—Tontorrón, ¿cuándo dejarás de actuar como un tontorrón? —Y diciendo esto se dobló, me arrancó el pelo de la mano y se esfumó.

¡Ah, mi pelo de bigote de tigre! ¡Mi tesoro!... Empecé a llorar y a gritar, y ella me

abrazó por el cuello y se rio de mí:

—Vale, vale, no llores más —dijo—, deja que te abrace, y echa ahora una cabezada.

Yo forcejeaba en mis pensamientos por salir de sus brazos. ¡Mi pelo de tigre, mi pelo de tigre! Me puse a buscar encima del *kang* mi pelo de tigre. En mis adentros, la odiaba. ¡Tú has malogrado mi tesoro! ¡Lo has malogrado! Cogí la lamparita y lloraba, lanzaba insultos y buscaba mi pelo al mismo tiempo. Ella me miraba con cara de estúpida, movía la cabeza y suspiraba profundamente. Finalmente me dijo:

—No lo busques más, está aquí.

A mí me gustaron esas palabras y miré fuera. ¿Dónde estaba? ¿Dónde? Con el dedo pulgar y el dedo índice, mi mujer cogió el pelo y me puso en la mano un pelo dorado y torcido que correspondía, efectivamente, al pelo de los bigotes de un tigre. Me dijo:

—Mira esto con los ojos bien abiertos. Si lo vuelves a perder, no me culpes a mí.

Lo apreté con fuerza y, a pesar de que no producía ningún efecto, me lo quedé. Era un tesoro al fin y al cabo. Pero ¿por qué no funcionaba? Lo intentaré de nuevo. Clavé otra vez los ojos en mi mujer y pensé que esta vez, si funcionaba el pelo, mi mujer sería una serpiente y nada más que una serpiente. Pero mi mujer es mi mujer. En eso no había cambiado.

Mi *laopo* dijo:

—Mi buen tontorrón, la historia que te contó tu madre también me la contó mi madre a mí, y me dijo que ese pelo no tenía en realidad ningún poder. Bueno, funciona solo en momentos de tensión entre la gente... ¿No crees que nos vaya a traer problemas ese pelo si nos lo quedamos? Hay animales domésticos por todas partes, ¿tú quieres seguir vivo? Escúchame bien, esconde ese tesoro, anda. Y cuando surja algún momento de tensión con alguien, lo sacas. Ya verás como funcionará.

¿Lo que tú dices es verdad? ¿No me mientes?

Movió la cabeza y dijo:

—Tú eres mi querido marido, ¿cómo te iba a mentir, a ti?

Yo la creí. Busqué un pañuelo rojo y envolví el pelo del tigre. Lo até con una cuerda e hice un paquete dando no sé cuántas vueltas con la cuerda. Luego lo metí en un agujero en la pared y lo escondí para que nadie lo viera.

II

Mi *die* era muy severo y estricto. Mirabas aturdido cómo los servidores del *yamen* llevaban al gran *laoye* Qian. Tú, padre, no sabías que el gran *laoye* Qian también era muy severo y estricto, pero yo sí que lo sabía. El pequeño Kui, de los molinos de Guandong para hacer aceite, escupió sobre el palanquín del subprefecto; era ciertamente por eso que dos servidores del *yamen* lo llevaban encadenado. Medio mes después, el padre del pequeño Kui buscó a alguien que protegiese a su hijo. Vendió incluso dos *mu* de tierra para poder sacar a su hijo del agujero. El pequeño Kui arrastraba sus dos piernas, una más corta que la otra, y avanzaba por la calle. Las puntas de sus pies dejaban trazos blancos en la arena. Todo el mundo lo llamaba extranjero. Lo que iban dejando sus pies sobre la arena eran, por lo tanto, palabras extranjeras, otro lenguaje que nadie comprendía. Desde esa época, cuando le hablaban al pequeño Kui del gran *laoye* Qian, el pequeño Kui escupía inmediatamente su saliva espumosa. El pequeño Kui conocía bien cómo las gastaba el gran *laoye* Qian. Ahora, no digas que escupe el palanquín de Su Señoría Qian. Cuando ve el palanquín, el pequeño Kui sale corriendo. Padre, lo que usted está haciendo ahora va a tener un efecto catastrófico. Respecto a los otros temas..., yo no me entero de mucho. Pero en lo que respecta a los asuntos del gran *laoye* Qian, yo me entero y mucho, que quede claro. El *gandie* es imparcial e incorruptible aunque mi mujer sea su hija adoptiva. Si se ha atrevido a encerrar al miserable de mi suegro, ¿cómo no se va a atrever contigo, padre?

Yo veía el peligro, pero mi padre no prestaba ninguna atención a esas cosas. Mi *die*

no estaba hecho de *doufu*, sino de diamante. Mi *die* vio muchas caras en la capital y también vio rodar muchas cabezas, tantas que podrían llenar un barco. Mi *die* y el gran *laoye* Qian rivalizaban a mis ojos: era la lucha entre un dragón y un tigre. Nadie podía decir quién iba a salir victorioso de esa contienda. En los días de momentos de tensión, yo pienso en el pelo de los bigotes del tigre. No, en realidad, no olvidaba nunca mi pelo de tigre. Mi mujer me decía que era mi talismán, que me protegía y que llevarlo conmigo me evitaría muchas desgracias. Antes de meterme en la cama, me iba al agujero de la pared, sacaba el pañuelo rojo y desataba cada uno de los nudos. Ahí estaba el pelo dorado y torcido. Cogía mi tesoro con la mano y lo apretaba fuerte, y luego me acostaba con el pelo al lado. Sentía que se movía, parecía el aguijón de una abeja y me pinchaba.

Una serpiente blanca, gruesa, como el tubo de un desagüe, estaba delante del *kang*. Levanta la cabeza, amenazante, y escupe un dardo púrpura con dos puntas, se pone a hablar... ¡y tiene la voz de mi mujer!

—¡Xiaoja! ¿Qué piensas hacer?... —me dice.

¡Cielos, tú sabías que le tengo terror a las serpientes! ¡Y mi mujer era una serpiente! La verdadera naturaleza de mi mujer era, por supuesto, la de una serpiente. Y yo he compartido el mismo *kang* con ella durante muchos años sin saber que era una serpiente... ¡Ay! La serpiente blanca, pensé, sí, la serpiente blanca. Mi mujer andaba en esa época metida en grupos de teatro y se disfrazaba de serpiente blanca, pensé. Mi mujer era la serpiente blanca y yo, el pobre Xu Xian. ¿Y cómo es posible que no me haya chupado el cerebro? Mi mujer no era lo que se entiende exactamente por una serpiente *completa*. Nació con la cabeza de serpiente, eso es todo. De hecho, tenía brazos y piernas como cualquier ser humano. Tenía además dos tetas y el pelo largo. Todo esto me ponía los pelos de punta. Tiraba el pelo del tigre como si fuera una piedra caliente y empezaba a sudar a chorros.

Mi mujer se reía delante de mí, y porque había visto su verdadera naturaleza, esa risa y esa presencia me aterrorizaban. Había una serpiente blanca escondida en su cuerpo. Cuando se rompe, aparece la forma original de mi mujer. Además, ella tal vez sabía que yo lo había visto, por eso sonreía con esa sonrisa misteriosa y falsa.

—¿Lo has visto? ¿Sabes qué soy? —me preguntó, y me clavó como flechas sus ojos fríos, esos ojos bellos llenos de ira, esos ojos de serpiente...

Reí torpemente con el único fin de ocultar el miedo que me atenazaba. Mis labios estaban indispuestos y no podían articular una palabra. La piel de mi cara no admitía ningún otro gesto. Sin duda, todo ello debido a los gases que emite la boca de ese bicho. Le dije balbuciendo que no lo había visto..., que no había visto nada...

—Tú me has mentado —me dijo fríamente—, tú has visto algo...

El aliento que despedía su boca era gélido; era sin duda el aliento de una serpiente, y me lo lanzó a la cara.

—Te hablo con toda franqueza, ¿cuál es mi naturaleza original? —me preguntó esbozando una sonrisa grotesca.

Más que piel, tenía escamas como los peces, y estas brillaban en su cara. Yo no podía decirle la verdad. Si lo hacía, destruía a mi propia familia. Por lo general, yo era un lerdo, pero esta vez no. Yo no había visto nada, y eso era la verdad.

—No me mientas, Xiaojia, eres un niño que no sabe decir mentiras. Tú eres de los que enrojecen y se ponen a sudar cuando mienten. Rápido, dímelo, ¿soy un zorro? ¿Una gineta? ¿Una anguila?

Una anguila era la prima hermana de una serpiente. Mi mujer estaba cada vez más cerca de mí, me cubría... No, no podía decirle nada, salvo si ella lo decía en voz alta...; sería una estupidez si le decía que era una serpiente blanca... Si le decía que era una serpiente blanca, ella desvelaría inmediatamente su verdadera naturaleza y me zamparía con su gran boca. No, ella sabía que yo llevaba siempre un cuchillo y que al menor gesto, se lo clavaba en el cuello. Por eso ella tampoco se atrevía a decirme la verdad. Tenía la boca más afilada que el pico de un pájaro carpintero. Ella hizo un agujero en mi cráneo y luego entró para chuparme el cerebro. Después de chuparme el cerebro, me chupó la masa ósea y la sangre, y mi piel cambió... ¡Ah, estaba soñando! ... Vais a necesitar unos fórceps si queréis que abra la boca... Mi madre ya me lo dijo: mejor decir que uno no sabe nada, así los espíritus inmortales no te dominan. No había visto nada y lo que digo es cierto. A ella le cambió de repente la cara seria y se puso a reír a carcajadas, y la cara de serpiente fue a menos —la cara de mi mujer se volvió más humana—. Ella se puso recta y me dijo tras girar la cabeza y encararme:

—Coge tu tesoro y ve a ver cuál es la verdadera naturaleza de tu *die*, que ya tiene cuarenta y cuatro años... Creo sinceramente que es una víbora. —Ella volvió a mencionar una serpiente. Yo sabía que era una ladrona de almas; y sus acrobacias de prestidigitadora, ¿me satisfacían en realidad?

Yo metí el tesoro en la pared. Ahora me arrepiento de haberlo obtenido. Cuanto menos sepas en esta vida, mejor para ti. La ignorancia hace la felicidad. Sobre todo, no conocer la verdadera naturaleza de la gente. Eso acaba contigo. Yo vi la verdadera naturaleza de mi mujer, y he llegado a la conclusión de que la mujer perfecta no existe. Si no supiera que es una serpiente blanca, yo la abrazaría cada noche y le haría el amor, pero porque sé que lo es... ¿cómo podría abrazarla? Mejor no intentarlo con mi *die*... Las consecuencias podrían ser peores para mí...

Escondí el tesoro y me vine a la sala principal de la casa. Lo que veían mis ojos me había asustado y me hizo salir corriendo. Cielos, era una pantera negra sobre el asiento de madera de sándalo de mi *die*. La pantera me miraba, y sus ojos me resultaban familiares. Entonces supe que la pantera negra era la verdadera naturaleza de mi padre. La pantera abría la boca al máximo. Con sus largos y extravagantes bigotes, me dijo:

—Hijo, ¿ahora ya lo sabes? Tu *die* es el verdugo principal de la gran dinastía Qing y ha recibido los honores de la mano de la mismísima emperatriz. Nuestra familia posee un arte que no puede perderse.

Sentí que se me helaba el corazón y se me salía del cuerpo. Cielos, ¿qué estaba pasando? Cuando mi madre me contó la historia del pelo de los bigotes de tigre, me dijo que las gentes de Guandong no podían ver la verdadera naturaleza de la gente después de esconder el pelo. Mi padre no era un viejo caballo, ni mi madre un viejo perro. Yo había escondido el pelo y seguía viendo la verdadera naturaleza de mi *qindie*... ¿Por qué veía una pantera negra? Me han cambiado, quizá, los ojos, o es el pelo, que me ha infectado la mano y sigue teniendo efecto maligno... Mi mujer es una serpiente blanca, pero yo la quiero mucho; y mi padre-pantera, pues tendrá que morir algún día y no quiero quedarme solo...

Salí corriendo hacia la gran sala. Me lavé los ojos, las manos, y me metí en un barreño de agua fría. Me despejó y vi las cosas más claras. También metí el pelo en el agua fría para atenuar sus efectos. Cuando entré finalmente en la gran sala, vi que sobre el asiento de madera de sándalo seguía tan pancha la pantera negra, y era mi *die*. Sus ojos me miraron con desdén. En sus ojos había mucho desprecio. Sobre su cabeza peluda descansaba el gorrito rojo con sus borlas. Las grandes orejas de la pantera —unas orejas vigilantes y atentas— sobresalían con los pelos de los bigotes tiesos como agujas a los lados de la boca; y con su gran lengua se relamía el hocico. El animal ruge y abre la boca, y muestra sus fauces rosadas. La pantera va vestida con una larga y elegante bata y sus mangas de pezuña de caballo, de las cuales salen unas garras poderosas, incluso grotescas. Yo no sé si reír o llorar. Esas garras o manos... sujetan el collar de bolas de madera de sándalo.

Mi madre ya me lo había dicho: el tigre manosea las bolas del collar del Buda para hacer feliz al hombre, pero ¿qué sucede con una pantera negra?

Retrocedí lentamente y me dieron ganas de salir corriendo... Con una serpiente blanca como mujer y una pantera negra como padre..., ¡uno no puede vivir en esta casa! Como a uno de los dos le dé por dar rienda suelta a su verdadera naturaleza, aunque sepan quiénes son y me quieran, de aquí no salgo vivo. Estos me zampan vivo. Esos días me aterraron y todavía hoy me siguen produciendo pánico. Yo les sonreía como si no pasase nada, pero me ponían muy, pero que muy nervioso. En caso de dudas, mejor callarse. Era una pantera negra, a pesar de ser ya algo vieja, con esas patas encogidas sobre la silla del Gran Preceptor, unas patas llenas de resistencia. Si a la pantera le daba por saltar, con esas patas podía llegar muy lejos. Aunque tenía los dientes desgastados, estos eran largos y amenazantes. Si me mordían, me partía en dos. Si por casualidad me escapaba de la pantera negra usando mi fuerza de bebé, de la serpiente blanca que era mi mujer me sería, en cambio, imposible hacerlo. Menuda es mi mujer. Mi madre ya me lo había dicho: las serpientes hechizadas tienen siempre

algo de medio dragón, y son más rápidas que un buen caballo. Mi madre me dijo que había visto con sus propios ojos una serpiente larga como un brazo deslizándose por las malas hierbas del campo y persiguiendo a un cervatillo. La gacela saltaba y saltaba, y la serpiente iba igual de rápida que él. ¿Y qué pasó con la serpiente y el cervatillo? La serpiente sacaba medio cuerpo, asomaba, por entre la hierba, se colaba por los lados, y *uuuuuuuuuhhhhhhhh*, se movía tan rápida como el viento...; de repente, se alza y... ¡*paaff!*, ¡se zampa el cervatillo! Visto y no visto. ¿Mi mujer es así? ¿Es como la serpiente que se tragó al cervatillo? Cuando me pongo a correr, soy como un lebre, pero mi mujer es quizá como un dios que recorre el cielo encima de una nube...

—Xiaojia, ¿adónde quieres ir? —oí a mis espaldas. Era una voz contundente, ensordecedora.

Me giré y la vi: era la pantera negra. Mi *die* se había levantado del asiento de sándalo y había puesto sus patas delanteras encima de los reposabrazos, y las patas de atrás firmes sobre la superficie verdosa del suelo. La pantera, es decir, mi *die*, me miraba fijamente con unos ojos brillantes. Cielos, la pantera hizo un movimiento y saltó con brío hacia delante. Ya estaba en medio de la habitación. ¡Xiaojia, Xiaojia, no te pongas nervioso!, me repetía mil veces. Había que armarse de valor. Sonreír. Le dije a mi *die* que iba a entregar la carne de cerdo a esa cabeza de cerdo..., la carne de cerdo debía venderse fresca... Me miró y me dijo fríamente:

—Hijo mío, deberías cambiar de oficio. Lo de matar no lo vas a olvidar, pero matar cerdos no vale lo mismo que matar a gente. Créeme. Lo último sale más a cuenta.

Yo continué retrocediendo unos pasos y le dije, *die*, lo que dice es correcto. A partir de ahora ya no mataré cerdos, sino que aprenderé con usted a matar personas... Esta vez, la serpiente blanca alzó la cabeza; sobre la piel de su cuello se acumulaban las escamas plateadas y lustrosas. Uno se moría de miedo.

—Clo, clo... —Eso era como el cacaraqueo de una gallina, pero salía de la boca de mi mujer-serpiente; y oí que me decía—: Xiaojia, Xiaojia, ¿lo has visto claramente o no? ¿Cuál es la verdadera naturaleza de tu *die*? ¿Uno lobo? ¿Un tigre? ¿Una víbora?

Vi que las escamas de su cuello relucían poderosamente y se expandían por el cuerpo. Su chaqueta roja y sus pantalones verdes —que eran como la piel multicolor de una serpiente— desaparecían. El dardo rojo y negro que salía de su boca casi me dio de lleno. Tierra, trágame... ¡Mi madre! Di un salto hacia atrás. ¡*Ups!* A mis oídos llegó un sonido sordo. Veía estrellas y planetas delante de mis ojos, empecé a sacar espuma blanca por la boca... Mi mujer me dijo luego que había tenido un ataque de epilepsia o algo parecido. Pues yo me tiro un pedo con esas palabras. En mi vida he tenido un ataque de epilepsia y yo qué sé qué estupideces son esas... Ella me asustó, me hizo temblar y retroceder de nuevo. En el azoramiento de ese momento, me di de bruces con la puerta, mi cabeza se resintió, y en la puerta había un clavo, y el clavo

entró en mi cerebro. ¡Ay, cómo me duele! Perdí el conocimiento, no sé qué pasaba junto a mí...

Yo escuché algo lejano, muy lejano. Una mujer me gritaba:

—¡Xiaojia..., Xiaojia...!

No sabía si esa voz era de mi esposa o la de otra mujer. La cabeza me dolía tanto que pensaba que iba a morir. Intenté abrir los ojos, pero me fue imposible. Parecía que los tenía pegados con cola. No podía ver nada. Oí a incienso y a hierba descompuesta. También oí a intestinos de cerdo hirviendo. La verdad es que todo eso apestaba.

Ese grito me asustó:

—¡Xiaojia, ah, Xiaojia! —De repente, me entra un escalofrío, la cara se me hiela, y poco a poco me recupero.

Abrí bien los ojos. Vi en primer lugar mil colores flotando en el aire que se asemejaban a un arcoíris. Entonces vi la luz resplandeciente del sol, y era su cara, la gran cara empolvada de mi mujer, que parecía pegada a la mía. Oí que me decía:

—¡Xiaojia, me has dado un susto de muerte!

Sentí que sus manos estaban sudorosas. Esas manos embarradas me habían agarrado con fuerza y me levantaron del suelo. Con la cabeza un poco más lúcida, le pregunte dónde estaba, y ella me respondió:

—¿Pero dónde vas a estar, idiota? ¡Pues en casa!

Estaba en casa, fruncí las cejas con dolor. Pensé de repente que debía coger un cuchillo y levantarlo. Cielos, yo ya no quería ese pelo de los bigotes del tigre. No, no lo quería ver más... Y, *pimpam*, ¡lo tiré al fuego! Ella sonrió fríamente y se acercó de manera peligrosa a mi oreja.

—Grandísimo idiota, ¿creíste que eso era el pelo de los bigotes de un tigre? ¡De hecho es un pelo de mi cuerpo!

Sacudí la cabeza, me dolía en realidad. Me dolía mucho. No podía ser verdad, ¿cómo iba a tener un pelo así? ¿En su cuerpo?... Si era un pelo de su cuerpo, ¿cómo había podido ver su verdadera naturaleza y la de mi *die*?

Curiosa, me preguntó:

—Si lo has visto, ¿qué soy entonces?

Yo había visto que era una serpiente larga y sinuosa; vi sus brazos y sus piernas; vi a mi *die* sentado en la silla imperial como un perro. Todo ello era como soñar y despertar de un sueño. Quizá había soñado. Soñé que eras una serpiente y que mi padre era una pantera negra.

—Quizá soy una serpiente y no estás equivocado —me dijo con una sonrisa grotesca—. Sí, ¡soy una serpiente! —Su cara se alargó y los ojos se le pusieron verdes—. ¡Yo soy una serpiente! —repitió—. Quiero entrar en tu estómago —dijo, enrabiada.

Su cara era cada vez más larga y sus ojos cada vez más verdes. Las escamas del cuello aparecían y brillaban con fuerza. Cierro los ojos y le digo que no, que no es una serpiente, ¡es un ser humano!

III

Fue en aquella época cuando la puerta de la entrada principal de la casa fue abierta con violencia.

Sí, la puerta de la entrada principal de mi casa fue abierta por los dos servidores del *yamen* que venían a buscar a mi padre. Esos dos guardianes se habían convertido de forma inesperada en dos lobos grises a los que habían puesto un gorro. Sus manos estaban sujetando el sable que colgaba de la cintura. Los dos se plantaron en la puerta, como dos estatuas. Yo estaba paralizado de miedo y cerré los ojos herméticamente para no ver lo que pasaba. Creía que estaba soñando todo eso. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que esos dos tenían la misma cara que los que van por la calle. Pero sus manos tenían algo de anormal: eran demasiado grandes, grises y peludas, y unos dedos largos y curvados como garfios. Me dolió saberlo. El de esas manos grises era un pelo todavía más grueso y duro que el de mi mujer o el de los bigotes de tigre. Si aprietas con fuerza ese pelo de tigre, los efectos encantadores que tiene son inmediatos. Pero con el pelo de mi mujer no sucedía lo mismo. No necesitabas apretarlo fuerte, con solo tocarlo ya te impregnabas de ese poder mágico. Era increíble; te envolvía de inmediato. Ya podías guardarlo o tirarlo, olvidarlo o recordarlo, el pelo de mi mujer seguía teniendo un efecto poderosísimo sobre ti.

Después de que los dos lobos-guardianes del *yamen* golpearan la puerta de la entrada de mi casa y se situasen ahí delante como estatuas, un palanquín llevado por hombres hizo su aparición en la avenida empedrada, que era la calle principal. Me fijé que la verdadera naturaleza de los que llevaban ese palanquín correspondía a la de los

burros. Orejas largas, aunque escondidas bajo esos gorros que son como tubos, los cuales suavizaban las formas grotescas de los orejones de esos burros. Sujetaban el palanquín con sus pezuñas delanteras, desprendían espuma blanca por la boca y resoplaban: *urf, urf, urf...* Parecía que estaban corriendo; eran pezuñas que calzaban botas cubiertas de polvo. Ahí estaba el consejero privado [73](#) de los asuntos judiciales, de apellido Diao, al que llamaban el ordenanza [74](#) Diao. La verdadera naturaleza de ese ordenanza era la de un erizo con la boca alargada en forma de trompetilla cuyas garras rojas abrían las cortinillas del palanquín. Me di cuenta de que ese palanquín pertenecía al gran *laoye* Qian —el mismo palanquín que había recibido el escupitajo del pequeño Kui y que provocó el desastre—. Yo lo sabía. El que iba a salir del agujero de ese palanquín era el gran *laoye* Qian Ding, el subprefecto de Gaomi, y era el *gandie* de mi mujer, su padre adoptivo. Y el *gandie* de mi mujer era, por lo tanto, mi *gandie*. Yo pensaba ir a visitarle con mi mujer, pero mi mujer se oponía categóricamente. Yo era consciente de que los favores que nos hacía el gran *laoye* Qian no eran pocos. Nos libró, por ejemplo, de pagar impuestos durante muchos años. Pero no hubiera debido partirle las piernas al pequeño Kui —era uno de mis mejores amigos—. El pequeño Kui decía que Xiaojia era un lerdo. El gran *laoye* Qian te ha ofrecido un gorro verde [75](#), ¿por qué no te lo pones?, me decía. Volví a casa y le pregunté a mi mujer: *laopo, laopo*, el pequeño Kui me ha dicho que el gran *laoye* Qian me ha ofrecido un gorro verde... ¿Es verdad? ¿Qué es eso? ¿Por qué no me lo enseñas? Ella me habló mal:

—Tontorrón, ese pequeño Kui es una mala persona —me dijo—. No te dejo que vayas a verlo de nuevo. Si lo haces, no te dejaré que me abras por las noches.

Al cabo de tres días, el pequeño Kui ya estaba en el calabozo del *yamen* para que le partiesen las piernas; sí, cierto, por un escupitajo le iban a partir las piernas. Su Señoría el gran Qian volvió a mostrar los dientes. Hoy has venido a visitarnos, gran Qian, es por ello que quiero saber qué animal doméstico eres en realidad.

Cuando le vi salir del palanquín, lo supe de inmediato. Esa planta como un sauce, esa blancura..., la verdadera naturaleza del subprefecto Qian correspondía a la de un tigre blanco. Cielos, el gran *laoye* Qian era un tigre blanco..., un tigre blanco se ha reencarnado en un subprefecto... Todos los altos funcionarios son, por lo tanto, tigres blancos. Esos llevaban el gorrito con la piedrecita redonda y azul en la punta, como en el gorro de los oficiales imperiales de la dinastía Qing, y vestían sus largos abrigo-bata rojos. En el pecho llevaban bordados los búhos; y decían: un pollo no es un pollo, un pato no es un pato. El gran *laoye* Qian era más alto y robusto que mi *die*. Al fin y al cabo, Su Señoría Qian era un tigre, y mi *die* una pantera negra; el primero tenía la tez blanca, y el segundo negra. Nada más bajar del palanquín el gran *laoye* Qian se dirigió a la entrada de mi casa. Enfiló la calle y dio varios pasos. Los erizos iban delante protegiendo al subprefecto del viento y entraron corriendo en la habitación de

la casa. Una vez dentro, anunciaron: «Su Señoría el subprefecto ha llegado».

El tigre y yo nos vimos de frente. Apreté los dientes con fuerza, los mostré y cerré los ojos. Oí que me decía:

—Tú eres Zhao Xiaojia, ¿no es cierto?

Yo me doblé como una gamba y enseguida le contesté que sí que lo era; era el pequeño Zhao Xiaojia. Doblado como estaba, pude ver la cola del tigre por debajo del abrigo que cubría su cuerpo. Iba arrastrándola, y con ella, el barro que se había formado en la calle. Era el único rastro de tigre que se le veía. Pensé algo apesadumbrado: tigre, en el barro que hay en la habitación de mi casa hay mucha sangre de cerdo y mierda de perro. Vas a atraer a las moscas. Mis pensamientos no se acabaron ahí. Las moscas recorrían las paredes y zumbaban: ¡huuuuzz! Esas moscas no solo iban a parar a la cola del gran *laoye* Qian, sino que iban a posarse sobre su elegante gorro, su pantalón y su camisa. El gran *laoye* Qian me dijo con buenos modales:

—Xiaojia, entra y di que el subprefecto ha llegado.

Dije:

—Por favor, Vuestra Señoría puede entrar por su propio pie; mi padre empieza a impacientarse...

El consejero privado mostró su verdadera naturaleza de erizo, como no podía ser de otra manera, y me dijo entornando los ojos:

—¿Cómo te atreves a hablar así a Su Señoría, Xiaojia? ¿Es que no has oído la orden de Vuestra Señoría? Rápido, entra y anúnciaselo a tu *die*.

El gran *laoye* Qian alzó una de sus manos para indicar al ordenanza que no siguiese con esa arenga. Se curvó y entró en la sala principal de mi casa. La cola le arrastraba detrás, y yo, también. Pensé en la escena que iba a seguir: un tigre y una pantera negra frente a frente. Esperaba ver a dos enemigos que se odiaban ferozmente el uno al otro. Esperaba una pelea como dos gallitos: *quiquiriquí*..., los pelos del cuello erizados, los ojos verdes, y enseñando los dientes blancos... El tigre blanco mira a la pantera negra, la pantera negra mira al tigre blanco; la pantera da una vuelta en torno al tigre blanco, el tigre blanco da una vuelta en torno a la pantera negra..., ninguno de los dos quiere mostrar una debilidad. Mi madre ya lo dijo: cuando las bestias se ven la una frente a la otra, lo primero que hacen es mostrar todo su poderío con sus bigotes, su boca, sus dientes... Hay que mostrar al otro que uno es más fuerte y poderoso. Si uno de ellos tiene miedo, mira al suelo, baja las orejas y mete el rabo entre las piernas. El que sale victorioso apenas le da al otro un par de mordiscos al tuntún y luego lo deja ahí tirado. Pero lo más probable es que ninguna de las dos partes se dé por vencida, ni muestre su inferioridad. La lucha es, entonces, a cara descubierta, a vida o muerte; es un espectáculo que puede verse. ¿Y cómo no? Yo quería por encima de todo ver ese tipo de enfrentamientos entre mi *die* y el gran *laoye*

Qian. Yo ya los veía, el uno mirando al otro, sin pestañear, dando vueltas, y más vueltas, y entretanto más caras llenas de odio... Mi *die* hecho una humareda negra, el gran *laoye* Qian, una humareda blanca... Desde la sala principal hasta el patio, desde el patio hasta la calle... De un lado a otro. Mis ojos hacen chiribitas, mi cabeza da vueltas... Los dos animales girando como una peonza... En lo negro se cuele lo blanco, los dos se mezclan, como en un huevo batido... En lo blanco se cuele lo negro. Parecen una cuerda. De la parte oriental del patio hasta la parte occidental, los dos liados como un ovillo. Y del sur al norte. Por unos momentos dentro de la casa, por otros en el pozo, y de repente, un gemido: ¡ay!, el grito en la montaña, un tsunami, la cópula de los conejos, finalmente, el Cielo tiene la última palabra. Lo he visto: un tigre blanco y una pantera negra a una distancia de medio *zhang* el uno respecto al otro. Como perros que se sientan a descansar, esos dos tenían la lengua fuera lamiéndose las heridas. La gran pelea entre la pantera y el tigre me hacía perder la cabeza. Me entusiasmaba, en una palabra. Pero también me aterraba. Me llenaba de sudor de los pies a la cabeza. No se sabía aún el resultado de esa refriega. ¿Quién iba a salir victorioso? Cuando se muerdan, yo ayudaré a la pantera negra, que es mi *die*.

El gran *laoye* Qian miró de forma amenazadora a mi *die*. En la cara del subprefecto se dibujó una sonrisa desdeñosa. En la cara de mi *die* también se dibujó una sonrisa desdeñosa. La mirada de mi *die* estaba llena de odio. Mi padre se pasa por el forro que Qian Ding sea el subprefecto de Gaomi y que haya molido a palos al pequeño Kui. Mi padre es una verdadera pantera, un verdadero mulo y un verdadero buey. Todo en uno. Sus miradas se cruzaron como dos espadas que chocan: *chischás*. ¡El planeta Marte que salta en pedazos! ¡Bum!... —explotó en mi cara y produjo quemaduras en mi cara—. Sus miradas parecían haberse pegado; nadie se atrevía a retirarla por miedo a dar una señal de debilidad. Mi corazón sube a la garganta. Si hubiera tenido la boca abierta, me habría salido por la boca y una vez en el suelo se habría convertido en una liebre y arrastrando la cola habría dejado el patio más pronto que canta un gallo hasta llegar a la calle. Una vez en la calle, iría pitando hacia la pradería que aparece en el sur de la ciudad. Oh, qué hierba más buena, blanda, aromatizada... Y me pondría ciego de hierba y engordaría. La liebre volvería de nuevo a mi cuerpo, pero una vez ahí dentro no cabría ya de lo gorda que se habría puesto. Vi los músculos muy tensos del *die* y del subprefecto. Esos músculos se escondían en las cavidades de las patas y en las garras. Estaban ahí metidos, tensos y dispuestos a ponerse en funcionamiento de un momento a otro. Se concentran, se amasan, forman un huevo... Y justo en ese momento crítico (como el que hacía funcionar el pelo de tigre) va y aparece mi mujer de la habitación y huele a incienso. La sonrisa de su cara era como una flor abierta, sí, cada pétalo, cada hoja... abiertos en su rostro. Ah, y su cintura, torciéndose, retorciéndose, como una cuerda... Su verdadera naturaleza me provocaba chiribitas en los ojos y se ocultaba luego bajo su piel blanca, perfumada, tierna y dulce. Mi

mujer se arrodilló en el suelo según los ritos. Y con una voz más dulce que la miel y más agriada que el vinagre, dijo:

—Sun Meiniang, hija del pueblo, se arrodilla y se inclina [76](#) ante Su Señoría el subprefecto Qian ya que ha solicitado verlo.

Mi mujer estaba arrodillada. Esa postura debía disipar el berrinche del gran *laoye* Qian, el cual desvió la mirada y tosió como una cabra en una montaña. ¡*Cof, cof, cof!* ¡*Cof, cof, cof!* ¡*Cof, cof, cof, cof, cof, cof, cof, cof!*...; era, por supuesto, una tos fingida. Yo podía ser un idiota, pero me di cuenta de eso. El gran *laoye* Qian se fijó entonces en la cara de mi mujer pero no se atrevía a mirarla fijamente, ni mucho tiempo. Sus ojos iban de un lado a otro, como una libélula, hasta..., ¡*paff!*, clavarlos en la pared. Su cara daba pena: estaba chupada y tensa. Vete a saber si era por timidez o por miedo. El subprefecto ya no podía seguir callado y soltó:

—Levántate, levántate, y ponte recta.

Mi *laopo* se puso de pie y dijo:

—He oído decir que el gran *laoye* ha metido a mi padre en el calabozo y ha obedecido así a lo que los extranjeros desean. Para felicitarle por esta acción, le traigo a Su Señoría vino de Shaoxing [77](#) y carne de perro.

El gran *laoye* Qian sonrió y emitió algunos sonidos. Preguntó al cabo de una eternidad:

—En tanto que oficial, recibo un sueldo del gobierno imperial para ejecutar sus órdenes. ¿Por qué no iba a cumplir con mis responsabilidades?

Mi mujer se puso a reír como una loca y sin ningún escrúpulo le agarró la barba al gran *laoye* Qian. Luego le agarró la coleta gruesa y se la acarició. ¿Por qué mi madre no me dejó que me creciera una coleta así? Como una fugitiva, se puso detrás del asiento imperial, el de madera de sándalo, y cogió la coleta de mi *die*, lo cual era a todas luces de muy mal gusto.

Mi mujer dijo:

—Vosotros dos. Uno es mi *gandie*, mi padre adoptivo, el otro mi *gongdie*, mi suegro. El *gandie* ha apresado a mi *qindie*, mi padre natural, y le ha pedido a mi *gongdie* que ejecute a mi *qindie*. Mi *gandie*, mi *gongdie*, la vida de mi padre está en vuestras manos.

Mi mujer, al acabar de decir esas palabras insensatas, salió corriendo hacia la pared y vomitó entre sollozos. Mi mujer me dio al mismo tiempo pena y vergüenza. Me acerqué a ella y le di unos golpecitos en la espalda. Le dije unas palabras y le pregunté si era esa gente quien la había puesto enferma. La levanté y le sequé las lágrimas. Indignada, me dijo:

—¿Y tú qué crees, tontorrón? La *laoniang* va a dar a vuestra familia un descendiente... ¡Estoy embarazada y este hijo es ilegítimo!

Mi mujer me habló mal y sus ojos se clavaron en el gran *laoye* Qian.

Mi *die*, en cambio, miró el techo. Quizá estaba buscando alguna lagartija que se había colado entre las rendijas. El culo del gran *laoye* Qian no paraba de moverse. El subprefecto parecía que se estaba cagando y ya no podía aguantarse más, igual que un niño. Vi cómo le caía el sudor por la frente. El ordenanza Diao se adelantó, se inclinó y dijo:

—Vuestra Señoría, primero los asuntos públicos. Su Excelencia Yuan espera en el tribunal [78](#) su respuesta.

El gran *laoye* Qian se remangó y se secó el sudor de la cara. Puso en orden los pelos de la barba que mi mujer le había alborotado y volvió a toser como una cabra. La cara se le había puesto verde y fue incapaz de saludar a mi *die* aunque pudo decir:

—Si el humilde funcionario no se ha equivocado, usted es el célebre e importante Zhao Jia, la que es conocida como la abuela Zhao Jia.

Mi *die* sujetaba con sus manos el collar de las bolas de madera de sándalo de Buda y con arrogancia respondió:

—Soy Zhao Jia, el pequeño hijo del pueblo, el que ahora tiene en sus manos este collar de Buda que le ofreció Su Majestad la emperatriz regente, y le pido al alto oficial, el padre y la madre [79](#) de nuestro pueblo, es decir, el magistrado local, que le excuse si él no se arrodilla ante este objeto.

Cuando dejó de hablar, mi *die* levantó en todo lo alto el collar, que parecía ser más pesado que una cadena de metal. Mi *die* parecía estar esperando algo.

El gran *laoye* Qian retrocedió un paso, juntó los talones, se subió las mangas de pezuña de caballo, se agachó, se arrodilló y golpeó el suelo con la frente. Y llorando, dijo:

—El subprefecto de Gaomi, Qian Ding, presenta sus respetos a Su Majestad la emperatriz regente y le desea larga vida. —El *laoye* Qian se levantó al decir esas palabras y añadió—: Este humilde funcionario no se habría presentado ante la abuela Yu si no se lo hubiese pedido el gobernador provincial de Shandong, el *daren* Yuan.

Mi *die* no comprendía lo que había dicho el gran *laoye* Qian. Sus dos manos no soltaban el collar de Buda y sus ojos no perdían de vista el lagarto que se había colado por el techo.

—Su Excelencia el gran *laoye*, este hijo del pueblo, pone su culo sobre este asiento imperial hecho de madera de sándalo. Fue Su Majestad Imperial quien se lo regaló. Según el protocolo imperial, estar ante un objeto de estas características es como estar ante el emperador mismo.

La cara del gran *laoye* Qian se descompuso. Se volvió más roja que la madera de sándalo. Parecía llena de rabia, como si se estuviera conteniendo. Me di cuenta de que mi *die* había puesto al gran *laoye* en una situación imposible. Este último habría salido corriendo si hubiera podido. La tierra y el cielo, lo masculino y lo femenino, el pueblo y los oficiales que lo gobiernan... Todo eso se había confundido en esos

momentos. Era terrible lo que estaba pasando en mi casa. Mi *die*, ¿le iba a obligar al subprefecto Qian a que se arrodillara otra vez? Mi querido *die*, las cosas hay que pensarlas antes de hacerlas. Mi madre decía siempre: el emperador es el que más manda, pero está cerca del Cielo y lejos del pueblo; el magistrado de una subprefectura manda poco, pero está cerca del pueblo y se le puede ver. No hay que buscarle las cosquillas al diablo porque las consecuencias pueden ser terribles... Ya le conté a mi *die* lo que el subprefecto le hizo a mi buen amigo el pequeño Kui. Lo encerró y le partió las piernas por una tontería.

El gran *laoye* Qian puso esos ojos que tenía como perlas en otra parte y le preguntó fríamente a mi *die*:

—En esta silla, ¿cuándo y dónde se sentó el emperador?

Mi *die* le repuso:

—Fue el decimoctavo día de la duodécima luna del ciclo anual Jihai [80](#), en las habitaciones interiores del Palacio de Renshou [81](#). Su Majestad la emperatriz oyó hablar de mis proezas en la boca del gran jefe de los eunucos Li. Su Majestad la emperatriz quiso conocer personalmente a este hijo del pueblo que soy yo. Fue entonces cuando me recibió en audiencia y me dio este collar de bolas de madera de sándalo para que dejara el sable y tomara el camino iluminado de Buda. Su Majestad la emperatriz quería recompensarme con algo, pero no tenía nada para darme. Así que me propuso esta silla. Si no me parecía demasiado pesada y me gustaba, me dijo, podía llevármela.

Una sonrisa fría y sarcástica asomó de la cara ensombrecida del gran *laoye* Qian:

—Este humilde funcionario que le habla tiene poco talento y menos inteligencia, es ignorante y está además mal informado. Pero ha leído muchos libros canónicos, chinos y extranjeros, antiguos y modernos. No ha habido nunca ningún emperador que haya dado su silla a nadie, y menos a un verdugo. Abuela Zhao, ¿me está mintiendo o quiere romperme los nervios? ¿No cree usted que está tensando la cuerda demasiado? ¿Y por qué no decir que el emperador os ha recompensado con el inmenso imperio de la dinastía Qing, con una antigüedad de más de trescientos años y que cubre más de diez mil *lées* con sus montañas y sus ríos? Usted ha trabajado muchos años en el Ministerio de Justicia como verdugo. Debería saber cuáles son las reglas que rigen la vida en este país. Este humilde funcionario que le haba solo quiere hacerle una consulta: mentir utilizando la figura del emperador es susceptible de una pena. Es decir, afirmar que algo pertenece al emperador y beneficiarse de ello cuando no lo es, ¿qué tipo de pena se aplica? ¿Es el *lingchi* y se le despedaza vivo, o se le parte por la mitad en las tablas? ¿Se aniquila la familia entera o el clan del condenado?

Mi querido *die*, así, de buena mañana, ¿por qué debe aguantar la arrogancia de ese hombre? ¿No cree que todo esto va a atraer la mala fortuna a nuestra casa? Me dieron

tanto miedo las palabras del subprefecto que pensé que yo iba a desfallecer. Me arrodillé y le dije al gran *laoye* Qian que mi padre merecía, efectivamente, ser despedazado como la carne de un perro. Incluso eso no sería suficiente para castigar su descaro. Pero ni yo ni mi mujer le hemos provocado. Le ruego se apiade de nosotros. Si aniquila a mi familia o a mi clan, ¿quién le va a enviar la carne y el vino? Mi mujer acaba de decir que está embarazada. Espere a que nazca mi hijo antes de destruir a mi familia, ¿le parece bien?

El ordenanza Diao me acusó directamente:

—Zhao Xiaojia, no te enteras de nada. Cuando se aniquila una familia, no se deja nada detrás. Se elimina hasta la raíz. ¿Crees que vamos a hacer una excepción contigo?

Mi *die* se puso delante de mí y me dio una patada.

—Enrolla los bártulos y lárgate, así no vas a llegar muy lejos —me dijo—. Para cosas sin importancia sacas tu piedad filial, pero cuando la cosa se pone fea, eres un inútil.

Cuando acabó de abroncarme, mi *die* se giró y le dijo al gran *laoye* Qian:

—Su Señoría el subprefecto Qian, ya que duda de mi palabra, ¿por qué no va directamente al palacio y se lo pregunta a Su Majestad la emperatriz? Si el viaje le resulta largo y enojoso, ¿por qué no se lo pregunta a Su Excelencia Yuan Shikai? Ahí le dirán el origen de esta silla.

Las palabras de mi *die* eran como algodones llenos de agujas. Al gran *laoye* Qian le intimidaban enormemente. El subprefecto cerró los ojos y suspiró, los abrió y dijo:

—Vale, vale... El humilde funcionario que le habla tiene unos conocimientos muy limitados que hacen sin duda reír a la abuela Zhao.

El gran *laoye* Qian sacó las manos en las mangas de pezuña de caballo y saludó a mi padre. Luego volvió a remangarse las mangas. Hizo un movimiento con los brazos y se sacudió secamente las manos. Se arrodilló ante el asiento imperial, golpeó el suelo con la frente y emitió algo parecido a un rugido de león:

—El subprefecto de Gaomi, Qian Ding, presenta sus respetos al emperador y le desea diez mil años de vida. —El gran *laoye* Qian se puso de pie y dijo sonriendo—: Abuela Zhao, ¿no poseerá usted otros tesoros imperiales? Este humilde funcionario se ha arrodillado dos veces. Si desea que se arrodille más veces...

—Gran *laoye*, no culpe a este hijo del pueblo —sonrió el *die*—, estas son las reglas del protocolo.

—Puesto que no tiene más tesoros, le ruego a la abuela Zhao que me acompañe al *yamen* de la subprefectura de Gaomi, en donde nos esperan respetuosamente Su Excelencia Yuan y el gobernador Rosendahl —le rogó el *laoye* Qian.

—Antes le pediría a Su Señoría que ordene a dos hombres que lleven este asiento en presencia de Su Excelencia Yuan para que disipe sus dudas al respecto.

El gran *laoye* Qian dudó por unos momentos y dijo poco más tarde:

—De acuerdo, que vengan dos hombres.

Vinieron dos servidores del *yamen* que en otra vida habían sido lobos y se llevaron la silla imperial, la silla-dragón. Así salieron todos por el portal de mi casa. Mi mujer se quedó en el patio, lloriqueando y vomitando junto al muro.

—¡*Qindie*, ah...! ¡No te me mueras ahora! Tu hija ya te tiene preparada la descendencia...

Lo vi con mis propios ojos: la cara del gran *laoye* Qian se puso rojísima por momentos, y por otros, blanquísima. No podía quedarse quieto. La cara de mi padre, en cambio, estaba serena y reflejaba arrogancia y satisfacción. El gran *laoye* Qian y mi padre iban juntos delante del palanquín, pero ninguno de los dos perdió la cortesía. Los dos marchaban codo con codo, como oficiales del mismo rango o como dos amigos. Por último, ninguno de ellos subió al palanquín. Los dos servidores intentaron meter la silla-dragón en el palanquín, pero esta no cabía. Solo cabía entre las varas del palanquín, y ahí la pusieron. Mi *die* entró y puso el collar de Buda dentro del habitáculo, la cortinilla cayó y ya no se vio el collar, ni su sacralidad, ni nada, a decir verdad. A mi padre se le quedaron las manos vacías, y orgulloso de sí, miró al gran *laoye* Qian, el cual le sonrió a su vez. Pero fue una sonrisa extraña. El *laoye* levantó seguidamente la mano y, ¡*plaf!*..., le dio un bofetón en toda la cara a mi *die*, como cuando la rueda de un carro aplasta un sapo en medio de la calle. Mi *die* no se lo esperaba y se tambaleó en medio de la calle. Apenas se había recuperado cuando el gran *laoye* Qian le dio otra bofetada en la cara. Esta segunda bofetada fue todavía más contundente que la primera y mi *die* cayó al suelo, atontado. Mi padre había perdido el conocimiento y no sabía lo que le estaba pasando. Se quedó sentado en el suelo, moviendo la cabeza, escupiendo sangre y dientes. El gran *laoye* Qian dijo entonces: «¡Vamos!».

Los portadores levantaron el palanquín y empezaron a correr. Más que correr, volaban. Los dos servidores levantaron a mi padre en brazos. Lo llevaban como a un perro muerto. El gran *laoye* Qian saca pecho, levanta la cabeza y tira hacia delante, orgulloso; parecía un gallo que acababa de montar a varias gallinas. Pero en ese traqueteo, mi padre casi se da de morros con el suelo y se pone a cuatro patas y se mezcla con la casa de los perros; pero afortunadamente, el ordenanza Diao estaba ahí para sujetarlo. El gorro, en cambio, sí que cayó. Enseguida lo recogieron, el gran *laoye* Qian se lo puso, primero del revés, luego del derecho... El gran *laoye* Qian siguió el palanquín, el ordenanza Diao siguió al gran *laoye* Qian. Los dos servidores cogieron a mi padre del suelo y lo arrastraron junto con el palanquín. Ahí estaban todos: el ordenanza Diao detrás del gran *laoye* Qian, los servidores del *yamen* arrastrando a mi *die* detrás del ordenanza, y detrás de mi *die*, una banda de niños feroces persiguiendo las piernas de mi pobre padre, una docena de individuos

renqueando dispuestos a acompañar la comitiva hasta el *yamen* de la subprefectura de Gaomi.

Mis ojos se habían llenado de lágrimas. Me arrepentí de no haberle parado los pies al gran *laoye* Qian. Pero mi *die* ya me lo había dicho, cuando las cosas van bien, siempre asoma mi piedad filial, pero cuando las cosas se ponen feas... se me va. Yo debí golpearle las piernas con un palo o clavarle un sable en el vientre a ese maldito subprefecto... Pues a lo dicho, hecho. Cojo el sable, salgo del patio, me dirijo a la calle principal para alcanzar el palanquín y acabar con el subprefecto, pero la curiosidad me puede. Una manada de moscas me envuelve. Estaba justo en el lugar donde mi padre había vomitado la sangre y los dientes. Sí, había en el suelo un par de molares posteriores. Como dije, la curiosidad me podía. Me quedé ahí parado jugueteando con el sable y los dientes. Sentí que mi corazón se entristecía y solté un par de lágrimas. Me recuperé y escupí a sus espaldas: «¡Me cago en la madre que os parió a todos vosotros! —grité en voz alta, y poco después, en voz baja, dije—: Y sobre todo en la tuya, Qian Ding».

Capítulo cuarto

Qian Ding habla con mucho odio

El subprefecto de Gaomi, en la Sala de las Flores del Oeste, piensa, ebrio, en el bello rostro de Meiniang (ebrio en el cuerpo, pero no en el corazón). Sus ojos son como olas de otoño, sus dientes blancos y sus labios rojos iluminan sus ojos. Un aria de la ópera de Maoqiang me conmueve: el vino amarillo, la carne de perro, sentimientos que no tienen fin. Dicen que el general se lamenta de su relación con la bella, ya que su falda de granada hace arrodillarse a los héroes. Nosotros somos como peces en el agua, como el pájaro luan [82](#) y el ave fénix. En la Gran Sala se consume nuestro amor (¡maltratemos a nuestros ancestros!). Lástima que el sueño no haya durado y que en el distrito de Dongbei haya estallado la guerra. El viejo Sun Bing la ha liado, y ahora lidera al pueblo, el que antaño tenía una bella barba. Yo he sido durante este tiempo el subprefecto y magistrado de Gaomi, y él se ha ido de la lengua. Por eso recibió su castigo cuando yo puse el sello rojo con mi firma sobre su sentencia: Sun Bing fue encerrado en las mazmorras del yamen y recibió sus palazos en el culo. Luego vino la contienda de las barbas, a la vista de todos, y ahí creció mi reputación, y ahí vi a Meiniang, más bella que un anillo de jade. Pero Meiniang era la hija de Sun Bing. Por lo tanto, a Sun Bing y a mí nos une un lazo familiar... Pero el corazón de los diablos alemanes está lleno de odio, y ellos quieren torturarle cruelmente. Y el verdugo es, ni más ni menos, que Zhao Jia, el suegro (el gongdie) de Meiniang...

Del aria *La ebriedad* [83](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Señora [84](#), se lo ruego, siéntese. ¿Por qué hacer con sus propias manos esa tarea ruda de servir el vino y las viandas? Os lo he dicho mil veces, pero no ha servido de nada. Usted ha hecho siempre oídos sordos a mis palabras. Se lo ruego, siéntese señora, los dos, como marido y mujer, para que hoy nos divirtamos y brindemos juntos, hasta emborracharnos, y luego ya descansaremos. No debes temer los efectos del vino y las palabras que se dicen después de beberlo. La vía que tomamos es profunda, hay un patio separado pero ancho y unas habitaciones privadas donde se puede hablar a corazón abierto. Incluso si nos encontrásemos en un salón de té o en una cantina muy frecuentada, o en un lugar público, los dos deberíamos hablarnos con franqueza y sacar todo lo que llevamos dentro. Señora, usted descende de un ministro de la dinastía Qing. Usted creció en una familia que llevaba una vida extravagante. Su abuelo materno fue Zeng Guofan, quien se sirvió de sus muchos talentos de tigre avisado, dedicación exclusiva, lealtad a su patria y mucha imaginación para sacar al gobierno de la situación crítica en la que se encontraba y dejarlo intacto de las olas de locura que lo amenazaban constantemente. Su integridad fue como la montaña Dizhu ante las aguas embravecidas del río amarillo. Sin la intervención de la familia Zeng, la dinastía Qing habría desaparecido. No habría llegado nunca a nuestros días. Venga, señora, brindemos juntos. No crea que estoy ebrio, no lo estoy, pero he pensado estarlo tantas veces que..., pero la ebriedad solo alcanza mi cuerpo, no mi alma. Señora, no se lo ocultaré; de hecho, no puedo ocultárselo. La gran dinastía Qing ya no tiene aire, está llegando a su fin. Su Majestad la emperatriz regenta ha usurpado el

poder y el emperador no es más que una marioneta en sus manos, el gallo incubaba los huevos y la gallina anuncia el alba, el yin y el yang se confunden, ya nadie sabe lo que es blanco o negro, la voluntad de los mequetrefes se impone, el método de los seres maléficos circula por todas partes. ¿Cómo no va a desaparecer un gobierno así? Sería extraño, ¿no? Señora, permítame hablar sin tapujos. Si no lo hago, me muero aquí mismo. ¡Ah, la gran dinastía Qing!..., ese edificio al que le tiemblan los cimientos... Si esta es tu suerte, húndete ya, lo más rápidamente posible. ¡Ya! Pero estas medias tintas, ni vivo ni muerto, ni yin ni yang, me sacan de quicio. Señora, no me cierre la boca, no me robe el vino. Deje que beba y suelte la lengua. ¡Que le diga lo que tengo que decir! Y usted, la muy honorable emperatriz, y usted, Su Majestad el gran emperador, el que ha producido todos los cambios en nuestra sociedad, el que camina sobre la vía que abre el Cielo, el honor del emperador, ¡ah... sus Majestades reciben en audiencia a un verdugo! ¿Qué es un verdugo? ¡Pues es la escoria del género humano, alguien que no entra en ninguna categoría social, ni siquiera en las más bajas! Nosotros somos ministros, servidores del estado, nos levantamos antes del alba y nos acostamos ya entrada la noche, somos diligentes y siempre estamos trabajando, pero para nosotros, verle los bigotes al emperador es como lo de la piedra de Nüwa que se deshace en el Cielo [85](#). Increíble. Y esa cosa que no vale la vida de un perro o un cerdo ha obtenido una audiencia de Su Majestad Imperial. Su Majestad la emperatriz le ha dado el collar con las bolas de madera de sándalo y el emperador una silla imperial. ¡Lo único que le faltó obtener es un título nobiliario para él y su familia! Señora, su abuelo materno Zeng Guofan ha liderado operaciones militares, ha organizado los tres ejércitos, ha atacado el sur y ha luchado en el norte, y ha logrado grandes victorias. Su Majestad no le ha dado, sin embargo, su silla imperial, ni lo ha recibido en audiencia en el palacio para felicitarlo por sus proezas. ¿No es verdad lo que digo? Señora, su tío abuelo materno, el honorable Zeng Guoquan [86](#), se sirvió como un valiente de sus flechas y sus piedras para defender con uñas y dientes el imperio Qing. Versó sangre y no le faltaron las agallas en cada batalla. No pereció de poco. Sin embargo, Su Majestad la emperatriz regenta no lo recibió en audiencia, ni le dio nada de nada. ¿No es verdad lo que te digo? En cambio, le ha dado una silla imperial y un collar a un verdugo cuya vida vale menos que la de un perro o un cerdo. Todo esto es absurdo, insoportable... Ese hombre, el muy descarado, hizo que yo me arrodillase ante esos objetos, me humilló..., fue verdaderamente intolerable... Aunque soy un humilde funcionario, he pasado los dos niveles de *jinshi* en los exámenes gubernamentales. Soy un letrado-funcionario del quinto grado [87](#) y recibo esa vergüenza, esa desgracia, esa ofensa... ¡Cómo no me voy a enfurecer! ¿Va a reprocharme que hago una montaña de un grano de arena? Por la calle corría el rumor de que las ocho potencias [88](#) iban a atacarnos, y tanto Su Majestad la emperatriz como el emperador iban a dejar China para instalarse en un país occidental. La gran dinastía

Qing estaba en el crepúsculo de su vida. ¿Qué podía aguantar más? ¡Todo eso me era insoportable! ¡Y quería vengarme! Señora, ese animal metió la silla imperial y el collar en el palanquín. Y yo, ¡*plaf!*..., me dirigí a él y le di a esa cara de perro un par de bofetones. ¡Me quedé a gusto! Fueron dos bofetones rápidos y contundentes que emitieron un sonido seco y breve. ¡*Plaf!* Ese animal se tambaleó y escupió sangre y le saltaron varios dientes. Mis manos se resienten todavía del golpe. ¡Ah, me quedé tan a gusto!... Bebamos juntos, señora.

A ese animal se le fue la fuerza con mis dos bofetones y se fue con el rabo entre las piernas, Menudo perro era ese... Pero pude ver con mis ojos que ese perro, en el fondo, no se rendía. No podía rendirse; y esos ojos hundidos, casi blancos, esa luz sombría que desprendían, esos ojos llenos de fuego, como los de un fantasma. Ese animal no era en realidad uno de esos huevones que se mea encima. Saltándome los ritos, le pregunté: abuela Zhao, ¿cómo se siente? ¿Y qué cree que dijo? Ese animal sonrió sin venir a cuento y me respondió:

—El gran *laoye* me dio de lleno; ya llegará el día en que me vengaré de usted.

—No, no habrá tal día —le respondí—. Antes, me suicidaré tragando oro, me colgaré de un techo, me envenenaré o me cortaré la garganta... ¡Todo ello antes de caer en tus manos!

—Cuando llegue ese momento, el gran *laoye* no podrá elegir ninguna de esas opciones —dijo, y luego añadió—: Gran *laoye*, casos como el suyo los hay a montones.

Pues sí, señora, lo que usted dijo era correcto. Al pegarle, lo único que hice fue ensuciarme las manos. Soy el subprefecto de Gaomi y he sido designado por la corte imperial. No debo ponerme a la altura de un personaje así. ¿Qué es, en cambio, esa cosa? ¿Un cerdo? Creo que los cerdos tienen mejores modales que ese tipo. ¿Un perro? Los perros tienen más nobleza que esa cosa. Pero ¿qué podía hacer yo? Su Excelencia Yuan, un funcionario del primer rango, me pidió que le invitase por denominación directa. Envié a una cuadrilla para buscarlo, pero el animal se negaba a venir, y tuve que intervenir yo personalmente para sacar el caballo de la cuadra. Al parecer, a ojos de Su Excelencia Yuan, yo, el subprefecto de Gaomi, aún valía menos que un miserable verdugo.

Fue en el exterior de la Gran Sala que agarré de la mano a ese animal. La mano le quemaba como un pedazo de carbón, pero la sentí blanda como la pasta de un ravioli. No era una mano cualquiera. Lo introduje en la sala cogido de la mano para darle más confianza y expresarle así, de una manera u otra, que estábamos juntos en este asunto. Pero el animal se negó y se soltó suavemente la mano. Él me veía y sonreía por lo bajines. Vete a saber qué tenía en esos momentos en el estómago. Entró en el palanquín, se colgó el collar de Buda en el cuello y puso patas arriba el asiento imperial de madera de sándalo. Esa cosa que parecía ligera como el viento levantó ese

trono como si no pesase nada. Así entró el animal, cargado de talismanes, balanceándose, renqueando, en la Gran Sala del tribunal. Yo le seguía detrás. En la Gran Sala, vi cómo se llenaban de estupefacción la cara de Su Excelencia Yuan Shikai y la del gobernador general de Jiao'ao, Carl Rosendahl. Los dos estaban sentados hombro a hombro. La cara de ese miserable de alemán, Carl Rosendahl, daba risa. Fruncía los ojos y ponía caras raras. El hombre no había visto nada parecido en su vida. El animal había cogido el asiento imperial y se lo había puesto a cuestas. Una vez dentro de la Gran Sala, el animal se arrodilló y se presentó:

—Zhao Jia, el hijo del pueblo, el que fue verdugo del Ministerio de Justicia, ahora retirado en la tierra que le vio nacer gracias a los favores otorgados por Su Majestad la emperatriz regenta, se arrodilla ante Vuestra Excelencia, el *daren*, y solicita verlo.

El *daren* Yuan se levantó precipitadamente, dejó su asiento, endureció el estómago, y se dirigió hacia donde estaba el animal y tocó la madera de sándalo del asiento imperial, la agarró e intentó levantarla. La silla pesaba lo suyo. El *daren* Yuan no podía levantarla solo; y yo no lo veía bien. Pero me precipité para ayudarlo y con muchísimo cuidado le ayudé a sujetarla, y la pusimos en medio de la Gran Sala. Su Excelencia Yuan sacudió las mangas, se puso las manos en la cabeza y golpeó el suelo con la frente:

—Vuestro servidor, el gobernador de Shandong, Yuan Shikai, presenta sus respetos a Su Majestad y a Su Majestad la emperatriz y les desea larga vida...

Creía que un rayo había caído sobre mi cabeza. Me quedé de una pieza, igual que un árbol, a un lado sin hacer nada. Esperé a que el *daren* Yuan acabase con su ceremonia ritual y solo entonces fui consciente de que estaba cometiendo una falta imperdonable contra el todopoderoso Cielo y me arrodillé inmediatamente. Lo hice delante de ese asiento y... ¡delante del verdugo!... y del collar de Buda... Me arrodillé tres veces y di nueve golpes en el suelo con mi frente, todo ello delante de ese animal; eso era a todas luces un gran gesto ritual [89](#), sí señor. Todos los ladrillos del palacio de justicia se resintieron. Incluso mi cabeza —sentí— se había abollado. Mientras me postraba ante la silla-dragón, alguien le traducía a ese miserable de Carl Rosendahl todo lo que estaba sucediendo en el centro de la Gran Sala. Esa cara de chivo, delgada y larga, sonreía con desdén. ¡Ah, la gran dinastía Qing! Toda tu habilidad consiste en maltratar a tus oficiales mientras que das la bienvenida a todos esos extranjeros que ocupan tu tierra. Ese miserable de Carl Rosendahl me ponía los pelos de punta, pero tiene todo el reconocimiento y apoyo del *daren* Yuan. Delante de él, ese alemán habla bien de mí, pero a sus espaldas, me maldice. Yo me resigno a mi suerte. Miserables, podéis decir lo que queráis de mí, pero no olvidéis quién os ha ayudado a capturar a Sun Bing.

Ese animal se había arrodillado y no se había levantado todavía. Su Excelencia Yuan lo ayudó personalmente a ponerse de pie. Yo sabía que estaba haciendo las cosas

mal: ese animal quería vengarse ahí mismo por los dos bofetones que le di. El animal se sacó el collar de Buda que se había puesto y, con él en la mano, dijo:

—Le ruego a Su Excelencia que deje vivir a ese hijo del pueblo.

El *daren* Yuan refunfuñó y me miró a la cara.

—¡Por favor, hable! —le dijo al animal.

—El gran *laoye* Qian ha dicho que yo, el hijo del pueblo, miente e inventa historias —respondió el animal.

El *daren* Yuan preguntó:

—¿Qué mentiras has dicho? ¿Qué historias te has inventado?

—Ha dicho que esta silla-dragón y este collar de Buda son objetos vulgares que se encuentran entre el pueblo, y que este hijo del pueblo se inventa estas cosas para dárselas de importante.

El *daren* Yuan me miró perdonándome la vida y me dijo:

—¡Pero cómo puedes ser tan ignorante y estar mal informado!

Yo intenté justificarme:

—*Daren*, este humilde servidor piensa que los ritos no se aplican al pueblo ordinario, y la justicia, es decir, los castigos, no se aplica a los altos oficiales. Este humilde funcionario se pregunta cómo sus Majestades el emperador y Su Majestad la emperatriz han podido recibir en audiencia a este verdugo además de ofrecerle tales objetos. Es por ello que este humilde servidor tiene sus dudas.

—Tienes las miras demasiado cortas —respondió el *daren* Yuan—, o has asimilado mal la cultura clásica. Hoy día, sus Majestades, de acuerdo con el aire de los tiempos, echan el resto para gobernar este país. ¿Lo comprendes ahora? Vamos, que aman a la gente del pueblo como si fueran sus hijos y dan rienda suelta a sus emociones. Son como los rayos del sol: están por todas partes, en los árboles grandes y en la hierba minuta, y tratan a todos por igual. Pero tú eres todo lo contrario: tienes una cabeza de chorlito y no ves más allá de tus narices. Eres incapaz de salir de las convenciones de tu rutina miserable y ves las cosas como un simplón.

El animal añadió más cizaña:

—El gran *laoye* Qian me ha arrancado, además, dos dientes de la boca.

El *daren* Yuan golpeó la silla imperial y dijo indignado:

—La abuela Zhao ha trabajado en el departamento de detenciones de la Gran Sala del Ministerio de Justicia durante tres reinados dinásticos. Ha ejecutado numerosas penas y lo ha hecho por nuestro país. Ha realizado un trabajo impecable, refinado, difícil. Ha realizado un trabajo único, en una palabra. Sus Majestades el emperador y Su Majestad la emperatriz han sido conscientes de ello y lo han elogiado públicamente. Tú no eres más que un insignificante subprefecto y encima te atreves a arrancarle las muelas... ¿No has pensado por un momento en sus Majestades?

Me quedé paralizado como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Un sudor

frío empezó a recorrer mi cuerpo y empapar mis ropas. Me arrodillé en el suelo y lo golpeé con la frente:

—Su humilde servidor no ve más allá de sus narices, es un cabeza de chorlito, un mentecato que no sabe nada y que ha ofendido a la abuela Zhao y al todopoderoso Cielo. Ni la muerte bastaría para castigarlo, y ahora solo espera el perdón de Su Excelencia.

El *daren* Yuan estuvo un buen rato mascullando vete a saber qué y dijo finalmente:

—No haces nada por el bien de la corte, insultas y pegas al pueblo, te tomas la justicia por tu propia mano... Deberías sufrir un castigo, pero sé que has ayudado al gobernador Rosendahl a capturar a ese bandido llamado Sun Bing, que no es poco. ¡Eso te va a salvar el pellejo!

Yo no paraba de golpear el suelo con mi frente y le dije:

—Le agradezco a Su Excelencia el perdón acordado...

—Un proverbio dice: «Si golpeas a alguien, no lo hagas en su cara; si injurias a alguien, no hables de sus defectos». Sin venir a cuento, tú vas y le abofeteas y le partes dos dientes... Yo te perdono pero me temo que la abuela Zhao querrá vengarse. Arrodíllate dos veces y golpea el suelo con la frente delante de ella; luego le das veinte pares de taeles de plata para que se arregle la boca.

Señora, usted lo sabe ahora. Estos son los graves insultos que he recibido hasta el día de hoy. Cuando uno pasa bajo un techo poco alto, ¿cómo no bajar la cabeza para no golpearse? Pues bien, hice de tripas corazón, me arrodillé con los ojos llenos de sangre, podrido por dentro, y me arrodillo dos veces y golpeo el suelo con la frente delante de ese animal... Y el animal sonrió condescendentemente y aceptó que yo le hiciera ese gran rito. El muy desvergonzado, dijo:

—Gran *laoye* Qian, este pobre hijo del pueblo está pobre como el agua que ha utilizado para lavarse. No tiene un grano de arroz para poner en la marmita. ¿Le puede dar ya los veinte pares de taeles de plata?

Esas palabras le hicieron gracia al *daren* Yuan. Yuan Shikai, Su Excelencia Yuan, eres un hijo de puta. Ante los extranjeros y con un verdugo insultas y te burlas de tus subalternos. Soy un *jinshi* que ha sido admitido en las dos listas, soy un alto oficial del palacio. *Daren* Yuan, usted me ha humillado, y haciéndolo ha humillado la cultura refinada, esa cultura milenaria que mantiene en pie nuestra civilización. ¿No le estará haciendo un daño irreparable con su actitud? Ha humillado públicamente al subprefecto de Gaomi y, haciéndolo, han humillado indirectamente a la gran dinastía Qing.

En la sala, el intérprete de la cara amarilla le tradujo todo al gobernador alemán, Carl Rosendahl. Ese asesino que es capaz de matar sin pestañear reía más escandalosamente que el *daren* Yuan. Señora, su marido se había convertido en un mono en manos de esa gente. Todos jugaban con él como si fuera un mono de circo.

¡Qué vergüenza! Señora, bebamos juntos hasta morir de ebriedad. *Daren Yuan*, ¿acaso no sabe que a un letrado se le puede matar pero no humillar [90](#)? Ese animal contaba con el beneplácito del *daren Yuan* y podía hacer lo que quería, como sentarse en una silla imperial o juntarse con los extranjeros, como lo hacía en esos momentos. Yo me quedé de pie a un lado de la sala, igual que un servidor del *yamen*. Mi corazón se había hundido en un mar agitado, en el interior de olas de sangre, colisionando unas con otras en mi cabeza. Mis dos orejas estaban a punto de explotar —miles de pájaros piando se habían metido dentro—, y mis dos manos se habían hinchado. Si hubiese podido, habría estrangulado con mis propias manos a ese animal. Pero no me atrevía. Era consciente de que no tenía agallas para hacerlo. Así que hundí el cuello, alcé los hombros y haciendo un gran esfuerzo, sonreí como un tonto. Sí, era un auténtico payaso sin piel, sin honor, sin vergüenza, sin personalidad... Señora, no creo que hubiese nadie en el imperio que tuviese mi paciencia...

El *daren Yuan* le preguntó a ese animal:

—Abuela Zhao, ¿hace ya un año que dejaste Tianjin? ¿No es cierto?

—Ocho meses, Vuestra Excelencia —repuso el animal.

El *daren Yuan* le preguntó:

—¿Y sabes por qué te han hecho venir?

Y el animal respondió:

—Este hijo del pueblo no lo sabe, Vuestra Excelencia.

—¿Sabes por qué te convocó Su Majestad la emperatriz? —le preguntó otra vez el *daren Yuan*.

—Este hijo del pueblo ha oído decir que el jefe imperial de los eunucos, el gran Li, ha dicho que Vuestra Excelencia Yuan ha hablado bien de él.

—Nosotros dos estamos unidos por el destino —dijo el *daren Yuan*.

—Este hijo del pueblo no olvidará nunca la benevolencia de Su Excelencia Yuan.

—El animal se ha puesto de pie, ha saludado al *daren Yuan* con la cabeza y se ha sentado en la silla imperial.

—Si hoy te hemos pedido que vengas —retomó el *daren Yuan*—, es porque queremos que vuelvas a trabajar para la corte imperial. Es decir, para nosotros, como funcionario de la corte.

El animal dijo:

—No sé qué quiere Vuestra Excelencia que haga yo.

El *daren Yuan* dijo sonriendo:

—¿Pero qué trabajo puede hacer un verdugo como tú?

El animal respondió:

—No quisiera esconderle nada a Vuestra Excelencia Yuan, pero desde que volví de Tianjin, en donde trabajé como verdugo, la mano me duele y no puedo empuñar ningún sable.

El *daren* Yuan sonrió fríamente y dijo:

—¿Puedes levantar la silla-dragón y no puedes empuñar un sable? ¿Será entonces cierto que has seguido el consejo de Su Majestad la emperatriz y deseas seguir el camino de Buda?

El animal se deslizó de la silla-dragón, se arrodilló y dijo:

—Vuestra Excelencia, esta pequeña cosa no se atrevería a hacer una cosa así. De hecho, esta pequeña cosa que soy yo no vale más que un perro o un cerdo, y, sobre todo, no puede hacerse budista todavía...

El *daren* Yuan sonrió fríamente y dijo:

—Si tú pudieses hacerte budista, cualquier hijo de puta o retrasado mental también podría serlo.

El animal asintió:

—Lo que dice Vuestra Excelencia es cierto.

El *daren* Yuan preguntó:

—¿Te has enterado de la revuelta de Sun Bing?

El animal respondió:

—Desde que volvió a su hogar, en su cantón, esta pequeña cosa le ha cerrado las puertas al mundo y no sabe nada de lo que ha pasado en él.

El *daren* Yuan preguntó:

—He oído decir que Sun Bing guarda un parentesco directo con tu hijo y tu nuera. ¿Es cierto?

El animal respondió:

—Esta pequeña cosa que le habla estaba en Pekín, la capital, y no ha pisado su cantón desde hace varios años. Ese asunto de parentesco es mi difunta esposa quien lo organizó por su cuenta.

El *daren* Yuan preguntó:

—Sun Bing ha reunido junto a él a los bóxers [91](#) y los ha sublevado contra los países aliados; y como consecuencia de ello, el emperador y Su Majestad la emperatriz tienen otro problema más. Según las leyes de la gran dinastía Qing, ¿esto implica el castigo de los nueve clanes [92](#)?

El animal respondió:

—Esta pequeña cosa que le habla se limitó a aplicar la pena y no sabe nada de leyes.

El *daren* Yuan dijo:

—Según la ley de Qing, tú formas parte de esos nueve clanes.

El animal respondió:

—Esta pequeña cosa que le habla hace apenas seis meses que ha llegado a su cantón. Ni siquiera le ha visto la cara a ese Sun Bing.

El *daren* Yuan dijo:

—Si el corazón del hombre es como el acero, las leyes vigentes del gobierno imperial son como un horno. Desde hace un año, esos rebeldes de los puños divinos, los bóxers, andan produciendo el desorden en esta tierra, odian la religión y quieren destruir a los extranjeros, enfrentan a las naciones, y solo engendran la desgracia y la destrucción. Han llegado a Pekín y rodean la capital. La situación es crítica. A pesar de que Sun Bing ha sido capturado, el resto de los bóxers solo tiene la idea de seguir atacando y vengarse por los cuatro cantones. En la provincia de Shandong, el pueblo está encolerizado como el viento, pero en la subprefectura de Gaomi es peor: la gente es bárbara y está poseída por los demonios. Esto es una calamidad para el país. Estamos al borde del colapso definitivo. Por eso necesitamos emplear un castigo ejemplar, que calme los espíritus. Si no, si el castigo no es duro, ese pueblo de bárbaros no escarmentará. Si este oficial te ha convocado hoy, es porque quiere, en primer lugar, recordar los viejos tiempos. Pero quiere, en segundo lugar, que pienses en un castigo ejemplar para ese Sun Bing; un castigo que aterre de una vez por todas a ese pueblo de bárbaros.

Oí y pude ver cómo se encendían los ojos de ese animal. Había fuego dentro de ellos, una luz brillante, como un flash, en esa cara alargada y fina como una cuchilla, como el acero de los espadones que se meten en el horno para asar la carne. Vi también sus manos extrañas, como pequeños cuadrúpedos, temblorosos, sobre las rodillas. Pero yo sabía, sin embargo, que ese animal de tímido no tenía nada. No hay nada en este mundo que pueda hacer temblar de miedo a un verdugo. Yo sabía que ese temblor no se debía al miedo, sino a la excitación que podía con el verdugo, como cuando un lobo hambriento ve carne. El contraste no podía ser más extremo entre la luz de esos ojos feroces y amenazadores y las palabras que salían de su boca, unas palabras candorosas y humildes. Ese animal, aunque era un verdugo rústico y sin educación, parecía saber al dedillo las reglas del protocolo palaciego de la gran dinastía Qing. Sabía cómo poner cara de idiota y guardar las apariencias, y sabía dónde estaba el punto débil del enemigo y dónde golpear para hacer daño. El verdugo bajó la cabeza y dijo:

—Vuestra Excelencia, esta pequeña cosa es un bruto; solo sabe ejecutar las penas que le dicen sus superiores.

El *daren* Yuan soltó una carcajada, y cuando paró de reír, dijo con tono amable:

—Abuela Zhao, tu relación de parentesco con Sun Bing te impide cumplir con tu obligación. Por eso no aceptas mi propuesta. ¿No es así?

El animal estaba verdaderamente endemoniado y se las sabía todas. Tras escuchar el comentario impertinente y odioso del *daren* Yuan, el verdugo se lanzó a borrarle la sonrisa de los labios, saltó de la silla-dragón y se arrodilló de nuevo:

—Esta pequeña cosa que le habla no se atrevería. Ya le dije que me encontraba en mi cantón, retirado, y no me atrevo a quitarle el arroz de la boca a otros colegas...

¿Lo comprende ahora?...

—Estos son tus reparos —dijo el *daren* Yuan—, pero deberías saber que son los competentes quienes deben trabajar más...

El animal respondió:

—Vuestra Excelencia reconoce de esta manera el trabajo de esta pequeña cosa, no tendré por lo tanto ningún reparo en mostrarle mi torpeza.

El *daren* Yuan dijo:

—Pues háblame entonces de los castigos y penas que se han aplicado en las dinastías sucesivas. Hazlo despacio para que el intérprete no pierda detalle de lo que dices y los otros puedan entenderte.

El animal respondió:

—Esta pequeña cosa que le habla oyó decir a su maestro que el peor castigo permitido por las leyes de la gran dinastía Qing es el *lingchi* o suplicio de los mil cortes.

El *daren* Yuan dijo:

—Ah, esa es tu especialidad... Sé que en Tianjin fue ese el suplicio que ejecutaste con el traidor Qian Xiongfei. El *lingchi* no está mal, pero no hay nada un poco más rápido...

Tras decir eso, el *daren* Yuan me hizo un gesto con la cabeza que hablaba por sí solo. Señora, Su Excelencia Yuan tiene oídos en todas partes. No puede no saber que Xiongfei es mi hermano pequeño... Yo estaba convencido de que era por esa razón que me sonrió el muy truhán cuando me miró —era una sonrisa que me acusaba directamente de algo—. Su mirada se me clavó en la piel como si me hubiese picado un escorpión o una avispa. Entonces se acordó de algo y me dijo:

—Subprefecto Qian, he oído decir que ese Qian Xiongfei que intentó asesinarme... ¿no era tu primo hermano?...

Ah, señora, parecía que me había fulminado un rayo, el sudor frío recorría mi cuerpo, y mis piernas me fallaron de golpe. Me arrodillé y golpeé el suelo con la frente. Señora, su marido es un cabezón. ¡Y ese día cometió un error imperdonable! Mi corazón se aplastó y pensé en ese dicho obsceno que corre por mi pueblo: «Tanto si vas a morir como si vas a seguir viviendo, el pene se te pone tieso». Pues eso, la vida es corta, y mejor tomarse las cosas como vienen y no ocultar sus debilidades. Puestos a hablar, hablaremos. Le expliqué a Su Excelencia Yuan que ese Xiongfei era mi hermano carnal, el tercer hijo de mis padres, y como nuestro tío no tenía descendencia, mi hermano pasó a ser su heredero.

Yuan Shikai sacudió la cabeza y me contestó:

—El proverbio tiene razón cuando dice que ninguno de los nueve hijos del ladrón se parece. He leído todas las cartas que le has enviado. Tú eres al fin y al cabo un *jinshi* admitido en las dos listas y perteneces a la familia de un ministro célebre. Tus

cartas tienen estilo y hablas con justeza, pero no has leído todavía la cartas que él te envió... Están llenas de insultos. Te trata como a un perro. Subprefecto de Gaomi, tú eres alguien, y eres además honesto. También eres alguien inteligente. Este funcionario que te habla ha pensado siempre que quien es honesto es inteligente. Ah, subprefecto de Gaomi, tú que llevas ese sombrero de Qing, aunque no tengas alas, ¡puedes volar! ¡Levántate!

Ah, señora, por esos días en los que el Cielo te cae sobre la cabeza para bien o para mal, brindemos juntos. ¿Qué razón me daría para que no me emborrache ahora?

Señora, sabemos que el tercer miembro de los Qian murió despedazado en Tianjin. Pero lo que no sabíamos era que el verdugo que ejecutó esa pena era ese animal de Zhao Jia. Es cierto eso que dicen que los damnificados de este mundo están destinados a reunirse. Ah, Yuan Shikai es experimentado y astuto, tiene miel en la boca y acero en el corazón, y gobierna con puño de hierro en guante de seda. Lo único que teme es el caos, es decir, la enfermedad, la incertidumbre y los desastres. Bebamos, señora. Si es la felicidad, mejor; si es la desgracia, nada de ello podremos evitar. Solo se vive una vez y la hierba solo conoce un otoño. Que pase lo que pase.

La mirada de ese animal se ha puesto sobre mi cuerpo. Me ha mirado de pies a cabeza, y las junturas del cuello para saber por dónde iba a introducir la cuchilla.

El *daren* Yuan ya no me hacía caso. Se había girado para preguntarle a Zhao Jia:

—Aparte del *lingchi*, ¿recomendarías otro castigo brillante y eficaz?

El animal respondió:

—Vuestra Excelencia, aparte del *lingchi*, está el castigo que consiste en ser partido por la mitad en una tabla.

El *daren* Yuan preguntó:

—¿Y tú lo has ejecutado?

El animal respondió:

—Solo una vez.

El *daren* Yuan preguntó:

—Habla más despacio, que te está escuchando el gobernador Carl Rosendahl.

II

El animal se puso a contar su experiencia: «Vuestra Excelencia, fue el séptimo año de la era del emperador Xianfeng, es decir, en 1857. Yo tenía diecisiete años y ejercía de nieto [93](#) al lado de una abuela, era aprendiz en el departamento de detenciones del Ministerio de Justicia. Esta pequeña cosa que ahora le habla ayudaba a la abuela a preparar los artilugios que luego emplearía para la ejecución y le imitaba en todo lo que podía. Ese día, el condenado era un empleado del erario a nivel de la prefectura [94](#). Ese hombre era grande como un caballo; en la boca le cabía un puño. Como Su Excelencia sabe, esos empleados del erario son todos unos especialistas en robar dinero. Cuando entran en los almacenes donde se guardan el dinero y las propiedades, deben desnudarse, pero ello no les impide robar. ¿Dónde podían esconder el dinero?, se preguntará Su Excelencia. Pues se lo meten en el valle profundo». El de la cara amarilla que estaba haciendo de intérprete lo interrumpió y le preguntó qué quería decir eso de «valle profundo». El *daren* Yuan le miró con los ojos en blanco y le respondió:

—¡Es el ano del culo, idiota! ¡No te enrolles y sigue contando!...

El animal continuó contando su historia: «Así es, Vuestra Excelencia, no me alargaré. La dinastía Qing andaba mal y los bancos andaban vacíos. Cada año había menos dinero. No sé cuántos empleados murieron injustamente por culpa de los depósitos y sus pérdidas; pero nadie pensaba en los funcionarios que trapicheaban en esa institución. Cada sitio tiene sus reglas, y cada escuela sus enseñanzas. Nadie comprendía cómo esos empleados de los depósitos que no ganaban nada se hacían

construir casas que eran como palacios y tenían varias esposas y mantenían a concubinas. Se hacían ricos inexplicablemente, pero todos llenaban el valle profundo. Quiero decir con ello que ese valle profundo era un sitio muy cuidado por esa gente. Se sabe que no cabe mucho más que unos granos de arena, pero esa gente conseguía meter lingotes de oro. Nadie se lo explicaba. En realidad, esos individuos se ensanchaban el ano con unos artilugios de madera de sándalo. Eran unos penes de madera que imitaban los penes de los burros, y cada noche, dale que dale con el pene en el culo... Así durante años. Lo embadurnaban con aceite y se lo metían en el culo para hacer el orificio más grande. Dejaban el culo rojísimo y muy blando. Dentro, fuera, un agujero pequeño, de tamaño medio, más grande, cada día más grande, cada noche más grande, hasta que ese valle profundo se hace enorme... Ahí cabe de todo, lingotes de oro y muebles de los depósitos incluidos. Ese día pasó lo que debía pasar. Ese empleado de boca grande se metió en el valle profundo tres lingotes de oro. A la salida del depósito, cuando lo examinaron, el hombre apretó los dientes. No podía casi caminar con todo lo que llevaba en el culo. Parecía alguien que llevaba un bol con agua en la cabeza mientras se estaba cagando. Uno de los funcionarios de los depósitos sospechó algo y le dio al empleado una patada en el trasero. Las piernas del empleado flojearon, y un lingote salió disparado del ojo del culo. El funcionario se quedó con la boca abierta y no tardó en empezar a darle en el trasero una patada tras otra. Los otros dos lingotes salieron expelidos inmediatamente. El funcionario de los depósitos le insultó: “¡Hijo de la gran puta, llevas en el culo lo que yo gano en tres años!”. A partir de ese momento, todo el mundo supo por qué esa gente se había hecho rica. Ahora se les examina *en profundidad* el culo a todos los que trabajan en los bancos de depósitos. La información pasó de boca en boca hasta llegar a oídos del abuelo de las barbas de dragón, Xianfeng, el cual, como era de esperar, se indignó y quiso castigar a todos los empleados de los depósitos y restituir los bienes a la tesorería del imperio. Su Majestad le pidió a la abuela Yu que hiciese el trabajo, que consistía en meterles en el valle profundo una barra de hierro al rojo vivo, y matarlos lentamente con el calor. Pero el empleado que fue descubierto en primer lugar, ese, fue condenado a ser partido en dos sobre las tablas [95](#). La ejecución debía ser pública y ejemplarizante.

»El día de la ejecución, el campo de ejecución de Caishikou estaba abarrotado de gente y no cabía un alfiler. El pueblo estaba harto de decapitaciones y quería ver otra cosa, algo nuevo. Ese día, el funcionario encargado de supervisar la ejecución era Su Excelencia Xu, el viceministro del Ministerio de Justicia. También estaba Su Excelencia Sang, el gran ministro de la Corte suprema de Justicia [96](#). La ceremonia que se esperaba era especialmente pomposa. Para preparar bien la ejecución, el verdugo apenas durmió la noche anterior. Me pidió queafilase bien la gran hacha que iba a caer sobre el cuerpo de la víctima. Tenía grabadas flores en su lámina, por eso la

llamaban el hacha floreada. La joven tía acababa de morir, y la segunda tía y la gran tía preparaban la cuerda y otros utensilios. Al principio pensaba que se utilizaba un sable para cortar la cintura del condenado. La abuela Yu me dijo que en los tiempos del fundador esta ejecución se realizaba con un hacha, pero por si las moscas, nos llevamos un sable.

»El empleado de los depósitos fue conducido al campo de ejecución. Ese pobre desgraciado se había emborrachado para soportar mejor el ritual. El alcohol lo había enloquecido, tenía los ojos rojísimos y la boca le espumeaba. Visto así, parecía una vaca loca. Sus dos brazos parecían tener una fuerza colosal. Ni la gran tía y la segunda tía lograban sujetarlo. El condenado hacía mucho ruido, miraba a los presentes con la mirada perdida y le daba un trago al vino que le habían puesto al lado del tablón. Cuanto más veía a los presentes, más ganas le daban de beber, y cuanto más bebía, más perdía el control de sí mismo. No fue fácil ponerlo sobre las tablas. La gran tía le cogió la cabeza y la segunda tía los pies. El condenado tenía muy mal carácter y soltaba sus brazos y pegaba a todo lo que encontraba por delante. Sus dos pies eran como dos pezuñas de caballo y también pegaban a diestro y siniestro. El condenado se defendía con uñas y dientes, y quería escaparse. Su estómago se estiraba y se encogía como el de una serpiente; parecía en realidad un gusano de seda. El funcionario encargado de supervisar la ejecución se molestó un poco, porque no habíamos puesto todavía al condenado sobre las tablas, y nos ordenó su ejecución. La abuela Yu levantó el hacha en todo lo alto y sin esperar un momento más..., ¡zas!..., cortó de un tajo la cintura del condenado. Pero este no se partió en dos como era de esperar. Un golpe de viento y una luz blanca, breve, fulgurante y cegadora atravesaron el espacio. Cuando la abuela Yu levantó el hacha, la audiencia lanzó un ¡ah!... Y cuando la dejó caer sobre la cintura de ese desgraciado, la audiencia lanzó un clamoroso ¡oh!... Luego oí un *¡plof, plof!*, que era la sangre del condenado que brotaba de su cuerpo y caía sobre el suelo. Las caras de la gran tía y la segunda tía se habían chiscado de sangre, pero el hacha no había partido en dos al pobre empleado de los depósitos. La ejecución fue tosca, sin florituras, y nada eficaz. La abuela Yu precipitó el hacha sobre la cintura del condenado y esta se partió a medias, dejando algunas vísceras a la vista de todos. El hacha se había quedado clavada en la madera del tablón y la abuela no podía sacarla porque se había llenado de sangre y se le resbalaba de las manos. Los miembros del empleado de depósitos se agitaban descontroladamente, y el pobre hombre lanzaba gritos espeluznantes. A mí se me puso la carne de gallina; ese espectáculo era repugnante. La audiencia empezó a silbar. La abuela Yu se desplazó a un lado y cogió el sable, tomó aire, apretó los dientes, cerró los ojos y dio un sablazo..., ¡zas!..., sobre la cintura del pobre desgraciado. Esta vez sí que se partió en dos. La abuela Yu sopló; el trabajo estaba hecho y así se lo anunció al funcionario encargado de la supervisión. “El suplicio ha llegado a su fin, que Vuestra Excelencia

lo examine”, le dijo. El *daren* se había quedado pálido y pasmado. La gran tía y la segunda tía saltaron al condenado; las manos de los dos estaban llenas de sangre. Se quedaron parados sin saber dónde estaban. Una parte del cuerpo se había quedado inerte y solo expelía sangre; pero la otra se agitaba todavía. Vuestra Excelencia, si no lo ve con sus propios ojos, no puede creer lo que le cuento. Incluso los que asistieron a la ejecución creyeron haber vivido una pesadilla. Ese condenado era con toda seguridad una libélula. Solo las libélulas pueden volar incluso cuando les falta la mitad del cuerpo. La mitad superior del cuerpo se desplazaba de un lado a otro, y para ello se servía de los brazos. Daba saltos de un lado a otro y se subió encima del tablón. Tanto movimiento nos envolvió de sangre y tripas. No podíamos movernos en medio de tanta víscera. La cara del condenado relucía como una hoja de bambú de oro, y su amarillo deslumbraba. En su boca cabía uno de esos *sampanes* que navegan en medio de las olas. La parte del condenado que se movía rugía algo totalmente incomprensible. La sangre, junto con la saliva, salía despedida de la boca. Pero lo más extraño era la coleta: era igual que la cola de un escorpión, que se levantaba como un gancho, se quedaba fija detrás de la cabeza y luego se relajaba como si perdiese vida. La audiencia se había quedado muda. Los valientes se atrevían a ver lo que estaba pasando en el escenario, pero los más cobardes habían cerrado los ojos. A la mayoría ya no les quedaba voz..., y a los que les quedaba algo de voz, gritaban como niños. Nada más podía salir de esas gargantas. Los *daren* que supervisaban la ejecución ya se habían ido montados en sus caballos. Nosotros cuatro, maestro y discípulo incluidos, nos quedamos parados, como si nos hubiésemos convertido en madera en medio del escenario, contemplando atónitos ese espectáculo alucinante. No sabíamos cómo mirar ese ser que parecía poseído por un espíritu burlón. La cara del condenado gesticulaba sin parar, y así estuvo lo que dura fumar una pipa. Luego cayó al suelo, ya sin fuerzas, aunque su boca continuó diciendo algo ininteligible antes de cerrarse definitivamente. Parecía el lloriqueo que emite un recién nacido cuando desea la teta de su madre».

III

El animal había contado con todo lujo de detalles la historia de la ejecución conocida como la escisión de la cintura. Luego se calló. Había en las comisuras de sus labios algo de baba blanca y sus ojitos perlados daban vueltas mientras miraban el rostro de Su Excelencia Yuan y el del gobernador Rosendahl. Yo no podía quitarme de la cabeza la mitad del cuerpo de ese empleado de depósitos bailando ante mis ojos. Sus horrorosos y estridentes gritos se me habían quedado clavados en las orejas. El *daren* Yuan había escuchado esa historia con delectación, no decía nada y apenas abría los ojos. El gobernador Rosendahl pegaba la oreja al intérprete, pero no perdía de vista al *daren* Yuan y al verdugo Zhao. Su postura me recordaba la apariencia de un águila imperial asentada sobre una roca. El *daren* Yuan dijo finalmente algo:

—Señor gobernador, según la opinión de este humilde funcionario, creo que deberíamos utilizar el castigo de la escisión de la cintura.

El intérprete le tradujo esas palabras al *daren* Yuan. Carl Rosendahl farfulló algo en su lengua, esa lengua de diablo extranjero que el intérprete tradujo de inmediato:

—El gobernador quiere saber cuánto tiempo vive el condenado tras ser escindido en dos mitades.

El *daren* Yuan movió el mentón para indicarle al animal que respondiese:

—Depende —vaciló el verdugo—, lo más probable es que dure lo que dura fumar una pipa. Pero algunos mueren inmediatamente y parecen troncos cortados tirados en bosque.

Carl Rosendahl gruñó algo al intérprete y este dijo:

—El gobernador dice que el suplicio de la escisión de la cintura no vale ya que el condenado muere demasiado pronto. Este tipo de castigo no sirve para escarmentar a la gente [97](#), dice. Él quiere un suplicio más cruel y sofisticado; es decir, que el que ha infringido la ley sufra muchísimo y no muera inmediatamente. El gobernador dice que él desea que el ejecutado viva todavía cinco días una vez acabado el suplicio. Lo ideal sería que pudiese vivir hasta el vigésimo día de la octava luna, que es el día de la inauguración de la línea de ferrocarril que une Gaomi con Qingdao.

El *daren* Yuan dijo:

—Debería pensárselo mejor, ¿crees que vale la pena hacerlo así?

El animal sacudió la cabeza y dijo:

—Podemos colgar al rebelde durante cinco días. Al cabo de estos días, morirá.

Carl Rosendahl murmuró algo al intérprete y este dijo:

—El gobernador dice que China está atrasada en todos los campos salvo en el de los suplicios. En esto somos los primeros y hemos demostrado un talento sin par. Hacer sufrir a alguien enormemente, ese es el arte de los chinos, dice el gobernador, esta es la quintaesencia del arte de gobernar chino.

—Y yo me tiro un pedo... —oí que decía el *daren* Yuan en voz baja para que no lo oyera el gobernador. Pero alzó la voz enseguida para cubrir el comentario ofensivo y dijo encarando al animal—: Debería pensárselo mejor. —Y le comentó a Carl Rosendahl—: Señor gobernador, si su honorable país tiene un castigo similar, que nos lo proponga. Seguramente será más fácil enseñarles a los chinos cómo se emplea ese suplicio que a construir vías de ferrocarril [98](#).

El intérprete tradujo al gobernador las palabras de Su Excelencia Yuan. Carl Rosendahl frunció el ceño y se puso a pensar a regañadientes en lo que le dijo el *daren* Yuan; el animal dejó caer la cabeza hacia delante, una cabeza en la que, seguramente, no había nada dentro.

Carl Rosendahl hizo un movimiento brusco y repentino y le murmuró algo al intérprete.

El intérprete dijo seguidamente:

—El señor gobernador quiere decir que en Europa tienen una tortura que consiste en empalar al condenado y en dejarlo morir con una muerte lenta.

Los ojos del animal brillaron repentinamente y, reanimado, dijo:

—Su Excelencia, esta pequeña cosa que le habla ha pensado en algo. A principios de año, esta pequeña cosa oyó que un maestro en estas artes contaba una historia. El maestro de este maestro, durante los años de la era del emperador Yongzheng [99](#), había aplicado el suplicio del aroma de sándalo [100](#) a un pobre desgraciado que se había puesto a cagar cerca de las tumbas imperiales.

El *daren* Yuan preguntó:

—¿Y en qué consiste el suplicio del aroma de sándalo?

El animal respondió:

—Esta pequeña cosa no ha hablado claramente. El suplicio del aroma de sándalo consiste en meterle al condenado un palo de madera de sándalo por el valle profundo y sacárselo luego por la parte trasera del cuello; y al condenado se le ata después a un árbol.

El *daren* Yuan sonrió con frialdad y dijo:

—Los héroes acaban juntándose siempre vengan de donde vengán. Vaya que sí. ¿Cuánto vivió ese hombre?

El animal respondió:

—Tres días, lo más probable. Quizá cuatro.

El *daren* Yuan le dijo al intérprete que tradujese de inmediato a Rosendahl lo que le había dicho el verdugo. El gobernador se deleitó con lo que estaba escuchando y en un chino bastante rudimentario, dijo:

—Bueno, bueno... El suplicio del aroma de sándalo. Eso está bien...

El *daren* Yuan dijo:

—Pues que no se hable más. Si el gobernador está de acuerdo, se aplicará el suplicio del aroma de sándalo a Sun Bing. Pero debes dejarlo vivo durante cinco días. Hoy es el decimotercer día de la octava luna. Mañana haremos los preparativos y al día siguiente, el decimoquinto día de la octava luna, empezaremos el suplicio.

El animal se arrodilló en el suelo y dijo:

—Vuestra Excelencia, a esta pequeña cosa que le habla se le han echado los años encima. Las piernas le fallan y las manos le flojean. Este suplicio son palabras mayores. Necesitaré un ayudante.

El *daren* Yuan me miró y dijo:

—El verdugo de la prisión del sur de la subprefectura de Gaomi te echará una mano.

—Vuestra Excelencia, esta pequeña cosa no quiere que nadie de la subprefectura de Gaomi le ayude en este asunto —contestó el animal.

—¿Temes que te quiten el mérito? —replicó con una pregunta el *daren* Yuan.

—Vuestra Excelencia, le pido por favor que sea el hijo de este servidor quien le ayude en la ejecución —le rogó el animal.

El *daren* Yuan le preguntó:

—¿Qué hace tu hijo?

—Mata cerdos y descuartiza perros —respondió el animal.

El *daren* Yuan sonrió:

—Puede considerarse un experto. Claro que sí. De acuerdo. Cuando hay que hacer la guerra, mejor contar con la familia. Esta nunca traiciona.

El animal seguía arrodillado.

El *daren* Yuan le preguntó:

—¿Quieres decirme algo más?

El animal dijo:

—Vuestra Excelencia, esta pequeña cosa pensó que, para ejecutar este suplicio de la estaca de sándalo, es necesaria una plataforma de madera alta de un par de *zhang* y encima poner un palo bastante pesado que sirva de soporte. Al lado de la plataforma tendremos que construir una pendiente con unas planchas ligeramente inclinadas que permita subir y bajar a los que van a ejecutar la pena.

El *daren* Yuan dijo:

—Haz un plano y le pides al subprefecto de Gaomi que te lo construya.

El animal replicó:

—También necesitaré dos palos de madera púrpura de sándalo que serán tallados como una espada de doble filo. De esto se encargará personalmente este servidor.

—Que el subprefecto de Gaomi te ayude con ello —dijo el *daren* Yuan.

—También necesitaré doscientos *jin* de aceite de sésamo del más refinado.

El *daren* Yuan sonrió:

—¿Es que quieres freír a Sun Bing para que acompañe el vino?

—Vuestra Excelencia, una vez tallado el sándalo, tendremos que hervirlo en aceite durante al menos un día y una noche para que quede suave y para que, en el momento de meterlo en el culo y traspasar el cuerpo de Sun Bing, este no derrame una sola gota de sangre.

—Todo eso te lo arreglará el subprefecto de Gaomi —dijo el *daren* Yuan—. Dicho y hecho. ¿Vale? Pero dilo de golpe.

—También necesitaré diez cuerdas de cuero, un martillo de madera, un gallo blanco, dos gorritos forrados de rojo, dos pares de botas de cuero, dos uniformes negros, dos cinturones de seda roja, dos puñales largos y con la punta bien afilada y de doble filo, cien *jin* de arroz blanco, y la misma cantidad de harina blanca, cien huevos de gallina, veinte *jin* de carne de cerdo y la misma cantidad de carne de buey, medio *jin* del mejor *ginseng* [101](#), un frasco para preparar un remedio, trescientos *jin* de madera cortada, dos sierras, una jarra de agua, un caldero grande y otro pequeño.

El *daren* Yuan dijo:

—¿Para qué quieres el ginseng?

El animal respondió:

—Vuestra Excelencia, escuche bien a esta pequeña cosa que le habla. Después de sufrir el suplicio de la estaca de sándalo, el condenado empieza a sangrar aunque no se le haya tocado ni una sola víscera. Es por ello que, si quiere mantenerlo vivo durante cinco días, hay que darle un caldo de ginseng. Si no, el condenado no le va durar nada.

—Y una vez ha tomado el caldo, ¿me garantizas que va a durar cinco días? —inquirió el *daren* Yuan.

—¡Pongo las manos en el fuego! —confirmó rápidamente el animal.

—Subprefecto de Gaomi, tú le ayudarás con todas esas cosas que nos pide. Ordénaselo a algunos de tus hombres. ¡Ya, que no se retrasen!

El animal volvió a arrodillarse, y el *daren* Yuan le exhortó:

—¡Pero levántate! —Sin embargo el animal seguía arrodillado y golpeando el suelo con la frente.

—¡Ya está bien, he dicho! Deja de golpear en el suelo tu cabeza de perro y escúchame bien. Si tú y tu hijo hacéis bien ese suplicio del madero de sándalo, os daré cien pares de taeles de plata; pero si no, os meteré ese palo de sándalo por el culo y haré una brocheta con los dos, y dejaré secar vuestra carne al aire libre.

El animal dio un golpe bastante contundente en el suelo con la frente y exclamó:

—¡Muchas gracias, Vuestra Excelencia!

—Subprefecto de Gaomi, y a ti lo mismo como no salga bien —añadió el *daren* Yuan.

Yo respondí:

—Este oficial de poco rango que soy yo hará todo lo posible para que salga bien. Se dejará la piel, se lo asegura.

El *daren* Yuan dejó su asiento y se dirigió hacia el gobernador Carl Rosendahl; los dos juntos se desplazaron a la parte baja de la sala. Apenas había dado unos pasos, Su Excelencia Yuan se giró y, como si hubiese pensado en algo repentinamente, preguntó sin cuidar las formas:

—Subprefecto de Gaomi, he oído decir que has hecho venir desde Sichuan al hijo de Liu Peicun para darle un trabajo. ¿Es cierto?

—Es cierto, Vuestra Excelencia —respondí sin dudar—, de Fushun, en la provincia de Sichuan. Es la tierra natal de Liu Peicun, el cual pasó los exámenes imperiales el mismo año que yo. Cuando fui destinado a Fushun, toda la familia de la señora Liu regresó a Fushun para los ritos funerarios. Yo me sentí obligado a darle el pésame [102](#) a la familia. Liu Peicun había sido mi compañero y quería honrar nuestra amistad. Pero como suele suceder en estos casos, tuve que ofrecerle a la familia algo más; contribuí con los gastos del funeral y les di diez pares de taeles de plata. Pero el dolor de la señora Liu era tan grande que me vi obligado a adoptar a su hijo Liu Pu. Vi que era un joven discreto y diligente, así que hice que viniese al *yamen*.

—¡Ah, subprefecto de Gaomi!..., no tienes pelos en la lengua; eres una persona honesta que no busca los favores de los hombres poderosos, y tienes buen corazón... —dijo, y añadió seguidamente—: Pero eres alguien que no comprende los tiempos en los que vive [103](#).

—Este oficial de poco rango le agradece a Vuestra Excelencia los consejos que le da —le dije golpeando el suelo con la frente.

—Ah, Zhao Jia, ese Liu Pu será tu enemigo; tú ejecutaste a su padre —añadió el *daren Yuan*.

Y el animal respondió:

—Esta pequeña cosa lo único que hizo fue seguir al pie de la letra el decreto imperial de Su Majestad.

IV

Señora, ¿por qué no me echa el vino que le he pedido? Llène mi copa, sí, llénela; venga y vacíe esta. Está pálida, ¿por qué llora? Señora, no llore. Tengo un plan. No dejaré que ese animal se lleve los cien pares de taeles, ni que el gobernador Carl Rosendahl y Yuan Shikai se salgan con la suya. Los cuchillos de ese Yuan mataron a mi hermano pequeño. ¡Maldito sea! Yuan Shikai tiene miel en la boca y acero en el corazón, y en su sonrisa esconde un sable. Y conmigo no va a hacer una excepción. Cuando haya acabado con Sun Bing, se ocupará de su marido. Señora, solo moriremos una vez, pues hagámoslo sin ataduras. Vivir así es como llevar la vida de un perro. Solo la muerte nos dignifica, solo ella nos hace humanos. Señora, llevamos casados hace más de diez años, y aunque no hayamos tenido hijos, nos respetamos y nos entendemos bien, pero cada uno en su sitio. Mañana por la mañana regresará a la provincia de Hunan. Ya le he preparado el carro. Ahí tengo diez *mu* de campos y una casa con cinco habitaciones. A lo largo de los años he ahorrado unos trescientos pares de taeles de plata. Lo suficiente para que lleve una vida confortable. Una vez se haya ido, ya nada me preocupará. Ah, señora, no llore más; sus llantos me apenan. Es difícil para el pueblo, y no le cuento para un oficial de gobierno imperial, vivir en estos tiempos revueltos. La vida de los hombres no vale ahora lo que vale la vida de un perro en tiempos de paz. Señora, adopte al hijo de mi hermano pequeño, al que mataron, y él os ayudará en todo. Yo ya les he escrito la carta, no pueden no responderme ahora. Cuando un pájaro va a morir, su canto se llena de tristeza; cuando un hombre va a morir, sus palabras se llenan de alegría. Señora, no debe pensar así. Si

muerdo, ¿quién me quemará dinero de papel el día de mi funeral? Pero si se queda, señora, estaré demasiado preocupado para pensar en otra cosa.

Señora, me he comportado muy mal con usted y por ello he querido decírselo de esta manera aunque ya lo supiese. No le he dicho nada que no sepa. La hija de Sun Bing y yo nos vemos desde hace más de tres años. Ella, Sun Meiniang, es, además, la nuera del verdugo Zhao Jia, y su barriga lleva un hijo que me pertenece. Señora, si es un niño, lléveselo a Hunan; y si es una niña, abandónela. Hágalo por la relación sagrada que nos une desde hace más de diez años. Esta es la última cosa que le pido, ¡reciba el saludo respetuoso de Qian Ding!

El vientre del cerdo

Capítulo quinto

Poner las barbas a remojar

I

Qian Ding, el nuevo subprefecto de Gaomi; de su barbilla cuelga una barba tan bella que parece una cascada de agua. La primera vez que se presentó en la sala baja impactó a todos con su hermosa barba. Ahí lo vieron esos funcionarios de las seis cámaras [104](#) —esos demonios traidores que pululan por los ministerios—, o los servidores del *yamen* —feroces como lobos y tigres, y arrogantes cuando bajan del caballo—.

El predecesor de Qian Ding en el puesto de subprefecto había sido un mal tipo con aspecto simiesco que había llegado hasta ahí sin haber pasado los exámenes imperiales. El puesto de magistrado y subprefecto lo compró. La barba de ese mono daba pena; tenía unos cuantos pelos que recordaban al pelo de una rata. Ese tipo, como la gente de su estirpe, era un ignorante y solo pensaba en el dinero. Cuando tomaba asiento en la Gran Sala del tribunal parecía un mono rascándose las orejas. El predecesor del subprefecto Qian Ding, con su aspecto rústico y sus aires vergonzosos de magistrado incorruptible, preparó a la gente para que recibiera con los brazos abiertos al nuevo magistrado. Qian Ding fue recibido como agua caída del cielo. El pueblo no podía creer que el nuevo magistrado fuera un tipo tan fino y educado. Cuando los oficiales de bajo rango de la sala baja del tribunal vieron entrar en la Gran Sala al nuevo magistrado de la subprefectura, el nuevo *laoye*, todos ellos pensaron que una nueva era se abría en Gaomi. Cuando Qian Ding tomaba asiento en la Gran Sala sentía que los de la sala baja le miraban con asombro, reconocimiento y una simpatía que le sorprendía.

Qian Ding obtuvo durante la octava rama del décimo tronco celeste de la era del emperador Guangxu [105](#), es decir, en 1883, el grado de *jinshi* en los exámenes imperiales, y salió en la misma lista que Liu Guangdi, uno de los seis héroes que se hizo famosísimo bajo el Cielo durante la undécima rama del quinto tronco celeste [106](#), es decir, en septiembre de 1898. Liu Guangdi ocupó el puesto trigésimo séptimo de la segunda lista, y Qian Ding, el trigésimo octavo. Tuvo que pasar dos años en un *yamen* miserable y luego, gracias a sus contactos, pudo salir de ahí. Había sido subprefecto dos veces. Una en Dianbai, en la provincia sureña de Guangdong, y la otra en Fushun, en la provincia central de Sichuan, y Fushun era la tierra natal de Liu Guangdi. Pero tanto Dianbai como Fushun estaban, entre montañas y ríos, lejos de los centros de poder, lugares miserables donde la gente era pobre y sufría. Incluso si hubiera querido robar, no habría podido hacerlo. Al final le llegó la oportunidad y le tocó la muy afortunada subprefectura de Gaomi. Aunque el lugar era algo aburrido, Qian Ding consideró ese cambio de lugar como una promoción. Qian Ding se mostraba lleno de energía y dispuesto a meter la nariz en cualquier asunto de la subprefectura. Su rostro rojo con sus hoyuelos pronunciados relucía, ya que Qian Ding era joven y estaba sano; tenía sus dos cejas bien perfiladas, que parecían gusanos de seda. Los ojos también le brillaban —parecían ojos cubiertos con una capa de laca—. Y la barba que le colgaba de la barbilla era tupida y frondosa como la cola de un caballo. A Qian Ding, la barba que le cuelga le llega a la mesa del juzgado. Con una barba así, el trabajo de subprefecto y magistrado ya está medio hecho. Los burócratas que habían sido sus compañeros le dijeron en una ocasión: «Hermano Qian, si el difunto Su Majestad Imperial te viese, no te retendría para meterte en el buen camino y salvar tu alma, sino que te propondría como intendente de circuito [107](#). Es una lástima que no te hayan visto en audiencia Su Majestad Imperial y su señora Su Majestad la emperatriz de la gran dinastía Qing. Con esa barba, no sé quién puede pararte los pies...». Pero cuando Qian Ding se veía en el espejo, esa cara alargada, imponente e imperial no correspondía desgraciadamente con la belleza y atractivo de su barba flotante.

El viaje que le condujo de Sichuan a Shandong había sido largo y penoso. En el camino, Qian Ding se detuvo junto a las aguas del río amarillo, en la provincia de Shaanxi, y entró en un pequeño templo donde sacó un palito adivinatorio [108](#). En el palito había una inscripción muy buena: la gran suerte y el gran provecho. El poema del palito decía: «Si la carpa plateada alcanza las aguas del río del Oeste, ella subirá al Cielo verde azulado apenas truene» [109](#). Lo del palito humeante le hizo mucha ilusión y disipó el estado de depresión en que se encontraba por no haber visto realizado su ideal profesional y humano. Le hizo retomar la confianza en el futuro, algo que había perdido. Cuando llegó a la subprefectura, a pesar de haber tenido un viaje largo y lleno de contratiempos, y de haber llegado enfermo, empezó a trabajar nada más bajar

del caballo. Asumió con diligencia todo lo que representaba el puesto de su predecesor y quiso acabar lo que el otro había dejado a medias. Una de las primeras cosas que hizo fue dar un discurso ante los burócratas para decirles aquí estoy yo. Qian Ding se sentía feliz y solo tuvo palabras de agradecimiento; su boca era como una fuente donde brota mucha mucha agua. Era un torrente desbocado, tenía una verborrea imparable, al contrario que su predecesor, que era de poca palabra y nunca decía nada. Qian Ding tenía una voz poderosa, magnética, bien entonada, que elevaba para ocultar el catarro que había cogido en el camino poco antes de llegar a Gaomi. Ese esfuerzo le daba un tono fascinante a su voz. Los ojos de los presentes en la sala baja hicieron saber al magistrado que él era alguien con mucho poder. Después de hablar, Qian Ding se mesó la barba con el dedo pulgar y lanzó una mirada a los presentes para que cada uno de ellos tuviera la sensación de haber sido visto personalmente por el gran *laoye*. Así dio por acabado el discurso de toma de posesión. La mirada enigmática del nuevo magistrado y subprefecto de Gaomi tuvo otro efecto: los presentes se sintieron exhortados por esos ojos y esas palabras, como si hubiese sonado de repente una campana. Qian Ding se levantó de la silla y dejó su sitio, dio media vuelta y se fue, como un golpe de viento claro y refrescante en medio de la sala.

Poco después, en un banquete organizado para los dirigentes y altos oficiales de los distritos de la subprefectura, la bella barba y la apariencia señorial de Qian Ding volvieron a ser el centro de todas las miradas. El magistrado ya se había curado de su catarro y no tenía la nariz tapada, y se llenaba el estómago del vino amarillo de Gaomi y la grasosa carne de perro. El vino amarillo le relajaba los músculos y le revigorizaba el riego sanguíneo. La carne de perro, tan generosa y sabrosa, le daba color a la palidez natural de su rostro. Esa era la razón por la cual el magistrado, con esa barba flotante, se veía todavía más apuesto, con mejor cara, más bello. El nuevo magistrado se servía de su voz potente para brindar con los otros convidados. No paraba de brindar con unos y con otros, por cualquier cosa, porque se sentía a gusto y seguro de sí mismo. A todos les decía que su única motivación era servir al pueblo y hacerle feliz. Sus palabras se veían interrumpidas por los aplausos de comensales; y cuando acababa de hablar, de nuevo más y más aplausos y felicitaciones en medio del humo perfumado de las barritas de incienso. Levantaba la copa de vino y proponía un brindis a los de los gorritos redondos en forma de melón y barba de cabra. Esos hombres se levantaban todos temblando de miedo, alzaban la copa y daban un trago hasta apurar el vino. Todo ello temblando y temblando. Qian Ding les ofreció a esas personas importantes de los distritos de Gaomi los mejores platos. Uno de ellos era una col china verdísima, como una gran esmeralda, que parecía llena de vida y que no tenía pinta de haber pasado por el fuego. Cuando los notables de los distritos vieron esa col verde, ninguno de ellos se atrevía a abrir la boca. Una simple risita les hubiera

hecho perder la cara. Qian Ding se dirigió a ellos y les dijo que esa col había sido, en realidad, cocinada, y que estaba rellena de las más exquisitas viandas. Con unos palillos, abrió una de las coles y les mostró a los comensales el relleno multicolor que había dentro. El olor a incienso llenaba la sala en la que se celebraba el festín. Esos notables eran en su mayoría unos escarabajos peloteros [110](#) que comían como brutos y se metían a diario en el cuerpo grandes pescados y grandes trozos de carne. No sabían, por lo tanto, cómo atacar ese plato delicado y tan sofisticado que parecía un cuadro. Así que lo olían y no le quitaban los ojos de encima, pero no hacían nada más. El subprefecto les animó a que probaran esas coles succulentas, y los notables acercaron con cierta timidez sus palillos para coger una hoja de col y probarla. Luego cada uno de ellos movía la cabeza para expresar su admiración por la comida, lo que no dejaba de ser un mero ritual para satisfacer al magistrado. El viejo maestro Xiong, que se encargaba de las finanzas de la subprefectura, había venido al banquete para probar ese licor amarillo y aprovechó la ocasión para presentar a los notables de los distritos la mujer del subprefecto —o la madre del emperador [111](#), como la llamaba el pueblo de Gaomi, la nieta de Zeng Guofan, al que se le conocía públicamente como Zeng Wenzheng—. La señora de Qian Ding apareció desde la cocina, donde había preparado la col para los invitados; ese famoso y complejo plato se llamaba, efectivamente, la col esmeralda. Este plato era la creación del honorable Zeng Wenzheng, cuando en su juventud ejercía de ordenanza en el Ministerio de los Ritos, en Pekín, y de su cocinero. Inventar ese plato costó lo suyo, y varios fueron los intentos antes de lograr esa obra maestra. Ese plato contenía la sabiduría de una generación de ministros de la dinastía Qing. Zeng Wenzheng no solo era una de las mentes militares y letradas más brillantes de su generación, sino que podía jactarse de ser un excelente cocinero y de saber preparar platos apetitosos más que nadie. El viejo maestro Xiong presentó a la señora Qian con un aplauso cálido y acogedor. Algunos notables de los distritos, los más jóvenes, se emocionaron y no pudieron contener las lágrimas; estas fluían abundantemente por sus mejillas arrugadas, y caían por la nariz hasta llegar a la barba.

Después de tomar las tres copas de rigor en este tipo de banquetes oficiales, los notables de los distritos brindaron uno tras otro por el magistrado Qian Ding —brindaban y lanzaban elogios desmesurados al recién llegado—, pero ninguno de ellos olvidaba la hermosa barba del gran *laoye*, que no paraba de comentarse. Unos decían que el gran *laoye* Qian era la reencarnación de Guan Yunchang o Wu Zixu [112](#). Otros decían que era Zhuge Liang que había resucitado o la reencarnación del rey celestial que sujeta la pagoda con su mano [113](#). A Qian Ding, a pesar de aceptar sin rechistar cada uno de esos cumplidos, le costaba ya aguantar tanto peloteo. Entre tanto brindis y comentario excesivo, el magistrado se soltó y empezó a hablar sin ningún pudor, desinhibido, a reír a carcajadas, a mover las manos, a gesticular, a aplaudir por

cualquier cosa, hasta olvidar lo que era y representaba en la subprefectura de Gaomi; se comportó como cualquier hijo del pueblo que bebe más de la cuenta y se cree subido en una nube.

Ese día, Qian Ding se emborrachó hasta perder el conocimiento, y los otros hicieron lo mismo. Ese festín hizo sensación en la subprefectura de Gaomi. Todo el mundo se enteró de qué sucedió en él, y ese banquete se convirtió en el tema de conversación recurrente que siempre salía. La gente habla todavía hoy de esa col esmeralda como de lo más inverosímil que ha aparecido en la subprefectura. Se contaba que esa col era imposible de abrir y que Qian Ding había instalado un mecanismo que, al manipularlo, hacía que la col se abriera de inmediato como una flor de loto blanca igual que la que sirvió de asiento al Buda. Las hojas de la col se abrían como los pétalos de una flor, y fue por eso que todos los presentes se quedaron con la boca abierta.

Muy rápidamente la gente supo que la señora del subprefecto era la nieta de Zeng Wenzheng, y que el marido de la nieta de Zeng Wenzheng era apuesto y señorial, su cara era alargada y su barba era, además, tan bella como la de Guan Yunchang. El subprefecto no solo tenía un aspecto señorial, sino que era un *jinshi* de la segunda lista y su educación podía compararse con la del hijo del Cielo, tenía verdadero talento y lo que decía tenía siempre una intención; podía beber mil copas de vino sin embriagarse; y si se embriagaba, no desvariaba como otros altos oficiales de la dinastía Qing; era como el árbol de jade ante el viento que sopla [114](#) y una montaña primaveral bañada por la lluvia [115](#). La señora del subprefecto era elegante y se notaba que venía de una familia noble. Su porte así lo decía: se mostraba virtuosa y parecía haber recibido una buena educación. La llegada de los dos a Gaomi fue vista por el pueblo como una bendición.

II

En el distrito de Dongbei de la subprefectura de Gaomi vivía otro hombre de bella barba y muy apuesto que se apellidaba Sun y se llamaba Bing, y era el director de una compañía del teatro cantado de Maoqiang, la de la melodía del gato.

El teatro cantado de Maoqiang se desarrolló en el distrito de Dongbei de la subprefectura de Gaomi como una variante del teatro cantado. Se llamó melodía del gato porque la voz de los actores recordaba al maullar elegante y melancólico de los gatos. En sus representaciones había algo de peculiar y misterioso, lleno de color y viveza, como si se hubiera escrito inspirándose en el alma de las gentes del distrito de Dongbei de la subprefectura de Gaomi. Sun Bing fue el reformador de la ópera de Maoqiang y su sucesor; y fue él quien le hizo alcanzar el prestigio que tuvo en toda la provincia de Shandong. Él también cantaba e interpretaba al personaje barbudo, y la verdad es que no necesitaba ponerse una barba postiza porque la suya ya le servía —era además mucho más bella y tupida—. Pero pasó lo inevitable. Uno de los señorones del distrito, un tal Liu —el cual le tenía adoración a Sun Bing— había tenido un nieto y para celebrarlo organizó un banquete. Sun Bing fue invitado y se presentó. En el banquete también había un tal Li Wu, que era un servidor-espía [116](#) del *yamen* de la subprefectura. En el banquete, Li Wu no paró un instante de dárselas de importante y se ponía a la vista de todos; y así empezó a alabar de forma desmesurada al subprefecto de Gaomi delante de todos; elogió tanto su manera de hablar como sus gestos y modales, sus intereses como sus debilidades. Su discurso llegó hasta las barbas del magistrado como una ola encrespada.

A pesar de estar de vacaciones en su casa, Li Wu vestía sus mejores hábitos de servidor y solo le faltaba el bastón de agua y fuego para ponerse a trabajar. Gesticulaba cuando hablaba y movía todos los miembros de su cuerpo. Bum, zas, bum, zas... Y los demás —las buenas gentes de los distritos— le escuchaban con los ojos abiertos como platos y con la boca abierta. Todos habían olvidado la comida y la bebida del banquete. Tenían las orejas de punta, y escuchaban las palabras del servidor como si fuera la llamada de la montaña o un tsunami a punto de llegar. Su ojitos daban vueltas y más vueltas y veían atónitos cómo volaba la saliva. Sun Bing había visitado el sur y el norte, era una persona que había visto muchas cosas y tenía amplios conocimientos sobre lo que era la vida. Sabía que ese Li Wu y el subprefecto de Gaomi le estaban quitando protagonismo en ese banquete. Él, y solo él, debía ser el centro de todas las miradas y no lo era. Nadie le hacía caso, y por eso se ponía a beber, copa tras copa, y luego pedía otra. Lanzaba una mirada desdeñosa y soltaba algún comentario mostrando los dientes. Pero no le hacía caso a Li Wu, y este no se había dado cuenta todavía de que delante de él había un hombre que tenía la barba igual de bella e imponente que el subprefecto de Gaomi y se lanzó a hacer una descripción minuciosa de las barbas de Qian Ding:

—... la barba de la gente ordinaria es tupida, pero no supera los mil ochocientos pelos. ¿Y la del gran *laoye*, cuántos tiene? Ja, ja, ja... ¿Se puede decir?... ¡Prohibido adivinarlo! Mi tarea consiste en ir todos los meses a enterarme de lo que dice y piensa el pueblo del magistrado de Gaomi y luego comentárselo a Su Excelencia. El gran *laoye* me preguntó: «Xiao Lizi, adivínalo, ¿cuántos pelos tengo en la barba?». Y yo le contesté, gran *laoye*, no llego a adivinarlo. El gran *laoye* me dijo: «¿No lo sabes? Bueno, te lo perdono..., y te hablaré con sinceridad. Mi barba tiene nueve mil novecientos noventa y nueve pelos. Solo me falta uno para los diez mil [117](#). Fue mi señora quien me los contó uno tras otro». Le pregunté al gran *laoye* cómo había podido ser tan exacta en la cuenta; y él me contestó: «La señora es extremadamente minuciosa, además de poseer una inteligencia superior. Cuando lleva cien pelos contados, los ata, y así hasta el final. No puede haber error». Yo le dije, gran *laoye*, pero con un pelo más, usted es la perfección y, por lo tanto, usted alcanza la inmortalidad. El gran *laoye* me replicó: «Xiao Lizi, no lo entiendes, en este mundo hay que evitar a toda costa la perfección. Mira la luna, en el cielo; cuando está redonda del todo enseguida mengua. Mira los frutos que dan los árboles; cuando están maduros, enseguida empiezan a pudrirse. La gente ordinaria nunca debe aspirar a la perfección. Diecinueve mil novecientos noventa y nueve es el número que da más suerte en este bajo mundo, y es también el número más grande. Un ministro, como un servidor del estado, no puede aspirar al número diez mil, que es la inmortalidad. Sería demasiado ambicioso de su parte para la humildad que debe mostrar en todo momento. Xiao Lizi, no te burles de la profundidad de este pensamiento y tenlo en

cuenta siempre que sirvas a la gran dinastía Qing». Las palabras del gran *laoye* me parecieron oscuras y llenas de misterio. Su inteligencia poderosa penetraba hasta rincones totalmente inaccesibles a mis luces. Todavía hoy no entiendo lo que quiso decir con esas palabras. El gran *laoye* me dijo además: «Xiao Lizi, en este mundo solo hay tres personas que saben cuántos pelos contiene mi barba. Una soy yo, la otra es mi mujer y la otra es... ¡Eres tú, Xiao Lizi! Así que mantén el pico cerrado. Si lo divulgas, atraerás a tu lado toda la desgracia de este mundo. ¡Será catastrófico para ti!».

Li Wu apuró su copa de vino, buscó los palillos y se puso a picar entre los platos. Hacía ruido mientras comía y musitaba algo, como quejándose de la calidad de la comida. Al final cogió una habichuela de soja verde con los dos palillos y la puso entre sus dientes: *chiquichaque*... Después de comer se puso a rechinar los dientes con desgana, como lo hubiera hecho una rata después de llenarse la barriga. El hijo del señor Liu, el que había tenido un hijo, se acercó corriendo con una cabeza de cerdo que había sido cocida al vapor y la puso delante de Li Wu; el hijo del señor Liu tenía las manos aceitosas y con ellas se secó el sudor que le corría abundantemente por la frente y se disculpó:

—Mi buen tío Li, el muy honorable Li, no se ofenda conmigo. Nosotros somos gentes del campo y no sabemos cocinar. Esto es lo único que podemos ofrecerle...

Li Wu seguía mordisqueando sus habichuelas verdes, hacía ruido con la boca y escupía las cáscaras, y empezó a golpear la mesa con los palillos. Mostrándose enfadado, hizo un esfuerzo, sin embargo, por parecer más tolerante y dijo:

—Señor Liu, ahí te equivocas. ¿Crees acaso que yo me he precipitado hasta aquí para comer? Si tu tío Li hubiera tenido hambre, se habría metido en cualquier cantina del lugar donde, sin abrir la boca, me habrían servido carajos de mar, abulones, pezuñas de camello y patas de oso, cabeza de mono y nidos de golondrinas... Todo ello me lo habrían ofrecido en un platillo tras otro, en un bol tras otro. ¡Y a eso se le llama darse un banquete! Pero lo que tu familia me ofrece..., ¿cómo se puede llamar? ... Un par de platillos de habichuelas verdes medio cocidas, una cabeza de cerdo que apesta, un licor amarillo picado servido de cualquier manera y sin tener en cuenta la temperatura... ¿Y a esto le llamas un banquete? ¡Esto es una farsa que huele mal! En primer lugar, nos hemos desplazado hasta tu casa para honrar a tu padre con nuestra presencia y añadir un poco de respetabilidad a su casa. Y en segundo lugar, también he venido para tirar a las gentes de esta subprefectura de la lengua y enterarme de lo que piensan. Tu tío está tan ocupado que no tiene tiempo a tirarse un pedo ni a cerrar los ojos, ni a ir al templo... ¡Nada de eso puedo permitirme con tanto trabajo!

El señor Liu se limitó a escuchar las palabras de Li Wu sin responder nada. Estaba tan amedrantado por esa arenga que solo podía asentir con la cabeza y doblar la cintura; y cuando Li Wu tosió, aprovechó ese momento para salir corriendo.

Li Wu dijo:

—¿Cómo alguien de la educación del venerable Liu ha podido engendrar un escarabajo pelotero como este?

Todos los presentes bajaron la mirada y ninguno de ellos se atrevió a contestar a Li Wu. A Sun Bing le llenaron de indignación esas palabras. Cogió con sus manos el plato con la cabeza de cerdo que estaba delante de Li Wu, lo apartó para ponerlo a su lado y dijo:

—El señor Li está acostumbrado a degustar los platos más finos. Imagino que esa cabeza de cerdo puesta delante de sus narices debe de parecerle poca cosa. ¿No es cierto? Este hijo de pueblo que le habla ahora solo tiene en su estómago cáscaras vacías de cereal. La carne de esta cabeza de cerdo le ayudará a lubricarlas y así tendré una evacuación más fácil y agradable.

Una vez dichas esas palabras, nadie se atrevió a levantar la mirada. Sun Bing se puso, sin embargo, a cortar la carne de la cabeza de cerdo —el aceite goteaba por todas partes—, y con parsimonia se fue metiendo los trozos en la boca. Los degustaba con delectación: *mmm, ñam, ñam, ñam...*

—¡Qué bueno, qué bueno! —exclamó—. Por la madre que me parió, ¡qué bueno está!...

Li Wu miró con cara de pocos amigos a Sun Bing; pero este último ni siquiera se dignó a girar la cabeza. Li Wu no encontró respuesta a su mirada indignada y eso le llenó de rabia. Miró la cara de los presentes para ver cómo reaccionaban y sacudió la cabeza con desdén y mostrando su desagrado ante los que, pensaba, no eran más que chusma, pueblerinos sin educación. Los que se habían sentado en la mesa tenían miedo y no se atrevían a hacer nada; y solo por respeto hicieron un brindis con el vino. Li Wu no podía rechazar esa propuesta y vació su copa. Luego se limpió la boca con las mangas de su chaqueta y retomó lo que estaba diciendo sobre el subprefecto Qian:

—Mis queridos paisanos, ya que todos somos hermanos y gentes nobles en la subprefectura, os he contado la historia de la barba del gran *laoye*. A esto se le puede llamar «con familia o sin ella, todos somos del mismo pueblo». Una vez dichas estas palabras, que se pudran en vuestro estómago y que no salgan por vuestras boquitas. Si el secreto que os he contado llega a oídos del gran *laoye*, se me acaba el bol de arroz [118](#) porque todo esto solo lo sabemos el gran *laoye*, su señora y yo. ¡Os lo ruego, no digáis nada!

Li Wu hizo un puño con una de sus manos y lo cubrió con la otra y de esa manera pasó por la mesa y saludó a todo el mundo. Los otros no sabían qué responderle, pero le tranquilizaron:

—No se preocupe, no se preocupe...; para nosotros es un honor haber nacido en el distrito de Donbgbei, en Gaomi, en el mismo lugar que usted, Su Señoría, y donde

usted brilla con luz propia. ¿Cómo íbamos a hacer daño a alguien que es de los nuestros? Lo único que deseamos es compartir su gloria, señor.

—Ahí está el problema; es precisamente porque soy de los vuestros que os podéis ir de la lengua... —Li Wu dio otro trago de vino y prosiguió bajando la voz como si fuera a contar un secreto—: Su Señoría el subprefecto de Gaomi llama a menudo a vuestro hermano para hablar con él. Ahí, en su despacho, charlamos, comemos nuestras carnes y bebemos nuestro licor amarillo como dos hermanos. Hablamos de los designios del Cielo, de los acontecimientos de esta baja tierra, del pasado y del presente, de China y de otros países. El gran *laoye* es una persona erudita. No hay nada en este mundo que él no sepa; y comer y beber, todo esto le alegra el corazón al gran *laoye*. Los dos charlamos sin cesar hasta medianoche. Cuando la señora se preocupa, envía a una *yatou* y llama a la puerta. La *yatou* nos dice: «*Laoye*, la señora dice que ya es tarde y debe descansar». El *laoye* le responde: «Meixiang, regresa y dile a la señora que se vaya a descansar ella en primer lugar. Yo quiero quedarme a hablar un rato más con Xiao Lizi». Esa es la razón por la cual la señora Qian me tiene manía. Ese día, yo tenía que hacer un trabajo en la sala trasera y me encontré cara a cara con la señora, la cual me paró los pies y me dijo: «¡Ah, este es el bueno de Xiao Lizi, el que retiene al *laoye* Qian por las noches con la cantimplora de vino y las charlas! El *laoye* te prefiere a ti antes que a mí, enano. ¿Crees que debería decirle a alguien que te dé una buena paliza?». Yo, muerto de miedo, le contesté sin pensarlo: «¡Sí, la merezco, la merezco!».

El *tongsheng* [119](#) Ma, el gran fracasado de los exámenes imperiales, me interrumpió:

—Gran hermano Li, la señora del subprefecto, ¿qué aspecto tiene? Corre el rumor de que tiene la cara picada.

—¡Eso son pedos y nada más que pedos! ¡Quien dice eso debería ir directo al infierno una vez muerto! —Li Wu enrojeció y, ofendido, añadió—: Yo te digo, *tongsheng* Ma, ¿tú de qué tienes rellena la cabeza? ¿De leche de soja o de gachas de arroz? ¿Has ido a la escuela?... Zhao, Qian, Sun Li, Zhou, Wu, Zheng, Wang [120](#)...; el Cielo es oscuro y la tierra amarilla; el Universo es ignorante [121](#)... ¿Pero dónde has dejado los libros? Mueve el cerebro, piensa... Porque ya has dejado de hacerlo. La señora del subprefecto de Gaomi... ¿No sabes a qué familia pertenece? Es una hija de buena familia, una perla preciosa. Desde pequeña ha estado acompañada por abuelas y tías y madres, y no sé cuántas *yatou* que la han servido como una reina en una casa más limpia que un jaspe. Incluso si hubiera caído un pastel en el suelo, se habría podido recoger y comer sin una mota de polvo. ¿Cómo diablos va en ese medio a coger la viruela? Y si no ha pasado la viruela, ¿cómo va a tener la cara picada? O quizá has sido tú, el que no ha podido pasar los exámenes oficiales todavía, quien le has arañado la cara con tus manazas.

Todo el mundo se puso a reír. El *tongsheng* Ma se ruborizó y, dando explicaciones, dijo:

—Pues... ¿cómo un hada inmortal como la señora del subprefecto de Gaomi iba a tener la cara picada por la viruela? ¡Esos rumores que corren por Gaomi son verdaderamente odiosos!

Li Wu miró a Sun Bing, el cual ya había comido varios trozos de carne, tragó saliva y dijo:

—La relación entre el gran *laoye* Qian y vuestro hermano es perfecta; no hace falta que nos digamos nada para entendernos. Me dijo de su propia boca: «Xiao Lizi, tú y yo estamos hechos de la misma madera. No sabría decir el porqué, pero nuestros corazones baten al mismo ritmo, respiramos al mismo tiempo, nuestros intestinos se comunican, como nuestros estómagos...».

Sun Bing sonrió fríamente. Tenía la boca llena y salivosa, hizo un esfuerzo y tragó la carne que tenía dentro. Dijo:

—Por lo que me dices, cuando el gran *laoye* se sacia, tú no tienes necesidad de comer, ¿no es cierto?

Li Wu, furioso, replicó:

—Sun Bing, ¿eres tú el que dices esto? ¿Te crees que todavía estás sobre las tablas con tu opereta de mierda? Te pasas el día con esas obras que cuentan la vida de los emperadores, de los jóvenes talentosos aspirantes a letrados-funcionarios y las muchachas virtuosas cuando se relacionan entre ellos. Cantas sus nobles virtudes hasta desgañitarte, pero desconoces el arte de vivir y sus reglas. Vives en un mundo irreal, Sun Bing. Te has zampado tú solo el plato entero, tu boca se ha ensuciado de aceite y grasa, como lo hubiera hecho un glotón que carece de buenos modales, ¡y encima dices tonterías!

—Si está tan acostumbrado a que le sirvan carajos de mar, orejas de mar y abulones, pezuñas de camello y patas de oso, cabeza de mono y nidos de golondrinas, ¿por qué le hace tanto daño que me coma la carne llena de grasa de esta cabeza de cerdo? —respondió, riendo, Sun Bing.

Li Wu dijo:

—Eso es tomar el corazón de este pobre servidor por sus intestinos. ¿Crees que hablo por mí? No, no hablo por mí, sino por los invitados a este banquete, a los que has dejado sin nada.

Sun Bing sonrió:

—Con tus pedos ya han quedado saciados, ¿para qué la carne de cerdo?

Los presentes se indignaron con las palabras de Sun Bing y empezaron a insultarlo. Pero Sun Bing no se enfadó. Se comió lo que quedaba de carne en el plato y con un bollo de pan blanco relleno, un *mantou*, limpió lo que quedaba de aceite. Una vez saciado, encendió una pipa y se puso a fumar expulsando grandes bocanadas de

humo.

Li Wu sacudió la cabeza y suspiró:

—¡Ah, esos padres que tienen hijos y no los educan! El gran *laoye* Qian debería llevarte al *yamen* para que ahí, ¡zis, zas!..., ¡te den cincuenta palazos!

El *tongsheng* Ma intervino:

—Ya basta, hermano Li. Los antiguos compensaban la falta de carne y vino con conversaciones agradables e interesantes. Háblanos del gran *laoye* Qian y de la vida en el *yamen*; eso hará de carne.

Li Wu respondió:

—No tengo ganas de seguir con eso... Pero para decirlo todo en una frase: el subprefecto de Gaomi, el gran *laoye* Qian, es la buena suerte del pueblo llano. El gran *laoye* Qian posee un talento enorme. El problema es que la subprefectura de Gaomi no pinta mucho. ¿Cómo vamos a retenerlo? Este *laoye* será promovido tarde o temprano. Otra cosa no puedo decir. Y con esa barba de inmortal que va luciendo por el *yamen* no tardarán en nombrarlo gobernador de la provincia de Shandong, y por poco que se presente la oportunidad, lo nombrarán ministro y será tan importante como Zeng Wenzheng, uno de los pilares del estado.

—... y cuando el gran *laoye* se convierta en ministro, Li Wu se hará rico —se entremetió el *tongsheng* Ma—. A esto es a lo que vulgarmente se le llama: «Cuando la luna brilla, las cabezas se iluminan; cuando la marea sube, los barcos están en lo alto». Hermano Li Wu, brindo por usted ahora mismo, porque luego, cuando esté en lo alto, temo que me será imposible verle la cara y hacerlo de nuevo.

Li Wu apuró la copa y dijo:

—En realidad, para un servidor, una palabra vale más que mil, y esa palabra es «lealtad» [122](#). Si tu amo y señor te sonrío, no te azotará; si te da una patada, no te sientas ofendido. El gran *laoye* Qian, Zeng Wenzheng, ese tipo de gente, resumiendo, cuando no son estrellas del Cielo, son reencarnaciones [123](#) de dragones, serpientes y otros animales. Nada que ver con lo que somos nosotros. ¿Y qué era en realidad Zeng Wenzheng? Pues era una larguísima serpiente pitón. Todo el mundo dice que Su Excelencia padecía de tiña [124](#) y tenía la piel llena de hongos. Cuando se levantaba de la cama, los trabajadores domésticos encontraban trozos de piel blanca en las sábanas. Fue el gran *laoye* Qian quien me lo comentó. ¿Pero nadie sabía que tenía tiña? ¿De dónde salía esa piel? Estaba claro para todo el mundo: el ministro Zeng Wenzheng era una serpiente que mudaba de piel. ¿Y qué era el gran *laoye* Qian? Os lo voy a decir, pero no se lo digáis a nadie. Una noche, después de mucho hablar, agotados, nos quedamos dormidos en el *kang* del ala oeste. Sentí que algo pesado había caído sobre mi cuerpo y pensé que había soñado que un tigre me había puesto una de sus garras encima. Cuando me desperté supe, aterrado, que el gran *laoye* Qian se había dormido con una pierna encima de mi cuerpo...

Todos los presentes contuvieron la respiración y palidieron al ver la boca de Li Wu. Li Wu apuró otra copa de vino antes de seguir con su historia:

—Entonces lo comprendí todo: la barba del gran *laoye* Qian, esa barba tupida y bella, no era humana, sino que estaba hecha con los pelos de los bigotes de un tigre.

Sun Bing golpeó la pipa contra la mesa para sacar la ceniza que había quedado dentro. Cogió el tubo y sopló dentro, hinchando los mofletes de la cara, para sacar los restos que habían quedado del tabaco. Hizo un movimiento elegante, muy teatral, y con las dos manos se mesó la barba y dijo:

—Li Wu, hijo mío, ve a la casa de ese *laoye* y dile que su barba no vale todavía lo que valen los pelos de pollo que hay en mi culo. ¿Has oído bien?

III

Al día siguiente, de buena mañana, Sun Bing no había hecho todavía la digestión de toda la carne de cerdo que había comido el día anterior cuando cuatro esbirros [125](#) del *yamen* lo sacaron medio desnudo de la cama y lo tiraron al suelo como se tira un gusano que se encuentra debajo de la almohada. Junto a Sun Bing dormía Xiao Taohong —una actriz que interpretaba el papel de *dan*—, la cual solo iba cubierta con una blusa roja que le tapaba los pechos y le llegaba a media barriga. La pobre se quedó así, sobre el *kang*, temblando de miedo. Uno de los servidores del *yamen* dio una patada al orinal que estaba junto al *kang* y la orina se derramó por el suelo. Apeataba en la habitación. Sun Bing se convirtió en una verdura pasada y gritó:

—Hermanos, hermanos, si tenéis que decirme algo, ¡decídmelo ya!

Uno de los empleados le agarró un brazo y se lo torció. El otro alumbró un lamparilla que había colgada de la pared. En medio de esa luz amarillenta, Sun Bing pudo ver que en la habitación también se encontraba Li Wu y estaba sonriendo.

—Li Wu, Li Wu —soltó Sun Bing—, nosotros nunca hemos sido enemigos. ¿Por qué me haces esto ahora?

Li Wu avanzó dos pasos, le dio un bofetón y le escupió en la cara.

—Tu comedia apesta, nosotros nunca nos hemos llevado bien. Pero ahora sois tú y el gran *laoye* Qian quienes no os lleváis bien. A tu hermano le da de comer Su Señoría, por eso ha venido para arrestarte y por ello te pido mil disculpas.

Sun Bing respondió:

—¿Qué ha pasado entre él y yo para que me la tenga jurada?

Li Wu sonrió:

—Ah, veo que eres olvidadizo, hermano. Ya dicen que el hombre noble tiende a olvidar lo que le sucede... Ayer dijiste que la barba de Su Señoría Qian Ding valía lo que valen los pelos de tu culo. ¿No es cierto?

Sun Bing abrió los ojos, sorprendido, moviéndolos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y dijo finalmente:

—Li Wu, eso es tener muy mala leche. ¿Cuándo dije eso? No estoy loco, no soy estúpido. ¿Cómo podría decir algo parecido?

Li Wu replicó:

—Ni eres un loco ni eres estúpido, pero la carne de cerdo te delató tu corazón.

—Tu mierda está demasiado seca para que se pegue a mi cuerpo —dijo Sun Bing.

—Un buen Han asume lo que dice —zanjó Li Wu—. ¿Te vististe o qué? Si no, te llevamos en pelotas; y si quieres ponerte algo, espabílate porque no tengo tiempo para andar a la greña con un comediante apestoso como tú. El gran *laoye* Qian te espera en el *yamen* para examinarte los pelos del culo.

IV

Sun Bing entró en la sala del *yamen* de la subprefectura acompañado de los servidores, y lo hizo a porrazos y tambaleándose. La cabeza le daba vueltas, le sudaba todo el cuerpo y no sé cuántas magulladuras tenía. Había pasado tres días encerrado en la prisión del *yamen* y algunas heridas se le habían infectado. El cuerpo se le había llenado además de piojos y gusanos. Durante esos tres días, los carceleros le habían sacado seis veces con los ojos vendados para azotarle con un látigo de tiras de cuero. Los latigazos cayeron sobre su cuerpo como gotas de agua en un día de lluvia torrencial. Le azotaron como se azota a un asno. Durante esos tres días, los carceleros solo le dieron de beber un bol de agua sucia y un bol de arroz pasado para comer, y como no pudo ser de otra manera, pasó hambre y sed. Le dolía todo el cuerpo, y el ochenta por ciento de su sangre había sido chupada por los piojos. Él pudo ver como corrían por las paredes todos esos bichos buscando desesperadamente un miserable grano de cereal o cualquier otra cosa que comer. Sun Bing ya no podía aguantarse. Tres días así le dejaron sin fuerzas. Lo único que podía esperarle era la muerte. Lamentó en lo más profundo de su ser haber pronunciado ese comentario sobre Qian Ding. No hubiera debido decirlo nunca. También lamentó haberse comido toda la carne de la cabeza de cerdo. Quería levantar la mano y darse un bofetón en plena cara, en la boca, y recibir así el castigo que merecía por bocazas. Pero cuando levantaba la mano, sus ojos le hacían chiribitas. Veía luces, un fulgor abigarrado que le mareaba. Además le dolía el brazo, se tensaba como una barra de hierro y no podía doblarlo, le quedaba, por lo tanto, colgando del hombro, rígido, como algo muerto e inservible.

Ese día amaneció nublado y para iluminar la Gran Sala del tribunal se necesitaron diez velas de grasa de oveja. Las llamas no podían estarse quietas y parecían flotar en medio del humo de la cera que había en la sala. La combustión de esa cera de oveja desprendía un olor a rancio. Ese olor le mareaba y le provocaba náuseas. Tenía algo dentro del estómago que le daba golpes y se movía de un lado a otro. Un líquido espeso y hediondo empezó a salir por los labios de Sun Bing, el cual no tardó en lanzar un escupitajo en medio de la Gran Sala del tribunal, pero enseguida se sintió muy desgraciado por haberlo hecho y quiso disculparse. Se limpió la cara y la barba de los grumos que había quedado pegados. Pero oyó voces que venían de las zonas oscuras de la sala: «¡Uhhh!..., ¡ohhh!...». Esas exclamaciones le hicieron saltar de miedo, y Sun Bing no sabía qué responder. Justo en ese momento, uno de los guardianes le pegó una patada en las piernas, y Sun Bing cayó de rodillas sobre las baldosas del suelo muy a pesar suyo.

Una vez en el suelo, Sun Bing se dio cuenta de que era más cómodo estar así que estar de pie. Después de vomitar la comida que llevaba dentro, Sun Bing se sintió mucho mejor y mucho más despejado. De repente sintió que no debía lloriquear, ni comportarse como un pajarito recién salido del cascarón, en el nido. El buen Han actúa y el buen Han asume lo que hace. Cuando a uno lo decapitan no le queda más que un cuello que es tan grande como la boca de un bol. Y dadas las circunstancias, el subprefecto no iba a perdonarle esa pena. ¿Para qué lloriquear entonces? No serviría de nada. Como dicen, dentro de cien años, todos calvos. ¿Por qué no morir con un par de huevos como un buen héroe de la antigüedad? Quién sabe, igual dentro de unos años a alguien se le ocurrirá escribir una ópera de Maoqiang sobre Sun Bing, y, al menos, se le recordará por haber hecho algo memorable. Con solo pensarlo, la sangre le hervía en las venas y se excitaba. La sed que sentía en su boca, el hambre que tenía en su estómago, el dolor en su cuerpo, todo ello se redujo, de golpe; sus ojos se humedecieron y su cerebro volvió a cobrar vida. No sé cuántas veces había interpretado sobre las tablas las vidas trágicas y sublimes de esos héroes y buenos Han. Había cantado sus vidas y su cabeza se había llenado de ellas: «¡Ya puedes darme los palos que quieras, tú, perro y oficial del imperio, porque yo apretaré los dientes y lo aguantaré todo!». Por eso se puso recto y sacó pecho, levantó la cabeza, y todo ello en medio de ese ambiente imponente y amenazante de la sala del *yamen*: «¡Uhhh!..., ¡ohhh!...». Ahí dentro se respiraba la atmósfera misteriosa que se respira en un bosque.

Sun Bing alzó el mentón y lo primero que vio ante sus ojos fue el subprefecto de Gaomi, el gran *laoye* con su larga barba, su tez roja, solemne como un dios de la antigüedad, sentado en el asiento horizontal sobre el cual estaba la inscripción: «Justo y honorable». El *laoye* estaba bajo la luz de los cirios, sentado en la silla pesada pintada con sangre de gallo y con la flor grabada del juez en el respaldo. Sun Bing vio

que el subprefecto, el gran *laoye*, también le estaba mirando. Sun Bing no podía no reconocer que Su Señoría tenía una bellísima presencia; Li Wu, por lo tanto, no había exagerado con su elogio. Sobre todo en lo referente a esa barba que le cuelga hasta el pecho, la cual parecía las crines de un caballo, como la seda azul verdosa, y nada vulgar. Sun Bing no se sentía avergonzado. En su corazón sintió algo que no se esperaba: sintió empatía por el subprefecto, el gran *laoye*. Algo le hacía sentirse cerca de él, como si lo conociese desde hacía muchísimos años, como un pariente o alguien parecido. «Los hermanos se encuentran en la parte alta del tribunal, y se ponen a pensar en los años pasados, y los ojos se llenan de lágrimas...».

Su Señoría el subprefecto golpeó la mesa con el martillo de madera. Hizo un ruido seco y contundente que sonó en toda la sala. Sun Bing se asustó. Su cuerpo, relajado como estaba, se tensó de golpe. Se dio cuenta de la cara solemne del gran *laoye*, y creyó que despertaba de un sueño. Comprendió que el tribunal no era un teatro, y que el gran *laoye* no era el *xusheng*, el personaje de la barba, y él, Sun Bing, no era el *hualian* [126](#), el que interpreta el papel masculino y tiene la cara pintada.

—El que está arrodillado al fondo de la sala, ¿dinos cómo te llamas?

—Este humilde hijo del pueblo se llama Sun Bing.

—¿Cuál es su lugar de origen?

—Soy del distrito de Dongbei.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta y cinco años.

—¿Y con qué te ganas la vida?

—Dirijo una compañía de teatro.

—¿Y sabes por qué estás aquí?

—Creo que bebí más de la cuenta y dije cosas que no debía haber dicho sobre Su Señoría.

—¿Y qué dijiste?

—Este humilde servidor no se atreve a repetirlo.

—Pero habla, no te va a pasar nada.

—Este humilde servidor no se atreve a repetirlo.

—Venga, habla.

—Este humilde servidor dijo que la barba de Su Señoría no vale todavía lo que valen los pelos de pollo que hay en mi culo.

Se oyeron risitas a los dos lados de la sala. Sun Bing levantó la mirada para ver lo que sucedía en el palco. Sobre la cara del gran *laoye* Qian se dibujó una sonrisa traviesa. Pero esa sonrisa se ensombreció rápidamente por un gesto facial de falsa solemnidad.

—Mi valiente Sun Bing —el gran *laoye* dio, con rabia, un golpe violento con el martillo de madera—, ¿por qué me insultaste de esa manera?

—Este humilde servidor debe morir. Oí contar maravillas de su barba y me provocó mucha envidia. Por eso dije esas tonterías...

—¿Querías compararte con mi barba?

—Este humilde servidor no ha querido llegar tan lejos. Simplemente creía que su barba era la más bella de este mundo. De hecho, no necesitaba llevar barbas postizas cuando interpretaba a Guan Yunchang en la obra *La reunión de la daga simple* [127](#).

«El gran río dirige sus miles de olas hacia el Este, y una barquichuela se aprovecha del viento del Oeste para abandonar, como una hoja, las nueve ciudades imperiales de Dragón y el Fénix, y descender mil *zhang* para visitar la guarida del tigre y la cueva del dragón...».

—¡Levántate, y deja que este magistrado te vea la barba!

Sun Bing se puso de pie. El cuerpo le temblaba, como si estuviera de pie en una barquichuela *sampan*.

«Ahora, en el reino de Wu, donde ondean las banderas, a lo lejos, remotas, como el tigre que ha entrado en el aprisco de las ovejas, ¿qué temer, por lo tanto, con una compañía así?...».

—Es ciertamente una barba bien hecha, pero no puede decirse que supera a la mía.

—Este humilde servidor no está de acuerdo.

—¿Tienes la intención de compararte conmigo? ¿Qué método quieres utilizar?

—El método del agua.

—¡Habla, pues!

—Mi barba no flota, sino que se hunde hasta el fondo.

—¿Cómo puede ser eso? —El gran *laoye* se mesó la barba, y, descompuesto, preguntó medio gritando —: ¿Y qué vas a hacer si pierdes la apuesta?

—Si pierdo la apuesta, entonces mi barba será como los pelos del culo de Su Señoría.

La sala se llenó de risas que retumbaron en cada una de sus esquinas. El gran *laoye* golpeó violentamente la mesa con el martillo de madera y gritó:

—Sun Bing, te haces el valiente y te atreves además a pronunciar tales obscenidades delante de tu juez.

—Este humilde servidor merece la muerte, Su Señoría.

—Sun Bing, insultas a los funcionarios que han sido destinados a este tribunal de justicia. Y según la ley, debería castigarte. Pero haces gala de una valentía y una rectitud sin igual. Así que te haré un favor y acepto la apuesta. Si ganas, te dejaré libre; pero si pierdes, te afeitarás cada uno de los pelos de tu barba, y lo harás con tus propias manos. Ah, y no te dejarás crecer la barba nunca más en tu vida. ¿Lo aceptas?

—Este humilde servidor lo acepta.

—El juicio ha terminado.

El gran *laoye* Qian se levantó de su asiento y desapareció detrás de la sala del

tribunal tan rápido y ligero como un golpe de viento.

V

El lugar elegido para la contienda de las barbas fue el patio trasero —un patio espacioso que quedaba entre la puerta del despacho encargado de los ritos de la subprefectura y la entrada principal—. El gran *laoye* Qian no deseaba que el desafío se le fuera de las manos, quería algo discreto, y apenas invitó a unos cuantos notables de la subprefectura. Quería invitarlos para que vieran el espectáculo, pero sobre todo para que fueran testigos de lo que ahí iban a ver con sus propios ojos. Pero las noticias sobre la contienda de las barbas entre el subprefecto Qian y Sun Bing no tardaron en saberse en cada esquina de Gaomi. De buena mañana, el pueblo de Gaomi se apiñó frente a la entrada principal del *yamen* de la subprefectura. A los primeros que llegaron les asustó toda la parafernalia del poder que se había organizado en el *yamen* y solo podían saber desde la distancia lo que ahí dentro pasaba. Al final, la gente que ahí se había reunido excedía todas las previsiones. Todos empujaban la puerta de la entrada principal del *yamen* para pasar y presenciar el duelo. Unos se habían subido a los árboles, otros a hombros intentaban ver lo que ahí pasaba, otros se habían encaramado a las tapias del *yamen*. Parecían el agua de una marea que oscilaba de un lado a otro y que amenazaba con romper el dique. El patio interior estaba abarrotado de invitados, y el resto debía quedarse detrás de la entrada principal.

En el patio habían instalado unas sillas de madera muy pesadas que formaban, junto con los árboles, unas vallas difíciles de traspasar. Los notables de los distritos que había invitado Su Señoría Qian se habían sentado en ese aforo. Ahí estaban todos, con sus caras solemnes y serias, como si llevaran un pesado fardo en sus hombros.

También estaban el secretario encargado de los asuntos penales, el secretario encargado de las finanzas y los empleados de los libros de los Seis Ministerios. Junto a las ringleras de asientos, los servidores del *yamen* se habían instalado, pero ninguno de ellos podía sentarse. Dos bidones de madera enormes y repletos de agua habían sido colocados en medio de ese patio del *yamen*. Ninguno de los dos contendientes se había presentado todavía. La audiencia empezó a ponerse nerviosa, se les veía a todos muy tensos y con las caras sudadas. La espera se estaba haciendo insoportable. Había niños que se habían colado como babosas y armaban cizaña entre los presentes. Los servidores ya no podían aguantarse de pie. Las piernas les flaqueaban como cañas que ya no aguantan las panochas de maíz. Esos servidores eran a menudo unos malencarados, pero esta vez ponían cara de angelitos. La relación entre el pueblo y sus gobernantes en Gaomi era, por lo general, muy peculiar, pero ese duelo había cambiado esa situación. Ahora estaban más cerca que nunca el uno del otro; esas filas de asientos parecían olas —el patio estaba demasiado lleno—, y los servidores tenían dificultades para contener esa marea humana. Uno de los oficiales, un pimpollo miope, saltaba de un lado a otro para no verse arrollado por esa marabunta que se movía sin parar y tenía los ojos blancos. La expresión de su cara recordaba a la de un gallo de pelea que acaba de ser derrotado. Uno de los jefes del distrito, un hombre ya entrado en años y con una tupida barba blanca, un tipo que parecía un cerdo, a decir verdad, se había caído al suelo y se había quedado panza arriba. Todo el mundo lo pisaba. El pobre hombre se movía de un lado a otro envuelto en su bata china llena de barro y porquería, gritaba, lloraba, pedía auxilio, pero nadie le hacía caso. Cuando se levantó, empezó a insultar a todo el mundo. La cara de ese puerco estaba tan caliente que parecía una torta salida del horno. Uno de los servidores del *yamen* había sido aplastado contra uno de los asientos de madera —los huesos del hombre se habían quedado incrustados—, y su cara recordaba a la de un cerdo que van a sacrificar, hasta que uno de sus compañeros lo sacó de ahí. El guardián Liu Pu, el responsable entre los servidores del *yamen* de poner orden, se subió a una silla y gritó con acento de Sichuan:

—Señores notables de los distritos de Gaomi, no se muevan, ¡no se muevan, se lo ruego! Si lo hacen... ¡de aquí no sale nadie vivo!

A media mañana, los dos protagonistas del evento aparecieron finalmente en escena. El gran *laoye* Qian salió de la parte trasera de la Gran Sala, pasó por la puerta del despacho de los ritos del *yamen* y entró en el patio. El sol brillaba poderosamente ese día y bañaba el rostro del subprefecto, el cual también brillaba como el astro rey. Una vez en el patio del *yamen*, Su Señoría Qian Ding saludó al pueblo. En su cara se había dibujado una sonrisa que era como una flor de crisantemo y aparecían todos los dientes blancos. El pueblo estaba excitado y expectante, pero era una excitación interior que no se exteriorizaba. La gente no saltaba, no gritaba y no lloraba. Todos

contenían la respiración ante la majestuosa presencia de Su Señoría Qian. Habían oído hablar de la presencia del gran *laoye*, pero nadie sospechaba que esa descripción de su belleza física era apenas aproximativa de la realidad. La realidad superaba lo que les habían contado. Ese día, el gran *laoye* no se había vestido con una indumentaria oficial. Vestía de manera informal y no llevaba el gorrito de melón de color escarlata. De esa manera lucía el cráneo brillante, del color de la caperuza verde azulosa de un cangrejo, y el pelo lacio colgando por atrás al estilo Qing. Su cabello estaba recogido en una larguísima y muy brillante coleta que le llegaba hasta el culo. En la coleta había una horquilla de plata que sujetaba el pelo, y en la horquilla había incrustada una piedra de jade verde que, al moverse, hacía ruido. El *laoye* vestía una túnica de seda blanca y calzaba unas zapatillas de tela azules con doble lengüeta y el empeine arqueado como el puente de una nariz. En las hebillas de las zapatillas había atadas unas cintas de seda. Su pantalón, ligero, flotante, recordaba a una medusa en el agua. Pero lo más bello del gran *laoye* Qian era la barba que le colgaba por el pecho. Eso no era, simplemente, una barba; sino que era una tela de seda negra que le colgaba de la cara. Esa barba era luminosa, brillante, aceitosa y suave. Y era tan luminosa, tan brillante, tan aceitosa y tan suave que parecía nieve blanca cayendo sobre el pecho de Su Señoría. A la gente se le alegraban los ojos cuando la veían. En medio de los asistentes había una joven mujer que no le quitaba los ojos de encima y estaba como hipnotizada. Esa joven estaba encima de una nube ya que el rostro bellísimo, como el árbol de jade ante el viento que sopla, del gran *laoye* Qian la había transportado hasta ahí. Su corazón se desconchaba, sus piernas flotaban, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Hacía apenas unos meses, en una noche de lluvia, esa misma joven había sido seducida por el subprefecto Qian. Pero esa noche el gran *laoye* vestía su atuendo de magistrado, parecía inaccesible, demasiado lejano y esclavo de su deber; pero el día del duelo de las barbas, el subprefecto iba vestido de otra manera. Esas ropas blancas le hacían más humano.

Esa joven era ni más ni menos que Sun Meiniang.

Sun Meiniang se abría paso entre la gente y clavaba los ojos en el gran *laoye* Qian. Ni siquiera pestañeaba. Cada gesto de sus manos y de sus pies la encandilaba. A ella no le importaba dar patadas a la gente, ni subirse sobre sus hombros, ni que la insultasen o se quejasen de ella. Ella, simplemente no les escuchaba. Había quienes sabían que ella era la hija de Sun Bing, uno de los contendientes que participaba en la competición de las barbas, y que su corazón estaba del lado de su verdadero *die*, pero se equivocaban. Por eso la dejaban pasar. Querían que estuviese cerca porque se compadecían de ella. Al final, sus rodillas chocaban con las sillas de madera. Meiniang quería subirse y mirar por encima de la cabeza de los servidores del *yamen*. El corazón de la joven volaba cual un pajarito que busca el pecho del gran *laoye* Qian para anidar en él.

La luz del sol embellecía los ojos de Su Señoría Qian; les daba más brillo y emoción. El gran *laoye* saludaba a los presentes con una mano sujetando el puño de la otra. Saludaba al pueblo, pero no les decía nada. Solo esbozaba una sonrisa encantadora. Sun Meiniang sintió que el gran *laoye* Qian le había lanzado una mirada. Ese breve momento la paralizó y su cuerpo se deshizo presa de una emoción tan intensa como devastadora. Todo el líquido que había en su cuerpo, las lágrimas, las mucosidades, el sudor, la sangre, incluso los huesos, todo eso se deshizo como la diarrea, como agua sucia de lluvia que se pierde por las alcantarillas. Meiniang se sentía ligera como copos de nieve flotando en el espacio, como en un sueño, como en el viento.

En ese momento, dos servidores del *yamen* sacaron a Sun Bing de la parte este del patio —ahí donde están las mazmorras que aterrorizan al pueblo—. Sun Bing fue reconocido inmediatamente por todos ya que era más alto (como una lanza de hierro en medio del batallón) que los dos servidores. El semblante de Sun Bing parecía algo inflado y tenía unos arañazos violáceos en el cuello, pero no parecía debilitado aunque temblaba un poco. Se puso hombro a hombro con el gran *laoye*, el subprefecto Qian, y el pueblo sintió un enorme respeto por él. Ni por su aspecto, ni por su complexión, podía compararse con el gran *laoye*, pero sí que era cierto que su barba era igual de extraordinaria que la suya. Ambas eran de otro planeta. La barba de Sun Bing era un poco más tupida que la de Qian Ding, pero no tan bien peinada y suave como la del subprefecto. Pero todo eso no era más que pequeños detalles. La barba de Sun Bing era impresionante. Uno de los jefes del distrito —uno muy delgado— le comentó a otro notable —uno muy gordo—:

—Este hombre no es un tipo cualquiera; tiene porte y demuestra mucho señorío.

—Sin embargo no es nadie de otro mundo; es un simple cantante de la ópera de Maoqiang —dijo el gordo con voz desdeñosa.

El presidente que iba a dirigir la contienda de las barbas se levantó del asiento de madera y, aclarándose una garganta malograda por el opio, dijo:

—Señores jefes del distrito, mis queridos paisanos, estamos aquí reunidos para la contienda de las barbas. El mal ciudadano Sun Bing se ha ido de la lengua y ha insultado a Su Señoría Qian. La falta de Sun Bing es muy grave. La justicia hubiera debido castigarlo severamente, pero no lo hará ya que Su Señoría Qian ha mostrado ser un juez de buen corazón y clemente. Por ello, y ya que es la primera falta de Sun Bing, Su Señoría ha propuesto este desafío público al que llaman la contienda de las barbas. Si Sun Bing sale victorioso, el subprefecto le perdonará sus faltas; pero si gana Su Señoría Qian, Sun Bing deberá afeitarse la barba y no volver a dejársela crecer nunca más. Sun Bing, ¿no es así?

—¡Así es! —Sun Bing alzó la cabeza y añadió—: Y agradezco al gran *laoye* Qian su generosidad conmigo.

El presidente de la contienda de las barbas pidió la aprobación del gran *laoye* Qian, el cual asintió inmediatamente para que empezara el desafío lo antes posible.

—¡Que empiece pues la contienda de las barbas! —gritó el presidente.

Sun Bing se quitó la chaqueta que le cubría y se quedó con el torso desnudo. Todos los presentes pudieron ver su cuerpo lleno de las rasgaduras y morados que le habían causado los latigazos. Se recogió la coleta, se apretó el cinturón, estiró las piernas y los brazos, respiró hondo y concentró toda la energía de su cuerpo en la barbilla. El resultado: como por arte de magia los pelos de la barba empezaron a temblar, y después se pusieron rectos y duros como hilos de hierro. Luego se levantó e introdujo los pelos de la barba en el agua.

El gran *laoye* Qian no hizo simplemente tanto teatro. Se quedó mirando a Sun Bing mientras este hacía sus gesticulaciones exageradas y grandilocuentes. Su Señoría Qian se acariciaba la barba, sonreía y se abanicaba con un gran abanico de plumas. Los presentes estaban todavía subyugados por el aspecto majestuoso del subprefecto y consideraron falsos y vulgares los modales de Sun Bing, como los de los vendedores callejeros con sus gritos, sus muecas y sus aspavientos excesivos para vender sus repulsivas pociones o para mostrar lo buenos que son con sus insoportables artes marciales. Cuando Sun Bing puso sus barbas a remojar, el gran *laoye* Qian cerró de golpe el abanico y lo agarró con fuerza entre sus manos; luego lo escondió en una de sus mangas. Empezó a calentarse un poco moviendo la cintura y se cogió la barba para desplazarla de un lado a otro dejando a un lado sus modales solemnes y su condición de magistrado. Cuando lo vio mover la barba, Sun Meiniang creyó en esos momentos que iba a desmayarse. El gran *laoye* levantó la barbilla y la metió en el barreño de agua.

La gente estaba embobada, se ponía de puntillas, alargaba el cuello tanto como podía, y todo ello para ver las barbas dentro del agua. Pero la mayoría no podía verlo. Solo podían ver la cara serena del gran *laoye* Qian y la cara amoratada de Sun Bing. Incluso los que estaban más cerca de los barreños tampoco podían ver las barbas. La luz del exterior era demasiado brillante y el agua, ennegrecida por las barbas, tan oscura que nada podía verse dentro de los barreños. El presidente que hacía de juez en la competición y el licenciado [128](#) iban constantemente de un barreño a otro para comparar las barbas. El rostro de los jueces se iluminaba como el día. El presidente anunció a los presentes:

—Si alguien quiere verlo con sus propios ojos, ¡que se acerque!

Sun Meiniang pasó por encima de los bancos y se acercó al escenario donde transcurría la contienda. En apenas unos pasos se puso frente al gran *laoye*. Ella bajó la cabeza y vio la coleta del magistrado y su espina dorsal, bien marcada por cada uno de sus huesos. Vio por detrás las orejas del gran *laoye* Qian, blancas como dos alas de una paloma, que se posaban directamente sobre sus ojos. Sun Meiniang sintió que le

quemaban los labios y sus pensamientos se llenaban de voluptuosidad, como si un gusano estuviera royendo su corazón. Por su cabeza pasó varias veces un pensamiento: quería abrazar al gran *laoye* y besarle con sus tiernos labios. Pero no se atrevía. Sentía que algo le dolía en su corazón, algo que superaba cualquier sufrimiento pasado. Por el cuello del gran *laoye* se deslizaron unas lágrimas, y ella olió un perfume suave que venía del barreño. Lo vio: la barba del gran *laoye* Qian, pelo tras pelo, ahí insertados en medio del agua, eran como raíces de una planta preciosa. Ella no quería, por lo tanto, dejar el barreño del gran *laoye*, pero el presidente y el licenciado Dan le apremiaron a que se desplazara al otro lado, donde estaba el barreño de Sun Bing. También lo vio: las barbas de su *die* estaban dentro del agua como raíces acuáticas. El presidente señaló con el dedo las dos barbas y sus pelos cenicientos que flotaban sobre el agua y dijo:

—¿Cómo lo ve, joven? Solo tú puedes hacer justicia; nosotros, no. Dilo, ¿quién ha ganado?

Sun Meiniang se lo pensó. Por un lado vio los ojos inyectados de sangre de su padre, y por otro, los bellísimos ojos del gran *laoye* Qian. En los ojos de su verdadero *die* vio lo que ella esperaba, pero en los ojos del *laoye* vio lo que ella también deseaba íntimamente. Meiniang tenía los labios pegados con cola, pero el presidente y el licenciado Dan la instaron a que se decidiera. Al final, entre lágrimas, dijo:

—El gran *laoye* es el ganador; mi *die* es el perdedor.

Los dos sacaron las barbas del barreño y las agitaron para quitarse el agua. Las gotas que caían de las barbas eran como una lluvia de perlas que volaba en el espacio. Todos los ojos estaban clavados en esas dos barbas. A Sun Bing, el veredicto de Meiniang le había dejado estupefacto y respiraba con dificultad mientras que el gran *laoye*, imperturbable, sonreía plácidamente.

—¿Quieres añadir algo, Sun Bing? —preguntó el gran *laoye* con una sonrisa burlona.

Sun Bing se mordió los labios y no dijo nada.

—Según lo acordado en nuestra apuesta, ahora, Sun Bing, debes afeitarte la barba.

—Sun Bing, Sun Bing, ¿lo recuerdas? ¿Todavía vas a decirnos más estupideces? —le dijeron los otros.

Sun Bing se mesó la barba con sus dos manos, miró el cielo y suspiró:

—Bueno, bueno..., pues lo prometido es deuda. Arranquemos, pues, estos hilos de seda agonizantes.

Con un gesto brusco y violento, Sun Bing agarró un mechón de su barba y se lo arrancó de cuajo. Luego lo arrojó al suelo, y una sangre roja empezó a gotear de su barbilla. Sun Bing agarró otro mechón de su barba y lo arrancó. Sun Meiniang se arrodilló delante del gran *laoye* Qian cuando vio a su padre hacer ese segundo intento. Los ojos de Sun Meiniang estaban llenos de lágrimas. Su rostro, flor del

melocotonero, era digno de compasión. Con la cara levantada, miró a Su Señoría el subprefecto y le imploró:

—Vuestra Señoría, absuelva a mi *die*.

El subprefecto de Gaomi entornó los ojos y pareció sorprendido, como si ese comentario le hubiera pillado por sorpresa, pero parecía feliz. Esas palabras le conmovieron sobremanera. Movi6 los labios y quiso decir algo:

—Es tu...

—Hija, levántate. —Los ojos de Sun Bing se llenaron de lágrimas y, en voz baja, añadió —: No debes rebajarte de esa manera...

El gran *laoye* Qian se quedó pasmado, pero de repente se puso a reír y al acabar dijo:

—¿Creéis que voy a pedirle a Sun Bing que se afeite toda la barba? Aunque hoy ha perdido esta contienda, y esto es innegable, pienso que su barba es un bien raro en esta baja tierra. Si se la arranca toda, ¡yo no lo soportaría! Si he querido participar en esa contienda de barbas es, en primer lugar, para rebajar un poco su excesiva arrogancia. Y segundo, para que paséis un buen rato. Sun Bing, te eximo de este castigo merecido. Puedes conservar tu barba. Regresa, anda, a tu teatro...

Sun Bing se arrodilló y golpeó el suelo con la frente.

La multitud que ahí se había reunido para ver el espectáculo suspiró inconsolablemente.

Los notables de los distritos se deshicieron en elogios.

Sun Meiniang también se arrodilló, pero con la cabeza levantada y la mirada clavada en el rostro fascinante del gran *laoye* Qian.

—Señora Sun, la imparcial, usted nació con el cuerpo de una mujer pero con el temperamento de un hombre. Usted es una perla rara —dijo el Su Señoría Qian, y, girándose hacia donde estaba el encargado de las finanzas de la subprefectura, dijo—: ¡Que le den un par de taeles de plata!

Capítulo sexto

Comparar los pies

I

La luna llena, limpia y luminosa, estaba suspendida en lo más alto del cielo, como una mujer que posa desnuda. El gong del sereno acababa de dar el tercer *geng*, y en la subprefectura de Gaomi solo se oían los grillos. Una brisa veraniega corría en la noche y traía con ella un olor a hierba y bosque, a pescado y a gusanos, como una tela fina de algodón con flores bordadas y perlas cosidas que cubre el Cielo y todo lo que él contiene. La luz clara y desnuda de la luna bañaba el cuerpo de Sun Meiniang, la cual se paseaba por el patio de su casa. Ella también estaba desnuda y su cuerpo brillaba más que la luna. La luz de la luna era como agua y ella, como un gran pez de plata. Ella era una flor que acababa de abrirse, un fruto en su mejor momento, un cuerpo en la primavera de su vida. Su cuerpo hubiera podido considerarse perfecto salvo por un solo hecho: Sun Meiniang tenía los pies demasiado grandes. Incluso la única cicatriz que había grabada en la piel lustrosa de la joven y bella Meiniang se veía cubierta por la espesa cabellera que brotaba de su cabeza.

Esa cicatriz que había detrás de su cabeza se produjo por la mordedura de una burra cuando apenas había empezado a caminar. En esa época, ella no sabía que su verdadera madre fumaba opio y que murió de esa manera, tumbada sobre el *kang*. Se quedó dormida y ya no se despertó nunca más. Meiniang se subió encima de su cuerpo muerto (que a ella le parecía una montaña) porque tenía hambre y quería comer la leche del pecho de su madre. Pero no podía y por eso se puso a llorar. Cuando cayó del *kang*, lloró con más fuerza, ya que no había nadie que la comprendiese. Se dirigió a la puerta y salió de la casa. Ahí olió a leche materna, pero

era una leche algo agriada. Había mal olor. Vio entonces a un asnillo mamando de la teta de una burra y se acercó para mamar de la misma teta. Pero a las madres de los asnillos no les gustan los intrusos y son muy irascibles por naturaleza; la agarró por lo tanto con el hocico por el cuello y la tiró a un lado para que no le hiciese competencia a su criatura. La mordedura que le dio a la pobre Sun Meiniang, que empezaba andar, le produjo una hendidura bastante profunda, y Sun Meiniang empezó a sangrar. Cuando vio lo que le había hecho la burra, Sun Meiniang empezó a llorar y a gritar de tal manera que los vecinos se alarmaron. Una de las vecinas, que tenía buen corazón, la recogió del suelo y le puso mucha cal en las heridas para cicatrizárselas. Las heridas que le produjo la burra eran importantes, y todo el mundo pensó que Sun Meiniang iba a morir. Su *die*, el que llevaba una vida poco convencional, también pensaba que su hija iba a morir; pero no fue así. La tenacidad de la niña por seguir viva en este mundo venció a la muerte. Sun Meiniang sobrevivió. Quince años después, sin embargo, la niña Sun Meiniang se había convertido en una joven de constitución débil y propensa a la enfermedad. Detrás de la cabeza, en la nuca, le quedó, para el resto de sus días, una gran cicatriz. Recorrió el país con la compañía de su padre e interpretaba todo tipo de papeles, de niño, de duendecillo, de gatito... Pero cuando cumplió los quince años, tal como una semilla que ha sufrido una larga sequía y le llega de repente la lluvia de la primavera, Sun Meiniang, *uauhhh*, se puso a crecer. A los dieciséis años, una masa espesa de cabello negro le creció y tapó la cicatriz. Y creció. Lo hizo como un árbol que han cortado y de cuyo tronco brotan luego innumerables tallos. A los diecisiete años, Sun Meiniang ganó peso y sus formas se feminizaron, y los demás supieron que era una mujer. Pero antes de que esto se produjera, sus grandes pies y su escaso pelo hacían que la gente pensase que ella era un niño. A los dieciocho años, se convirtió en la mujer más bella del distrito de Dongbei en la subprefectura de Gaomi. La gente lamentaba, sin embargo, que sus pies fueran tan grandes: «Si no fuera por ese par de pies, haría ya mucho tiempo que el emperador se la habría llevado como concubina».

Pero tener los pies grandes era un defecto imperdonable. A los veinte años, seguía manceba. Al final, Sun Meiniang, bella y delicada como una flor, tuvo que casarse a toda prisa con un carnicero del distrito de Dongbei en la subprefectura de Gaomi. El carnicero se llamaba Zhao Xiaojia, y cuando se casó con Sun Meiniang su madre aún no había pasado a mejor vida. Esta mujer tenía los pies pequeños porque se los habían vendado y odiaba a las mujeres que tenían los pies grandes. La madre de Xiaojia tenía la esperanza de que su hijo cogiera algún día el cuchillo para cortarle los pies a su mujer y dejárselos como lo pide el Cielo. Xiaojia no se atrevía a dar ese paso, pero la vieja sí. Sun Meiniang se había pasado la vida de un lado a otro con la compañía de teatro de su padre. Había vivido como un animal salvaje, sin más educación que la que le daban los papeles de las obras que representaban. No había sido educada en los

principios de las tres obediencias y las cuatro virtudes [129](#). La madre de Xiaojia se sentía humillada por la condición de su nuera, pero la aguantaba en silencio, aunque la estaba matando por dentro. Hasta que llegó el día que no pudo contenerse. La vieja cogió el cuchillo y quiso hacer justicia ante ese desagravio que era su nuera. Las dos empezaron a pelear, pero Sun Meiniang supo sacar provecho del defecto con el que la naturaleza la había estigmatizado: ¡sus dos grandes pies! La vieja, en cambio, sufrió del gran beneficio que la gran civilización china le había aportado. Con unos pies que estaban atrofiados por haber sido vendados, su capacidad de maniobra y movimiento era muy limitada. Sun Meiniang pudo ponerse de cuclillas encima de ella y someterla, como Wu Song luchando contra el tigre [130](#). Fue una lucha feroz, encarnizada, patas arriba, luego abajo, al cielo, *pum, pam...* Un puñetazo, otro... La suegra se cagó literalmente de miedo ante la defensa inesperada de la joven Sun Meiniang. La vieja se cagó y se meó encima y... ¡zas! ¡La palmó al cabo de poco tiempo! El puñetazo directo que le había arreado en el estómago le resultó fatal a la vieja. Esa fue la verdadera prueba de fuego para que Sun Meiniang se convirtiera finalmente en una mujer de los pies a la cabeza. A partir de ese momento, ella era la mujer de la familia. Abrió en la calle que estaba bajo los aposentos del lado sur de la casa un puesto de vino amarillo caliente y carne de perro hervida. Ya se sabe que cuando el marido es un beodo, la mujer tiene que espabilarse. Por eso montó su propio negocio. Los jóvenes de Gaomi se presentaban en el puesto para conocerla mejor y enamorarla, pero ninguno de ellos lo conseguía. Sun Meiniang recibió tres apodos: la inmortal de los grandes pies, la bella a medias o Xi Shi la de la carne de perro.

II

Diez días después de la contienda de las barbas, y cuando las gentes de Gaomi no habían dejado todavía de hablar de la majestuosa apariencia y los buenos modales del gran *laoye* Qian, llegó el día de la presentación pública, con toda su fanfarria de linternas y colgajos, de la señora Qian, la mujer de Qian Ding. Ese evento solía caer el decimoctavo día de la cuarta luna y nadie —ni el pueblo, ni los oficiales del *yamen*— podía entrar en la Tercera Sala, la cual estaba reservada exclusivamente a las mujeres y los niños. Ese día, la mujer del subprefecto se levanta de buena mañana y se dirige a la Tercera Sala para recibir con sus mejores galas y una sonrisa, en audiencia, a una muchedumbre de mujeres y niños de la subprefectura. Esa era una manera de mostrar su afección por el pueblo, pero también era una manera de vanagloriarse de su situación, ya que era ella, y solo ella, la que se había casado con el apuesto subprefecto. Muchos eran los que venían para ver de cerca a la señora Qian. La reputación de la que gozaba la señora, por su erudición y abolengo, había llegado a todos los oídos de las mujeres de Gaomi. Todos esperaban con impaciencia ese día, y ese día ya había llegado. Todas las mujeres querían saber cómo era la mujer del bello Qian Ding, el gran *laoye* de Gaomi. Los rumores volaban por las callejuelas como los algodones de los sauces cuando se despeluchan. La expectación era enorme. Había quienes decían que poseía una belleza capaz de hacer un imperio. Otros, que su cara estaba picada como la de una mujer demonio. Es decir, la gente estaba dividida en dos grupos opuestos, lo cual agudizaba, si cabía más, la curiosidad de las mujeres. Las mujeres jóvenes pensaban que la señora del subprefecto era bella como una flor o

como el jade, pero las más entradas en años pensaban que era una mujer rica y afortunada, pero que no era bella. No se podía tener todo en esta vida, pensaban las maduritas de Gaomi. Y para convencerse decían eso de que el hombre bello y honesto se casa siempre con una arpía fea; y un monstruito hijo de puta, con una belleza [131](#). Pusieron como ejemplo al antiguo subprefecto, que era un rufián feote como había pocos en Gaomi, pero con una mujer que era joven y bella como un narciso en primavera. Pero a las jóvenes de la subprefectura les gustaba pensar que la nueva señora del subprefecto era una mujer bellísima, casada con un hombre bello y honesto.

Las expectativas puestas por Sun Meiniang en la belleza de la mujer de Qian Ding eran todavía superiores a las de esas jóvenes. Ella y el gran *laoye* se habían visto apenas un par de veces. La primera vez fue aquella noche a principios de la primavera, bajo la lluvia fina que caía incesantemente. Ella había tirado una piedra a un gato que le había robado un pescado, y la piedra, por error, colisionó con el palanquín de Su Señoría. Este la invitó a que entrara en la sala del albergue y, en medio de la luz de una vela, pudo ver el imponente empaque del gran *laoye*. Parecía uno de esos personajes míticos que hay en las tarjetas para felicitar el Año Nuevo. El gran *laoye* escupía igual que hablaba: con mucha elegancia; era amable, se expresaba de una manera equilibrada y decente, utilizaba además una voz cálida que despertaba confianza. Ese tipo de persona, comparada con el carnicero de su marido, Zhao Xiaojia, el que mataba los cerdos y los perros, era como... ¡Imposible de hacer cualquier tipo de comparación! En esa época, Sun Meiniang no sentía nada por su marido; pero cuando vio al subprefecto de Gaomi, ella, más que caminar, flotaba en el aire, los latidos de su corazón se aceleraron y su rostro se inflamó. Hablaba sin parar y movía todos los miembros del cuerpo, y ello revelaba el nerviosismo que se había apoderado de ella en esos momentos. Golpeó el asiento de madera con las rodillas y rompió un bol lleno de vino con una de sus mangas. Aunque el gran *laoye* Qian se las daba de serio y formal delante de todos, Sun Meiniang pudo ver en sus ojos humedecidos y en las toses que sonaban a falso un candor y una humanidad que iban más allá de cualquier jerarquía entre los hombres. La segunda vez que vio a Qian Ding fue en la contienda de las barbas. Esa vez hacía de juez y no pudo ver muy claro a qué se parecía el gran *laoye* Qian, pero pudo oler el perfume que desprendía su cuerpo. La coleta lubricada y el cuello erecto estaban tan cerca de sus labios, sí, tan cerca... Sun Meiniang creía recordar que sus lágrimas habían caído sobre el cuello del gran *laoye* Qian. Sí, las suyas. Pero ojalá hubieran sido mis lágrimas las que cayeron sobre tu cuello; sí, ojalá hubieran sido mis lágrimas las que cayeron sobre tu cuello... Ay... Y para agradecer su sentido de la justicia y su falta de egoísmo, Su Señoría le dio un par de taeles de plata. Cuando fue a recibir esa paga, el encargado de las finanzas, el que tenía esa cara de cabrito con su mechón como barba, la miró de los

pies a la cabeza, y a Sun Meiniang le molestó. El de barba de cabrito se detuvo demasiado tiempo mirando los pies. A Sun Meiniang le deprimió esa mirada. Intuyó que escondía un comentario feo sobre su físico. Su corazón gritó: ah, por el cielo; ah, por la tierra; ah, por mi madre; ah, por mi padre... ¿Qué he hecho yo para que este par de pies me arruinen la vida? Cuando mi suegra quiso reducirme los pies con el cuchillo para matar cerdos, debí dejarla. Me hubiera hecho un favor. Incluso si por tener unos pies pequeños debiera perder diez años de vida, o doce..., ¡lo aceptaría gustosa! Pensando así, lo único que se le ocurrió fue maldecir a su padre por haberla parido de esa manera. Ay, padre mío, tú que me has hecho tanto mal, y tanto mal a mi madre... Solo pensabas en ti y nunca en tu hija. Me educaste como a un niño y ni siquiera me buscaste a alguien para que me vendara los pies [132](#)... Ah, incluso si tu barba hubiera sido más bella que la del gran *laoye* Qian, yo te habría dado por perdedor, aunque en realidad era más bella...

Sun Meiniang regresó a su casa con el par de taeles de plata que le había dado el subprefecto de Gaomi. Pensar en la luz de los ojos del gran *laoye* la excitaba y la hacía, al mismo tiempo, moralmente más digna. El día que debía ver a la señora Qian estaba próximo. Las mujeres de Gaomi se afanaban en comprar polvos de color rojo para maquillarse, en preparar y sacar sus mejores galas, como si fueran a casarse. Pero Sun Meiniang dudaba, sin embargo, si ir a ver a la señora Qian. Aunque ella y el gran *laoye* Qian solo se habían visto un par de veces, y este no le había dicho nada particularmente comprometedor, ella no se quitaba de la cabeza la idea de que sus corazones batían al unísono, como dos patos mandarines con el cuello entrelazado [133](#). A Sun Meiniang le molestaba que las mujeres se fueran de la lengua con sus conjeturas acerca del aspecto físico de la señora de Qian. Para ella, Sun Meiniang, los de la familia Qian eran como los de su propia familia y no le gustaba que hablasen a la ligera de ellos. Ella, en realidad, no sabía qué era lo mejor. Si la mujer del subprefecto era bella como una inmortal celeste, entonces no tendría muchas posibilidades de hacerse con el bello subprefecto Qian. Esa idea la desesperaba. Pero si era fea como un demonio, ¿no era eso algo muy injusto para alguien como el gran *laoye* Qian? Cuanto más se acercaba el día de la audiencia pública de la señora Qian, más se ponía nerviosa Sun Meiniang.

El canto del gallo la despertó de buena mañana. La llegada del nuevo día no vino fácilmente. Ella no tenía ganas ni de preparar la comida, ni de vestirse, y entraba y salía constantemente del patio y la casa. Mientras tanto, el bruto de Xiaoja, extrañado con tanto ir y venir, cortaba las espinas dorsales de los cerdos.

—*Laopo, laopo*, ¿pero qué te pasa? Entras y sales como si te dolieran los pies. Si es así, déjame que te haga un masaje —le dijo Xiaoja.

—¿Qué dolor de pies ni qué niño muerto? —respondió Meiniang—. Mi estómago se ha hinchado; si no me muevo, reviento.

Ella echó pestes de Xiaojia mientras recogía la flor de un granado que estaba junto al pozo. En su corazón, Sun Meiniang rezaba: si saco un pétalo par, voy al *yamen* a ver la señora Qian; si saco un pétalo impar, no voy a ver a la señora y entierro todas mis esperanzas de ver de nuevo al gran *laoye* Qian a solas. Cogió un pétalo, otro, y otro..., hasta sacar diecinueve pétalos uno detrás de otro; y al final, un pétalo impar... El corazón se le heló de golpe y sus sentimientos cayeron al suelo hechos añicos. Pero eso no contaba, al menos para ella. Ella no había jurado nada. Yo no había sido honesta cuando hice esas promesas. No era mi corazón el que hablaba, en realidad. Volvió a arrancar otro pétalo, lo cogió con las dos manos y cerró los ojos. En secreto, rezó: dioses del Cielo e inmortales de esta tierra, guiadme... Entonces empezó a arrancar más pétalos. Un pétalo, dos pétalos, tres pétalos..., veintisiete pétalos e... ¡impar otra vez! Y cuando lo vio, tiró la flor que tenía en la mano al suelo y se echó para delante, ya sin fuerzas. Xiaojia le preguntó cuidadosamente qué le pasaba:

—*Laopo*, ¿quieres ponerte flores? Si quieres, yo puedo ayudarte.

—¡Déjame en paz, idiota! —le rugió Sun Meiniang y regresó al interior de la casa, en donde se echó sobre el *kang* y metió la cabeza debajo de la almohada.

Así estuvo llorando un buen rato, pero eso la ayudó a sacar lo que tenía dentro y se sintió después mucho más feliz. Se lavó la cara y se hizo un moño en el pelo. Luego sacó de una caja las zapatillas medio bordadas y se sentó sobre el *kang*, inhibiéndose, controlando su naturaleza errante, e intentando no hacer caso a las risitas y los cuchicheos de las mujeres de la calle. *Ja, ja, ja...*, *ju, ju, ju...* Xiaojia entró en la casa corriendo como un idiota y le preguntó a su mujer:

—*Laopo*, todo el mundo va a ver a la mujer del magistrado, ¿por qué no vas tú?

La cabeza de la joven se lió todavía más y no le hizo caso.

—*Laopo*, he oído decir que van a tirar frutas glaseadas, ¿puedo ir contigo para recoger unas cuantas?

Sun Meiniang suspiró otra vez y, utilizando la voz que emplea una madre con su hijo, le dijo:

—Xiaojia, ¿eres todavía un crío o qué te pasa? Lo de la señora del subprefecto es solo un asunto de mujeres. ¿Qué pinta ahí un grandullón como tú? ¿No temes que los servidores del *yamen* te hinchen a palos?

—Lo único que quiero es recoger esas frutas glaseadas.

—Si quieres esas cosas, ve a la calle y las compras.

—Pero cuando las compras, no saben tan buenas.

Las risitas que soltaban las mujeres de la calle entraban en la casa y a Sun Meiniang la estaban poniendo enferma y muy nerviosa. Meiniang cogió el imperdible que había en las zapatillas y lo rompió al sacárselas de golpe; las arrojó, con el imperdible roto, sobre el *kang* y luego se echó encima. La cabeza le pinchaba como si tuviera agujas dentro, y con la frente golpeó repetidas veces el cemento del *kang*.

—*Laopo, laopo*, ¿todavía tienes hinchada la barriga? —le preguntó tímidamente, empleando una voz que recordaba a la de una bocina.

Sun Meiniang gritó mordiéndose los labios:

—¡Pues me largo ya! Quiero ir a ver a qué se parece esa mujer tan respetable.

Saltó del *kang* y se puso en marcha olvidando la promesa de la flor, como si siempre hubiese tenido claro lo que quería hacer. Se volvió a lavar la cara y se miró en el espejo para maquillarse. Ahí se ponía el polvo blanco en las mejillas y el rojo vivo en los labios. A pesar de tener las bolsas de los ojos algo hinchadas, Meiniang estaba bellísima. Sacó del armario sus mejores prendas, se las puso y le dijo adiós a Xiaojia, al cual le batió el corazón con fuerza cuando la vio desnuda, tan bella. Sun Meiniang le dijo como si hablara a un niño:

—Xiaojia, tú me esperas en casa; yo te recogeré esas frutas glaseadas.

Sun Meiniang se había puesto unos pantalones verdes y una chaqueta forrada de color rojo. Encima de los pantalones se había puesto una falda muy larga también de color verde. Cuando paseaba por la calle parecía una flor de amaranto. El sol brillaba en el cielo, el viento del sur soplaba templado, y olía a trigo nuevo. Era la primavera que llegaba discretamente para devolver a los hombres sus ganas de vivir y a las mujeres, de enamorarse. El corazón le ardía a Sun Meiniang. Si hubiese podido, habría entrado ya en el *yamen* de Gaomi; pero la falda que arrastraba le impedía ir tan rápido. Tenía que ralentizar el paso, y la calle principal era larga. Pero Meiniang no se resignaba y, levantando la falda y mostrando sus grandes pies, avanzaba dando grandes zancadas. Las mujeres que la veían le decían: «Cuñada Zhao, ¿de qué huyes que vas tan rápido?», o «Cuñada Zhao, ¿es qué vas a apagar un fuego o qué?...».

Sin hacer caso a las preguntas impertinentes de las mujeres, Sun Meiniang dejó la calle principal, tomó el callejón de la casa de la familia Dai y, por la parte de atrás, entró en el *yamen*. Había un peral que asomaba por la tapia del patio, no muy lejos de la puerta por la que se había colado Meiniang. Olía a una fragancia suave, las abejas zumbaban y las golondrinas trinaban. Meiniang cogió una ramita del peral y se subió a la tapia para cogerla. Meiniang quería ponérsela en el pelo. En la familia Dai hubo quien oyó ladrar a los perros. Meiniang se sacudió la tierra que había en sus ropas y se alisó la falda, luego entró en el *yamen*. Los que le abrieron la puerta del *yamen* la saludaron bajando la cabeza, y ella les correspondió con una sonrisa. Luego, empapada de sudor por el esfuerzo realizado hasta llegar al *yamen*, Meiniang se plantó delante de la puerta de la Tercera Sala. Ahí vio a un joven empleado en el *yamen* que hablaba con un acento de otra provincia, tenía las cejas negras y los ojos de un tigre. Pero a ese empleado ya lo había visto antes, en la contienda de las barbas —era el que asistía al presidente—. El joven también inclinó la cabeza para saludarla, y ella volvió a responder con una sonrisa. El patio del *yamen* estaba a reventar. Había niños corriendo de un lado a otro y metiéndose entre las piernas de sus madres. Ella se

había puesto a un lado, pero no tardó en ponerse lo más cerca posible de la tarima donde iba a aparecer la señora Qian. Vio las tejas de la pequeña tarima y las dos sillas que habían puesto debajo. En la silla de la izquierda estaba sentado el gran *laoye* Qian, y en la de la derecha, su señora. Ninguno de los dos perdía la compostura. La señora llevaba una cofia con un fénix bordado y una capa con nubes rojas, y se mantenía en la silla con el torso bien recto. El rostro de la señora Qian estaba cubierto de un velo transparente, ligero y blancuzco, que difuminaba los rasgos faciales. Apenas se percibía el perfil de la cara de la señora. Nadie podía ver cuál era su verdadero rostro. Meiniang se sentía más distendida y a partir de ese momento lo comprendió todo. Lo que más temía en este mundo era que el rostro de la señora Qian fuera bello, y ese velo estaba ahí para cubrir sus imperfecciones; eso probaba que ella era fea. Inconscientemente, el pecho de Meiniang se puso recto motivado por el fuego de la esperanza que ardía dentro de él. En ese momento olió la fuerte fragancia de flores que había en el patio y vio que eran la lilas en flor que colgaban de los muros como racimos de uvas en medio de la neblina matinal. También vio que en las tejas de la Tercera Sala había numerosos nidos de golondrinas que estaban llenísimos. De esos nidos asomaban los piquitos amarillos de las pequeñas golondrinas que acababan de salir del cascarón y piaban incansablemente con sus vocecitas estridentes. Se decía que las golondrinas nunca anidaban en el *yamen*, sino que lo hacían en granjas donde vivía gente próspera y honesta para atraer la prosperidad y la buena suerte a sus nidos. Pero los tiempos habían cambiado. Ahora venían en bandadas para instalarse en el *yamen* de la subprefectura, ya que el gran *laoye* Qian vivía ahí, y era el magistrado y subprefecto de Gaomi quien poseía esas virtudes tan apreciadas por las golondrinas para hacer sus nidos. Los ojos de Sun Meiniang se apartaron del rostro tapado de la señora Qian para fijarse en el rostro desvelado del gran *laoye*. Las miradas de los dos se cruzaron, Meiniang vio que los ojos del subprefecto la miraban con admiración y el corazón de la joven se enterneció. *Laoye, laoye*, tú que eres igual que un inmortal, vas y te casas con una mujer a la que le da vergüenza enseñar el semblante. ¿No tiene la cara llena de pústulas? ¿No tiene la nariz llena de granos debido a la viruela? ¿Y los dientes negros? *Laoye*, escúchame, eso te perjudica... Meiniang se perdía en sus lucubraciones insensatas que no llevaban a ninguna parte cuando, de improviso, oyó que la señora Qian tosía levemente. El subprefecto se giró y la miró; ambos intercambiaron unas palabras. Una *yatou* con dos moños en la cabeza trajo con las dos manos una bandeja de cacahuets y azufaias glaseados. La *yatou* los lanzó a la multitud que se había reunido en el patio. Los niños se pelearon los unos con los otros con tal de hacerse con esos frutos. La confusión se apoderó de la sala. Meiniang pudo ver cómo la señora Qian, sin quererlo, levantó la falda que la cubría y sus pies —esos lotos de oro puntiagudos [134](#)— aparecieron a la vista de todos, y la gente lanzó un grito de asombro ante la belleza perfecta de esos pies. Los pies de la señora eran, en

realidad, bellísimos, mientras que los pies de Meiniang eran enormes. Meiniang sentía tanta vergüenza que pensó lo de tierra trágame. Y aunque sus pies estaban escondidos bajo la larga falda verde, Sun Meiniang pensaba que la señora Qian sabía que ella tenía los pies tan grandes; y no solo eso, sino que sabía que ella estaba cautivada por el gran *laoye* Qian. La señora Qian mostró adrede los pies porque quería humillarla. Era un ataque en toda regla. No quería verlos, pero no podía apartar los ojos de esos pies pequeños. Esos pies diminutos eran como dos lentejas de agua. Las zapatillas que los cubrían le sentaban a las mil maravillas. Eran unas zapatillas de seda verde bordadas con flores rojas. Los pies de la señora Qian eran como el Tesoro de la Ley [135](#): Meiniang de la familia Sun caía bajo su yugo. Meiniang lo presentía: la señora Qian la estaba mirando a través del velo y se reía de ella, no, se reía de sus enormes pies. Meiniang creía ver que la señora Qian sonreía cínicamente, con arrogancia. Meiniang se sentía derrotada, totalmente derrotada. Había nacido, a decir verdad, con una cara de señora, pero sus pies eran los de una *yatou* vulgar. Se echó hacia delante, ya que pensaba que todo el mundo se estaba riendo de ella, y, sin darse cuenta, se encontró delante del subprefecto y su señora. Se encontraba, simplemente, actuando como en una obra de Maoqiang delante de ellos. Avergonzada, se echó para atrás, retrocedió varios pasos como una enajenada, se pisó la falda y esta se rompió. Meiniang cayó al suelo bocarriba.

Poco después intentó recordar numerosas veces lo que le había, en realidad, sucedido ese día. Al caer al suelo, Su Señoría se levantó de forma brusca de su asiento para ayudarla. ¿Fue así? Pudo ver en el rostro del subprefecto una expresión generosa y solícita —o al menos así lo creyó ella—; y esa expresión solo podía venir de alguien cercano, alguien con quien se comparte algo muy íntimo. Pero cuando Su Señoría intentó acercarse a ella, su mujer le dio un pisotón con uno de sus piecitos como para indicarle que no se moviera del sitio. El gran *laoye* miró al vacío y volvió a sentarse, con mucha lentitud, en su asiento. La señora Qian ni se inmutó cuando dio ese pisotón y permaneció igual de erecta sobre su asiento, como no si no hubiera sucedido nada.

Meiniang se levantó del suelo entre las risas de las mujeres que la rodeaban.

Meiniang se subió al final la falda ante la imposibilidad de cubrir delante del gran *laoye* y su señora esa desgracia que eran sus pies. Se giró y se escabulló entre la multitud mordiéndose los labios e intentando contener las lágrimas en vano, ya que estas fluían de sus ojos como el agua de una fuente. Se desplazó hasta el otro extremo de la multitud y ahí oyó que las mujeres cuchicheaban. Unas reían, y otras comentaban los pies pequeños de la señora Qian. Meiniang sabía que la señora Qian lo había hecho expresamente y con mucha astucia. Mostrando los lotos de oro, la gente olvidaba las taras de su cara. Antes de dejar el patio de la Tercera Sala, Meiniang lanzó una última mirada a Su Señoría Qian Din, y las dos miradas volvieron

a cruzarse de manera milagrosa. Ella vio mucha tristeza en los ojos del subprefecto, como buscando consuelo en sí mismo. Quizá lo que estaba buscando en realidad era compasión. Meiniang salió de la Tercera Sala cubriéndose la cara con una de sus mangas, entró de nuevo en el callejón de la familia Dai y ventiló su dolor.

Meiniang regresó a casa poseída por los malos espíritus. Xiaojia esperaba con impaciencia los frutos glaseados, pero ella no estaba para esas cosas y se lo quitó de encima. Entró en el cuarto trasero, se echó sobre el *kang* y empezó a llorar de forma desconsolada. Xiaojia la siguió y se quedó de pie detrás de ella. Y para que no se sintiera sola, él también se puso a llorar. Meiniang se enderezó y se sentó sobre el *kang*. Cogió una escoba y empezó a golpearse los pies. Xiaojia se asustó e intentó cogerle las manos a su mujer. Meiniang, avergonzada, con una voz triste e irritada, le suplicó:

—Xiaojia, coge un cuchillo y córtame los pies.

III

Los pequeños pies de la señora Qian tuvieron en Sun Meiniang el mismo efecto que un cubo de agua fría sobre su cabeza: la espabilaron de golpe durante varios días. Pero durante las tres primeras veces que vio al gran *laoye* Qian, su mirada profunda al verle después de estar, imaginaba Meiniang, con la señora, esa expresión en la cara del gran *laoye* en la que asomaba una infinita preocupación, aparecía, a los ojos de Meiniang, con un significado muy particular: esa expresión era la más poderosa resistencia a los bellos pies de la señora Qian. Al final, los pies de la señora Qian se convirtieron en un fantasma cuya realidad se desvanecía, mientras que los ojos penetrantes y la belleza del gran *laoye* Qian se convertían en algo cada vez más real. El cerebro de Sun Meiniang estaba ocupado con esa realidad que se llamaba Qian Ding. Si veía un árbol que se agitaba, ese era Su Señoría Qian. Si veía la cola de un perro, esa era la coleta de Su Señoría Qian. Si encendía el fuego del horno, el fuego era la sonrisa de Su Señoría Qian. Cuando caminaba por la calle se daba de bruces contra los muros y no se daba cuenta. Cuando cortaba la carne, se hería los dedos pero no sentía ningún dolor. Dejaba la carne del perro hirviendo dentro de la marmita y se olvidaba de que la había dejado ahí. Por sus ojos podía pasar cualquier cosa y esta se convertía en el gran *laoye* Qian o en una parte de su cuerpo. Cerraba los ojos e imaginaba que el gran *laoye* Qian estaba a su lado. Era capaz incluso de sentir la barba dura del subprefecto acariciándole la piel. Soñaba cada noche que ella y él, los dos, mantenían una relación carnal. Y cuando soñaba, Meiniang gritaba de forma desmesurada —eran gritos agudos, como espasmos cortos y violentos—, y Xiaojia se despertaba asustado y se

caía del *kang*. El rostro de la joven Meiniang se quedaba blanco después de esos gritos estridentes; se quedaba ahogada, consumida, con los dos ojos siempre brillantes, humedecidos, como perlas. Su garganta lanzaba sonidos desapacibles y extraños. Ese jadeo intenso y ronco se había convertido en algo habitual en Meiniang. Ella sabía que eso no era normal, que estaba enferma, y también sabía que esa enfermedad era peligrosa. Era una enfermedad de mujeres, pensaba, pero debía seguir viviendo a pesar de todo. Su único remedio era acostarse en la misma cama que el hombre que amaba. De lo contrario se le secarían las venas, se le pudrirían los pulmones, escupiría sangre y moriría. No podía todavía quedarse sentada en casa. Nada de lo que antes la entretenía la satisfacía ahora. Todo le parecía insípido, sin interés. Ni ganar dinero, ni recoger flores bellas. Nada tenía interés para ella. Hasta el buen vino había perdido su sabor, y las más bellas flores palidecían en sus ojos. Sus días transcurrían monótonos. Cogía la cesta con la pierna de perro hervida y la llevaba al *yamen*, e iba y venía tres veces al día. Lo único que deseaba era que el azar la hiciera encontrarse de nuevo con el gran *laoye* Qian. Si no lo veía pero vislumbraba la bandera verde de su palanquín, eso ya la contentaba. El gran *laoye* vivía, sin embargo, como una tortuga en lo más profundo de las aguas y no asomaba nunca la cabeza. El comportamiento de Meiniang atrajo la atención de los guardianes del *yamen*, los cuales la veían ir y venir, golpear la puerta principal y reír sin venir a cuento, como una loca. Ella gritaba en vano para que la oyesen en lo más profundo del *yamen*. Quería atraer con su voz la atención del gran *laoye* Qian. Pero sus gritos acababan por convertirse en un soliloquio en voz baja:

«Mi querido..., mi corazón, mi hígado..., me muero por ti..., haz algo bueno por mí..., apiádate de mí... Tú, el subprefecto de Gaomi, que eres como el melocotón que comen los inmortales, la vida te ha hecho, en realidad, difícil de conseguir. Te vi una vez y me enamoré al instante de ti. En ninguna de las tres vidas [136](#) podría olvidarte. A mi corazón le entran hormigueos cuando te veo. Los frutos crecen en los árboles, pero las hojas los cubren. Tu esclava te mira con deseo, y día y noche piensa en ti. Este amor no correspondido tiene un sabor que me hace salivar. Y será cuando el fruto madure en el árbol y las hojas secas caigan, que yo, Sun Meiniang, vendré para agitar su tronco e iré a recoger el fruto maduro de sus ramas, solo para mí...».

Esas palabras se liaban en su corazón y se transformaban en el canto sentimental de una ópera de Maoqiang, el de la melodía del gato, tantas veces cantada. Su rostro se iluminaba como el de una diosa. La emoción la invadía y su semblante la reflejaba. Su mirada tenía la brillantez que toma una mariposa cuando vuela en torno a la llama de una vela. A los soldados y los servidores del *yamen* les daban miedo la apariencia y el comportamiento extraño de Meiniang, pero querían aprovecharse de su estado. Creían que podían conseguir sus favores a cambio de nada; pero tenían miedo y no se atrevían a dar ese paso que podía costarles muy caro. El deseo la tenía encendida

como el fuego, y ella luchaba en un mar de emociones. Finalmente, descubrió que escupía sangre.

La sangre que escupía le había disipado las tinieblas que se habían instalado en su cerebro. Él era el subprefecto de Gaomi, un alto funcionario del imperio, y tú ¿quién eras? Pues una actriz, la *laopo* de un carnicero, una mujer con los pies grandes. Él es noble como el Cielo, tú vulgar como la tierra; él es como el unicornio, tú como un perro salvaje. Este amor no correspondido es un infierno del que no saldrá nada bueno. La sangre de tu corazón se ha secado por él, y él no sabe nada. Y si lo supiera, ¿crees que iba a hacer algo por ti? Sonreiría, eso es todo. De su corazón no afloraría la menor emoción. Eres tú la que añades cizaña. Tienes lo que te mereces, y nadie se va a compadecer de tu suerte, ni van a comprenderte. Se van a burlar de ti y te van a insultar. La gente se reirá de ti porque te crees que estás en el Cielo y porque todavía no sabes que tres por dos hacen seis. La gente te insultará porque eres una imbécil y una sentimental, una mona que quiere pescar la luna, alguien que quiere sacar agua con una cesta de bambú, o un sapo que quiere comer carne de cisne. Sun Meiniang, ¡espábilate! ¡A ver si te enteras de dónde estás y quién eres! Olvida de una vez al gran *laoye* Qian. La luna, por bella que sea, no se puede alcanzar y llevar luego a la cama; el gran *laoye* Qian, por maravilloso que sea, está en el Cielo. Ella debía hacer un esfuerzo y olvidar de una vez por todas a ese gran *laoye* Qian, el cual le había hecho escupir sangre. Meiniang se arañaba los pies con sus uñas, cogía agujas y se las clavaba, se daba puñetazos en la cabeza, pero el gran *laoye* no se iba. Era como un fantasma que no la dejaba nunca, era como su sombra, que el viento no deshacía, ni el agua lavaba, ni podía ser cortada por un cuchillo, ni consumida por las llamas del fuego. Meiniang se cogía la cabeza y se ponía a llorar. «Querido, querido —se decía en voz baja—, suéltame... Déjame en paz, cambiaré, no volveré a hacerlo nunca más, ¿acaso solo piensas dejarme si me muero?...».

Con el propósito de olvidar a Qian Ding, Meiniang quiso iniciar al ignorante e ingenuo de Xiaojia a los placeres del sexo. Pero Xiaojia no era Qian Ding, ni el ginseng era el ruibarbo chino. Xiaojia no era, efectivamente, la medicina que la iba a curar de sus males. Después de pasar el rato con Xiaojia, la figura de Qian Ding se hacía más presente y la idea de poseerlo más obsesiva —el sexo era para Meiniang como echar aceite al fuego—. Iba al pozo a buscar agua y veía el rostro de Qian Ding reflejado en el agua. Meiniang se mareaba y los ojos se le emborronaban. Sentía que algo, por momentos dulce, por momentos amargo, pasaba por su garganta. Cielos, ¿no me digas que voy a acabar así?... ¿En una muerte sin sentido? No, no quiero morir; quiero seguir viviendo...

Al final, cuando ya no podía más, se armó de valor, cogió una pierna de perro y un saquito de monedas de cobre, y aventurándose por callejuelas estrechas y sinuosas, se fue al *hutong* de los Inmortales, en el distrito de Nanguan, en Gaomi, y llamó a la

puerta de la casa donde vivía la tía Lü, que ejercía de bruja. Lo primero que hizo Meiniang fue sacar la pierna de perro, humeante y perfumada, y el saquito, aceitoso y resbaladizo, con las monedas dentro, para dárselo todo a la vieja, que lo puso sobre la mesita, donde estaba una estatuilla de la diosa-zorra [137](#) con su inscripción correspondiente. Cuando vio la pierna de perro, la tía Lü atiesó la nariz para olerla. Y cuando vio el saquito con las monedas, los ojos le hicieron chiribitas. La tía Lü sufría de asma y esta la atacaba todo el rato. Para aliviarla, la tía Lü quemaba una ramita de trompeta del diablo [138](#). La inhalaba varias veces antes de poder decir algo:

—¡Oye, cuñada, la has cogido buena, tú!

Sun Meiniang se arrodilló y le dijo, gimoteando:

—Tía, tía... ¡Sálveme!...

—Habla, hija —dijo la tía Lü, inhalando la ramita con las trompetas del diablo y mirando a Sun Meiniang, y luego prosiguió con un tono de voz que hablaba por sí mismo—: Lo que se puede decir a los padres no se le dice al médico. Vamos, habla...

—Tía, soy incapaz de contárselo...

—Lo que se puede contar a un médico, no se cuenta a los espíritus...

—Ah, tía... Me he enamorado de alguien y me está destruyendo...

La tía Lü sonrió con malicia y preguntó:

—Pero, con esa cara que tienes, ¿tus deseos no se convierten en realidad?

—Tía, usted no sabe de quién se trata...

—¿Quién puede ser? —la interpeló la tía Lü—. ¿Es acaso uno de los inmortales de las Nueve Cuevas o un *arhat* del Cielo del Oeste [139](#)?

—Tía, él no es un inmortal de las Nueve Cuevas, ni un *arhat* del Cielo del Oeste; es el gran *laoye* Qian, el subprefecto y magistrado de Gaomi...

Los ojos de la tía Lü volvieron a iluminarse con luces de todos los colores. Intentó controlarse aunque la curiosidad la podía y le preguntó:

—Cuñada, ¿qué piensas hacer? ¿Qué puede hacer por ti esta vieja?

—No, no... —Los ojos de Meiniang se llenaron de lágrimas y con dificultad siguió diciendo—: Nos separa un mundo, esto es imposible...

—Cuñada, este es un asunto entre hombres y mujeres, y tú no comprendes esas cosas. Lo único que tienes que hacer es honrar el espíritu de la diosa-zorra. Incluso si tiene un corazón de piedra, siempre hay un método para enganchar a los hombres.

—Pero, tía... —le suplicó tapándose la cara con las manos y llorando a cántaros—, si hay algún método, ¿no puede hacer que le olvide?

—Cuñada, pero ¿qué te hace sufrir tanto? —le dijo la tía Lü—. Si te gusta, ¿por qué no satisfaces tus deseos? En este mundo no hay nada más bonito que el amor entre un hombre y una mujer. Cuñada, ¡no seas tonta!

—Puedo... ¿Puedo satisfacer mis deseos?

—Si el corazón es sincero, entonces funciona.

—¡Mi corazón es sincero!

—¡Arrodíllate, entonces!

IV

Siguiendo el consejo de la tía Lü, Sun Meiniang se envolvió con un pañuelo de seda blanco y se fue al campo. Ella había sido alguien a quien le aterrorizaban las serpientes y ahora, sin embargo, debía encontrar una. Ese día, la tía Lü le había pedido a Meiniang que se arrodillase delante de la estatuilla de la diosa-zorra, que cerrase los ojos y que rezase en silencio. La tía Lü empezó a leer unas inscripciones y tomó en un abrir y cerrar de ojos el espíritu de la diosa-zorra. La voz de la tía Lü —ya no era la tía Lü, sino la diosa-zorra quien hablaba— se agudizó. Era la voz de una niña de no más de tres años, y le dijo que fuera al campo y que encontrara un par de serpientes copulando y que las envolviera con el pañuelo blanco. Una vez acabada la cópula, el pañuelo quedaba con una mancha de sangre. Debía entonces —dijo la diosa-zorra— coger ese pañuelo de seda y agitarlo delante del gran *laoye* Qian. Este no te abandonará nunca, y nunca dejará de pensar en ti, aunque lo maten con un cuchillo.

Con un palo de bambú en la mano, Sun Meiniang batió todos los rincones de los campos a las afueras de la subprefectura por donde pasó. Buscó entre los charcos de agua, entre los matorrales, entre las malas hierbas, cerca de los nidos, por todas partes donde pudiesen encontrarse serpientes. Los pájaros piolaban encima de su cabeza y las mariposas revoloteaban delante de su cara. El corazón de Meiniang era como una mariposa, volaba, flotaba, iba de un lado a otro...; sus pies parecían estar pisando algodón, se sentía débil y apenas podía mantenerse de pie; pisaba la mala hierba y los saltamontes, los grillos, los erizos y los conejos se asustaban. Pero las serpientes brillaban por su ausencia. Quería encontrar las serpientes, pero al mismo tiempo temía

hacerlo. Su cabeza estaba hecha un lío, y ella solo se contradecía. Pero de repente, oyó un sssssss y la vio: una serpiente pardusca, enorme, asomó por la hierba y se la quedó mirando con cara de pocos amigos, alargando su lengua negra y poniendo unos ojos tétricos. Esa cara piramidal parecía sonreír fríamente a Meiniang. La cabeza de Meiniang emitió un ¡oh! y los ojos se le obnubilaron. No veía nada delante de ella. En esa oscuridad que era desde ese momento el mundo para ella, Meiniang oyó cómo su boca emitía un quejido largo y sinuoso. Meiniang puso el culo sobre la hierba para calmarse y recuperar los sentidos. Cuando se sintió más despejada, vio que la serpiente había desaparecido sin dejar ni rastro y notó que había dejado la ropa empapada de sudor frío. El corazón le latía con fuerza, como si le estuviera golpeando dentro del pecho una piedra. Abrió la boca y escupió sangre.

Soy una estúpida, pensó. ¿Por qué le hago caso a esa bruja? ¿Y por qué pienso todo el tiempo en ese Qian Ding? ¿Acaso no come, bebe y mea como todo el mundo? Incluso si estuviese encima de mí, ¿qué tendría eso de excepcional? ¿Qué le diferenciaba de Xiaoja? ¡No seas idiota, Meiniang! La joven Meiniang creía oír que alguien la abroncaba desde el Cielo con un tono de voz solemne. Miraba entonces el cielo en lo alto, azulísimo. Nada interrumpía ese color puro, ni siquiera una nubecilla blanca y descarriada, cuando de improvviso apareció una bandada de cuervos que rompió esa idílica pureza con sus graznidos. Pero luego desaparecieron. Meiniang sintió que su corazón también volvía a esa misma serenidad idílica y pura, como si hubiese despertado de un sueño. A continuación lanzó un largo suspiro y se puso de pie, se quitó la tierra del trasero, se arregló el cabello y regresó a casa.

En el camino, mientras sus zapatillas pisaban los charcos, su estado de ánimo iba cambiando: ella vio, como reflejadas en un espejo, sobre la superficie iluminada de un lago, dos garzas de un blanco inmaculado. Estaban inmóviles, de pie, como si no se hubiesen movido de ahí en mil años. La garza hembra apoyaba la cabeza sobre el lomo de la garza macho, y esta torcía el cuello para mirar a la garza hembra. Las dos se miraban sin decirse nada y disfrutaban en paz de su amor, dulce como la miel. Su llegada probablemente las alarmó, o quizá la estaban esperando para empezar su actuación: las dos garzas extendieron sus alas de plumas negras, gritaron, gimieron, y en medio de esos efluvios amorosos, escupieron un esputo de sangre. Las garzas se sirvieron del grito del amor para atraer a Meiniang a su lado. Y acompañando al grito del amor, las dos garzas entrelazaron sus cuellos, que parecían serpientes. Uno no podía creer que esos cuellos fueran tan flexibles. Yo te cubro, tú me cubres..., nos enlazamos..., media vuelta, de lado, te cubro, ah, te cubro, te abrazo con las alas, ah, te abrazo, así, eternamente, como si nadie hubiera previsto un final. Después se separaron, alargaron sus picos y volvieron a trenzar sus alas, mostrando su amor con ternura, se refregaban la una contra la otra, de los pies a la cabeza, sin despegar ninguna pluma.

Esas dos garzas y su rito amoroso conmovieron a Sun Meiniang, que no pudo contener las lágrimas y se tiró sobre la hierba. Sus lágrimas caían sobre la mala hierba y su corazón latía contra la tierra. Tenía los sentimientos a flor de piel y musitó algo para sí misma: «Oh, cielos, conviérteme en una garza blanca hembra, y conviértete al gran *laoye* Qian en una garza blanca macho... Entre los hombres hay demasiadas diferencias. Entre las aves hay más igualdad. Cielo mío, sálvame por lo que más quieras, que nuestros cuellos se entrelacen como los de esas garzas, y así, juntos, nos convirtamos en una cuerda roja; que mi boca se pegue a la suya; que nuestros cabellos sudorosos no se separen nunca. Deseo que su boca bese mi cuerpo entero. A veces pienso que me gustaría tragármelo, o que él me coma entera. Esto lo he pensado varias veces. Oh, cielos, que nuestros cuellos se entrelacen eternamente y no se separen nunca; que todas las plumas de nuestros cuerpos se ericen como las de un pavo real... La felicidad debe de ser algo parecido a eso; el verdadero afecto...».

Meiniang restregó contra la hierba su cara ardiente para rebajarse el calor, y sus manos socavaban la tierra y extraían las raíces de la mala hierba.

Se levantó como pudo y se dirigió hacia donde estaban las garzas. Tenía la cara llena de tierra amarilla y hierba verde. En su cara se había dibujado una sonrisa radiante. Extendió las manos y la seda blanca que llevaba entre ellas se desplegó. El corazón se le salía del pecho, y de su boca salieron unas palabras que repitió varias veces:

—Aves, aves mías, aves de mi corazón..., dadme un poco de vuestra sangre. No mucha, solo un poco..., para que se cumplan mis sueños. Oh, aves mías... Yo soy tú, y él es él; que él conozca lo que siente mi corazón, y que conozca también lo que siente tu corazón... ¡Que nuestros corazones se conozcan! Aves mías..., compartid un poco de vuestra felicidad conmigo. Un poquito, solo un poquito... Oh, aves mías... ¿No os da pena el corazón roto de esta mujer?

Las dos garzas se asustaron, desplegaron de inmediato las alas y arrancaron a correr sobre las aguas del lago. No se podía decir claramente si esas cuatro patas eran ágiles o torpes, pero al salir despedidas del lago dejaron sobre unas aguas movidas y ondeantes el resultado de su acción. Se lanzaron corriendo cada vez más deprisa, tomando impulso hasta que salieron despedidas. Se podía oír el chapoteo sobre las aguas, como piedrecillas que se tiran al agua. *Chop, chop, chop...* Pisaban las plantas flotantes, que se hundían al paso raudo de las garzas. Al final despegaron con sus alas desplegadas y la cola abierta detrás.

Estuvieron durante un rato sobrevolando el lago hasta que aterrizaron en la orilla. Ya ahí sus figuras se diseminaron en la distancia... Las patas de Meiniang, en cambio, se habían quedado clavadas en el barro de la orilla pantanosa y parecía que se iban a quedar ahí otros mil años. Sus patas se hundían, mezcladas con el barro blando y resbaladizo. Y se hundía, lenta e inexorablemente... Sentía que el fango le llegaba

hasta el culo, ardiente como lo tenía, y ello le producía una sensación de frescor que agradecía...

Xiaojia se apresuró en sacarla de ese apuro.

Sun Meiniang enfermó seriamente durante mucho tiempo. Cuando se recuperó, volvió a las andadas y se puso a pensar obsesivamente en el gran *laoye* Qian. La tía Lü vino a verla y le trajo un saquito con polvos marrones. Al ver cómo la había dejado la aventura de las serpientes, la tía Lü le dijo, sirviéndose de un tono de voz compasivo:

—Niña, le has dado pena a la diosa-zorra y ella me ha dado estos polvos para ti. Prepara con ellos una bebida y tómatela.

Meiniang pesó el saquito y le preguntó:

—Tía, usted que tiene un buen corazón y nunca me engaña, ¿qué es esto?

—Solo si lo bebes te lo diré; si te lo digo antes no tendrá efecto.

Vertió los polvos en un bol y los mezcló con agua hervida. La pócima apestaba, y Meiniang se tapó la nariz para poder ingerirla.

—Niña —le preguntó la tía Lü—, ¿de veras que quieres saber qué es esto?

—Sí, de veras.

—Pues déjame que te lo cuente, niña —empezó a decir la tía Lü—. Tu tía no podía dejarte morir, tú que eres tan joven y bella. Por eso te propongo este remedio, que es el más eficaz. La diosa-zorra no quería que te lo propusiese; pero tú estás demasiado envenenada, y nadie puede ofrecerte un remedio mejor. Fue un miembro de mi familia quien me dio esta receta que ha sido transmitida de generación en generación solo por mujeres. Te lo voy a decir claramente. Lo que acabas de beber son las heces de tu querido. ¡No son falsas, son sus mierdas, niña! Pero obtenerlas me fue fácil. Tuve que pagarle tres monedas de cobre a Hu Si, el cocinero de Su Señoría Qian. Hu Si tenía acceso a la letrina del gran *laoye* y ahí pudo recogerlas. Cogí ese tesoro y lo puse en el horno para que, una vez endurecido y desecado, pudiera convertirlo en polvo. Luego le añadí piñón de Indias [140](#) y ruibarbo. Ese remedio es de lo más eficaz que existe para apagar el fuego de la pasión. La diosa-zorra me lo contó: esto tiene un efecto devastador en mucha gente y reduce los años de vida. Sin embargo, me das tanta pena, niña, que te lo he ofrecido. Si vives dos años menos, no pasa nada. Niña, tómalo y lo comprenderás: la mierda del gran *laoye* Qian, por muy fino e importante que sea, huele tan mal como la de todo el mundo.

Justo cuando la tía Lü acabó de decir esas palabras, Meiniang se giró y vomitó todo lo que llevaba dentro. Lo sacó absolutamente todo, y una vez fuera, Meiniang se sintió más sobria y despejada, aunque no sabía si quería seguir viviendo o morir ya. El corazón le dolía, pero la herida parecía cicatrizada. Recuperó el apetito, y los alimentos, tanto los salados como los dulces, recuperaron el sabor que tenían antaño. Meiniang empezó a sonreír y se recuperó poco a poco. Esa experiencia con todos sus

sinsabores fue para ella el bautismo del amor. El rostro de Sun Meiniang perdió en belleza pero ganó en pureza. Nunca llegó a dormir bien por las noches, sobre todo los días de luna llena.

V

El claro de luna, el polvo de oro en la noche oscura, caía sobre los papeles de la ventana. Xiaojia dormía a pierna suelta sobre el *kang* y sus ronquidos parecían truenos. Desnuda como vino al mundo, Meiniang se dirigió al patio para que la luz de la luna bañara su cuerpo como si fuera agua, y, en medio de su confusión, derramó unas lágrimas. Ese paisaje era bellissimo, pero ello no impidió que Meiniang cayera en una negra melancolía. Su corazón no se había curado del todo, y de nuevo brotaba, aprovechando la menor oportunidad para echar raíces. Ah, Qian Ding, Qian Ding, el gran *laoye* Qian Ding, mi amado, ¿cuándo sabrás que hay una mujer a la que le quitas el sueño cada noche? ¿Cuándo sabrás que hay una mujer cuyo cuerpo es como un melocotón maduro que espera a que lo pruebes? Oh, la luna brillante que está en el cielo, tú eres la diosa de las mujeres, tú eres la que mejor conoces a las mujeres, ¿no serás el viejo de la luna [141](#) del que hablan las leyendas? ¿Por qué no me respondes? Si tú no eres el viejo de la luna, ¿quién se encarga en el Cielo de establecer las relaciones entre los hombres y las mujeres? ¿Detrás de qué estrella se esconde? ¿O es un espíritu que vive en nuestro mundo? ¿Es el pájaro blanco de la noche que vuela desde la luna y se posa en el árbol Fénix? El pulso de Meiniang se aceleró y el corazón se le salía del pecho. Viejo de la luna, viejo de la luna, tienes el espíritu vivo, pero no tienes ojos aunque veas a todos los seres que hay en este mundo, y no tienes orejas aunque oigas todo lo que se dice en los aposentos privados de las casas. Pero ¿oíste mis súplicas? ¿Por eso enviaste al pájaro de la noche como mensajero? Este es el pájaro blanco de la noche, con sus plumas blancas vibrando en la luz de la luna

como humo en el espacio, con sus ojos como puntos de oro en platino. Ahí estaba, sobre la rama más alta del árbol Fénix, con la postura más bella, más amistosa, mirándome. Pájaro, pajarito, el dios de los pájaros, coge con tu pico que ha sido tallado como el jade blanco todos mis pensamientos, los cuales son más ardientes que el fuego que arde en el infierno, más persistentes que la lluvia de otoño y más exuberantes que la hierba que crece en los campos. Sí, levántalos con tu pico y llévaselos a la persona que ocupa mi corazón. Para que sepa cuánto lo deseo, dile que estaría dispuesta a hacer una montaña de espadas, a andar sobre el fuego. Por él me transformaría en el umbral de su puerta y me dejaría pisar por sus pies, me convertiría en su yegua y me dejaría montar por él y azotar por su fusta. ¡Díselo!, dile también que he comido su mierda... Ah, *laoye*, mi queridísimo *laoye*, mi hermano mayor, mi corazón, mi vida... Ah, pájaro, pajarito mío... Te das prisa en volar y dejaste de llevar mis pensamientos y mi amor, los cuales ya son como las lágrimas de sangre que surgen de las hojas temblorosas de los árboles, esas mismas que llevan con ellas mi perfume. Cada flor lleva una frase de amor que me pertenece, y el árbol con todas sus hojas lleva con él todo el amor que yo puedo expresar. Mi amor... Sun Meiniang corre con el rostro lleno de lágrimas hacia el árbol Fénix y vio ahí, en todo lo alto, al pájaro blanco de la noche. Sus labios temblaban, y de sus dientes blancos y labios rojos salieron unas palabras que solo se atrevió a murmurar. Su sinceridad conmovía al mismísimo Cielo. El pájaro de la noche lanzó un grito estridente, desplegó las alas y salió volando, desapareciendo en la luz de la noche, como el hielo se deshace con el calor, como la luz cuando entra el fuego...

Alguien aporreó la puerta y los golpes sonaron de manera contundente: *tras, tras...* La sentimental y espantadiza Sun Meiniang se asustó, corrió de inmediato hacia la casa y se vistió; pero no le dio tiempo a calzarse. Tenía los pies enrojecidos y llenos de barro debido a sus andaduras nocturnas. Se dirigió a la puerta. Tras sujetarse el corazón con una mano, preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién llama?

Ella esperaba un milagro, esperaba que su sinceridad hubiera conmovido de veras al Cielo, que un dios le hubiera lanzado el lazo rojo a su querido amor, y este, aprovechando la luz de la luna, se presentara ante ella. Meiniang estuvo a punto de caer de rodillas e implorar a alguien para que se cumpliesen sus sueños, pero otra persona le respondió detrás de la puerta en voz baja:

—Meiniang, abre.

—¿Y tú quién eres?

—Hija, soy tu padre.

—¿Mi padre? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—No me hagas más preguntas. Tu padre está en un aprieto. ¡Rápido, abre la puerta!

Nerviosa, abrió el cerrojo de la gran puerta, y esta chirrió al abrirse: *cric, cric...* Era su padre, su *die*, el gran Sun Bing, el comediante del distrito de Dongbei en la subprefectura de Gaomi, quien entró en la casa cayéndose.

Con la ayuda de la luz de la luna, Meiniang vio la cara de su padre llena de rasguños y sangre. La barba de su padre, esa barba que le había hecho perder la contienda pero que era, ni que decir tiene, una barba bellísima e impotente, casi había desaparecido por completo. Solo quedaban unos pelillos sueltos y muchas heridas que sangraban todavía. Asustada, le preguntó:

—*Die*, ¿pero qué es todo esto?

Ella despertó a Xiaojia, y los dos acostaron al *die* sobre el *kang*. Meiniang le abrió la boca con unos palillos e introdujo agua fría para que se espabilara. Lo primero que hizo cuando recuperó la consciencia fue llevarse la mano a la barbilla y se puso a llorar. Lloró a cántaros, desconsoladamente, como un niño que se ve víctima de una injusticia. La sangre le seguía goteando de la barbilla, y los cuatro pelos que le quedaban estaban sucios. Meiniang cogió unas tijeras y los cortó, luego cogió harina y se la puso en la cara. El rostro de su *die* había dejado de ser humano. Era horrible, el de un monstruo. Meiniang le dijo:

—Pero ¿quién te ha dejado la cara así?

Las lágrimas caían sin cesar del rostro del *die* y parecían la lava del planeta Marte. Los músculos de la cara se le tendieron y los dientes rechinaron:

—Ha sido él. Sí, él. Fue él quien me arrancó los pelos de la barba. Si ganó la contienda de las barbas, ¿por qué no me ha soltado? Si me dijo que me perdonaba, ¿por qué se ha cebado así conmigo? Ese bandido tiene el corazón con más veneno que una serpiente o un escorpión.

En esos momentos, Meiniang sintió que se le había curado completamente su mal de amores. Pensó en lo que había vivido y sintió vergüenza. Se arrepintió de todo lo que había vivido. Parecía como si ella hubiera conspirado con Qian Ding para sacarle las barbas a su padre, su *die*, el gran actor Sun Bing. Meiniang pensó: gran *laoye* Qian, tú eres en realidad un veneno. No tiene ningún sentido de la justicia. ¿Dónde está el padre del pueblo, el funcionario generoso y caritativo? Ahora está claro: eres un bandido con la mano larga. Que me hayas convertido en algo inhumano, en un fantasma, podía pasar; pero mi padre, ¡no, nunca! ¿Cómo has podido caer tan bajo? El pobre hombre ya había recibido su castigo, fue humillado ante ti, y tú le perdonaste delante de todos, y yo me arrodillé ante ti para que tu corazón se hiciera añicos. Yo te hice el ganador de la contienda para no dañar tu reputación. Pero no, eso no fue suficiente, tú no soltaste a mi padre. Bestia, cuadrúpedo, animal doméstico... ¿Cómo he podido ser tan imbécil para enamorarme de ti? ¿Sabes cuántos meses y cuántos días he pasado así?

Esas reflexiones le provocaron una indignación insoportable. Ah, Qian Ding, tú te

has llevado por delante la barba de mi *die*; ahora soy yo quien va a llevarse por delante tu vida.

VI

Ella había elegido con sumo cuidado dos piernas de perro bien carnosas, las metió en la marmita con la sopa y *glu, glu, glu...*, lo hirvió todo junto. Para que las piernas de perro supieran mejor, les añadió unas especias. Ella misma controlaba el fuego: lo puso fuerte durante un rato y luego lo aflojó de golpe ya que sabía que ahí residía el arte de cocinar la carne. El aroma de la carne llegaba a la calle principal, y, ahí, el de las orejas grandes, Lü Qi, que trabajaba en una de las tiendas, se puso a golpear la puerta de la casa de Meiniang de tal manera que los golpes hubieran hecho temblar una montaña:

—¡Eh, la inmortal de los pies grandes! ¡Sí, tú, la inmortal de los pies grandes! ¿Qué has hecho para que el viento haya lavado el Cielo? ¿Has vuelto a cocinar las piernas de perro? ¡Guárdame una para mí!...

—¡Te guardaré más bien la pierna de tu madre! —le dijo amenazándole con el cucharón y en un tono de voz agresivo y chillón.

En una noche, Meiniang volvió a ser Xi Shi, la de la carne de perro, y el objeto de todas las burlas. Su ternura había volado hacia vete a saber dónde. Se bebió un bol con sangre de cerdo hervida y comió un plato con carnes varias de perro. Luego se limpió los dientes con sal y se enjugó la boca, se lavó la cara, se maquilló los mofletes y se puso rojo en los labios, se quitó la ropa vieja y se puso una nueva, se arregló el pelo delante del espejo y se perfumó las sienes con agua de flores. Se vio radiante y bellísima. Se sentía fascinada con su propia imagen reflejada en el espejo. Todo ello le levantó de repente el ánimo. Estaba claro que así no iba a matar a nadie, pero sí a

venderse sexualmente al otro. La ternura que ahora mostraba su rostro la asustaba y puso la luna del espejo mirando al otro lado, se mordió los dientes y dejó que su cabeza se encendiera. Para llenarse de confianza e imperturbabilidad, Meiniang se dirigió al ala este de la casa para ver la barba de su padre. La harina que le había puesto en la barba ya había cicatrizado las heridas. Esa harina desprendía mal olor y atraía las moscas. La cara de su *die* la entristeció y la indignó. Meiniang había cogido algunas astillas para ponérselas en la barbilla, pero ello le despertó de golpe. Tenía los ojos abiertos y algo hinchados, y la vio con la mirada extraviada.

—*Die*, deja que te lo pregunte —le dijo fría como el hielo—, ¿qué has venido a hacer a la ciudad a estas horas de la noche?

—Vine para ir de putas [142](#) —le respondió con franqueza.

—¡Vaya! —ironizó Meiniang—, ¿y no será una puta quien te ha arrancado la barba para hacer un espantamoscas?

—Pues no. Yo me llevo muy bien con ellas. ¿Por qué me iban a arrancar la barba? —dijo el *die*—. Salía de burdel cuando, en una callejuela detrás del *yamen*, me asaltó un tipo con cara de mongol. Me cogió por la cabeza y empezó a arrancarme con una de sus manos los pelos de la barba.

—¿Cómo pudo un hombre solo arrancarte la barba?

—Sabía artes marciales y era muy fuerte; yo estaba, además, borracho.

—¿Y cómo puedes afirmar que fue él?

—Llevaba una tela negra que le cubría la barba. —Sun Bing continuó hablando con un tono categórico—: Solo los que tienen una buena barba se la protegen así.

—De acuerdo, pues entonces me vengaré por ti —le dijo—. Aunque seas un hijo de puta, sigues siendo mi padre.

—¿Qué piensas hacer para vengarme?

—Lo mataré.

—No, no puedes matarlo. Nunca podrás hacerlo —dijo el *die*—. Arráncale la barba, eso es todo.

—Pues bien, le arrancaré la barba.

—Pero no podrás hacerlo. —El *die* sacudió la cabeza—. Tiene buenas piernas y pies ágiles, puede saltar muy alto, se desplaza rápidamente y sabe además artes marciales.

—Pero ¿tú no sabes que si el *dao* llega a todas partes, el diablo llega todavía más lejos?

—Pues ya me tendrás informado —repuso el *die* afinando la voz y poniendo la boca como si fuera a dar un beso—; espero que consigamos algo con ello.

—Espera y verás.

—Hija, si bien tu padre ha actuado como un auténtico sinvergüenza, sigue siendo tu padre, tu verdadero *die*. Es por ello que no puedo dejar que vayas a acometer esa

fechoría. Durante esta media noche que he podido dormir, he podido reflexionar sobre todo esto y he comprendido mucho de lo que le ha pasado. Si me han arrancado la barba es porque he hecho algo malo. Lo merecía. No debo culpar a nadie más —dijo el *die*—. Quiero regresar inmediatamente. Ya no volveré a subir a un escenario para actuar sobre él, ni a cantar la ópera de Maoqiang. Tu *die* se ha pasado la vida interpretando esas obras y en ese mundo se dice a menudo que «hay que salir de la vieja carcasa y cambiar de huesos para volver a ser un hombre». Yo lo cambio y digo «hay que arrancarse la barba para volver a ser un hombre».

—Yo no solo lo hago por ti...

Meiniang se fue a la cocina, que estaba justo delante ellos, y del horno sacó con un par de pinzas de hierro las dos piernas de perro que había puesto en la sopa, las saló y les puso unas especias. Luego se fue a buscar unas hojas de loto secas y con ellas envolvió las dos piernas y las metió en la cesta. De la caja donde Xiaojia guardaba sus cosas sacó un cuchillo para cortar carne que estaba afiladísimo. Lo probó y tras ver que cumplía con sus exigencias lo escondió en la cesta. Xiaojia le preguntó con un tono de voz melancólico:

—*Laopo*, ¿qué vas a hacer con ese cuchillo?

—Voy a matar a alguien.

—¿A quién?

—¡A ti!

Xiaojia se tocó el cuello y sonrió por lo bajines. Dijo:

—No, eres tú quien te vas a matar a ti misma.

VII

Sun Meiniang se plantó delante de la entrada del *yamen* de la subprefectura de Gaomi y, a escondidas, le metió una pulsera de plata en la manga a Xiao Tun, que hacía guardia en la puerta. Meiniang le pinchó el muslo y le dijo con calma:

—Mi buen hermano, déjame entrar.

—¿Qué quieres hacer dentro? —A Xiao Tun le gustaba entornar los ojos y con la barbilla le indicó el gran tambor que estaba al lado, y le dijo—: Si vienes para poner una denuncia, golpea el tambor.

—Si quisiera denunciar a alguien, ¿de qué me iba a servir golpear el tambor? —contestó, y acercando sus mejillas perfumadas a la oreja de Xiao Tun, susurró—: El gran *laoye* envió a alguien para que me dijera que Su Señoría quería carne de perro.

Xiao Tun inspiró con fuerza y dijo:

—Perfume, sí, esto sí que es un perfume... No sabía que al gran *laoye* Qian le fuesen estas cosas...

—Todos los hombres sois unos apestosos. ¿Qué insinúas?

—Cuñada, cuando Su Señoría haya acabado, me trae los restos. ¿Quiere?...

—Vicioso —le dijo a Xiao Tun, escupiéndole en la cara—, la cuñada no te defraudará. Pero, dime, ¿en qué habitación está ahora Su Señoría?

—Ahora... —Xiao Tun se giró hacia el sol y siguió diciendo—: Ahora es probable que esté trabajando en la habitación de las Firmas [143](#). ¡Seguro que está ahí!...

Meiniang entró en el *yamen* por la puerta principal, recorrió el pasillo, atravesó el patio donde se produjo la contienda de las barbas, pasó por la puerta de los Ritos,

entró en el patio de las seis cámaras, luego, al este de la Gran Sala, recorrió la arcada que rodeaba al edificio. Todos los que la veían pasar la miraban con asombro, y Meiniang les sonreía con dulzura y los dejaba fascinados, sin saber qué decir. Los servidores del *yamen* veían cómo se contoneaba y ello les dejaba con la boca abierta, salivando. Creían estar viendo a una diosa. Traía carne de perro, sí, traía carne de perro. El gran *laoye* Qian tenía lo que quería. Esta es una perra con la carne bien repartida en su cuerpo, pensaban los servidores del *yamen*, y el deseo afloraba en sus caras.

Después de entrar en la Segunda Sala, Meiniang sintió que el corazón se le aceleraba, los labios se le secaban y las piernas le flaqueaban. El joven secretario encargado de los registros [144](#) la vio y le hizo una señal con la cara, indicándole dónde se encontraba el despacho de las Firmas, al este de la Segunda Sala del *yamen*. Ella se giró con la intención de agradecerle al secretario la información que le había dado, pero el secretario ya se había retirado al patio. Meiniang se quedó plantada delante de la gran puerta grabada con flores de la habitación de las Firmas y comenzó a respirar hondo. Sus pensamientos se desencadenaron como grandes olas. De la parte trasera, donde se encontraba el departamento del encargado de las finanzas, venían efluvios cargados con la fragancia intensa y voluptuosa de las lilas, que habían inundado el corazón de la joven Meiniang. Con las manos levantó las patillas que caían sobre sus tómpanos, se colocó bien la flor que se había puesto en el pelo y se alisó y enderezó bien la ropa. Abrió la puerta ligeramente y vio dos garzas de color cenizo bordadas en un panel de tela. Sintió que su corazón se había disparado e impelía más sangre de lo normal: la imagen de las dos garzas que vio en el lago le vino a la cabeza. Se mordió el labio inferior para contener la emoción y no llorar. Ya no sabía si lo que su corazón le dictaba era amor u odio, era queja o injusticia; lo único que sentía era que su pecho le iba a estallar. Meiniang retrocedió unos pasos y puso la cabeza contra el muro frío para quitarse de encima el calor febril que la atenazaba.

Después, apretó los dientes para calmar la tensión y volvió otra vez a colocarse delante de la tela del panel de la entrada. En el despacho de las Firmas se oía cómo se pasaban las hojas, *sst, sst, sst...*, y la tapadera de una taza de té golpeando los bordes, *clac, clac, clac...* También se oyeron unas toses leves. El corazón se le detuvo a Meiniang, se ahogaba, no podía respirar. Eran sus toses, eran las toses del amante de sus sueños, pero también eran las toses de un ser cruel que aparentaba ser un ángel, y que le había arrancado las barbas al *die*. Meiniang pensó en cómo había enfermado (hasta la médula) por su culpa. Había sido humillada, había seguido las instrucciones de la tía Lü y había comido la mierda del gran *laoye* Qian para curarse de su mal de amor. Qian Ding era un bandido. ¿Qué hacía ella ahí delante de la puerta de su despacho? Lo había comprendido. No había venido para vengarse de su *die*, sino para

liberarse de sus males. El mal le había llevado hasta la médula y no podía seguir viviendo así. Ella sabía que la *laopo* de un carnicero, una mujer que tenía además los pies grandes, no podía recibir la atención de alguien con el rango de Su Señoría. No tenía ninguna esperanza, él no iba a rescatarla de sus males; o moría delante de él o moría él, así que sería él quien debía morir.

Para poder pasar a través de la puerta, Meiniang quiso armarse de valor, y para armarse de valor, se llenó de odio recordando todo lo que había sufrido por culpa del magistrado. Pero ese odio no tenía más valor que los algodones que se desprenden de los sauces, sin raíces, sin peso, que van flotando hasta que el viento los deshace. El perfume de las lilas la mareaba y la dejó inquieta. Y en ese momento, salió una voz suave del interior; era una voz muy parecida a la de un pajarito, agradable al oído. Nada hacía pensar que fuese la de Su Señoría el subprefecto. Más bien recordaba a la de algún adolescente al que todavía no le ha cambiado la voz. Meiniang sintió sobre su cuerpo algo parecido a un golpe de vientecillo fresco, y la piel se le puso de gallina y la cabeza se le quebró. Cielos, no podía moverse. Se iba a derrumbar. Debía cambiar de planes. No tenía otra alternativa. Pensó que lo único que le quedaba por hacer era coger el cuchillo de la cesta y clavárselo en el corazón. Y después de clavárselo en el corazón, la sangre saldría a borbotones. De esa manera, se armó de valor y pasó por debajo de la tela con las garzas bordadas y entró en el despacho de las Firmas. Lo hizo como un rayo en el cielo, rauda, sin pensárselo. Las garzas blancas ya habían quedado atrás y un mundo las separaba de ella, ya en el interior del despacho de las Firmas.

Ahí estaba la gran mesa del despacho, con sus cuatro tesoros del buen letrado. Sobre las paredes había colgadas varias caligrafías y unas estanterías para poner macetas, y en las macetas había flores que bañaban la luz que entraba desde la ventana; y el resto solo lo vería cuando desapareciese poco a poco la ola de emoción que la embargaba. Pero cuando cruzó a través de la tela, la primera persona que saltó a sus ojos fue el gran *laoye*. Su Señoría Qian iba vestido con el atuendo de todos los días y mostraba una gran elegancia. Estaba sentado en la silla del Gran Tutor reservada para él y sus pies iban cubiertos por unos calcetines de seda blancos como la nieve. Tenía los pies encima de la mesa del despacho y cuando vio a Meiniang se asustó y los retiró al instante. La cara del magistrado se había quedado pálida de estupor. Se enderezó sobre la silla, soltó la mesa, miró a Meiniang y le dijo:

—Tú...

Sus miradas se cruzaron. La luz de sus ojos era como hilos rojos que se habían liado en un nudo. Ella se sentía totalmente atada con esa cuerda que veía con sus propios ojos. No tenía fuerzas para moverse. La cesta que llevaba colgada del brazo y el cuchillo que finalmente había cogido con la mano cayeron al suelo. El cuchillo refulgía. Ni ella ni él se dieron cuenta. Las piernas de perro desprendían desde la cesta su aroma. Pero ni ella ni él se dieron cuenta. Abundantes lágrimas brotaron de los ojos

de Meiniang cubriendo sus mejillas. Su rostro y sus ropas se habían cubierto de lágrimas que no paraban de salir. Ese día, ella llevaba una chaquetilla ligera de seda del color de las raíces de la flor de loto, con unos puños de camisa, un cuello y unos pantalones verdes como una habichuela y con finos bordados. Tenía el cuello de la chaquetilla levantado y hacía resaltar la blancura pura de la piel del cuello de Meiniang. Sus pechos, que se habían endurecido, orgullosos y arrogantes, temblaban debajo de la chaquetilla. Tenía su carita roja, como una flor de loto rociada con perlas. Su rostro reflejaba al mismo tiempo cariño, ternura, miedo y timidez. El gran *laoye* Qian estaba conmovido. Esa belleza parecía caída del Cielo, como la de un ser querido al que se espera desde hace tiempo.

Qian Ding se levantó y rodeó la mesa del despacho. Se golpeó varias veces los muslos con las puntas de la mesa, pero no lo sintió. Sus dos ojos se clavaron en los de la joven. Su cabeza se había llenado con la presencia de la joven Meiniang, como la pupa antes de convertirse en una mariposa, esa pupa que llena el capullo y no deja espacio para nada más. Los ojos de Qian Ding también se habían humedecido y respiraba hondo. Extendió sus dos manos, su chaquetilla se abrió, pero a un paso de ella, se detuvo. Solo las miradas eran capaces de tomar la medida de lo que ahí estaba pasando. Sus ojos contenían las lágrimas, la energía se conservaba, y la temperatura subía. Ya nadie sabía finalmente quién era quién. Dos seres que como dos luces solitarias querían fusionarse en un solo ser, y así lo hicieron: se enlazaron como dos serpientes en celo, con todas sus fuerzas, los dos dejaron de respirar, y sus articulaciones se rompieron. Los dos se unieron en un solo cuerpo, como dos piezas pegadas con cola. Los dos habían cerrado los ojos. Los cuatro labios y las dos lenguas se debatían en una guerra sin tregua, en un río desbordado —yo te trago, y yo te respiro como si fueras aire—. Sus labios se fundían como azúcar en un jarabe... Después, las aguas turbulentas que entran en el canal, el fruto maduro que por fin cae y es recogido. ¿Qué poder podía detenerlos? Ninguno. A la luz del día, en el respetable despacho de las Firmas, sin cama ni patos mandarines, las dos pupas habían salido de sus capullos, en el suelo, ya convertidas en bellos inmortales.

Capítulo séptimo

La canción triste

I

Era el 2 de marzo de 1900, el segundo día del segundo mes del vigesimosexto año sacrificial (el séptimo tronco celeste, el año *gengzi*) de la era del emperador Guanxu de la dinastía Qing. Ese día, según cuenta una leyenda, el dragón sale de su periodo de hibernación. Después del segundo día del segundo mes, llega la primavera con su primer sol, los vientos se levantan y los bueyes van a laborar en el campo. Ese día había feria en el burgo de Masang [145](#), en el distrito de Dongbei de la subprefectura de Gaomi. El invierno quedaba atrás y los campesinos se desperezaban. Algunos tenían negocios en esa feria, otros no. Pero todos estaban ahí reunidos. Los que no tenían dinero también ocupaban la calle, atraídos por el bullicio para ver si obtenían algo o veían algún espectáculo. Los que tenían dinero comían pan hasta saciarse, tomaban asiento en los salones de té y bebían su vino caliente. Hacía un día soleado y encantador. Si bien un ligero viento frío y cortante, un viento del norte, todavía soplaba —aún era el principio de la primavera—; pero el buen tiempo había llegado y se turnaba con un viento más cálido, que las jovencitas aprovechaban para sacar sus ropas más ligeras, de algodón, que se hinchaban con este. Pero el viento también les ceñía las ropas y lucían sus bien definidas siluetas.

De buena mañana, Sun Bing, el patrón del salón de té Sun, subió, con una palanca y unos cubos a hombros, al dique de Masang y bajó hasta los campos cultivados de la parte baja del río. Una vez ahí dejó los cubos de madera en el embarcadero y los llenó de agua, la que necesitaba para su negocio diario. Vio que al alba ya se habían fundido los bloques de hielo que se habían acumulado en la ribera durante la pasada noche. La

masa de algas y mugre verde que se había posado encima no había desaparecido todavía y la bruma matinal se había levantado de los bosques, todo ello debido a las inundaciones del pasado año.

A principios del año pasado no hubo ninguna prosperidad. Hubo sequías en primavera e inundaciones en otoño [146](#), pero no heló ni hubo ninguna plaga de saltamontes, gracias a lo cual se pudo obtener entre un sesenta y un setenta por ciento de la cosecha anual. Su Señoría el subprefecto era consciente de esa situación y le apenaba ver las condiciones en las que vivían los campesinos de Gaomi. Para paliar el efecto de las inundaciones, bajó los impuestos agrarios de un cincuenta por ciento a los campesinos del distrito de Dongbei. Si bien la cosecha había sido mucho mejor que los años precedentes, el gesto del subprefecto fue recibido con los brazos abiertos por parte de las gentes del distrito. Para agradecerle la bajada de impuestos, todos pagaron un poco para confeccionar un parasol de los diez mil nombres [147](#). Sun Bing fue, por unanimidad, el elegido para darle en persona al subprefecto ese parasol. Sun Bing se negó a hacerlo, pero los jefes del distrito de Dongbei le convencieron de que él, y solo él, podía hacerlo, y le arrojaron el parasol en el salón de té.

Sun Bing no pudo hacer otra cosa, así que recogió del suelo el parasol de los diez mil nombres y se fue al *yamen* de la subprefectura de Gaomi para ver al gran *laoye* Qian: esa era la primera vez que iba al *yamen* desde la contienda de las barbas. Cuando caminaba por la calle principal de la subprefectura, no sabía si lo que sentía era vergüenza, indignación o tristeza. Solo sentía que la barbilla le dolía, las orejas le quemaban y las manos le sudaban. Si se tropezaba con algún conocido, Sun Bing no le decía nada y enrojecía. Detrás de cada comentario veía una burla o una broma de mal gusto. Que no podía aguantar.

Después de entrar en el *yamen*, el servidor lo condujo hasta el salón principal. Sun Bing dejó el parasol de los diez mil nombres y quiso irse; pero oyó las risas de Qian Ding, el cual entraba por una de las puertas. Ese día Qian Ding vestía con una bata larga con las pezuñas de caballo y en la cabeza llevaba el gorrito rojo con las borlas. Sujetaba en la mano un abanico de papel blanco, como dictan los ritos y las normas de la elegancia; es decir, con mucha naturalidad. El gran *laoye* Qian avanzó unos pasos y extendió la mano.

—Ah, Sun Bing —le dijo con un tono de voz amable—, nuestros caminos se cruzan como no puede ser de otra manera...

Sun Bing observó la barba elegante de Qian Ding y pensó en la barba elegante que él mismo tenía antes y en la barbilla pelada —que daba vergüenza verla, igual que la cabeza de alguien que sufre una tiña fávica— que tenía en esos momentos. Todo ello le hizo sentir una mezcla inclasificable de sentimientos contradictorios. Pensó que las palabras tenían huesos y espinas, y se retuvo. Por ello se mordió la lengua y dijo:

—Este humilde hijo del pueblo tiene el honor de entregarle a Su Señoría, en

nombre de las gentes del distrito de Dongbei, este parasol...

Tras decir esto, desplegó delante del *laoye* el gran parasol rojo con los nombres de todos los lugareños de Dongbei. Qian Ding, excitado, dijo:

—Oh..., pero yo no tengo ni talento ni virtud. No merezco este honor. ¿Cómo podría aceptarlo? No, no puedo aceptarlo...

La humildad de Qian Ding tranquilizó a Sun Bing, el cual replicó:

—Su Señoría Qian, si no tiene otra cosa que decirle a este humilde hijo del pueblo, me gustaría despedirme de usted.

—Tú has venido a darme este parasol en nombre de las gentes de Dongbei, y con ello me has honrado. ¿Cómo te voy a dejar ir así? —dijo Qian Ding, y luego gritó—: ¡Chunsheng!...

Chunsheng respondió y entró como una flecha.

—¿Qué desea, Su Señoría? —preguntó el joven Chunsheng.

—Di a los cocineros que preparen un banquete, algo grande y entretenido —dijo Qian Ding—. Ve a buscar al viejo maestro para que escriba las invitaciones y convidaremos a los diez notables de la subprefectura.

El festín fue completísimo y no faltó de nada. Fue el subprefecto quien sirvió personalmente a los invitados y les echó vino en sus copas repetidas veces. Los diez notables presentaban sus respetos a Sun Bing y lo alababan uno tras otro. Sun Bing no sabía dónde tenía la cabeza; sus pies no pisaban la tierra. Todo su resentimiento, su animosidad, su odio, sus contradicciones, todo ello desapareció en ese preciso momento como el humo en el aire libre o una nube en el cielo. Los notables lo sacaron a la calle en hombros. Sun Bing se animó incluso a cantar un aria la ópera de Maoqiang: «*El rey solitario habla sentado en la flor del melocotonero y piensa en la bella de la familia Zhao, cuyo rostro es como una flor de loto...*».

El año que acababa de finalizar había sido un año más bien feliz para las gentes del distrito de Dongbei, en Gaomi; pero no todo fueron acontecimientos felices. Lo más desagradable fue la construcción por parte de los alemanes de la línea de ferrocarriles que unía Qingdao con Ji'nan, y que atravesaba el distrito de Dongbei en Gaomi. Corría desde hacía años el rumor de que los alemanes querían construir una vía férrea, pero nadie daba crédito a esos rumores hasta que las vías llegaron desde Qingdao a Gaomi. Entonces se dieron cuenta de que ese asunto iba en serio y de su gravedad. Desde el dique del río Masang se podía ver cómo subían las vías por el cantón sureste como un dragón de tierra tumbado en la llanura. Detrás del burgo de Masang, los alemanes habían construido, no muy lejos de las vías férreas, unas barracas para alojarse y unos almacenes donde guardar el material de construcción y los utensilios de trabajo. Visto de lejos, parecían unos buques.

Sun Bing dejó las jarras de agua, los cubos llenos de agua y la palanca —la larga barra de madera— con la que los había traído desde el río. Le pidió al joven Shitou,

que era nuevo en el salón de té, que hiciera fuego y calentara el agua. Sun Bing se fue a la parte delantera del salón, preparó las mesas, las sillas y las banquetas, lavó las teteras y los cuencos, abrió la puerta principal, se sentó detrás del salón y, fumando, esperó a que vinieran los primeros clientes.

II

Desde que le arrancaron la barba, la vida de Sun Bing sufrió cambios importantes.

Esa mañana, en la casa de su hija, tumbado sobre el *kang*, vio la cuerda que colgaba del techo. Esperaba así la llegada de su hija ya que quería saber si finalmente ella había sido capaz de perpetrar el crimen que ansiaba. Por eso había preparado esa cuerda que colgaba del techo. Sabía que tanto si lo había realizado como si había fracasado en el intento, él iría a parar al calabozo del *yamen*, y ya sabía cómo era ese lugar. Por eso prefería poner fin a sus días con la cuerda antes de ir a ese lugar macabro.

Sun Bing se quedó todo el día sobre el *kang* sin hacer nada. A ratos dormía, a ratos estaba despierto, y a ratos las dos cosas a la vez. Cuando estaba en este estado, ante sus ojos, y bajo la luz de la luna, aparecía la imagen de un ser endemoniado que parecía caído del cielo... Ese ser era enorme, parecía un gato negro ingente, con las piernas y los pies ágiles, y sus movimientos rápidos. Se dirigía desde el pabellón de los Diez Perfumes hasta la taberna de la familia Cao por un callejón estrecho. Su larga silueta, bañada con la luz de la luna, recorría el pavimento de la callejuela. La voluptuosidad del alcohol que había consumido en el pabellón de los Diez Perfumes le había dejado trastornado. Cuando apareció de improviso ese hombre vestido de negro, Sun Bing creyó que era un fantasma y se limitó a lanzar unas monedas al suelo, las cuales, al chocar con el pavimento de la calle, produjeron un sonido metálico contundente. Sun Bing, después de oír el sonido de las monedas, balbuceó algo casi ininteligible: «Amigo, soy Sun Bing, del distrito de Dongbei, en Gaomi; un pobre

actor de la ópera de Maoqiang. Todo el dinero que llevaba conmigo lo gasté en putas; si no, podría invitarle a Dongbei y ahí, con mis hermanos, actuaría exclusivamente para usted, y elegiría una gran obra, sí...». El hombre vestido de negro no se dignó ni siquiera a mirar las monedas, solo dio unos pasos nerviosos para acercarse a Sun Bing, el cual sintió el aliento sobre su cuerpo y se espabiló de golpe. Fue consciente de que el hombre vestido de negro no era un ladrón que quería robarle, sino un enemigo que buscaba venganza. Su cabeza se movía como la luz del farolillo de una barca, de un lado a otro, nerviosa, buscando quién podría ser el enemigo. Mientras se perdía en esos pensamientos, retrocedió lentamente unos pasos hacia el claroscuro que se había formado en el muro. En ese preciso momento, el hombre de negro se había quedado por completo bajo la luz plateada que proyectaba la luna sobre ese sitio. A Sun Bing le pareció reconocer los contornos angulosos de su cara. La barba que le caía de la barbilla y el saquito negro que la cubría y que colgaba por el pecho le hicieron pensar a Sun Bing que ya había visto esa cara en otra parte: era la de Su Señoría el subprefecto de Gaomi, que así, vestido de negro, parecía una cigarra. Le entró un miedo súbito, y sintió un odio y un desprecio profundos por él. «Así que eres el gran *laoye*», le dijo como un bruto. El hombre de negro sonrió fríamente, agarró con sus manos el saquito que cubría su barba y la agitó. Ese gesto fue la prueba definitiva que buscaba Sun Bing para verificar su hipótesis. «Habla, anda —le dijo Sun Bing—, ¿qué quieres de mí?», y a continuación apretó los puños como si fuera a pegarle. Pero antes de hacerlo, Sun Bing sintió un intenso dolor en la piel y en la carne de su barbilla. En la mano del hombre de negro había un mechón de la barba de Sun Bing. Sun Bing chilló y se precipitó de inmediato hacia la cara del hombre de negro. Había pasado media vida cantando la ópera de Maoqiang, sobre el escenario podía hacer todo tipo de acrobacias, saltar al vacío, caer sobre el suelo, quedarse tieso como un cadáver... Pero en esos momentos, aunque no se trataba exactamente de artes marciales, un pequeño esfuerzo de más sería suficiente para tumbar a un letrado-funcionario. Sun Bing estaba enrabiado como no lo había estado nunca. Temblaba en la luz, dispuesto a pelear con el hombre de negro con todas sus fuerzas y arriesgar su vida, pero antes de darle el puñetazo, Sun Bing cayó al suelo. Algo duro como una piedra le golpeó la nuca y Sun Bing gritó de dolor y se quedó inconsciente por un momento. Cuando recuperó los sentidos, el hombre de negro le estaba pisando el pecho. Respirando con dificultad, dijo: «Su Señoría..., pero ¿no me había absuelto?». El hombre de negro sonrió y, sin decir nada, le arrancó otro mechón de barba a Sun Bing, y luego otro, que sujetó en la mano. Sun Bing volvió a gritar de dolor. El hombre de negro arrojó al suelo los mechones, cogió una piedra con forma de huevo que estaba a un lado, la metió en la boca de Sun Bing, y con un movimiento rápido y eficaz, le arrancó lo que le quedaba de barba dejándole la barbilla totalmente pelada. Cuando Sun Bing se levantó del suelo, ya no había ni rastro del hombre de negro. Si

no hubiera sido por el dolor de la barbilla y la nuca, habría pensado que había estado soñando. Pero vio que estaba en el suelo en medio de la luz de la luna, con sus barbas desordenadas como las hierbas que crecen en el agua.

Al caer la noche, por no sé qué razón, su yerno estaba contento, *trralí, trralá*, le había traído una torta de sésamo. E igual de contento, *trralí, trralá*, se fue. La hija llegó cuando se había puesto a encender las lamparitas. Bajo la luz que proyectaba el farolillo rojo, Meiniang también estaba contentísima. No parecía haber matado a nadie. Parecía más bien que había ido al banquete de una boda. Antes de que su padre abriera la boca, le dijo, altanera:

—¡Dices tonterías, *die*! El gran *laoye* Qian es un letrado y sus manos son blandas como el algodón. ¿Cómo podría actuar como un bandido? A decir verdad, creo que esas putas apestosas han meado encima de ti y por eso dices tantas tonterías. Tienes la cabeza hecha un lío. Piénsalo bien, incluso si el gran *laoye* Qian hubiese querido arrancarte la barba, ¿crees que lo habría hecho personalmente? Te diría más. Si quiere arrancarte la barba, ¿por qué no lo hizo en la contienda de las barbas? ¿No te absolvió, Su Señoría? Además, con lo que has dicho de él, lo más probable es que te quite la vida. Es lo que te mereces. El calabozo está lleno de gente inocente que espera ser ajusticiada. ¿Por qué te permitió a ti lo de la contienda de las barbas? *Die*, a ti te queda poco para los cincuenta y sigues comportándote como un jovencuelo irresponsable, con tus fiestecitas y tus putitas. El que te ha arrancado las barbas es un ser caído del Cielo, un ser divino que te ha dado una lección. No debes guardarle ningún rencor, padre. ¡La próxima vez te arrancará la cabeza!...

La arenga de su hija, Meiniang, conmovió a Sun Bing y este se llenó de sudor. Miró con perplejidad la cara de su hija y se dijo: ¿cómo es posible que hable ahora como si la hubiesen embrujado? Ese tono de voz no es el suyo... ¿Cómo ha podido cambiar tanto en un día? Es otra persona, pensó Sun Bing, y con una sonrisa fría, le preguntó:

—Meiniang, pero ¿qué te ha hecho ese Qian?

—Escúchame bien, ¿eres todavía mi padre? —Meiniang se giró de golpe, e indignada siguió diciendo—: El gran *laoye* Qian es un noble de la dinastía Qing que me ha mirado con ojos limpios. —Meiniang sacó un lingote de plata reluciente, que arrojó sobre el *kang*, y añadió a continuación—: Su Señoría me dijo: «Esos comediantes son unos cornudos, y no son actores de verdad». La gente decente no hace esas cosas. El gran *laoye* me dio cincuenta pares de taeles para que deshagas la compañía de teatro y montes un negocio.

Esas palabras enfurecieron a Sun Bing y le dieron ganas de devolverle el lingote al magistrado para que supiera de qué está hecho un hombre de Dongbei. Pero cuando lo tuvo en sus manos, el tacto frío y suave del metal le hizo cambiar de idea. Ya no podía soltarlo.

—Y este lingote —le preguntó a su hija—, ¿no estará hecho de plomo revestido de estaño?

—Die, ¿por qué dices estas tonterías? —repuso Meiniang con un tono de voz hostil e indignado—. Sé todo lo que pasó entre tú y mi madre. Has sido siempre un talentoso con la vida disipada, y con tu manera de ser mataste a mamá y casi me matas a mí con las mordeduras de la burra. Por eso te he odiado toda la vida. Pero padre solo hay uno, y por mucho que se odie, un padre sigue siendo un padre. Si en este mundo hay alguien que desee de verdad tu bien, esta soy yo. Haz caso al gran *laoye* Qian y haz algo serio y decente con tu vida. Toma una esposa y pasa lo que te queda de vida sin que nadie ni nada te perturbe el alma.

Sun Bing regresó al distrito de Dongbei con el lingote escondido debajo de la chaqueta. Durante todo el camino no podía controlar la rabia que le comía vivo. Se sentía además avergonzado por lo que su hija le había dicho. Cuando se cruzaba con alguien en la calle, se tapaba la boca con la manga para no decir nada, pero sobre todo, para que no le vieran la barbilla con las heridas. Esto último era lo que más temía. Cuando ya se acercaba a su burgo, se detuvo junto a la orilla del río Masang. Sobre las aguas del río vio reflejado su rostro feo y vulgar. Vio que su rostro estaba lleno de arrugas, sus patillas se habían emblanquecido como la nieve. Parecía un viejo ya en las últimas, un viejo destruido por los años. Suspiró hondo y se lavó la cara con un poco de agua que cogió del río. Así se le bajó el dolor de la barbilla. Regresó a casa y deshizo la compañía de teatro.

Xiao Taohong, la actriz que interpretaba el papel de *dan* en la *troupe*, se había quedado sola. Ella ya había tenido una pierna [148](#) con él, es decir, ya se habían acostado juntos. Sun Bing aprovechó esa ocasión y la tomó como esposa. La gran diferencia de edad que los separaba no fue un problema ya que los dos tenían maneras de ver el mundo muy parecidas. Con el dinero que les dio Qian Ding compraron un local con patio trasero que daba a la calle principal, lo arreglaron y abrieron un salón de té con el nombre de Sun. La primavera pasada, Xiao Taohong trajo a este mundo un dragón y un fénix [149](#) —ese momento fue vivido con mucha felicidad por la familia Sun—. El gran *laoye* Qian se enteró y les envió un regalo para felicitarlos. Fueron un par de collarines de plata bastante pesados. En el distrito de Dongbei, en Gaomi, la noticia se difundió por los cuatro vientos, y todo el mundo quiso venir para felicitar a los Sun. Sun Bing tuvo que preparar más de cuarenta mesas para el banquete en honor a sus gemelos. Las gentes de Gaomi decían de puertas adentro que Qian Ding era medio yerno de Sun Bing, y que Sun Meiniang era medio subprefecto. Al principio, Sun Bing sentía vergüenza cuando oía esos comentarios, pero luego ya no les hacía el menor caso. Pero desde que perdió la barba, Sun Bing se veía como un caballo impetuoso a quien le han cortado la cola y las crines. Le habían quitado todas las fuerzas y su prestigio, y habían domado su temperamento. Los rasgos agresivos de

su cara se habían suavizado. Su vida transcurría tranquilamente, sin sobresaltos, feliz, y a él se le había puesto la cara roja, se comportaba con educación, justo igual que un notable del distrito.

III

A media mañana, el salón de té estaba a reventar. Sun Bing se había sacado la chaqueta larga forrada y se había puesto una más ligera. Llevaba una servilleta sobre uno de sus hombros y transportaba teteras de pico largo de un lado a otro, con la cabeza llena de sudor. Antaño interpretaba el papel de *laosheng*, el personaje masculino y barbudo en la ópera de Maoqiang, y tenía por lo tanto una voz potente y clara. Ahora utilizaba sus artes de comediante para llevar adelante su negocio. Gritaba, cantaba, se movía por las planchas, miraba de un lado a otro, como si estuviera bailando o actuando. Sus movimientos eran ágiles y precisos, incluso sublimes, como en una ópera bajo el ritmo que marca la música que aparece con la melodía del gato, en la ópera de Maoqiang: el tambor, el violín, el laúd chino, la suona..., como en *Lin Chong se escapa en la noche*, *Xu Ce galopa hacia la ciudad amurallada*, *La pérdida del paso de Jieting*, *El stratagema de la ciudad vacía*, *La decapitación de Ma Su*, *El pabellón de la ola de los vientos*, *Wang Hanxi pide un préstamo al llegar el Año Nuevo*, *Chang Mao llora a su gato* [150](#)... Sun Bing era feliz llenando los boles de té, yendo de un lado a otro, y olvidándose de sí mismo. Era extraordinariamente feliz. Cuando alguien le gritaba porque quería más té, él se desplazaba de inmediato para servirlo o iba el joven Shitou. Este tenía una masa de cabello espesa y desordenada de color ceniza de no lavársela y la tez, negra como un cuervo, llena de roña, que hacía resaltar los dientes blancos. Cuando veía que venía el patrón, Sun Bing, activaba todos sus músculos y se ponía en marcha. Sobre cuatro fuegos muy vivos había cuatro teteras de cobre llenas de agua hirviendo: *glu, glu,*

glu... El vapor blanco salía de las teteras y el olor llegaba a todas las narices. La esposa de Sun Bing, Xiao Taohong, se fue a la feria de Masang para ver qué sucedía ahí, y lo hizo con un hijo en cada mano. Estos se tambaleaban con sus rostros sonrientes, que parecían dos flores.

—¡Bao'er, Yun'er, decidle adiós a papá! —les dijo Xiao Taohong.

Los dos niños dijeron algo que no se entendía. Sun Bing dejó la tetera que llevaba en las manos, se remangó y abrazó a sus dos hijos. Con la barbilla llena de cicatrices, acercó la cara y besó sus caritas tiernas. Los dos niños olían a leche dulce, y los dos se pusieron a reír. El corazón de Sun Bing se derritió como un caramelo de miel. Esas sonrisas no podían ser más tiernas para Sun Bing, y lo eran hasta el punto de dejarle un poco triste. Avanzó a pequeños pasos, uno rápido, uno lento, ya que debía atender a todos los clientes, alzaba la voz, la bajaba. Sun Bing era un hombre feliz, e incluso un ciego se habría dado cuenta de ello. Pero en medio de tanto trajín siempre encontraba un momento para no hacer nada. Se apoyaba en la barra del contador, encendía un cigarrillo, que inhalaba hondo, y se deleitaba echando el humo. Por la entrada, que estaba abierta, veía caminar a su mujer y sus dos hijos, y los veía fundirse con la masa de gente que había en la calle.

Junto a la ventana estaba sentado uno de los ricachones de Gaomi. Un hombre ya mayor con la cara cuadrada y unas grandes orejas. Se apellidaba Zhang y se llamaba Haogu, pero su nombre de cortesía era Nianzu, aunque le conocían como Zhang el Segundo Señor. Rondaba la cincuentena, era de complexión fuerte y tenía la piel de la cara roja. Tenía una cabeza grande y redonda como una bola coronada con un gorrito de satén negro y puntiagudo en el que había incrustado una piedra de jade cuadrada. El Segundo Señor era un erudito del distrito de Dongbei en Gaomi. Pagó su entrada en el Colegio Imperial [151](#), viajó por toda China, al sur del río y al norte de los pasos estratégicos. Incluso se jactaba de haber pasado una noche loca con la famosa prostituta Sai Jinhua [152](#). Podía hablar de cualquier tema y era un habitual del salón de té de Sun Bing. Cuando tomaba asiento, los demás cerraban la boca. Cogió el bol de té de cerámica blanca con motivos azules, levantó la tapadera con tres dedos, le quitó la espumilla que quedaba encima, inhaló el té, le dio un sorbito haciendo ruido con la boca.

—Jefe —dijo—, este té, ¿cómo es posible que sea tan aguado?

Sun Bing se apresuró en apagar la pipa y tirar las cenizas, dio unos pasitos y saludó de forma respetuosa a Zhang el Segundo Señor:

—Segundo Señor, usted piensa así porque está acostumbrado al té de Longjing.

Zhang el Segundo Señor volvió a dar un sorbo, lo degustó, y dijo:

—Pues bien, este té sigue siendo bastante aguado y no tiene sabor.

Sun Bing no tardó en replicarle:

—Si ese es el caso, puedo calentarle una tetera con un poco de opio, señor.

—¡Pues bienvenido sea ese opio! —repuso el Segundo Señor.

Sun Bing se fue al contador, cogió una bola de opio y la metió en el agua de una tetera que puso a calentar encima del fuego de la cocina. El agua empezó a hervir y no tardó en expandirse un olor extraño por todo el salón de té.

Después de beber medio bol de ese té tan especial, Zhang el Segundo Señor se sintió mucho mejor. La cabeza se le despejó de golpe y los sentidos se le reavivaron. Sus ojos le brillaban, parecían dos pececitos vivos que querían escapársele de la cara. Sun Bing lo sabía. Ahora Zhang el Segundo Señor podía soltarse la lengua. El señorito Wu, a quien el tiempo había amarilleado la cara y el té ennegrecido los dientes, le preguntó al Segundo Señor con una voz ronca:

—Segundo Señor, ¿hay noticias nuevas sobre las vías de ferrocarril?

Zhang el Segundo Señor dejó el bol sobre la mesa, hizo una mueca con el labio, hizo un ruido con la nariz y, sacándose un as de la manga, altanero, respondió:

—Por supuesto que hay noticias nuevas. Ya os lo dije, el señor Hua, de Jiangrun, en la provincia de Guangdong, que es el redactor jefe del boletín oficial Wanguo, recibe dos telegramas que le envían de Japón y de Occidente. Ayer recibimos un mensaje urgente en el que nos decía que Su Majestad la emperatriz Cixi se había reunido con un emisario del káiser en la Sala de la Longevidad en el Palacio de Verano, en Pekín, para hablar sobre la línea de ferrocarril que une Qingdao con Ji'nan.

El señorito Wu aplaudió y dijo:

—Segundo Señor, no diga nada más. Déjeme adivinar el resultado de esa reunión.

—Venga, adivínalo, adivínalo —dijo el Segundo Señor—; si lo haces, os pago una ronda a todos.

—El Segundo Señor es tan generoso —dijo el señorito Wu—, y tiene el temperamento de un mediador. Déjeme adivinarlo, sus Excelencias acordaron cambiar la dirección de la línea de ferrocarril...

—¡Felicidades, felicidades! —terció un viejo con la barba blanca—. ¡Su Majestad la emperatriz es una santa y una sabia, sí una santa y una sabia!

—Pues vais a tener que pagar cada uno vuestro té.

Zhang el Segundo Señor sacudió la cabeza y bostezó.

—¿Entonces no van a desviar las vías de ferrocarril? —saltó enrabiado el señorito Wu—. Nuestra petición no ha servido para nada... ¿No es cierto?...

—Vuestra petición habrá servido de papel higiénico a no sé qué alto dirigente —dijo furioso el Segundo Señor—. ¿Pero quién te crees que eres? La santa y sabia emperatriz Cixi dijo que se podía cambiar el curso del río amarillo, pero que era imposible desviar las vías del tren. ¿Te queda claro ahora?

Los presentes en el salón se quedaron sin respiración y solo se oyeron suspiros. Un joven elegante y talentoso que se llamaba Qu y tenía una marca blanca en la piel de la cara dijo:

—Por lo tanto, si el káiser ha enviado un emisario es porque tiene la intención de pagarnos una indemnización por las tierras ocupadas y las tumbas destruidas. ¿No es así?

—El hermano Qu no va desencaminado —respondió el Segundo Señor entre resoplidos, y no tardó en añadir con brío—: El emisario alemán, ciertamente, fue a ver a Su Majestad la emperatriz Cixi, y cuando la vio se arrodilló nueve veces y golpeó el suelo con su frente otras tres, como indican los ritos. Luego le dio a Su Majestad la emperatriz una lista con las peticiones, que estaban recogidas en un libro forrado con piel de cordero. Diez mil años no serían suficientes para deteriorarlo. El emisario le dijo a Su Majestad la emperatriz que no había olvidado a los lugareños de Dongbei y que por cada *mu* de tierra les pagaría cien pares de taeles de plata, y por cada tumba destruida, doscientos. Un barco de vapor ha traído, uno tras otro, todos esos lingotes de plata.

A los presentes se les quedó cara de tontos y empezaron a protestar.

«¡Eso no se lo cree nadie! A mí me han cogido un poco más de un *mu* de tierra y solo me han dado ocho pares de taeles de plata!».

«¡A mí me han destruido dos tumbas y solo me han dado doce pares de taeles!».

«¿Lingotes de plata? ¿Adónde han ido a parar esos lingotes de plata?...».

—Pero ¿de qué os quejáis, desgraciados? —intervino el Segundo Señor, golpeando la mesa, y, enfadado, replicó—: Con vuestros quejidos el Cielo se tira un pedo, ¿es que no lo sabéis? Os lo voy a contar todo. Esos lingotes de plata se los han llevado los intérpretes, los traidores, los compradores..., todos esos cabrones que se han vendido a los extranjeros.

—¡Correcto, correcto! —asintió el señorito Wu—. ¿No conocéis a Xiao Qiu, el que tiene un puesto de *youtiao*, esos churros fritos en aceite, en la estación? Pues bien, ese enano trabajó tres meses para uno de esos intérpretes que estaba con los alemanes y vio cómo cada noche llenaba sacos enteros con dólares mexicanos [153](#). Ah, los muy cabrones..., saben que metiendo la nariz en los asuntos de las vías férreas se pueden hacer ricos. Ya lo dice el proverbio: cuando el tren silba, el oro llega a montones.

—Segundo Señor —dijo con cuidado el señorito Qu—, y Su Majestad la emperatriz, ¿está al corriente de todo esto?

—¿Y me lo preguntas a mí? —replicó airoso Zhang el Segundo Señor—. ¿A quién quieres que se lo pregunte?

Los presentes soltaron unas risas forzadas que intentaron ocultar bajando la cabeza y bebiendo algo de té. Y después se hizo el silencio en el salón de té. Zhang el Segundo Señor miró furtivamente a todos los lados y, muy nervioso, bajó el tono de voz como si temiese que algún indeseable le oyera decir algo inapropiado.

—Sí, y eso no es lo peor. ¿Queréis seguir escuchando?

Los presentes miraron la boca del Segundo Señor esperando a que prosiguiera con

su historia. El Segundo Señor lanzó una mirada circular y dijo sirviéndose de un tono de voz misterioso:

—Un buen amigo de mi familia, el elegante señor Wang Yuting, que trabaja como secretario en el *yamen* de la bahía de Jiaozhou, ha recibido muchos casos extraños... No sé cuántos hombres se despertaron por la mañana sin la coleta. ¡Se la habían cortado de raíz!

Una expresión de estupor se dibujó en el rostro de los presentes. Nadie se atrevió a decir nada, pero todos estiraron las orejas para seguir escuchando a Zhang el Segundo Señor.

—... Esos hombres con la coleta cortada se quedaron confusos y sufrieron mareos. No les quedó ninguna fuerza en sus miembros y tuvieron problemas mentales. Perdieron el habla y al final perdieron toda humanidad —dijo el Segundo Señor—. Ninguna medicina les hizo recuperar la vitalidad porque lo que tenían no era ninguna enfermedad.

—¿No es de esperar que vuelvan los de los pelos largos? —inquirió el señorito Wu—. He oído contar a los ancianos que, durante la era de Xianfeng, los rebeldes de Taping fueron al norte y empezaron por cortar las coletas y luego pasaron a las cabezas.

—No y no —repuso el Segundo Señor—. Este asunto de las coletas cortadas tiene que ver con la brujería de los misioneros alemanes; y eso es lo que he oído decir.

El señorito Qu preguntó sin tenerlas todas consigo:

—Pero ¿para qué cortar esas coletas?

—Piensa un poco —dijo el Segundo Señor—, lo que quería no era la coleta sino el alma. ¿Por qué crees que perdieron la cabeza esos hombres a los que cortaron la coleta? Pues se volvieron locos porque perdieron el alma.

—Segundo Señor, hay algo que no comprendo todavía —dijo el señorito Qu—. ¿Para qué querían los misioneros alemanes esas almas?

Zhang el Segundo Señor sonrió fríamente y no respondió.

El señorito Wu dijo como si una luz se le hubiera iluminado de repente en la cabeza:

—¡Ya lo tengo, Segundo Señor! Ese asunto tenía que ver con las vías de ferrocarril...

—Dado que el señorito Wu va de listo —dijo el Segundo Señor bajando considerablemente la voz y empleando un tono misterioso—, os contaré el resto, pero no vayáis diciéndolo por ahí. Los alemanes guardan las coletas cortadas de los chinos debajo de las vías férreas. Cada coleta se corresponde con un alma, y cada alma se corresponde con el cuerpo fuerte de un hombre. Pensad un poco. Ese ferrocarril pesa toneladas, está hecho de hierro, y no bebe agua, ni come hierba. ¿Cómo puede ir tan rápido? Y no corre, ¡sino que vuela! ¿Y cómo puede hacerlo? ¡Pensad un poco!

Los presentes se quedaron todos boquiabiertos, y en el salón no se oía ni pío salvo el silbido de las teteras de la parte de atrás con su agua hirviendo: *fiufiiiifiuufaaafiuuuu...* Todo el mundo sintió pavor. Un frío les recorrió la nuca, como si alguien les hubiera puesto la lámina afilada de una espada.

En ese momento en que todos los presentes temían por su coleta, el joven Qiusheng, el empleado de la herboristería, entró en el salón de té como un mono huyendo del fuego y, faltándole el aire, le dijo a Sun Bing:

—Jefe..., nada bueno, lo que tengo que decirle no es nada bueno... Mi amo me dijo que viniese a contárselo todo... Un alemán se ha llevado por delante a su señora [154](#), en la feria... Mi amo me lo ha contado y me ha dicho que venga rápido, a la feria...

Sun Bing se asustó mucho, y la tetera que tenía en las manos se le cayó y se rompió y salpicó por todas partes el agua, que estaba calentísima. Sun Bing se incendió por dentro. La sangre que corría por sus venas se le inflamó. Los presentes vieron cómo se le contraían las cicatrices de la barbilla. La cara plácida de hacía apenas unos instantes había cambiado por completo. Ahora se había convertido en una cara feroz, llena de odio, rabiosa y vengativa. Se apoyó en el contador con la mano derecha y, como aquel que dice, volando, salió del salón no sin antes propulsarse agarrando un bastón de madera de jinjoloero que había en la puerta. En un salto ya estaba en la calle principal de Dongbei. Los clientes del salón de té empezaron a agitarse los unos con los otros y a lanzar alaridos encolerizados. Ya no solo era el asunto de las coletas cortadas, ahora se trataba de un alemán que había abusado de una china. Esas eran las noticias. El miedo se había transformado en ira. Las gentes del distrito se llenaron de resentimiento desde el preciso momento en que los alemanes empezaron a construir las vías del ferrocarril, y ese resentimiento acabó por convertirse en odio. Las gentes del distrito de Dongbei en la subprefectura de Gaomi explotaron, con el corazón rebosante de indignación, olvidando lo que eran sus vidas, gritando por su indignación, siguieron a Sun Bing y se reunieron en la feria.

IV

Sun Bing salió corriendo por una callejuela estrecha, iba como el viento, sss, sss, sss... Sentía que la sangre le hervía de los pies a la cabeza, los oídos le zumbaban y la vista se le enturbiaba. E iba tan rápido que la gente que pasaba a su lado le parecía, a sus ojos, de cartón, ya que se doblaban por la tolvanera que él formaba a su paso. Las caras deformadas pasaban por sus hombros. Delante de la herboristería de la Sala de Jinsheng y la tienda de comestibles de Li Jinji había un espacio vacío donde se había formado un corrillo. Sun Bing vio a esa gente, pero no pudo ver qué pasaba, solo pudo oír los sollozos de sus hijos y los chillidos de su mujer. Sun Bing lanzó un grito que recordaba al aullido de un lobo o al rugido de un tigre. Enfurecido se metió en el corrillo y vio dos piernas como las patas de las garzas, dos cabezas como las de un técnico alemán. Uno de los alemanes estaba delante de ella y el otro detrás, sobándola los dos. La pobre intentaba quitarse de encima a los alemanes como podía, medio desnuda y entre sollozos. Las manos de los alemanes parecían los tentáculos rosados, blandos y pegajosos, de los pulpos. Los ojos les brillaban como perlas verdes. Había otros segundos diablos [155](#) en el corrillo que aplaudían y reían. Bao'er y Yun'er estaban en el suelo llorando y gritando. Sun Bing gritó, enloquecido, como un animal herido, y arrojó, como una ráfaga de viento brusca y violenta, el bastón de madera de jinjolo sobre el cráneo plateado como una cuchara de uno de los alemanes. Este tenía las manos en el pantalón de su mujer, la cual tenía destapado el culo y mostraba las tetas. Sun Bing sintió el ruido del bastón de madera de jinjolo sobre la cabeza del alemán —que le recordó cuando se golpea el agua con un palo de madera—; el

bastón se quedó vibrando un rato. El cuerpo del técnico alemán saltó de forma grotesca a un lado, con una flexibilidad fuera de lo común, pero sus manos siguieron pegadas en el pantalón de la mujer de Sun Bing. El cuerpo grande del alemán se echó encima del cuerpo diminuto de Xiao Taohong. Sun Bing vio que salían borbotones de sangre del cráneo del alemán, una sangre caliente que se podía oler. Vio cómo el rostro de vicioso del otro alemán, que le estaba sobando las tetas a su mujer, cambió repentinamente y se había transformado en un demonio furioso mostrando sus dientes. Sun Bing quiso arrearle un bastonazo al diablo alemán, pero los brazos le fallaron. El golpe que le había dado al otro alemán le había dejado sin fuerzas, le dolían los brazos y el bastón de madera de jinjolero cayó al suelo. Pero vio que detrás de él un grupo de trabajadores de la obra se abalanzó sobre los alemanes; llevaban palas, azadones, palancas, escobas, o si no, llevaban las manos apretadas como puños con la intención de pegar a alguien y lanzaban gritos ensordecedores. La chusma de chinos que obedecían a los alemanes en todo lo que decían y los segundos diablos que había en el corrillo se precipitaron sobre los dos alemanes que estaban en el suelo violando a Xiao Taohong y los sacaron como pudieron. Salieron corriendo con los dos cuerpos completamente aterrorizados, pero el alemán que había recibido el palazo estaba ya medio muerto y lo dejaron junto a Xiao Taohong.

Sun Bing se había quedado parado sin saber qué hacer durante un momento, y cuando pudo moverse, sacó del cuerpo de su mujer el cuerpo todavía tembloroso del técnico alemán y lo puso a un lado. Los dos brazos del técnico alemán que reposaban sobre el cuerpo de su mujer parecían dos ramas de árbol. Tan largos que parecían no tener fin. Luego vio la espalda de su mujer manchada con la sangre del soldado alemán —el espectáculo era repugnante—, y a Sun Bing le dieron ganas de vomitar. Solo pensaba en vomitar, y levantó a su mujer del suelo. Pero fue ella quien lo hizo por sí sola. Tenía el pelo alborotado, y sobre su cara delgada y larga había restos de barro y sangre. Daba miedo verla. Lloraba desconsoladamente y se echó sobre él. Sun Bing solo pensaba en vomitar. No tenía fuerzas ni para abrazarla. Xiao Taohong dejó de manera inesperada el pecho de Sun Bing y abrazó a sus hijos. Él se quedó de pie mirando fijamente el cuerpo del técnico alemán.

V

Ante el cuerpo del técnico alemán, que parecía una serpiente muerta, Sun Bing sentía una sensación vaga, apenas visible, como si algo catastrófico le hubiese sucedido. Pero una voz le hablaba en su foro interior y le tranquilizaba: le has pegado porque ellos han abusado de tu mujer, sus manos estaban encima del pantalón de tu mujer, y han hecho mal a tus hijos. Si alguien hubiese puesto las manos encima de tu mujer, ¿no habrías hecho lo mismo? Pero no pensaba matarlo. Su cabeza no era demasiado dura. Sun Bing pensó que había sido demasiado severo con él aunque justo. Sus paisanos podían testimoniar en su favor, lo mismo que los obreros de los ferrocarriles. También podían preguntar a los otros técnicos alemanes, pero solo él sabía lo que había hecho y el porqué, solo él podía ser un testigo fiable. Fueron ellos quienes primero abusaron de tu mujer y maltrataron a tus hijos; lo único que tú hiciste fue arrearle un palazo muy justificado, pensaba. Pero ello no le tranquilizaba del todo. Le temblaban las manos y los pies se le derretían. Tenía la boca seca y un gusto amargo que no se le iba; no se quitaba de encima el presentimiento de una gran catástrofe. No podía salir corriendo, ni borrar lo que había hecho. Esas reflexiones le dejaban, además, sin fuerzas. En la calle, al ver la algarabía que se había organizado, la mayoría de los que habían participado en la reyerta se escabulleron discretamente. Los puestos de vendedores que había a los dos lados de la calle se dieron prisa en sacar todas las cosas y ponerlas en las cajas para dejar el lugar lo antes posible. Las tiendas cerraron y guardaron las insignias dentro. Dejaron todo cerrado herméticamente e insinuaban que habían cerrado para realizar el inventario anual. La

calle gris parecía de repente más ancha. Soplaban el viento del norte y lo hacía con fuerza, y las hojas secas revoloteaban en la calzada. De repente se había hecho el vacío en la calle. Algunos perros callejeros ladraban en el *hutong* cercanos.

Sun Bing tuvo la sensación de que él y su familia habían estado interpretando una obra de teatro en un escenario ante unos espectadores. Todo el mundo había presenciado esa obra. Desde los agujeros de las puertas de las tiendas, desde las ventanas, desde los lugares sombríos, había ojos que le escrutaban. Su mujer y sus dos hijos temblaban en medio del viento. Ella miraba a su marido con ojos piadosos, y le suplicó que la perdonara. Los dos niños apoyaban sus cabezas en el pecho de su madre, igual que dos pajaritos temerosos que buscaban cobijo en las alas de su madre. El corazón de Sun Bing parecía atravesado por una daga. Su dolor era infinito. Le ardían las cuencas de los ojos, le dolía la nariz, un sentimiento trágico había nacido en él. Le pegó una patada al cadáver del técnico alemán y le insultó:

—¡Hijo de puta, encima te haces el muerto!

Levantó la cabeza y ante los ojos que, pensaba, le estaban viendo de todas partes, gritó:

—Lo que hoy ha sucedido no habrá pasado desapercibido a vuestros ojos. Si vienen las autoridades del *yamen* a preguntaros qué ha pasado, venerables señores, sed imparciales. Tengo la cortesía de mi lado.

Apretó con una mano el puño que había formado con la otra y dio una pequeña vuelta, y volvió decir:

—Sí, yo lo he matado, y el que lo hace, lo paga. No acusaré a nadie más.

Cogió a sus hijos, puso a su mujer junto a él, y se fueron a su casa. El viento frío soplaban, y Sun Bing sintió frío en la espalda. El sudor le empapaba la camisa, y él sentía ese sudor como un escudo de hierro contra su piel.

VI

Al día siguiente, de buena mañana, Sun Bing abrió, como de costumbre, el salón de té, limpió el suelo y preparó las mesas. Shitou, el joven empleado, encendió los fuegos para calentar el agua de las teteras, las cuales no tardaron en empezar a lanzar silbidos agudos por el efecto del vapor. Solo cuando el sol aparecía por el sureste empezaban a aparecer los clientes por el salón de té. La parte de delante del salón, en la calle principal, permanecía gélida. No se veía ni la sombra de nadie, solo el viento frío que soplaba y soplaba, y se llevaba con él las hojas secas y las ramas caídas de los árboles. La esposa de Sun Bing llevaba en los brazos a uno de sus hijos y no se separaba un *cun* de su marido. Había mucho miedo en la luz que desprendían sus grandes ojos blancos y negros. Sun Bing, acariciando la cabeza de uno de sus hijos, dijo con una sonrisa en los labios:

—Regresa a tus aposentos y descansa. No ha pasado nada. Son ellos los que han abusado de la mujer de una familia honrada. Si deben cortar la cabeza de alguien, es a ellos.

Sun Bing sabía cómo no perder los nervios, pero las manos le traicionaban. Le pidió a su mujer que fuera al patio trasero y él se quedó en el salón, golpeando las mesas, aclarándose la garganta y cantando la ópera de Maoqiang: «... *Contemplo las tierras del sur y los caminos remotos que nos llevan hacia ellas, y pienso en mi esposa. ¿En quién podrá confiar? Mi vida aquí ya no tiene futuro, una vida incierta me espera. Oh, ¿y qué pasará con mi esposa allá en el sur? ¡Ah! El miedo se hace sudor y moja mis ropas, como una sopa; la angustia se hace aceite caliente, llena mi*

corazón y quema mis carnes...».

Sun Bing empezó a cantar un aria tras otra, como las aguas torrenciales de un río. A su cabeza llegaban todas las obras que había cantado en algún momento de su vida; y más cantaba, más triste se sentía, y más cantaba, más negro veía el panorama. Las lágrimas caían desnudas, una a una, por sus mejillas, hasta llegar a la barbilla.

Ese día no hubo nadie en el burgo de Masang que no se quedara prendado con las melodías de Sun Bing.

El día se hizo largo, con sus melodías sinuosas y melancólicas, melodías que no acababan nunca, hasta llegar el crepúsculo, con su cielo rojo sobre los árboles del dique del río Masang; y sobre las copas de los árboles, los innumerables gorriones afinan sus voces como si de un concierto se tratara. Parecía como si quisiesen decirnos algo. Sun Bing cerró la puerta y se quedó sentado junto a la ventana sin soltar el bastón de madera de jinjolero. Hizo una brecha en el papel que hacía de cortina en la ventana para ver lo que sucedía en el exterior. El empleado Shitou le trajo un bol con arroz y mijo, y Sun Bing lo probó pero se atragantó, tosió, y sacó unos granos de mijo por la nariz.

—Niño —le dijo a Shitou—, tu maestro ha provocado una catástrofe. Tarde o temprano, los alemanes van a venir a vengarse. Sálvate ahora que puedes.

—Maestro, yo no voy a ninguna parte. Le ayudaré en lo que sea —replicó sacando del bolsillo un tirachinas—. Yo soy bastante bueno con las piedras...

No insistió, tampoco tenía la garganta para decir nada. Sintió que le dolía el pecho, el mismo dolor que sentía cuando era un aprendiz de teatro y forzaba la voz. Sus miembros temblaban, y mientras, canturreaba los libretos de ópera que tan bien conocía.

Y cuando la luna creciente asomaba sobre los árboles, Sun Bing oyó el pisar de unas pezuñas que pasaban por las losas de piedra del lado oeste de la calle. Dio un salto brusco y apretó con fuerza el bastón de madera de jinjolero, preparado para hacer frente al ataque. La luna y las estrellas brillaban con una luz débil. Una mula negra había pasado por la calle.

El que iba montado en la mula vestía de negro. Llevaba además la cara cubierta con una gasa negra. Así que no podía verse quién era. El hombre bajó de la mula justo delante de la entrada del salón de té y poco después golpeó la puerta.

Sun Bing tenía bien sujeto el bastón y dejó de respirar; estaba detrás de la puerta.

Los golpes en la puerta no eran muy fuertes, pero sonaban urgentes.

Con una voz ronca, preguntó:

—¿Quién es?...

—¡Yo!

—Sun Bing se quedó un rato sin decir nada antes de reconocer que era la voz de su hija y abrió la puerta sin perder tiempo. El rostro negro de su hija apareció como un

flash y entró enseguida.

—¡No digas nada, *die*, y huye, rápido!

—Pero ¿por qué debo huir? —se encrespó, y añadió—: Son ellos los que se han tomado ciertas libertades con mi mujer...

La hija le cortó la palabra y le dijo:

—¡Has provocado una catástrofe, *die*! Los alemanes ya han enviado un telegrama a Pekín y Ji'nan con todo lo que ha sucedido en la feria de Masang. Yuan Shikai lo ha recibido y le ha ordenado al gran *laoye* Qian que te detenga esta noche; y los guardias, con sus caballos, ¡no están muy lejos!

—Pero ¿es que el Cielo no va a dictar su justicia?

Sun Bing quería seguir discutiendo con su hija, pero esta, fuera de sus casillas, dijo:

—¡Estas en una situación desesperada y no paras de decir tonterías! Si quieres seguir viviendo, escóndete en alguna parte y hazlo ya; y si no quieres seguir viviendo, ¡quédate aquí y espéralos sentado!

—Y si salgo corriendo, ¿qué van a hacer ellos?

—Ya han llegado. —La hija mostró la oreja para escuchar algo. A lo lejos se oía el ruido de los cascos de los caballos—. ¡Padre, o te quedas o te vas, pero toma una decisión ya! —Meiniang se inclinó con la intención de salir de la habitación, pero se quedó de pie y añadió—: Vete, y que Xiao Taohong se haga la loca...

Sun Bing vio el cuerpo vertical de su hija, que no tardó en saltar a lomos de la mula. Meiniang se postró de tal manera que parecía una parte del cuerpo de la mula. Todo era tan armónico que parecían un solo cuerpo. La mula puso el hocico hacia delante y salió corriendo. El culo de la mula lanzaba chispas, y en un abrir y cerrar de ojos, desapareció en la oscuridad. Ya en el este se oyó el ruido de los cascos de la mula.

Sun Bing cerró la puerta de inmediato y vio cómo su esposa se desordenaba el cabello y ponía hollín en su cara, abrió la ropa y enseñó los pechos blancos. Delante de su marido, dijo:

—Haz lo que ha dicho Meiniang y sal corriendo.

Sun Bing vio en la semioscuridad del crepúsculo los ojos brillantes de su mujer, y el corazón le dio un vuelco. En ese momento tan delicado se dio cuenta de que bajo esa apariencia frágil había una mujer fuerte y valiente. Se echó para delante y la abrazó con fuerza.

Su mujer lo repelió y le dijo:

—Huye, tú que eres el *die* de tus hijos, y no pienses más en nosotros.

Sun Bing dio un brinco y salió por la puerta del salón de té. Tomó el camino que solía tomar para ir a buscar agua al río y subió por una callejuela hasta el dique del río, justo detrás de un gran árbol. Desde ese punto alto se veía el burgo de Masang, las

calles grises y su propia casa, que dormían en paz. Sun Bing lo observó con atención. Podía oír claramente los llantos de Bao'er y Yun'er, y el corazón se le encogía. La luna nueva asomaba como un gancho en el lado oeste del firmamento y aparecía encantadora. La noche se semejaba a una cortina desplegada con innumerables estrellas bordadas en ella. Las estrellas brillaban como piedras preciosas. El burgo parecía un agujero negro; ya no había una sola lámpara encendida. Pero ello no quería decir nada. Nadie estaba durmiendo en el cantón de Dongbei. Todos arrimaban el oído a los ruidos de la calle y permanecían en silencio, como si su inacción en medio de la oscuridad pudiese evitar la desgracia que se iba a cerner sobre ellos. El ruido de los cascos de los caballos sonaba lejos y cerca, y los perros ladraban sin cesar. Los guardianes, negros, negrísimo, vinieron en masa con sus caballos. No se podía ver cuántos caballos se habían reunido en la calle. Solo se oían las herraduras colisionando con el pavimento empedrado, y el contacto entre el hierro y la piedra sacaba chispas.

Los guardianes con los caballos llegaron a la puerta del salón de té y ahí se pusieron en orden, organizando círculos junto a la entrada. Sun Bing pudo ver de forma indistinta las espaldas de los guardianes y cómo bajaban de sus caballos. También pudo oír el ruido que hacían. Parecía que lo hacían solo para llamar la atención; encendieron unas antorchas que iluminaron la calle y la entrada de la casa. La luz llegó hasta los árboles del dique de Masang. Sun Bing se encogió y se agazapó detrás de un árbol. La luz de las antorchas asustó incluso a los pájaros, que salieron volando de sus nidos de los árboles en bandada. Sun Bing se giró y vio las aguas del río, por si debía salir corriendo o tirarse al agua. Pero ninguno de los guardianes hizo caso de los pájaros y tampoco enviaron una patrulla al dique del río.

En ese momento lo vio claro. Había nueve caballos, unos de pelo blanco y otros negro, unos de pelo rojo y otros amarillo. Pero no eran caballos buenos; eran más bien caballos de terruño, feos y vulgares, más flacos y débiles de lo normal, con las crines alborotadas, y la silla de montar desgastada. Había incluso dos caballos que ni siquiera tenían silla de montar, solo un saco. Las cabezas de los caballos, estúpidas y azoradas, se agrandaban y se encogían, vibraban en medio de la luz de las antorchas y desaparecían. Los ojos de los caballos brillaban una y otra vez con fuerza. Los *bukuai* [156](#) o encargados del *yamen* de detener a los criminales levantaron las antorchas y vieron la pancarta del salón de té, y golpearon, ni con fuerza ni con lentitud, la puerta.

Nadie vino a abrir la puerta.

Los empleados del *yamen* volvieron a golpear la puerta, esta vez con más intensidad.

Sun Bing presintió que los guardianes no venían para arrestarlo. Si no, no comprendía el porqué de esas formas tan poco agresivas. Eran gentes diestras, que

sabían artes marciales. Sun Bing sintió cierta afección por ellos. Pero Sun Bing lo comprendió. Detrás de los guardianes estaba el gran *laoye* Qian, y detrás del gran *laoye*, estaba Meiniang.

La puerta del salón de té se abrió por fin, y los guardianes entraron agitando sus antorchas en todo lo alto. Sun Bing pudo oír cómo su mujer se hacía a loca riendo y llorando al mismo tiempo. Los dos niños también se habían puesto a berrear hasta romper los pulmones.

Los guardianes entraron y salieron varias veces del salón. Unos lo hacían a regañadientes, ya que Sun Bing no estaba ahí, mientras que otros bostezaban sin saber qué hacer. Se quedaron un rato en el salón pero no tardaron en montar en sus caballos para irse. El ruido de los cascos de los caballos y la luz de las antorchas llenaron la calle y luego desaparecieron. Y como si se tratara de una orden, las luces de las casas del burgo de Masang se encendieron de golpe. En la calle se organizó una línea de linternas que parecía una serpiente iluminada y se dirigía a la casa de Sun Bing, cuyos ojos se humedecieron al ver esas luces.

VII

Sun Bing siguió el consejo de los ancianos, los cuales habían adquirido mucha experiencia en este tipo de situaciones; pasaba el día escondido en el bosque y solo bajaba a su casa, ya tranquilo, cuando era entrada la noche. Así pasó varios días, escondido durante el día en las orillas del río Masang. En las márgenes del río había un tipo de casuchas que eran más bien cabañas hechas con barro donde vivían campesinos que se ganan la vida secando hojas de tabaco. Sun Bing se pasaba el día durmiendo en esas cabañas, hasta la noche, cuando regresaba a su casa. Cada noche liaba un paquete con tortitas de harina de mijo y llenaba la calabaza con agua, y regresaba a la cabaña junto al río.

En los árboles que había junto a la cabaña donde se escondía Sun Bing habían anidado varias urracas. Sun Bing pasaba los días de la misma manera: se acostaba en el *kang* de barro seco, comía y luego dormía, dormía y luego comía. Al principio no se atrevía a dejar la habitación, pero con el tiempo se relajó y se volvió menos vigilante. Se iba a los árboles para ver las urracas y sus peleas. Sun Bing se hizo amigo de un joven pastor, que era un grandullón. El pastor se llamaba Mu Du y era un verdadero simplón con poco don de gentes. Sun Bing le daba las tortitas de mijo para que se las comiera. Incluso se confesó y le contó que él era Sun Bing, el que había matado a un alemán.

Al inicio del séptimo día de la segunda luna se cumplieron cinco días exactos del incidente con el técnico alemán. Sun Bing comía sus tortitas de mijo, bebía agua fresca, se tumbaba sobre el *kang*, escuchaba cómo grajeaban las urracas y cómo los

pájaros carpinteros taladraban la madera de los árboles. Pero oyó de repente algo parecido a una detonación y venía de la otra orilla del río. Era la primera vez que Sun Bing oía un disparo de ese tipo. Se trataba de un fusil que se cargaba por la culata y no tenía nada que ver con los que él conocía, que eran de fabricación local, muy elementales, y el ruido de la detonación era completamente diferente. El corazón le dio un vuelco. Sabía que algo grave estaba pasando. Sun Bing saltó del *kang*, se fue a buscar el bastón de madera de jinjolero, que estaba detrás de la puerta destartada, y se puso a esperar a los enemigos. Volvió a oírse otra detonación que también provenía de la otra orilla. No podía quedarse en la cabaña, se dobló y se escabulló por los muros de barro, desnudos, hasta llegar a los sauces. Oyó cómo lloraban sus hijos y su mujer en el burgo de Masang, y cómo relinchaban los caballos y los burros, y ladraban los perros. En Masang reinaba el caos, pero Sun Bing no podía ver bien lo que sucedía, aunque se sentía lleno de recursos. Se puso el bastón de madera de jinjolero en la cintura y subió a la copa del árbol más alto. Las urracas, al ver que Sun Bing invadía su terreno, empezaron a atacarlo. Sun Bing se defendió con el bastón. Y un palazo, y otro... Sun Bing se quedó junto a un nido de urracas enorme. Desde ahí la vista era magnífica y podía ver el burgo de Masang. No quería perder detalle de lo que estaba sucediendo en la otra orilla y sus ojos se movían como un péndulo.

Vio una cincuentena de caballos bien alimentados que pertenecían a los extranjeros y se habían reunido sin ton ni son enfrente de la entrada de su casa. Eran soldados que iban vestidos con sus uniformes brillantes y sus cascos con las plumas colgando, llevaban los fusiles con bayoneta y tiraban indiscriminadamente sobre su casa. De los cañones de los fusiles salía una humareda blanca y sinuosa que formaba en el aire algo que recordaba a la forma de las margaritas —flotaba en el aire y acabó disolviéndose—. Los botones dorados y brillantes de las chaquetas de los soldados hacían juego con las láminas también brillantes de las bayonetas. Cuando lo veías, deslumbraba y mareaba. Detrás de los soldados alemanes había soldados manchúes de la dinastía Qing con sus gorritos de verano y sus borlas rojas, y su peto redondo de color blanco. Sun Bing se deslumbró y se le cayó al suelo el bastón de madera de jinjolero no sin antes colisionar con las ramas del sauce. Intentó cogerlo pero no pudo y, por suerte, no perdió el equilibrio ya que pudo agarrarse a las ramas.

Sun Bing creía estar soñando; sabía que la catástrofe que tanto temía había llegado.

Pero su corazón destruido albergaba todavía cierta esperanza. Esa esperanza le decía que su mujer iba a engañar a esos soldados, que su talento como actriz la iba a salvar, que se iba a hacer la loca y que nadie lo sabría. Los soldados no se quedarían en el burgo, ni le harían nada a su familia. Ensimismado en esas quimeras, Sun Bing no sabía qué hacer. Sí, pensó, huiría con su mujer y sus hijos lejos, muy lejos...

Lo que más temía se había producido. Vio cómo los soldados alemanes habían cogido a su mujer y se la llevaban al dique del río. Xiao Taohong gritaba y arrastraba

las piernas por el suelo. Un soldado alemán bastante alto cogió a los dos niños y los zarandeó. Las piernecitas de los dos parecían las patas de los pollos o los patos. El soldado también los arrastró hasta el dique del río. El joven Shitou se peleaba con un soldado; y más que pegarle, Shitou le estaba mordiendo. Entonces vio cómo la silueta de pajarito negro de Shitou se deshizo de ese soldado alemán hasta que se encontró de frente con la bayoneta resplandeciente de otro soldado alemán, que lo atravesó. El pobre pareció que lanzaba un grito, o quizá no. El cuerpecillo negro de Shitou cayó desplomado y rodó por el dique hasta introducirse en las aguas del río. Sun Bing se había quedado pegado al árbol y solo vio el color rojo de la sangre expandirse por las aguas.

Los soldados retrocedieron hacia el dique. Unos de rodillas, otros de pie, otros con el fusil en la mano, pero todos disparando a los habitantes del pueblo. Sus armas estaban bien preparadas y disparaban una tras otra. Uno caía en la calle, otro en el patio, uno de frente, otro de espaldas. Los soldados manchúes levantaban las antorchas y con ellas prendieron fuego a la casa de Sun Bing. Salió primero una humareda negra, como la copa de un árbol, chocó con las nubes que había en el cielo. Luego aparecieron las llamas doradas. El fuego empezó a chisporrotear —el fuego parecía una traca de petardos—, el viento se arremolinaba y soplaba con más fuerza, el fuego y el humo se expandían por todas partes y olía a quemado. Un humo denso y sucio llegó hasta el rostro de Sun Bing.

Y lo que más temía se produjo. Vio cómo los soldados alemanes zarandeaban a su mujer, jugaban con ella, y cómo finalmente la desnudaban. Sun Bing mordía el árbol con sus dientes y lo golpeaba con la frente, su corazón parecía una bola de fuego y volaba hasta la orilla opuesta. Pero su cuerpo no se despegaba del árbol. No podía moverse. Los alemanes levantaron el cuerpo níveo de su mujer y, después de zarandearlo, lo tiraron a las aguas del río Masang. Xiao Taohong cayó en las aguas igual que un pez blanco. Las aguas se removieron con el impacto provocando una espumilla blanca que no tardó en calmarse y desaparecer. Los alemanes cogieron a Bao'er y Yun'er y los atravesaron con la bayoneta, luego los tiraron al río. Ante los ojos de Sun Bing apareció una mancha de sangre que lo cubría todo, como en una pesadilla infernal. Su corazón era ya un puñado de cenizas, y su cuerpo se había quedado sin vida. Intentó hacer un último esfuerzo, pero no le sirvió de nada. Lo único que pudo hacer fue rugir como un león herido para liberarse y ponerse en marcha. Con un esfuerzo sobrehumano se echó hacia delante. Tenía el cuerpo magullado de tantos golpes que había dado al árbol y cayó como un muerto sobre el suelo arenoso que había debajo de ese mismo árbol.

Capítulo octavo

El altar de los dioses

I

Cuando abrió los ojos, Sun Bing vio la luz de sol atravesando las ramas del árbol. El sol penetraba el ramaje de los sauces con sus flechas. Y fue sobre un sauce que presencié la escena más trágica de su vida, esa misma escena que ahora no podía sacarse de su cabeza. El dolor era tan intenso como cuando se le golpean los testículos a un buey. A partir de ese momento, en sus orejas empezó a escuchar el sonido de las señales de fuego de los tambores y los gongs, como en el prelude de una ópera de Maoqiang. Más tarde, escuchó el clamor del público, la música melancólica y refinada de la *suona* [157](#) y la trompetilla, y aparecía la melodía ininterrumpida, circular, que desaparece y aparece, del violín de la melodía del gato. Esa era la música que le había acompañado durante gran parte de su vida y sintió que se reducía el dolor acuciante que le torturaba. Tal y como hacen con las montañas que aplanan para hacer los diques, su dolor, poco a poco, también se aplanó. Bandadas de urracas seguían la melodía de su corazón, con su vuelo dramático, como nubes ligeras dando vueltas en un cielo azul. Los pájaros carpinteros, por su parte, acompañaban la melodía con el ritmo de sus picotazos anónimos. Todo ese conjunto musical formaba un concierto. Las ramas de los sauces flotaban en el viento puro, igual que las barbas que él poseía antaño... *Yo, yo, yo alzo el bastón de la madera de invierno ~ ~ [158](#) pienso en la nube que cae como espadas ~ ~ doy un paso y lloro a rabiar ~ ~ doy dos pasos y me consumo de rabia ~ ~ yo, yo, yo acelero mis pasos por el sendero estrecho de los intestinos de las ovejas y odio el camino distante...* El canto triste del gato saltó en su corazón, Sun Bing tenía agarrado el bastón de madera de sándalo, se mantenía en pie

con dificultad, sacudió la cabeza y dejó huellas en el suelo. *Bangán, bangán, bangán, bangán, bangán, bangán...*, *tap, tap, tap...*, ¡*tap!* ¡*Ay...!* Yo, Sun Bing, levanto la mirada hacia el norte y veo mi hogar envuelto en llamas y humo negro. Mi mujer yace ahora en el estómago de los peces; y mis hijos, ¡*ah, mis hijos!* Los muy miserables, lo que han hecho con ellos... Mi mujer y mis hijos han perdido la vida y ahora están en el inframundo ~~ *maldigo a esos infames de cabello blanco y ojos verdes, de corazón de escorpión y serpiente, gentes sin piedad, que matan gente inocente y me han dejado sin familia. Ahora estoy solo, yo, yo, yo...* ~~ ¡*ah, malditos!* Apoyándose en el bastón de madera de jinjolero que le había traído tan mala suerte, Sun Bing salió del bosque de sauces. *Yo, yo, yo...*, como un ganso salvaje solitario y extraviado, como el tigre que se cae en el río, como el dragón que se lamenta en las aguas pantanosas de la playa... Mueve el bastón, señala el Este, le pega al Oeste; señala el Norte, le pega al Sur; le pega a los árboles y parece que les saca la piel, parece que los árboles lloran, *mua, mua, mua...* ¡*Diablos alemanes! Habéis matado a mi mujer y mis hijos ~~ este océano de sangre, este odio será apaciguado con la venganza...* *Bangán, bangán, bangán, bangán, bangán...* *Gling, gling, gling...* Quien no se venga no es un hombre... Y tambaleándose, se dirigió al río Masang. El agua le cubría hasta el vientre. Las aguas de río, a pesar de haberse deshelado ya en este segundo mes, estaban muy frías; pero él ni se inmutaba. Avanzaba difícilmente en las aguas, pero lo hacía a pesar de todo movido por el fuego de la venganza. Las aguas del río se balanceaban como un regimiento que está desfilando que cortaba en dos a Sun Bing y le arrastraba. Él se abría paso, azotaba las aguas con su bastón de madera de jinjolero, *pa, pa, pa, pa, pa, pa...* El agua saltaba produciendo espuma, produciendo flores; y él avanzaba como un tigre que entra en un rebaño de ovejas; las flores de espuma de agua le golpeaban la cara; y la emanación sulfurosa del agua, el gris que se expande ante los ojos de Sun Bing, la sangre que brota y circula, y él lucha como si estuviera peleando contra un dragón o contra un tigre, y los mata, y la sangre del dragón y el tigre fluye por el río... *Yo, yo, yo... soy entonces el oficial que lucha contra la muerte, el que quiere seguir viviendo, con los pies, las manos...* Al fin pudo subir al dique y cayó de rodillas sobre la tierra, donde siguió sudando y desangrándose. *Mis queridos hijos... hacia la fuente amarilla os dirigís, vosotros que sois mi hígado y mis intestinos ~~ todo esto me da vértigo, como si el cielo y la tierra estuvieran dando vueltas. Yo, yo, yo... furioso...* Sus manos se llenaron de sangre y barro. La casa no había ardidido del todo y levantaba una oleada de llamaradas que quemaba a los hombres, y cenizas que quemaban como el hierro candente y el aire saturado. Sun Bing sintió un gusto amargo en su boca, bajó la cabeza y escupió sangre.

Habían hecho una masacre. Sobre el dique del río Masang había veintisiete cadáveres. La gente los había amontonado y los tiraban a las aguas del río. Las gentes

de Gaomi habían venido para verlo. Zhang el Segundo Señor mandó sacar del río los cadáveres de Bao'er y Yun'er. Unos empleados lo hicieron. Esa orden obedecía a que se debían poner juntos los cadáveres según el distrito al que pertenecían. La mujer de Sun Bing llevaba todavía las ropas destrozadas y sus dos piernas estaban blanquísimas y tiesas. Sun Bing se puso a pensar en esos momentos en los que Xiao Taohong subía a las tablas con su atuendo azul e interpretaba su papel de mujer virtuosa, con su cofia con plumas de faisán, la espada a la cintura, y sus zapatillas bordadas con la rosa aterciopelada en la punta. Ella cantaba y bailaba mientras las mangas de su camisola volaban de un lado para otro. Su rostro era como la flor de un melocotonero, su cintura como el tronco de un sauce, y su boquita tan adorable como el pico de una oropéndola. *Ah, mi mujer..., ¿cómo podré soportar que el granizo ha roto la primavera roja? O peor todavía, ¿cómo podré soportar las cuchillas del viento y las espadas de doble filo del hielo? Yo, yo, yo... derramo lágrimas de sangre... Contemplo cómo agoniza el solo rojo poniéndose ya en el oeste, y en lo alto vuelve a aparecer el gancho de plato ~~ la canción triste del pastor ~~ el viejo cuervo que canta cuando se pone el sol ~~ el gong gong del gong, el traqueteo del palanquín, de los arrabales, de ahí llega el subprefecto de Gaomi...*

Sun Bing vio cómo el gran *laoye* Qian doblaba la cintura y salía del palanquín. Ese noble salió de la puertecilla del palanquín como una plancha doblada, y se puso de pie como un jorobado grotesco. En su semblante se había dibujado una sonrisa que daba miedo. Ese noble que tenía las barbas como las crines de un caballo, que tenía una coleta tiesa como la cola de un burro, tenía una pinta desastrosa y estaba desencajado por no se sabía qué razón. Tenía los ojos entornados y oscuros, algo que, como sabía Sun Bing, no era propio de sus ojos. Ahora tenía algo de tenebroso en su mirada. No sabía qué hacer con las manos y las cerraba con nerviosismo en puños; o bien se golpeaba la frente. Flanqueado por su guardia, que iba armada con sus sables, pero sin saber a ciencia cierta si estaba ahí para protegerlo o para vigilarlo. Qian Ding examinó con sus propios ojos cada uno de los cadáveres. Y mientras lo hacía, los lugareños del distrito lo observaban a él meticulosamente. El *laoye* los barrió con la mirada y les mostró respeto. Por el cabello le caían gotas brillantes de sudor.

Finalmente, dejó de andar de un lado a otro, y, nervioso, se arremangó y se secó el sudor.

—Mis queridos paisanos, os toca resistir... —dijo el gran *laoye* Qian.

—Pero... Vuestra Señoría debe hacer algo por nosotros —dijeron a la vez, entre llantos y chillidos de histeria, los presentes, los cuales se habían arrodillado.

—Mis queridos paisanos, levantaos rápido. A este funcionario del gobierno que está ante vosotros esta tragedia le ha sentado como una cuchillada en el corazón, pero a estos muertos no los vamos a resucitar. Preparad los ataúdes y dadles un entierro digno. Que descansen en paz...

—¿Vamos a dejar que nos masacren de esta manera sin hacer nada?

—Mis queridos paisanos, vuestro dolor es el mío —dijo el subprefecto con los ojos llenos de lágrimas—. Vuestros padres son los míos, y vuestros hijos también son los míos. Solo os pido una cosa: tened un poco de paciencia y, sobre todo, no perdáis los nervios. Mañana tengo que ir a ver a uno de los responsables provinciales en la capital y pediré audiencia con Su Excelencia el gobernador. Estoy convencido de que hará justicia.

—Cogeremos a los muertos y se los llevaremos al responsable provincial.

—¡No, no y no!... ¿Lo entendéis ahora? —dijo, nervioso, el gran *laoye*—. Os lo ruego, confiad en mí. Me dejaré la piel por vosotros; soy capaz de perder incluso las plumas que hay en mi gorro por la gente de Gaomi... —Y diciendo estas palabras, se puso a llorar delante de todos, y Sun Bing lo vio. Qian Ding se abrió paso entre los presentes como una sombra escurridiza y dejó el lugar no sin antes pedirle a Sun Bing que le acompañara.

—Sun Bing, ¿te importaría acompañarme a dar un paseo?...

En la cabeza de Sun Bing seguía sonando una música incesante, animada, cadenciosa, una música que de repente elevó el tono como una ola embravecida, furiosa, encrespada; la tierra se hundía, las montañas se derrumbaban bajo efecto de un viento encabronado. Las cejas de Sun Bing se erizaron y se le abrieron los ojos como a un tigre. Levantó el bastón de madera de jinjolero y le gritó al magistrado:

—Perro funcionario, vas de serio pero eres un falso. Dices que vas a ser la voz del pueblo, pero lo único que quieres es detenerme y llevarte los laureles a ojos de esos diablos. Tú no lo haces por el pueblo, tú lo haces por tu propio interés. Yo, yo, yo ya no tengo esposa, ella murió, ahora ya no queda de ella más que diez mil motas de ceniza. La venganza, como el odio que siento, como la nieve misma cuando cae desde el cielo, es legítima, que se cumpla pues. Ya puedes ser un *jinshi* con tu nombre en las dos listas. Incluso el mismísimo emperador. Yo me paso todo eso por el forro. Yo me froto los puños y las palmas, y con mi bastón me lío a palos con esos funcionarios que no tienen escrúpulos... —Y diciendo esto apuntó a la cabeza del gran *laoye* Qian, le dio un palazo, y otro, *pang, pang, pang*, y dijo —: Te voy a partir la cabeza en dos, te voy a matar, a ti al ladrón de la subprefectura, al tigre que se come a los hombres...

Qian Ding se apartó a un lado en menos que canta un gallo. El bastón de Sun Bing golpeó al vacío y levantó aire. Los servidores del *yamen* vieron la cara que ponía el gran *laoye* Qian y sin perder un instante se echaron sobre Sun Bing con el sable en la mano. Sun Bing gritó, estaba dispuesto a dejarse la vida si era necesario y mil regimientos lo habrían tenido muy cuesta arriba si hubieran querido pararlo. Sun Bing se liberó fácilmente, y tan rápido como un rayo, de los guardianes que querían capturarlo. Se escabulló como un animal salvaje que ha enloquecido. Sus ojos lanzaban chispas, es decir, auténticas esputas de fuego. La masa de espectadores que

se había congregado ante las aguas del río se encendió y, movidos por la valentía de Sun Bing, se precipitaron sobre los guardianes. Sun Bing agitó el bastón en todo lo alto y le dio de lleno a uno de los servidores del *yamen*, el cual no pudo esquivarlo y cayó rodando por la pendiente del dique del río Masang.

El gran *laoye* Qian, mirando al cielo y suspirando, dijo:

—Pues muy bien, lo que a mí me hace sufrir todo esto solo lo sabe Su Majestad Imperial que gobierna el Cielo. Mis queridos paisanos, este asunto tiene que ver con las relaciones internacionales. Por lo que más queráis, nos actuéis como unos brutos. Y tú, Sun Bing, hoy te dejo ir. Te escaparás una vez, pero quince, no. Cuídate y buena suerte.

El gran *laoye* Qian se metió en el palanquín protegido por su guardia; el palanquín se puso en marcha, y los que lo llevaban auestas se pusieron a correr como si les persiguiera el fuego. El cortejo desapareció engullido por la oscuridad de la noche.

Esa noche, en el burgo de Masang, nadie pegó ojo. Los gritos y los sollozos de las mujeres que velaban a los muertos despertaban a todo el mundo. En la funeraria se oían los hachazos que cortaban la madera de los troncos que iban a servir de ataúdes. Así estuvieron hasta el amanecer. Al día siguiente, los vecinos cogieron a los muertos, los vistieron y los aderezaron en los ataúdes de madera blanca. Y *pam, pam, pam...*, cerraron los ataúdes con clavos.

Después de enterrar a los muertos, a los vivos se les puso cara de tontos y quedaron como sumergidos en un sueño. La muchedumbre que se había congregado junto al dique de Masang miró hacia el terreno donde se extendían las vías de ferrocarril, las cuales ya llegaban al pabellón de los Sauces —el pueblo más al este del distrito de Dongbei en Gaomi, que apenas estaba a unos seis *lées* de Masang—. Las tumbas de los ancestros iban a ser, por lo tanto, destruidas y la corriente de agua del dique iba a ser obstruida. Mil años de *fengshui* iban a ser abolidos. Todo el mundo recordó lo de las coletas que cortaban para extraer las almas y les entró miedo. Los funcionarios, los que eran nuestros padres y madres, todo ellos eran un perros que defendían a los diablos extranjeros. La desgracia y los días difíciles se cernían sobre las cabezas del pueblo llano.

El cabello de Sun Bing encaneció por completo en una noche. Los pelos de su barba, ya destruida, se habían secado uno tras otro como hierbas muertas. Cogía su bastón de madera de jinjolero y se paseaba de un lado a otro y se parecía a un pobre actor de los que interpreta el papel de militar que ha perdido la cabeza. La gente se apiadaba de él cuando lo veía. Creían que la cabeza de Sun Bing se había nublado. Por eso nadie se esperaba que sus palabras fueran tan lúcidas:

—Mis queridos paisanos —dijo—, yo, Sun Bing, he matado a un técnico alemán y con ello he provocado una catástrofe. La desgracia llegará a cada una de vuestras casas. Yo, yo, yo... siento vergüenza. Yo, yo, yo... ¡estoy aterrorizado! Prendedme

ahora que podéis y entregadme a Qian Ding. Él me entregará a los alemanes. Si ellos van a desviar las vías, será mejor que Sun Bing perezca ya.

Todos levantaron a Sun Bing e intentaron convencerle de que cambiara de idea:

—Sun Bing, ah, Sun Bing... Eres un buen chino con la sangre caliente y no temes ni a los funcionarios de Qing ni a los extranjeros. ¡Eres nuestro héroe aunque hayas atraído la desgracia al burgo de Masang! Estas son cosas que pasan tarde o temprano. Si los diablos extranjeros prosiguen con sus trabajos en la obra, nuestros días no están tranquilos. Ese dragón de hierro va a correr por las montañas y a remover la tierra en la que vivimos nosotros, pobres campesinos. Ese artilugio destruirá nuestras casas. Dicen que en la prefectura de Caozhou [159](#) se han sublevado los Puños divinos de la Justicia y la Concordia, a los que llaman bóxers, los cuales, dicen, están enfrentándose a los diablos extranjeros con una valentía excepcional. No pierdas el tiempo, Sun Bing, y únete a ellos, al ejército de los Puños divinos para que la gran civilización china destruya a los diablos extranjeros y vuelva a resurgir.

Todos recolectaron dinero para Sun Bing y lo hicieron en apenas una noche, y Sun Bing tomó el camino esa misma noche. Con lágrimas en los ojos, cantó: *«Mis queridos paisanos, no hay nada más bello que las aguas que fluyen por los distritos de nuestro país; nada es más fuerte que los sentimientos que nos atan a esta tierra. Yo, Sun Bing, no olvidaré nunca lo que habéis hecho por mí. Volveré con un ejército y os salvaré»*.

Y todos los presentes, al hilo de la canción, cantaron a la vez: *«Cuando atravieses las montañas y los ríos, cuídate; cuando te encuentres en dificultades, actúa con inteligencia. Aquí te esperaremos, con la cabeza alta, hasta que regreses con tu ejército celestial»*.

II

Una tarde, al cabo de veinte días, Sun Bing se puso la larga bata blanca y un escudo plateado que le cubría el pecho y la espalda, con seis estandartes grabados en la parte de atrás. En la cabeza llevaba un casco también plateado con una bola (que parecía un puño cerrado) de color rojo y la cara maquillada con polvos color bermellón. Tenía las cejas afiladas como espadas, calzaba unas botas gruesas, llevaba en la mano su bastón de madera de jinjolerero y caminaba a paso lento y pesado. Así regresó Sun Bing al burgo de Masang. Detrás de él, muy cerca, había dos generales que eran como tigres. Uno esbelto y elegante, de piernas ligeras y pies rápidos, con una faldilla de piel de tigre que cubría su cintura, un casco con un aro dorado en su cabeza y un bastón en su mano. Profería gritos agudos y no paraba de moverse y dar saltos de un lado a otro como el rey-mono Sun Wukong [160](#), la gran divinidad y el gran sabio del Cielo. El otro general tenía un barrigón, llevaba un batón negro y un tricornio en la cabeza como el que llevan los budas. Iba arrastrando un rastrillo, como Zhu Wuneng [161](#), el mariscal de Tianpeng.

Los tres se presentaron en el dique del río Masang, bajo los rayos del sol que atravesaban los nubarrones negros. Los escudos brillaban con fuerza. Los tres parecían soldados y generales recién llegados del Cielo. El primero que los vio fue el *shaoye* [162](#) Wu, el señor Wu, y no los reconoció. Cuando Sun Bing le sonrió, al señor Wu le pareció raro y pensó mal. No le hizo caso y se metió en su panadería, en el oeste del burgo, donde moldeaba los bollos y los metía en el horno, pero no les quitaba el ojo a esos tres raros que habían llegado a Masang.

Al caer la noche, las gentes del burgo hacían lo de siempre y tomaban su gran bol de porcelana en la calle. El *shaoye* Wu corrió del lado este de la calle al lado oeste para contar a la gente que unos brujos habían llegado a Masang, pero no le creyeron. Las gentes de Masang sabían que el *shaoye* Wu tenía la cabeza algo confusa y era dado a ver cosas que no existían en la realidad. En ese preciso momento se oyó sonar al gong en el oeste del burgo. El joven empleado de la panadería, el que se encargaba de freír los panecillos en una sartén, salió con una piel de gato en la cabeza, lo que le daba un aire de felino salvaje. Lleno de vigor, vivo como un tigre y bravo como un dragón, apareció en la calle. La cola del gato le colgaba por el cuello. Y dándole al gong, se puso a cantar: *«Este es Sun Bing, que de vulgar no tiene nada. A Caozhou se fue a aprender de los Puños divinos, los Puños de la Justicia y la Concordia. Y con ello he traído a los dos inmortales, Sun y Zhu, para destruir los raíles y matar a los que traicionan China. Ningún extranjero dormirá tranquilo en este país mientras estemos nosotros. Esta noche, junto al puente, nos interpretará el arte de los puños divinos. Hombres y mujeres, niños y niñas, vengan todos a verlo. Todos aprenderéis el arte de los puños divinos. Ninguna espada podrá entrar en vuestros cuerpos, ninguna bala podrá atravesaros. Os esperará la inmortalidad. Aprended de los puños divinos, hermanaos en los cuatro puntos del planeta, comed sin tener dinero... Y una vez hayáis aprendido de los puños divinos y la paz vuelva a reinar en este mundo, el emperador os absolverá. Vosotros seréis los nuevos funcionarios del imperio. Nuestros hijos y nuestras mujeres se ennoblecerán y los campos volverán a verdear...».*

—¡Ah, es Sun Bing!... —exclamó con cara de sorprendido el señor Wu—. No me extraña que me haya hecho una mueca de complicidad y tampoco me extraña que me haya sonreído...

Después de cenar, junto al puente, encendieron una hoguera cuyas llamas rojas llegaban hasta el cielo. La gente se sentía a gusto y todo era calor y emociones positivas alrededor de la hoguera. Esperaban a que Sun Bing se pusiera en marcha y representase ese arte de los puños divinos.

Al lado de la hoguera habían puesto una mesa para ocho personas, y encima un turíbulo donde ardían tres barritas de incienso. Junto al turíbulo había dos candeleros, y sobre ellos, dos largas velas rojas. Las llamitas de las velas parpadeaban y creaban a su vez un ambiente de misterio. La cera se iba amasando en el candelero y el fuego emitía unos sonidos como si estuviese agonizando. Las aguas del río parecían en ese momento de pura plata. Las puertas de los comercios estaban cerradas herméticamente, y la gente se mostraba ansiosa. Sun Bing y los suyos se habían metido en la panadería para preparar la exhibición. Pero hubo uno entre los asistentes que les gritó:

—Sun Bing, Sun Bing, nos dejaste hace apenas unos pocos días y ahora... quién te

ha visto y quién te ve... ¿A qué viene tanto cuento? No te demores y empieza con tus artes marciales. Queremos ver en qué consiste eso de los puños divinos...

El joven Si Xi salió de la panadería y dijo casi susurrando:

—¡Eh, que la sangre no llegue al río!... Esos están tomando la bebida de los dioses...

De repente se abrieron las puertas de par en par como la gran boca de un cuadrúpedo. Todos los que se habían congregado las miraron con los ojos bien abiertos. Esperaban a Sun Bing y su *troupe* como quien espera la llegada de unos inmortales o de un actor famoso que iba a subir a las tablas. Pero Sun Bing aún no salía. El agua corría tranquila, muy tranquila, bajo el puente: *glu, glu, glu...*; y el fuego de la hoguera chisporroteaba como la seda roja en el viento: *chisp, chisp, chisp...* La gente comenzaba a impacientarse; pero se empezó a oír algo, y se oía cada vez más fuerte..., era una voz potente, la voz de un barbudo de la ópera de Maoqiang que resonaba en todas partes como ninguna otra, una voz algo grave y rasposa, pero armoniosa: «*Para vengarme de lo que se reposa en mi corazón, dejé la tierra que me vio nacer...*».

Era una voz que recordaba al sonido de las cañas de bambú de verde jade cuando vibran y su melodía sube hasta las nubes perforando el espacio y luego cae lentamente, y vuelve a elevarse, de repente, otra vez..., más alto hasta que perdemos su rastro... Si Xi volvió a golpear el gong y lo hizo como un golpe de viento, sin armonía y de forma desordenada. Sun Bing salió al fin de la puerta. Iba vestido como cuando lo vieron aparecer: llevaba su batón blanco con su escudo plateado, su cara en bermellón y sus cejas estiradas hacia arriba en la extremidad como cuernos, y sus botas altas, y su bastón de madera de jinjolo. Y detrás de él, muy cerca, el mono Wukong y el cerdo Bajie. Sun Bing se puso a correr alrededor de la hoguera, dando saltos típicos del actor que hace de soldado, el *wusheng*, en la ópera tradicional, pero con la gracia de los saltos del personaje femenino que monta a caballo y sabe utilizar el espadón, el *daomadan* [163](#). Daba unos pasitos y, de repente, un brinco, o mejor dicho, se ponía a volar, y todo ello con total naturalidad, como nubes flotantes y ríos que fluyen. Luego retrocedió, agitó el cuerpo, dobló la cintura, tensó los músculos, se puso rígido mirando al frente, y con todo el patetismo de un héroe trágico frente a su público, saludó al público y les cantó: «*A Caozhou fui a aprender el arte de los puños divinos, y los inmortales me ayudaron en cada uno de los caminos que me llevaban a ese arte. Esos extranjeros deben dejar de vivir. Cuando me fui, el Gran Maestro insistió en que yo debía fundar el templo divino en Gaomi. Él me ha confiado esa tarea para que pueda enseñar el arte de los puños divinos, y sacudiendo los corazones, seremos capaces de mover la montaña sagrada de Taishan. Por ello vine con el hermano mayor mono y con el hermano pequeño cerdo. Estos son los que entre los humanos han tomado el camino del dao y alcanzado la inmortalidad*».

Sun Bing cantó sirviéndose de la voz melodiosa del gato, la que se utiliza en la ópera de Maoqiang. Fue por eso que la gente no tomó en serio lo que dijo. Habían oído hablar de los Puños divinos de la Justicia y la Concordia, pero lo que habían presenciado ya lo habían visto antes sobre unas tablas. Sun Bing alzó el puño y les dijo algo embrollado:

—Mis queridos paisanos y hermanos, cuando fui a Caozhou fui recibido por el gran maestro de los puños divinos, Zhu Hongdeng [164](#). Se había enterado de que los alemanes querían construir una línea de ferrocarril en Dongbei, en Gaomi, y que estaban matando a gente inocente. Todo eso le puso fuera de sí. Estaba tan enfurecido que él mismo quería personarse en Gaomi para eliminar a esos diablos extranjeros. Pero otros asuntos militares lo retenían en Caozhou. De hecho, estaba muy ocupado con otros frentes. Esa fue la razón por la cual me dijo que fuera yo mismo quien estableciera ese altar en Dongbei. Antes me enseñó el método de la mente y el corazón de los puños divinos. Mi misión consiste en enseñaros esa doctrina, la de los puños divinos, para echar a los diablos extranjeros de los llanos del centro. Estos dos maestros y hermanos; el segundo maestro y hermano mono y tercer maestro y hermano el cerdo, me han acompañado para realizar esta misión sagrada. Los dos poseen la inmortalidad, y no hay espada o bala que pueda entrar en ellos [165](#). Practicarán estas artes con todo el mundo. Por mi parte, yo voy a haceros una pequeña demostración.

Sun Bing soltó el bastón de madera de sándalo, cogió unos papelitos amarillos que llevaba Sun Wunkong en un saco, en donde también llevaba ropa, y los quemó con las llamitas de la vela. No tardaron en convertirse en cenizas rizadas que salieron volando. Sun Bing se dirigió entonces al incensario, donde quemó unos palitos, y, arrodillándose, golpeó respetuosamente el suelo tres veces con su frente. Luego se levantó y sacó unas ofrendas divinas de papel con sus respectivas inscripciones, que introdujo en un bol de piedra negra, y las quemó. Del botijo de la cantimplora de calabaza que llevaba atada a la cintura vertió un poco de agua en el bol negro. Con unos palillos nuevos de color rojo mezcló las cenizas, volvió a arrodillarse y golpear el suelo con la frente tres veces. De rodillas, cogió el bol negro con el agua y las cenizas que estaban junto al incensario y dio un sorbo a ese brebaje divino. Volvió a golpear el suelo tres veces con la frente y con los ojos bien cerrados empezó a recitar el ensalmo. El ensalmo carecía de claridad y nadie lo entendía. Todos oyeron lo que decía pero nadie comprendió nada. El tono de la voz de Sun Bing subía y bajaba de forma melódica como un bordado sin interrupciones. A los presentes se les pegaban los párpados y bostezaban sin parar, y les entraban ganas de dormir. De repente, Sun Bing lanzó un grito y empezó a echar espuma blanca por la boca. Y tras dar unos espasmos, cayó al suelo. Los presentes se quedaron boquiabiertos y quisieron lanzarse hacia delante para rescatarlo, pero Bajie y Wukong se lo impidieron.

Los presentes, muy tensos, esperaron un momento. Pero Sun Bing se levantó del suelo tan recto como una de esas carpas que salen de las aguas de un río. Su cuerpo, pesado como era, dio un salto y se mantuvo en el aire (a unos tres *chi*) como una pluma. Y luego se clavó en el suelo. Lo cierto era que todos sabían que Sun Bing era un actor de primera y que conocía todas las argucias, pero también sabían que la vida pasaba para él y estaba desfondado. Esperaban que Sun Bing diese un par de saltitos y sacase la lengua. Pero lo que le vieron hacer se lo desmintió y quedaron todos boquiabiertos. Les pareció un verdadero prodigio. Gracias a las llamas, los presentes vieron algo raro en los ojos de Sun Bing —brillaban demasiado—, y una cara larga y rojiza que desprendía buen humor. La expresión facial les pareció extraña y familiar al mismo tiempo. Cuando abrió la boca, la voz que salió de ella no les resultó familiar a los presentes. Enseguida reconocieron que esa no era la voz de Sun Bing. Ese tono de voz cadencioso y majestuoso como una música militar. Había algo de noble, de moralmente elevado, de inviolable, de positivo, en esa voz: *«He aquí el mariscal de la gran dinastía Song, me apellido Yue y mi nombre es Fei, pero todos me conocen como Peng Ju, y soy de Tangyin, en la provincia de Henan».*

El corazón de los presentes se quedó suspendido de un hilo. Parecía una manzana roja y muy pesada colgada de una rama, que está a punto de caerse. Un campanazo o el sonido de una piedra y al suelo.

—¡Oh, es el gran Yue!

—¡Oh, es el mismísimo Yue Wumu [166](#) en carne y hueso! —se oyó exclamar entre los presentes.

Entre los asistentes, uno se arrodilló, y los otros no tardaron en hacer lo mismo. Solo tenía ojos para ver a Sun Bing con el espíritu del mariscal Yue Fei, saltando como un saltimbanqui, con los pies volando, dando vueltas como un torbellino, tan ligero, flotando en el espacio, apuesto y lanzado. Su cuerpo iba para arriba y para abajo, el estandarte que le colgaba de la espalda se desplegaba y volaba con el viento; y el escudo de plata que tenía delante centelleaba como las escamas de un pez bañado por la luz del sol. En ese momento, Sun Bing había dejado de ser humano, era un dragón ligero que volaba y bailaba al mismo tiempo. Levantaba el bastón de madera de jinjolerero como si fuera una lanza con la punta de plata, lo clavaba a un lado, a otro, para delante, para atrás, al aire, dando piruetas, como una pitón o una culebra larga en el espacio. Los presentes estaban mareados con tanta vuelta. Quedaron totalmente convencidos y golpearon el suelo con la frente como si golpearan cabezas de ajos. Sun Bing recogió el bastón, y aclarándose la garganta, empezó a cantar de nuevo: *«Odioso fue el asunto de los doce medallones de oro del país de Wu [167](#). Los tres ejércitos se reúnen y rugen al unísono, y el río Amarillo provoca olas de indignación... Lo que más nos hace suspirar son las aguas profundas y el fuego ardiente en el que caen nuestros ancestros; lo que más nos hace suspirar es que el*

carruaje imperial todavía no ha llegado al amanecer. ¿Cuándo será barrido el polvo que cubre la orilla norte? No descansaremos hasta que nuestros traidores sean cortados a pedacitos. ¿A quién podré contarle mi rabia? ¡Levantaré mi espada al cielo y gritaré venganza! Y he aquí Yue Pengju, el que ha sufrido el destino del emperador; ahora Su Majestad me ha enviado al cuerpo de Sun Bing para que él os enseñe el arte de la guerra y eliminéis a esos diablos extranjeros. Wukong, ¿no has oído lo que he dicho?...».

El segundo hermano Wukong se asustó y se precipitó hacia donde estaba Sun Bing dando un paso. Arrodillándose, dijo con una voz infantil:

—¡Aquí estoy!

—Tu mariscal te ordena hacer un ejercicio con ese bastón. ¡Tienes que hacer los dieciocho movimientos del bastón del mono! Hazlo para que te vean todos los presentes.

—¡A sus órdenes!

Wukong se apretó la faldilla de piel de tigre que le cubría la cintura y con una mano se frotó la cara. Cuando retiró la mano, algo había cambiado en ella. Su rostro largo y serio había recobrado vida. Tenía el aspecto de un mono de verdad. Se tocó la nariz y miró de un lado a otro. Tenía toda la apariencia de un mono que quería hacer de las suyas. Los presentes querían reír pero no se atrevían. Cuando dejó de hacer monerías, lanzó un grito ensordecedor, cogió el bastón con las dos manos y dio una voltereta. La muchedumbre empezó a aclamarlo en coro, y el mono obtuvo sus aplausos. El mono, en plena armonía con su público, cogió el bastón y lo lanzó al cielo. Dio varios saltos seguidos de una voltereta, y justo en el momento en el que se clavó en el suelo sin el menor balanceo, alzó el brazo, y el bastón le cayó en la mano. Todo eso lo hizo sin ninguna interrupción y con una ejecución perfecta. Los presentes aplaudieron como locos. Más que aplausos, parecían tambores. En medio de los aplausos y del calor del público, el rey-mono mostró sus excepcionales habilidades con el bastón. Ese nivel lo convertía a él en un dragón fuerte y al bastón en un dragón viajero con el que perforaba, pegaba, jugaba, barría, atacaba, presionaba y obstruía; también se explayaba, molestaba, enredaba y transportaba, y todo ello a la perfección. Para finalizar, clavó el bastón en el suelo igual que una estaca, vertical, y se subió a ella, en la mismísima punta, como un faisán dorado que se sube a un palo y se queda ahí, solo. Puso una mano horizontal sobre sus ojos y miró a lo lejos con cara seria como acusando a alguien. Luego dio un salto atrás. No le caía ni una gota de sudor, y estaba tan fresco como al principio. Con la palma de la mano encima de la otra en forma de puño saludó a los presentes, que empezaron a vitorearlo:

—¡Muy bueno! ¡Vaya que sí!...

El mariscal Yue dio otra orden:

—Bajie, ¿es que no me has oído?

El tercer hermano Bajie vino corriendo y, resoplando, dijo:

—¡Aquí estoy!

—Tu mariscal te ordena que hagas para los presentes las dieciocho posturas del rastrillo.

—¡A sus órdenes!

Bajie cogió el rastrillo y empezó a agitarlo delante de la gente sonriendo maliciosamente y con cara de tonto: *uh, uh, uh, uh...* Parecía un campesino bruto y feo que iba a labrar los campos. Cuando lo vieron armado con un rastrillo, los presentes pensaron que se trataba de un campesino que iba a darles una lección sobre cómo trabajar en los campos. Bajie agitó el rastrillo dando vueltas de un lado a otro. Caminó haciendo un círculo y luego dio otro, y luego otro... A los presentes les pareció ridículo y se pusieron a reír. Pensaban para sus adentros que ese tercer hermano era un simplón. ¿Cómo podía dar tantas vueltas sonriendo y moviendo el rastrillo? Después de dar tres vueltas más, Bajie tiró de improviso el rastrillo, se sacudió los miembros y se puso a cuatro patas. Y de nuevo a dar vueltas en el patio donde estaban reunidos los presentes. Mientras avanzaba a cuatro patas dando vueltas y más vueltas, gruñía como una vieja cerda rastreando comida en el suelo. Los presentes no pudieron retenerse y explotaron en mil risas. Vieron entonces al mariscal Yue Fei con su aire solemne, clavado en el suelo, como una torre majestuosa. Los presentes pensaron que el tercer hermano tenía aún un as escondido en la manga.

Y no se equivocaban. Después de hacer la cerda gruñona guarreando en el suelo, el tercer hermano se puso a galopar a cuatro patas. Iba más rápido que un cerdo de verdad. Los gruñidos que emitía eran igual que los de un cerdo. Después de dar varias vueltas, se acurrucó en el suelo y empezó a girar en torno a sí mismo, como un torbellino negro. El rastrillo había vuelto a sus manos dios sabe cómo. Sus movimientos, como al principio, eran torpes y cómicos. Pero escondida en esas torpezas había una verdadera elegancia que solo el buen conocedor era capaz de ver. Bajie tenía estilo, y la asistencia aplaudió a rabiar.

El mariscal Yue dijo:

—Mis queridos paisanos, escuchen con atención. He recibido la orden de Su Majestad Imperial de Jade [168](#) para enseñar junto a este altar las artes de los puños divinos. ¿Por qué? En los próximos días va a estallar una guerra contra los diablos extranjeros. Esos diablos son la reencarnación misma de los bárbaros de Jin y son excelentes soldados. Y van además armados con escopetas, cañones y bayonetas muy afiladas. Vosotros no sabéis luchar, ¿cómo vais a enfrentaros a ellos? Por eso estoy aquí, para enseñaros a ser inmortales con las artes de los puños divinos. Ni las espadas ni las balas podrán atravesaros. El agua y el fuego no tendrán ningún poder sobre vosotros. Vuestro cuerpo será de diamante como el de los protectores de Buda [169](#). ¿Vais a obedecer a vuestro mariscal?

La masa de gente que se había reunido le aclamó:

—¡Con el ejército del mariscal Yue hasta el final!

El mariscal Yue gritó:

—Sun, Zhu, ¿habéis oído mis órdenes?

—¡A sus órdenes! —exclamó uno.

—¡A sus órdenes! —exclamó otro.

El mariscal Yue quemó un par de papelitos con las inscripciones sagradas y se las dio a beber a Sun y Zhu. Y con voz solemne, aclaró la voz y dijo de la manera más clara posible para que le oyesen todos los presentes:

—La campana de oro [170](#) de los puños divinos y sus artes marciales, los cuales encarnan los designios del Cielo si es necesario y se convierten en inmortales de hierro una vez ingerido el brebaje de las cenizas y el agua; y los inmortales de hierro se sientan en las flores de loto inmortales. Cabeza de hierro, cintura de hierro, muros de hierro que ni las balas ni las lanzas pueden atravesar...

Tras leer el papelito, el mariscal dio un sorbo de agua —*¡glop, glop!*—, y lo lanzó en forma de agua pulverizada sobre Sun Wukong. Di otro sorbo —*¡glop, glop!*— y se lo lanzó pulverizado a Zhu Bajie.

El mariscal dijo:

—Ya está hecho, ahora... ¡a ejercitarse!

Sun Wukong respiró hondo y se señaló la parte alta de la cabeza con un dedo. Zhu Bajie alzó el rastrillo en todo lo alto y le dio en la cabeza a Sun Wukong. El cuello de Sun Wukong se quedó tieso y la cabeza quedó intacta.

Zhu Bajie tomó aire e hinchó su barriga. Sun Wukong le arreó un palazo en el vientre y Bajie cayó de espaldas unos cuantos pasos atrás. El golpe fue tan fuerte que incluso el cuerpo de Sun Wukong se puso a vibrar. Bajie se levantó, manoseó su barriga y esbozó una sonrisa.

El mariscal dijo:

—Y si no os lo creéis, venid y probad vosotros mismos.

Hubo uno que se animó. Se llamaba Jin y se apellidaba Yu. Tenía una fuerza desmesurada, incluso era capaz de tumbar un buey de un puñetazo. Dio un salto, cogió un ladrillo y se lo tiró a la cabeza de Sun Wukong. El ladrillo se rompió y la cabeza de Wukong no sufrió el menor rasguño. Yu Jin le pidió a Si Xi que fuera a la tienda para buscar un cuchillo de cocina y le dijo a Yue Fei:

—Eh, mariscal, ¿qué te parece esto?

El mariscal Yue sonrió y no dijo nada.

Zhu Bajie asintió con la cabeza.

Yu Jin cogió el cuchillo de cocina y, con el ímpetu de un niño que quiere chupar la teta de su madre, se lo lanzó a la barriga de Bajie. Se oyó un sonido metálico, como cuando se rompe el hierro. Sobre el rostro de Bajie apenas había una marca blanca. El

cuchillo de cocina había quedado destrozado.

Los presentes se quedaron atónitos; todos querían aprender el arte de los puños divinos.

El mariscal Yue añadió:

—Lo más maravilloso del arte de los puños divinos es su eficacia. Incluso si eres incapaz de matar a un pollo, funciona; solo tienes que creer en él. Bebed el brebaje que os he preparado y veréis. ¿Deseáis algo? Vuestros deseos se cumplirán. ¿Que quieres ser Huang Tianba?, pues serás Huang Tianba; ¿que quieres ser Lu Dongbin?, pues serás Lu Dongbin [171](#). Vais a dominar las artes marciales y seréis invencibles. Bebed este brebaje y perteneceréis a la campana de oro. Ni las espadas ni las balas podrán atravesaros. El agua y el fuego no tendrán ningún poder sobre vosotros. Aprended las artes de los puños divinos. No podría deciros todos los beneficios de estas artes... Machacaremos al enemigo y viviremos a salvo.

Los presentes le encumbraron:

—¡Viva el mariscal Yue!

III

Al cabo de diez días llegó por fin la festividad de Qingming del año *gengzi* (1900). Por la mañana, bajo una lluvia fina y brumosa, Sun Bing reunió las tropas que acababan de ser entrenadas para atacar los barracones de los alemanes.

Durante esos diez días, él y sus dos guardianes, Sun y Zhu, elevaron el altar junto al puente sin escatimar esfuerzos. Ahí prepararon los papelitos con sus inscripciones, y se ejercitaron con las artes de la guerra. Todos los hombres se endurecieron como el hierro y se llenaron de vitalidad. Todos se inclinaron ante el altar divino y practicaron el arte de los puños divinos. Los jóvenes de los pueblos también se unieron a ellos con todas sus provisiones. El joven pastor Mu Du de la orilla sur del río Masang y el fortachón y temerario Yu Jin se convirtieron en los dos bastiones de hierro de Sun Bing. Mu Du se hacía pasar por Zhang Bao, el que va delante del caballo, y Yu Jin, el que va detrás, por Wang Heng [172](#). El día en que se ejercitaban los puños, cada uno elegía ser poseído por el espíritu de alguien inmortal, algún general de la antigüedad o del tiempo presente, o algún héroe. Entre ellos estaban Yue Yun, Niu Gao, Yan Zaixing, Zhang Fei, Zhao Yun, Ma Chao, Huang Zhong, Li Kui, Wu Song, Lu Zhishen, Tu Hongsun, Lei Zhenzi, Jiang Taigong, Yang Jian, Cheng Yaojin, Qin Shubao, Wei Chi Jing De, Yang Qilang, Hu Yanqing, Meng Liang, Jiao Zan [173](#)... Todo eran personajes de la ópera de tradicional china, héroes de los libros, fantasmas y monstruos de las leyendas. Todos ellos salidos de las cuevas, que han bajado del cielo, como los inmortales, para meterse en el cuerpo de los lugareños de Masang, ahora todos estaban poseídos por esos espíritus. Sun Bing era el leal general Yue Fei

que se enfrentó a los Jin, con todos sus héroes reunidos bajo un mismo estandarte, cada uno de ellos leal a su causa, todos bien entrenados en las artes de los puños divinos, y dispuestos, al cabo de diez días, a enfrentarse a los diablos alemanes.

El mariscal Yue gozaba de un prestigio sin igual, preparado para ir a la guerra con sus tropas. Ya había más de ochocientas personas que habían acudido para luchar con él. También se unieron mujeres a las que Sun Bing pidió que confeccionaran grandes turbantes y cinturones rojos para dárselos a los soldados. Sun Bing diseñó el estandarte de color rojo fuego y en él bordó la Constelación del Carro. Organizó a los ochocientos soldados en ocho regimientos, y cada regimiento tenía diez escuadrones. Cada regimiento tenía un capitán y cada escuadra un cabo. El cabo obedecía las órdenes del capitán, y el capitán las de Sun Wukong y Zhu Bajie, los dos grandes protectores de la doctrina de Buda que acompañaban a Sun Bing, es decir, al mariscal Yue Fei.

De buena mañana, el día de la fiesta de Qingming, cuando el sol ya había aparecido en todo lo alto y brillaba con fuerza, el mariscal Yue Fei y los dos protectores de la doctrina de Buda instalaron el altar con el incienso en el puente y desplegaron el estandarte rojo. Los cinturones y los turbantes fueron distribuidos la noche anterior. Y al tercer canto del gallo se les convocó en el puente. Las mujeres se habían levantado a media noche para preparar la comida. ¿Y qué tipo de comida? Un soldado, afirmó Yue Fei, debe comer siempre un poco bien antes de la batalla. Las mujeres prepararon tortas de harina blanca y huevos rojos hervidos en conserva. Los hombres deben tener la barriga llena para ir a luchar, dijo Yue Fei, y así lo hicieron. Pero para darle un poco más de gusto a esa comida, las mujeres prepararon —según las órdenes de Sun Bing— una salsa de soja con unas cebollas que llamaban de «cuerno de cabra». A las mujeres les gustaba oír las órdenes del mariscal Yue Fei y obedecían sin rechistar. Cuando Yue Fei decía algo debía obedecerse al pie de la letra, si no, uno se metía en líos. ¿Qué líos? Una vez en el fragor de la batalla, el efecto del brebaje no funciona y te vuelves mortal o ciego. El mariscal Yue Fei también prohibía a sus hombres tener relaciones sexuales con sus mujeres. Si lo hacían, se volvían vulnerables a las balas. Las palabras de Yue Fei se respetaban porque concernían directamente a su integridad física.

Cuando los pájaros de la mañana se cansaron de cantar, los hombres de Yue Fei se pusieron en marcha en grupos de tres y dos como si se dirigiesen a una feria. Se reunieron todos en el puente, y Yue Fei les mostró su descontento por el retraso. Pensó que debía castigarlos, pero finalmente no lo hizo. Al fin y al cabo, se trataba de una banda de campesinos rústicos que, diez días antes, vivían como salvajes, incapaces de organizarse por ellos mismos. Era además un periodo festivo. Si habían venido, ya podía darse por contento. Esa gente no suele hacer nada cuando es fiesta. Algunos de ellos incluso se habían presentado en el puente antes que él.

El mariscal Yue levantó la cabeza y miró al cielo. El Sol estaba en medio del cielo y brillaba poderosamente, lo que significaba que era algo normal a media mañana. Pensaba atacar a los alemanes en sus barracones, temprano, y ya era imposible a esas horas del día. Pero las cosas iban como iban y no podían dar marcha atrás. No había sido fácil juntar a toda esa gente y convencerla de que debían luchar. Afortunadamente, la excitación entre los hombres no era muy elevada. Unos hablaban tranquilamente, otros reían. Pero para los que habían perdido a algún ser querido en la reyerta precedente, la expresión de sus rostros era otra. El mariscal Yue y los dos protectores de la doctrina de Buda decidieron, tras haberse reunido, iniciar los ritos junto al altar del puente y la bandera roja.

Con su cofia de piel de gato, Si Xi —que había sido promovido ayudante del mariscal Yue— dio un golpetazo al gong que resonó en el pecho de cada uno. El mariscal Yue se subió a un pedestal y gritó:

—¡En filas y escuadrones, ya! ¡Y todos frente al altar!

La muchedumbre desordenada que se había juntado frente al puente no parecía estar dispuesta a hacer filas. O simplemente no podían. Algunos lo intentaron sin embargo. Todos iban con sus cinturones rojos en la cintura y sus turbantes rojos en la cabeza. Algunos llevaban lanzas, otros látigos con cola de tigre, otros cuchillos de cocina bien afilados. Todos pertenecían a las últimas generaciones. Cada familia tenía algún soldado entre sus miembros. Pero la mayoría de gente llevaba con ella herramientas de trabajar para utilizar como armas. Había muchas palas, tirachinas, azadones y tridentes. Y eran muchas las personas que se habían juntado a esa marcha —unas setecientas u ochocientas—, y eran bastante ruidosos. El mariscal Yue estaba muy animado. Lo sabía muy bien: el hierro se convierte en acero cuando lo sometes al fuego, y también sabía que para sus tropas, la primera batalla sería su bautismo de fuego. En diez días de entrenamiento, convertir a un campesino en un soldado era un milagro. Sun Bing (el mariscal Yue) no sabía nada de regimientos y tropas y por eso seguía discretamente las instrucciones de Zhu Bajie, que había sido soldado en un pequeño estacionamiento de soldados en Tianjin y conocía las últimas tendencias en asuntos militares. Incluso vio con sus propios ojos al mismísimo Yuan Shikai, el cual les dio algunas lecciones.

El mariscal Yue gritó:

—¡Oficiemos ya el sacrificio al altar y el sacrificio a la bandera roja!

Lo que llamaban altar consistía en una mesa octogonal que simbolizaba la montaña de los ocho inmortales [174](#). Detrás de la mesa había dos estandartes que colgaban de dos palos respectivamente. Uno era rojo y el otro blanco. Para los palos habían utilizado dos ramas gruesas de sauce verde oscuro que estaban recién peladas. La bandera roja era la bandera del altar y en ella estaba bordada en blanco la constelación del Carro. La bandera blanca era la bandera del mariscal y en ella había bordado el

carácter «Yue». Esos bordados fueron realizados por dos jovencitas —las hijas del modisto Du— que no se habían casado todavía y eran por lo tanto vírgenes. De lo contrario, sus manos hubieran sido consideradas impuras según la doctrina de Buda. Esas jóvenes tenían además las manos de un hada.

Cuando comenzó el sacrificio al altar, empezaron a caer unas gotas finas de lluvia y se levantó un ligero viento. Las dos banderas comenzaron a ondear pesadamente en los palos y parecían inservibles para los ritos. Eso era, efectivamente, un problema, pequeño, pero un problema. Pero no se podía hacer nada para solucionarlo. Y ya que estaba nublado y lloviznaba, los turbantes rojos que cubrían las cabezas de la gente brillaban con especial fuerza. Ese rojo tan vivo entraba en los ojos del mariscal Yue y le excitaba todavía más.

Si Xi volvió a golpear el gong pero esta vez con más intensidad. Ese pequeñajo encarnaba a Ai Hu, el joven héroe de la novela *Los siete héroes y los cinco justicieros* [175](#). Durante esos diez días, Si Xi le había dado tantos golpes al gong que lo había casi roto y tuvo que enmendarlo con una tela blanca. Cuando le arreaba el porrazo, ponía el cuerpo y el alma, y el gong sonaba cada vez más intenso y opaco, creando una sensación de misterio y expectación en su entorno.

Sun Wukong y Zhu Bajie habían traído un cordero blanco atado con las cuatro patas y lo pusieron sobre la mesa de los ocho inmortales. El cordero tenía mal temperamento y no se sentía a gusto en esa posición. Se revolvía de un lado a otro y los ojos se le ponían grises mientras lanzaba gemidos de dolor. A los presentes, ese corderito con sus gemidos les había puesto un nudo en la garganta. Todos pensaban que el corderito daba mucha pena. Pero la pena valía de poco porque había una batalla que ganar contra los diablos extranjeros y el sacrificio era necesario. Sun Wukong cogió la cabeza del corderito y le alargó el cuello. Zhu Bajie cogió un hacha, escupió varias veces en sus dos manos, apretó con fuerza el mango del hacha, dio unos pasos atrás, levantó el hacha, dio un grito y... cortó de un tajo el cuello del corderito. Sun Wukong levantó la cabeza del cordero y se la mostró a los turbantes rojos. Del cuello del cordero salía la sangre como el agua de una fuente.

El mariscal Yue puso cara seria y embadurnó la bandera con la sangre del cordero. Luego se arrodilló y golpeó el suelo con la frente. Los presentes también se arrodillaron y golpearon el suelo con la frente. El mariscal Yue se puso de pie y salpicó sobre las cabezas de los presentes la sangre del cordero. Había poca sangre para tanta gente. Así que no pudo salpicar a todos. Pero el mero hecho de hacerlo le excitaba todavía más. Mientras lo hacía, de su boca salían unas frases con el objetivo de invocar a los espíritus y hacerlos venir. Se había puesto tenso y les pidió a todos que invocaran en silencio a su espíritu.

Pasó no se sabe cuánto tiempo antes de que Sun Bing se decidiera a romper el silencio bruscamente:

—A vosotros, espíritus de nuestros gloriosos ancestros, yo os invoco ahora. En primer lugar invoco a Tangseng [176](#) y Zhu Bajie. En segundo lugar, a Shaseng y Sun Wukong. En tercer lugar, invoco a Liu Bei y Zhuge Liang [177](#). En cuarto lugar, invoco a Guan Gong y Zhao Zilong [178](#). En quinto lugar, a Ji Dian [179](#), mi maestro en la doctrina budista. En sexto lugar, a Li Kui [180](#), el torbellino negro. En séptimo lugar, invoco a Shi Qian y Yang Xiangwu [181](#). En octavo lugar, invoco a Wu Song y Luo Cheng [182](#). En noveno lugar, invoco a Bian Que [183](#), que venga para curar las enfermedades. En décimo lugar, invoco al rey celestial que sujeta la pagoda con una de sus manos [184](#) y su ejército celestial de diez mil soldados, invoco a los tres príncipes Jin, Mu y Na [185](#). Que todos ellos me ayuden a exterminar a los diablos extranjeros y el imperio recupere su paz y el emperador de Jade imponga sus órdenes en esta baja tierra...

Los turbantes rojos se sintieron ya poseídos por los espíritus. El cuerpo se les había llenado de sangre y se sentían revigorizados, inspirados, con ganas de empezar a luchar. Todos lanzaban sus gritos de guerra para motivarse, a punto de saltar, como tigres, como leopardos, como lobos... Hinchaban la barba, abrían los ojos, tensaban los músculos de los brazos y las piernas, y ponían caras furiosas, de odio.

El mariscal Yue gritó:

—¡Adelante!...

El mariscal Yue empezó la marcha con el bastón de madera de jinjolero en la mano. Sun Wukong le seguía detrás con la bandera roja del altar y Zhu Bajie con la bandera blanca del mariscal. Au Hu iba con ellos aporreando el gong. Y después avanzaban a paso firme los espíritus lanzando gritos de guerra.

El burgo de Masang se había construido junto al río. La parte sur correspondía con el dique y la norte con los llanos que se perdían a lo lejos. Para protegerse de los ataques de soldados y bandidos, el burgo de Masang construyó un muro semicircular con tres puertas: una al oeste, otra al este y otra al norte. El muro era bastante alto y habían cavado detrás de cada puerta una fosa que llenaban de agua para evitar los asaltos. En las puertas había además unos puentes para pasar por encima de las fosas de agua.

Las tropas del mariscal Yue salieron por la puerta norte. A la cola se puso una banda de niños traviesos que, en plena bullaranga, levantaban los palos que llevaban en las manos como si fueran lanzas, ramas de sorgo y girasoles, y se habían maquillado la cara con rojo, cuando no eran tizonazos de la carbonilla de las cacerolas lo que aparecía en sus caras, e imitaban a los señores de la guerra con sus poses y sus gestos faciales. Se oían en sus vocecitas de niños los gritos de guerra, y marchaban envalentonados como héroes. Los viejos de Masang se habían reunido junto a la muralla, habían encendido unas velas y rezaban por la victoria.

Después de salir del burgo, los pasos del mariscal Yue eran cada vez más rápidos, y

el gong del joven Ai Hu sonaba a un ritmo más acelerado. Las tropas avanzaban al ritmo que marcaba el gong. Los barracones de los alemanes no estaban muy lejos y ya se vislumbraban. Seguía lloviznando y sobre los llanos se había posado la bruma. El trigo de invierno ya había brotado de la tierra y el vaho que desprendía la tierra era como el aliento de una persona. El sol inundaba con sus rayos los surcos de los campos arados. En ellos los tallos de trigo nuevo asomaban con fuerza. El campo parecía más bien un cielo estrellado o una veta de pepitas de oro. Las hierbas del camino también habían verdeado y los árboles desprendían sus algodones blancos. Los soldados asustaron a su paso a un par de tórtolas, que salieron volando, y se oía piar a lo lejos a unos cucos.

Ese tramo de vías férreas, que unía Qingdao en la costa a Ji'nan en el interior y pasaba por Gaomi, ya estaba prácticamente acabado. Las vías atravesaban el campo como una bestia salvaje que reposa en silencio, lo hacían como un dragón vicioso de tamaño infinito cuya cola se pierde en el horizonte. Había algunos hombres que estaban trabajando junto a las vías. La colisión del hierro de las vías con los martillos y otras herramientas llegaba a los oídos de los turbantes rojos: *tan, tan, tan...* Y de las chimeneas de los barracones donde se alojaban los alemanes salía un humillo blanco que olía a algo que se estaba cocinando. Aunque todavía les quedaban algunos *lées* por recorrer hasta llegar a las barracas, al mariscal Yue se le hacía la boca agua con ese olor a carne que estaba pasando por la parrilla. El camino hacia los barracones estaba probablemente despejado y el mariscal Yue se giró para echar un vistazo a sus tropas. Nada había cambiado desde que dejaron el burgo de Masang y durante el camino habían sido incapaces de ordenarse adecuadamente. Era quizá porque no había carreteras, senderos que recorrer. Todo era campo abierto. Tierra negra y barro por todas partes. Los pies de los turbantes rojos estaban llenísimos de barro y agua. Marchaban como perros cansados, lenta y torpemente. El mariscal Yue, Sun Wukong y Zhu Bajie ralentizaron el paso, y Ai Hu había dejado de tocar el tambor. El mariscal Yue ordenó a sus hombres que se limpiaran los pies y que empezaran el ataque.

Y así lo hicieron. Unos echaron el barro a la cara de los otros y enseguida se formaba una pelea. Otros se quitaban mal encarados las zapatillas y las tiraban. El mariscal Yue, al constatar que la cosa se calentaba, gritó:

—Cabeza de hierro, vientre de hierro, muros de hierro... Ninguna bala, ninguna lanza se atreverá a atravesaros. Mis generales, mis soldados, rápido, a por ellos..., arrancad las vías del ferrocarril, acabad con la vida de esos soldados extranjeros... ¡Y disfrutad de una posteridad en paz!

El mariscal Yue levantó el bastón de madera de jinjolero, lanzó el grito de guerra y se precipitó hacia delante con todas sus fuerzas. Sun Wukong y Zhu Bajie levantaron detrás las dos banderolas, y el joven Ai Hu se dio de bruces contra el suelo manchándose la cara con un barro sucio. Se levantó pero no se calzó las zapatillas que

habían salido despedidas, y salió corriendo con los pies desnudos. La masa de soldados empezó a gritar —aunque más que gritos de guerra, parecían zumbidos de abejas que se dirigían encolerizadas hacia la obra de las vías y los barracones—. Los trabajadores que estaban en la obra de las vías pensaron que se trataba de una compañía de teatro, pero cuando los vieron de cerca se dieron cuenta de que se trataba de una insurrección popular. Tiraron las herramientas y salieron corriendo. Los soldados que estaban protegiendo las vías eran de hecho marines alemanes y eran un pequeño regimiento de unos doce hombres. Estaban comiendo cuando oyeron los gritos de guerra y el capitán supo enseguida que algo grande se estaba formando. Entró en la barraca y ordenó a los soldados que salieran inmediatamente con sus armas. Los hombres y los caballos del mariscal Yue avanzaron varios metros ya metidos en el terreno de la obra, y los alemanes estaban esperándolos con el fusil en las manos. El mariscal Yue Fei vio el hilo de humo blanco que salía de los cañones de los fusiles de los alemanes. También oyó algunos gritos. Detrás de él, alguien estaba agonizando miserablemente, pero Sun Bing era incapaz de retornarse o pensar en algo. Sentía como si una ola le empujara violentamente desde atrás hacia delante. Sin que sus pies tocasen el suelo, él ya se había plantado en los barracones donde estaban los diablos alemanes. Vio que junto a los barracones había una mesa con un plato de carne de cerdo encima. También había un cuchillo cuya lámina brillaba como el cristal y un tenedor grande. La carne desprendía un olor fino pero penetrante. Había un soldado alemán escondido debajo de la mesa, que estaba tendido. Solo se le veía la mitad de las piernas. Zhu Bajie le zurraba con el rastrillo, y el pobre alemán gritaba algo incomprensible, pero seguramente se estaba acordando de su padre o de su madre. El mariscal Yue se fue a la busca y captura de los soldados alemanes que salían despavoridos por todas partes, hacia las vías, corriendo, y la jauría descontrolada de turbantes rojos le siguió para acabar con ellos.

Uno de los soldados alemanes salió por el lado opuesto y el mariscal Yue y Ai Hu fueron en su búsqueda. El soldado alemán no corría muy rápidamente, y la distancia se acortaba entre los perseguidores y el perseguido. El mariscal Yue veía las piernas torpes del soldado alemán, las cuales parecían ramas tiesas de sacadas de un árbol. Su manera de correr era muy cómica. El alemán se metió de improviso en la parte baja del dique y desapareció de la vista de Sun Bing. Del dique salió una humareda azulada. Ai Hu dio un salto hacia delante y cayó al suelo. Sun Bing pensó que se trataba de un tropezón, pero no tardó en darse cuenta de que la cabeza de Ai Hu estaba llena de sangre. Entonces supo que una bala del soldado alemán había alcanzado al joven Ai Hu. El corazón de Sun Bing se llenó de una tristeza infinita y lanzó un grito desgarrador. Con el bastón de madera de jinjolero se precipitó sobre el soldado alemán. Un disparo pasó junto a su oreja, pero no le dio y Sun Bing consiguió plantarse delante de él. El soldado quiso clavarle la bayoneta, pero Sun Bing lo

desarmó con el bastón de madera. El soldado alemán lanzó un grito que recordaba al grito de un niño que acaba de ser herido y salió corriendo por el dique. El mariscal Yue corrió detrás de él. El soldado calzaba unas botas largas de piel del tipo Wellington que chapoteaban sobre las aguas del dique y que parecían dos jarras grandes llenas de barro. El bastón de madera de jinjolo del mariscal Yue dio de pleno en la nuca del soldado y pudo oír cómo gritaba. El soldado apestaba además. Ese tipo, pensó Sun Bing, debió ser un cordero en una vida anterior.

El soldado alemán cayó de morros sobre el suelo y su cabeza se hundió en el barro del dique. El soldado intentó levantarse, pero el mariscal Yue le arreó otro palazo en la cabeza. El mariscal Yue pensó en seguir golpeándole la cabeza, pero vio de repente los ojos azules del alemán, que eran iguales que los de un cordero cuando va a ser sacrificado, y le dieron pena. Le recordó al cordero del sacrificio de la bandera. Las manos de Sun Bing se relajaron, pero el bastón no siguió ese pensamiento inconsciente de súbita compasión, cayó sobre la espalda del soldado y lo remató.

Capítulo noveno

La obra maestra

Zhao Jia se encontraba con el cuchillo en la mano en medio del burgo de Xiaozhan (el de la pequeña estación), donde estaba acampado el regimiento de soldados. A su lado tenía un joven aprendiz con las piernas arqueadas. Frente a ellos se alzaba un poste alto de madera de pino. Y atado a ese poste estaba el que había intentado, sin conseguirlo, matar a Yuan Shikai, y que había sido condenado a la pena del *lingchi* o de los quinientos cortes. Detrás de él había varias decenas de altos oficiales recientemente promovidos que habían venido expresamente para asistir a la ejecución. Todos ellos ya habían tomado asiento. Detrás del poste de la ejecución había cinco mil soldados dispuestos en escuadrones que formaban cada uno un cuadrado. Vistos desde lejos parecían árboles; pero de cerca, unos muñecos. El viento seco de esos primeros días de invierno levantaba una arenilla alcalina que abofeteaba la cara de los soldados. Ante la mirada atenta de la masa de gente que se había reunido en esa plaza pública, Zhao Jia, que ya llevaba mucho en esto de las ejecuciones, se sentía un poco nervioso, incluso se mostraba algo tímido. Intentaba controlar sus emociones ya que sabía que no controlarlas era nefasto para su trabajo. Retiró la vista de los soldados, tanto los de la caballería como los de la infantería, y se concentró en el condenado. Pensó en lo que le había dicho la abuela Yu, su maestro: un torturador no debe pensar que delante de él tiene a un ser humano, sino a carne, vísceras y huesos. No comprendía cómo, tras cuarenta años en el oficio, donde se había endurecido a medida que ejecutaba a la gente, podía sentirse en esos momentos algo nervioso. Durante esos cuarenta años había ejecutado más de mil hombres, pero nunca había tenido que enfrentarse a un cuerpo tan bello y saludable como el que tenía enfrente en esos momentos. El condenado tenía una nariz y una boca grandes, y los ojos le brillaban como la lámina de un cuchillo. Sobre su cuerpo desnudo se destacaban los músculos y los tendones. Tenía un vientre plano y la piel le brillaba como una moneda de bronce. Pero lo que destacaba por encima de todas las cosas era la cara de ese tipo, que no perdía la sonrisa, burlona y desafiante. Zhao Jia lo examinaba de forma meticulosa, pero el condenado también lo examinaba con la misma meticulosidad. Y Zhao Jia se sentía avergonzado, como un niño que ha hecho algo malo y no se atreve a decírselo a sus padres.

En el campo de ejecución habían puesto tres cañones pintados en negro, y junto a ellos, una decena de soldados. Los tres cañones detonaron tres cargas que pillaron por sorpresa a Zhao Jia, el cual se quedó sordo por unos instantes. De las bocas de los

cañones salió un humo que olía mucho a pólvora y que no tardó en llegar a la nariz de Zhao Jia. El convicto, ante los cañonazos, lo único que hizo fue mover un poco la cabeza de un lado a otro, como para mostrar que a esas alturas ya nada le impresionaba. Pero Zhao Jia se asustó: había visto las chispas y oído la detonación como si todo ello estuviera frente a él. Vio el chapado dorado de la boca del cañón que, tras el cañonazo, se desconchó y cayeron al suelo unas cascarillas que ardían y que quemaron el instante las hierbecillas que habían crecido debajo del cañón. En el suelo apenas quedó un humillo que se deshacía en el aire. Después de los tres cañonazos, los soldados que habían hecho estallar esos cañones se pusieron detrás de los dos tubos con las manos colgando para mostrar a los presentes que ya habían hecho todo su trabajo. En medio de los estallidos, hubo una voz que gritó: «¡Firmes, y armas arriba!».

Los tres mil soldados levantaron al mismo tiempo, y justo detrás del poste donde iba a realizarse el *lingchi*, sus fusiles modernos con sus bayonetas. Parecía un bosque detrás del campo de ejecución. El acero de las bayonetas brillaba con una pureza inusual. Esa demostración de poder dejó a Zhao Jia con un nudo en la garganta. Había presenciado en la capital, durante muchos años, innumerables maniobras militares y de la guardia imperial, pero lo que acababa de presenciar no tenía nada que ver con lo que habían visto sus ojos en el pasado. Se sintió inferior, más débil, y, sobre todo, sintió una inmensa inquietud. Había perdido en esos momentos toda la confianza en sí mismo y la seguridad en sus artes que poseía en el campo de ejecución de Caishikou, en Pekín, la capital.

Los soldados de la infantería y los de la caballería que se habían reunido en el campo de ejecución se mantenían firmes para recibir a su jefe.

Sonaron las trompetas y redoblaron los timbales. Entonces apareció un palanquín envuelto en una tela oscura y elegante, un palanquín que iba tirado por ocho personas y que llegaba al campo de ejecución tras cruzar el camino estrecho de los llorones. Llegó frente al campo de ejecución como uno de esos barcos de guerra con una torre en medio que avanza arrastrado por las olas de un mar bravío. Pero se paró suavemente, sin brusquedad. Un empleado saltó corriendo hacia el palanquín, puso un escabel delante de la puertecilla y abrió suavemente la cortinilla que la cubría. Un alto oficial, de grandes orejas y cara cuadrada, bigotudo, y con un gorrito rojo en la cabeza, salió del palanquín. Zhao Jia lo reconoció al instante. Con ese *daren*, ese gran señor, había tenido una excelente relación desde hacía veintitrés años. Era Su Excelencia Yuan Shikai, ahora el nuevo jefe de la infantería de tierra, quien, en contra de lo que dicta el Cielo, había hecho venir a Zhao Jia desde Pekín al campo de ejecución de Tianjin.

El *daren* Yuan iba con su uniforme oficial y una pelliza de piel de zorro sobre los hombros, lo que le daba una presencia amenazante, de hombre poderoso. Saludó con

la mano alzada a las tropas que se encontraban en el campo de ejecución. Luego se sentó en una silla forrada con piel de tigre. Uno de los soldados que iba a caballo gritó: «¡Fin del saludo, y armas abajo!». Los soldados de la infantería, por su parte, bajaron los fusiles. El sonido de las culatas al golpear el suelo sonó de forma contundente e intimidante.

Un joven de cara púrpura y dientes amarillos que pertenecía a los soldados de tierra sacó un papel largo, se acercó encorvado a la cara del *daren* Yuan Shikai y le susurró algo al oído. Su Excelencia Yuan arrugó las cejas y giró de golpe la cara como si el aliento del soldado le hubiese parecido insoportable. Esa boca con sus dientes amarillos se acercaba, sin embargo, más y más. Zhao Jia, por supuesto, no sabía lo que le estaba pasando. De hecho, no iba a saber nunca lo que le había dicho. Es decir, que ese joven de tez oscura y delgada, y dientes amarillos, era Zhang Xun [186](#), que más tarde se haría célebre bajo el Cielo con el nombre de «el comandante en jefe de la coleta». A Zhao Jia le dio pena Yuan Shikai. El pobre tuvo que soportar el mal aliento de ese tipo. Ese aliento debía apestar lo suyo. Al final, cuando el joven de los dientes amarillos, Zhang Xun, dejó de hablar, Yuan Shikai asintió con la cabeza y volvió a su asiento, y Zhao Xun se subió a un taburete y empezó a leer en voz alta el papel que tenía en la mano:

—Se trata del condenado Qian Xiongfei, cuyo nombre de cortesía es Peng Ju, originario de Yiyang, en la provincia de Hunan, y de veintiocho años de edad. El vigésimo primer año de la era del emperador Guangxu (1896), el condenado fue al Japón para estudiar en la academia de oficiales del gobierno. En esa época se cortó la coleta, frecuentó las prostitutas y los maleantes, y se unió a grupos de conspiradores. Tras su regreso al país, se juntó al partido anarquista, el partido del caos, de Kang y Liang [187](#). Más tarde, y siguiendo las órdenes de Kang, se infiltró en la guardia imperial para entamar un complot. Y en la undécima rama del quinto tronco celeste de la era del emperador Guangxu (septiembre de 1898), el partido de los anarquistas fue aniquilado en la capital. El condenado Qian se deprimió y se contrarió ya que, como se dice, cuando la liebre muere, el zorro está de luto. En su delirio, el undécimo día de la décima luna, decidió que había que asesinar al gran jefe. Por suerte, ese intento, producto de una mente enferma, fracasó, y Vuestra Excelencia Yuan salió ilesa. El condenado Qian ha provocado el caos, se ha rebelado contra el poder vigente, y ha cometido crímenes graves e imperdonables. Las leyes de la gran dinastía Qing condenan este tipo de ofensas de una extrema gravedad a la pena de *linchi* por quinientos cortes. El Ministerio de Justicia de la corte imperial de Qing ha ordenado que un verdugo venga especialmente a Tianjin para ejecutar esta pena...

Zhao Jia sintió que todas las miradas caían sobre él como una lluvia de flechas. Nunca antes en la dinastía Qing un verdugo había tenido que dejar la capital para ejecutar una pena. La responsabilidad que caía sobre sus hombros era ahora enorme y

eso le intranquilizaba.

Cuando Zhang Xun acabó de leer la sentencia, Yuan Shikai se quitó la pelliza, se puso de pie, echó una ojeada a los tres mil soldados, y empezó a hablar. Se había llenado los pulmones de aire y empezó a soltar un discurso torrencial:

—Hermanos, he pasado muchos años llevando tropas de un lado a otro y os conozco como si fuerais mis hijos. Si un mosquito os pica, a mí se me parte el corazón. Os conozco personalmente a todos. Pero quién iba a decirme que el traidor de Qian Xiongfei iba, así por las buenas, a querer asesinarme. Su intento me ha dejado perplejo. Me ha decepcionado...

—Hermanos, Yuan Shikai es un traidor y un hijo de puta que ha vendido a sus hermanos para llenarse de gloria. Ni siquiera la muerte sería suficiente para perdonarle todos sus crímenes. ¡Hermanos, no hagáis caso de sus bellas palabras! — interrumpió Qian Xiongfei desde el poste donde estaba atado.

Zhang Xun vio cómo enrojecía la cara de Yuan Shikai y voló hacia el poste. Ahí mismo le dio un bofetón a Qian Xiongfei y le dijo:

—¡Tú, capullo, vas a diñarla en unos instantes y todavía te atreves a abrir el pico!

Qian Xiongfei le lanzó a la cara un escupitajo lleno de sangre. Yuan Shikai hizo un gesto con la mano a Zhang Xun para que dejase de abofetear a Qian Xiongfei.

—Qian Xiongfei —dijo Yuan Shikai—, manejas el fusil con destreza y has recibido estudios; te he dado pistolas de oro y te he confiado grandes responsabilidades, te he tratado como a un hijo, pero tú no solo has sido un ingrato, sino que has intentado acabar conmigo. A pesar del mal que me has hecho con tus manos llenas de veneno, es una lástima eliminar a alguien tan talentoso como tú. Pero no tengo otras opciones. Las leyes del país son inflexibles, y las del ejército, inmóviles como una montaña. Tu gran jefe y supervisor no puede salvarte la vida.

—Pues si debe matarme, ¡mátame ya! ¿Qué me cuenta ahora?

—Ya que hemos llegado a este punto, solo me queda hacer como Zhuge Wuhou [188](#): secar mis lágrimas y decapitar a Ma Su.

—Vuestra Excelencia, ¿cuándo acabará esta farsa?

Yuan Shikai movió la cabeza y suspiró:

—Si sigues así de testarudo, yo no puedo hacer nada por ti.

—Hace tiempo que espero este momento. Adelante Vuestra Excelencia, que no le tiemble ahora la mano.

—He hecho todo lo humanamente posible por ayudarte, pero tú no me has hecho caso. Si hay algo que quieres que haga una vez estés muerto, dímelo. Ten por seguro que lo haré.

—Soy el hermano pequeño del subprefecto de Gaomi, el gran *laoye* Qian Ding. Hace tiempo que no tenemos ninguna relación y desearía que no le implique en este asunto.

—Puedes estar tranquilo. No lo haré.

—Se lo agradezco Señoría. No hubiera sospechado nunca que alguien como usted habría cambiado las balas que iban a borrarlo de esta tierra por unas falsas. ¡Qué lástima que así fuera!

—Nadie cambió las balas de tu fusil —dijo sonriendo Yuan Shikai—. Fueron los designios del Cielo quienes así lo decidieron.

—Ha sido el Cielo quien lo ha decidido —suspiró Qian Xiongfei—; Su Excelencia Yuan ha ganado.

Yuan Shikai se aclaró la garganta, levantó el tono de voz y gritó:

—Hermanos, hoy es el día del *lingchi* de Qian Xiongfei y será despedazado vivo. Para el que os habla todo esto es extremadamente doloroso. ¡Que se sepa! Ha sido un oficial que hubiera llegado muy lejos en la carrera militar; y yo, personalmente, había depositado muchas esperanzas en él. Pero se unió al partido del caos y se ha rebelado contra la corte imperial. Ha cometido crímenes imperdonables, y no es la corte de Qing quien quiere matarlo, es él mismo que ha buscado con su comportamiento la muerte. Hubiera protegido su cuerpo, pero sus crímenes han sido demasiado serios según el código penal de Qing y no he podido hacer nada para salvaguardar su integridad física. Y para que tenga una muerte totalmente bella, la Gran Sala del Ministerio de Justicia ha enviado al mejor de los verdugos. Qian Xiongfei, este es el último regalo que te ofrezco. No te darás ni cuenta de que te están torturando, y tu pena será un ejemplo para los otros miembros del ejército. Los niños oirán hablar de ti y de cómo fuiste ejecutado. Si os he hecho venir hasta aquí, a vosotros, los tres mil soldados, es, como se dice vulgarmente, para matar al pollo delante del mono. Espero que lo comprendáis. Espero que aprendáis la lección de Qian Xiongfei y seáis honestos, prudentes, leales a la corte imperial de los Qing, y obedezcáis a vuestro jefe. Si me hacéis caso, llegaréis lejos, muy lejos.

Los soldados, guiados por un oficial, gritaron al unísono: «¡Máxima lealtad a la corte de Qing, y larga vida a Su Excelencia Yuan!».

Yuan Shikai retrocedió hacia su asiento, se sentó y saludó a los soldados con un movimiento de la cabeza. Zhang Xun, que había comprendido lo que Yuan Shikai había dicho, gritó:

—¡Que empiece la ejecución!

Zhao Jia dio un paso al frente y se plantó delante de Qian Xiongfei. El aprendiz que tenía a su lado le pasó el pequeño cuchillo bien afilado con el que debía empezar el *lingchi*. Zhao Jia murmuró por lo bajines:

—Hermano, sé que te deshonro. Vaya que sí...

Qian Xiongfei intentaba guardar las apariencias y no quería mostrarse nervioso. La muerte era algo natural que todos iban a experimentar tarde o temprano, pero sus labios le delataban. No paraban de temblar. No podía ocultar su miedo, y sabía que

mostrar miedo era dar más gloria a la profesión de Zhao Jia. Su corazón se endureció como una piedra de acero y su cabeza se tranquilizó como las aguas estancadas de un lago. Qian Xiongfei dejó de ser humano para convertirse en un amasijo de músculos y huesos atados a un poste según un molde creado por Dios [189](#). Zhao Jia golpeó con violencia la caja torácica de Qian Xiongfei. El golpe que hizo con su mano izquierda fue tan fuerte que los ojos del condenado se pusieron blancos. Y cuando todavía no se había recuperado, Zhao Jia, con el cuchillo en la mano derecha, empezó a cortarle un trozo de carne del tamaño de una moneda de cobre. Había arrancado un pedazo de la teta derecha (el pezón incluido) de Qian Xiongfei, dejando un hueco que parecía la cuenca de los ojos de un ciego.

Zhao Jia, según una regla no escrita de la profesión, cogió el trozo de carne con el cuchillo, lo levantó, y se lo mostró al *daren* Yuan y los supervisores. Luego se lo mostró a los tres mil soldados. El aprendiz gritó:

—¡El primer corte!

Zhao Jia sintió cómo temblaba el trozo de carne en la punta del cuchillo. También sintió cómo los soldados respiraban con nerviosismo a sus espaldas y, de muy cerca, la tos forzada del *daren* Yuan. No necesitaba girarse para saber que la cara de todos ellos había perdido el color. También sabía que el corazón de esa gente, incluido el corazón del *daren* Yuan, no latía a un ritmo normal. Cuando los otros sufrían, él lo pasaba bien, pensó Zhao Jia. Había visto en los últimos años a no se sabe cuántos señorones curtidos en mil batallas desmayarse en los campos de ejecución. Estaba acostumbrado a ver esas caras de enojo y vergüenza, de molestia y asco, en el rostro de esa gente. No había visto a nadie en su vida que hubiese podido, como Qian Xiongfei ante ese suplicio atroz, esconder el profundo temor que le causaba ser torturado. Y era ese miedo profundo, visceral, enraizado en lo más hondo de la psique humana, lo que le hacía pensar a Zhao Jia que no había nadie por encima de él, porque él era la mano de la Ley suprema, él ya no era él —pensaba—, era la manifestación misma de los emperadores, la mano que ejecutaba la ley de la gran dinastía Qing.

Con fineza, agitó el pequeño cuchillo con el pedazo de carne en la punta —la lámina del cuchillo brillaba como si fuera de plata y la carne parecía un bala gorda de plomo—. Zhao Jia la lanzó al aire y el pedazo de carne salió volando como un pájaro torpe y pesado. La carne fue a parar a la cara de un soldado de tez oscura. El soldado gritó como si, en vez de un trozo de carne humana, le hubiera caído una piedra en la cabeza, y le entró un tembleque en el cuerpo que no podía parar.

En la profesión se decía que ese primer corte era para dar gracias al Cielo.

Del pecho de Qian Xiongfei brotaba sangre; era una sangre roja, fresca, que caía al suelo como un collar de perlas. En la herida quedaban restos de sangre, dándole a los músculos que se veían en la herida abierta una brillantéz húmeda, rojiza, e inesperada,

y la sangre surcaba cada una de las grietas de la piel levantada.

El segundo corte fue en el pecho izquierdo. Fue un corte limpio y preciso, realizado con destreza, que arrancó de un solo golpe el pecho y el pezón izquierdo. El pecho de Qian Xiongfei parecía ahora dos monedas de cobre (con el agujero dentro), pero que apenas sangraban. ¿Por qué? La razón era simple: el golpe contundente y violento que le propinaba en el pecho hacía que el movimiento del corazón se ralentizase y dejase de bombear mucha sangre. Era entonces el momento preciso para hacer el corte. Esa era la veteranía de una mano de verdugo que había acumulado muchos años de trabajo en el Ministerio de Justicia. A eso se le llamaba, al fin y al cabo, eficacia.

La cara de Qian conservaba todavía cierta nobleza. Murmuraba algo en voz baja que solo Zhao Jia podía entender. Zhao Jia hacía todo lo posible por no mirar la cara de Qian. Estaba acostumbrado a oír todo tipo de súplicas por parte de los condenados y solía mantener la calma, imperturbable, ante esos comentarios. Pero con Qian Xiongfei era otra historia. Este se mordía los labios y hacía todo lo posible por no quejarse. El silencio reinaba en su entorno, y ese silencio producía todavía más zozobra en Zhao Jia, como si algo imprevisto fuera a suceder. Sin perder la concentración, Zhao Jia reprodujo el mismo ritual clavando el trozo de carne en la punta del cuchillo y elevándolo para mostrárselo primero al *daren* Yuan Shikai, luego a los supervisores y finalmente a los soldados, los cuales parecían marionetas. El asistente gritó:

—¡El segundo corte!

Mostrar de esa manera el trozo de carne extraído del condenado a los supervisores de la ejecución, a los altos oficiales y a los presentes obedecía a una ley que se había producido de la costumbre y a una cuestión de psicología. En primer lugar, había que mostrar que la ley es severa e implacable con el condenado, y, al mismo tiempo, mostrar el rigor con el que el verdugo la aplica. En segundo lugar, debía dejar una marca imborrable en la cabeza de quienes presenciaban la ejecución hasta el punto de inhibirles de cometer cualquier crimen. Esta es la razón por la cual las ejecuciones han sido siempre, dinastía tras dinastía, públicas y a la vista de todos. Y en tercer lugar, satisfacer una necesidad de la psicología humana: una obra de teatro o una ópera, por buena que sea, nunca podrá rivalizar con una ejecución pública de *lingchi*. Es por ello que los verdugos y funcionarios de las mazmorras de la capital siempre han despreciado a las gentes del teatro.

Mientras mostraba el segundo trozo de carne pinchado en el cuchillo, por la cabeza de Zhao Jia pasaron escenas de su vida pasada, cuando vivía con su maestro y aprendía de él. Para ejercitarse en el arte del *lingchi*, el verdugo del departamento de los calabozos [190](#) mantenía una relación íntima con la carnicería que estaba más allá de la Puerta de Suiwen, en Pekín. Cuando no tenían mucho trabajo, se iban a la

carnicería para echar una mano al carnicero y de paso entrenarse con los cerdos. Ni ellos mismos sabían cuántos cerdos bien gordos habían descuartizado para hacer bollos rellenos. Había que ser muy precisos en el corte. Si el cliente quería un *jin* de carne, había que darle un *jin* y no quince. Cuando la abuela Yu era el jefe de los verdugos del departamento de los calabozos, abrieron en el pequeño *hutong* de Guaigun, en Xisi, una carnicería que vendía carne en la parte delantera y hacía la matanza en la trasera. El negocio funcionaba a las mil maravillas, pero por no se sabe qué razón, ni quién pudo echarles el mal de ojo, las ventas cayeron en picado. Nadie se acercaba para comprar carne. Cuando alguien pasaba por ahí, se alejaban del lugar lo antes posible ya que temían que los cogiesen para descuartizarlos vivos.

Zhao Jia recordaba que en la cabecera de la cama del maestro había una cajita que contenía un libro antiguo, cuyo papel aparecía ya amarilleado por el tiempo, un libro de páginas finas, caracteres raros y dibujos grotescos. Zhao Jia recordaba que cada una de esas ilustraciones iba acompañada con numerosos caracteres que no comprendía. El título de ese libro era *Colección de secretos del Palacio de Otoño* [191](#), una obra que había sido compuesta por una abuela (como la abuela Yu) de la dinastía Ming. En el libro se describían todo tipo de torturas y penas, con sus métodos, ilustrados con ejemplos, instrumentos, y planos. Todo ello con gran lujo de detalles. Era, desde luego, el libro canónico de la profesión. El maestro se servía de las ilustraciones y las explicaciones del libro para realizar sus ejecuciones. Lo consultaba siempre. El manual les explicaba —a él y a sus discípulos— en qué consistía una buena ejecución de *lingchi*. El manual decía que había tres tipos de *lingchi*. El primero consistía en tres mil trescientos cincuenta y siete cortes [192](#). El segundo tipo de *linchi* consistía en dos mil ochocientos noventa y seis cortes. Y el tercero, en mil quinientos ochenta y cinco cortes. El maestro, nuestro *shifu*, decía que no importaba el número de cortes, lo que era esencial en el *lingchi* era que el último corte, y solo el último, debía dar la muerte al condenado. Por eso los cortes deben realizarse a un ritmo consecuente dependiendo de la constitución física y del sexo del condenado. La vida y la muerte del condenado están en las manos del verdugo. Si moría antes del último corte o no moría después, era un error garrafal del verdugo. La perfección en la ejecución del *lingchi* consiste, decía mi maestro, en cortar siempre la misma cantidad de carne. Uno podía pesar cada uno de los trozos y el peso no debía diferir en nada. Ese era el verdadero arte del *lingchi* y su máxima dificultad. Ello exigía de la parte del verdugo mucha serenidad, un sentido por el detalle muy desarrollado y el pulso firme; debe tener la mano de una bordadora, pero debe parecerse a un carnicero cuando mata a un burro. Cualquier duda, cualquier impaciencia, desestabilizaría la mano, el corte sería imperfecto, y el resultado sería fatal para la ejecución. Llegar a ese punto de perfección en la ejecución no es cosa fácil. No hay dos personas iguales. Sus músculos, la densidad de la carne, el cruzado de sus venas puede variar, de ahí que el

nivel de consciencia del verdugo, es decir, de seguridad en sí mismo para saber cómo se debe hacer el corte, la fuerza que se debe emplear y la dirección a seguir, tiene un papel importantísimo en este arte. El maestro decía que el talento divino de la mano del verdugo debía poseer el talento de un Gao Tao o de un Zhang Tang [193](#), y utilizar los ojos y la cabeza para cada corte, y no la mano y el cuchillo. Es por ello que se puede decir que la ejecución del *lingchi*, en todas las épocas, durante las miles y miles de ejecuciones que se han hecho, nunca se ha realizado a la perfección. Nunca se ha consumado como hubiera debido hacerse y han hecho muchas chapuzas. Probablemente porque el acto del *lingchi* se limitaba a despedazar al condenado hasta que este sucumbía al dolor y moría, sin más. Por eso, hasta el día de hoy, el *lingchi* reducía los cortes cada vez que se ejecutaba. Para prolongar el suplicio, se decidió que quinientos cortes era lo máximo que se podía hacer. Pero para ejecutar esos quinientos cortes también se necesita una pericia extraordinaria; es un acto raro y precioso como las plumas del fénix y el cuerno del unicornio. El verdugo de la Gran Sala del Ministerio de Justicia tiene veneración por este oficio que considera un arte que linda lo sagrado, uno de los oficios más respetables y antiguos del imperio. Pero no todo el mundo respeta las reglas de los antiguos, y no ocurre lo mismo en las prefecturas, subprefecturas, distritos y burgos donde se mezclan todo tipo de verdugos, y muchos son delincuentes reconvertidos, ladrones de baja casta... Todos ellos creen que con doscientos o trescientos cortes ya es suficiente, y si pueden despedazar al condenado en ocho cortes y dejarlo ya muerto, pues mejor.

Zhao Jia arrojó al suelo el segundo trozo de carne; ello quería decir que daba gracias a la Tierra.

Zhao Jia, al dar la vuelta con el pedazo de carne en la punta del cuchillo para mostrárselo a las masas, tuvo una sensación especial: era el centro del universo, y el pedazo de carne en el cuchillo, el centro del centro. Arriba estaba el *daren* Yuan, que pertenecía al Cielo negro inflamado en llamas. Debajo, los soldados y oficiales que pertenecían al suelo que formaba el terreno. Todos ellos con la mirada clavada en el pedazo de carne de Qian que bailaba en la punta del cuchillo. Cuando el pedazo de carne inició su vuelo hasta el cielo, los ojos lo siguieron hasta ahí; cuando cayó a tierra, los ojos cayeron hasta la tierra. Según mi maestro, en el *lingchi* tal y como lo ejecutaban los antiguos, los trozos de carne debían alinearse en una mesa y, cuando la ejecución había acabado, se contaban los trozos. Si había alguno de más, o de menos, el *lingchi* se consideraba fallido y una afrenta al decreto imperial. El maestro nos dijo que en la dinastía Song, una familia había denunciado a un verdugo porque había dado un corte de más. El verdugo fue sentenciado y perdió su valiosa vida. Por ello, este trabajo no solo debe hacerse con cuidado, sino que si lo haces mal, pierdes la vida. El maestro pensaba que el *lingchi* debía realizarse siguiendo un ritmo en los cortes, que los cortes debían ser regulares, que el último corte debía necesariamente

matar al condenado, y que los cortes debían ser los justos, ni uno más ni uno menos. Tres mil trescientos cincuenta y siete cortes toman un día entero, pero a veces las instrucciones que llegan de arriba obligan a dejar vivo al condenado durante tres o cinco días. Esto supone un problema para el verdugo, que debe estar en muy buena forma para no sucumbir a la fatiga tras haber finalizado el *lingchi*. Mi maestro decía, por último, que los verdugos debían aprender a no desperdiciar energía. No podía tirarse de cualquier manera el trozo de carne sobre la mesa, sino que debía seguirse un ritual preciso, el ritual del menor esfuerzo, un gesto mecánico y rápido. Alrededor de los campos de ejecución rondaban siempre perros salvajes, cuervos y otros carroñeros. Cada ejecución de *lingchi* se convertía en un festín para ellos.

Zhao Jia secó con un paño de lana empapado en agua salada la sangre que brotaba del pecho de Qian Xiongfei. El objetivo era dejar la herida tan limpia y fresca como el tronco de un árbol que acaba de ser cortado. Y luego realizó el tercer corte. El pedazo de carne volvió a ser del tamaño de una moneda de cobre y era además como la escama de un pez. El nuevo corte estaba bien delimitado y seguía a los otros cortes. Mi maestro decía que el arte del *lingchi* también tenía que ver con el arte de quitar las escamas al pescado. Al dar el tercer corte, la carne que quedaba debajo aparecía con un color blanco y unas perlas de sangre que indicaban que el trabajo había empezado con buen pie y estaba siendo muy satisfactorio. Un golpe fuerte en la barriga y la sangre se concentra en esos momentos en el abdomen del condenado y no sale, o sale muy poca. Eso era un arte si el condenado no moría; era como pelar un rábano sin romperlo. De lo contrario, si la sangre empieza a salir a borbotones, el cuerpo se llena de sangre, apesta y molesta a la gente, uno no ve nada, ni sabe dónde cortar, y cuando lo hace, lo hace sin saber cómo, a la tonta. Un verdugo experimentado, sabrá, sin embargo, adaptarse a cualquier imprevisto por muy cuesta arriba que se le ponga el asunto. Ellos tienen siempre una solución sea cual sea la circunstancia en la se encuentran. Si la sangre empieza a salir con fuerza y no se puede hincar el cuchillo, la solución consiste entonces en arrojar un cubo de agua fría a la cabeza del condenado, el cual se asustará y sus venas se cerrarán de golpe. Si el agua fría no funciona, se le echa un barril de vinagre. En *El gran tratado de las plantas* [194](#) se dice que el vinagre es capaz de atajar una hemorragia. Se puede disolver en el agua y sigue teniendo el mismo efecto. Si el vinagre no funciona, se hacen unos cortes en las pantorrillas, pero este método tiene el riesgo de provocar otra hemorragia que acabará con la vida del condenado antes de tiempo. La hemorragia de Qian parecía estar controlada. Zhao Jia se sentía más bien tranquilo. Ese trabajo, al parecer, estaba ya medio hecho y no se recurriría al cubo del viejo vinagre de Shanxi que habían puesto al lado del poste. Al menos se lo ahorrarían, y si se lo ahoraban, el verdugo podía reclamarle que le devolviesen el dinero sin necesidad de devolver él mismo el vinagre al vendedor. Esas eran las leyes no escritas, pero todavía al uso, en la gran dinastía Qing. El vendedor de

vinagre no podía hacer nada más (había incluso dado gratuitamente el vinagre al verdugo) ya que su acto se consideraba un servicio al pueblo. Esas leyes no tenían ninguna lógica, pero así se había hecho durante años y nadie las iba a cambiar ahora. Durante la dinastía Qing se daba más valor a las costumbres heredadas de los antiguos que a las mismas leyes escritas en los códigos. Siempre sucedía igual: una costumbre que se había observado en el pasado acababa por convertirse en ley. O cualquier precedente podía servir para convertirse en regla como si siempre hubiese sucedido así. Hubo una vez que a un condenado le dieron de beber agua y comida los vecinos de un burgo mientras se dirigía al campo de ejecución. Desde entonces, dar de beber y comer gratis al condenado por parte del pueblo que presenciaba la agonía de ese mismo condenado se convirtió en una costumbre y luego en una ley no escrita. Lo mismo sucedió con el barril de vinagre. Una vez fue dado gratuitamente al verdugo como ejemplo de generosidad por parte del vendedor y, desde entonces, esa costumbre se hizo ley y el verdugo puede ahora reclamarle el dinero como si hubiera existido en realidad una transacción económica, que era lo que se solía hacer antes. El vinagre no podía devolverse a su vendedor porque, se decía, se había mezclado con el olor de la sangre del condenado y ello le daba un poder curativo especial. Se vendía por lo tanto a las farmacias. Ya no era vinagre sino un curativo para gente que tenía el alma enferma y se bautizó como «el vinagre de la felicidad». El verdugo recibía dinero del vendedor de vinagre y del farmacéutico que se lo compraba ahora impregnado del olor a sangre del condenado a muerte. Los verdugos solían hacer el trabajo sin cobrar, y ese tipo de comercio les proporcionaba algunos ingresos que honraban su profesión. La gente veía que esas ejecuciones de la gran dinastía Qing ofrecían al pueblo más de un servicio.

Zhao Jia levantó el trozo de carne del condenado, lo mostró a todo el mundo, les dio las gracias a los dioses y los espíritus, y gritó:

—¡El tercer corte!

Y después del tercero, lanzado y al ritmo adecuado, cortó con el cuchillo en mano el cuarto pedazo de carne. Notó que la carne de Qian era muy frágil y muy fácil de cortar. El condenado gozaba de buena salud y su tejido muscular formaba una carne de muy buena calidad. Si el condenado hubiera sido gordo como un cerdo o delgado como un mono, el verdugo habría acabado exhausto a la primera de cambio. Pero el cansancio era algo secundario. El verdadero problema era cuando no se podía hacer una obra maestra. Si la materia primera no era buena, al igual que un cocinero del primer rango que no cuenta con alimentos de primera calidad, no se podía hacer nada, y el cocinero tampoco podía preparar un banquete como era debido. Lo mismo con un escultor de madera. Ya puede esmerarse lo que quiera y aplicar todo su arte. Si la madera no es de buena calidad, el resultado será pobre y a la escultura le faltará vida. El maestro decía que en la era del emperador Daoguang [195](#), hubo el caso de una

mujer que asesinó a su marido con la ayuda de su amante. La mujer estaba bastante rellenita. Parecía un saco de gelatina de soja. Cuando tuvo que afrontar el *lingchi* por su crimen de adulterio y asesinato [196](#), el verdugo, la abuela Yu, se las vio y deseó ya que esa mujer temblaba todo el rato y era difícilísimo cortarla. Lo que se podía arrancar de su cuerpo era más parecido a una sustancia mucosa o un trozo de sebo que a otra cosa, y era tan asqueroso que ni un perro se lo hubiera comido. La mujer lloraba además como una loca, invocando a todos los espíritus. Los presentes se sintieron ofendidos y perturbados ante las palabras de esa mujer enloquecida. El verdugo no estaba como para hacer las cosas con esmero y dedicación. Pero el maestro nos dijo que hay mujeres a las que es un placer cortar a trozos. El cuchillo entra en la piel solo, como si estuviera entrando en un bloque de mantequilla. Lo que sentía era bello e indescriptible. El cuchillo entraba sin obstrucción alguna, como si penetrara las aguas de otoño. El cuchillo traza su camino como si fuese solo. El maestro nos contó que en la era del emperador Xianfeng tuvo que cortar a una mujer que era muy bella. Se trataba de una prostituta que había matado a un cliente para hacerse con sus pertenencias. Se decía que camelaba a los clientes ricos para luego asesinarlos y robarles en sus casas todo lo que poseían de valor. El maestro decía que esa mujer llevaba perfume y era una belleza nacional, como se suele decir de la mujer que nace con una belleza excepcional. Pero su apariencia delicada daba pena. Viéndola, nadie podía decir que era una asesina cruel. El verdugo sintió tanta pena por ella que pensó que, para honorarla, podía hacer una auténtica obra maestra con ella. Tanto si te daba pena como si la amabas por su belleza, la ejecución debía seguir los cánones establecidos en los libros. El verdugo, sin embargo, quería hacer una obra maestra con ella. Más que cortarla, lo que quería era esculpirla como se esculpe una obra de arte. El trabajo del verdugo tenía mucho que ver con la labor de un actor de teatro famoso. El maestro nos contó que el día del *lingchi* de la bella prostituta, las calles de Pekín se vaciaron ya que todos fueron al campo de ejecución de Caishikou, donde no había un alfiler. El maestro decía que ante una belleza así, no poner todos los sentidos en el trabajo hubiera sido una falta de respeto imperdonable. Incluso algo que podía considerarse a sus ojos como un crimen. Si no ejecutaba bien el *lingchi*, el gentío le gritaría, le insultaría, le maldeciría... El público de Pekín era el más exigente de China en temas relacionados con las ejecuciones públicas y el más difícil de satisfacer. Ese día, el maestro hizo un trabajo bonito y muy bien coordinado. Esa ejecución era en realidad un gran espectáculo como los de una ópera tradicional china: el verdugo y la condenada a muerte interaccionando el uno con el otro, un acto de amor, una relación imposible entre ellos y la muerte. Si la condenada grita, eso no está bien, y no le dará ninguna fama entre el público. Si no emite ningún sonido, lo mismo. Lo que debe hacer la condenada (como en la ópera tradicional) es emitir unos gemidos lo bastante audibles para que lleguen a la audiencia. Un gemido cadencioso,

inquietante, que provoque un sentimiento de compasión falso en el espectador al mismo tiempo que lo excita sexualmente y satisface ese deseo oculto que se produce en toda ejecución pública de una mujer. El maestro nos dijo que había realizado varias decenas de ejecuciones, que había torturado a miles de personas, y que después de esa experiencia había llegado a una conclusión: todos los hombres tienen dos caras. Una corresponde al ser virtuoso y sediento de justicia, y que respeta los tres principios y las cinco virtudes [197](#). La otra cara corresponde a la de un ladrón y una puta, un ser sediento de sangre y sexo. Los que asistieron a la ejecución de esa mujer, por muy virtuosos que fueran, príncipes o mujeres de una virtud intachable, estaban bajo la influencia de ese segundo rostro. Estaban ahí para satisfacer una necesidad íntima de carne y sangre, y todo ello les procuraba un placer indescriptible. El *lingchi* a una mujer bella es la más alta representación del dolor y la belleza unidos en un solo acto. Nada en este mundo puede combinar esos dos elementos con una tal perfección. El maestro, mi *shifu*, decía que los que disfrutaban ante ese tipo de espectáculos son todavía más sádicos que los verdugos. El maestro también decía que durante mucho tiempo recordó por las noches esa ejecución y todos los pasos que dio para ejecutarla. No podía quitársela de la cabeza. Y lo recordaba con delectación ya que para él fue como una partida genial de ajedrez que pudo ganar y que le hizo famoso. Para el maestro, esa prostituta era la mujer más bella que había visto en su vida. Se acordaba de todos los cortes, sin excepción, que le propició a la joven, para reconstruirla ahora en sus recuerdos. Ese era el ciclo del amor: descomponer y volver a componer. Ahora la nariz, luego unas líneas del cuerpo..., y la joven aullando, clamando, llorando y cantando miserablemente. Mi maestro todavía podía leer el olor embriagante del cuerpo de la mujer mientras la despedazaba. El maestro sentía en su cogote el aliento de los carroñeros. En ese punto de su relato, el maestro se sintió triste y su cara me recordó la pose de un famoso actor *dan* de la ópera que interpreta a una mujer y se detiene, ensimismado en sus pensamientos, en el escenario. Si bien el cuerpo de la mujer estaba ya completamente despedazado, su rostro seguía intacto. Y solo quedaba el último corte por hacer. Al maestro le dolía el alma cuando le dio el último corte a la mujerzuela. Ese último trozo de carne era rojo como un azufaifo y quedó clavado sobre el cuchillo como una piedra preciosa. El maestro no pudo dejar de pensar en la nieve blanca al contemplar el semblante ovalado de la joven prostituta. Pudo oír cómo suspiraba la mujer. Unos suspiros que le llegaban de su caja torácica ya sin un pedazo de carne. Los ojos de la prostituta lanzaban chispas, y de ellos caían dos lagrimones. El maestro vio cómo temblaban los labios de la mujer y pudo oír una voz que recordaba el zumbido de un mosquito: una injusticia..., un error..., soy inocente..., creyó oír Zhao Jia de la boca de la prostituta, la cual se desvaneció. Sus ojos y su rostro perdieron toda luz, y su vida se apagó como el fuego de una hoguera. Su cabeza se inclinó hacia delante, ya sin vida. La espesa cabellera negra cayó hacia delante y

parecía una tela recién salida de uno de esos cubos de tinta de los que utilizan en los telares.

Al dar el quincuagésimo corte a Qian, a este último ya no le quedaba carne en el pecho. En esos momentos ya había realizado una décima parte de su trabajo, y el aprendiz le dio entonces un cuchillo nuevo. Zhao Jia dio dos resoplidos y graduó el ritmo de la respiración para seguir con los cortes. Vio que el pecho de Qian Xiongfei, que ya estaba despellejado, mostraba todas sus membranas finas, y el corazón, al aire descubierto, que todavía latía, parecía el corazón de un lebrele envuelto en una gasa. Pero el verdugo no se desplomaba. El trabajo seguía su ritmo normal y se estaba haciendo correctamente. Las venas estaban bien cerradas. Al cabo de cincuenta cortes, el trabajo se estaba ejecutando a la perfección. Pero algo no cuadraba: el chino de la etnia Han que tenía delante no gritaba. Y sin gritos, al espectáculo le faltaba música y color. Estaba demasiado muerto, demasiado aburrido. Zhao Jia pensaba que, a ojos de esa gente, debía parecerles un carnicero. Zhao Jia admiraba a ese que apellidaban Qian. Exceptuando los dos primeros cortes, que le hicieron algo de daño y emitió algún quejido, el condenado no dijo ni pío. Zhao Jia empezó a ver en el condenado la cara de un joven héroe. Tenía los ojos abiertos como platos, los pelos en punta, las pupilas negras y azuladas con fondo blanco inyectado de sangre. Los orificios de las fosas nasales le iban a explotar de lo ensanchados que los tenía, apretaba los dientes con fuerza, y los cachetes de la cara se le habían hinchado como los de una rata enrabada. A Zhao Jia, esa cara atroz e inhumana le asustaba. El cuchillo empezaba, muy a pesar suyo, a hacerle daño en la mano. Según la tradición del *lingchi*, cuando se trataba de un hombre, después del pecho tocaba atacar a la cosa que queda entre las piernas. Esa zona requería un máximo de tres cortes, ni muy grandes ni muy pequeños, y los trozos debían ser idénticos y no más grandes, ni más pequeños, que los del resto del cuerpo. El maestro decía que lo que más temían los hombres que habían sido condenados no era ser descuartizados, sino verse privados de su hermoso tesoro. Muchos años en el oficio se lo habían confirmado. El corte no es particularmente doloroso; es más una cuestión psicológica. Es un ataque a la integridad física y a la dignidad del sujeto. Los hombres prefieren por lo general que les corten la cabeza antes de verse capados. El maestro decía que no importaba lo valiente que uno fuera, si les faltaba eso, no eran capaces de hacer nada y se sentían desprestigiados para siempre. Es como un caballo al que le cortan las crines o un gallo desplumado. Zhao Jia no vería más la cara patética y endiablada de ese tipo que estaba despedazando y dirigió la mirada a la cosa colgante de Qian, la cual daba pena ver —parecía un gusano de una mariposa todavía en su capullo—. Zhao Jia pensó: compañero, ¡de veras que te pido perdón! Estiró la cosa con la mano izquierda y con la derecha... ¡zas!..., la cortó de un tajo. Y el aprendiz gritó:

—¡El quincuagésimo primer corte!

Cogió el tesoro y lo tiró al suelo. Un perro esquelético y lleno de pulgas salió de no se sabe dónde y se lanzó sobre el tesoro de Qian Xiongfei, se lo llevó en el hocico y luego se escurrió entre las filas de los soldados. El perro, una vez metido entre los soldados, emitió unos aullidos quejosos, probablemente porque lo habían molido a palos. Qian Xiongfei, que hasta ese momento se mordía la lengua, lanzó un grito desgarrador. A Zhao Jia le pilló por sorpresa y se asustó. No sabía que los ojos le brillaban, solo sentía que las manos le quemaban, le pesaban, las tenía cansadas, le pinchaban como si estuviesen sometidas a mil alfileres ardientes, y el dolor era insoportable. El grito de Qian estaba a medio camino entre el rebuzno de un burro y el relincho de un caballo —es decir, nada identificable—, y era extraordinariamente inhumano. Ese grito asustó a todos: los soldados y los supervisores quedaron estupefactos. Su Excelencia Yuan Shikai tampoco podía permanecer indiferente a ese grito. Zhao Jia no podía permitirse el lujo de girarse para ver la cara que ponían todos, pero notó que los caballos se azoraban, y oía también las argollas que tintineaban y los resoplidos de los caballos, que parecían inquietos. Pudo ver detrás del poste las piernas temblorosas de los soldados, inquietas, agitándose con nerviosismo, las unas pegadas a las otras. Qian chillaba, aullaba, se retorció, el corazón le latía con fuerza: el tac, tac de los latidos del corazón se oía claramente. Zhao Jia estaba algo ansioso. Le iba arrancando la carne de las costillas y pensaba que el corazón iba a salir volando del pecho. Si esto ocurría, el condenado moriría al instante y el *lingchi* sería un fiasco. Él perdería la cara ante los miembros de la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Incluso Su Excelencia Yuan Shikai perdería la cara, y él, Zhao Jia, no quería, por supuesto, que eso sucediese. En esos momentos, las facultades mentales de Qian estaban ya en un estado más que precario. Qian movía la cabeza como un niño retrasado que se enfurece y no comprende lo que le está pasando. Movía la cabeza de un lado a otro, dando golpes al poste, con los ojos perdidos, inyectados de sangre. Su cara era ya irreconocible, era un monstruo. Cualquiera que le hubiese visto habría pensado que estaba viviendo una pesadilla. Zhao Jia nunca se había encontrado con una situación así. Su maestro tampoco le había hablado de nada parecido. Zhao Jia tenía las dos manos hinchadas y no podía manejar el cuchillo con soltura. Levantaba la cabeza y veía a su aprendiz, al lado. El color de la cara de ese pequeñajo era como el de la tierra, y tenía la boca abierta como un plato. Ese niño no iba a acabar la tarea por él, imposible, pensó Zhao Jia. Se dobló aunque estaba rígido y tenso, y ello le costó, y con el cuchillo en la mano le seccionó a Qian un testículo. No le fue difícil hacerlo porque los testículos ya estaban casi fuera del saco escrotal. Un simple corte le valió para hacerse con uno de ellos. Ese fue el quincuagésimo segundo corte, y así se lo recordó Zhao Jia a su discípulo. Este, con lágrimas en los ojos, gritó:

—El... quincuagésimo segundo... corte...

El discípulo cogió esa cosa y la tiró al suelo. Zhao Jia, al verla ahí, en el suelo,

sintió algo que no había sentido nunca en sus largos años en el oficio: asco.

—Tu madre es una perra... ¡Hijo de puta! —Parecía que una piedra había roto la bóveda celeste. Qian Xiongfei, de forma inesperada, tuvo todavía fuerzas para soltar esas palabras—. Yuan Shikai, Yuan Shikai... —añadió—, eres un ladrón, no he podido matarte estando vivo, pero volveré del mundo de los muertos para vengarme de ti. Y te mataré...

Zhao Jia no se atrevió a girarse. No quería saber el color de la cara de Su Excelencia Yuan Shikai, que estaba justo detrás. Lo único que deseaba era ganar tiempo y acabar de una vez su trabajo. Volvió a doblarse y con el cuchillo le extirpó el otro testículo. Aprovechando ese momento, Qian Xiongfei le mordió la cabeza a Zhao Jia. Felizmente, este tenía el gorro puesto, si no se habría llevado los sesos por delante. A pesar del gorro, el mordisco le dejó una marca en la piel que cubre el cráneo de la cabeza. A Zhao Jia le corrió frío por la espalda. Si le hubiera mordido el cuello, él, Zhao Jia, no habría sobrevivido a ese mordisco; si le hubiera mordido la oreja, no tendría esa oreja. Ese mordisco en la cabeza le había dejado una sensación extraña. La reacción inmediata de Zhao Jia fue ponerse derecho, y cuando lo hizo, golpeó con la cabeza la barbilla de Qian, y este cerró la boca de golpe. Zhao Jia oyó cómo Qian cerraba la boca y sus dientes mordían la lengua. Fue un sonido seco que se vio acompañado por un chorro de sangre que salió de la boca. La lengua de Qian Xiongfei había sido seccionada, lo que no le impidió seguir profiriendo insultos de todo tipo a Zhao Jia, y, aunque no se oía muy claro, decía también barbaridades a Yuan Shikai. Era el quincuagésimo tercer corte. Zhao Jia soltó de golpe el testículo que tenía en la mano. Veía estrellas volar ante sus ojos, sintió que la vista se le emborronaba, un líquido amargo le subió del estómago a la garganta. Apretó los dientes y se riñó a sí mismo: no podía vomitar. Debía hacer todo lo posible por no hacerlo; de lo contrario, el prestigio del primer verdugo de la Gran Sala del Ministerio de Justicia se iría al traste.

—¡Que le corten la lengua de una vez!

Zhao Jia pudo oír detrás de su cogote la voz imponente y biliosa de Yuan Shikai. Zhao Jia no pudo retenerse y se giró para ver lo que pasaba. Vio entonces la piel amoratada de la cara de Yuan Shikai; también vio que se golpeaba la rodilla con la palma de la mano. De su boca volvió a salir la misma orden:

—¡Que le corten la lengua de una vez!

Zhao Jia quiso decirle que eso no estaba en las normas de ejecución del *linchi* establecidas por los antiguos; pero, al ver cómo lo había dicho y qué tono de voz había utilizado, se tragó lo que pensaba decirle. ¿Está bien así? Incluso Su Majestad la emperatriz regente respetaba lo que decía Su Excelencia Yuan Shikai. ¿Qué iba a hacer él? Zhao Jia se giró de golpe y se lanzó a por la lengua de Qian Xiongfei.

La cara de Qian se había hinchado y la sangre —una sangre espesa— no paraba de

salir de la boca: *glup, glup, glup...* El cuchillo no servía de nada en esos momentos. Arrancarle la lengua a un condenado a la muerte lenta del *lingchi* que había enloquecido era como querer arrancarle los dientes a un tigre. Pero no tenía agallas para desobedecer la orden de Yuan Shikai. Zhao Jia se puso a pensar en las enseñanzas de su maestro y en lo que él mismo había aprendido durante sus años en el oficio, pero... ¡nada! No se le ocurría absolutamente nada. Qian seguía profiriendo insultos a diestro y siniestro, y Yuan Shikai volvió a repetir por tercera vez:

—¡Que le corten la lengua de una vez!

En ese momento crucial, el *ye Zushi*, el dios de los ancestros, vino en su ayuda para inspirarle y echarle de paso una mano. Zhao Jia puso el cuchillo en su boca, cogió un cubo de agua y se lo arrojó bruscamente a la cara de Qian. Qian abrió la boca. Aprovechando esa ocasión, degolló de un tajo a Qian. Su cara se volvió morada como el hígado de un cerdo, y la lengua, también morada, salió hacia fuera. Zhao Jia aprovechó ese momento para cortársela. Ese corte no estaba en el guión, y los soldados bramaron al unísono, como las aguas macizas del mar moviéndose hacia las arenas de la playa.

Zhao Jia levantó la lengua con la mano y se la mostró a la muchedumbre. La lengua, como una rana que se estrangula con la mano, no paraba de temblar. Era el quincuagésimo cuarto corte. Zhao Jia se había quedado sin voz y sin fuerzas. Cuando el aprendiz acabó de anunciarlo, Zhao Jia arrojó la lengua junto a Yuan Shikai.

—El quincuagésimo... cuarto corte... —anunció el aprendiz.

El color de la cara de Qian Xiongfei cambió a un tono dorado, y la sangre salía incesantemente de su boca. En su cuerpo, la sangre y el agua se habían mezclado. No tenía lengua, pero eso no le impedía seguir insultando a todo ser viviente, aunque, ciertamente, con mucha dificultad para articular las palabras y hacerse entender. Lo único que todo el mundo sabía era que se trataba de insultos. ¿Cuáles? Eso nadie podía oírlo ya. Zhao Jia lavó el cuerpo de Qian Xiongfei con un pañuelo empapado de agua con sal. Zhao Jia sumergió en la cubeta de agua salada sus manos hinchadas con el fin de relajarlas y curar las heridas. Luego las sacó y se las secó. La boca de Qian seguía todavía moviéndose, pero ya apenas articulaba un sonido inteligible. Su voz era cada vez más débil. Zhao Jia lo había comprendido. Había que apurarse. El *lingchi* debía acelerarse y los trozos tenían que ser más pequeños. Se debía evitar el entramado de las arterias y venas. Se debía avanzar con el plan trazado previamente, pero con más pragmatismo. No se podía culpar a los verdugos de la Gran Sala del Ministerio de Justicia, pero sí que se podía culpar al *daren* Yuan Shikai por la orden que le había dado, ya que no venía a cuento y retrasaba la ejecución. Zhao Jia se picaba con el cuchillo en la pierna para espabilarse y no ceder a la fatiga. Lo hacía con discreción, en movimientos que escapaban a los espectadores. Al mismo tiempo, se descongestionaba las manos con ese gesto. Se revigorizaba y no volvía a girarse para

ver a Yuan Shikai y su cortejo. Tampoco prestaba atención a los cinco mil soldados. Manejaba el cuchillo con una rapidez que emulaba al viento, y sus cortes caían tan numerosos que parecía granizo cayendo del cielo. Todos ellos caían sobre el cuerpo de Qian como escarabajos voladores que se precipitan sobre el suelo. Y Zhao Jia los anunciaba a los cuatro vientos. Doscientos cortes más y los músculos de las piernas ya estarían listos; cincuenta más y los músculos de los brazos ya estarían pelados. Luego otros cincuenta sobre los músculos del abdomen. Sobre el culo, en el lado derecho, en el izquierdo, setenta y cinco cortes más. La vida de Qian colgaba, en esos momentos, de un hilo muy fino, pero sus ojos brillaban todavía. No paraba de babear, y todos sus órganos y músculos estaban al descubierto. Los intestinos de su barriga parecían víboras luchando por salir de un saco de piel fina. Zhao Jia se estiraba y tomaba aire. Sudaba a mares por la espalda, tenía la entrepierna mojada y pegajosa, y no sabía si era sangre o sudor. Ese era el precio que debía pagar para convertir a Qian Xiongfei en un héroe y para aumentar el prestigio de los verdugos de la Gran Sala del Ministerio de Justicia.

Ya solo le faltaban seis cortes para acabar su obra maestra. Zhao Jia pensó que ya se había llevado el gato al agua. Podía además recrearse con esos últimos cortes y hacer de ellos un verdadero espectáculo. Cuatrocientos noventa cortes fueron necesarios hasta llegar al corte de la oreja. La oreja izquierda de Zhao Jia estaba fría como un trozo de hielo, y de eso se dio cuenta Zhao Jia cuando la agarró para seccionarla. Sirviéndose del mismo gesto, le cortó la oreja derecha y la tiró al suelo. Un perro que estaba en los huesos pero que ya tenía la barriga llenísima con el festín del *lingchi*, y tenía por lo tanto dificultades para trasladarse, se acercó a la oreja, la olió y dio media vuelta. Le pareció asquerosa, y el perro ya no estaba para meterse cualquier cosa en la panza. Del culo del perro salieron unos pedos apestosos que llenaron las narices de todos los presentes. Las dos orejas de Qian se quedaron solas tendidas sobre el suelo, tan solas que parecían dos conchas blancas. Zhao Jia se puso a pensar en lo que le dijo su maestro. Cuando ejecutaron por *lingchi* a esa prostituta en Caishikou, para él, el maestro, que tuvo que cortarle su exquisita oreja izquierda, fue un momento inolvidable que deseó que no hubiese acabado nunca. De esa oreja colgaba un pendiente de oro, y del pendiente colgaba una perla. El maestro, mi *shifu* (la abuela Yu), decía que el reglamento del *lingchi* prohibía al verdugo la posesión de los trozos que cortaba del condenado, así que no pudo meterla en su saco y la tiró al suelo. La muchedumbre de espectadores, enloquecida e impetuosa como una ola que rompe contra el arrecife, derribó el recinto que los separaba del campo de ejecución y se precipitó hacia la oreja para hacerse con ella. La muchedumbre espantó a los carroñeros y otras bestias que se habían concentrado junto al campo de ejecución. Se peleaban entre ellos por hacerse con la oreja de la prostituta, quizá para hacerse con el pendiente de oro y la perla. Mi maestro, al ver que la cosa se ponía fea, tiró la otra

oreja lo más lejos que pudo. La muchedumbre se separó en dos grupos. Mi maestro era un tipo muy inteligente.

Qian Xiongfei llegó a ese momento de la ejecución en un estado deplorable. Zhao Jia había llegado al corte número cuatrocientos noventa y siete. Según las reglas, había dos opciones: le cortaba los dos ojos o le cortaba los dos labios. Los labios del Qian ya estaban muy deshechos, y Zhao Jia no tenía ganas de meterse con ellos; así que lo mejor —pensó Zhao Jia— era extraerle los ojos. Sabía que Qian Xiongfei era de esos que no cierra los ojos ni muerto; y si no los cerraba, ¿de qué le iban a servir abiertos una vez muerto? Hermano, no puedo pedirte tu opinión, pero créeme, te hago un favor quitándote los ojos; cuando vagues como un fantasma, no tendrás ojos que vean, y ya sabes, ojos que no ven, corazón que no siente. Te ahorrarás ver cómo se va a pique esta prefectura. Ni el mundo de los vivos —el mundo de las luces, del yang—, ni el mundo de los muertos —el mundo de las sombras, del yin—, te volverán a deprimir. Te encuentres donde te encuentres, todo te parecerá igual y nada te afectará.

Cuando Zhao Jia hincó el cuchillo en los ojos de Qian Xiongfei, este los cerró de repente. Esto no se lo esperaba. Zhao Jia se lo agradeció en el alma, ya que no era una labor fácil arrancarle los ojos a un ser que los tenía tan bellos y tan llenos de luz. Zhao Jia siguió con el cuchillo la línea del receptáculo de los ojos y... el corte cuatrocientos noventa y siete ya estaba hecho y así lo anunció, sin hacer ningún esfuerzo.

—Cuadrigentésimo nonagésimo séptimo corte... —gritó el aprendiz con una voz todavía más débil que la de su maestro.

Cuando se preparaba a hincarle el cuchillo en el ojo derecho, Qian lo abrió de golpe y dio un último rugido. A Zhao Jia le entró frío en la espalda, y varias decenas de soldados que estaban en las filas se desplomaron como se derrumba una pared. Zhao Jia no podía dejar en la cara ese ojo que le quedaba y que parecía un rescoldo todavía ardiendo. Ese ojo ya no tenía vida y, más que luz, lanzaba una especie de humo, de algo que se está apagando pero todavía arde. A Zhao Jia le ardían las manos y el cuchillo se le resbalaba de las manos; y en voz baja, rezaba: hermano, cierra el ojo..., pero el hermano no cerraba el ojo. Zhao Jia sabía que ya no le quedaba mucho tiempo. Cuando el cuchillo recorría la órbita del ojo, se oyó un crujido que pasó desapercibido a Yuan Shikai; pero los que estaban delante, a caballo, sintieron escalofríos. Lo que no podía afirmar Zhao Jia era si el *¡ris,ras! ¡tris!* del crujido había llegado o no a los aterrorizados soldados de las filas. Ni a los cinco mil soldados, que estaban tan quietos que parecían árboles. Pero lo que sí podían oír eran los gemidos de Qian Xiongfei, los cuales eran como llamas de fuego y veneno, gemidos de ultratumba que destruirían a cualquiera, pero no a Zhao Jia, que ya estaba acostumbrado a ese tipo de sonidos. Lo que hacía desmayar a la gente era el sonido que provocaba el cuchillo al contactar con la carne. Lo que Zhao Jia sentía ya no lo veían los ojos, no lo oían las orejas: era un sonido que ya había penetrado por su

carne, que tenía en su interior. Lo tenía metido dentro, muy dentro, en sus tripas y en sus huesos, para toda la vida. Ese fue el cuadrigésimo nonagésimo octavo corte..., dijo Zhao Jia, ya que el aprendiz ya se había caído al suelo. Varias docenas de soldados también habían caído al suelo ya.

Los dos ojos de Qian brillaban en el suelo. Debido al sol, lanzaban una luz muerta, fría, una luz del yin, y parecían mirar fijamente a alguien. Zhao Jia lo sabía: miraban a Yuan Shikai. ¿Se acordará más tarde Su Excelencia Yuan Shikai de esos ojos? Zhao Jia pensaba en eso.

Llegados a este punto de la tortura, Zhao Jia tuvo una sensación de fatiga muy pronunciada. No mucho tiempo atrás, había decapitado a los Seis Príncipes [198](#), un acontecimiento que causó sensación en toda China y llegó a conocerse en el mundo entero. Para devolver el favor que le hizo Su Excelencia Liu Guangdi por haber confiado en él, Zhao Jia y sus discípulos habían afilado al «gran general» [199](#) tantas veces que podía cortar un pelo en mil pedazos. Los cinco pasaron por la lama afiladísima del «gran general», y al final le tocó a Liu Guangdi. Zhao Jia estaba convencido de que, más que una lámina afilada, sintieron un golpe de viento frío, un tajo rápido como un rayo, proveniente del cielo, una auténtica liberación. La rapidez de la ejecución hizo que las cabezas salieran, unas volando, otras rodando, pero todas con una expresión trágica en sus caras, y los cuerpos se movían, así que Zhao Jia pensó que todavía estaban en vida a pesar de no tener la cabeza. Las noticias de la decapitación de los Seis Príncipes de China doró el blasón de los verdugos del Ministerio de Justicia de la corte imperial de la gran dinastía Qing; pero como todo lo que pasa de boca en boca, las noticias se exageraron y hasta cambiaron cosas de lo que había sucedido de verdad en Caishikou ese día. Su Excelencia Tan Sitong, que venía de Liuyang, en la provincia Hubei, para sorpresa de todos se había levantado (sin cabeza) del suelo y le había propiciado un bofetón al encargado de supervisar la ejecución, Su Excelencia Gang Yi. La cabeza de Liu Guangdi se puso a recitar un poema mientras rodaba por el suelo. Todos los presentes pudieron escucharlo y lo encontraron bello.

Zhao Jia pensó todavía en esa ejecución que había hecho tanto ruido y se sintió tan satisfecho que le dio fuerzas para seguir adelante con el *lingchi* a Qian. Pero la ejecución de ese capitán sin grado del destacamento de Tianjin le había agotado hasta el punto de que no podía sostenerse sobre sus piernas, y a eso se le juntaba un fenómeno extraño que no comprendía: sus manos le quemaban por cualquier tontería.

El cuadrigésimo nonagésimo noveno corte fue para la nariz de Qian y así se realizó.

En ese momento, la boca de Qian solo expulsaba unos espumarajos de sangre, pero ya no emitía ningún sonido. El cuello, que hasta entonces se había mantenido rígido como el hierro, se cayó colgando del pecho como un flor de algodón.

Por último, Zhao Jia clavó el cuchillo en el corazón de Qian. Tras dar el corte salió una sangre negra y muy olorosa, como el caramelo líquido que se hace con el azúcar de cebada. El olor de la sangre le dio a Zhao Jia mucho asco. Y con el corazón clavado en la punta del cuchillo, cabizbajo y mirando sus pies, dijo:

—El quingentésimo corte; si Su Excelencia quiere venir a comprobarlo.

Capítulo décimo

Cumplir una promesa

I

La noche del octavo día de la duodécima luna del vigésimo segundo año sacrificial de la era del emperador Guangxu (1897) nevó abundantemente en Pekín.

Por la mañana, muy temprano, la capital amaneció cubierta de blanco y plata. Estaba envuelta de una capa de un blanco purísimo. Se oía el *talán, talán, tolón, tolón* de las campanas de todos los templos de Pekín. La primera cuchilla de la Gran Sala del Ministerio de Justicia, Zhao Jia, se dio media vuelta y siguió durmiendo en su *kang*, pero no tardó en levantarse. Con sus ropas de cada día, se dirigió al templo con un aprendiz, que había reclutado, para recoger su bol de gachas de arroz. Tomaron la calle despejada del Ministerio de Justicia y se juntaron con los mendigos y muertos de hambre que se mezclaban por la calle. Esa hora era un buen momento para los mendigos y los muertos de hambre de Pekín. Sus caras rojas, blancas, azules y negras tiritaban todas ellas de frío, pero sonreían a pesar del tiempo que hacía. La nieve que se había acumulado en la calle crujía bajo los pies de los mendigos y los muertos de hambre: crac, crac... El sol asomaba generoso entre las nubes grises de la mañana. La nieve blanca y el amanecer rojo formaban un paisaje bellissimo. Marchaban como las aguas de un río por la avenida de Xidan hasta el norte de Pekín, donde se concentraba la mayoría de templos de la capital. De los templos y otras casas salía humo de las chimeneas. Cuando se acercaron al *pailou* (la arcada) de Xisi, en donde se había vertido tanta sangre a lo largo de su historia, vieron los árboles de Shisiku. Los cuervos y las grullas que ahí estaban salieron volando.

El aprendiz de Zhao Jia era un joven muy espabilado, y los dos enfilaron hacia el

templo de Guangji junto con los mendigos. Todos caminaban como un regimiento de soldados en la calle, es decir, en filas y a un ritmo acompasado. Habían montado en un terreno baldío que estaba frente al templo una especie de caldera de hierro enorme donde repartían las gachas, y, debajo de la caldera, había madera para calentar el fuego. Ahí ardía efectivamente un fuego muy vivo que servía para calentar a los mendigos. Zhao Jia veía a esos pordioseros calentándose delante del fuego sin querer perder su lugar en la fila y pensaba que había una contradicción en ello: se acercaban en fila para calentarse y recoger sus gachas de arroz, pero el calor del fuego se iba hacia arriba, verticalmente. Nadie aprovechaba, en realidad, el calor del fuego. El vapor de la cazuela subía varios *zhang* de alto y no se deshacía —parecía, de hecho, uno de esos baldaquines que se ponen encima de los carruajes imperiales—. Había dos monjes de aspecto desaliñado y cara sucia removiendo con unas grandes palas de hierro las gachas pastosas. Zhao Jia oía el ruido desagradable de esas palas cuando tocaban el fondo metálico de la gran cazuela. Ese ruido provocaba tiricia en los dientes de la gente. Los hombres estaban de pie en la nieve y no paraban de mover los pies para calentarse. La nieve que quedaba bajo sus pies se transformaba en barro helado muy sucio. El olor de las gachas les llegaba con el vapor. En ese ambiente claro y frío, el tipo de cereales que cocían en esa cazuela no parecía ser lo más indicado para alimentar a alguien; pero para esos muertos de hambre, era algo excepcional. Zhao Jia veía la luz que desprendían los ojos de esos seres famélicos mientras esperaban con impaciencia su bol de gachas. Algunos mendigos no podían aguantar el frío y se acercaban, con su pinta de monos y con la cabeza metida en los hombros, al fuego, para calentarse y oler las gachas. Luego volvían a la fila como niños que deben respetar el orden en el patio de la escuela cuando pasan lista. Los mendigos repiqueteaban el suelo con sus pies y lo hacían aumentando la cadencia hasta el punto de que sus cuerpos también se agitaban.

Zhao Jia llevaba unos calcetines hechos con piel de perro y unas botas que le cubrían las pantorrillas hasta la rodilla. Por eso no sentía frío en los pies y no golpeaba el suelo para entrar en calor. Su cuerpo tampoco temblaba. Tampoco era un muerto de hambre y no sufría de malnutrición como los otros. Si se había puesto en la fila no era para alimentarse, sino para respetar una costumbre muy antigua del gremio de los verdugos que consistía en ir a tomar un bol de gachas con los mendigos. Su maestro, la abuela Yu, se lo había contado: durante todas las dinastías, los verdugos se dirigen cada octavo día de la duodécima luna al templo para tomar sus gachas de arroz, y ello se hace para mostrar a los ancestros de Buda que los verdugos, como la mendicidad de los mendigos, tienen una manera digna de ganarse la vida. No habían nacido unos asesinos: lo hacían para poder comer decentemente. Tomar esas gachas era, por lo tanto, una manera de compartir una identidad con las capas más humildes de la sociedad. Los verdugos de los calabozos, a pesar de poder comer carne y

galletas de maíz y sésamo cuando les viniese en gana, asistían cada año al reparto del bol de gachas junto al templo.

Zhao Jia pensaba que él era el que mejor sabía estar en las filas y el que se mostraba más compuesto de todos los que se habían reunido ahí, pero no era así. Enseguida vio que había, delante de unos mendigos a los que les temblaba la boca, alguien todavía más estable y sereno que la montaña de Taishan. Ese hombre llevaba un gorrito de fieltro y un atuendo largo, de esos abrigos almohadillados que cubren todo el cuerpo, y bajo el brazo sujetaba un petate de color azul oscuro. Era el típico funcionario de baja categoría que trabajaba en un *yamen* en la capital y que no tenía mucho tiempo libre. Esos funcionarios llevaban en el petate sus ropas y se cambiaban cuando entraban en el *yamen*. Zhao Jia no comprendía qué hacía ese hombre en medio de los mendigos. Ya podían ser muy pobres, pero esos funcionarios que venían de las provincias para trabajar en la capital podían al menos tocar lo que llaman «los gastos para el carbón cuando hace frío». Es decir, podían recibir ese subsidio mínimo que les permitía al menos comer decentemente por pobres que fuesen. El sueldo de un funcionario medio permitía comer unas buenas tortas de maíz y sésamo y unos *youtiao* [200](#). ¿Qué hacía ese hombre en la fila de los mendigos y los muertos de hambre que estaban en el templo para mendigar un bol de gachas? Zhao Jia quería verle la cara. Sabía que Pekín se había convertido en el lugar de refugio de muchos tigres y dragones; en ese gallinero que era la capital del imperio había mucha gente importante que se encontraba en una situación difícil. Ese funcionario de la fila era tal vez un héroe o un genio que se estaba escondiendo de algo o de alguien. Los inmortales [201](#) no se muestran, y sí que lo hacen quienes no lo son. El emperador Tongzhi [202](#) de la gran dinastía Qing tenía tres palacios y seis grandes patios que nunca utilizaba. Le servían platos exquisitos en las salas de su palacio y no probaba bocado. Lo que le gustaba al emperador era ir hasta Tianqiao —el Puente del Cielo—, en el sur de Pekín, y beber leche de soja. Ese hombre que estaba en la fila, ¿quién podía decirle que no era el emperador mismo? O ¿qué le empujaba a ese hombre elegante a meterse en esa fila con los pordioseros? Tras pensarlo, se quedó en su sitio y no se desplazó hasta donde estaba el funcionario. El olor de las gachas cociéndose en la cazuela se hacía cada vez más presente, y los mendigos aceleraban inconscientemente el paso para acercarse al fuego. El espacio entre los mendigos se hacía cada vez más corto. Zhao Jia se había acercado sin quererlo al funcionario que vestía elegantemente. Si el funcionario hubiese girado un poco la cabeza para un lado, Zhao Jia le habría visto, al menos, la mitad de la cara. Pero no, el hombre seguía recto como un palo y mirando al frente. Zhao Jia solo podía ver la larguísima coleta, trenzada y negrísima, que le colgaba por la espalda, además de la parte trasera del abrigo almohadillado ahora chiscado por el barro y la nieve. Zhao Jia veía las dos orejas del funcionario —que eran unas orejas generosas, carnosas, de las que colgaba

hielo, y dentro del hielo había un agua amarilla—. El momento que tanto esperaba la gente llegó. Las gachas estaban ya listas y empezaron a distribuirlas. A los lados de la fila habían puesto lo que normalmente se llama ropa de cama, por la que habían galopado caballos o mulas, y por ahí pasaba el pequeño pueblo, algunos de ellos con cestas para recoger las gachas y dárselas a sus parientes. A medida que los mendigos que formaban la cola se acercaban a la cazuela, el olor de las gachas se hacía más fuerte. Zhao Jia oía el ruido que les hacían las tripas a los mendigos. Los que ya habían recogido su bol de gachas se habían sentado a un lado del terreno, o se lo comían apoyados en los muros del templo y haciendo mucho ruido. Las manos de esos mendigos que sujetaban el bol estaban negras como el tizón. Había junto a la gran cazuela un par de monjes que, de pie, servían pacientemente las gachas con unas enormes cucharas metálicas. Las gachas iban de la cazuela hasta caer sobre los boles. ¡Plof!, y como no podía ser de otra manera, se derramaba siempre algo de las gachas por los bordes y caía al suelo. Los perros esqueléticos enfermos que por ahí andaban se precipitaban para zamparse esos restos ya mezclados con el barro y la nieve. Los mendigos de las filas los echaban a patadas. Zhao Jia vio cómo el funcionario sacaba de su manga un pequeño bol y se lo daba a uno de los monjes, el cual, sorprendido, lo cogió. Los mendigos de esas filas rivalizaban en realidad con el tamaño de los boles: cuanto más grande, mejor. E incluso tenían platos. El bol del funcionario llamaba la atención. El monje metió el cucharón en la cazuela, sacó con mucho cuidado un puñado y lo metió en el bol. Unas pocas gachas fueron suficientes para llenar el bol del funcionario. Este lo sujetó con las dos manos mientras apretaba con fuerza el petate bajo uno de sus brazos, inclinó la cabeza en signo de agradecimiento y se fue caminando hacia un lado del templo. Ahí se remangó la chaqueta y empezó a dar sorbos a su bol. Zhao Jia creyó reconocer en ese hombre elegante a uno de los jefes de la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Zhao Jia ya había visto esa cara alargada en alguna parte, pero no se acordaba de su nombre. No pudo contenerse y suspiró. Si trabajaba en realidad para uno de los Seis Ministerios como uno de sus jefes, ese funcionario había debido pasar sus exámenes imperiales y haber obtenido el título de *jinshi*. Sin embargo ahí estaba, como un mendigo, paupérrimo, miserable, pasando frío y calentándose con un bol de gachas de arroz. Qué extraño, pensaba Zhao Jia. El verdugo había pasado muchos años en el *yamen* de la capital y sabía que los funcionarios trapicheaban con todo el mundo con el fin de enriquecerse. Sabía que muchos habían entrado en el palacio imperial gracias a algún enchufe familiar o porque les debían algún favor. Ese hombre que estaba tomando sus gachas debía de ser uno de los pocos hombres íntegros, uno de los pocos sabios auténticos, según Confucio, que había en la capital.

A Zhao Jia y su aprendiz les llegó su turno, cogieron el bol una vez lleno y se pusieron a un lado para tomárselo con mucha parsimonia. Pero Zhao Jia no le quitaba

el ojo al funcionario. El hombre sujetaba con firmeza el bol de porcelana con motivos azules, y lo hacía, por supuesto, para calentarse. Alrededor, los mendigos y los pordioseros comían haciendo mucho ruido con la boca. El funcionario era el único que no hacía ruido. Cuando acabó de tomar las gachas, se limpió la cara con las mangas de la chaqueta y metió el bol en una de ellas. Nadie podía saber por qué lo había hecho, pero Zhao Jia lo adivinó al instante. El funcionario lo había metido para limpiarlo. Una vez dentro de la manga, el hombre enfiló el camino que conducía hacia el sureste de Pekín.

Zhao Jia y su aprendiz le agarraron la cola al funcionario, es decir, siguieron los pasos y tomaron el mismo camino que él. Las piernas de ese hombre eran muy largas, y, más que pasos, daba zancadas. Parecía un caballo que avanzaba trotando. Zhao Jia y el aprendiz corrían detrás de él para no perderlo de vista. ¿Por qué lo seguían? Zhao Jia no lo sabía, pero lo seguía. Al girar por la cantina de las marmitas, el funcionario quiso doblar por una callejuela estrecha de un *hutong*, pero dio un traspié y cayó al suelo. El petate azul también cayó al suelo y se abrió a lo lejos. Zhao Jia se asustó y quiso adelantarse para ayudarlo, pero le entró miedo. Pensó que eso le iba a traer problemas. Se quedó parado, mirando de lejos como si nada hubiese sucedido. El hombre se había quedado tendido en el suelo y parecía que no podía levantarse. Lo intentó, se levantó, pero al cabo de unos pocos pasos, volvió a caer al suelo. Zhao Jia se dio cuenta de que ese hombre estaba gravemente herido. Le dio el gran bol que llevaba bajo el brazo al aprendiz y se fue a socorrer al funcionario. Se fijó en la cara sudada de ese hombre y, servicial, le preguntó:

—Vuestra Excelencia, ¿se ha hecho daño?

El hombre no dijo nada y se limitó a levantarse apoyándose en los hombros de Zhao Jia. Su rostro estaba deformado por el dolor.

—Vuestra Excelencia, parece ser que se ha hecho mucho daño.

—Pero ¿tú quién eres? —preguntó el hombre con cara de zorro.

—Vuestra Excelencia, este humilde servidor que le habla es un empleado de la Gran Sala del Ministerio de Justicia.

—¿De la Gran Sala del Ministerio de Justicia? —preguntó el hombre—. Si trabajas en el Ministerio de Justicia, ¿cómo es posible que no te conozca?

—Vuestra Excelencia no conoce a este humilde servidor, pero este humilde servidor sí que conoce a Vuestra Excelencia —respondió Zhao Jia—; es usted quien da las órdenes y yo el que las cumple.

El funcionario dio con dificultad unos pasos pero tuvo que sentarse de nuevo en la nieve que había en el suelo.

—Mis piernas no pueden caminar —dijo—. Si me quieres ayudar, ve a buscar una carreta y me llevas a casa.

II

Zhao Jia trajo una carreta cargada de carbón y tirada por un mulo, cogió al hombre y lo puso encima, y luego lo llevó a un pequeño templo en ruinas que quedaba más allá de la Puerta de Xizhi. En el patio del templo había un joven que parecía de constitución frágil. Estaba practicando encima de la nieve un tipo de artes marciales. Con el frío que hacía, ese joven estaba sudando y apenas le cubría una blusa fina. Zhao Jia le cogió del brazo al hombre y le ayudó a entrar en el patio. El joven corrió hacia delante y le llamó padre con los ojos llenos de lágrimas. No había en el templo ninguna hoguera, y el viento había roto los papeles que tapaban las ventanas y entraba por todas partes. Las grietas de los muros estaban llenas de algodones que los tapaban. Sobre el *kang* había una mujer tendida que temblaba de frío. El rostro de la mujer estaba amarillo y su cabello, lleno de borlas de algodón. Al verla así, uno hubiera pensado que era una anciana. Zhao Jia y el joven pusieron a Su Excelencia sobre el *kang*. Zhao Jia saludó respetuosamente y se dispuso a dejar la habitación.

—Me apellido Liu, y mi nombre es Guangdi. Recibí mi grado de *jinshi* durante la octava rama del décimo tronco celeste (año de Guiwei) de la era del emperador Guangxu (1883). Hace ya muchos años que soy el jefe de la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Esta es mi mujer y este es mi hijo. Somos muy pobres. A la abuela le hará gracia todo esto —dijo con un tono de voz amigable.

—¡Ah, Su Excelencia, me ha reconocido! —exclamó ruborizado Zhao Jia.

—En realidad los dos hacemos básicamente el mismo trabajo: servimos a nuestro país y a Su Majestad. Pero tu trabajo es más importante que el mío —suspiró Liu

Guangdi—. Podrá haber más o menos jefes en el Ministerio de Justicia; la máquina, no obstante, continuaría sin ningún problema. Pero si falta la abuela Zhao, o gente como tú, nada tiene sentido. El Ministerio de Justicia no puede llamarse Ministerio de Justicia. La gran dinastía Qing puede tener mil leyes, pero si al final no hay nadie que meta la cuchilla, como tú, estas no sirven de nada.

Zhao Jia se arrodilló al suelo y dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Vuestra Excelencia Liu, sus palabras conmueven a este humilde servidor. Para la gente, nosotros valemos menos que los cerdos y los perros. Usted, en cambio, nos pone en un altar...

—Levántate, levántate, mi querido Zhao —dijo Liu Guangdi—. Hoy ya no te retengo más, pero otro día tomaremos algo juntos. —Y haciendo un gesto con la mano, le pidió a su hijo, Pu, que acompañase a la abuela Zhao hasta la puerta.

Zhao Jia se apresuró a decir:

—Pero... ¿cómo podría yo importunar a su hijo de esta manera?...

El joven sonrió y le hizo un gesto con las dos manos, indicándole que estaba a su disposición. Esa amabilidad dejó una huella imborrable en la cabeza de Zhao Jia.

III

El primer día de la primera luna del vigésimo tercer año del emperador Guangxu (1898), Liu Guangdi, vestido con sus ropas de oficial del gobierno de la gran dinastía Qing y con un gran paquete de papel manchado de aceite en las manos, entró en el ala oriental del Ministerio, justo ahí donde residen los verdugos. Los verdugos estaban tumbados sobre la plataforma del *kang* y ahí bebían y comían celebrando el Año Nuevo. Se asustaron nada más ver entrar a Liu Guangdi en la habitación. Zhao Jia saltó del *kang* con los pies desnudos y se puso de rodillas:

—¡Feliciten el Nuevo Año a Su Excelencia y salúdenle con una reverencia!

Los otros verdugos bajaron del *kang* y se arrodillaron tal y como se lo había pedido Zhao Jia.

—¡Reciba nuestros respetos, Vuestra Excelencia, y le deseamos un buen año!

Liu Guangdi les dijo:

—¡Levantaos, todos, rápido, levantaos! El suelo está demasiado frío..., subid al *kang*.

Los verdugos se pusieron de pie con los brazos colgando, pero nadie se atrevió a echarse en el *kang*.

—Hoy estoy de servicio y puedo unirme a vuestra jarana —dijo Liu Guangdi mientras sacaba del paquete un trozo de carne en conserva que había sido hervida previamente y un botellín de aguardiente, y luego añadió—: Esta carne la he preparado yo mismo, y el aguardiente me lo ha dado un amigo. Probadlo...

—¿Cómo podría atreverme yo a degustar este banquete junto a Vuestra

Excelencia? Este humilde servidor... —dijo Zhao Jia.

—Hoy es Año Nuevo; no debes hablar así —respondió Liu Guangdi.

—Vuestra Excelencia, de veras que este humilde servidor no se atreve... —replicó Zhao Jia.

—Querido Zhao, ¿pasa algo? —preguntó Li Guangdi, sacándose el gorro y el abrigo —. Todos trabajamos en el mismo *yamen*, ¿a qué vienen tantos escrúpulos?

Los verdugos miraron a Zhao Jia, y este dijo:

—Puesto que Su Excelencia insiste, las órdenes siempre valen más que los ritos. Empecemos, pues...

Liu Guangdi se sacó las botas Wellington, se subió al *kang*, estiró las piernas y dijo:

—Vuestro *kang* está bien caliente...

Los verdugos se pusieron a reír como tontos.

—¿Debo yo subiros al *kang* o qué?

—Subid, subid al *kang* —dijo Zhao Jia —, que Su Excelencia no se moleste...

Se subieron al *kang* más mal que bien, apretujados los unos contra los otros, las piernas y los brazos contraídos, y con una sonrisa de circunstancias. Zhao Jia levantó la copa, que ya había llenado, y dijo:

—¡Vuestra Excelencia, este humilde servidor brinda por su bonanza!

Liu Guangdi extendió el brazo con la copa y luego le dio un trago. Limpiándose los labios, dijo:

—Este aguardiente es excelente. ¡Bebed todos!

Zhao Jia ya había bebido un tazón y sintió que la cabeza se le calentaba y empezaba a darle vueltas.

Liu Guangdi levantó otra copa y dijo:

—Querido Zhao, la última vez que nos vimos me llevaste a casa. Te debo algo... ¡Llena el tazón y bebamos juntos!

Los verdugos, muy excitados, brindaron juntos. De los ojos de Zhao Jia caían tantas lágrimas que hubieran podido formar un río.

—Su Excelencia Liu —dijo Zhao Jia—, desde que Pangu abrió el Cielo y los Tres Soberanos y los Cinco Emperadores reinaban en esta tierra, hasta el día de hoy [203](#), en esta tierra no se ha visto nunca que un *daren* como Vuestra Excelencia celebre el Año Nuevo con los verdugos de palacio... Y nosotros estamos aquí, ¡el *daren* Liu y nosotros brindando juntos!

Los verdugos se pusieron de rodillas sobre el *kang*, levantaron el tazón y brindaron por Liu Guangdi.

Liu Guangdi y los verdugos hicieron colisionar sus tazones; sus ojos brillaban.

—Compañeros, constato que sois buena gente, auténticos miembros de la etnia Han, que obedecéis los designios del Cielo. Se necesita mucho valor para hacer lo que

vosotros hacéis —dijo Liu Guangdi—. ¡Echémosle ahora más valor y bebamos juntos!

Cuando en sus barrigas yacían ya varios tazones de aguardiente, los verdugos se habían avivado de manera considerable. Se sentían cada vez más despiertos y ya no notaban el peso de sus cuerpos, sus manos y sus piernas. Llenaban una y otra vez el tazón de Liu Guangdi, bebían como esponjas y comían como demonios. Liu Guangdi dejó a un lado los buenos modales y se olvidó del cargo que ocupaba. Cogió la espalda del cerdo y se la llevó a la boca para comérsela a bocados; y les brillaban a todos sus dos mejillas de lo a gusto que estaban comiendo.

Cuando acabaron de comer la carne y beber el aguardiente, todos estaban casi borrachos. Liu Guangdi no paraba de llorar. Zhao Jia sonreía de manera cálida. La gran tía desvariaba y no paraba de decir tonterías, la segunda tía roncaba con los ojos abiertos como platos, y la tercera tía tenía la lengua dura y decía cosas que nadie entendía.

Liu Guangdi bajó del *kang* y dijo:

—¡Ah, qué manera de soltarse, sí, qué manera!

Zhao Jia ayudó a Liu Guangdi a ponerse las botas Wellington. Las tías le ayudaron a ponerse la chaqueta larga y el gorro. Con la ayuda de los verdugos, Liu Guangdi atravesó la habitación donde estaban los instrumentos de tortura. Si no fuera por la ayuda de los verdugos, se habría caído al suelo al cabo de dos pasos. Cuando vio al «gran general», de cuyo puño colgaba un lazo rojo, preguntó de golpe:

—Eh, abuela Zhao, ese espadón, ¿cuántas cabezas con el gorrito rojo ha cortado?

—Este humilde servidor —repuso Zhao Jia— ya ha perdido la cuenta...

Liu Guangdi señaló con el dedo el robín que había en la lámina y dijo:

—Esa espada no está bien afilada.

Y Zhao Jia le contestó:

—Su Excelencia, la sangre humana es lo más nocivo que hay para la lámina de una espada. Nos vemos obligados a afilar la lámina antes de cada ejecución.

Liu Guangdi sonrió y dijo:

—Abuela Zhao, nosotros somos viejos amigos, o al menos así lo considero yo.

—Si algún día me toca caer en vuestras manos, espero que afiléis bien esta lámina.

—Su Excelencia... —dijo Zhao Jia algo avergonzado—, usted es una persona íntegra y de una conducta intachable, un ser de alta moralidad...

—A las personas íntegras y de una conducta intachable las matan, y a los seres de alta moralidad les cortan en pedazos hasta matarlos —suspiró Liu Guangdi—. Abuela Zhao, que nos quede claro a todos lo que te acabo de decir.

—Su Excelencia...

Liu Guangdi se alejó tambaleándose de un lado a otro y tomó finalmente la puerta de la residencia del lado este. Los verdugos no paraban de llorar mientras veían

desparecer a lo lejos la sombra del alto oficial de la dinastía Qing.

IV

En medio de la profunda tristeza que desprendía la llamada de las doce trompetas, los Seis Príncipes de China, bajo el Cielo de la undécima rama del quinto tronco celeste (septiembre de 1898), salieron de la carreta de los condenados acompañados de doce esbirros del Ministerio de Justicia y subieron por las escalerillas que conducían a la tarima, alta de medio *chi*, donde iban a ser ejecutados.

La tarima había sido cubierta por una tela de fieltro roja, y a los lados habían puesto tierra amarilla. Este entorno debía consolar progresivamente a la primera cuchilla de la Gran Sala del Ministerio de Justicia, la abuela Zhao Jia, la cual subió a la tarima con su discípulo justo detrás de los Seis Príncipes. Las trompetas no dejaban de resonar y lo hacían con más intensidad y más tristeza. El sudor corría por las mejillas de los trompetistas. Sus mejillas parecían dos pelotas de piel. Zhao Jia pudo constatar que la expresión de los hombres que caminaban en fila no era igual. Tan Sitong miraba el cielo azul con la barbilla hacia arriba. Había en su tez oscura y delgada algo de solemne y trágico. El joven Lin Xu parecía nervioso. Tenía la carita blanca como si ya no le quedase una gota de sangre en el cuerpo. Sus labios finos y pálidos no paraban de temblar. El fortachón Yang Shenxiu tenía la cara caída por un lado. De su boca torcida salía un hilito de baba. El bello y elegante Kang Guangren, que por lo general tenía una cara risueña, gimoteaba como un niño y se secaba las lágrimas con las mangas. El chaparro y lleno de vigor Yang Rui, con sus ojitos negros, miraba por todas partes, arriba y debajo de la tarima como si buscase a algún conocido entre los presentes. Y luego estaba el venerable Liu Guangdi, que miraba al

suelo, ponía cara de estar por encima de todo, de persona respetable y digna, y lanzaba un sonido parecido a un murmullo.

El mediodía había llegado. Detrás de la tarima se elevaba un poste de madera para medir la posición del sol. Esa especie de reloj de sol proyectaba una sombra vertical que indicaba que era mediodía. Hacía un día espléndido de otoño con un cielo azulísimo y un sol muy brillante. El color rojo lo llenaba todo: la tela de fieltro que cubría el estrado donde se iba a producir la ejecución era roja, la capa de los supervisores de la ejecución era roja, los gorritos de los oficiales eran rojos, las banderolas y las sombrillas de los soldados eran rojas, las cuerdecitas que colgaban de los gorros de los nobles también eran rojas, el mango del «gran general» era de seda roja..., y todo ello relucía con una extrema belleza, como una explosión violenta de llamas y chispas. A ello se le unía la banda de palomas que con sus alas blancas se habían instalado en el campo de ejecución y no paraban de arrullar y moverse de un lado a otro. Varios miles de espectadores se habían juntado en el campo de ejecución. Los soldados habían empujado a los espectadores a cien pasos de la tarima. Todos ellos estiraban el cuello y abrían los ojos para ver lo que sucedía sobre el estrado. Estaban apretujados, y se mostraban muy entusiasmados, con un ay en el corazón, o simplemente asustados.

Zhao Jia esperaba la orden del jefe encargado de supervisar la ejecución. Al acabar la ejecución, regresaría a casa inmediatamente. La cara conmovedora de los Seis Príncipes le incomodaba. A pesar de tener la cara cubierta con una espesa capa de sangre de gallo, que era finalmente como una máscara, Zhao Jia se sentía nervioso e incluso sentía vergüenza, como si los espectadores le estuviesen viendo desnudo. En su larga carrera como verdugo, era la primera vez que perdía instinto asesino e indiferencia. Por lo general, cuando subía a la tarima con sus hábitos rojos encima y la sangre de gallo en la cara, su corazón se enfriaba como una piedra negra que cae al fondo de un estanque. Una vez sobre las tablas, se ponía en trance y su corazón dormía en el interior de su cuerpo como esa piedra fría caída en un abismo. El verdugo se convertía en una máquina de matar sin sentimientos ni calor humano. Después de la ejecución, cuando se limpiaba la cara, Zhao Jia no sentía que había matado a un ser humano, y le quedaba un recuerdo borroso de lo que había vivido, mitad sueño, mitad realidad. Pero ese día, la máscara hecha de sangre de gallo era como la pintura de un muro que se desconcha por el efecto de una lluvia fina pero persistente. El alma que se había escondido en la piedra deseaba salir y manifestarse. Sentimientos como la compasión, el terror o incluso la misericordia pasaban por su cabeza como un riachuelo que se abre camino, como el agua de las olas que sale violentamente por las rocas del arrecife. Sabía que si quería ser un excelente verdugo, ese tipo de sentimientos no iban a serle de ninguna ayuda. Si la indiferencia es un sentimiento, este era el único que podía permitirse en su oficio. El resto podía destruir

su reputación. Zhao Jia no se atrevía, sin embargo, a mirarles a la cara a esos Seis Príncipes de China. Sobre todo, al antiguo jefe del Ministerio de Justicia, el extraño personaje que le había profesado un compañerismo auténtico, el *daren* Liu Guangdi. Si por un momento su mirada se cruzaba con la de él, esos ojos llenos de ira le habrían provocado sudor en las manos a Zhao Jia, además de un sudor frío que impediría una buena ejecución. Zhao Jia miraba hacia el cielo y fijaba su mirada en las palomas que revoloteaban sin parar en el aire. Esa espiral de pájaros y el movimiento de sus alas le mantenían distraído. En la parte baja de la tarima estaba sentado el jefe encargado de supervisar la ejecución, Su Excelencia Gang Yi [204](#), el vicepresidente del ala izquierda del Ministerio de Justicia. A Su Excelencia Gang Yi le cegaba la luz del sol y parpadeaba con insistencia. Luego miró de refilón a los Seis Príncipes y gritó con una voz temblorosa:

—¡Ha llegado ya la hora..., que los condenados se prosternen y golpeen el suelo con la cabeza para dar gracias a los actos generosos del Cielo!

Zhao Jia, como movido por una orden imperial de perdón, se giró y cogió con sus manos al espadón al que llamaban «el gran general», el cual servía para decapitar a los oficiales que estaban por encima del cuarto nivel de la jerarquía imperial. Para el respetado y querido Liu Guangdi, Zhao Jia había pasado la noche entera afilando la cuchilla del sable. El «gran general» podía cortar un pelo de lo afilada que había quedado. Zhao Jia se sirvió de sus ropas para secarse las manos, cogió el sable con su mano derecha y se lo metió en el cinturón que le cruzaba por el pecho.

Entre los Seis Príncipes, unos gimoteaban y otros suspiraban.

Zhao Jia dijo educadamente:

—Les pido a Vuestras Excelencias que se coloquen.

Tan Sitong lanzó un grito desgarrador:

—Tengo el corazón para matar a los ladrones, pero carezco del poder necesario para cambiar los designios del Cielo. Si tenéis que matarme, ¡hacedlo rápido! — Después de decir esas palabras, tosió con fuerza. Y lo hizo con tanta fuerza que su rostro parecía papel dorado, y sus ojos se inyectaron de sangre. Fue el primero en arrodillarse y pegó en el suelo las dos manos. Estiró el cuello, y la coleta se le quedó colgada a un lado.

Lin, los dos Yang y Kang hicieron lo mismo que Tan Sitong, y, como él, estaban hundidos. Lin Xu lloraba como una joven esposa que ha sufrido una afrenta. Kang Guangren lloraba y lloraba, y mientras lo hacía, golpeaba la tarima con la palma de sus manos. Yang Shenxiu tenía pegadas las manos al suelo y con sus ojos miraba a todas partes. Nadie podía saber lo que pasaba en esos momentos por su cabeza. Solo el *daren* Liu Guangdi seguía de pie, ya que no consentía estar arrodillado. Zhao Jia, mirando las botas de Liu Guangdi, le pidió:

—Vuestra Excelencia..., le ruego que se coloque...

Liu Guangdi entornó los ojos y miró a Gang Yi, el encargado de controlar la ejecución, que estaba sentado en el otro lado del estrado. Y con una voz granulosa, gritó:

—¿Me va a matar sin ni siquiera preguntarme nada?

Gang Yi, a los pies de la tarima, no se atrevía a mirar a los ojos a Liu Guangdi, y giró rápidamente su cara ennegrecida.

—Pero ¿por qué me ejecuta sin hacerme preguntas? ¿No existe la ley en este país? —continuó preguntando con más intensidad Liu Guangdi.

—Este oficial solo obedece órdenes. Todo lo demás, lo ignora. Lo único que le pido, hermano Peicun, es que se muestre comprensivo y facilite las cosas... —dijo Gang Yi abochornado.

Yan Rui, que se encontraba de rodillas delante de Liu Guangdi, estiró los brazos para sacarlos de las mangas y le dijo:

—Peicun, Peicun, después de lo que ha sucedido, ¿de qué sirve ahora ese orgullo? ¡Arrodíllate y acata las órdenes del emperador!

—¡Por la gran dinastía Qing! —gritó Liu Guangdi mientras se arremangaba sus ropas y se postraba, de rodillas, sobre las tablas de la tarima.

A los pies de la tarima, el encargado de la organización [205](#), que estaba de pie, justo detrás del jefe de la supervisión de la ejecución, anunció:

—¡Que se den las gracias a Sus Majestades los emperadores por sus actos generosos!

Entre los Seis Príncipes de China, Lin, los dos Yang y Kang realizaron con la cabeza aturdida el rito de los tres arrodillamientos y los nueve golpes con la cabeza. Pero Liu Guangdi y Tan Sitong estiraron el cuello y no golpearon el suelo con la cabeza.

El encargado de la organización volvió a anunciar a grito pelado:

—¡Que los condenados den las gracias a Sus Majestades los emperadores por sus actos generosos!

Esta vez, los seis cumplieron con el rito de los golpes en el suelo. Tan Sitong golpeó el suelo con la cabeza como si esta fuera una cabeza de ajos, y entre lamentos, vociferó:

—¡Su Majestad el emperador, ah, Su Majestad el emperador! ¡Nos ha faltado poco para conseguirlo!...

Liu Guangdi golpeaba con fuerza el estrado y este resonaba. Lloraba desconsoladamente, y los lagrimones caían por sus mejillas moradas.

El jefe y supervisor de la ejecución, Gang Yi, fuera de sus casillas, ordenó:

—¡Que los ejecuten!

Zhao Jia se inclinó haciendo una reverencia ante los Seis Príncipes y les susurró:

—Voy a hacerles regresar, a Vuestras Excelencias, al lugar que les pertenece...

Luego respiró hondo y evitó caer en pensamientos y sentimientos personales, y concentró todos sus pensamientos y todas sus energías en los puños de sus dos manos. Pensó que el sable y la persona que lo llevan debían fundirse y actuar como si fueran lo mismo. Dio un paso hacia delante y extendió el brazo izquierdo para asir la coleta de Liu Guangdi y sacar su cabeza todo lo que le era posible. El cuello no podía estar ya más tenso. Sacando provecho a sus muchos años de experiencia, vio a primera vista la coyuntura del cuello donde entraría la lámina sin encontrar ningún obstáculo. Se puso en el lado derecho y en la misma horizontal que el cuerpo de Liu Guangdi para que la espada cayera transversalmente sobre el cuello. Pero cuando se disponía, ya con el sable levantado, a cortarle el cuello, Zhao Jia oyó una voz que salía del público:

—¡Padre!...

Vio la figura delgada de un joven con el cabello desordenado que se abría paso entre la multitud y avanzaba hacia delante. Zhao Jia tenía ya prácticamente la cuchilla del sable sobre el cuello de Liu cuando oyó ese grito desgarrador y levantó el sable de inmediato. Zhao Jia ya estaba oliendo en la lámina del «gran general» la sangre fresca de Liu Guangdi. A ese joven que tropezaba a cada paso lo había visto hacía varios años en el pequeño templo que estaba más allá de la Puerta de Xizhi. Era Liu Pu, el hijo de Su Excelencia Liu Guangdi. La dignidad de la profesión de Zhao Jia sufrió un golpe bajo e inesperado. Zhao Jia no había sentido nada parecido en todos los años que había ejercido su carrera de verdugo, tal vez porque se había protegido mentalmente contra ello. Los pensamientos y las emociones fluían ahora de su cabeza como aguas desbordadas, aguas que han estado mucho tiempo retenidas detrás de un dique; pero ese dique se había hecho añicos con el grito del joven Liu Pu. Los soldados se despertaron de golpe, y se lanzaron con sus fusiles ornados con una borla roja hacia el joven con el fin de pararle los pies. Su Excelencia Gang Yi, el supervisor de la ejecución, se levantó de su asiento y, con una voz estridente, gritó: «¡Detenedlo, detenedlo...!». Los miembros de la guardia que estaban detrás de Gang Yi cogieron sus bayonetas, se precipitaron hacia el joven y apuntaron al cuerpo de Liu Pu. Este ya se había arrodillado ante Gang Yi y golpeaba el suelo con la cabeza. Los soldados, al verlo postrado, no pudieron hacer nada. No podían creer lo que sus ojos estaban viendo. Ese joven, que tenía una cara delgada y bella, estaba llorando a lágrima viva, y con la cara llena de arena amarilla, a los pies del mismísimo Gang Yi.

—Vuestra Excelencia —suplicaba Liu Pu—, indulte a mi padre y ejecúteme a mí, este humilde servidor, en su lugar... Se lo ruego...

Liu Guangdi levantó la cabeza y gritó entre sollozos:

—¡Liu Pu, hijo, eres un estúpido!...

Liu Pu dio unos pasos y se acercó a su padre, en la tarima, y, sollozando, le dijo:

—Padre, deja que tu hijo muera por ti...

—Hijo mío... —suspiró Liu Guangdi, con la cara extenuada por el dolor—, cuando muera, no aceptes ningún dinero de nadie, ni de familiares ni de amigos, ni te molestes en recolectarlo. Tampoco es necesario que me embadurnes en cerveza. Llévame al campo y ahí haces mi tumba. Después coges a tu madre y regresáis a Sichuan, y por nada del mundo te quedas en la capital. Hijo mío, ponte a estudiar y comprenderás todo lo que ha sucedido; pero no intentes pasar los exámenes oficiales para ser un funcionario. Esta es mi última voluntad. Vete, rápido, y no te quedas aquí provocando más bulla. —Después de decir estas palabras, giró su cuello, clavó la mirada en Zhao Jia y le dijo —: Y tú, honra ahora nuestra amistad y haz tu trabajo lo mejor posible.

A Zhao Jia le picaban los ojos y estaba a punto de llorar.

—Vuestra Excelencia puede estar tranquila.

Liu Pu seguía llorando a mares y, arrodillado ante Gang Yi, le imploró:

—Vuestra Excelencia, Vuestra Excelencia..., ejecúteme a mí en lugar de a mi padre...

Gang Yi se remangó y, mirándole la cara al joven Liu Pu, gritó:

—¡Que se lo lleven de aquí!

Unos guardianes agarraron a Liu Guangdi, cuya cara estaba más negra que el origen del Universo y su caos primordial.

—¡Que los ejecuten de una vez! —ordenó Gang Yi a los verdugos.

Zhao Jia volvió a coger la coleta de Liu Guangdi y susurró:

—Vuestra Excelencia, esta vez va en serio.

Luego, con la velocidad de un rayo, le cortó la cabeza, y esta rodó por el suelo. Zhao Jia la recogió y su primera impresión fue que pesaba muchísimo. Era, en realidad, la cabeza más pesada que había cortado en toda su carrera. Zhao Jia tenía tanto la mano que sujetaba al espadón como la que sujetaba el cráneo igual de doloridas. Alzó la cabeza y, mirando de frente al supervisor de la ejecución, gritó:

—¡Si Su Excelencia desea comprobarlo...!

Gang Yi echó un vistazo a la tarima pero retiró al instante la mirada.

Zhao Jia, como era la costumbre en ese tipo de ejecuciones, levantó la cabeza del decapitado y se la mostró a los que estaban en la parte baja de la tarima. A estos se les puso la cara de todos los colores. Hubo incluso quienes se pusieron a llorar y a gritar. Liu Pu se desmayó y cayó al suelo. Zhao Jia se dio cuenta de que la cabeza de Liu Guangdi tenía los ojos abiertos y llenos de rabia, las cejas erizadas, y le rechinaban los dientes, *screeeeeeehhh...* Zhao Jia creyó que el cerebro de Liu Guangdi seguía funcionando como antes, y sus ojos le estaban viendo. El brazo derecho de Zhao Jia, que levantaba la cabeza de Liu Guangdi, ya no podía más. A Zhao Jia le dolía mucho; y la larga coleta negra le parecía una anguila viscosa y resbaladiza que luchaba por escaparse de la mano llena de sudor y sangre de Zhao Jia. Vio que los ojos de Liu

Guangdi derramaban unas lágrimas. Luego la luz de los ojos empezó a apagarse, como una llama a la que se le ha echado agua. Los ojos de Liu Guangdi perdieron finalmente la luz que tenían.

Zhao Jia soltó la cabeza de Liu Guangdi y vio que, una vez muerto, la cara de ese pobre hombre había recobrado la serenidad. Y ello le llenó de consuelo. Para sus adentros, Zhao Jia empezó a decirse: Vuestra Excelencia, he hecho mi trabajo lo mejor posible, no le he hecho sufrir y no he querido dañar nuestra amistad.

Poco después, su aprendiz le dio de nuevo la espada y Zhao Jia les cortó la cabeza a Tan, Lin, Yang, Yang y Kang. Se sirvió de un virtuosismo pocas veces visto en un campo de ejecución, como si hubiese querido darles un último homenaje a los Seis Príncipes de China.

Después de esa ejecución, que hizo temblar los cimientos del Cielo, en la capital todo el mundo se puso a hablar sin parar de lo que había sucedido. La gente comentó sobre todo dos aspectos de esa ejecución. Lo primero que les llamó la atención fue el alto grado de maestría del que hizo gala Zhao Jia en la decapitación. Y el segundo fue la actitud, tan dispar los unos de los otros, de los seis condenados ante la muerte. Hubo quienes vieron llorar a Liu Guangdi, y también le oyeron gritar al emperador. Hubo quienes oyeron recitar a la cabeza, ya separada del cuerpo, de Tan Sitong un *jueju* [206](#) de siete sílabas...

Esos cotilleos en los que la mitad era por lo general algo inventado dieron a Zhao Jia mucha fama. Pero tuvo, sobre todo, otro efecto inesperado: esta antigua e indigna profesión fue vista por primera vez como una profesión respetable e importante. La gente empezó a verlo así. Esos cotilleos también llegaron, cual vientecillo que sopla ligeramente, a la corte imperial; y llegaron a los oídos de Su Majestad la emperatriz Cixi. Todo ello le abrió el camino —un camino, a partir de ese momento, ancho y lleno de honor y gloria— al verdugo Zhao Jia.

Capítulo undécimo

Las pistolas de oro

I

Para recibir a Yuan Shikai, el vicepresidente del Ministerio de la Guerra y comisionado y responsable de los asuntos judiciales de Zhili [207](#), que venía a la capital para ofrecer sus dádivas y presentar sus respetos a Su Majestad la emperatriz Cixi, la cual acababa de recuperar la regencia [208](#), la guardia de Xiaozhan, en Tianjin, y sus más altos oficiales, con la caballería y su infantería, llegaron, muy temprano, al embarcadero de la orilla norte del río Hai.

Esos eran los altos oficiales, todos ellos muy jóvenes, que se habían reunido para darle la bienvenida a Yuan Shikai. Entre ellos estaban los que iban a ser los líderes futuros de la China republicana; estaba el que sería el vicepresidente de los asuntos militares y del personal, y consejero del presidente de la República de China, Xu Shichang; el vicepresidente de los asuntos militares y superintendente, Feng Guozhang; el oficial al que se le conocía públicamente como «el comandante en jefe de la coleta» y alto oficial del ejército de Beiyang, Zhang Xun; el Ministro de la República de China y comandante en jefe del ejército del segundo batallón de infantería, Duan Zhigui; el primer ministro de los asuntos nacionales y comandante en jefe del tercer batallón de artillería pesada del gobierno de la República de China, Duan Qirui; el comandante del palacio presidencial de la República de China y comandante en jefe del tercer batallón de infantería, Xu Bangjie; el primer ministro de los asuntos nacionales y agregado militar del tercer batallón de infantería, Wang Shizhen [209](#)... En esos momentos, esos oficiales no eran más que jóvenes que albergaban todo tipo de ambiciones en su corazón y ni en sueños podían pensar que

unos pocos años más tarde iban a ser juez y parte de la historia de China. El destino de su país iba a estar en sus manos.

En esa tropa también había un individuo cuya conducta, entrenamiento y educación eran tan buenos como los de esos jóvenes. Ese individuo era Qian Xiongfei, uno de los guardias que iba a caballo de Su Excelencia Yuan Shikai. Qian fue uno de esos jóvenes militares que se formaron en Japón. Uno de los primeros contingentes que salieron de China para aprender de los japoneses y que se graduaron en la Academia Militar Imperial del Japón [210](#). Qian era alto y delgado, con cejas gruesas y grandes ojos, y unos dientes blanquísimos y muy sanos. No fumaba, no bebía, ni se iba de putas. No había infringido ninguna ley. Ayudaba siempre a sus compañeros, y tenía, por lo tanto, un sentido insuperable del compañerismo; era además un tirador como había pocos en la guardia de Yuan Shikai. Iba montado en un caballo blanco, con su uniforme bien planchado, con sus botas altas de Wellington, y el cinturón de piel alrededor de la cintura con la pistola de oro en la funda. Detrás de Qian y su caballo había sesenta caballos más, preparados para la batalla. Su disposición recordaba la de una golondrina con las alas desplegadas. La guardia que iba montada sobre los caballos estaba formada por jóvenes uniformados con suma elegancia. Iban armados con fusiles alemanes (de los de las trece descargas), encorvados, con la barriga metida para adentro y la mirada al frente, imperturbable, como si nada pasase a su alrededor. Lo cierto era que impresionaba verlos así.

El momento del mediodía se acercaba, y nadie había percibido todavía el vapor que debía traer a Su Excelencia Yuan a Tianjin. Sobre el ancho río Hai no asomaba ningún barco, ni siquiera de pesca, y solo se veían algunas gaviotas que revoloteaban en ese momento sobre el curso del agua y jugueteaban con las olas. Ya estaban a finales de otoño y a los árboles se les habían caído todas las hojas. Solo quedaban algunos, muy pocos, que aparecían en las dos orillas del río, con todavía algunas hojas bañadas por la luz del sol —eran hojas rojizas, o doradas—, pero todas ellas estaban ya destruidas por el paso inexorable de las estaciones en medio de ese paisaje desolado. El cielo se había llenado de nubes desgarradas. Soplaban desde el norte un viento húmedo que traía olor a pescado del golfo de Bohai. Los caballos se mostraban cada vez más nerviosos —movían la cabeza de un lado a otro, relinchaban y agitaban la cola—. El caballo de Qian Xiongfei se giraba a menudo para morder la rodilla de su amo. Qian Xiongfei lanzaba miradas furtivas a esos altos oficiales y veía cómo sus rostros se habían puesto lívidos. El viento del décimo mes soplaban ya bastante frío, atravesaba el uniforme y se calaba en los huesos. A Xu Shichang le colgaba una gota de la nariz. Zhang Xun tenía los ojos llenos de lágrimas. Duan Qirui parecía petrificado encima de su caballo... Daba la impresión de que todos ellos se iban a caer de un momento al otro del caballo. Los otros no parecían mejor parados y aguantaban el tipo como podían sin decir nada. Qian no podía soportar a esos burócratas; en el fondo los

odiaba y no se identificaba con ellos. A pesar de sentirse cansado, Qian pensaba que debía guardar las formas y mostrarse firme y entero como un buen soldado al servicio de la corte imperial. La mejor manera de pasar ese momento eterno de espera era, sin duda, ponerse a pensar en otras cosas. Qian se fijó en la vasta extensión del río Hai, y fragmentos de su vida empezaron a pasar por su cabeza.

II

¡Xiao Xizi, Xiao Xizi!, le susurraba al oído una voz íntima, a veces cercana, a veces lejana, que parecía esconderse. Qian se acordó, como si hubiese pasado el día anterior de su infancia, cuando jugaba en los campos con su hermano mayor y se revolcaban juntos, en la tierra... Tenía un recuerdo nítido de cuando se perseguían el uno al otro en el cantón que les vio nacer; y la imagen de su hermano se hacía cada vez más presente en su cabeza. Saltaba encima de él, le agarraba la larga coleta aceitosa, ya que eso le ayudaría a subirse encima de su hermano, pero no lo conseguía y se frustraba. Esa coleta era como la cola de un dragón que se escabullía de sus manos. Qian lloraba, pataleaba y maldecía a todo el mundo. Su hermano se giraba y se ponía a trabajar. De repente, aparecía el joven de la barba lustrosa y flotante que se había convertido en un alto funcionario de la corte imperial. Se acordó entonces de una pelea que tuvo con él poco antes de ir a la academia militar en Japón. El hermano mayor de Qian no estaba de acuerdo con la decisión de su hermano pequeño de no presentarse a los exámenes imperiales; pero para Qian, los que pasaban esos exámenes se convertían en muertos vivientes. El hermano mayor golpeó en esa ocasión la mesa del salón de té y el agua de las tazas se derramó. ¡Eres un egoísta!, le dijo su hermano con la barba temblorosa, lo que cambió radicalmente la expresión de su cara. Se convirtió de pronto en un ser frío y distante, un ser encolerizado. El hermano mayor dijo que si Qian tenía razón, entonces todos los grandes hombres, sabios y demás que habían pasado los exámenes oficiales del imperio eran unos muertos vivientes. Eso era inaceptable para él. ¿Eran Wen Tianyang o Lu

Fangweng [211](#) unos muertos vivientes? Zeng Wenzheng, Li Hongzhang, Zhang Zhidong [212](#) también eran muertos vivientes... ¿Y tu hermano mayor? Este también es un estúpido, como ellos, un muerto viviente... Hermano, no era mi intención herirte. ¿Y qué querías decir? Pues que China debe avanzar, y que si quiere hacerlo, debe suprimir los exámenes oficiales [213](#), crear nuevas escuelas e introducir el pensamiento científico. Hay que introducir una corriente de agua nueva en estas aguas muertas [214](#). China necesita transformarse, de lo contrario perecerá. Y si queremos triunfar en el arte del cambio, debemos adoptar a los bárbaros extranjeros como maestros. Estoy decidido a irme, no me pares los pies, hermano. Mi hermano suspiró: a cada uno sus ambiciones, me dijo, y no se puede forzar a nadie a hacer lo que no quiere; pero tu hermano mayor sigue creyendo que pasar los exámenes imperiales es la mejor manera para triunfar en esta vida. El resto es una pura desviación que no sirve de nada. Aunque llegues a lo más alto, te despreciarán por haber llegado sin haber pasado los exámenes oficiales... Hermano, le dije, en tiempos de guerra se necesitan buenos soldados; en tiempos de paz, la cultura y la gente que la crea. Nuestra familia ha producido un *jinshi*, que eres tú, y con eso ya nos basta. Deja que tu hermano pequeño vaya a la escuela militar. Mi hermano mayor suspiró: Ah, *jinshi*, convertirse finalmente en un *jinshi*..., me dijo, esta es una palabra vacía, eso es... una palabra y nada más... Es una vida en la que llevas una indumentaria elegante, pasas el tiempo en el *yamen* sin hacer nada, comes arroz blanco con la mitad de un huevo de oca... Y si es así, ¿por qué quieres que yo entre en ese callejón muerto?, le pregunté. Y él me contestó, sonriendo: porque esa es la única explicación que te puede dar un muerto viviente...

El viento soplaba con más fuerza, y las olas del río se embravecían. En ese momento, Qian recordó cuando iba a bordo del vapor Fushan y se dirigía desde Japón a China con una carta de recomendación de Kang Youwei para ingresar en el ejército de Yuan Shikai.

III

En Xiaozhan, en otoño, las espigas doradas que crecen en los infinitos arrozales desprenden una fragancia embriagadora. Llegó a Xiaozhan dos días antes de la llegada esperada de Su excelencia Yuan Shikai para inspeccionar con sus propios ojos el terreno. Vio cómo llegaban a diario más y más soldados y altos oficiales del nuevo ejército imperial de Qing [215](#). Lo hacían, por supuesto, en orden, de forma disciplinada. Avanzaban con sus armas, en filas. El ambiente era extraordinario. Nada que ver con el caos y la decrepitud que caracterizaba el viejo ejército imperial. Cuando uno ve a los soldados, intuye cómo es el jefe. Él no había visto todavía a Yuan Shikai y ya lo admiraba.

La residencia oficial de Su Excelencia Yuan estaba a dos tiros de flecha de las barracas de los soldados. A los dos lados de la puerta de la enorme torre había cuatro guardianes con la tez oscura que parecían torres de hierro. Calzaban zapatos de piel y tenían las piernas envueltas con polainas. Un cinturón de piel sujetaba la cintura de los guardianes, y del cinturón colgaban unas cajitas de piel que servían de cartucheras. Los guardianes sujetaban en sus manos unos fusiles, de los que se cargan por la culata y tienen el cañón largo, de acero: esos fusiles eran, además, de fabricación alemana. El fusil era de color azul, como las plumas de una golondrina. Dio al conserje la carta de recomendación que le había dado Kang Youwei, y el conserje pasó de inmediato la información al interior.

El *daren* Yuan estaba comiendo su almuerzo acompañado por dos bellísimas concubinas.

—Saludo a Su Excelencia y le deseo paz —le dijo a Yuan Shikai.

Ni siquiera se arrodilló, ni juntó sus manos para saludarle. Se había quedado, al contrario, muy recto, con la mano derecha levantada, saludando a la japonesa. Observó que el semblante de Yuan Shikai había cambiado sutilmente. Primero fue una expresión de disgusto, luego una mirada fría sobre la figura de Qian, y por último una expresión de aprecio y consentimiento que le hizo mover un poco la cabeza.

—¡Toma asiento! —dijo el *daren* Yuan.

Qian sabía que esa presentación, que había preparado con antelación, había impresionado a Su Excelencia Yuan, y tomó asiento tal y como se lo había pedido Yuan Shikai. La silla era tan grande que Qian debía hacer un esfuerzo para no hundirse. Pudo oír los cuchicheos de las bellas concubinas y oler el perfume a incienso de orquídeas que desprendían sus cuellos. Qian se levantó porque ya no aguantaba en la silla y dijo con solemnidad:

—A Vuestra Excelencia no me atrevo a hablarle sentado.

—Pues quédate de pie, si quieres —replicó el *daren* Yuan.

Vio la cara del *daren* Yuan, sus ojos grandes, sus cejas espesas, su boca ancha, su nariz alargada, sus orejas grandes... Todo ello correspondía exactamente a lo que había leído en los libros cuando describían a los personajes nobles. El *daren* Yuan no había cambiado el acento que relataba sus orígenes. Tenía una voz potente que podía parecer densa y fuerte por momentos, como un vino añejo. El *daren* Yuan había empezado a comer y parecía haber olvidado que Qian estaba ahí. Qian seguía de pie, sin moverse, como un sauce. Yuan Shikai llevaba una bata de dormir, calzaba unas pantuflas y tenía la coleta suelta. Había sobre la mesa unas manitas de cerdo asado en salsa de soja, un pato rostizado, carne de cordero en una cazuelilla cubierta, pescado asado en salsa de soja, un plato con huevos cocidos y unos *mantous* blancos como la nieve. Su Excelencia Yuan tenía buen saque y comía hasta hincharse. Y cuando lo hacía, se concentraba en lo que estaba haciendo y se aislaba del mundo. No había nadie a su alrededor. Una de las concubinas se encargaba de pelarle los huevos, y la otra le servía el pescado. Su Excelencia Yuan, tras comer un huevo cocido, dos manitas de cerdo, el pato entero, varios trozos de la carne de cordero, medio pescado, un par de *mantous*, bebió tres copas de vino. Al final, se enjugó la boca con el té y se limpió las manos con una toalla. Luego se reclinó para atrás, en su asiento, hipó, cerró los ojos y se limpió los dientes con un palillo como si no hubiese nadie más en la habitación.

Qian sabía que las grandes personas solían tener un comportamiento extraño. Tienen una manera muy particular de evaluar el talento de la gente y de ponerlos a prueba. Esa era la razón por la cual el *daren* Yuan se mostraba tan grosero con él: quería ver cómo reaccionaba. Qian permanecía firme como una roca. No se movía, ni sus piernas le temblaban, ni pestañeaba, ni reaccionaba a los ruidos, ni cambiaba de

posición, como lo debe hacer un buen soldado. Su Excelencia Yuan no abrió los ojos, y las dos concubinas se pusieron una detrás y otra delante. La de atrás le daba un masaje en los hombros y la de delante le golpeaba las piernas para reanimarlas. De la garganta del *daren* Yuan salieron algunos gruñidos, y las concubinas miraron de reojo a Qian Xiongfei; en la comisura de sus labios se formó una sonrisa pícaro. El *daren* Yuan dejó de refunfuñar y abrió al final los ojos. La mirada de Su Excelencia era clara y penetrante, sin el menor rastro de cansancio o perplejidad en los ojos.

—Según Kang Nanhai [216](#), tú eres una verdadera fiera en asuntos militares, eres listo y tienes recursos. ¿Es verdad?

—Su Excelencia Kang ha sido demasiado generoso con sus palabras. ¡Esta noche voy a pasar miedo!

—No me importa si te llenas el estómago con paja o con grano, ese es tu problema. Lo que sí me importa es lo que aprendiste en Japón. ¿Me lo puedes decir?

—Lo que dicen los libros de infantería, los diferentes tipos de tiro, cómo situarse y organizarse en el campo, táctica, artillería, fortificación, topografía...

—¿Sabes disparar? —le preguntó secamente Yuan Shikai, interrumpiéndole con brusquedad.

—He aprendido a desenvolverme con soltura con todas las armas, y, sobre todo, con las pistolas. Puedo disparar con las dos manos y aunque no tenga una puntería excelente, lo cierto es que, a cincuenta pasos, nunca fallo.

—Si alguien se atreve a fanfarronear delante de mí, ¡me lo cargo! ¿Lo entiendes? —le amenazó Yuan Shikai con frialdad—. Quiero comprobar que lo que me dices es cierto.

—Estoy dispuesto a hacer delante de Vuestra Excelencia una demostración. ¿Así lo desea?

—Pues bien —dijo Yuan Shikai aplaudiendo, y con una voz clara y enérgica, prosiguió—: Como dice la gente de mi pueblo, para saber si es un caballo o un mulo, lo mejor es sacarlo a pasear. ¡Que venga alguien!...

Un joven entró y se puso a esperar la llamada de Yuan Shikai.

—Que preparen las pistolas, las balas y las dianas —propuso Yuan.

Habían preparado sobre el terreno de tiro unos sillones de caña de bambú, unas teteras y unos parasoles. Yuan Shikai sacó de una cajita envuelta en satín unas pistolas doradas y dijo:

—Esto es un regalo que me ofreció un amigo alemán y todavía no las he estrenado...

—Que las estrene Vuestra Excelencia...

Los guardias habían cargado las pistolas y no tardaron en dárselas al *daren* Yuan, el cual, con una sonrisa en los labios y las pistolas en las manos, dijo:

—He oído decir que los verdaderos militares tratan a sus armas como si fueran sus

mujeres. No quieren que nadie más las manosee. ¿Es cierto?

—Como dice Vuestra Excelencia, muchos son los militares que tratan a sus armas como si fueran sus mujeres —dijo con una voz firme—. Yo creo, sin embargo, que tratar a las armas como esposas es humillar e insultar a las armas. Los verdaderos militares deberían tratarlas como si fueran sus madres.

Yuan Shikai respondió con una sonrisa burlona:

—Comparar las armas con las mujeres tiene algo de extraño; pero compararlas con las madres..., esto me parece lo más absurdo que se puede decir. Dices que tratar a las armas como si fueran esposas es insultar y humillar a las armas, ¿pero no si las tratas como si fueran una madre? ¡A las armas se las cambia cuando te viene en gana pero a una madre no se la cambia nunca! Las armas sirven para matar, y una madre... ¿Te va a ayudar tu madre a matar a alguien?

Después de oír la diatriba de Yuan Shikai, Qian empezó a sentirse incómodo.

—Vosotros no sois más que unos militares jóvenes que habéis recibido algo de educación oriental y occidental y ya os creéis que lo sabéis todo y os tenéis por unos genios. Tenéis la boca muy grande y decís tonterías. —Yuan Shikai disparó sin querer al suelo. Del cañón de la pistola salió un humo cuyo olor llenó de inmediato el aire. Yuan cogió la otra pistola y disparó al cielo. Esta vez el disparo sonó claro, sin ningún impacto como el anterior, y la bala voló hacia las nubes. Al acabar de disparar, dijo fríamente—: ¡Un arma es una arma, no es una esposa, y menos una madre!

Qian, de pie, bajó la cabeza y dijo:

—Agradezco a Vuestra Excelencia la lección que me ha dado. Revisaré mi punto de vista y lo enmendaré... Según las palabras de Vuestra Excelencia, un arma es un arma, no es una esposa, y menos una madre.

—No tienes por qué aceptar todo lo que diga. Comparar un arma a una madre, eso, yo no puedo aceptarlo. Pero en lo de la esposa sí que hay algo de cierto —dijo Yuan Shikai arrojándole una de las pistolas—. Ten, disfruta de esta mujer... —Qian la cogió al vuelo como si hubiese cogido un loro vivo. Yuan Shikai le lanzó la otra pistola y añadió—: Disfruta ahora de esta otra... ¡Estas dos son bellas como un par de flores!

Qian la cogió como si fuera otro loro vivo. Con las pistolas doradas en las manos, sintió que la sangre corría más rápidamente por sus venas. Esas dos pistolas eran como dos hermanas gemelas, bellas y delicadas, maltratadas por un chino bruto y cruel. Así trató Yuan Shikai a sus dos pistolas de oro. A Qian le hizo daño, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Cuando agarró las pistolas, le dio la impresión de que temblaban. Oyó cómo le decían algo, que se quejaban, que sentían algo por él...; y en su corazón, Qian se acordó de su madre. Pero era cierto, pensó, que era mejor comparar esas armas con una mujer bella. Era más lógico. Con las pistolas en la mano, Qian llegó a la conclusión de que Yuan Shikai no solo era un gran estratega y

militar, sino que era un sabio.

—Muéstrame ahora cómo las utilizas tú... —le dijo Yuan Shikai.

Sopló el cañón de las pistolas, las puso en la palma de sus manos y las limpió minuciosamente. Las pistolas refulgían. Nadie podía negar que esas pistolas fueran un auténtico tesoro. Dio unos pasos hacia delante, y, sin mirar a nadie, igual que el agua dispersada con un aerosol, hizo un arco de izquierda a derecha en el cielo con las pistolas y lanzó seis disparos. Tardó menos de sesenta segundos en hacerlo. La guardia se precipitó para coger el blanco y lo pusieron delante de Yuan Shikai. Las balas habían dibujado una flor de ciruelo.

Yuan Shikai, como todos los demás, se puso a aplaudir.

—¡Qué puntería! —En la cara de Yuan Shikai se dibujó una sonrisa sincera, y le preguntó—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Quiero ser el amo de estas dos pistolas —respondió sin pensárselo.

Yuan Shikai inclinó la cabeza y lo miró de reojo, sonriendo. Luego, sin venir a cuento, soltó una carcajada y dijo:

—No, mejor sé su marido.

IV

Tan lejos como podía acordarse, sujetaba con sus manos las pistolas de oro. El viento soplaba con fuerza y lo barría todo a su paso. Las pistolas estaban frías. Las acarició, para animarlas: compañeras, no tengáis miedo. Y les suplicó: compañeras, ¡ayudadme! Cuando todo esto haya acabado, a mí me fusilarán, pero vosotras, las pistolas de oro, viviréis mil años más. Qian notó que la temperatura de las pistolas subía. Esto es lo correcto, mis pistolas, nosotros debemos tener paciencia y esperar, esperar a que Su Excelencia regrese. El año que viene, este mismo día será el gran aniversario. La caballería que estaba detrás empezaba a ponerse nerviosa. Los jinetes que montaban los caballos volvían a pasar frío y hambre. Y lo mismo sucedía con los caballos. Qian barrió con la mirada los oficiales que estaban a su lado, y, pensó, daba vergüenza verlos. Parecían pegados a los caballos. Los caballos tenían mal carácter, relinchaban, y se mordían los unos a los otros. Las reyertas en las filas no paraban de producirse. Era como una ola que se levantaba y se aplanaba por momentos. Cielos, pensó, todos los hombres están cansados y no pueden concentrarse. Este es el momento para que nos echéis una mano.

Finalmente, desde la parte alta del río, se oyó el ruido de un motor. Ese ruido que llegó hasta sus oídos le alertó y apretó de forma involuntaria las pistolas de oro. Pero las soltó de inmediato. Su Excelencia Yuan había vuelto —lo cual alegró sinceramente a Qian— y se lo anunció a los otros oficiales, que se despertaron de su letargo y se aderezaron enseguida. Se secaron las lágrimas que caían de sus ojos debido al frío, se aclararon la garganta, en una palabra, todos quisieron mostrar la

mejor postura y actitud ante Su Excelencia Yuan.

Un vapor negro como el tizón asomó por la curva del río. De la chimenea del barco salía una columna de humo negro. Se sentía el bramido intenso de las olas. Su *brum, brum, brum* sonaba cada vez más cercano y sacudía las membranas de los oídos. La roda del vapor se abría paso entre las olas produciendo detrás, en las aguas del río, una zanja profunda. A su paso se iba formando espuma blanca que llegaba, enrollada, hasta la orilla.

Qian anunció a gritos:

—¡Que la caballería se ponga en dos filas!

Los soldados condujeron, con máxima destreza, los caballos a diez pasos de la orilla y allí se dispersaron. La cabeza de los caballos miraba al frente, donde estaban las aguas del río, y los soldados estaban bien rectos, con los fusiles en la mano y los cañones apuntando al cielo azul.

La banda militar entonó la melodía de la bienvenida.

El vapor redujo la velocidad y se acercó moviéndose en un zigzag hasta el desembarcadero.

Qian tenía agarradas las pistolas de oro y sentía cómo temblaban como dos pajaritos atrapados. No, mejor dicho, como dos mujeres. Mis compañeras, no tengáis miedo; sobre todo, no tengáis miedo...

El vapor atracó en el desembarcadero y se oyó el silbido de la pequeña chimenea del barco que anunciaba su llegada. Dos marineros que estaban en la proa soltaron las cuerdas y las tiraron hacia el muelle. Ahí había unas personas que las cogieron y amarraron el barco con ellas. La máquina del vapor se detuvo. Salió entonces del barco una procesión de hombres que se puso a los dos lados del pasillo que llevaba a tierra firme, y se vio la cabeza redonda del *daren* Yuan.

Qian sintió que las pistolas volvían a temblar en sus manos.

V

Unos diez días antes, cuando la noticia de la ejecución en la capital de los Seis Príncipes de China llegó a los oídos de todo el mundo que residía en la caserna de Xiaozhan, él se encontraba en su dormitorio sacando brillo a las pistolas de oro. Uno de sus ayudantes vino corriendo a decirle:

—¡Jefe, Su Excelencia Yuan ha llegado!

Qian empezó a montar de inmediato el arma, y no había acabado de hacerlo cuando entró Yuan Shikai. Qian, con las manos llenas todavía de grasa, se puso de pie para recibirlo. El corazón le latía con fuerza. Vio que detrás de Yuan Shikai había cuatro guardias muy altos, y con caras de pocos amigos, que iban armados con fusiles.

Él, a pesar de ser un alto oficial de la caballería, no tenía ningún poder sobre los soldados que venían del lugar de nacimiento de Yuan Shikai. Qian le saludó respetuosamente, por lo tanto, y se presentó:

—No sabía que Vuestra Excelencia iba a regresar hoy. Habría preparado otra bienvenida si lo hubiera sabido. ¡Excúseme!

Yuan Shikai echó una ojeada a las pistolas que estaban sin montar encima de la mesa y se puso a reír:

—Pero ¿qué estabas haciendo, mi queridísimo capitán Qian?

—Estaba limpiando mis armas, señor.

—¡No es cierto! —sonrió con malicia Yuan Shikai—. Deberías decirme más bien que estabas acariciando el cuerpo de tu mujer y el de tu concubina.

Qian se acordó de la conversación que había tenido con Yuan Shikai a propósito de

las mujeres y las armas y esbozó una sonrisa.

—He oído decir que tú conocías a Tan Sitong. ¿No es cierto?

—Este humilde servidor que ahora le habla le ha visto una vez en la casa del señor Nanhai.

—¿Solo una vez?

—Este humilde servidor que ahora le habla no se atrevería nunca a mentir a Vuestra Excelencia.

—¿Y tú qué piensas de ellos?

—Vuestra Excelencia, yo creo —dijo, tenso— que Tan Liuyang [217](#) es alguien que tiene mucho temperamento, puede ser un amigo que te puede criticar en la cara y ser tu peor enemigo.

—¿Puedes decirme algo más?

—Tan Liuyang es un dragón entre los hombres. Si tiene que ayudarte, dará su vida por ti; pero si es tu enemigo, no parará hasta aniquilarte. Matar a Liuyang puede darte una gloria pasajera; pero morir en sus manos supone recibir una muerte que tiene un sentido.

—Te agradezco tu franqueza —suspiró Yuan Shikai—. Lástima que ese Tan Liuyang no pueda estar a mi servicio. ¿Sabías que lo han decapitado en Caishikou?

—Sí, este humilde servidor ya lo sabía.

—¿Y qué te parece?

—A este humilde servidor le ha apenado muchísimo.

—¡Que lo traigan! —ordenó Yuan Shikai con una de sus manos, y dos guardianes entraron con una bandeja de laca negra cubierta. Yuan prosiguió—: Te he preparado un par de manjares. Elige el que quieras.

Cuando el guardián abrió la bandeja, Qian descubrió que encima había un par de cajitas con una comida exquisita. Pusieron la bandeja sobre la mesa.

—¡Adelante! —dijo Yuan Shikai, sonriendo y con los ojos cerrados.

Qian abrió una de las cajitas y vio en el interior un bol de porcelana grande con flores rojas estampadas que contenía seis albóndigas de carne sumergidas en un caldo de salsa de soja. Abrió la otra cajita y en ella había unos huesos, donde estaba la carne destrozada de unos tendones.

Alzó la mirada y clavó sus ojos en Yuan Shikai. Yuan Shikai estaba delante, sonriendo.

Bajó la mirada y se puso a pensar por un momento. Al final cogió la carne con los huesos.

Yuan Shikai movió la cabeza mostrando así su satisfacción. Se dirigió hacia donde estaba Qian y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tú eres verdaderamente inteligente. Estos huesos con esta carne me los ha dado en persona la emperatriz Cixi. No tienen mucha carne, pero saben bien. Ahora te toca

a ti saborearlos lentamente.

VI

Las manos que apretaban las pistolas de oro se pusieron a temblar, y la ira encendió su corazón. Había visto a los guardianes sujetando de los brazos a Yuan Shikai y ayudándolo a subir sobre el asiento de su caballo triste y tembloroso. Al son de la fanfarria, los oficiales habían bajado de sus caballos y se habían arrodillado ante Yuan Shikai. Solo él había permanecido sobre el caballo. Yuan Shikai saludó a sus tropas. Su rostro grueso esbozaba una sonrisa generosa. Sus ojos se movían de un lado a otro, inspeccionando de forma minuciosa a cada uno de sus soldados. Al final la mirada de Qian y la de Yuan Shikai se encontraron. Qian supo entonces que Yuan Shikai lo había comprendido todo. Así lo había planeado en realidad. Yuan Shikai debía saber de quién eran las manos que iban a darle la muerte. Sacó las pistolas de oro al mismo tiempo que empujó su caballo hacia delante. La cabeza del caballo chocó con el pecho de Yuan Shikai y, en ese momento, Qian gritó:

—¡Vuestra Excelencia Yuan, es hora de vengar a los Seis Príncipes de China!

Qian Xiongfei levantó la pistola que llevaba en la mano derecha en todo lo alto, apuntando a Yuan Shikai, y apretó el gatillo; pero la detonación que debía seguir ese gesto, el humo que debía salir del cañón, y la cabeza reventada de Yuan Shikai, todo ello no se produjo como estaba previsto. Esa escena se repitió numerosas veces en la cabeza de Qian.

Levantó la pistola que llevaba en la mano izquierda y apretó el gatillo, pero tampoco se produjo ninguna detonación, ni salió humo del cañón, ni se reventó la cabeza de Yuan Shikai.

Los oficiales no daban crédito a sus ojos. Boquiabiertos y mudos, se quedaron mirando esas pistolas de oro que el destino había abortado. Si no hubiera sido por esas pistolas de oro, Qian habría cambiado el nombre de los futuros presidentes de la República de China, o los habría matado a todos...; la historia reciente de China habría sido, sin duda, muy distinta... Pero en el momento decisivo, las pistolas de oro le traicionaron. Qian miró las pistolas y las lanzó con mucha rabia a las aguas del río Hai.

—¡Sois unas putas! —gritó.

Los guardias que estaban detrás de Yuan Shikai saltaron sobre el cuerpo de Qian y lo tiraron al suelo. Los otros oficiales, que estaban arrodillados junto a la orilla de río, se levantaron enseguida y también se abalanzaron como bestias salvajes sobre Qian, arrancándole las ropas y zarandeándolo de un lado a otro.

Yuan Shikai ni se inmutó; ni siquiera apareció en su rostro el menor síntoma de pánico, y se limitó a pisar con sus botas Wellington la cara de Qian, mientras lo sujetaban los guardias en el suelo. Con una voz llena de dolor contenido, le dijo a Qian:

—¡Qué pena, eh, pero qué pena!...

—Vuestra Excelencia Yuan, tenía razón, las armas no son como una madre...

Yuan Shikai sonrió y replicó:

—Y tampoco son como una esposa...

Capítulo duodécimo

La fisura

I

Al día siguiente del derramamiento de sangre en el burgo de Masang, el subprefecto, sentado en el despacho de las Firmas, escribía un telegrama que deseaba enviar a Cao Gui, el prefecto de Laizhou; a Tan Rong, intendente del circuito de Caiqing; y a Yuan Shikai, gobernador provincial de Shandong, para informarles de los crímenes que habían cometido los alemanes en Gaomi. La noche anterior pasó por sus ojos, como un flash, la tragedia de esas escenas. Los gritos y los insultos del pueblo resonaban intermitentemente en sus oídos. El subprefecto se llenaba de rabia, se encendía por dentro, y desplazaba la pluma de un lado a otro con la rapidez del viento. Las palabras se sucedían al ritmo que le marcaba la emoción de esos recuerdos.

El viejo secretario del departamento de justicia del *yamen* le dio al subprefecto un telegrama que le había enviado Yuan Shikai, el gobernador provincial de Shandong; era un telegrama que estaba dirigido, en principio, al prefecto de Laizhou, Cao Gui, pero que debía ser transmitido, al mismo tiempo, al subprefecto de Gaomi. El contenido era el mismo: el subprefecto de Gaomi debía detener lo antes posible a Sun Bing para que fuera juzgado en la Gran Sala por sus fechorías. El subprefecto debería pagar a los alemanes, como indemnización, la suma de cinco mil pares de taeles de plata por las pérdidas que habían sufrido. El telegrama también instaba al subprefecto de Gaomi a que preparase una donación generosa para dársela al hospital de la iglesia de Qingdao, y que se personase además para ver al técnico alemán herido en la cabeza, todo ello con el fin de calmar los ánimos y apaciguar a los alemanes, etc.

Cuando acabó de leer el telegrama, el subprefecto de Gaomi golpeó la mesa y soltó

una palabrota, ¡hijo de puta! ¿Se refería a Yuan Shikai o al soldado alemán? Vio temblar la barba de chivo del secretario. Una llamita chispeante se había encendido en los ojos de ese hombrecillo. Al subprefecto nunca le había gustado ese secretario, pero estaba obligado a depender, y mucho, de él. El secretario era un empleado experimentado que se las sabía todas, se movía entre papeles con una maestría y un oficio envidiables, tenía excelentes relaciones con otras instituciones, y tenía un primo hermano que ejercía su mismo puesto en el *yamen* de la prefectura. Si el subprefecto no quería ver cómo sus documentos eran rechazados por la prefectura, debía confiar en la labor de su secretario.

—Secretario, ¡que preparen la montura de mi caballo!

—Si me lo permite, ¿dónde desea ir?

—A la prefectura de Laizhou.

—¿Y qué va a hacer el *laoye* en la prefectura de Laizhou?

—Quiero ver al *daren* Cao y pedirle justicia para el pueblo de Gaomi.

El secretario cogió sin miramientos el telegrama que había escrito el subprefecto y, utilizando un tono de voz agresivo, le dijo:

—¿Piensa de veras enviar este telegrama al gobernador provincial?

—Así es; y te pediría que lo retocases.

—Vuestra Excelencia, este humilde servidor no lo está pasando bien últimamente. Ha perdido vista y no oye muy bien. No tiene las ideas muy claras y teme cometer algún error que perjudicaría a Vuestra Excelencia. Le pediría que me deje marchar. Deseo volver al lugar que me vio nacer —dijo el secretario con una sonrisa y algo abochornado mientras sacaba un papelito de la manga—. Esta es mi dimisión.

El subprefecto miró de reojo la carta y, con una sonrisa fría, dijo:

—Mi querido secretario, el árbol no ha sido derribado todavía y los monos ya salen huyendo...

El secretario no se indignó con ese comentario y esbozó una sonrisa modesta y respetuosa:

—No es suficiente atar un hombre a una mujer para considerarlos esposos. Se necesita algo más —dijo el subprefecto—. Si quieres irte, mi querido secretario, vete. Nadie te va a retener aquí.

—Se lo agradezco mucho, Vuestra Excelencia.

—Cuando regrese de la prefectura de Laizhou, organizaré un brindis en tu honor.

—Agradezco la bonhomía de Vuestra Excelencia.

—Puede irse —le dijo el subprefecto, haciendo un gesto con la mano.

El secretario dirigió sus pasos hacia la puerta, pero luego se giró y dijo:

—Vuestra Excelencia, usted y yo, al fin de cuentas, hemos trabajado juntos en este lugar durante mucho tiempo. Según la opinión de este humilde servidor, usted no debería ir a la prefectura de Laizhou. Usted no puede ir, y ese telegrama no puede ser

enviado...

—¡Que el secretario me diga el porqué!

—Vuestra Excelencia, déjeme decírselo en una frase: usted es un oficial, un funcionario, y está al servicio de sus superiores, no del pueblo. Debe dejar su conciencia para otras cosas, si no, no debería haber elegido este camino...

El subprefecto sonrió con frialdad:

—No tienes pelos en la lengua; si tienes algo más que decirme, me lo dices.

—Si no quiere que el Cielo caiga sobre su cabeza, la única cosa que puede hacer Vuestra Excelencia es detener a ese Sun Bing y entregarlo a la justicia —le aconsejó el secretario, cuyos ojos brillaban con fuerza—. Pero si me deja que le diga todo, creo que usted no podrá hacerlo.

—Entonces, lo que me ha contado de retirarse en el campo no es más que un pretexto para salir huyendo de Gaomi. ¿No es cierto?

—Vuestra Excelencia tiene una mente clarividente —repuso el secretario—; en realidad, si separase los asuntos familiares de sus obligaciones profesionales, a Sun Bing lo capturaría en un abrir y cerrar de ojos. Pero Vuestra Excelencia no desea razonar de esta manera, es por ello que yo no puedo hacer mucho más.

—Y tampoco lo necesitas a partir de ahora —dijo con frialdad el subprefecto—, le pido al secretario que se vaya de aquí.

El secretario saludó con las manos y dijo:

—Pues muy bien. Me despido de usted y le deseo lo mejor en el futuro.

—El *daren* lo tendrá en cuenta —dijo el subprefecto—. ¡Chusheng, prepara mi caballo!

II

El subprefecto montó en su caballo blanco cuando el Sol estaba en medio del cielo. Salió con sus hábitos de letrado-funcionario de alto rango, que le cubrían del cuello hasta los pies. A su lado estaba su hombre de confianza, Chunsheng, y Liu Pu, ahora uno de los miembros de la guardia judicial y del escuadrón de intervención rápida del *yamen* de Gaomi. Los tres pasaron velozmente por la Puerta del Norte de la subprefectura de Gaomi. Chunsheng iba montado en una mula negra y robusta, y Liu Pu montaba un caballo esbelto de pelo negro. Los dos galopaban detrás del caballo blanco del subprefecto de Gaomi. Los tres caballos, que habían pasado largas horas en los establos debido al invierno, se encontraban ahora al aire libre, en pleno inicio de la primavera, respirando el aire fresco de las praderas salvajes. Esa era la razón por la cual se mostraban excitados, relinchaban de una forma que parecía más bien un clamor al cielo, estiraban hacia delante la cabeza, y se les veía radiantes y dichosos. El caballo de Liu Pu mordió la grupa del caballo blanco del subprefecto. El caballo blanco intentó huir hacia delante. El camino pedregoso que habían seguido los tres estaba helado y se habían formado en la superficie bultos de barro negro. Los caballos no podían correr bien. El subprefecto se doblaba hacia delante y agarraba las crines del caballo para no caer.

Avanzaban hacia el noreste y, en una hora, cruzarían las aguas turbulentas del río Masang y penetrarían en las infinitas tierras salvajes del cantón de Dongbei. El sol de la tarde era un sol cálido y temperado. Los rayos dorados bañaban las hierbas secas y las raíces y los nuevos brotes que asomaban por esas praderas. Las liebres y los zorros

huían al paso de los caballos, dando saltos a los lados del camino. En su marcha, los tres jinetes vieron a los trabajadores que obraban en las zanjas de las vías del ferrocarril de la línea de Jin'an. Esa línea de ferrocarril larga como una serpiente tuvo un efecto devastador en el subprefecto de Gaomi: del sentimiento de libertad que sentía, bajo un cielo azulísimo, atravesando esas praderas salvajes e infinitas, pasó a la más absoluta desolación, a la rabia. La pureza de ese paisaje se hizo añicos. Poco antes, las escenas trágicas de la masacre del burgo de Masang se sucedían una tras otra en su cabeza y se sentía profundamente frustrado. Respiraba con dificultad. El subprefecto espoleaba al caballo blanco y le atizaba con más fuerza. El caballo sufría, pero aguantaba el dolor. El cuerpo del subprefecto seguía el ritmo del trote acelerado del caballo, saltaba y se movía hacia delante. Parecía que quería liberarse de la desesperación que le carcomía en su interior.

Cuando el sol llegó al oeste y se puso, los tres entraron en la subprefectura de Pingdu e hicieron una parada en un pueblecito llamado Qianqiu. Ahí buscaron una familia rica e influyente para descansar y dar agua y comida a los caballos. El propietario de esas tierras era un antiguo señorito ya con el pelo encanecido que saludó respetuosamente al subprefecto. Le ofreció una pipa y té, incluso vino y algún refrigerio. Le dio para comer liebre con caldo de zanahorias, col estofada con trozos de *doufu* y un licor amarillo hecho con granos de mijo. La hospitalidad y los modales del viejo señorito llenaron de satisfacción al subprefecto. El subprefecto sintió que regresaba a la vida. Se sintió animado, con más fuerzas, y otro estado mental. La sangre, que la tenía como aguas estancadas, empezó a circular por sus venas con más rapidez. El viejo señorito quiso incluso alojarlo en su casa, pero el subprefecto se negó, ya que quería seguir lo antes posible su camino. El viejo señorito cogió de la mano al subprefecto y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Su Excelencia Qian, funcionarios como usted hay pocos, tan dispuestos a servir al pueblo y capaces de soportarlo todo; son tan raros como las plumas de un fénix y el cuerno de un unicornio. El pueblo de Gaomi es afortunado.

El subprefecto alzó la voz, indignado:

—Usted que pertenece a una familia noble debería comprender que este humilde servidor que le habla es un alto funcionario que recibe un sueldo de la corte imperial para servir al pueblo. ¿Por qué no iba yo a doblar el espinazo por él?

Bajo un cielo rojo como la sangre, el subprefecto encasilló al caballo y se despidió del viejo señorito de Qianqiu. Dio un latigazo a la parte trasera del caballo blanco y este lanzó un relincho estruendoso, poniéndose a dos patas en una pose que parecía un luchador de artes marciales, y finalmente se tiró hacia delante como una flecha que acaba de ser arrojada. El subprefecto no se giró, pero en su cabeza aparecieron innumerables versos de despedida que forman ya parte del canon poético de su país. Las puestas de sol, las nubes del ocaso, la pureza de lo que no ha sido tocado por el

hombre, el *dao* (la Vía) de los antiguos, los bosques ya secos, los cuervos que pasan frío... Un sentimiento de tristeza profunda que le fortalecía, mientras que su corazón se embravecía.

Salieron del pueblo y entraron en una extensión de terreno todavía más amplia y desolada que la del distrito de Dongbei en Gaomi. En esas tierras bajas no vivía apenas nadie. Entre las hierbas secas y la maleza de la estepa se distinguía el caminito que cruzaba la planicie como una serpiente. Los caballos corrían en el camino con la cabeza alta, y las piernas de los jinetes rozaban la hierba por los dos costados y provocaban un ruido con la fricción. La noche era cada vez más oscura y la luna nueva, de plata brillante, colgaba del cielo como una hoz. La cortina púrpura del firmamento estaba repleta de estrellas parpadeantes. El subprefecto miraba el cielo, vio la constelación de la Osa Mayor y la gloriosa Vía Láctea, y meteoros que parecían descargas eléctricas rompiendo la bóveda celeste. La noche era cada vez más oscura y helaba. Los caballos iban cada vez más lentos, luego trotaban, daban unos pasos y aceleraban un poco, al final ya solo paseaban. El subprefecto atizaba con el látigo la parte trasera de su caballo, y el caballo, enojado, levantaba la cabeza. Tras dar unos pasos, el caballo estaba exhausto. Por la cabeza del subprefecto pasaba todo tipo de emociones; sus energías se iban debilitando a cada paso y su entusiasmo se iba apagando lentamente. No hacía viento, pero había mucha humedad, una humedad helada que cortaba como la lámina afilada de una espada y penetraba en la piel y los músculos. El subprefecto guardó el látigo y se cubrió las manos con las mangas. Las riendas, sueltas, colgaban sobre sus codos, y de esta manera se puso a deambular. En el abismo de esa estepa se oían la respiración profunda de los caballos y el ruido de la hierba cuando se pisaba, y daba miedo. Solo a lo lejos había esparcidos algunos pueblos con unas pocas casuchas. Se percibía el ladrido de algunos perros, y ello añadía más misterio a la noche. Una tristeza intensa afloraba en la cabeza del subprefecto. Con las prisas, el subprefecto se había olvidado de ponerse el chaleco de piel de zorro —que era el regalo de su suegro—, y recordó la cara que él puso cuando se lo dio su suegro, una cara solemne, de agradecimiento justo. Esa antigualla, que parecía a primera vista no valer nada, se la había regalado la emperatriz Cixi a su suegro, Zeng Guofan, el suegro de su suegro. A pesar del paso de los años, de lo pelado que ya estaba, ese chaleco le proporcionó un calor que el subprefecto agradeció. El recuerdo del chaleco engendró en su cabeza una oleada de recuerdos sobre su vida pasada.

El subprefecto se acordó de su infancia; cuando era pobre, pasaba frío y le era muy duro estudiar. Por su cabeza pasó el éxtasis que sintió cuando asistía a la escuela de enseñanza media y consiguió pasar con éxito los exámenes imperiales tras estudiar muy duro, y las felicitaciones de sus compañeros cuando se comprometió con la nieta de Zeng Guofan. También se acordó de su compañero de promoción, que era como un

hermano para él, Liu Guangdi, apodado Peicun, con quien celebró ese momento de alegría, ese momento decisivo en la vida de los dos. Liu Peicun tenía una caligrafía vigorosa. Su escritura era como era el hombre. Tanto su poesía como sus ensayos en prosa eran excelentes. Escribió unas frases paralelas para celebrar su nueva boda: «Perlas en un hilo y piedras de jade amontonadas; la joven bella y el letrado talentoso [218](#)». En esos momentos, el camino del futuro aparecía delante de ellos con su versión esplendorosa y llena de promesas. Lo de que un prefecto muerto en vida no vale una rata viva, él lo sabía. El subprefecto había pasado seis años en el Ministerio de Obras Públicas, más pobre que un mosquito y obligado a depender de la reputación de su mujer. Tuvo que servirse además de la ayuda de un discípulo de Zeng para encontrar un puesto en otro sitio. Pero debieron pasar muchos años de obstáculos y desvíos hasta poder obtener el puesto de subprefecto de Gaomi. Una vez en Gaomi, el subprefecto quiso realizar todo lo que le pedía su talento y sus competencias para subir en la jerarquía de los funcionarios imperiales, pero se dio cuenta pronto de que Gaomi era un lugar remoto y lleno de extranjeros. Le iba a ser imposible subir peldaños en esa jerarquía imperial y obtener algún título de nobleza. Incluso se dio cuenta de que solo la suerte podía ayudarle a no meterse en ningún lío. Pues esa era la situación. El talento no servía de nada; las tejas, las calderas, los rayos y los gritos de los pájaros, una oleada de destrucción imparable..., todo ello anunciaba el fin inexorable de una dinastía... ¿Qué iba a hacer él, el talentoso funcionario imperial, en la soledad de su rincón?

El caballo blanco que montaba el subprefecto levantó el hocico y relinchó, de pronto, estruendosamente; y ello devolvió al subprefecto a la realidad presente. En la espesa alfombra de matorrales que estaba justo delante de él, el subprefecto vio cuatro ojos verdes como esmeraldas que brillaban en la oscuridad. ¡Lobos!, gritó el subprefecto. Atizó asustado con sus piernas heladas la barriga del caballo; y con sus dos manos agitó con nerviosismo las riendas. El caballo relinchó: ¡hiiii, hiiii, hiiii!, y levantó las pezuñas de las patas delanteras. El subprefecto cayó sobre la hierba.

Chunsheng y Liu Pu, que iban detrás, tiritaban de frío. Los dos vieron cómo el *laoye* caía al suelo y no supieron qué hacer. Permanecieron atontados hasta el momento en el que vieron a los lobos perseguir al caballo blanco del subprefecto. La cabeza helada de los dos jinetes reaccionó de golpe. Lanzaron un grito que sonaba como el viento, y sacaron, como pudieron, los sables de su funda. Con todas sus fuerzas se lanzaron hacia delante para cazar los lobos, los cuales salieron huyendo y se metieron en los matorrales. Ya nadie volvió a verlos.

—¡*Laoye, laoye!*—gritaron al unísono Chunsheng y Liu Pu, bajándose del caballo y dirigiéndose hacia donde estaba el subprefecto para rescatarlo.

Sus piernas heladas se habían quedado enganchadas en los estribos del caballo. Al ver que llegaban los dos tan asustados, el caballo, nervioso, se puso a correr hacia un

lado arrastrándolos, y él no paraba de gritar de dolor. De no ser por la hierba, la cabeza del subprefecto de Gaomi se habría convertido en una cantimplora de sangre.

Liu Pu, que tenía más experiencia en este tipo de situaciones, calmó a Chunsheng, que no paraba de gritar. Los dos hombres controlaron sus nervios, y de sus bocas salió algo en voz baja:

—¡Eh, caballo, mi caballo bueno, mi buen caballo blanco..., no tengas miedo!

Bajo la luz lustrosa de las estrellas, los dos se habían reunido junto al caballo. Liu Pu, que se había desplazado como una flecha, le tenía cogida la cabeza y se la acariciaba. Chunsheng, distraído, no sabía qué hacer. Liu Pu le gritó:

—¿A qué esperas para ayudar al *laoye*, idiota?

Chunsheng movía la cabeza, las piernas... Parecía que se iba a desmontar y seguía sin saber cómo operar con eficacia. Sus manos eran incapaces de levantar al subprefecto. Liu Pu le gritó otra vez:

—Pero ¿para qué sirves tú? ¡Sujeta el caballo!

Liu Pu sacó de los estribos del caballo las piernas tiasas del subprefecto, le cogió la cintura y lo puso de pie. Al estirar las piernas, el subprefecto lanzó un grito de dolor. No pudo mantenerse de pie y se sentó en el suelo.

El subprefecto sentía, de los pies a la cabeza, que estaba rígido como un palo. No había una sola parte que no le doliera, de los tobillos a la nuca, y el dolor le era insoportable. En su cabeza se mezclaba la indignación con el dolor físico, pero el subprefecto era incapaz de sacar la rabia que llevaba dentro.

—*Laoye*, ¿no le importa? —le preguntaron Chunsheng y Liu Pu con miedo en la voz y curvándose.

El subprefecto vio las dos caras, aunque no podía distinguir bien los rasgos de cada uno. Y suspirando hondo, dijo:

—¡La madre que lo parió! ¡Lo de ser un buen oficial no es cosa fácil!

—*Laoye*, encima de su cabeza, a apenas tres *chi*, el cielo es azul [219](#) —dijo Liu Pu —, Dios observa todas sus penas.

—¡Dios le protegerá y le ayudará a prosperar! —añadió Chunsheng.

—Pero ¿de veras que Dios existe? —preguntó el subprefecto—. La verdad es que el caballo me ha arrastrado por la tierra y yo sigo aquí vivo. Eso explica tal vez que ese Dios exista. ¿Es verdad, por lo tanto, lo que decís?... Compañeros, mirad si me he roto esta pierna...

Liu Pu vendó la pierna del subprefecto y se la tocó con cuidado:

—*Laoye*, no se preocupe. No está rota.

—¿Y cómo lo sabes?

—Cuando era joven, a este humilde servidor su padre le enseñó cómo reconocer roturas y cómo poner los huesos en orden.

—Oh, no sabía que mi hermano Peicun, tu padre, fuese un buen conocedor de esas

artes... —suspiró el subprefecto—. Hace apenas unos instantes, sobre el caballo, me acordé de cuando íbamos juntos a la escuela media y pasamos nuestros exámenes imperiales. En esa época éramos valientes y nada ni nadie nos detenía, éramos jóvenes y ambiciosos. Queríamos construir un país, pero ahora... —dijo el subprefecto con amargura, y añadió—: Mi pierna no está rota y Dios existe. Mis compañeros, ¡ponedme de pie, por favor!

Chunsheng y Liu Pu, uno a la izquierda y otro a la derecha, lo levantaron y dieron algunos pasos en la noche oscura; pero el subprefecto no sentía las piernas, solo sentía un dolor intenso que le recorría el cuerpo entero. Y dijo:

—Compañeros, cortad algunos matojos y encended un fuego. Yo soy incapaz de montar a caballo.

El subprefecto se sentó en el suelo, arrancó hierba con sus manos, y fijó su mirada en Chunsheng y Liu Pu, que estaban recogiendo hierba, curvados, a los dos lados del camino. El perfil de sus cuerpos aparecía borroso, moviéndose de arriba abajo bañados en la luz de las estrellas; parecían dos animales cavando su guarida. Se podía oír su respiración jadeante y el crujido de los matorrales y la hierba mientras eran arrancados de la tierra. Una lluvia de estrellas se desprendió de la Vía Láctea. En ese momento único y glorioso pudo ver la cara violácea de sus hombres y, detrás, como fondo, la estepa salvaje, descuidada y emblanquecida. Y por sus caras, pudo adivinar cómo era la suya misma, helada y descompuesta por el frío y las circunstancias adversas. Se puso a pensar, de repente, en el gorrito y en el estatus social de un alto funcionario-letrado del imperio que ese mismo gorrito simbolizaba, y dijo, apresurado:

—Chunsheng, deja las hierbas y busca mi gorro; creo que lo he perdido.

—Cuando el fuego esté encendido me será más fácil encontrarlo —aseveró Chunsheng, el cual se había atrevido no solo a desobedecer las órdenes del subprefecto, sino que se atrevió a darle su opinión. El subprefecto suspiró melancólicamente. En medio de esa estepa salvaje y en esa noche oscura, las normas y los ritos valían poca cosa.

Los dos ponían delante del subprefecto la hierba que habían arrancado. Cada vez había más, hasta convertirse en una pila.

El subprefecto agarró unas cuantas briznas de esa hierba que estaba todavía húmeda por la escarcha nocturna y dijo en voz alta:

—Chunsheng, ¿y tenéis fuego para encender esto?

—¡La madre que me parió, pues no lo tenemos! —respondió Chunsheng.

—Pero yo tengo algo —intervino Liu Pu.

El subprefecto suspiró y dijo:

—Liu Pu, eres un hombre preparado. Enciende el fuego, si no se va a helar.

Liu Pu cogió del saco que llevaba en la espalda unos cuantos palitos; también sacó

una piedra para hacer fuego y un poco de yesca, los frotó e hizo fuego delante de la pila de hierba. *Frisss, friss...*, el contacto entre la piedra y la yesca produjo unas chispas muy débiles que volaron hacia la pila, y esta se encendió. La pequeña hoguera empezó a crepitar. Cada uno a un lado se puso a soplar con fuerza, y el fuego empezó a tomar cuerpo; cada vez era más vivo y rojo. Liu Pu cogía la piedra y la yesca, y seguía frotándolas y lanzando briznas de fuego a la hoguera para avivarla. La hoguera se hacía más y más grande y brillante. Liu Pu también arrojaba más maleza, y del fuego salía un humo blanco cuyo olor intenso se hacía aún más evidente. El subprefecto, al ver que el fuego ya empezaba a ser una realidad, se sintió mucho mejor. El humo blanco se hacía más denso, y parecía que podía agarrarse con la mano. Luego se produjo una explosión y salió una llamarada amarilla y contundente. El humo amarillo desapareció, el fuego crepitaba con fuerza y las llamas de la hoguera iluminaban ya esa parte de la estepa. Los tres animales estornudaban y hacían ruidos con la nariz debido al humo del fuego, movían la cola y se arrimaban al calor. Sus caras largas parecían estar sonriendo, y sus ojos brillaban como piedrecitas de cristal. La cabeza de los caballos parecía haberse agrandado y había algo de irreal en ella. El subprefecto vio su gorrito, que estaba sobre un agujero en la hierba y parecía una gallina incubando huevos. Le pidió a Chunsheng que se lo recogiera. El gorrito estaba lleno de barro y hierbajos. La bolita de cristal que lo coronaba estaba ladeada, y de las dos plumas de faisán, que al igual que la bolita indicaban el grado en la jerarquía imperial, una estaba doblada. Eso no le iba a dar suerte, pensó. ¿Y por qué le iba a dar mala suerte?, se preguntó por un momento. ¿Acaso había muerto arrastrado por el caballo? No. ¿Eso no era más bien tener buena suerte? Se puso el gorrito y no para recuperar su estatuto, sino para protegerse del frío. Las llamas de la hoguera no tardaron en calentarle el torso, ya que la espalda la tenía helada como una lámina de acero. La piel se resentía del contacto súbito con el calor, y al subprefecto le dolía y le picaba. Pero el calor le permitió mover los miembros como antes. Se puso de pie y se giró para calentar la espalda, pero tan pronto como lo hizo, la parte delantera de su cuerpo se enfrió de golpe. Volvió a girarse sin perder tiempo para calentarse el pecho. De la misma manera que se gira la carne para asarla por las dos partes. El cuello aún le dolía, pero no tanto como hacía unos instantes, y se sentía más animado que antes. La luz del fuego permitía ver algunas cosas que saltaban junto al fuego. Parecían liebres o zorros. También había algunos pajaritos que saltaban, piaban y volaban en la oscuridad. Eran, tal vez, alondras o palomas. El fuego que tenían delante se iba extinguiendo y ya solo quedaban unas brasas rojas y negras, pero alrededor de la hoguera todavía se conservaba el calor. A decir verdad, la escena era espectacular. El subprefecto estaba muy animado y sus ojos brillaban con una luz especial. Y dijo, feliz:

—Una cosa así solo se ve una vez en la vida. Chunsheng, Liu Pu, este viaje no se

ha realizado en vano.

Subieron a los caballos y se dirigieron sin interrupción a la prefectura de Laizhou. La hoguera en medio de la estepa quedaba ya muy lejos, aunque todavía se podía percibir una luz en medio de la oscuridad de la noche. Esa noche gélida se había llenado con el olor del humo y las cenizas.

III

El subprefecto y sus dos ayudantes llegaron temprano por la mañana a la parte exterior de la prefectura de Laizhou. Las puertas de la ciudad estaban cerradas y los puentes levadizos replegados, y no se veía ni la sombra de un soldado o guardián. Los gallos de las granjas habían empezado a cantar y los árboles estaban cubiertos de escarcha. El subprefecto vio que había escarcha sobre las cejas de Chunsheng y Liu Pu, y sus caras estaban manchadas con polvo y cenizas, lo que le hizo pensar en su propio aspecto. No podía aparecer con esa pinta ante Su Excelencia el prefecto. Debían ofrecerle una buena impresión. Recordó que en la entrada principal había un puente de piedra que ya no existía. Ahora habían construido un puente levadizo con poleas hecho con unas largas planchas de madera de pino. Quizá lo habían hecho para protegerse de un ataque de los Puños divinos de la Justicia y la Concordia que, como un viento huracanado, arrasaban todo lo que encontraban a su paso. El subprefecto no creía en el futuro de esa revuelta, ni en el de ninguna revuelta campesina, salvo si sus miembros corrían el riesgo de morir de hambre al día siguiente.

Cuando el sol rojo asomó en el cielo, las puertas de la ciudad amurallada se abrieron, y el puente se desplegó, chirriando. ¡Crac, crac, crac! Unos guardianes aparecieron en la puerta, y los tres jinetes se identificaron. Sin bajar del caballo, entraron en la ciudad. Los cascos de los caballos repicaban en las baldosas blancas de la calle principal. Era un sonido claro y contundente. En la calle solo había unos cuantos lugareños que se habían levantado temprano para coger agua en el pozo. El pozo estaba cubierto de nieve y hielo, así como las manivelas. La luz roja del sol caía

sobre sus cuerpos. La piel tanto les picaba como les dolía. Podían oír el traqueteo de las cuerdas y la polea, y el de los cubos al subir y bajar del pozo. Era un ruido agradable. Los tres jinetes no habían pasado desapercibidos a los transportadores de agua.

En el callejón que estaba delante del *yamen* de la prefectura había una cantina que servía tripas de buey y otro tipo de despojos de animales para comer. Delante de la cantina habían puesto una caldera al aire libre; y justo detrás de la caldera había una mujer casada de tez muy blanca con un cucharón que tenía un asa muy larga. La joven estaba meneando una sopa que desprendía vapor. El perfume de las tripas y del coriandro llegaba a las narices de los jinetes, y los tres llevaron los caballos justo delante de la cantina. El subprefecto bajó del caballo y estiró las piernas. Chunsheng y Liu Pu también desentumecieron los músculos. Los dos ayudaron al subprefecto a sentarse en un taburete junto a la caldera. El culo del subprefecto era bastante ancho mientras que el taburete era bastante pequeño; por ello, parecía que iba a caerse de un momento a otro. Y lo que todos temían se produjo: el subprefecto cayó a cuatro patas y el gorrito de funcionario rodó hasta un charco sucio. Chunsheng y Liu Pu se precipitaron hacia donde estaba y lo levantaron, no sin sentir cierta vergüenza por no haber podido rescatarlo antes. Tanto la espalda como la larga trenza se habían ensuciado con la tierra. Si un alto funcionario caía al suelo de buena mañana, ese era un muy mal auspicio. El subprefecto se sintió muy ofendido, y lo primero que le vino a la cabeza fue insultar a alguien; pero vio que sus dos ayudantes estaban realmente afectados. Al menos así lo reflejaban sus caras; y se limitó a tragarse la saliva. Chunsheng y Liu Pu, apoyándose en sus piernas arqueadas de tanto montar a caballo, cogieron al subprefecto y lo mantuvieron de pie como pudieron. La joven soltó inmediatamente la cuchara y se fue a recoger en el barro el gorrito del funcionario, el cual tenía en esos momentos la cara descompuesta. Lo cogió, manchándose las mangas de su chaqueta, y se lo dio al subprefecto, diciéndole:

—Lo siento, gran *laoye*.

Habló con un tono de voz claro y acogedor, que dejó al subprefecto con una grata sensación de familiaridad; cogió el gorrito y se lo puso en la cabeza. Vio entonces que la joven tenía un lunar de gran tamaño en una comisura de la boca. Mientras tanto, Liu Pu le limpiaba la coleta al subprefecto. Estaba tan sucia que parecía la cola amarilla de un buey.

Chunsheng clavó sus ojos en la mujer y empezó a insultarla:

—¡Estúpida! Pero ¿es que no tienes ojos en la cara? ¿Por qué no has traído una silla para Su Señoría tan pronto como lo viste?

El subprefecto paró de golpe el sinsentido de las palabras de Chunsheng y le agradeció a la joven todo lo que había hecho. La joven se ruborizó, entró enseguida en la cantina para traer una silla embarnizada y la puso detrás del subprefecto. Este se

sentó e inspeccionó de forma meticulosa las juntas de la silla. No había una parte de su cuerpo que no le doliese, y el miembro viril (lo que le cuelga entre las piernas) lo tenía frío y rígido como el hielo. Los tendones le quemaban y le dolían. Había algo que le había empujado, en la noche, bajo las estrellas, a enfrentarse a todos los elementos: el viento, la nieve... Actuar en favor del pueblo le emocionaba profundamente. Se sentía poseído por un espíritu noble, vivo, ardiente, como el aroma de esa sopa de tripas de buey que se estaba cociendo en la caldera al aire libre y que estaba ante sus ojos. Era justo ese aroma que se disipaba en el aire matinal que le llenaba de vida. Su cuerpo parecía un gran rábano helado. El sol empezaba a calentar y derretir el hielo que le cubría, transformándolo en un agua amarilla pastosa y pegajosa. El subprefecto se sentía feliz a pesar del dolor que le provocaba la descomposición del hielo. Era una sensación de liberación que debía producirse a partir del dolor. De los ojos del subprefecto se desprendían unas lágrimas densas y pegajosas que le emborronaban la vista. Creía ver reflejada en ellas su propia cara. Creyó incluso ver a los lugareños de Dongbei, en Gaomi, arrodillados frente a él, y con sus caritas de agradecimiento... Sus palabras eran sencillas, pero conmovedoras: «Vuestra Señoría, el gran *laoye* de Gaomi, que es tan puro y justo como el cielo azul...».

La joven sujetaba delante de ellos tres boles con caldo negro. Luego rompió en cada bol un pedazo de galleta de sésamo y les echó una ramita de coriandro y una cucharadita de sal y pimienta. Los movimientos de la mujer eran ágiles y precisos. Además, no les preguntaba si querían o no querían lo que les estaba sirviendo. Parecía conocerlos de toda la vida (así como sus gustos) y actuaba como tal. El subprefecto se fijó en la cara ovalada y muy blanca de la joven mujer y su corazón dio a luz numerosas emociones agradables. Notó que tenía un gran parecido con la chica que vendía carne de perro en la subprefectura de Gaomi. La joven revolvía la sopa y las tripas de buey que había en un caldero con un cucharón. Había añadido además el corazón del buey, su hígado, sus intestinos y sus pulmones —todo ello mezclado—, para crear un aroma que hacía salivar al subprefecto. Una cucharada de despojos más una cucharada de caldo fueron vertidas en el bol del subprefecto, y la joven también le echó media cucharada de pimienta. Le susurró en voz baja:

—Un poco de pimienta evitará que se resfríe.

El subprefecto asintió, conmovido. Con la cuchara removió todo lo que le había puesto la joven en el bol, se lo acercó a la boca, respiró hondo, emitió un sonido de regocijo y le dio un trago. En ese momento sintió como si una rata ardiendo se hubiese metido en su boca. Escupir no hubiera sido de recibo, pero conservar el líquido ardiendo en la boca era quemarse. Lo único que podía hacer era morderse los labios y tragar el líquido. El subprefecto ardía por dentro y todo tipo de emociones asomaban en su corazón. Mocos y lágrimas empezaron a salir de su nariz y de sus

ojos respectivamente.

Después de dar varios bocados a las vísceras restantes del buey, con sus tripas y demás, y beber el caldo caliente de la sopa, al subprefecto empezaron a caerle goterones de sudor que parecían gusanos que corrían por su cuerpo y penetraban en sus orificios. El cucharón de la joven no paraba de menear el contenido de la caldera y, de vez en cuando, les llenaba el bol a los tres. Lo tenían siempre lleno. Ellos comían con rapidez, pues ella se los llenaba con la misma rapidez; ellos comían con lentitud, pues ella se empleaba con la misma lentitud para llenarles el bol. Al final, el subprefecto envolvió la mano que tenía cerrada en un puño con la palma de la otra y le agradeció a la joven todo lo que estaba haciendo por ellos.

—Ya está bien, señora, no nos sirva más.

La joven sonrió y respondió:

—El gran *laoye* ya se ha hartado.

Tras haber tomado la sopa con las vísceras de buey y la galleta de sésamo, lo cierto era que el subprefecto se sentía más fuerte que nunca. Y los pies, a pesar de que todavía le dolían, podía, al menos, moverlos. Vio que detrás de ellos, en un muro junto a la callejuela, se habían reunido varias decenas de lugareños que, pensó el subprefecto, no se atrevían a dar un paso y entrar a comer en la cantina porque habían visto el gorrito que llevaba encima y lo que ello significaba. Le pidió a Chunsheng que pagase a la mujer por lo que habían comido, pero la mujer lo rechazó. Le dijo además que haber servido a Su Señoría había sido un honor y que no había hecho nada dándoles esa pobre sopa con vísceras, y ¿cómo les iba a cobrar? No, nunca. El subprefecto estuvo un momento sin saber qué hacer, y, sin pensárselo dos veces, sacó de una bolsita que tenía en el cinturón una anilla de jade, de las que se cuelgan en el cuello como un talismán, y se la dio a la mujer:

—No tengo nada para poder agradecerle lo que ha hecho por nosotros. Le doy a su marido este adorno de jade, como recuerdo. La mujer, ruborizada, se negó tajantemente a aceptar ese regalo. El subprefecto le dio de inmediato el collar de jade a Chunsheng, y este se lo puso en la mano a la joven.

—Nuestro *laoye* te lo da —le confirmó Chunsheng—, y tú lo coges. ¡No nos vengas ahora con estos miramientos!

La joven lo cogió y se quedó muda y con la boca abierta. El subprefecto se levantó, probablemente para aderezarse, y se puso a caminar por la calle que conducía al *yamen* de Laizhou. Sabía que era el blanco de todas las miradas. Incluso pensó que todos esos lugareños se acordarían de esa escena, cuando el subprefecto de Gaomi se detuvo frente a la cantina para comer al aire libre despojos de buey con un caldo. La gente le añadiría algo más a esa historia, incluso concebirían una obra del teatro de Maoqiang, el de la melodía del gato, que será interpretada generación tras generación. También pensó que si alguien tenía un pincel y papel, debía darle un nombre a esa

cantina y ponerlo en una pancarta, o escribir un poema con una bella y vigorosa caligrafía, y colgarlo también en la entrada de la cantina. En la calle principal, donde estaba el *yamen* de la prefectura de Laizhou, el subprefecto estiró el cuello y sacó pecho, y caminaba además como debía hacerlo un alto funcionario nombrado por la corte imperial de la dinastía Qing. Mientras caminaba pensaba en la bellísima Sun Meiniang; también pensó en la cara larga y blanca de la joven que le había servido el caldo con las vísceras de buey, y también pensó en su mujer. De esas tres mujeres, una era de hielo, la otra era de fuego y la otra era un nido acogedor y caliente.

IV

El prefecto salió rápidamente a recibirlo, y los dos entraron en el estudio de Su Excelencia el prefecto de Laizhou. Sobre las paredes del estudio colgaban pinturas con el motivo de las cañas de bambú del gran pintor Zheng Banqiao [220](#). Los ojos del prefecto se abrían con dificultad. Mientras los entornaba, se entreveía el color rojo, y cerraba y abría las pestañas repetidas veces, de cansancio. El subprefecto le contó lo que había sucedido en el distrito de Dongbei, en Gaomi, con el altercado de los alemanes. En sus palabras había mucho odio contra los alemanes y compasión con el pueblo. El prefecto era todo oídos, y así estuvo mucho tiempo, pero la primera frase que dijo fue:

—Y en la subprefectura de Gaomi, ¿habéis detenido ya a Sun Bing o todavía no?

El subprefecto, lanzando un «oh», dijo:

—Para responder a Vuestra excelencia, debo decirle que Sun Bing se ha escapado tan pronto como ha podido, y no está a disposición de la justicia...

El prefecto abrió los ojos como un búho y miró fijamente a la cara del subprefecto, lo cual le incomodó sobremanera. El prefecto se puso a reír a carcajadas y, bajando la voz, le respondió:

—Hermano, he oído decir que tú y la hija de Sun Bing... Ja, ja, ja... Pero ¿qué tiene esa mujer para hacerte perder la cabeza?

El subprefecto se quedó mudo y con la boca abierta, y un sudor frío empezó a recorrerle el cuerpo.

—¿Por qué no me respondes? —le reprimió el subprefecto.

—Para responder a Vuestra Excelencia, mi relación con la hija de Sun Bing no tiene nada de impropia. Lo único es que me gusta mucho la carne de perro que me sirve...

—Hermano Qian —la cara del prefecto mostraba todavía amabilidad, pero el tono de voz había cambiado, ahora ponía un acento más marcado en cada palabra—, tú y yo comemos gracias al gobierno de este país. Ellos nos pagan por hacer nuestro trabajo. Recibimos órdenes de Sus Majestades el emperador y la emperatriz. Debemos actuar conforme a lo que ellos dicen porque, de lo contrario, tendremos problemas con nuestras conciencias. Si por un asunto personal y privado faltamos a nuestras obligaciones, entonces...

—Yo no me atrevería a...

—Acabar con algunos malos elementos no es un asunto grave —dijo el prefecto sin inmutarse—, si sirve al menos para calmar a los alemanes y no provocarlos de nuevo. Si se ha logrado esto, ya no hay que darle más vueltas a este asunto.

—Pero han muerto veintisiete personas... —objetó el subprefecto—. Hay que dar una explicación al pueblo...

—¿Y qué explicación quieres darles? —repuso el prefecto, golpeando la mesa con la mano—. ¿Acaso quieres que los alemanes les paguen una compensación?

—Debemos tomar partido —dijo el subprefecto—. En tanto que soy el subprefecto de Gaomi, no puedo quedarme de brazos cruzados. ¿Con qué cara voy a presentarme ante ellos?

El prefecto sonrió con frialdad:

—Yo no puedo hacer nada por ti. Incluso si te da por ir a ver a Su Excelencia Tan, el intendente del circuito, o a su Excelencia Yuan, el gobernador provincial, o a Sus Majestades el emperador y la emperatriz, estoy seguro de que ninguno de ellos va a mover un dedo por ti.

—Pero, Su Excelencia, ¡veintisiete personas han muerto!

—Si no tienes la conciencia tranquila, te aconsejaría que capturasen lo antes posible a ese Sun Bing, y se lo entregases a los alemanes. Con ello, evitaremos que los alemanes la tomen con nosotros. ¡Y olvídate de los veintisiete muertos! —El prefecto sacó una orden de captura y añadió, sonriendo fríamente—: Hermano, he oído decir que, si Sun Bing se ha escapado, es porque tú le has dejado ir. Si el *daren* Yuan se entera, ¡se te va a caer el pelo, amigo!...

El subprefecto empezó a sudar a chorros.

—Si comprendo lo quiere decirme, a Su Excelencia no le importan los muertos. Lo único que quiere es ajusticiar a ese Sun Bing. Eso es lo que quiere que haga el hermano Qian —dijo el subprefecto—. Detener a Sun Bing va a satisfacer a todo el mundo, tanto a los de arriba como a los de abajo; y no atraparlo, va a disgustar a todos. Lo he comprendido...

—Hermano, —sonrió dulcemente el prefecto—, esa Sun Meiniang debe de ser una buena pieza para que te haya seducido de esa manera. ¿Qué ha hecho para que actúes así? —Y haciendo una broma de mal gusto, le preguntó —: ¿Acaso tiene cuatro tetas y dos coños?

—Vuestra Excelencia se burla de mí...

—He oído decir que, al llegar a Laizhou, te caíste al suelo y perdiste tu gorrito de mandarín —dijo el prefecto mirando el gorrito del subprefecto y dando a su voz un tono de importancia y solemnidad. Alzando el tazón con el té, le dijo, puesto de pie—: Perder el gorrito no es algo muy grave, pero perder la cabeza, eso sí que es grave...

V

Después de regresar a la subprefectura, el subprefecto cayó enfermo. Empezó con un dolor de cabeza y a sentirse mareado; luego pasó a tener una fiebre muy alta que no bajaba, y empezó a delirar. Su mujer le daba los remedios que le había aconsejado el médico, encendía barritas de incienso para sanear el ambiente y alejar los malos espíritus, y rezaba cada noche sus oraciones para desear la recuperación de su marido. Nadie supo si fue por el remedio o por el efecto de los buenos espíritus, pero lo cierto era que la nariz del subprefecto sacó un líquido negro y espeso, de grumos de sangre, que podía llenar un bol, y la fiebre bajó y la diarrea se cortó. Ya estaban a mediados de la segunda luna, y en la provincia, en el circuito y en la subprefectura no paraban de llegar telegramas pidiendo la captura de Sun Bing. Los mensajeros y secretarios de la subprefectura corrían de un lado a otro como monos con el culo en llamas, pero el subprefecto seguía sin reaccionar, absolutamente anonadado y confuso. No comía, no bebía, y así pasaban los días para él. Nadie habría dado un céntimo por él si le hubieran llamado a declarar en la Gran Sala. La esposa se personaba en la cocina y ella misma preparaba la comida. Hacía todo lo posible por preparar los mejores manjares para su marido, pero no había manera de hacerle recuperar el apetito.

Una tarde, a varios días del inicio de la fiesta de Qingming, la esposa del subprefecto hizo venir a Chunsheng, y le dio cita en la Sala de las Flores del Este, porque quería hacerle algunas preguntas.

Chunsheng entró en la sala algo inquieto. Lo primero que vio fue las cejas perfiladas y puntiagudas de la esposa del subprefecto; ella estaba muy seria y se había

sentado en una silla. Parecía una diosa del panteón taoísta. Chunsheng se arrodilló y le dijo:

—Su Excelencia ha pedido a este humilde servidor que venga, pero no sabe qué quiere que le diga.

—Tú has hecho algo malo —sonrió fríamente la esposa del subprefecto.

—Este humilde servidor no ha hecho nada malo, que sepa...

—¿Qué tipo de relación tiene el *laoye* con esa Sun Meiniang? —le preguntó, muy seria, la esposa—. ¿No habrás sido tú el intermediario?

—Señora, en realidad está tratando injustamente a este humilde servidor —se lanzó a explicarle Chunsheng—. Este humilde servidor no es más que el perro de compañía del gran *laoye*. Si me pide que muerda, yo muerdo.

—Eres un atrevido, Chunsheng; quieres enredarme —replicó, indignada, la mujer del subprefecto—. ¡El *laoye* ha caído en vuestra trampa!

—Está tratando injustamente a este humilde servidor...

—Tú, Chunsheng, mequetrefe... ¡Eres como un perro! El *laoye* confía en ti y tú juegas con sus sentimientos. Encima le incitas a cometer adulterio con una mujerzuela del pueblo. Me dan ganas de vomitar. Debería partirte las piernas, pero por muchos años has sido leal al *laoye* como un caballo cogido de las riendas. Esta vez te voy a perdonar, pero de aquí en adelante me vas a contar todo lo que le sucede al *laoye*. Si no, ajustaremos cuentas, tanto las antiguas como las nuevas.

Chunsheng golpeó el suelo con su frente. Estaba tan asustado que hubiera podido mearse en los pantalones.

—Agradezco a la señora todo lo que hace por mí y le prometo que Chunsheng no volverá a hacer nada malo —le dijo.

—Ve a ese puesto donde venden carne de perro y dile a Sun Meiniang que venga a verme —le pidió con suavidad la esposa del subprefecto—. Quiero hablar con ella.

—Señora —replicó Chunsheng, armándose de valor—, en realidad, esa Sun Meiniang... es una muy buena persona...

—¡Ya basta! —cortó por lo sano, irritada—; y si te atreves a decirle algo al *laoye*...

—Este humilde servidor no se atreverá.

VI

La noticia de la enfermedad del subprefecto llegó a oídos de Sun Meiniang, cuyo corazón se puso a arder al momento, se olvidó de comer y fue incapaz de dormir. Pero la noticia de la muerte de su suegra y de sus hermanos y hermanas la afligió todavía más. Había intentado innumerables veces entrar en el *yamen* con el licor amarillo y la carne de perro, pero los guardias le paraban los pies y no la dejaban entrar. Esos mismos guardias que tantas veces la habían visto entrar y que la conocían le giraban ahora la cara. Parecía que en el *yamen* de la subprefectura había un inquilino nuevo y que a ella le habían prohibido la entrada.

Meiniang se sentía perdida y tenía miedo, y sus seis órganos vitales dejaron de funcionar correctamente. Cada día se desplazaba con su cesta llena de carne de perro y licor amarillo y daba mil vueltas en la calle principal sin saber dónde meterse. La gente le gritaba y cotilleaba a sus espaldas, como si ella fuese un monstruo y no una persona. Para que el subprefecto recuperase su salud, ella frecuentaba todos los templos de la ciudad, tanto los grandes como los pequeños, y se arrodillaba ante las divinidades y les rezaba. Fue incluso al templo de Bala [221](#), que nada tenía que ver con las curas de las enfermedades, y ahí se arrodilló y golpeó el suelo con la cabeza para pedir la salvación del subprefecto. Y cuando salía del templo de Bala, una banda de niños la acosaba en la puerta y le cantaba una canción que era, sin lugar a dudas, para adultos:

«El honorable subprefecto de Gaomi ha enfermado de amor. La comida ya no tiene sabor para él, ni el dormir le trae la paz. En la parte de arriba escupe sangre, y en la

de abajo, expulsa pus.

»El honorable subprefecto de Gaomi tiene la barba muy larga. Día y noche piensa en Meiniang, de la casa de Sun. Los dos son como dos patos mandarines.

»Un par de patos mandarines que no pueden reunirse. El macho quiere morir, la hembra quiere llorar. Querer morir o querer llorar es algo que la mujer del subprefecto no va a permitir».

Las palabras de los niños parecían haber salido de la mismísima boca del subprefecto, y a Sun Meiniang le provocaron una oleada de voluptuosidad. Y fue gracias a los niños que Meiniang supo de la gravedad de la enfermedad del subprefecto, y sus ojos se llenaron al instante con numerosas lágrimas. Su corazón repetía mil veces, incluso diez mil veces, sin interrupción, el nombre del subprefecto, y se imaginaba su rostro carcomido por la enfermedad. Esa imagen pasaba incesantemente por sus ojos. Ah, querido, le decía su corazón, si mueres, será por mi culpa; y si la desgracia se abate sobre ti, yo no merezco vivir... No renuncio a verte. No importa cómo, pero quiero verte con mis propios ojos. Contigo quiero beber el último tazón de vino amarillo, y contigo quiero comer el último pedazo de pata de perro. No me importa que tú no seas mi hombre, pero mi corazón ya te eligió hace tiempo como tal. Yo uní nuestras vidas para siempre. También supe que tú no eras el mismo tipo de persona que yo. Tus pensamientos difieren un mundo de los míos. También sé que quizá tu amor no es verdadero. Pero sé que soy la mujer que apareció ante tus ojos cuando tú necesitabas una mujer. Sé que lo que tú amas de mí es mi cuerpo y mi belleza, y sé que cuando me haga vieja tú me abandonarás. También sé que tú arrancaste las barbas de mi verdadero padre, mi *die*, aunque luego lo negaste; tú destruiste la vida de mi *die*, también destruiste la ópera de Maoqiang en el cantón de Dongbei en Gaomi. Sé que no has tomado una decisión respecto a si debes o no capturar a mi *die*, que si el *daren* Yuan Shikai te ofreciese una promoción en la jerarquía imperial, o un título de nobleza, por coger a Sun Bing, ya habrías capturado a mi *die*, o que si el emperador te hubiese pedido matarme, ya lo habrías hecho con tu espada. Sé que cuando vayas a clavarme la espada y estés delante de mí, tu corazón no querrá hacerlo, pero al final acabarás haciéndolo... A pesar de que ya soy a estas alturas muy consciente de todo esto, y que lo sé casi todo, y que también sé que mi sentimentalidad se convertirá al final en una tragedia, a pesar de todo ello, te quiero como una imbécil. En realidad, eres el hombre que ha aparecido en mi vida que más necesito ahora. Amo tu apariencia y tu educación, pero no tu corazón porque no lo conozco. ¿Cómo podía conocerlo? Soy una mujer del pueblo y por eso soy capaz de vivir con este amor que me tiene medio muerta. Eso es todo, y me conformo. Y para poder amarte, ya no me importa todo lo que está sufriendo mi padre —mi *qindie*—. Mi sangre, mi carne y mis huesos son todos tuyos. Sé que enfermé, y desde que te vi por primera vez, sé que mi mal no es inferior al tuyo. Me dijiste que yo era tu

medicina, y yo digo que tú eres mi opio. Quiero morir en la calle, quiero morir fuera del *yamen*. Si mueres, podrán decir que muchas fueron las razones que te llevaron al otro mundo; pero si yo muero, solo tú serás la causa. Si muero, tú llorarás tres días; pero si mueres tú, yo lloraré una vida entera. En realidad, si mueres, yo también muero. Este tipo de comercio injusto, yo quiero hacerlo. Yo soy el perrito que tú cuidas; solo debes llamarme y acudiré a tu lado, y delante de ti, moveré la coleta, daré vueltas y te lameré las botas Wellington. Sé que me amas como un gato lujurioso ama al pez amarillo llamado verrugato de Manchuria; yo te amo a ti como un pajarito ama a los árboles. Te amo como si no tuvieras cara ni piel; para ti soy una desvergonzada, no tengo ambiciones, ni tengo futuro. No controlo mis piernas, ni mi corazón... Por ti, sería capaz de subir una montaña de espadas, sumergirme en un mar de fuego, y para qué hacer caso de lo que dice la gente. Por lo que dicen los niños sé que tu señora me impide entrar en el *yamen* para verte. Sé que ella viene de una familia noble y muy respetada, es astuta y ha recibido una educación excelente. Si hubiera nacido hombre, habría sido un alto oficial de las regiones fronterizas o ministro en la presente dinastía. Sé que la hija de un teatrero y la esposa de un carnicero no son, digamos, un tipo de mujer que te pegue; pero yo paso por las puertas como una ciega, y cuando las puertas están cerradas, las golpeo con la cabeza hasta hacerme sangre si es necesario, y así abrirlas. Si la puerta ya está abierta, me sentiré entonces una afortunada. Arrojo a la basura los ritos y las reglas de la buena conducta. Si la puerta principal no se abre, yo entro por la de atrás; y si la de atrás no se abre, entonces entro por la de al lado; y si la de al lado no se abre, entonces me subo a los árboles y salto la tapia. He pasado un día entero junto a las tapias del *yamen* de la subprefectura de Gaomi y sé que hay un camino...

La mitad de la luna iluminaba la parte exterior del muro del *yamen*. Detrás de la parte interior del muro estaba el jardín. Era el lugar donde el subprefecto y su mujer solían pasear. Había dentro del jardín un gran olmo, del cual salían unas ramas robustas en las que se colaban los rayos de luz que daban a las ramas la apariencia de unas escamas de la piel de un dragón; y entre las escamas, las ramas y el hielo, ella pensó en unas serpientes. Se acordó cuando, en el campo, iba tras una pareja de serpientes, y sintió una inmensa tristeza y humillación. Ah, gran *laoye*, yo, Sun Meiniang, te amo hasta el sufrimiento. Este dolor, ¿cómo podrías comprenderlo tú? Tu esposa, esa descendiente de célebres ministros y hombres de estado, esa mujer elegante y mimada, ¿cómo podría comprender mis sentimientos? Señora, yo no le he robado el corazón salvaje de su marido; lo único que soy es un sacrificio que se deja en un templo para disfrute de los dioses. Señora, ¿no ha descubierto todavía que su marido, después de poseerme, se volvió como ese tallo verde que acaba de salir y recibe la lluvia de la primavera? Ah, señora, si de verdad tuviese un alma noble, debería dejarme estar con su marido; si tuviese sentido común, me dejaría entrar en el

yamen de la subprefectura. Señora, prohibirme la entrada no servirá de nada. Puede impedir a Tangseng, Shaseng y Sun Wukong ir al Cielo del Oeste para recoger los *sutras* del budismo, pero no podrá impedir que Sun Meiniang vaya a ver a Qian Ding. El honor y la gloria, así como la posición social de Qian Ding, le pertenecen, señora. Pero el cuerpo de Qian Ding, su olor y su sudor, todo eso me pertenece a mí. Señora, yo, Meiniang, he seguido a mi padre por todos los escenarios donde ha subido. Aunque no sea ligera como una golondrina, tengo las piernas y los pies ágiles y vivos; aunque no pueda volar por encima de los muros, puedo subir a los árboles. Dice el proverbio que los perros saltan los muros y los gatos se suben a los árboles. Yo, Meiniang, no soy ni un perro ni un gato, pero salto los muros y me subo a los árboles. Tengo muy poco amor propio y confundo siempre el yin con el yang. No he estudiado *El Romance del pabellón del ala oeste*, ni conozco bien a la joven Cui Yingying para poder imitarla cuando esta espera en sus aposentos la aparición de la luna; yo soy Zhang Junrui, el joven enamorado que salta las tapias cuando cae la noche. Junrui salta los muros para ver a su amada Yingying; Meiniang salta los muros para ver a su amado Qian Ding. Quién sabe si en unos años se interpretará *El Romance del pabellón del ala oeste* con los papeles invertidos. Ella retrocedió un par de pasos, se apretó el cinturón, se ajustó las ropas, estiró las piernas, respiró hondo y salió corriendo hacia delante..., y dio un salto con todas sus fuerzas, su cuerpo voló por los aires, y Meiniang se agarró a una de las ramas que colgaban de un árbol. La rama se quedó temblando. En el árbol había un búho que, asustado, desplegó las alas, y, sin emitir ningún sonido audible, salió volando hacia el *yamen*. Ese era el pájaro preferido del gran *laoye*. En el jardín del *yamen* habían crecido numerosas sóforas donde, junto con los almacenes de grano, iban a posarse los búhos. El *laoye* decía siempre que los búhos son dioses que protegen los cereales y son el terror de los ratones. El gran *laoye*, el de las largas barbas, leía en alto un poema que hablaba precisamente de ello: «*Vosotras, las ratas que ocupáis los graneros imperiales, sois tan grandes como un dou; la gente os descubre y vosotras no os vais...*». Ah, el gran *laoye*, tan buen conocedor de los libros de los antiguos, mi amado. Con las dos manos, cogió dos ramas, y, sujetándolas bien, se impulsó hacia la copa del árbol, donde se sentó.

El sereno acababa de hacer sonar el tercer *gong*, y el *yamen* de la subprefectura estaba tranquilísimo. Desde el árbol donde estaba sentada, Meiniang vio las esferas ornamentales de color de plata que había en uno de los pabellones del parque, iluminadas. Esas luces se reflejaban en las aguas de los estanques que acompañaban al pabellón. Una luz parecía estar encendida en la Sala del Oeste, justo ahí donde el gran *laoye* Qian se recuperaba de su enfermedad. Ah, tú, el gran *laoye*, estoy convencida de que tú piensas en mí y me echas de menos. Seguro que estás ansioso por verme, y ardes de impaciencia, como el caldo de una sopa en la caldera; pero la gente que vale

no se impacienta, ni se pone nerviosa. Meiniang, de la casa de Sun, saltará la tapia y se pondrá junto a ti aunque tu esposa esté a tu lado, como una tigresa protegiendo sus posesiones. Y aunque me arranque la espina dorsal, yo estaré a tu lado.

Sun Meiniang saltó del árbol y cayó en el suelo del *yamen*. Lo que pasó ahí abajo no lo olvidaría en su vida. Cayó de forma cómica; no pudo mantenerse de pie y sus piernas se doblaron y crujieron como unas cañas de bambú tierno al contacto con el suelo. Cayó, sintió un dolor en el trasero y se lastimó los brazos. Sus órganos internos se sacudieron. Sus manos se habían apoyado en el suelo, y ella intentó levantarse como pudo. Vio la luz de la Sala del Oeste, y sus ojos se llenaron de rabia. Se llevó las manos al trasero y sintió que había algo pegajoso. ¿Qué era eso? Asustada, se puso a pensar... ¿Se le había reventado el culo y estaba sangrando? Se llevó las manos a la cara y olía asqueroso. Esa cosa negra que apestaba a no se sabía qué, si no era mierda de perro, ¿qué podía ser? Ah, cielos, ¿qué ha hecho Sun Meiniang para merecer un castigo tan cruel de tu parte? ¿Por qué la has dejado con este aspecto desastroso? ¿Cómo voy a ir a ver al gran *laoye* llena de mierda? ¿Cómo podría perder la cara ante el gran *laoye* Qian y pasar vergüenza hasta ese punto? Sintió que se descorazonaba, su interior se había encendido, y se sintió profundamente ofendida por el destino. Qian Ding, has enfermado y vas a morir. Cuando mueras, tu muy respetable mujer llorará por ti y guardará luto. Y si no soporta el dolor, que se envenene o se cuelgue del techo, o que la entierren viva... El pueblo de Gaomi recolectará dinero y le hará una arcada de piedra [222](#) para recordar lo virtuosa que fue.

Intentó subir de nuevo al árbol, cogió las ramas, se encaramaba como una ardilla, pero no había nada que hacer. Resbalaba y volvía a caer al suelo. Tenía las manos llenas de esa cosa negra y pegajosa que apestaba de manera asquerosa. Era odioso, el árbol ya olía a mierda de perro. Sun Meiniang se limpió las manos en el suelo, y se puso a llorar de rabia e impotencia. En ese momento oyó unas risas que venían de la parte de atrás de la falsa montaña de piedra, y aparecieron dos hombres y una linterna. La linterna desprendía una luz roja, como las que salvan a los hombres de los espíritus inmortales encarnados en zorros en las leyendas de la antigüedad. Los dos hombres iban vestidos de negro y llevaban la cara cubierta con una tela transparente. No se podía saber si eran hombres o mujeres. Y, por supuesto, era incapaz de saber el aspecto que tenían. Sun Meiniang se levantó, asustada, y alzó las manos sucias para taparse, pero se dio cuenta de que ya no había nadie, o al menos eso creía. Quiso cubrirse la cara con las manos llenas de mierda para que no la vieran, pero tal y como estaban, mejor no hacerlo. Dejó, tanto como pudo, la cabeza colgada hacia delante y se puso a andar para atrás hasta que se dio contra el muro. Uno de los individuos que vestía de negro, el más alto, pasó la linterna por los morros de Sun Meiniang. Parecía que quería enseñarle la cara de Meiniang al más bajito. El bajito que iba de negro tenía un palo en la rama que servía para pegar la hierba y alejar las serpientes. Cuando

vio a Meiniang, le tocó la barbilla y se la levantó con ese palo para ver quién era. Meiniang sintió vergüenza y no tuvo fuerzas para resistirse. Sus ojitos brillaban como estrellas, y de ellos salieron unas lágrimas humillantes que bajaron por su rostro. Oyó que el individuo del palo lanzó un suspiro largo; y parecía la voz de una mujer. Entonces lo vio claro, ese individuo que iba de negro era la esposa del gran *laoye* Qian. De la tristeza que la poseía, sacó rápidamente fuerzas de flaqueza y se embraveció. Su cuerpo se fortaleció de golpe. Altiava, levantó la cabeza, y en su cara se dibujó una sonrisa flotante, buscando las palabras adecuadas para contrarrestar el poder de su contrincante. Meiniang se acordó del porqué de esa gasa negra cubriendo la cara de la esposa del subprefecto: lo hacía para tapar la cara picada por la viruela. ¿Era por eso?, pensó decirle. Pero ella aún no había abierto la boca cuando la esposa del subprefecto se adelantó unos pasos y le arrancó la joya que tenía colgando del cuello. Esa joya no era ni más ni menos que el *bodhisattva* de jade con el cordón rojo que el subprefecto le había regalado. Si bien ese *bodhisattva* de jade no era una promesa de amor eterno, sí que era, sin embargo, un talismán protector. Meiniang enloqueció y se tiró sobre ella para recuperarlo; pero la esposa del subprefecto le dio una patada en los tobillos y cayó al suelo. Fue entonces, de rodillas, cuando vio la gasa negra temblando delante de ella. Meiniang pensó que, puesto que ya apestaba como la mierda de un perro, ya no valía la pena mostrarse muy pudorosa. Tú has intentado destruirme, por lo que yo voy a lanzarte algunas púas para que te enteres: sé quién eres, sé que tienes la cara picada por la viruela, mi amante, tu marido, me dijo que tu cuerpo apestaba, que de tu boca salían larvas y que hacía más de tres años que no compartíais la misma cama. Yo, si fuera tú, hace ya tiempo que me habría colgado del techo. Una mujer no debe aceptar ese tipo de vida de su hombre... Ese tipo de vida es como estar ya metido en un ataúd...

Sun Meiniang se soltó de la lengua; pero no tardó en oír la respuesta del individuo de negro:

—¡Puta, tú vienes al *yamen* para pescar algún hombre! ¡Te voy a pegar como a una bestia! ¡Que le den cincuenta latigazos y que la saquen a patadas de la cloaca de los perros!

El de negro y de mayor altura sacó un látigo de su cintura y le pegó una patada. Meiniang cayó al suelo y antes de darle tiempo a replicar, ¡zas!..., el de negro le arreó con el látigo de las tiras de piel en el trasero. Ella no pudo aguantar el dolor y gritó: ¡Madre! El segundo latigazo le dio directamente en las nalgas, sin nada que lo cubriese. Entonces vio que ese individuo de negro era esa desvergonzada, la mujer del subprefecto, que iba contoneándose. El tercer latigazo que le arreó el alto fue todavía más fuerte, pero el cuarto fue bastante superficial; y así, el quinto, y los otros, sucesivamente, más y más flojos... El último latigazo fue contra el muro. Sun Meiniang comprendió que el hombre de negro era persona de buen corazón, pero ella

seguía exagerando el dolor, como si estuviera en un escenario interpretando una obra de teatro. Al final, el alto que iba de negro la llevó hasta la Sala de las Flores del Este, abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, y la acompañó hasta fuera. Ella se quedó ahí, toda mojada, en la callejuela empedrada que rodeaba el lado este del *yamen*.

VII

Sun Meiniang, postrada sobre el *kang*, se mordía los labios de rabia por momentos, y por otros se dejaba ir a un pozo de melancolía. Cuando hacía lo primero, se acordaba de la mujer del subprefecto, esa mujer pérfida, y le deseaba lo peor del mundo; cuando hacía lo segundo, pensaba en el gran *laoye* Qian, que estaba enfermo, en su lecho. Se reprochaba una y otra vez su falta de carácter, y pensar en ello la atormentaba tanto que se mordía el brazo hasta hacerse sangre; pero no había manera de quitarse de la cabeza la imagen imponente del rostro de Qian Ding; lo tenía constantemente delante de sus ojos.

Y mientras estaba pasando ese mal trago, Chunsheng se presentó en la casa. Ella se comportó con él como si fuera un miembro de su familia, le agarró del brazo, y con los ojos conteniendo las lágrimas, dijo:

—Chunsheng, mi buen Chunsheng, ¿cómo está el *laoye*?

Chunsheng la vio preocupada y, en su interior, le conmovió verla así. Vio que en la casa estaba Xiaojia pelando un perro, y dijo en voz baja:

—El frío que cogió el *laoye* va mejor, pero sigue todavía sin tener la cabeza en su sitio y está muy perturbado e inquieto. Se niega a comer y beber, y cada día está más flaco. Si sigue así, morirá tarde o temprano.

—¡Ah, *laoye*! —gritó Sun Meiniang con un tono de voz quejumbroso y lastimero, y con los ojos llenos de lágrimas.

—La señora me ha pedido que venga a verte para pedirte que vayas al *yamen* con la carne de perro y el licor amarillo para que el *laoye* vuelva a sentirse feliz y recupere

el apetito —dijo Chunsheng entre sonrisas.

—¿La señora? No me hables de esa «señora» ni en broma —dijo rechinando los dientes—; en este mundo no hay ningún escorpión que sea más venenoso que esa «señora»...

—Gran hermana Sun, la señora es una persona generosa y virtuosa que ha leído los clásicos. ¿Por qué la desprecia de esa manera?

—¡*Puaj!* —escupió, indignada, Sun Meiniang—. Dices que es una persona generosa y virtuosa..., su corazón ha estado metido en un pote de veneno negro durante veinte años. ¡Una gota de su sangre bastaría para matar a un caballo!

—Pero ¿qué mal te ha hecho la señora? —sonrió Chunsheng—. Esto es exactamente como cuando es el ladrón quien se indigna y no el que ha sido robado; o cuando el que ha perdido a su madre no llora y sí que lo hace el que todavía la tiene. Increíble...

—¡No me líes! —dijo Meiniang—. A partir de ahora, yo no quiero saber nada de las gentes del *yamen*.

—Gran hermana Sun, ¿es que ya no piensas en el gran *laoye* Qian? —le preguntó Chunsheng con una sonrisa burlona—. Y si no piensas en el gran *laoye* como persona, ¿no piensas en su coleta? Y si no piensas en la coleta del gran *laoye* Qian, ¿no piensas en sus barbas? Y si no piensas en sus barbas, ¿no piensas en...?

—Me estás liando, qué más da que sea el gran *laoye* o el segundo *laoye*... Si se muere o no, a mí me importa un comino. ¿Qué tiene que ver conmigo? —De la boca de Meiniang salían palabras de odio, pero lloraba al mismo tiempo.

—Gran hermana Sun, me tomas por otra persona. ¿Qué quieres esconderme? —dijo Chunsheng—. Tú y el gran *laoye* sois como una sola persona. Cuando se rompe un hueso, la carne une la carne; cuando se estiran las orejas, las mejillas se mueven. Deja ya de hacerte de rogar, pon las cosas en orden y sígueme.

—Si la «señora» está ahí, yo no pongo un pie en el *yamen*.

—Gran hermana Sun, esta vez ha sido la señora quien me ha dado en persona la orden de venir a buscarte.

—Chunsheng, juegas conmigo como si yo fuera un mono. Ya me trataron así y no tengo vergüenza para ver a esa gente...

—Gran hermana Sun, al oírte hablar así, uno diría que has sufrido una gran injusticia. ¿Es así?

—¿Lo sabes o te haces el tonto? —preguntó, resentida, Sun Meiniang—. ¡A la *gunainai* la zurraron en vuestro *yamen*!

—¿Usted está soñando, gran hermana Sun? —dijo, confundido, Chunsheng—. ¿Quién le ha pegado en el *yamen* de la subprefectura? A ojos de todos, usted es ya la segunda esposa del gran *laoye*. Todo el mundo desea hacerle favores... ¿Quién iba a querer pegarle?

—¡Vuestra señora ordenó que me dieran cincuenta latigazos!

—¿Me permites ver si es verdad o es falso? —le insinuó Chunsheng, levantando las ropas de Sun Meiniang.

Meiniang se sacó de encima las manos de Chunsheng y dijo:

—¿Piensas que puedes hacer lo que quieras con la *gunainai*? ¿No temes que el gran *laoye* te corte las zarpas como a un perro?

—Pues bien, gran hermana Sun, como vengo diciendo hace un buen rato, tú y el gran *laoye* estáis unidos por un lazo de parentesco. Este humilde servidor quiso ponerle la mano encima y usted sacó al gran *laoye* para protegerla... —dijo Chunsheng—. No te miento, la enfermedad del gran *laoye* no es moco de pavo, y la señora está haciendo lo imposible para curarlo y quiere que tú, que eres un auténtico *bodhisattva*, te presentes en el *yamen*. Piensa un poco, ¿por qué crees que me ha enviado a buscarte? Si hay un camino, por estrecho que sea, hay que tomarlo... ¿Crees que te iba a azotar precisamente a ti? No tiene sentido. Ahora, es ella quien me ha pedido que te venga a buscar, y ello explica que reconoce sus errores. No puedes dejar pasar esta oportunidad. Lo único que debes hacer es servir al gran *laoye*, y ya verás cómo empieza a recuperarse. Te harán ministra, ya verás, para devolverte el inmenso favor que les habrás hecho. Serás la luz en este pozo de oscuridad, y lo privado se hará público. Gran hermana Sun, la buena suerte ha tocado a tu puerta. Vas o no vas, ¡pero piénsalo bien!

VIII

Sun Meiniang se dirigió al *yamen* con la cesta en el brazo; en ella llevaba la carne de perro. Entró por la puerta de la Sala de las Flores del Este y vio a esa mujer de cara delgada y picada, con la piel oscura y las comisuras de la boca caídas, que estaba sentada en la silla del *taishi*, el Gran Preceptor. La excitación de Meiniang se enfrió de golpe. Su corazón parecía haberse helado. Sintió que había caído otra vez en una trampa tendida por la esposa del subprefecto. Se sintió otra vez envuelta en una situación teatral en la que debía interpretar un papel al que ya estaba acostumbrada. Ella era, al fin y al cabo, la mujer del carnicero, acostumbrada a ver la cuchilla y la sangre. Ella era, al fin y al cabo, la amante del subprefecto, y sabía en qué consistía la virtud de los funcionarios del imperio. Pero ella supo frenar sus impulsos y controlar sus nervios. Llenándose de valor miró a la señora. Las dos mujeres, la una frente a la otra, cruzaron sus miradas, intentando no mostrar ninguna debilidad. Sus ojos intercambiaban hierro y sus corazones tintineaban en sus soliloquios.

La esposa del subprefecto: ¿Es que no sabes que soy una mujer de buena familia y de elevada condición?

Sun Meiniang: ¡Y yo, está claro, soy una belleza como hay pocas!

La esposa del subprefecto: Yo soy una esposa legítima que se ha casado según las reglas.

Sun Meiniang: Yo soy la que está más cerca de su corazón y su carne.

La esposa del subprefecto: Tú no eres más que el remedio que necesita ahora mi marido. No vales más que un cálculo biliar, un bezoar...

Sun Meiniang: Tú, en realidad, no eres más que un mueble para el gran *laoye*; eres igual que una marioneta o una figurilla de barro.

La esposa del subprefecto: Por muy bella que seas, nunca podrás reemplazar mi posición en la sociedad.

Sun Meiniang: Por muy alta y respetada que sea tu posición, el *laoye* no te ama de verdad. El *laoye* me dijo que solo mantiene relaciones íntimas contigo una vez al mes. Mientras que conmigo...

Al pensar en ese asunto relacionado con el *laoye*, el corazón de Sun Meiniang empezó a vibrar con fuerza. Se puso a pensar en las escenas que había vivido con él, las cuales se desplegaban por su cabeza con gran viveza. Sus ojos se humedecían y obtenían un brillo especial. El decoro y la severidad del rostro de la esposa del subprefecto se habían vuelto confusos en la retina de los ojos de Meiniang.

La esposa del subprefecto vio ante ella a esa joven fresca y tierna como un melocotón recién recogido del árbol. Vio que la joven había enrojecido, respiraba con dificultad y la luz de sus ojos tomaba un color extraño; era, a todas luces, una expresión facial de preocupación. La esposa del subprefecto había ganado la guerra psicológica y eso la animó. Los rasgos de su cara se relajaron un poco, y mostró sus dientes blancos, que asomaron entre los labios rojos. Cogió el *bodhisattva* de jade y su cuerdecilla roja y se lo arrojó a los pies de Sun Meiniang. Con arrogancia, le dijo:

—Este regalo... no sé qué perro me lo robó porque huele a perro apestoso e infectado. En tu casa matan cada día no sé cuántos perros..., no te molestará tenerlo contigo. Por eso te lo doy. Ten...

La cara de Sun Meiniang enrojeció de pronto. Al ver el *bodhisattva* de jade, Meiniang sintió un gran dolor en el culo. La escena de esa noche apareció toda entera ante sus ojos, y eso la enfureció; hubiera querido lanzarse sobre la señora para arañarle esa cara alargada y picada por la viruela, pero sus pies apenas se movieron del suelo. Y lo hizo por el gran *laoye* Qian, todo por él, para que se recuperase. Entonces lo comprendió todo. Lo que le arrojó la esposa del subprefecto no solo era un adorno de jade, sino que era su cuerpo entero, su posición social, su prestigio y su reputación, su desafío y su humillación. Frente al *bodhisattva* de jade, Meiniang dudó por un instante. Si se agachaba para recogerlo, la señora se vanagloriaría. Pero si no lo hacía, era ella, Meiniang, quien mantendría a salvo su dignidad. Recogerlo satisfaría a la señora; no recogerlo la enfurecería. Si satisfacía a la señora, ello supondría un reconocimiento tácito a sus amores con el *laoye*. Si no lo hacía y la señora se enfurecía, el camino hacia su amor se llenaría de obstáculos. Cuando oía hablar al *laoye* de su mujer, había siempre en sus palabras una mezcla de respeto y temor hacia ella. Quizá porque sabía que ella pertenecía a una familia —la familia Zeng— muy respetada y todavía poderosa a pesar de estar ya en esos años en plena decadencia. El gran *laoye* podía arrodillarse ante su mujer, ¿no iba yo a poder encorvarme ante ella?

Lo haría todo por amor al *laoye*, y por ello se agachó y cogió del suelo el *bodhisattva* de jade con la cuerdecita roja. Volvió a pensar: para construir un muro se necesita tierra, y prestarse ahora al juego de la comedia... ¿Por qué no? Se agachó y, como recibiendo un honor inesperado, dijo:

—Esta mujer del pueblo agradece a la señora el favor que le hace.

La señora respiró hondo y contestó:

—Ve, el *laoye* te espera en la habitación de las Firmas.

Sun Meiniang, que estaba de pie, con la cesta de la carne de perro y el vino amarillo, dio media vuelta y se fue. Pero la esposa del subprefecto la llamó sin mirarla, ya que tenía los ojos puestos en la ventana.

—Él ya es mayor, y tú eres joven... —dejó caer.

Meiniang comprendió el porqué de ese comentario y le subió a la cara un golpe de calor. No supo nada conveniente que decir. La señora se retiró a sus aposentos, en la Sala de las Flores del Oeste. Sun Meiniang vio el tamaño de los pies de la señora, que eran como unos triángulos diminutos, lo que mostraba, sin lugar a dudas, que la señora era una mujer de mucha categoría.

Por la cabeza de Meiniang pasaba una mezcla muy variada y contradictoria de emociones en la que había odio, amor, arrogancia por la victoria lograda y un sentimiento de inferioridad por la derrota.

IX

El subprefecto recuperó el apetito gracias al nutrimento (hecho de lluvia y rocío) que le proporcionó Meiniang, y ganó, día a día, fuerzas y ganas de vivir. Con cara de preocupación y frunciendo las cejas, empezó a hojear los documentos que se habían acumulado en su despacho. Manoseándole el culo a Meiniang, el subprefecto dijo:

—Meiniang, Meiniang, si no soy yo quien detiene a tu padre, lo hará el *daren* Yuan.

Meiniang, poniéndose recta, dijo:

—*Laoye*, mi *die* ha herido a los alemanes, pero tuvo una razón para hacerlo. Los alemanes mataron a mi madrastra y a mis hermanastros. Mataron además a veinticuatro inocentes que pertenecían al pueblo; y ya han recibido suficiente compensación. ¿A qué viene ahora lo de detener a mi padre? ¿No es injusto?

El subprefecto respondió con una sonrisa amarga:

—Las mujeres... ¿pueden entender estas cosas?

Meiniang agarró la barba del subprefecto y le dijo, engatusándolo:

—Yo no comprendo nada, pero sé que mi padre no ha hecho nada malo.

El subprefecto suspiró:

—Sé que tu *die* no ha hecho nada malo, pero no puedo desobedecer las órdenes que me dan.

—Tú eres una buena persona y no le harás eso a mi padre —le dijo Meiniang, retorciéndose sobre las rodillas del subprefecto—. Tú eres el gran *laoye* de la subprefectura de Gaomi, ¿no vas a proteger a un miembro de tu pueblo?

—Pero ¿cómo podría hacerte caso, mi tesoro?

Los dos brazos de Meiniang abrazaron el cuello del subprefecto y frotó su cuerpo, lustroso como el jade más puro, contra el suyo. Con un tono de voz cálido y seductor, le dijo:

—Mira cómo le trato yo, y... ¿no eres capaz de proteger a mi padre?

—Vale, vale... —asintió el subprefecto —; el carro seguro que en medio de la montaña encontrará un camino; el barco se topa con un viento fuerte y poderoso que le llega de frente, pero seguro que acabará abriéndose paso en medio de ese obstáculo. Meiniang, cuando llegue la fiesta de Qingming, haré lo que siempre he hecho. Instalaré el columpio en el campo de entrenamiento que hay en el sur para que tú te diviertas. Plantaré los melocotoneros y pensaré en dejar un recuerdo imborrable en el pueblo de Gaomi. Ah, Meiniang, para la fiesta de Qingming de este año me toca hacer la misma comedia de siempre. ¿Quién sabe dónde estaré para la fiesta de Qingming del año que viene?

—*Laoye*, el año que viene, para la fiesta de Qingming, usted ocupará ya el puesto de prefecto. No, será algo más elevado que prefecto...

X

Cuando el subprefecto de Gaomi supo que Sun Bing había aprovechado la reunión de las fiestas de Qingming para organizar el ataque a las barracas de las vías férreas de los alemanes, su cabeza se quedó en blanco. Arrojó al suelo la pala que utilizaba para plantar los melocotoneros, no dijo nada y se subió al palanquín. Sabía que su carrera había concluido. El subprefecto regresó al *yamen* de la subprefectura y se dirigió a sus servidores y demás funcionarios:

—Mis compañeros, mi carrera como subprefecto ha llegado a su fin. Si deseáis quedaros aquí y esperar al nuevo subprefecto, podéis hacerlo; si queréis otro futuro, sois libres de hacerlo.

Se miraron los unos a los otros sin atreverse a decir nada.

El subprefecto esbozó una sonrisa amarga y entró en el despacho de las Firmas, dio un portazo y, una vez dentro, cerró con llave la puerta gruesa y pesada.

Los presentes temblaron con el ruido que hizo el portazo. Se quedaron todos con los brazos caídos, deprimidos y sin fuerzas. El secretario de Qian Ding, el que se encargaba de las finanzas del *yamen*, se fue a la ventana y gritó:

—Vuestra Señoría, el proverbio dice que cuando los soldados vienen, hay que impedirles el paso, y cuando el agua viene, hay que echar tierra. El cielo nos protegerá siempre, no pierda el tiempo pensando en mil cosas a la vez...

La garganta del subprefecto, el cual no se había movido de la habitación, no emitió un sonido.

El secretario de finanzas le pidió a Chunsheng:

—Ve a los aposentos de la señora y cuéntale lo que ha pasado aquí; esta noche va a pasar algo grave.

El subprefecto arrancó sus ropas y las tiró al suelo. Se sacó el gorrito y lo estampó contra la pared; y se dijo a sí mismo: «Cuando uno deja de ser un oficial y funcionario, uno se siente ligero; cuando uno no tiene cabeza, no se tienen problemas. El emperador, la emperatriz, los ministros..., ninguno de ellos puede seros leal hasta el final; Vuestra Excelencia Yuan, Vuestra Excelencia Tan, Vuestra Excelencia Cao, este humilde servidor no puede ir hasta el final de lo que le piden; señora, no puedo cumplir con todas mis obligaciones de marido; mi querida Meiniang, no puedo satisfacer todos tus intereses; Sun Bing, hijo de la gran puta, no te decepcionaré...».

El subprefecto se subió a un taburete, se desató el cinturón y lo ató a una de las vigas de madera del techo, hizo un nudo dejando un espacio abierto como en una trampa y pasó la cabeza por el círculo que había quedado; se recogió la barba con cuidado y la puso a un lado. A través de los agujeros que los gorriones habían hecho en el papel de la ventana, el subprefecto vio el cielo nublado y las gotas de lluvia fina, gotas que parecían de plata, que caían sin cesar; vio al secretario, al copista, a los servidores, a los miembros de su guardia personal, a los del escuadrón de intervención rápida, todos ellos de pie, bajo la lluvia; vio un par de golondrinas que volaban sobre el tejado de la Sala de las Flores del Oeste y construían su nido, y oyó el repiqueteo de las gotas de lluvia al caer sobre las tejas y el murmullo de las golondrinas; era la vida que se precipitaba con toda su intensidad y con todo su aliento. El suave frío de la primavera le puso la piel de gallina, y se acordó del calor que proporcionaba el cuerpo caliente de Sun Meiniang. Su piel se erizó de deseo. Ah, las mujeres, las mujeres..., tenéis algo mágico..., sois la belleza, el misterio, lo sé de sobra. Mi futuro ha sido destruido por el cuerpo de una mujer... He sido tan imbécil al dejarme engatusar por una... El subprefecto sabía que si seguía pensando así, se le iría el valor necesario para hacer lo que tenía previsto hacer. Sin pensarlo más, de un golpe violento le dio una patada al taburete; y justo en ese momento oyó la voz aguda de una mujer. Era una voz femenina, pero ¿era la de su mujer? ¿La de Meiniang? De repente se arrepintió de lo que acababa de hacer e intentó agarrarse al cinturón que colgaba del techo, pero sus brazos ya no tenían fuerzas...

Capítulo decimotercero

La ciudad destruida

I

El subprefecto se dirigió, subido en un palanquín tirado por cuatro individuos, al burgo de Masang. Para ese momento solemne y grave, se llevó a veintidós soldados de la subprefectura, diez de los cuales eran arqueros, y los otros diez, fusileros. Al salir de la ciudad amurallada, el palanquín y su séquito pasaron por delante de la escuela de estudios clásicos de Tongde [223](#), el de la Transmisión de la Virtud. Ahí vio a doscientos cuarenta soldados alemanes que se estaban entrenando con unos uniformes que brillaban con fuerza. Los soldados eran muy altos y su despliegue de poder impresionaba a cualquiera. Con sus gritos, agitaban los fundamentos del cielo. El subprefecto se asustó en secreto, no solo por los soldados alemanes en sí, sino por los fusiles máuser que llevaban en sus manos y los cañones de montaña Krupp, que estaban a un lado, en hileras. Parecían tortugas, sacando el cuello largo en dirección al cielo, con el caparazón brillando al sol. Las ruedas coloridas que sujetaban esos cañones parecían pesadísimas. El subprefecto ya había visto un despliegue de fuerzas similar cuando, unos años atrás en Xiaozhan, la pequeña estación, en Tianjin, varias decenas de funcionarios y oficiales como él se desplazaron para recibir al *daren* Yuan Shikai, que había tomado posesión de sus funciones en la prefectura de Ji'nan. Yuan Shikai pasó revista, en esa ocasión, al nuevo ejército de tierra, compuesto por más de cinco mil soldados. Aquello le pareció al subprefecto de una grandeza militar y un poderío capaces de hacer frente a cualquier potencia extranjera, un ejército sin par en este mundo; comparado con el equipamiento y la disciplina que veía en esos momentos en los alemanes, no era más que una caricatura de ejército. ¿Por qué los

alemanes proveían con armas a los que ellos mismos habían invadido y sometido? Vuestra Señoría Yuan, eres un idiota.

En realidad, el *daren* Yuan no tenía nada de idiota, y era el subprefecto quien sí que era un idiota. El *daren* Yuan no tenía la menor intención de servirse del nuevo ejército de Tianjin para enfrentarse a las potencias extranjeras.

Ese día, en el campo de la prefectura de Ji'nan, donde se había concentrado el nuevo ejército con sus regimientos, el *daren* Yuan les pidió a los soldados que lanzaran tres cañonazos con el fin de hacer una prueba. Los proyectiles salieron del terreno y atravesaron el río y una pequeña colina hasta caer en un pedregal. El subprefecto y los burócratas, guiados por el almirante de artillería, fueron a caballo hasta el punto donde habían caído los proyectiles. El subprefecto vio que sobre el pedregal se habían formado tres cráteres triangulares de unos dos *chi* cada uno. Las piedras de la metralla se habían pulverizado o convertido en pedacitos pequeños pero muy afilados, las puntas afiladas de algunas de esas piedrecitas de la metralla habían salido volando hasta los árboles y habían seccionado algunas ramas, y los troncos supuraban su jugo. Los subprefectos expresaron con elocuencia su admiración y asombro y no escatimaron elogios de todo tipo, los cuales parecían no tener fin. Los cañones que habían servido para el ensayo de ese día parecían los hijos de los doce cañones que habían puesto en el campo de la escuela de estudios clásicos de Tongde. El subprefecto comprendió por qué el *daren* Yuan se bajaba los pantalones ante los alemanes y consentía todas sus peticiones; comprendió por qué, ante la captura de Sun Bing, el *daren* Yuan se comportaba como un padre débil, imbécil y cobarde que abusa de su poder y maltrata injustamente a sus propios hijos; cuando los hijos ya han recibido su castigo, el padre encuentra siempre una razón para darles un bofetón de más. A nadie le sorprendió que se dirigiera en estos términos al pueblo de Gaomi: «Según lo que ya es conocido por todos vosotros, los alemanes tienen barcos poderosos y cañones inmejorables; todo ello les hace invencibles. Vosotros la habéis armado gorda, por eso habéis tenido que pagarlo en función del daño que vosotros mismos habéis provocado. Y a buen entendedor, pocas palabras bastan..., y no es necesario que me repita. Hay un proverbio que dice: “La buena conducta se construye con la costumbre, pero la inflexibilidad solo acaba dando problemas...”».

El subprefecto comparó los arqueros y los soldados armados del nuevo ejército, que en ese momento eran el objeto de su orgullo y más profunda admiración, con las tropas alemanas, y sintió vergüenza. No había nada de qué enorgullecerse. Los arqueros y los fusileros tenían cara de preocupación y marchaban de arriba abajo por la calle principal de la escuela de estudios clásicos; parecían esos maridos infieles a los que pasean desnudos por la calle. El subprefecto pensó que ese despliegue de fuerzas se debía a un intento por hacer ruido y elevar el prestigio de la dinastía celestial ante la presencia invasora de los alemanes, pero enseguida fue consciente de

que eso no era tan estúpido como mirarse los ojos en un espejo. No valía la pena enviar más refuerzos a esas tropas. No era de extrañar que sus propios soldados se mostrasen reticentes a participar en esa farsa. Esos soldados ya habían ido a la escuela de estudios clásicos de Tongde y habían visto a los soldados alemanes y sus prácticas. Él lo acababa de ver en ese momento y le había puesto enfermo. Cuando estuvo enfermo en la prefectura, sus soldados le habían dicho que los alemanes habían entrado por la fuerza en Gaomi y habían ocupado la escuela de estudios clásicos de la Transmisión de la Virtud —la escuela de Tongde—. Si habían decidido quedarse en esa escuela era por una cuestión de nombre [224](#). El subprefecto pensó que lo mejor que podía hacer en ese momento era taparse las orejas ante esas noticias terribles y darse la muerte; lo intentó, pero fracasó. Después de su intento de suicidio, sintió la ocupación alemana de la subprefectura como un ataque a la dignidad de su pueblo y la gran dinastía Qing, un acto bárbaro típico de una banda de piratas. Escribió al gobernador Carl Rosendahl una nota diplomática exigiéndole que pidiera disculpas y la retirada inmediata de las tropas alemanas de Gaomi por haber infringido el tratado sino-alemán de Jiao'ao [225](#), pero Chunsheng y Liu Pu, que fueron los encargados de transmitir esa nota, regresaron a la subprefectura con una respuesta clara: si los alemanes estaban ahí, en Gaomi, era porque Yuan Shikai y el emperador de la corte imperial de la gran dinastía Qing les habían dejado entrar y estacionarse. El subprefecto, preso de las dudas, decidió volar hacia la prefectura de Laizhou para enviarle un telegrama al prefecto Cao y al *daren* Yuan Shikai. Su Excelencia Yuan le exigió al subprefecto que proveyera con todo lo que pudiera a la guarnición de los alemanes y que encontrase lo antes posible a los rehenes que todavía estaban en manos de los rebeldes.

La carta del *daren* Yuan era larga y estaba escrita en un tono solemne y sincero: «... El grave incidente que acaba de ocurrir ha dejado la mitad de la provincia de Shandong, de la que yo soy el gobernador provincial, patas arriba. Si los rehenes alemanes son ejecutados, no me imagino lo que nos puede pasar. Nuestro país no solo se dividirá, sino que nuestras familias perecerán. En estos tiempos críticos, vosotros debéis demostrar un fuerte y sólido patriotismo y un sentido agudo del sacrificio, ser comprensibles y poner todo de vuestra parte para que las cosas se solucionen, no ser egoístas. Si os mostráis vagos y desobedientes, se os castigará severamente. Cuando haya acabado con los bandidos de los puños divinos que pululan por el norte de la provincia, me ocuparé de Gaomi. Al ocurrir el incidente del segundo día de la segunda luna, envié un telegrama al subprefecto de Gaomi para que detuviera cuanto antes a ese tal Sun Bing, el líder de los bandidos. Pero el subprefecto me ha respondido con un telegrama en el que muestra una falta de sentido común y un estado de confusión mental preocupantes. Desobedece mis órdenes y justifica la acción de los bandidos. Qian Ding ha cometido un delito de abandono y deserción de

sus obligaciones, y debería, por lo tanto, ser depuesto de su cargo y castigado severamente; pero a Qian Ding le une un lazo de parentesco con un gran ministro y servidor de nuestra gran dinastía Qing, y no se le aplicará por esta vez la ley como a cualquier otro súbdito de Sus Majestades los emperadores. Tendrá tiempo, mientras recuerda la vergüenza que ha caído sobre él, para rectificar sus errores y pacificar a los alemanes. La detención y el juicio de Sun Bing servirán a tal fin...».

Tras leer el telegrama, el subprefecto clavó los ojos sobre el rostro cubierto y ensombrecido de su esposa, y, suspirando con melancolía, le dijo:

—Ah, señora... ¿por qué quiso salvarme la vida?

—Su situación actual, ¿no es acaso peor que la de mi abuelo materno cuando perdió la batalla de Jinggang [226](#)? —le contestó la señora con los ojos brillantes y mirando fijamente al subprefecto.

—¿Y tu abuelo materno no quiso saltar al río para suicidarse?

—Cierto, mi abuelo materno saltó al río para suicidarse —dijo la señora—, pero un soldado le salvó la vida en el último momento. Sacó fuerzas de flaqueza de esa experiencia tan dolorosa y volvió a resurgir de sus cenizas, indomable esta vez, y lleno de fuerza, para aplastar a los cabellos largos [227](#) en Nanjing; fue, por lo tanto, capaz de realizar esa proeza. Ello le dio honor y gloria a su ministerio, le convirtió en uno de los pilares del imperio Qing; a su mujer y sus hijos les dotó con una herencia que todavía pervive hoy, y le servían la comida en enormes trípodes metálicos pertenecientes a tiempos inmemoriales [228](#); construyó un templo que dedicó a Confucio, y su nombre será recordado mil años. Este es precisamente el carácter de un gran hombre, de un marido que se precie.

—La dinastía actual se fundó hace más de doscientos años y no ha habido más que un Zeng Wenzheng... —El subprefecto miró el retrato de Zeng Wenzheng que colgaba en la pared; los años habían pasado para ese venerable anciano, pero seguía igual de imponente con su aura legendaria. El subprefecto prosiguió—: Este humilde servidor no tiene talento, y menos discernimiento; es débil y no tiene voluntad; tú le has salvado de las garras de la muerte, pero no conseguirá nada en esta vida. Señora, me da pena. Alguien como usted, tan elegante y de tan buena familia, se ha casado con un pedazo de carne andante.

—Señor, ¿por qué se desprecia de esa manera? —dijo con un tono de voz grave—. Tu estómago está lleno de libros y poesía; tu pecho, cubierto de estrategias militares; ahora gozas de buena salud; eres alguien que conoce al dedillo las artes marciales; y si te han minusvalorado, no hay nada que no puedas hacer, pero tu oportunidad no ha llegado todavía...

—¿Y ahora qué? —dijo el subprefecto con una sonrisa burlona—, ¿ha llegado mi oportunidad?

—Por supuesto —repuso la señora—, hoy día los bóxers están provocando el caos

por todas partes, han unido fuerzas y miran como tigres; Sun Bing se ha rebelado y los alemanes están furiosos; el país está en peligro, como una cesta que contiene muchos huevos y corren el riesgo de ser aplastados. El señor debe sacar provecho de este momento y rescatar a los rehenes alemanes. Esta es también tu oportunidad para capturar a Sun Bing y hacerte un nombre ante Su Excelencia Yuan. No solo te perdonará por tus errores pasados, sino que te promocionará. ¿No te ha llegado la oportunidad de tu vida?

—Señora, sus comentarios me hacen verla con otros ojos —dijo el subprefecto con un tono de voz irónico—, pero la rebelión de Sun Bing tiene una razón y está, por lo tanto, justificada.

—Señor, la esposa de Sun Bing ha sido ultrajada, y Sun Bing ha herido a los alemanes. Todo esto es comprensible. Los alemanes han querido vengarse; esto también es comprensible. Pero después de lo sucedido con su mujer, Sun Bing hubiera debido buscar justicia de otra manera y en otras instancias, y no unirse a los bóxers, ni instalar un altar divino para sus propios intereses. Incitó a la muchedumbre a que atacara los barracones de las vías de tren. ¡Ahora han secuestrado a unos alemanes y se han convertido en bandidos! Señor, ¿si esto no es rebeldía, qué es? —dijo la mujer utilizando un tono de voz severo—. Quien te da de comer es la corte de la gran dinastía Qing, eres un oficial y un alto funcionario de este gobierno, y, en estos tiempos en los que reina el caos, en vez de hacer todo lo posible por ayudar a tu país, vas y ayudas a ese bandido de Sun Bing a que huya. Lo que parece a primera vista un acto de compasión es en realidad un acto de ocultación; lo que parece a primera vista un acto de amor al pueblo es en realidad tender la mano a los bandidos. Señor, has leído y eres lúcido, ¿cómo has podido llegar a este punto de estupidez? ¿Es por una vendedora de carne de perro?

La señora le miró fijamente, y el subprefecto, avergonzado, bajó al suelo.

—Tu esposa no puede concebir; esta es una de las siete causas [229](#) por las cuales una mujer puede ser repudiada por un marido. Pero el señor no lo hizo. No lo olvidaré nunca... —dijo la señora con tacto y gracia—. Cuando la situación se haya estabilizado, te buscaré personalmente una mujer joven y bella que te dará hijos varones para continuar la reputación de la gran familia Qian. Si el señor sigue atontado con la hija de Sun Bing, el carnicero Zhao Jia podría repudiarla y, por lo tanto, el señor podría adoptarla como concubina, podrá dormir a tu lado y darte placer [230](#). Pero todo esto sucederá después. Si el señor no puede rescatar a los rehenes alemanes y capturar al bandido de Sun Bing, nosotros dos moriremos y no nos darán sepultura, y tú tampoco podrás gozar del cuerpo de la hija de Sun.

El subprefecto empezó a sudar por la espalda y fue incapaz de decir nada.

II

El subprefecto había tomado asiento en el palanquín y, por un lado, le hervía la sangre, y, por el otro, se sentía totalmente abatido. La luz del sol entraba en el palanquín, como flechas, y lo hacía a través de las cortinillas. Llegaba por momentos a sus manos, y, por otros, a sus pies. Por los orificios de las cortinillas, el subprefecto vio el cuello de los portadores chorreando ríos de sudor. El cuerpo del subprefecto se balanceaba con el ritmo del palanquín al desplazarse, y el flujo de sus pensamientos guardaba la misma inestabilidad. El rostro serio de la señora, cubierto con la gasa negra semitransparente, y el rostro blanco de Meiniang, se alternaban en su cabeza. La señora representaba la razón, la carrera oficial y la dignidad ante los demás; Meiniang representaba los sentimientos, la vida en sí y el estado de enamoramiento. Esas dos mujeres eran para él totalmente necesarias, pero debía elegir una. ¿Cuál? Solo podía elegir a la señora. La nieta de Zeng Wenzheng era, ciertamente, la buena elección. Pero si no rescataba a los rehenes alemanes, si no capturaba a Sun Bing, él se convertiría en el pasto de los cuervos. Ah, Meiniang, tu *die* es tu *die*, y tú eres tú. Por ti, yo debo arrestar a tu *die*; y si le arresto, es única y exclusivamente por ti.

El palanquín pasó por encima del puente de piedra del río Masang, recorrió un camino de tierra lleno de surcos, hasta llegar a la Puerta del Oeste, en el burgo de Masang. El sol estaba en su cénit, pero la puerta estaba todavía cerrada. En lo alto del muro había amontonados ladrillos, piedras y tejas. Había también numerosos soldados de fortuna armados con cuchillos y pistolas que habían desplegado un estandarte amarillo con el carácter del gran mariscal «Yue» bordado sobre él. Llevaban la cabeza

envuelta con un turbante rojo, y, en la cintura, un cinturón ancho del mismo color. Sus rostros también estaban embadurnados de color rojo. Unos guardias jóvenes montaban guardia.

El palanquín del subprefecto se había parado junto a la gran puerta. El subprefecto se curvó y salió por la puertecilla. Una voz, clara y potente, que venía del muro preguntó:

—¿Quién viene?

—¡El subprefecto de Gaomi, que quiere ver a Sun Bing!

—¿Y para qué quieres verlo?

—Para pedirle una cita.

—Nuestro mariscal está entrenándose. ¡No puede recibirle!

El subprefecto sonrió fríamente y dijo:

—Yu Xiaoqi, no te hagas el listillo conmigo. El año pasado te detuvimos por apostar con otra gente y lanzarte al juego de forma miserable. Te dimos cuarenta bastonazos y te fuiste luego como si nada te hubiese pasado, porque te dejamos ir ya que tenías que cuidar a tu anciana madre, de setenta años. ¿Ya lo has olvidado?

Yu Xiaoqi gritó con voz de niño:

—¡Ahora soy el general Yang Zaixing [231](#)!

—¡Y aunque fueras la reencarnación del mismísimo Emperador de Jade, seguirías siendo Yu Xiaoqi! Llévame junto a Sun Bing, si no te llevo al *yamen* y te hago azotar otra vez...

—Espera —dijo Yu Xiaoqi—, voy a anunciarle que has venido.

El subprefecto observó la comitiva que acompañaba a Xiaoqi y pensó, maliciosamente, que esos no eran más que campesinos y granjeros de buen corazón.

Sun Bing iba vestido con una chamarra blanca y llevaba un casco de plata en la cabeza, sobre el cual había un par de plumas amarillas como las que se ponen los actores del teatro cuando representan a los soldados; sus manos sujetaban uno de esos bastones largos de madera. Aparecieron muchos más en la torre de vigilancia, sobre el muro.

—¡Eh, el de abajo, di cómo te llamas!

—¡Sun Bing, sí, Sun Bing —gritó el subprefecto—, deja de hacer teatro porque no vas a conseguir nada con ello!

—¡Bajo mi bastón de mariscal, yo no corto la cabeza a una vida de la que conozco el nombre! ¡Dinos cómo te llamas!

—Eres un bandido, Sun Bing. Escúchame bien, yo soy un alto oficial de la gran dinastía Qing y el magistrado de la subprefectura de Gaomi. Me llamo Qian Ding, y mi nombre de adulto es Yuanjia.

—Así que es el pequeño subprefecto de Gaomi —dijo Sun Bing—, ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Por qué no te has quedado en el *yamen* haciendo tu trabajo de

funcionario?

—Sun Bing, ¿crees que tú me dejas hacer otra cosa en el *yamen*?

—El gran asunto que ocupa al mariscal es destruir a los extranjeros, ¿crees que tengo tiempo para ocuparme de los asuntos triviales de un pequeño subprefecto?

—Si el subprefecto ha venido a verte es por el asunto de la destrucción de los extranjeros. Rápido, abrid las puertas y dejadme entrar. Si no lo hacéis, el ejército vendrá a por nosotros, y tanto la piedra como el jade serán destruidos.

—Si tienes que decirme algo, dímelo desde fuera. El mariscal te escuchará.

—Es un asunto confidencial que se debe hablar a solas y cara a cara.

Sun Bing se quedó pensando un momento y dijo:

—Solo tú puedes entrar.

El subprefecto entró en el palanquín y voceó: «¡Adelante!...».

—¡No, el palanquín no está autorizado a entrar! —saltó Sun Bing.

El subprefecto retiró las cortinillas del palanquín y asomó la cabeza.

—El subprefecto ha recibido una orden de la corte imperial, es por eso que debe entrar con el palanquín —dijo él.

—Entonces, dejad que entre solamente el palanquín.

El subprefecto les dijo a sus soldados, que estaban a sus espaldas:

—Esperadme fuera.

—¡Vuestra Excelencia! —prorrumpieron Liu Pu y Chunsheng junto al palanquín —, ¡usted no puede entrar solo!

El subprefecto sonrió:

—Tranquilos, el mariscal Yue tiene sentido común, ¿cómo iba a hacerme daño?

La puerta se abrió desde dentro y se produjo un chirrido: *cshriiii, ñiiii...*, y el subprefecto, balanceándose de un lado a otro, casi a punto de caer, entró. Los arqueros y los fusileros pensaron en lanzarse para sujetar el palanquín cuando del muro empezaron a caer las tejas, los ladrillos y las piedras, igual que una lluvia de disparos. La guardia del subprefecto se dispuso a responder con sus armas, pero el subprefecto les gritó que no lo hicieran.

Cuando el palanquín pasó por la gran puerta de pino —una puerta en la que acaban de incrustar las bisagras de hierro—, sintió un fuerte olor a aceite de pino. A través de la cortinilla, el subprefecto vio que a los dos lados de la calle habían instalado seis grandes fraguas cuyas llamas rojas aullaban como el viento: *uuuuuú*, y el fuego crepitaba y la madera chisporroteaba: *crirrist, craccrac...* Junto a las fraguas había varios lugareños que forjaban las cuchillas de los sables de los guerreros y golpeaban los martillos una y otra vez: *tan, tan...*, y las chispas del impacto salían disparadas por los cuatro lados. La calle se había llenado de niños y mujeres; unos llevaban en sus manos grandes tortas, mientras que otros llevaban cebollas peladas. Todos ellos tenían una cara tensa y sus ojos brillaban como si encerrasen fuego. Había un niño que tenía

un moño en la cabeza y mostraba su barriguita redonda, llevaba una jarra de arcilla en las manos y bajó la cabeza cuando el palanquín del subprefecto pasó delante de él. Con una voz aguda, una voz de niño, se puso a canturrear una melodía de la ópera de Maoqiang:

«*La nieve flota en el cielo ~~ y el viento del noroeste hincha las mangas de mi camisa ~~*».

El niño cantaba alto y con fuerza, y si, al principio, alegró al subprefecto, luego le hundió en una profunda depresión. El subprefecto se puso a pensar en los soldados alemanes, con sus cañones y sus fusiles, que habían ocupado la escuela de estudios clásicos de Tongde, y vio a esos pobres campesinos, ignorantes y hechizados por la magia de Sun Bing. El subprefecto pensó que era su obligación liberar al pueblo de la tortura a la que le estaban sometiendo. En su cabeza resonaban claramente esas palabras, como el tilín de unas campanillas; resonaba insistentemente esa promesa que tuvo que recitar cuando ocupó su puesto de magistrado y subprefecto: mi esposa tenía razón. Cuando se produce un momento de crisis tan grave como el que vivimos ahora, tanto por el interés del pueblo como por el interés del país, no puedo permitirme el lujo de buscar mi muerte. Eso sería un acto de cobardía imperdonable. Un hombre que ha nacido en tiempos tan revueltos debe tomar ejemplo de Zeng Wenzheng y atravesar el fuego y el agua, impedir que las aguas turbulentas se desborden e inunden todo, y ayudar al pueblo a que no caiga y se ahogue en esas aguas. Ah, Sun Bing, hijo de la gran puta, para vengar un asunto personal has movilizad a esta pobre gente del burgo de Masang y vas a obligarles a pasar a través del fuego y el agua... Con ello, me obligas a detenerte...

Sun Bing iba montado en un caballo cuya pelambre era del color rojizo del azufaifo; el caballo se arrastraba, extenuado, delante del palanquín del subprefecto, y guiaba a los portadores. Las dos patas traseras del caballo estaban peladas por el roce con el palanquín, y se podía ver la superficie lisa y azulada de la piel. La parte trasera del caballo estaba manchada de heces secas, de color amarillo, que habían sido heces casi líquidas. El subprefecto vio que ese caballo no era más que un caballo de carga y tiro que había pasado mucho tiempo arrastrando una carreta, y, ahora, se había convertido en el caballo del mariscal Yue... Al caballo de Sun Bing daba pena verlo. Delante del caballo marchaba un jovenzuelo de cara roja, vivaracho y determinado a seguir adelante, que llevaba un bastón de madera largo y totalmente alisado en una de sus manos; el bastón tenía la forma de una azada. Detrás del caballo iba otro joven, este de tez oscura, más bien tranquilo, y también llevaba ese bastón con la forma de una azada. El subprefecto se dio cuenta de que esos dos jóvenes representaban a personajes de la novela *Lo que se dice en la biografía completa de Yue*. El joven que iba delante del caballo era Zhang Bao; y el de detrás, Wang Heng [232](#). Sun Bing cabalgaba todo recto encima del caballo. Con una mano sujetaba las riendas y con la

otra el bastón de madera, pero exageraba sus movimientos, dándole un aire teatral a la escena. La manera de montar a caballo de Sun Bing debía ser la de un jinete elegante cabalgando sobre un corcel adiestrado bajo la luz de la luna, en una estepa solitaria; pero no era así y era verdaderamente una lástima... Sí, una lástima que ese caballo no fuera un corcel, sino un caballo viejo y magullado, por una callejuela estrecha y polvorienta, donde pasaban las gallinas que picoteaban lo que podían para comer y los perros famélicos. El palanquín seguía el camino que marcaba Sun Bing y sus dos inseparables guardias, y llegaron al centro del burgo, donde estaba la ensenada del río ya seca. El subprefecto vio que se habían reunido varios centenares de personas sobre la superficie plana de la ensenada, todos ellos con sus turbantes y sus cinturones rojos, sentados tranquilamente, como una plancha de barro. Algunos hombres que iban de verde y otros colores tan vistosos como las flores, subidos sobre pilas de ladrillos, entonaban trozos de las arias de la ópera de Maoqiang; eran melodías tristes y lentas, y el subprefecto, que había, sin embargo, obtenido el título de *jinshi* en los exámenes imperiales, no comprendía del todo lo que esas palabras querían decir:

«Del sur sopla un tornado negro ~~ es el espíritu del gato blanco que el capitán Hong acaba de liberar ~~ el espíritu del gato blanco, ah, el espíritu del gato blanco ~~ que naciste con los ojos rojos y el pelo blanco ~~ quieres chupar nuestra sangre ~~ Laozi, ven a mostrarnos tu inteligencia divina ~~ enseña a los puños divinos cómo proteger la gran dinastía Qing ~~ mata al espíritu del gato blanco ~~ despélljalo y arráncale los ojos para que se iluminen las lámparas celestiales ~~».

Sun Bing se bajó del caballo delante de una yurta que los lugareños acababan de construir y que estaba junto a la ensenada seca del río Masang. El caballo se sacudió las crines sucias y embarradas, tosió, dobló las patas, se dejó caer y expulsó violentamente, por el culo, un chorro de heces amarillas líquidas. Delante del caballo, Zhang Bao lo ató a un sauce, y Wang Heng, detrás del caballo, tomó el bastón de madera de jinjolero de Sun Bing, el cual miró el palanquín del subprefecto. La expresión de la cara de Sun Bing fue considerada por Qian Ding, en ese primer golpe de vista, como una cara que combinaba la arrogancia con la estupidez. Los portadores inclinaron las dos barras con las que sujetaban el palanquín y abrieron las puertas con las cortinillas; el subprefecto bajó. Sun Bing, con la cabeza alta y sacando pecho, entró en la yurta acompañado del subprefecto.

En la yurta había encendido un par de velas que iluminaban una divinidad colgada en una de las pantallas que hacían de paredes. En la cabeza de ese dios improvisado había una cola de faisán, y llevaba una túnica con una serpiente pitón bordada. De su barbilla colgaba una barba bella que se parecía, en tres partes, a la de Sun Bing, y, en siete partes, a la del subprefecto. Dada su relación con Sun Meiniang, el subprefecto conocía bien la historia de la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato. Sabía por lo tanto que esa estatua correspondía a Chang Mao, el fundador legendario de la ópera

de Maoqiang. Ahora servía, inesperadamente y gracias a Sun Bing, de dios de los puños divinos de la Justicia y la Concordia. Nada más entrar en la yurta, el subprefecto oyó unos gritos hostiles a su presencia. Miró a los dos lados y vio a ocho niños casi salvajes —cuatro con la cara embadurnada de negro, y cuatro, con la cara de rojo—. Las ropas que llevaban también eran cuatro negras y cuatro rojas. Al moverse, hacían un ruido semejante al de las figuras de papel. Lo más seguro era que esos niños fueran, en realidad, tan irreales como unas figuras de papel. Los niños sujetaban en sus manos los bastones de madera, cuya forma también era la de una azada. El subprefecto se puso a odiar todavía más a Sun Bing. Tú, Sun Bing, pensó el subprefecto, hubieras podido inventar algo más original. Nunca dejarás de hacer tu comedia, la tuya, la de siempre, sobre las tablas de un teatro de campo, ni siquiera en estas circunstancias. Pero sabía que los alemanes no pensaban como él; los miembros de la corte imperial de Qing y el *daren* Yuan Shikai tampoco pensaban como él; los tres mil campesinos del burgo de Masang tampoco pensaban como él; los dos jóvenes que estaban en la yurta con él tampoco pensaban como él; y Sun Bing, él tampoco podía pensar como él.

Tras los anuncios diversos, gritos y proclamas para anunciar la llegada del mariscal Yue, Sun Bing, con solemnidad y mucho gesto teatral, tomó asiento en un trono de madera de peral. Amanerado al extremo, poniendo una voz ronca, leyó: «¡Que el invitado nos diga su nombre!».

El subprefecto dijo con una sonrisa fría:

—Sun Bing, como se dice en Gaomi, «no creas que vas a subir por mi nariz para agarrarme la cara». El subprefecto no ha venido para asistir a una representación de Maoqiang, tampoco para acompañarte en tu puesta en escena. Ha venido para preguntarte si son cenizas lo que arde o el mismísimo fuego.

—Menudo pájaro estás hecho. ¿Cómo te atreves a hablar en ese tono al mariscal? —Zhang Bao apuntó a la nariz del subprefecto con el bastón de madera y le dijo—: Nuestro mariscal tiene bajo sus órdenes un ejército con miles de hombres, que son muchos, pero que muchos más, que los que están bajo tus órdenes.

—No olvides —replicó el subprefecto, acariciándose la barba y señalando a su interlocutor con la barbilla— cómo perdiste tu barba...

—Sabía que eras un tramposo y un ladrón —alegó Sun Bing, indignado—, eres un traidor, un mequetrefe. Lo sabía, en la contienda de la barbas, tú empapaste tus barbas con cola y carbón para que los pelos se pusiesen duros como los de un pincel. Si no lo hubieras hecho, ¡nunca me habrías vencido, truhan! Pero lo de dispensarme de mi castigo delante de todos y luego enviar a alguien para que me arrancase las barbas... ¡Eso fue un acto de traidores y cobardes, Qian Ding!

—¿No quieres saber quién te arrancó las barbas? —sonrió el subprefecto.

—¿Y quién podría haber sido sino tú?

—Exacto —repuso sin alterarse el subprefecto—, tu barba era, en realidad, más larga y bella que la mía. Si no hubiera hecho esa maniobra, seguro que habría perdido. Te pido perdón, y lo hago delante de ti. Si te dispensé de cualquier castigo delante del pueblo fue para mostrarles que el gran *laoye* es tolerante y magnánimo; y si te corté las barbas al caer la noche, fue para bajarte los humos y hacerte un hombre.

—¡Eres un perro, maldito funcionario! —Sun Bing golpeó la mesa y añadió, indignado—: ¡Detened a este perro funcionario! ¡Hiciste de mi barbilla una tierra salina, ahora convertiré la tuya en el desierto de Gobi!

Zhang Bao y Wang Heng levantaron el bastón de madera y dieron un salto hacia delante, y los ocho niños salvajes empezaron a lanzar gritos de guerra.

—No hago más que cumplir órdenes que me vienen de la corte imperial, no soy más que un oficial, un subprefecto que cumple con su obligación. ¡A ver quién se atreve a tocarme un pelo! —dijo el subprefecto.

«*Avergoncemos a este miserable y desalmado Qian Ding...; como una mariposa nocturna que se precipita sobre el fuego, tú, bandido, has caído en mis manos...; un mar de sangre sin fondo, así será hoy la venganza...*». Sun Bing entonó, alzando el bastón de madera de jinjolero, una melodía de la ópera de Maoqiang, y añadió: «*Ah, bandido...*», y se dispuso entonces a golpear la cabeza del subprefecto.

El subprefecto, sin ponerse nervioso, se echó para atrás y evitó el bastonazo. Pudo agarrar el bastón al vuelo y lo tiró al suelo. Sun Bing perdió el equilibrio.

Zhang Bao y Wang Meng levantaron el bastón con el objetivo de golpear el cráneo del subprefecto, el cual saltó hacia atrás, ligero como un gato y flexible como un leopardo. Las cabezas de Zhang Bao y Wang Heng colisionaron, y los bastones fueron a caer, vete a saber cómo, a las manos del subprefecto. Con los bastones en la mano, golpeó a Zhang Bao con la izquierda, y a Wang Heng con la derecha.

—¡Hijos de puta! ¿Por qué no os largáis de una vez? —les gritó el subprefecto.

Zhang Bao y Wang Heng se cubrieron la cara y, a trancas y barrancas, salieron de la yurta como pudieron. El subprefecto arrojó al suelo uno de los bastones y guardó el otro en la mano. A los ocho niños que estaban en la yurta les exhortó con un tono de voz amenazante:

—¿Y vosotros..., qué hacéis todavía aquí, hijos de puta? ¿Acaso esperáis a que os saque a palazos o salís por vuestro propio pie?

Los ocho niños salvajes, al ver que la cosa no pintaba bien para ellos, soltaron unos el bastón y otros se lo llevaron, arrastrándolo, pero todos salieron de la yurta como un nido de avispas que acaba de ser importunado.

El subprefecto agarró a Sun Bing del cuello y, levantándolo del suelo, le dijo:

—Sun Bing, dime la verdad. ¿Dónde tienes escondidos a los tres alemanes?

—Al que apellidan Qian —dijo Sun Bing mostrando los dientes y poniéndose a cantar—: «*Mátame, mi familia ha sido aniquilada y estoy solo, vivir o morir, me da ya*

lo mismo...».

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿dónde tienes a los alemanes?

—¿Ellos?... —sonrió fríamente Sun Bing, y se puso, de repente, a cantar otra vez —: «*Quieres saber dónde están esos perros alemanes ~~ y yo no puedo hacer otra cosa que sulfurarme ~~ se han dormido en el cielo ~~ se han escondido bajo tierra ~~ están en las letrinas ~~ están en las barrigas de los perros, colgados a sus espaldas dorsales ~~*».

—¿Los has matado?

—Están bien vivos; y si eres tan listo, encuéntralos tú mismo.

—Sun Bing —le dijo el subprefecto, relajando las manos y con un actitud más reconciliadora—, debo decirte la verdad, los alemanes han capturado a tu hija, Meiniang, y si no sueltas a los tres alemanes que tienes como rehenes, la van a colgar en la ciudad.

—¡Pues que la cuelguen! —dijo Sun Bing—, una hija casada es como agua vertida. Yo ya no cuento con ella.

—Sun Bing, Meiniang es tu única hija. No debes olvidar todo lo que le debes —dijo el subprefecto—. Si no puedes traerme a esos tres alemanes, este servidor se ve obligado, hoy día, a detenerte en su lugar. —El subprefecto cogió el brazo de Sun Bing y lo sacó de la yurta.

En esos momentos, una algarabía se había formado fuera de la yurta. Varios cientos de hombres con las caras embadurnadas de rojo y pañuelos de varios colores en la cabeza, y clamando rabiosamente justicia, habían venido de la ensenada del río guiados por unos hombres vestidos de negro; esa masa humana compacta no tardó en cercar al subprefecto y a Sun Bing, que se vieron enseguida rodeados por un alud de seres disfrazados. Uno de los recién llegados, que llevaba colgando un mandil de piel de tigre y tenía la cara pintarrajeada como la cara de un mono, sujetaba un bastón de hierro y era uno de los líderes [233](#) de los puños divinos de la Justicia y la Concordia, su hermano mayor de la congregación y Gran Maestro. De la masa humana saltó al centro, donde se encontraban el subprefecto y Sun Bing. Señalando con el bastón la cabeza del subprefecto, dijo con una voz vigorosa que delataba un acento de otro lugar:

—¿Quién es este demonio que osa atacar a nuestro mariscal?

—Soy el subprefecto de Gaomi; he venido para liberar a los rehenes alemanes y detener, de paso, a Sun Bing.

—¡Qué subprefecto y qué niño muerto! Este es un demonio que ha tomado el cuerpo de otro. ¡Hijos míos, echad abajo este hechizo!

El subprefecto no tuvo tiempo a responder cuando los hombres que estaban detrás le arrojaron sobre la cabeza sangre de perro, e inmediatamente, los excrementos mezclados con agua. El subprefecto era una persona que había prestado a lo largo de

su vida una especial atención a su higiene. Nunca se había sentido tan sucio como en ese momento; se le revolvió el estómago dándole ganas de vomitar y soltó de golpe la mano de Sun Bing.

—Sun Bing, mañana al mediodía, en la Puerta del Norte de Gaomi, haremos un intercambio: tu hija por los rehenes. Si no, espérate a lo peor del Cielo para tu hija. — El subprefecto se limpió la mierda que tenía pegada en la cara y la sangre de perro que le tapaba los ojos. Tenía una pinta impresentable, pero debía mantener una actitud digna y, poniéndose duro, dijo—: No puedes hacer oídos sordos de lo que te dice el subprefecto de Gaomi.

—¡Mátenlo! ¡Maten a este perro funcionario! —gritaba la muchedumbre.

—¡Paisanos, yo estoy con vosotros! —replicó, descorazonado, el subprefecto—. Mañana me devolvéis a los rehenes alemanes. Luego, lo que tengáis que hacer, lo hacéis; pero no sigáis a Sun Bing en su locura. —Y no sin cierta ironía, el subprefecto se dirigió a los dos líderes de los puños divinos de la Justicia y la Concordia—: Y respecto a vosotros dos, Su Excelencia Yuan, el gobernador de la provincia de Shandong, quiere cortar la cabeza a todos los puños divinos, sin excepción. Pero vosotros habéis venido de muy lejos...; sois, por lo tanto, nuestros huéspedes. El subprefecto es consciente de ello y os da vía libre. Dejad cuanto antes este lugar maldito. Si esperáis a que llegue la caballería provincial, estáis apañados... —Los dos grandes maestros y hermanos de los puños divinos, esos dos que iban disfrazados de Sun Wukong y Zhu Bajie, se quedaron anonadados ante las palabras del subprefecto de Gaomi; y, sacando provecho de ese momento, el subprefecto añadió—: Sun Bing, en tus manos está el destino de tu hija. No puedes echarte para atrás. El momento acordado es mañana al mediodía. Estaré en la Puerta del Norte de la subprefectura de Gaomi y te esperaré en el puente del río Sanli. No faltes.

El subprefecto se separó luego de la muchedumbre y se dirigió a grandes pasos a la calle principal. Los cuatro portadores levantaron precipitadamente el palanquín y se pusieron tras los pasos del subprefecto. Sun Wukong empezó a cantar, algo desentonado, un aria de la ópera de Maoqiang: «*¡Oh, los puños de la Justicia y la Concordia, los puños divinos que nos ayudarán a defendernos de los diablos extranjeros en los llanos centrales, nuestra querida China! Oh, los puños de la Justicia y la Concordia, el poder de su ley es grande, no hay balas que puedan atravesarles...»*».

El subprefecto salió del burgo volando, y los portadores y la guardia fueron corriendo detrás de él como un rebaño de ovejas. Al ir detrás, les llegaba directamente a sus narices la peste que desprendía el subprefecto, veían el cuerpo del *daren* Qian cubierto de color rojo y amarillo. Reír, ellos no podían; llorar, tampoco, y hacer preguntas, tampoco. Solo podían correr, detrás. Al llegar al puente del río Masang, el subprefecto saltó del palanquín y se tiró a las aguas del río. Chunsheng y Liu Pu

gritaron a la vez:

—¡Vuestra Excelencia!...

Creyeron que el *daren* quería suicidarse en las aguas del río y corrieron hacia allí, pero enseguida vieron que el subprefecto tenía la cabeza fuera. El cielo de la cuarta luna traía aún un viento frío, y las aguas azules del río no se habían calentado todavía. En el río, el subprefecto se sacó las ropas y las lavó en las aguas, y luego hizo lo mismo con sus zapatillas y el gorrito.

Salió de las aguas con la ayuda de su guardia, y lo hizo tras haber sacudido el agua de las ropas, pero era invierno y su cuerpo, todo mojado, temblaba. Salió curvado y se puso de inmediato la chamarra de Chunsheng y los pantalones de Liu Pu. Se metió sin perder tiempo en el palanquín. Chunsheng puso las ropas a secar sobre el palanquín, y Liu Pu colgó el gorrito en una de las barras. Los portadores lo levantaron y se pusieron en marcha, con la guardia y el séquito, todos ellos en dirección a la subprefectura de Gaomi. El subprefecto, sentado dentro del palanquín, pensó: «La madre que los parió, ahora sí que me parezco a uno de esos maridos cornudos que aparecen en las óperas».

III

Lo de que los alemanes habían apresado a Sun Meiniang era una historia que se había inventado el subprefecto, aunque presentía, para sus adentros, que eso podía ocurrir en cualquier momento. Si Sun Bing continuaba reteniendo a los rehenes, los alemanes actuarían así. Acompañado por algunos miembros de su séquito y por Carl Rosendahl, el gobernador de Jiao'ao, que también iba acompañado con su séquito, el subprefecto se dirigió al puente del río Sanli, el lugar acordado, para esperar la llegada de Sun Bing. El subprefecto no le había contado al gobernador nada sobre ningún intercambio de rehenes, solo le dijo que Sun Bing iba a presentarse con los rehenes alemanes. Carl Rosendahl escuchó con atención las palabras del subprefecto y se alegró. Le comentó al traductor que le dijera que si los rehenes eran entregados sanos y salvos, él, en persona, se lo comentaría al *daren* Yuan para que le recompensase como merecía. El subprefecto sonrió amargamente y se preocupó por lo que podía pasar. El día anterior, Sun Bing no se había expresado nada claro con él respecto a esta cita y tenía el presentimiento de que esos tres alemanes iban a traerle más pena que gloria. Se consideraba, sin embargo, un tipo con suerte, ya que nadie le había mencionado a Sun Meiniang, ni siquiera Chunsheng o Liu Pu, a quienes les ordenó que preparasen un palanquín con una roca dentro. Y él tampoco se lo dijo a nadie.

El sol ya brillaba en todo lo alto, y Carl Rosendahl se impacientaba, miraba su reloj de pulsera constantemente y preguntaba una y otra vez al intérprete qué pasaba, insinuando que Sun Bing, quizá, estaba jugando con ellos. El subprefecto no sabía qué contestar ante tanta pregunta del gobernador. No sabía qué podía decirle en ese

momento que fuese correcto y sentía como si estuviese ardiendo por dentro, pero no mostraba exteriormente ninguna inquietud. Al intérprete de la barbilla de chivo le preguntó:

—¿Puedes preguntarle al gobernador Carl Rosendahl por qué sus ojos son verdes?

El intérprete se quedó atontado y no sabía qué respuesta darle, y el subprefecto se ponía reír a carcajadas.

Un par de urracas se habían posado sobre las ramas de un sauce, junto al río, y urajeaban sin parar: *craaaaaa, craaaaaa...* mientras sacudían, entre las ramas de color naranja brillante, sus plumas blancas y negras. La escena era, simplemente, como un cuadro.

Algunos lugareños que iban con carretas pasaron por el caminito que bordeaba el dique del río Masang y, antes de llegar al pequeño puente, vieron, en lo alto de la colina, al gobernador Carl Rosendahl subido en un caballo grande y al subprefecto al lado de su palanquín y los cuatro porteadores. Asustados, los lugareños dieron media vuelta y regresaron por el mismo camino que habían tomado.

A mediodía, por el camino de tierra del norte, vino una banda musical tocando los instrumentos y armando mucha bulla, la cual atrajo la atención de Carl Rosendahl. El subprefecto se cubrió los ojos con la palma de la mano para protegerse del sol, que le impedía ver, y, haciendo un gran esfuerzo, miró alrededor.

—Qian, no está, ¿por qué no está?

El subprefecto cogió el telescopio del gobernador y se puso a mirar lo que pasaba. La banda, que estaba a lo lejos, se acercó, de repente, a sus ojos. Pudo ver que Sun Bing iba vestido con la misma túnica ajada y llevaba en la mano el bastón de madera de jinjoler, montaba el mismo caballo viejo, y en su cara había dibujada una sonrisa no muy bien definida, era la sonrisa de un enajenado, de alguien que ha perdido la cabeza. El que iba delante de su caballo era, por supuesto, ese mono lleno de energía de Zhang Bao; y, detrás del caballo, iba, por supuesto, esa cabeza distraída de Wang Heng. Sun Wukong, Zhu Bajie eran dos de los líderes de los puños divinos de la Justicia y la Concordia, dos de los grandes maestros y hermanos mayores de esta secta. Los dos iban montando a caballo, a la misma velocidad que el caballo de Sun Bing. Detrás del caballo de Sun Bing también había cuatro músicos —dos tocando una *suona* y los otros dos una trompetilla—; y detrás de los músicos, marchaban, muy lentamente, un par de mulas que arrastraban una carreta sobre la cual habían instalado una especie de toldo cerrado. Detrás de la carreta, que era de gran tamaño, había varias decenas de turbantes rojos con sus bastones de madera en la mano, todos ellos muy jóvenes. No había ningún soldado alemán. El corazón del subprefecto se había helado. Sus ojos intentaban percatarse de lo que ahí estaba pasando a pesar de la niebla que cubría el llano. Aunque en esos momentos se encontró más o menos con lo que se esperaba, el subprefecto había conservado un hilo de esperanza. Esperaba que

los alemanes estuviesen dentro de ese habitáculo cerrado que habían puesto sobre la carreta arrastrada por las mulas perezosas. El subprefecto cogió el telescopio y enfocó la carreta para ver si veía a los tres soldados alemanes, tan grandullones, dentro del toldo cerrado; y pensó que podían suceder dos cosas: primero, que Sun Bing los hubiera tratado bien y fuera a liberarles enteros. Segundo, que los alemanes ya fueran dos cadáveres cuyas momias estaban dentro de la carreta. El subprefecto no era un hombre supersticioso, pero se puso a rezar como el más devoto de los beatos: «Al Cielo y la Tierra, a los dioses y los espíritus, a vosotros os ruego vuestra protección, que los tres alemanes estén sanos y salvos dentro de la carreta. Si no salen de esa carreta por su propio pie, si esos tres alemanes no salen respirando, aunque sea un poco; si es así, aún tendremos alguna oportunidad de salvarnos del desastre. Pero si no es así, si salen dos cadáveres, el subprefecto no se atreve a pensar en lo que puede pasar...». En esta guerra iba a haber mucha sangre derramada, va a haber una matanza. Su promoción en la jerarquía imperial no justificaría ese baño de sangre.

Mientras el subprefecto seguía ensimismado en sus pensamientos, Sun Bing y su charanga llegaban al puente. Ya no se necesitaba el telescopio para verlos claramente. La atención del subprefecto se concentraba en la carreta y en lo que podía llevar dentro. La carreta se arrastraba por el camino de tierra y parecía ser muy pesada por momentos, y muy ligera por otros. Las ruedas de hierro chirriaban y crujían mientras rodaban lentamente. Cuando llegaron al puente, se detuvieron todos y dejaron también de tocar los instrumentos de música.

Sun Bing, nada más llegar al dique, dijo sobre el caballo:

—Soy el mariscal Yue de la gran dinastía Song; y el que está enfrente, ¿que me diga cómo se llama!

El subprefecto gritó:

—¡Sun Bing, no pierdas el tiempo y libera ya a los rehenes!

—¡Y tú dile a ese perro que libere a mi hija! —exclamó Sun Bing.

—Sun Bing, en realidad..., te mentí —le dijo el subprefecto—; nadie ha secuestrado a tu hija —y señalando el palanquín, añadió—: Mira, dentro no hay más que una piedra.

—Ya sabía que me estabas engañando —sonrió Sun Bing—. Tengo numerosos espías trabajando para mí en la ciudad. Conozco todos tus movimientos.

—Si no liberas a los rehenes, la vida de Meiniang corre peligro —amenazó el subprefecto.

—El mariscal y su hija están peleados. Tanto si está viva como si está muerta, ¡a mí me importa un comino! Haz lo que quieras —dijo Sun Bing—; pero al mariscal no le falta generosidad, y aunque se trate de perros sin ningún sentido de la humanidad, el mariscal no puede ser injusto [234](#) con nadie; ha traído a los tres perros rehenes y os los va a entregar. Sun Bing hizo un gesto a los que estaban en la carreta, y unos puños

divinos sacaron de la carreta tres sacos de lona que movieron hasta el pequeño puente. El subprefecto lo vio y le dio la impresión de que dentro de los sacos había seres vivos que, además, emitían sonidos extraños.

Los puños divinos se detuvieron en el pequeño puente, esperando las órdenes de Sun Bing.

—¡Soltadlos! —gritó.

Los puños divinos desataron los sacos y de ellos salieron dos cerditos vestidos con un uniforme alemán y un perrito blanco con un casco de soldado alemán. Los dos animales lloriqueaban y estaban muy inquietos. Entre ladridos y gruñidos, se dirigieron, dando vueltas, hacia los pies del gobernador Carl Rosendahl como si fueran sus hijos, desamparados, en busca de su protección.

Sun Bing dijo solemnemente:

—Los rehenes se han convertido en un perro y dos cerditos.

Las tropas de Sun Bing repitieron al unísono:

—¡Los rehenes se han convertido en un perro y dos cerditos!

El subprefecto, ante lo que sus ojos veían, no sabía si reír o llorar. Carl Rosendahl disparó con una pistola a Sun Bing. La bala le dio en el bastón de madera de jinjolo, emitiendo un sonido muy peculiar. Al ver la expresión de la cara de Sun Bing, uno hubiera dicho que fue el bastón quien fue a buscar la bala y no al revés. Al mismo tiempo que Rosendahl le disparaba, un joven fusilero, de los bóxers, que llevaba un fusil máuser de los de cañón largo, disparó hacia el alemán. La metralla del fusil estaba compuesta por bolitas de plomo. Cuando el fusilero abrió fuego, parecía una escoba que acababa de barrer el polvo del suelo. Los plomos fueron a parar al caballo que montaba el gobernador y, debido al fuerte impacto de la metralla, el caballo cayó con las patas dobladas e intentó quitarse de encima, y como podía, al gobernador. El caballo se precipitó hacia el río arrastrando con él al Carl Rosendahl. En ese momento crítico, el subprefecto voló hacia el caballo, cogiéndole del cuello como un leopardo inmenso atacando su presa. El subprefecto consiguió dominar al caballo extranjero y ahora ciego por la metralla. Uno de los plomos había perforado una de las orejas del gobernador Carl Rosendahl. Unos soldados le sacaron los dos pies de los estribos metálicos de la silla de montar.

El gobernador se tocó la oreja y cuando vio su mano, se dio cuenta de que tenía sangre y gritó algo al instante.

—¿Qué ha dicho Su Señoría el gobernador? —preguntó el subprefecto al intérprete.

El intérprete, balbuceando, respondió:

—Su Excelencia el gobernador ha dicho que va a informar a Su Excelencia Yuan de lo sucedido y, principalmente, sobre usted.

IV

El ejército alemán, así como el batallón del ala derecha del ejército de infantería que había venido desde Ji'nan, se dirigieron al burgo de Masang. El ejército del gobierno imperial de Qing iba delante, y el alemán, detrás; pero todos estaban dispuestos a atacar juntos. El subprefecto y Ma Longbiao —el comandante en jefe de los soldados de infantería— se habían colocado, uno a la derecha y el otro a la izquierda, junto a Carl Rosendahl, el cual llevaba la oreja vendada con una gasa. Los dos parecían sus dos guardias. Detrás de ellos, en el bosque de sauces, la artillería alemana ya se había estacionado y estaba preparada para atacar. Detrás de cada cañón había cuatro soldados alemanes, todos ellos más rectos que un palo. El subprefecto no sabía si Carl Rosendahl había enviado finalmente el telegrama al *daren* Yuan Shikai. La misma tarde que vio producirse el intercambio de los rehenes, Ma Longbiao y su regimiento se presentaron en Gaomi; el comandante en jefe estaba cansado, tenía la lengua fuera por la precipitación del viaje e iba cubierto de polvo.

El subprefecto, poco después de pasar revista a las tropas que habían llegado y tras abastecerlas con alimentos y bebidas, organizó un banquete para dar la bienvenida al comandante Ma. El comandante Ma era un tipo muy dócil y sumiso. Durante el banquete no paró de decirle al subprefecto lo mucho que admiraba a Zeng Wenzheng. También le dijo que hacía mucho tiempo que admiraba la educación y los conocimientos del subprefecto de Gaomi. Cuando acabó el banquete, el comandante Ma le dijo suavemente al subprefecto que él y Qian Xiongfei —el que sufrió el *lingchi* y fue despedazado en quinientos trozos en Xiaozhan, la pequeña estación, en

Tianjin— eran muy buenos amigos. Ese comentario le hizo pensar al subprefecto que entre él y el comandante se había establecido una relación más íntima, como si hubiesen sido amigos que se conocían desde hacía mucho tiempo, y sentía que podía hablar claramente con él.

Para ayudar en todo lo posible al comandante Ma a realizar con éxito su misión, el subprefecto puso a su disposición a cincuenta de sus mejores soldados para guiar en el camino a Masang a los soldados de Qing y los alemanes. Poco antes del alba, todavía de noche, llegarían al burgo de Masang y rodearían el pueblo. El subprefecto les acompañó detrás porque el día anterior, el día del intercambio de los rehenes, él se había comportado como un imbécil y no tenía ganas de volver a repetir lo mismo. Sun Bing les hizo participar en una comedia macabra, y tanto él —el subprefecto—, como los alemanes, cayeron en la trampa. El monólogo de Sun Bing y los gritos de guerra de sus seguidores resonaban todavía en las orejas del subprefecto; en sus oídos, habían acabado por convertirse en ladridos de perros y gruñidos de cerdos. En realidad, el subprefecto pensó lo que debía haber pensado antes: que esos rehenes alemanes no iban a salir nunca con vida de las manos de Sun Bing. Recordó cuando le dijeron los bóxers —él mismo lo oyó con sus propios oídos— que habían colgado a los soldados de un árbol, que habían meado encima de ellos y que posteriormente querían arrancarles el corazón y el hígado para hacer un sacrificio en honor a las veintisiete víctimas de la masacre de Masang. Eso es lo que yo hubiera debido pensar..., pero yo, inocentemente, pensé que los alemanes iban a seguir vivos a pesar de todo; y lo más divertido, pensaba que yo iba a poder rescatarlos..., lo que hubiera sido un gran logro a ojos de todos, sobre todo, de Su Excelencia Yuan. En realidad, no soy más que una víctima de mi mujer. Ella me empujó a hacer estas tonterías. El gobernador Carl Rosendahl, ese hijo de puta, no tuvo ninguna suerte. Disparó a Sun Bing, pero Sun Bing, maestro en artes marciales, detuvo la bala con su bastón de madera de jinjolero como en un cuento fantástico. Y los fusileros de Sun Bing van y abren fuego y abaten al caballo del gobernador y le agujerean la oreja a este último. Increíble. El subprefecto lo sabía: el telegrama de Carl Rosendahl había sido enviado; y si no se lo había enviado, tarde o temprano lo haría. El *daren* Yuan ya había dejado, tal vez, la prefectura de Ji'nan para dirigirse a Gaomi. Si pudiese detener —o matarle de un disparo— a Sun Bing antes de que Su Excelencia Yuan llegara, podría salvar su cabeza. Si no, estaba acabado.

El subprefecto vio cómo marchaban sus soldados, guiados todos ellos por Liu Pu, y flanqueaban el batallón del ala derecha del ejército de infantería, curvados todos, recorriendo el camino de tierra. Esos tipos, que eran para el pueblo como lobos para ovejas, se comportaban, en el terreno de batalla, igual de cobardes que los ratones. Cómo debía organizarse el ejército, nadie lo tenía muy claro, pero cuanto más se acercaban los soldados y los regimientos, más se apretaban los unos con los otros,

como una bandada de pollos asustados. El subprefecto, a pesar de no tener experiencia en el campo de batalla, había leído numerosos libros de Zeng Wenzheng y sabía que así, apelotonados, esos soldados se lo pondrían fácil a los defensores de la ciudad asediada. Lamentaba no haber podido formarlos antes de enviarlos de esa manera al campo de batalla, pero ya era tarde. Así avanzaron hacia delante. En la ciudad parecía no haber nadie, pero el subprefecto sabía, sin embargo, que en ese lado había gente, ya que salía humo, un humo entrecortado, pero que subía hacia el cielo a unos cuantos *zhang*. Podía, incluso, oler el humo. De los libros de estrategia de Zeng Wenzheng había aprendido que si los que están dentro de una ciudad amurallada preparan gachas de arroz u otro tipo de sopas, no es para comérselas [235](#). Era fácil imaginar para qué lo hacían, pero el subprefecto no se atrevía a decirlo. Sus soldados, el ejército de la subprefectura, se acercaron a las murallas y lanzaron sus flechas y algunos disparos con los fusiles. Algunas flechas pasaron al otro lado, otras se quedaron en el camino. La verdad era que no se podía decir que fuera un alarde de fuerza. Muchas de las flechas se toparon con los muros. Y las balas de los fusileros... parecían más bien un juego de tirachinas de unos niños que jugaran a batallitas en un *hutong*. Los fusileros, después de disparar, se arrodillaban y cargaban el fusil con una pequeña cantimplora repleta de pólvora. Esas calabazas no tenían nada de extraordinarias, pero, para un acto tan especial como el ataque a los bóxers, las habían barnizado con aceite del árbol candil, lo que les daba brillo y belleza. En otras ocasiones, cuando el subprefecto mandaba a sus soldados a capturar algún bandido al campo, él sentía cierto orgullo de las veintitantas calabazas; pero, ahora, comparado con el batallón del ala derecha del ejército de infantería de Qing y el ejército alemán, sentía más bien vergüenza ajena. Sus soldados parecían una excursión de escolares. Después de cargar de nuevo los fusiles, lanzaron otra salva de disparos y se abalanzaron, gritando proclamas de guerra, contra los muros. Subir por los muros de la ciudad no era en absoluto un asunto difícil. Debían tener más o menos un *zhang* de alto. Había encima unas hierbas secas del año anterior que temblaban, o, tal vez, lo que temblaba en realidad era el corazón del subprefecto. Dos de los portadores del palanquín avanzaron hacia donde estaban ellos con una escalerilla. Tanto tiempo llevando el palanquín de un lado a otro les había acostumbrado a correr dando pequeños pasos y eran incapaces de dar grandes zancadas. A esos portadores, de hecho, ni siquiera les cambiaba el rictus de la cara. En ese momento tan tenso, como era asaltar una ciudad y ocuparla, esos portadores mostraban la misma cachaza de la que hacían gala cuando llevaban al subprefecto a pasear al campo. Al llegar al cercado, levantaron la escalerilla y la apoyaron verticalmente contra el muro; pero seguía sin oírse nada. El subprefecto esperaba, en secreto, que la suerte estaría de su lado. Los dos portadores sujetaron la escalera cada uno a un lado, y por ella empezaron a subir los arqueros y los fusileros. Nada más llegar los tres primeros a lo

alto de la escalera una muchedumbre de puños divinos con sus turbantes rojos en la cabeza asomó por la parte de arriba con un caldero de sopa, o lo que fuere, hirviendo. Lo vertieron sobre el cuerpo de los soldados, y estos lanzaron un grito de dolor desgarrador que hizo temblar al subprefecto. El subprefecto se mordió los labios y pensó que se iba a cagar en los pantalones de un momento a otro. Vio caer desde la escalera a los fusileros, los arqueros se retorcían de dolor y lanzaban unos gritos que rompían la bóveda celeste. Los soldados que se habían quedado abajo retrocedían como podían. Los puños divinos, orgullosos de sus hazañas, reían a carcajadas. Sonó entonces la trompetilla del ejército de infantería, y los soldados que componían el batallón del ala derecha del ejército de infantería de la gran dinastía Qing, que estaban mejor entrenados, con los fusiles en la mano y gritando como desesperados — ¡aaaaahhhh!—, lanzaron el asalto a la ciudad amurallada.

El subprefecto vio que los puños divinos que estaban encima de la muralla se servían de agua hervida, gachas de arroz, escopetas, piedras, tejas, ladrillos, y, además, cañones que lanzaban proyectiles de gran calibre; y el subprefecto pensó que había subestimado a Sun Bing. Al principio pensó que Sun Bing quería engañarlo e ignoraba que pudiese tener tantos conocimientos en asuntos militares. El subprefecto había extraído sus conocimientos de los clásicos; y Sun Bing, del teatro, y no solo comprendía la teoría, sino que dominaba la práctica. Cuando el subprefecto vio que las tropas de Qing, que eran al fin y al cabo la flor y nata del imperio en cuestión de ejércitos, y su propio ejército, el de la subprefectura, caían derrotados, en esas circunstancias difíciles, ante la defensa encarnizada de los puños divinos, sintió un gran alivio, incluso se alegró por dentro. Todas sus inquietudes desaparecieron, y el subprefecto volvió a recuperar su confianza y su valentía. Ahora vio al ejército alemán. Al observarlo con más detenimiento, vio al gobernador Carl Rosendahl mirando con el telescopio. No podía ver toda su cara, pero notó que los músculos estaban tensos. El ejército alemán estaba detrás del regimiento de Qing y no solo no había lanzado ningún ataque sino que habían retrocedido varios *zhang*. Parecía que tenían otro plan. Carl Rosendahl se quitó el telescopio de los ojos, esbozó una sonrisa desdeñosa y empezó a moverse. Tras un breve periodo de tiempo, se oyeron doce silbidos de obús que recordaban el graznido violento de los cuervos cuando, asustados, se ponen a volar. Al otro lado de la muralla salió un humo blanco y, poco después, se oyó una explosión ensordecedora. El subprefecto vio que algunos obuses habían impactado contra el muro, y muchos ladrillos y trozos de piedra y argamasa saltaron por los aires, dejando la fachada en muy mal estado. El impacto de otra salva de obuses hizo volar muchos cuerpos humanos. Se oyeron sobre la muralla gritos, quejidos y llantos. La gran puerta de pino que hacía de entrada quedó hecha añicos por el impacto de un obús. En ese momento, Carl Rosendahl agitó, delante de sus tropas, una bandera roja que le había dado uno de sus soldados. Se lanzaron gritos de

guerra y los soldados se pusieron en marcha y se precipitaron como locos hacia la entrada de la ciudad amurallada. Las filas y las banderas del batallón del ala derecha del ejército de infantería iniciaron otro ataque, pero esta vez por otro lado. Los únicos que ya no podían hacer gran cosa eran los soldados de la subprefectura, los cuales estaban por el suelo, despanzurrados, lagrimeando y lamentándose de su suerte. Al subprefecto le dieron pinchazos en el corazón y estaba hecho un lío; sabía que el burgo de Masang iba a ser destruido; y después de su destrucción, los lugareños de Masang iban a sufrir el infierno. Ese burgo, uno de los más prósperos de la subprefectura de Gaomi, iba a dejar de existir. Ante el ataque salvaje de los alemanes, el subprefecto se compadeció de su pueblo; pero sabía que no podía hacer nada para impedirlo. Estaba atado de pies y manos. Llegado ese momento, ni Su Majestad el emperador, ni el sabio Laozi, podían hacer nada para detener a los alemanes. El subprefecto estaba ahora del lado del pueblo de Masang y deseaba que, antes de que los alemanes irrumpieran en el interior del burgo, los lugareños tuviesen tiempo suficiente para huir hacia el sur y salvar así el pellejo. Estaba la barrera del río Masang, pero los lugareños sabían nadar. También había otro escollo. El batallón del ala derecha del ejército de infantería había enviado una avanzadilla al río. Esos soldados de Qing, sin embargo, no se atreverían a tirar de mujeres y niños que huyen atravesando las aguas del río. Al fin y al cabo, también ellos eran chinos.

La situación evolucionó hacia un punto que ni él mismo hubiera imaginado. Por la puerta de la ciudad amurallada entraron los alemanes como un enjambre de avispa. Luego ya no se vio nada más salvo una humareda de polvo, y los alaridos de los alemanes se oían desde lejos. El subprefecto lo comprendió de inmediato. El sabio y astuto Sun Bing había podido enfrentarse a esos alemanes y había excavado una zanja bastante profunda detrás del portón de la entrada. El subprefecto vio que la cara de Carl Rosendahl cambió de repente. El gobernador se dio prisa por agitar la bandera para que sus tropas retrocedieran. El subprefecto sabía que la vida de los soldados alemanes tenía mucho valor. Carl Rosendahl quería ganar esa batallita sin pérdidas, lo que ya era imposible. El último recurso era bombardear el burgo para convertirlo en ruinas. Pero el subprefecto también tuvo otro plan. Sabía que los alemanes iban a salir victoriosos de esa contienda y, de pronto, le pidió al intérprete que le tradujera al gobernador alemán unas palabras. Carl Rosendahl pidió a sus cañoneros que dejaran de lanzar obuses. El gesto del subprefecto revestía de mucho valor en esos momentos críticos. El intérprete tradujo:

—El subprefecto le pide al gobernador Carl Rosendahl que deje de bombardear el burgo de Masang ya que tiene algo muy importante que decirle.

Después de que el intérprete tradujera las palabras del subprefecto, Carl Rosendahl, como era de esperar, mandó a sus tropas que dejaran de bombardear el burgo. El gobernador miró con sus ojos verdes al subprefecto. Incluso el rostro desencajado de

Ma Longbiao miró fijamente al subprefecto, que dijo:

—Señor gobernador, en China tenemos un dicho que dice que para capturar a la banda de ladrones, hay que capturar primero a su jefe. El pueblo, a decir verdad, ha sido engañado por Sun Bing. Es él quien les obligó a rebelarse y enfrentarse contra sus nobles tropas y las tropas imperiales. Todo eso fue tramado por Sun Bing. Lo único que debe hacer es detener a Sun Bing y castigarlo severamente. Matar a uno vale más que matar a cien, y nadie se atreverá en un futuro a sabotear las vías de ferrocarril. Su noble país ha venido a China para enriquecerse, no para hacerle la guerra al pueblo. Si cree que mis palabras son razonables, entraré yo mismo y hablaré con Sun Bing para que se entregue.

—¿Y no quieres entrar para ayudar a Sun Bing y tramar algo juntos? —le interpeló Carl Rosendahl mediante la ayuda del intérprete.

—Yo soy un gran servidor de la gran dinastía Qing y mi familia está todavía en el *yamen* —dijo el subprefecto—. Si me presto a entrar en el burgo, y con ello arriesgo mi vida, es para que sus tropas no sufran más bajas. Cada una de las vidas de su noble ejército vale su precio en oro. Si el número de bajas es muy grande, ¿acaso piensa que el emperador le recompensará?

—¡Que el *daren* Ma Longbiao vaya con usted! —tradujo el intérprete.

—Hermano Qian, yo comprendo muy bien adónde desea ir —dijo Ma Longbiao con cara de preocupación—, pero si a esos pueblerinos les da por...

—Vuestra Excelencia Ma, tengo un cincuenta por ciento de posibilidades de lograr lo que quiero —afirmó el subprefecto, utilizando un tono de voz grandilocuente—. No deseo ver destruido por unos bárbaros uno de los burgos más prósperos de mi subprefectura; y, menos, ver morir a gente inocente.

—Si Vuestra Excelencia es capaz de someter a Sun Bing y salvar, por lo tanto, las vidas del ejército y las de los civiles —se sinceró Ma Longbiao—, no dude que yo me privaré de anunciar este logro a Su Excelencia Yuan Shikai.

—Llegados a este punto, yo ya no aspiro a colgarme ninguna medalla. Solo aspiro a que no pase nada grave —dijo el subprefecto—. Vuestra Excelencia Ma, le ruego que diga al gobernador Carl Rosendahl que retire sus tropas cuando yo saque a Sun Bing.

—¡Cuente conmigo! —Ma Longbiao sacó de su bolsillo una pistola último modelo y se la ofreció al subprefecto—: Hermano Qian, llévesela, por si la necesita...

El subprefecto movió la mano como un péndulo para negar ese ofrecimiento y dijo:

—Ruego a Vuestra Excelencia Ma que piense en el pueblo y que convenza al gobernador Carl Rosendahl para que no abra fuego bajo ninguna circunstancia. —Tras decir estas palabras, el subprefecto montó en su caballo y se dirigió a la entrada de la ciudad amurallada. Encima del caballo, gritó—: Soy el subprefecto de Gaomi; soy un amigo de vuestro Gran Maestro y tengo algo importante que anunciarle.

V

El subprefecto golpeó la puerta subido todavía en el caballo, e, inesperadamente, no recibió ningún impedimento y pudo entrar. Pasó por encima de la fosa, donde todavía agonizaban varios soldados alemanes. La fosa era, más o menos, de un *zhang* de profundidad. Contenía cañas de bambú cuyas puntas habían sido talladas, y lanzas de hierro con la punta igualmente afilada. Algunos alemanes ya estaban muertos, otros estaban gravemente heridos, y los demás estaban colgados como ranas. De la fosa se desprendía un olor insoportable, lo que significaba que Sun Bing no solo había colocado esas armas, sino que la había llenado de mierda. El subprefecto se puso a pensar, de pronto, cuando, varias décadas atrás, llegaron a China los primeros extranjeros y uno de los embajadores le contó al emperador que lo que más estimaban los soldados extranjeros era la higiene, con todo lo que ello conllevaba de pureza y limpieza, y lo que más temían era la mierda. Si quería sacar a los extranjeros de China, lo mejor era cargar a cada soldado de la dinastía imperial con un cubo de mierda en las espaldas. En el momento del combate, lo único que debían hacer los soldados chinos era verter esos cubos sobre los soldados extranjeros. Una vez el olor a mierda entrara dentro de las narices de los soldados extranjeros, estos saldrían huyendo y renunciarían al combate. De lo contrario, se pondrían a vomitar o morirían al instante. Decían que el emperador Xianfeng admiraba este método y que era de una gran utilidad para el imperio, ya que le permitía vencer al enemigo al mismo tiempo que se ahorra en gastos. El subprefecto supo de esta historia gracias a su esposa, que la contaba siempre como un chiste, y nunca hubiera pensado él que Sun Bing iría

a servirse de nuevo de ese método. Era una manera de actuar muy china cargada del espíritu de la bufonada que tanto podía hacerte reír como llorar. En realidad, desde el día anterior, cuando se produjo esa farsa con los rehenes, el subprefecto empezó a comprender más o menos cuáles eran las tácticas y el estilo de Sun Bing. Ciertamente, él era muy joven y sus maneras de hacer las cosas eran infantiles, pero podía salir por peteneras en cualquier momento y ello resultaba, finalmente, muy eficaz. El subprefecto todavía pudo ver en los dos lados de la fosa que los puños divinos también habían sufrido muchas pérdidas. Las cacerolas con las gachas de arroz hervidas estaban destrozadas. Las gachas se habían mezclado con la sangre y habían formado una pasta densa. Los que aún no habían muerto gritaban de dolor y daba pena verlos. Esa misma calle principal que había tomado antes se veía ahora despejada. Los puños divinos y las mujeres, así como los niños, estaban huyendo como podían de ese escenario macabro como moscas decapitadas. El burgo estaba, en realidad, destruido, pensó el subprefecto, y los alemanes hubieran podido entrar sin ninguna dificultad. Sacrificar solo a Sun Bing para salvar la vida a todos los otros era, sin duda, la mejor de las opciones. Pero el trabajo todavía no estaba hecho. Había que sacar a Sun Bing de ahí, y si no podía mediante el uso de la palabra, habría que sacarlo a la fuerza. A pesar de no haberse llevado la pistola que le ofreció Ma Longbiao, el subprefecto confiaba en controlar a Sun Bing. Se veía sumido en una atmósfera emotiva y trágica, cargada de heroísmo. Sus oídos creían oír tambores. Volaba sobre su caballo, y se dirigió hacia la yurta al lado de la ensenada del río donde, como él sabía, estaba Sun Bing.

El subprefecto lo vio con sus propios ojos. Cientos de puños divinos estaban bebiendo el brebaje maravilloso. Cada uno de ellos sujetaba un bol en el que había agua mezclada con papeles ya convertidos en cenizas. El que venía buscando, Sun Bing, estaba encima de unas tablas, canturreando su conjuro. Sun Wukong, el Gran Maestro y hermano mayor de la congregación de los puños divinos de la Justicia y la Concordia, que había venido de Caozhou, ya no estaba ahí. Solo quedaba el segundo Gran Maestro y hermano mayor de la congregación, Zhu Bajie, encima del escenario, realizando su ceremonia con el bastón. El subprefecto bajó del caballo y se dirigió a ese estrado hecho de ladrillo, le pegó una patada al altar divino, lo tiró por el suelo y dijo en voz alta:

—¡Sun Bing, la sangre de tu gente circula sobre las murallas como un río y tú sigues con tu charlatanería engañando a la gente!

El guardián de la Ley que estaba detrás de Sun Bing se lanzó sobre el cuerpo del subprefecto, pero este lo esquivó y voló hasta colocarse detrás de Sun Bing. Con una daga, brillante como la nieve, que se había sacado de la manga, apuntando la espalda de Sun Bing, gritó:

—¡Que nadie se mueva!

Sun Bing, furioso, dijo:

—¡Perro de funcionario, todavía tienes valor de presentarte ante mí para romperme los puños divinos! Tengo la cabeza de hierro, los brazos de hierro y el cuerpo hierro... ¡Tu daga no puede penetrarme, y el fuego y el agua no pueden hacerme nada!

—¡Paisanos, id a los muros y comprobad si los obuses no pueden hacerme ningún daño! ¿Es cierto lo que dice Sun Bing? —se envalentonó el subprefecto—. Ni siquiera el Gran Maestro, tan versado en artes marciales, Sun Wukong, ha sobrevivido a las bombas.

—¡Dices tonterías! —vociferó Sun Bing.

—Sun Bing —dijo fríamente el subprefecto—, ¿por qué no haces una prueba?

—Tengo el cuerpo indestructible de un guardián de Buda. ¡Las balas de esos perros no pueden hacerme nada!

El subprefecto se agachó, cogió un ladrillo del estrado y le pegó directamente en la frente a Sun Bing, el cual no pudo esquivarlo y se derrumbó. El subprefecto lo agarró del cuello y lo levantó, y dijo:

—Voy a enseñarles a todos lo que es el cuerpo indestructible de un guardián de Buda.

Una sangre negra empezó a brotar de la frente de Sun Bing. Esos chorros parecían gusanos deslizándose por la cara. Zhu Bajie, el segundo Gran Maestro, alzó el bastón con el fin de golpear el trasero del subprefecto, pero el subprefecto lo esquivó y le lanzó el puñal, el cual acabó clavado en la barriga de Zhu Bajie, y este cayó estrepitosamente sobre los ladrillos del estrado.

—Paisanos, ¿no lo habéis visto con vuestros propios ojos? —dijo el subprefecto—. Estos eran vuestro Gran Maestro y vuestro señor del altar divino respectivamente. ¿Les ha servido de algo serlo ante la daga y el ladrillo? ¿Habrían podido evitar los obuses de los alemanes?

La voluntad de los puños divinos empezó a quebrantarse, y comenzaron a oírse debajo del estrado comentarios de todo tipo. El subprefecto dijo:

—Sun Bing, tú eres un buen Han; no puedes hacer que tanta gente muera por una sola persona. Ya he convencido al gobernador alemán para que no saque el ejército. Si te rindes, se retirarán. Sun Bing, has hecho cosas que han asombrado al mundo. Si quieres proteger a tu gente, entrégate. Ya verás cómo tu nombre pasará a la posteridad.

—Ah, son los designios del Cielo, la voluntad divina —suspiró Sun Bing, y se puso a cantar— : *«Se divide la tierra, se mueve el dinero, para ser hijo de ministro ~~ uno acepta abandonar el pueblo de los llanos centrales, nuestra querida China, los logros de diez años se pierden en una mañana, se busca la paz aceptando el insulto, se vuelca el nido, solo temo que la mitad del país sea engullida por la ballena, no os engañéis, la injusticia que tengo que sufrir no tiene límites, en esta*

tierra todavía está el ejército de Yue ~~ mis queridos paisanos, ¡dispersaos!».

El subprefecto saltó del estrado sujetando de la mano a Sun Bing y, aprovechando la confusión que se había organizado, salió por la puerta principal, olvidándose de coger su caballo.

VI

El subprefecto se llevó él solo a Sun Bing del burgo de Masang y se sintió un héroe, pero había cometido un error todavía peor que el que cometió con el intercambio de los rehenes. Un error estúpido y cruel que le partió el corazón. El gobernador Carl Rosendahl no respetó el trato convenido con el subprefecto, y cuando les vio entrar a los dos y, sobre todo, a Sun Bing ya detenido, mandó a sus hombres que bombardearan el burgo de Masang. Doce cañones empezaron a lanzar sus bombas, que volaron directamente al burgo, y este estalló en llamaradas. Se formó mucho humo, y se oyeron los gritos insoportables de los lugareños. Sun Bing, enloquecido, agarró el cuello del subprefecto, y este no opuso ninguna resistencia; y tanto mejor si en ese momento acababa con su vida. Pero Ma Longbiao, junto con otros soldados de su guardia, se precipitaron sobre Sun Bing y salvaron la vida del subprefecto. Ante los insultos de Sun Bing, el subprefecto cerró los ojos. Confuso, pudo oír cómo los alemanes entraban en la ciudad amurallada y destruían el burgo de Masang. Sabía que ese burgo, uno de los más prósperos de Gaomi, iba a desaparecer para siempre. Ya había dejado de existir, y los responsables de ello habían sido Sun Bing, los alemanes, y él mismo, por supuesto.

La cola del leopardo

Capítulo decimocuarto

Las partes habladas [236](#) de Zhao Jia

Yo [237](#), Zhao Jia, el que antaño fue el primer verdugo de la Gran Sala del Ministerio de Justicia y estuvo más de cuarenta años en el puesto. Las innumerables cabezas que he cortado podrían llenar una carreta y adornar un barco. El año de mi sexagésimo aniversario, gracias a la generosidad de Su Majestad la emperatriz pude retirarme en mi terruño natal, y me promocionaron al séptimo rango de la jerarquía mandarina. Pensé en un principio retirarme en secreto, ahí donde nadie conociese mi nombre, en el callejón de una pequeña ciudad amurallada, en el hogar de un carnicero, cultivar la fuerza moral de mi espíritu, moldear mi personalidad, y alargar mis años de vida. Pero no me hubiera imaginado que un pariente cercano, Sun Bing, embrujaría las masas con el fin de engañarlas, que izaría el estandarte de la revuelta, que violaría las leyes del país y provocaría disputas con otros países. Para asustar al pueblo y proteger la disciplina de las leyes, Yuan Shikai, el gobernador de la provincia de Shandong, me ha pedido que salga de las montañas y ejecute el suplicio del aroma de sándalo. Hay un proverbio que dice: «Un letrado da su vida por un amigo íntimo; un pájaro canta para aquel que sabe apreciar su canto». Yo, para pagar la deuda que tengo con Su Excelencia Yuan, sacaré las cuchillas de su merecido retiro. Así es, de buena mañana mis manos ardían como si llevasen carbones ardientes, y comprendí entonces que una gran responsabilidad caía sobre mis hombros. (Ay, ay). El subprefecto de Gaomi es un ser orgulloso y fantasea sobre su vida, me menosprecia. (Ay, ay). Pero las ofrendas imperiales que me han sido otorgadas le han humillado. (Ja, ja, ja). Ya lo dice la gente: «Los momentos felices llenan de fuerzas, y al general victorioso ensanchan el horizonte». (Ay, ay, ¡ah!...!). He perdido dos dientes y a Qian

Ding se le ha acabado lo de jugar con su gorrito de borlas. El viejo Zhao Jia se ha sentado delante de la sala del tribunal con aires de superioridad, y observa a esos charlatanes de servidores del yamen trayéndome estos tesoros: un cofre, una cesta, un lote u otros objetos separados.

De las partes habladas incluidas en el aria *Los espíritus* [238](#) de los muertos de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Ese perro que amenaza a la gente cuando sabe que su amo está detrás, al que todos temen, que es el jefe de los servidores del *yamen*, al que llaman Tercer Señor y le gusta abusar de su poder con el pueblo como el zorro que se escuda detrás del poder del tigre, Song el Tercero, y que ayer todavía se comportaba de esta manera, hoy es todo sonrisas y así me recibe. El que ayer tenía la espina dorsal tiesísima, hoy se dobla ante mí. Mis jóvenes aprendices, yo he ejercido como verdugo más de cuarenta años en el *yamen* de la capital. ¿A qué tipo de seres humanos no he visto? ¿Qué sucesos no han presenciado mis ojos? Bajo el cielo, todos los servidores del *yamen* se comportan como meros rodrigones; pero los que sirven en el *yamen* de la subprefectura de Gaomi no son así. Gaomi tiene poco que ver con lo que se hace en la gran dinastía Qing. El jefe de los servidores del *yamen* se inclina ante mí y me habla con un tono de voz lastimero:

—Venerable..., viejo..., o mejor dicho, señor, puedo preguntarle, ¿quiere que entre las cosas?

Yo tuerzo los labios para disimular mi sonrisa desdeñosa. Sé que ese «viejo» que sale de la boca de ese perro va con segundas. Quiere decirme «venerable abuelo», pero en realidad no debería decirme «venerable abuelo»: quiere decirme «viejo Zhao», como se dice a un anciano a quien se le conoce de toda la vida; pero, en realidad, yo me siento cada día en la silla imperial, y por eso me falta al respeto cuando me llama de esa manera. Lo único que puede hacer ese perro es llamarme «venerable señor». Ese hijo de puta, ese listillo que se comporta como un niño

bueno... ¡Maldito sea! Hago una mueca que pretende ser una sonrisa y le respondo, levantando las manos:

—Sí, éntralo.

El jefe de los servidores del *yamen* puso voz de cantante de teatro y lanzó a viva voz:

—¡Pues que entren las cosas del señor!

Y los servidores, como una fila de hormigas negras, trajeron las cosas que yo había pedido a Su Excelencia Yuan Shikai de la Gran Sala del *yamen* de la subprefectura. Uno tras uno, entraron todos los servidores en el patio de mi casa y dejaron las cosas delante de mis ojos.

Un madero sin cortar, largo de unos cinco *chi* y que pesaba unos cinco *fen*, de sándalo púrpura, y que recordaba al larguísimo espadón de Qin Shubao [239](#).

Un gallo de plumaje blanco y cresta negra, con las patas atadas y cubierto con una tela roja, que llegaba pegado al pecho de un servidor del *yamen* de tez pálida y que parecía un niño. Esa especie de gallo no se encontraba fácilmente y vete a saber de dónde lo había sacado el subprefecto de Gaomi.

Un rollo de cuerda de cuero de buey nuevo de color negro, en el que habían puesto un tinte que le daba una tonalidad azulada y desprendía olor a nitrato y álcali, como el zumo de hierbas.

Un par de mazos de madera, de color púrpura y rojo, que brillaban poderosamente, y parecían haber sido utilizados en una refinería de aceite de soja. Parecían dos objetos pertenecientes al reinado del emperador Kangxi [240](#). Esas cosas tenían muchos años y estaban hechas de madera de jinjolero que había sido pulida. Sus muchos años en la refinería al contacto con el aceite la habían hecho más dura que el hierro. Pero no era hierro, era madera. Y respecto al temple, era más flexible. Justo como yo la quería: flexible y extremadamente resistente.

Doscientos *jin* de arroz blanco metidos en dos grandes sacos; era un arroz de la máxima calidad que desprendía un aroma maravilloso; y era blanco con tonalidades azuladas. Nada más verlo supo que venía de la excelente cosecha que tuvieron en la subprefectura de Dengzhou. La subprefectura de Gaomi no daba ese arroz tan bueno.

Doscientos *jin* de harina blanca metidos en cuatro sacos con el sello de la maraca de las fábricas de harina extranjeras de Tonghe.

Una cesta de huevos con la cáscara roja. Uno de los huevos está manchado de sangre. Se trata del primer huevo que ha puesto la gallina, y me parece ver a la pobre gallina haciendo un gran esfuerzo por ponerlo.

Un pedazo cuadrado de buey bien dispuesto en una bandeja; las venas de la carne parecían estar todavía temblando.

Una caldera cuyo diámetro hacía dieciocho *jin* y que era llevada por dos hombres. Dentro de esa caldera cabía un buey entero.

Había, además, medio *jin* de ginseng que Song el Tercero llevaba en su chaqueta. Él me lo dio en persona. El olor fuerte y amargo tan característico del ginseng de primera calidad traspasaba la fina envoltura del papel que lo cubría. Song el Tercero dijo, sonriendo abiertamente:

—Venerable señor, este ginseng lo he comprado yo personalmente en una herboristería. Con mis propios ojos he visto a ese zorro que es Qin el Séptimo abrir un armario de madera gruesa cerrado con tres candados y sacar ese ginseng valioso para ponerlo en un frasco de porcelana blanca y azul. Qin el Séptimo me dijo que si era falso, me permitiría cortarle la cabeza. Este ginseng es, a todas luces, un tesoro, y no hace falta comerlo para saberlo. Su olor es tan fino y penetrante que llenaba la calle cuando lo traía hacia aquí. Nada más olerlo, mis pies volaban y mi cabeza se despejaba. Caminaba como un inmortal.

Yo lo desembalé y conté las raíces marrones con los hilos rojos que salían de ellas. Una raíz, tres raíces..., en total, ocho raíces. Algunas eran gruesas como unos palillos para comer, y otras delgadas como hebras de paja. Pero todas eran peludas, con sus barbas, cuyos pelos flotaban ligeramente. ¿Pesaban en realidad medio *jin*? Lancé una mirada helada al jefe de los servidores del *yamen*, ese hijo de puta que enseguida se curva ante mí y me sonrío:

—Nada, por pequeño que sea, escapa al ojo escrutador del venerable señor. Estas ocho raíces, en realidad, solo me costaron cuatro pares de taeles de plata... Era lo único que tenían en la herboristería de la familia Qin. Qin el Séptimo me dijo que hirviera en un caldo estas ocho raíces y vería cómo hacen resucitar a un muerto... Pero ¿y a usted...?

Me limpié las manos y no dije nada más. ¿Qué quería que dijese? Esos que hacen de jefes de los servidores de los *yamen* son todos más embusteros que los espíritus de los muertos y más vivos que los monos. Se arrodilló ante mí e hizo el rito correspondiente. A ese rito, él le daba un valor especial. Pedazo de animal, ¡me debes al menos cincuenta pares de taeles de plata por la compra del ginseng!

El jefe de los servidores del *yamen* sacó del bolsillo algunos taeles de plata y dijo:

—Venerable ministro consejero, con este dinero se puede comprar la carne de cerdo. Este humilde servidor pensó lo que dice el proverbio: no hay que tirar fertilizante en tierra de extraños. Y puesto que en su familia tienen ya un matadero, ¿en dónde mejor podríamos utilizar este dinero para comprar carne de cerdo? Este humilde servidor le propone que se emplee este dinero para comprar la carne de su carnicería. Así se lo ahorrará. ¿No es cierto, señor?

Yo sabía, por supuesto, que ese maldito dinero no era nada en comparación al ginseng que se había llevado el hijo de puta; pero se lo agradecí más bien; gracias, gracias, por ser tan considerado; y lo que sobre, se lo das a los servidores.

—Soy yo quien se lo agradece al venerable ministro consejero.

El jefe de los servidores del *yamen* volvió a inclinarse delante de mí, y los servidores también me lo agradecieron repitiendo el mismo gesto.

¡Me cago en tu hija, cabrón! ¡El dinero es algo verdaderamente importante! Pasa de llamarme «venerable señor» a llamarme «venerable ministro consejero». Pero ¿de qué va ese hijo de puta? Si le hubiera dado un lingote de plata, estaría ahora golpeando el suelo con la frente y llamándome «venerable abuelo». Yo me limpio las manos y le digo al jefe de los servidores del *yamen* que se levante. Yo le pido, como se le pide a un perro: ve y trae a tu gente para que me lleven todo esto al estrado de la ejecución. Montad un gran horno, poned aceite perfumado en la cacerola y quemad algunos leños. Montad para mí otro horno, este más pequeño, y en él ponéis la carne de buey para que se vaya estofando. A lado del horno, montad una pequeña carpa donde pondréis una jarra de gran tamaño que llenaréis de agua dulce y exenta de cualquier impureza. También es necesario que me prepares una jarra de arcilla con la medicina caliente y el cuerno del buey empapado con esa medicina. Tenéis que preparar una cama en las barracas con el trigo nuevo —el de la cosecha de este año— y debéis llenarla abundantemente para que quede gruesa. Debes llevar personalmente mi silla. Creo que ya sabes la historia de esa silla. Vuestro venerable anciano y el *daren* Yuan Shikai hicieron delante de esa silla el gran rito de los tres arrodillamientos y los nueve golpes de la cabeza en el suelo. Debes ir con cuidado. Si la laca que cubre esta silla sufre el menor rasguño, Su Excelencia Yuan os despellejará como se despelleja a un perro. Esta medianoche, debe estar todo preparado para mí. Si falta algo, id a buscar a vuestro venerable anciano. El jefe de los servidores del *yamen* se inclinó ante mí y me dijo, alzando el tono de voz y dándole una melodía a su frase, como canturreando:

—Venerable señor, sus deseos son órdenes para mí; con su permiso, me retiro.

Y sobre todo, me traéis al patio lo que a mis ojos es la cosa más importante: la madera de sándalo. En ese momento preciso, se debe proceder con el máximo cuidado. Pero cuando lo hagas, no debes dejar que esos hijos de puta lo vean. Los hijos de puta tienen los ojos sucios, llenos de vísceras, son ojos impuros. Si les dejas poner los ojos en el objeto, este perderá su alma y no funcionará. Tampoco pueden llevar con sus manos el gallo blanco. ¡Ni se les ocurra! Sus manos están sucias y llenas de vísceras. Si lo tocan, el gallo perderá su alma y no funcionará.

He cerrado la entrada, y a cada lado, de pie, hay un guardián del *yamen*. Me protegen y me dan paz. Al parecer, los asuntos que tienen ocupado al subprefecto Qian son varios y complejos. Sé que hace las cosas meticulosamente y se entrega en cuerpo y alma. Para darle una lección a ese perro letrado y funcionario, habrá que actuar con contundencia y no a la ligera. No busco los elogios del emperador y de la emperatriz, ni hacer un alarde de mi poder, ni vengar un rencor personal. Lo hago por la dignidad y el honor de la nación. A pesar de que esperan que sea yo quien realice la

ejecución, el que la va a sufrir es un criminal que ha alarmado al mundo con sus crímenes. Por ello, habrá que realizar esta ejecución como se ejecuta un espectáculo grandioso. No es por mí que lo hago, sino por la gran dinastía Qing, a la que personificaré en esta ejecución. No puedo permitir que los diablos extranjeros se mofen de nosotros.

Carl Rosendahl, tú, que eres como una vieja, supe desde el primer momento que vosotros, los europeos, teníais el empalamiento como tortura; pero se trata solamente de atravesar a un hombre con un palo y dejarlo morir. Yo voy a mostrarte, para que lo sepas de primera mano, cómo ejecutamos en China las penas. Aquí, uno le presta mucha atención a los detalles. Escucha cuál es su nombre: el suplicio... de la estaca... de sándalo. Cuánta elegancia, qué bien suena, es inteligente sin parecerlo y tiene el sabor de lo antiguo. Vosotros, los europeos, seríais incapaces de crear algo parecido. Mis vecinos, los que viven a mi izquierda y los que viven a mi derecha, esos rústicos que no ven más allá de sus narices, son todos unos fisgones y asoman por encima de los muros del patio para enterarse de todo. La expresión de sus caras me dice lo envidiosos y resentidos que son. Sus ojos solo pueden ver lo material, es decir, mis propiedades, tanto las mías como las de otros; pero son incapaces de ver lo que hay siempre detrás de esas propiedades materiales, que es el vicio y la perfidia. Mi hijo y las gentes de la calle son, más o menos, igual de idiotas; pero mi hijo es idiota de otra manera: es un idiota que se hace querer. Después de despedazar la piel y los músculos de una mujer con la piel blanca como la nieve, yo ya no he podido consumir el acto del amor como se debe entre un hombre y una mujer. Ninguna de las jóvenes bellezas que rondaban en el *hutong* de Bada, en Pekín, era capaz de ponérmela dura. Y mi barba, por no sé qué razón, dejó de crecerme. Me puse a pensar en las palabras de la abuela, mi maestro. Decía: Hijos míos, nuestra familia es como la de los eunucos. A los eunucos les han pasado por el cuchillo y ya solo les quedan un cuerpo sin sus partes más íntimas y un corazón que está vivo y les late todavía. A nosotros, a pesar de tener nuestros genitales y nuestro cuerpo intactos, el corazón se nos ha muerto. La abuela Yu decía que, cuando estuviésemos delante de una mujer y no fuésemos capaces de aguantarla..., es decir, que no fuésemos capaces de aguantarla y, además, no nos viniese ningún deseo de poseerla, entonces, no estaríamos muy lejos de habernos convertido en el mejor de los verdugos. Hace algunas décadas, cuando volvía para echar una cabezada, más o menos con cierta torpeza, pero con el resultado esperado, pude hacerlo con mi mujer y dejar en ella una semilla... Ah, no fue fácil..., fue como plantar un tallo de sorgo en medio de un campo saturado con otros tallos de sorgo. Puse todo de mi parte para regresar a mi terruño, y si lo hice, fue por esa semilla que antaño planté en el cuerpo de mi mujer. Quería prepararlo para que se convirtiera en el mejor verdugo que ha dado la gran dinastía Qing. La emperatriz decía que cada profesión tiene sus puntales. Yo soy uno de los puntales de mi

profesión y quería que mi hijo también lo fuera. Mi nuera, mi *xifu*, es una persona que posee encanto y calienta la cama de ese Qian Ding. A mí me avergüenza su conducta. El cielo tiene ojos, y por eso ha hecho que su *die*, su verdadero padre, haya caído en mis manos. Yo, cuando la tengo delante, le sonrío siempre, y le dije:

—Eh, nuera, si eres de mi familia, entonces somos tres en este asunto. Todo esto lo hago por tu *die*...

Ella entorna los ojos, abre la boca, tiene la cara pálida y pasa una eternidad sin decir nada. Mi hijo, que está delante del gallo, me dice entre carcajadas:

—Eh, padre..., ¿este gallo es para ti?

Sí, es para mí.

—Este arroz, esta harina, esta carne... ¿son también para ti?

Sí, es para mí.

—Ja, ja, ja...

Mi hijo reía a carcajadas; parecía que no era tan idiota como creíamos todos. Cuando se sabe para qué sirven las cosas, no se es tan tonto. Hijo, estas cosas son para mí. Yo debo utilizar mi fuerza para servir a la nación. Mañana, a esta hora, tu padre deberá mostrarles la cara.

—*Gongdie*, ¿de veras que eres tú quien vas a matar a mi *die*? —me preguntó, apenada, mi nuera. Su carita brillante y encerada parecía haberse cubierto de pronto por una capa de orín.

Esta es la buena suerte de tu *die*.

—¿Y ya sabes cómo vas a darle la muerte a mi *die*?

Utilizando una estaca de madera de sándalo, con la cual lo empalaré.

—Animal... —le acusó en voz alta la nuera—. Ah, eres un animal...

Doblando ligeramente la cintura, da un salto y la nuera abre la puerta principal y sale. Yo la sigo con la mirada. Ella corre como una loca. Te lo voy a decir claro y alto: querida nuera, a tu padre, yo voy a hacerle célebre en el mundo entero. Voy a convertir su vida y su nombre en una gran obra de teatro. Espera y verás.

II

Le pido a mi hijo que cierre la puerta de la entrada principal, cojo una sierra de hierro y, en la mesa donde se sacrifican los cerdos, me pongo a partir la madera púrpura de sándalo en dos partes. El ruido estridente que hace la sierra mientras corto la madera es ensordecedor. Es, simplemente, como si quisiera cortar el hierro con otro hierro. De la sierra salen numerosas chispas, e incluso el mango quema en las manos. El olor a madera de sándalo quemada llega a mis narices. Con una garlopa, limo las puntas de los dos trozos de madera de sándalo para formar dos estacas con la punta redondeada de un tallo de cebolleta de China. Aliso las puntas con papel de lija hasta que estén tan lisas como la superficie de un espejo. Yo, a decir verdad, no he ejecutado nunca el suplicio del aroma de sándalo; pero sé de buena tinta que, para llevar a cabo un acontecimiento de estas características, se necesita un buen instrumento y una muy buena preparación. Eso es lo que yo aprendí de la abuela Yu. Pulir esa madera de sándalo me llevó una eternidad. El secreto de ese trabajo estaba en tener unas cuchillas bien afiladas. Ello siempre facilita la tarea cuando se trabaja con la madera. Como se suele decir: «Si deseas triunfar en este asunto, necesitas afilar esta herramienta». Acababa justo de afilar esos dos tesoros cuando un servidor del *yamen* vino a anunciarme que, delante del patio de la escuela de estudios clásicos de Tongde, el de la Transmisión de la Virtud, en la subprefectura, los soldados del subprefecto y magistrado de Gaomi, Qian Ding, de acuerdo con mis exigencias, habían instalado el estrado que les pedí —ese mismo estrado celestial que pasará a la leyenda y que será todavía recordado dentro de cien años—. También habían construido la cabañita que

les había pedido. La gran cacerola también estaba ahí, así como el buey estofándose dentro de un mar de caldo aceitoso. Yo podía olerlo con mis narices; era un olor intenso que venía con el viento del otoño.

Mi nuera sale corriendo de buena mañana y hoy todavía no ha regresado. Su cabeza lo ha comprendido: después de todo, es su *qindie*, su padre natural, quien va a ser ejecutado. Si no es el corazón quien sufre, es la carne. ¿Adónde puede ir ella? ¿A pedirle ayuda a su *gandie*, el gran *laoye* Qian Ding? Mi nuera, tu *gandie* —tu padre adoptivo— es ya un *bodhisattva* de arcilla, y no creo que pueda siquiera atravesar el río sano y salvo. No quiero insultarle. Lo sé de sobra: Sun Bing, tu *qindie* —tu padre natural—, el día que expire..., ese día traerá mucha mala suerte a tu *gandie*.

Me quito mis viejos hábitos y me pongo los de la ceremonia, los nuevos, los que llevaré para cumplir el rito que me ha sido encomendado. Son ropas negras con un cinturón rojo, un sombrero afelpado también en rojo con borlas rojas, botas al estilo Wellington de color negro. Quizá el hábito no hace al monje, pero a mí este uniforme me hacía sentir alguien importante.

Mi hijo me pregunta entre risitas:

—Padre, ¿qué quiere que haga? ¿Quiere que cante la ópera de Maoqiang?

Pero ¿de qué coño de ópera de Maoqiang me hablas? ¡A la perra de tu puta madre le vas a cantar un aria de la ópera de Maoqiang! Me cago en ti, hijo. Sé que contigo no vale la pena gastar mucha saliva. Le pedí que se cambiara de ropa y que no se presentara con esos trapos manchados de sangre de perro, de sebo de cerdo y de aceite, y el niño me dijo:

—Padre, cierre los ojos, no me mire. Mi mujer, cuando se cambia, me pide que cierre los ojos.

Yo entorno los ojos y entreveo a mi hijo quitándose la ropa. Lo que le cuelga entre las piernas es un trozo de carne flácida que con solo verla uno se da cuenta de que con esa herramienta no va muy lejos.

Mi hijo se calza unas botas altas de cuero negro y flexible, lleva atado a la cintura un cinturón rojo, y se pone en la cabeza como sombrero un gorrito rojo; es alto y fuerte, se muestra digno y majestuoso, y tiene toda la pinta de un héroe... Pero muestra demasiado a menudo los dientes y gimotea como un niño, se rasca la oreja y las mejillas..., y se le pone la cara de un mono.

Yo con esos dos palos de madera de sándalo a las espaldas y mi hijo con el gallo blanco en las manos salimos de casa y nos dirigimos a la escuela de estudios clásicos de Tongde. A los dos lados de la avenida asoman ya numerosos curiosos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos con los ojos abiertos y la boca abierta, como peces que sacan la cabecita para respirar encima del agua. Yo ando sacando pecho y con la cabeza bien alta. No aparto la mirada del frente, aunque nada se me escapa de lo que sucede alrededor. A mi hijo le distrae cualquier cosa y mira a todas partes y sonrío a la

gente con la boca abierta, como un simplón. El gallo se le escurre entre las manos e intenta agarrarlo como puede. El gallo emite un *gu, gu, gu...* Y llenando la avenida, en todo momento veo las caras de memos de los espectadores. Si mi hijo era un memo, esos lo eran todavía más. Mis queridos paisanos, la representación no ha comenzado todavía. Podéis seguir mirando como bobos. Empezará mañana. ¿Qué vais a hacer vosotros? Tenéis la gran suerte de tenerme como paisano. Sé que bajo el cielo no hay representación más bella y brillante que una ejecución de muerte; y que de todas las formas de matar a alguien, el suplicio de la estaca de sándalo es la más bella y brillante. ¿Qué verdugo podría ejecutar en China el suplicio de la estaca de sándalo sino yo? Y ya que me contáis entre vuestros paisanos, gracias a mí, podréis ver un espectáculo como jamás se ha visto en este mundo y que probablemente nadie volverá a ver más. ¿Y ello no os convierte en unos seres afortunados? ¿Y si eso no os convierte en unos afortunados? Decidme, ¿en qué os convierte, entonces?

El viejo Zhao Jia avanza con las estacas de madera de sándalo y no pierde detalle de los cumplidos que salen de la boca de sus paisanos, y a ellos invito a la ejecución. Lo que llevo conmigo son las leyes de nuestro país, las cuales son más pesadas que oro. Le digo a mi hijo que avance rápidamente y que no se distraiga. Nuestro padre mostrará mañana su rostro; mañana será una carpa convertida en un dragón. Dar dos pasos cuando deberían darse tres, dar un paso cuando deberían darse dos. A zancadas, como un meteoro, avanzamos hacia la escuela de estudios clásicos de Tongde, la de la Transmisión de la Virtud.

Alzo la mirada y observo el patio que hay delante de la escuela de estudios clásicos. Una capa de arena blanca cubre el terreno. A un lado está el estrado, donde han colgado una tela con una escena de los niños del Jardín de los Perales [241](#). Ahí asomaban los emperadores, los generales, los duques, los hijos de buena familia, los héroes, los jóvenes letrados y talentosos, y las jovencitas bellas, los representantes de las tres enseñanzas y las nueve corrientes de pensamiento [242](#)..., uno tras uno, como linternas mágicas.

Veo, sin embargo, delante de la escena, el estrado divino que ha sido construido por el subprefecto, y, debajo del estrado, un ejército de soldados. Unos llevan a la espalda un bastón de agua y fuego; otros, un sable brillante. Delante, la cabaña, y más delante todavía, la caldera con el buey y el caldo aceitoso, todo perfumado, dentro. Señores, ¡el espectáculo va a empezar! [243](#)

III

Yo agarro el gallo blanco con la cresta negra y lo ato sobre uno de los pilares de la cabaña. El animal mueve la cabeza y me mira con sus ojos perlados, brillantes como el oro y el cristal, tan brillantes que marean al verlos. Le pido a mi hijo que me haga un trabajo: Xiaojia, mezcla el agua dulce de la jarra con la harina blanca. Mi hijo me mira con la misma expresión que el gallo blanco.

—¿Con la harina? ¿Qué quiere hacer?

Haz lo que te digo y no hagas preguntas tontas.

Mientras que mi hijo prepara la masa, observo que la cabaña tiene la parte delantera abierta y la trasera cerrada, y está a la distancia justa de la tarima. Perfecto, es la apariencia que necesito. No hay ningún error. El suelo está tapizado tal y como lo deseaba: una alfombra de hierba abundante y tallos de trigo nuevo, blandos y cálidos junto con juncos recién cortados. Todo ello desprende un aroma maravilloso. La silla de madera de sándalo está puesta en el centro mismo de la cabaña y espera pacientemente que mi culo caiga sobre ella. Me acerco a la gran cacerola humeante y aromatizada y meto los dos palos de madera de sándalo. Una vez dentro, solo asoman en la superficie del caldo aceitoso las dos puntas de las estacas. Según dicen, deben estar tres días y tres noches en remojo, pero no sé si tendremos tiempo. Un día y una noche bastarán. Incluso si estas estacas de sándalo no se hierven en el aceite del caldo, tampoco creo que podrían por sí solas absorber mucha sangre. Mi querido pariente, tú también eres un ser afortunado al recibir este instrumento de tortura. Yo me siento sobre la silla y contemplo el sol rojo hundiéndose en el Oeste, y el cielo se llena de

colores crepusculares. La tarima que va a servir para la ejecución, hecha de madera de pino rojo, se perfila a esas horas del anochecer como los árboles de un bosque sombrío. Uno diría que se trataba del perfil de un gran dios sobre su altar, un dios esculpido en cuyo rostro se refleja la contrición del duelo. El subprefecto no ha hecho nada mal las cosas. La plataforma, envuelta en las brumas nocturnas, bajo las sombras de las nubes, tiene una muy buena apariencia. Ah, el subprefecto Qian..., tú deberías ir al Ministerio de Obras Públicas y ofrecer tus servicios. Una vez metido ahí, deberías supervisar las grandes obras que se están haciendo en Tianjin. En esta subprefectura de tercera clase, que es esta de Gaomi, no harás más que desaprovechar tu talento. Sun Bing, mi pariente, tú también estás muy bien considerado en el cantón de Dongbei de la subprefectura de Gaomi. Aunque no me gustas, sé que eres un ser excepcional —un fénix y un dragón entre la gente—. A este tipo de personaje, el mundo no podrá soportar que se le dé una muerte sencilla, sin más. Por eso, el suplicio de la estaca de sándalo sobre esa tarima de madera de pino es la ejecución que te conviene, Sun Bing. Esta oportunidad, Sun Bing, la has ganado en otra vida. Caer en mis manos ha sido tu suerte. Te haré inmortal, y todos recordarán tu nombre.

—Padre —me dijo mi hijo, entusiasmado, y poniendo delante de mí una bola de pasta del tamaño de una piedra de molar—, la masa ya está preparada.

Pequeñajo, has llenado un saco entero con esa pasta. Eso está bien. Mañana, tendremos que realizar un trabajo que no es moco de pavo y necesitaremos muchas fuerzas. Mejor que tengamos el estómago lleno, si no nada funcionará. Cojo un trozo de masa y la levanto como si estuviese poseída por un diablo, empiezo a darle vueltas y la hago trizas, luego la arrojo al interior del aceite perfumado e hirviendo de la cacerola y... empieza a moverse de un lado a otro, como una anguila amarilla que intenta seguir viva.

Mi hijo se pone a aplaudir como un tonto y me dice excitadísimo:

—¡Este diablo se está quedando frito! ¡Vaya que sí que se está quedando frito!...

Nosotros dos tiramos lo que queda de masa en el aceite hirviendo. Se hunde al principio e inmediatamente vuelve a salir a la superficie, danzando entre las estacas de sándalo. Freímos la pasta en el aceite por una razón: la madera de sándalo se llenará con la energía de los granos de trigo con los que se ha hecho la masa. Yo lo sé; esta estaca atravesará a Sun Bing por el culo, por ese lugar que llaman el «valle profundo» o el «granero de los cereales». Por eso, impregnada con el jugo que deja la masa de los cereales, la estaca de sándalo tendrá la vida más fácil cuando penetre el cuerpo de Sun Bing. Saco de la cacerola las tiras de masa de harina ya fritas. Come, hijo mío. Mi hijo, apoyado en uno de los postes que sujetan la cabaña, le da mil bocados a su diablo frito en aceite. Se le hinchan las mejillas, se relame y se regocija. Yo agarro con los dedos uno de esos diablos fritos y lo degusto lentamente. Este diablo frito no es más que un diablo frito, pero, además, sabe a madera de sándalo y tiene algo del

espíritu de Buda. Cuando la madre del emperador, ese viejo Buda [244](#), me dio el rosario con las bolas de madera de sándalo, yo me abstuve de comer carne y de todo acto sexual. La madera de pino arde furiosamente bajo la caldera, y el aceite de la cacerola hace *glu, glu glu...* Después de comer varios diablos fritos, corto con mis propias manos unos trozos de carne de buey gordos como puños y los echo a la cacerola. El objetivo está claro: después del espíritu de los cereales, ahora quiero que las estacas de madera de sándalo se impregnen con el espíritu de la carne. Ello les dará fuerza y temperamento, así como flexibilidad. ¡Y todo ello lo hago por la familia! Mi hijo se relame:

—¡Padre, quiero comer!

Yo me lleno de ternura y le respondo: Mi buen hijo, esta carne no se puede comer. Cuando tu suegro, el cantante de la ópera de Maoqiang, la de la bella melodía del gato, haya recibido el suplicio de la estaca de sándalo, tú podrás comer la carne y él..., beber el caldo.

Ese desgraciado de jefe de los servidores del *yamen*, Song el Tercero, se muestra delante de mí como un perro y me pide que le diga lo que debe hacer. Se inclina y actúa como un sirviente, humillándose, como si fuera un alto dignatario. Yo, por supuesto, quiero ponerlo de pie y, tosiendo, le digo:

—Hoy no tienes que hacer nada. Lo único que queda por hacer hoy es dejar que esos palos de sándalo se cuezan dentro de la cacerola; pero esto ya no es asunto nuestro. Vosotros, iros. Lo que debías hacer, lo hacéis.

—Este humilde servidor no puede marcharse. —La voz del jefe de los servidores del *yamen* se empasta, y con esa boca babosa, añade—: Y estos humildes servidores que me acompañan tampoco pueden irse.

—¿Es vuestro subprefecto, el gran *laoye*, quien no os deja ir?

—No es Su Señoría el subprefecto, es el gobernador de la provincia, Su Excelencia Yuan, quien me ha pedido que le proteja. Venerable abuelo, usted se ha convertido en un tesoro.

El jefe de los servidores del *yamen* alarga la mano y coge un diablo frito y se lo mete en la boca. Yo observo cómo se relame los labios para apurar cualquier resto de aceite y pienso: Hijos de puta. No es porque yo me he convertido en un tesoro, sino porque llevamos un tesoro con nosotros. Al día de hoy, yo puedo sacar de mi bolsillo el rosario de bolitas de madera de sándalo que me ofreció la muy generosa emperatriz regente Cixi. ¿Entiendes ahora lo que es el tesoro? Yo cierro los ojos y me lleno de vigor, como un viejo monje budista. Hijos de puta, ¿cómo podéis saber lo que yo pienso? Incluso si os redujeran a carne picada, seríais incapaces de saber lo que yo pienso.

IV

El viejo Zhao Jia está sentado delante de la cabaña, ahí su mente se libra de diez mil pensamientos (padre, ¿en qué piensas?), el pasado desfila como los días del calendario ante sus ojos (¿qué pasado?), el virtuoso Yuan Shikai no ha olvidado lo que nos une desde el pasado, hoy es mi día (pero ¿qué día es hoy?).

Del dueto *Padre e hijo* de la ópera de la melodía exuberante (*maoqiang*) [245](#) *El suplicio del aroma de sándalo*

Después de haber ejecutado el *lingchi* al buen Han de Qian Xiongfei, hice recoger todos los trastos y, con mis aprendices, me dispuse a regresar a Pekín. Dicen que no hay que quedarse ahí donde reina la discordia y se debe huir de los lugares donde arman mucho jaleo. Y cuando me disponía a liar el paquete e irme, un esbirro del gran *daren* Yuan se plantó con cara de tigre cortándome el paso delante de mí y, con los ojos mirando hacia el cielo azul, me dijo:

—¡Eh, verdugo!..., pero ¿adónde vas tan rápido? Su Excelencia Yuan quiere verte. Les dije a mis aprendices que se metieran en la cantina de la Pluma de Gallo y que

me esperasen ahí. Yo, algo nervioso, salí tras los pasos del esbirro. Atravesamos varios puestos de policía y, al fin, llegué, con la lengua fuera y sudando a mares, junto al *daren* Yuan. Me arrodillé y golpeé rotundamente el suelo con la cabeza, creando luces y sombras en mi entorno, entre las cuales pude entrever la apariencia arrogante del gobernador Yuan Shikai. Yo sabía que, en veintitrés años, por los ojos de alguien tan importante como el *daren* Yuan habían debido pasar gentes de todo tipo, y, sobre todo, más dignas de ser guardadas en la memoria que la cosa insignificante que era yo. Habían pasado veintitrés años, pero yo sí que me acordaba de Yuan Shikai cuando era un joven imberbe y tenía ese aire juvenil, casi infantil, en su rostro, y se presentaba en el *yamen* acompañado de su tío, Yuan Baoheng [246](#), que en aquel entonces ejercía de vicepresidente de la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Cuando se encontraba sin saber qué hacer, venía a los compartimentos del *yamen* donde vivíamos los verdugos, en el patio de la calle este, y se ponía a hablar con nosotros. Ah, Su Excelencia, cuando pienso en el interés que nos prodigaba, a nosotros los verdugos, en esa época... Llegó incluso a comentarle a la abuela Yu, que gozaba todavía de buena salud: «Abuela, acéptame como aprendiz». La abuela Yu, aterrorizado, le contestaba: «Yuan, el hijo de un gran oficial no puede convertirse en un verdugo. ¿Se burla acaso de nosotros?». Y el *daren*, con tono solemne, le replicó: «¡No me burlo de nadie! Si un hombre de valor que ha nacido en estos tiempos revueltos no toma el poder con el sello estampado en un documento, entonces debe tomarlo con el sable».

—Abuela Zhao, lo hiciste muy bien... —Las palabras del *daren* Yuan interrumpieron mi evocación del pasado. La voz educada de ese hombre ya mayor parecía salida de un reloj de cuco, ese *cucú, cucú* que despierta a uno de golpe.

Yo sabía que mi trabajo había funcionado y que nadie en el Ministerio de Justicia perdió la cara. En la gran dinastía Qing, solo yo era capaz de ejecutar a ese nivel el suplicio del *lingchi*. Yo no me atrevía, sin embargo, a hacerme el jabato delante de Su Excelencia Yuan. Yo no era nadie ante ese hombre. Sabía que el *daren* Yuan dirigía el nuevo ejército, el más moderno que había visto la luz en la gran dinastía Qing. Modestamente, le dije:

—No lo hice mal, pero Vuestra Excelencia me vio con ojos demasiado generosos... Espero que sepa disculparme.

—Abuela Zhao, escucho con atención lo que me dices. Hablas como una persona que ha recibido una educación esmerada.

Le dije a Vuestra Excelencia que no soy capaz de leer un solo carácter chino.

—Lo he comprendido —sonrió el *daren* Yuan, y adoptando sin venir a cuento el acento de la provincia de Henan, como un funcionario-letrado que hace trizas sus hábitos y se pone la chaqueta acolchada, añadió—: Mete en un *yamen* un perro y al cabo de diez años te hablará como un letrado.

Su Excelencia tenía razón; este humilde servidor no es más que un perro.

El *daren* Yuan soltó una carcajada franca y me dijo:

—Vale, vale..., eso de despreciarse tanto a uno mismo es lo que hace en este país todo buen Han; eres un perro en el Ministerio de Justicia, y yo soy otro perro, pero en la corte imperial...

Este humilde servidor no se atrevería a hablar así... Vuestra Excelencia es una piedra de jade incrustada en una joya de oro, mientras que este humilde servidor no es más que un guijarro.

—Zhao Jia, vi lo que hiciste por mí. ¿Cómo podría agradeceréte?

Este humilde servidor es un perro que ha crecido en este país. Vuestra Excelencia es un ministro que forma parte de los pilares de esta nación. Este humilde servidor debe seguir su ejemplo.

—Vuelves a hablar con acierto, pero es mi obligación el recompensarte como lo mereces. —El *daren* Yuan bajó la mirada con humildad, y prosiguió—: ¡Que den cien pares de tael de plata a la abuela Zhao para agradecer su regreso a la capital!

Me arrodillé inmediatamente y golpeé el suelo con la cabeza.

—Vuestra Excelencia, este gesto, yo no olvidaré nunca; pero este humilde servidor no se atreve a aceptar en mano este dinero... —le dije.

—¿Cómo? —se extrañó el *daren*—, ¿te parece poco?

Volví a golpear el suelo con la cabeza y me lancé a responderle: Vuestra Excelencia, este humilde servidor no ha recibido en su vida esa suma de dinero; y por eso no se atreve a aceptarlo. Cuando Su Excelencia le hizo ir al campo de ejecución de Tianjin, con ese gesto, a este humilde servidor ya le cubrió de gloria. El Cielo ya me bendijo. Este humilde servidor ya se ha labrado una excelente reputación en la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Si acepto ahora esta suma que me ofrece, mi vida se irá al traste.

El *daren* Yuan musitó algo incomprensible y luego replicó:

—Abuela Zhao, me da la impresión de que te fastidia hacer este trabajo para mí...

Yo, de rodillas, volví a golpear el suelo con la frente y le dije: Vuestra Excelencia, este humilde servidor lo haría con pasión, ya que todo su arte está al servicio de la corte imperial, y me considero un afortunado por estar junto a usted en estos momentos.

—Zhao Jia, este funcionario que te habla quiere integrarte en su tribunal militar. Eso es todo. ¿No te apetece?

Si el *daren* alzaba el puño, yo no osaba llevarle la contraria. Este humilde servidor ya ha trabajado más de cuarenta años en la Gran Sala del Ministerio de Justicia. Ya he ejecutado con mis propias manos a novecientos ochenta y siete condenados. He arrimado el hombro innumerables veces en el Ministerio de Justicia. Este humilde servidor ama a su país por encima de todo y haría todo lo que le pidiese hasta expirar.

Pero, desde la ejecución de Tan Sitong y los otros cinco condenados, a este humilde servidor, cuando tiene que manejar una cuchilla, le duelen las muñecas a rabiar. Se las ha malogrado, e incluso le duelen a veces cuando levanta los palillos para comer. Es por ello que deseo retirarme a mi terruño. Le pido a Vuestra Excelencia que se lo solicite a las altas estancias el Ministerio de Justicia y consienta mi renuncia de las funciones.

El *daren* Yuan sonrió, lo que me ofendió profundamente.

Vuestra Excelencia, este humilde servidor de la gran dinastía Qing debe morir; este humilde servidor ni siquiera merece vivir entre los más miserables que nunca han accedido al privilegio de pertenecer a los miembros de las nueve escuelas de pensamiento. Fue un perro y sigue siéndolo, y no quiere causarle más problemas a Vuestra Excelencia. Si la gente cree que hace un trabajo despreciable, no lo crea, porque la persona puede ser todo lo despreciable que pueda, pero su función es importante dentro del estado. Usted representa el poder y el prestigio de la nación; una nación que ya puede ir por ahí promulgando mil leyes, porque sin este humilde servidor, que es quien las ejecuta en el último momento, esas leyes no tendrían ningún valor. Ni yo ni mis aprendices hemos recibido un miserable tael durante estos meses y años de trabajo constante. Este humilde servidor, como sus compañeros, sobrevive gracias a la carne seca de los muertos que vende a los boticarios para que preparen sus remedios, esas pocilgas que las gentes compran para mantenerse vivos. Este humilde servidor ha trabajado más de cuarenta años en el Ministerio de Justicia y no he podido ahorrar un solo tael. Este humilde servidor espera que el Ministerio de Justicia pueda darle una renta para poder vivir dignamente bajo un techo y no tenga que vivir en la calle. Este humilde servidor se atreve a hablarle así porque desea hacer justicia a sus compañeros. Desea que el estado reconozca el trabajo de sus verdugos ofreciéndoles un sueldo mensual y un lugar donde vivir. No es solo por mí, es por muchos. Este humilde servidor de la gran dinastía Qing cree que, para que la nación siga en pie, es necesario que no haya pocos verdugos. Si la nación entra en un periodo turbulento, los bandidos, los rebeldes y los asesinos crecen como las setas. Los verdugos son más necesarios que nunca en estos tiempos. Este humilde servidor tiene la lengua demasiado larga, pero... ¡que Vuestra Excelencia tenga siempre en cuenta mis palabras!

Cuando acabé de hablar, volví a golpear el suelo con la cabeza delante del *daren* Yuan, y, arrodillado, esperé su respuesta.

Pude verlo. El *daren* Yuan empezó a tocarse los pelos de esos largos bigotes negros idénticos a los de una morsa y a hacerse trenzas con ellos. Se le veía tranquilo y ensimismado en sus pensamientos. Se puso de repente a reír:

—Abuela Zhao, ¡tú no solo tienes las manos grandes, sino que también tienes la boca muy grande!

Este humilde servidor de la gran dinastía Qing debe morir. Todo lo que dicen de él es verdad. Este humilde servidor sabe que Vuestra Excelencia tiene la vista larga y un aspecto extraordinario, por eso me he atrevido a hablarle con cierta osadía.

—... Zhao Jia. —El *daren* Yuan bajó súbitamente el tono de la voz y con un aire misterioso me preguntó—: ¿Me has reconocido?

El rictus facial del *daren* Yuan tomó un aire grave y digno, y este humilde servidor no lo olvidará nunca.

—No me refiero a ahora, sino a hace veintitrés años. Hace veintitrés años solía ir al *yamen* con mi tío, que en aquel entonces era el vicepresidente del ala izquierda del Ministerio de Justicia. ¿No me viste en aquella época?

Este humilde servidor ve torcido y tiene muy mala memoria. Este humilde servidor no ha reconocido a Vuestra Excelencia. Sin embargo, este humilde servidor recuerda bien a su Excelencia Yuan Baoheng, a quien le hizo más de un favor cuando trabajaba en el Ministerio de Justicia...

En realidad, ¿cómo no iba a acordarme de usted con esa carita que tenía? Vuestra Excelencia Yuan, usted era un niño bastante travieso. Su tío quería llevarle por la vía de los exámenes oficiales y hacerle célebre; pero usted no estaba hecho para los estudios. Cuando Vuestra Excelencia tenía un momento libre, se venía al ala oriental del *yamen* para mezclarse con nosotros. Quería saber todo sobre la manera de vivir de los verdugos. Usted se escondía siempre detrás de su tío y quería acompañarnos en nuestro trabajo. Por eso se puso nuestras ropas de verdugo, se cubrió la cara con sangre de gallo, y se vino con nosotros al campo de Caishikou a ejecutar a un pobre desgraciado que había osado cazar una liebre en las Tumbas Imperiales de Qing. El día de la ejecución, yo sujetaba la coleta del condenado para que su cuello estuviese bien estirado y listo para el corte. Usted levantó el gran sable y, sin temblarle el pulso, de un solo tajo —no necesitó dos—, le cortó la cabeza al condenado. Después, cuando supo lo que había hecho, su tío le abofeteó delante de nosotros. A nosotros nos dio tanto miedo que nos arrodillamos inmediatamente y nos pusimos a golpear el suelo con nuestras cabezas —estas, más que cabezas humanas, parecían cabezas de ajos estrellándose contra el suelo—. Su tío le insultaba: «¡Pero qué bajo has caído! ¿Cómo te has atrevido a hacer algo así?». Usted se defendió con uñas y dientes: «Vuestra Excelencia, mi tío, deje de preocuparse. Matar a alguien para robarle está mal hecho y el Cielo no lo admite; pero matar a alguien porque ha infringido las leyes del estado, eso es patriotismo, es decir, es un acto de máxima lealtad a la patria. Vuestro sobrino tiene otras ambiciones relacionadas con los campos del honor. Este tipo de ejecuciones solo le sirven de entrenamiento para el futuro». Su tío, si bien no paraba de gritarle, todos sabíamos ya que le miraba con otros ojos.

—Viejo Zhao, eres un tío inteligente —sonrió el *daren* Yuan—. Tú no puedes no reconocerme. Lo único que temes es que te acuse de algo. En realidad, yo no creo en

absoluto que eso que hice con vuestra ayuda fuera algo diabólico. Cuando acompañaba a mi tío en la Gran Sala del Ministerio de Justicia, lo que verdaderamente me ocupaba era el estudio en profundidad de la vida y las técnicas de los verdugos. Y te puedo asegurar que me ha sido de mucho provecho en mi vida. Acompañaros a esa ejecución fue para mí una experiencia sin igual sobre lo que es la vida. No lo olvidaré nunca. Lo que hice en esa ocasión ha tenido una influencia enorme en mí. Si te he pedido que vengas, es porque quería agradecértelo en persona.

Yo no paraba de golpear el suelo con la frente y de agradecérselo a viva voz. El *daren* Yuan me propuso:

—Levántate, ve a Pekín y espera a ver qué pasa. Te llevarás tal vez una sorpresa.

V

El mejor en las letras, el mejor en las artes militares, el mejor en todo, el zhuangyuan [247](#); dicen que en las trescientas sesenta profesiones siempre hay uno que es el mejor. Yo soy el gran zhuangyuan de los verdugos. Ah, hijo mío, fue la emperatriz regente quien me nombró con su propia voz zhuangyuan. Lo que dice la emperatriz sale de una boca de oro y de unos dientes de jade, no es lo que se dice en el teatro.

Del dueto *Padre e hijo* de la ópera de la melodía exuberante *El suplicio del aroma de sándalo*

Mi éxito en la ejecución de Tianjin y el encuentro con Su Excelencia Yuan Shikai, como una piedra que cae en un estanque, produjeron una resonancia que llegó a todas partes en el Ministerio de Justicia. Los servidores del *yamen* empezaron a vernos con ojos extraños —ojos celosos, sin duda, pero también ojos de respeto y admiración—. Incluso esos consejeros ministeriales y señoritos varios que venían al ministerio nos saludaban con un movimiento de la cabeza. Esto explicaba que esos *daren* nos

miraran con otros ojos. Ante esa situación, decir que no nos interesaba hubiera sido mentir; pero decir que nos entusiasmaba también supondría faltar a la verdad. Yo pasaba la vida en el *yamen* sin saber qué ocurría en realidad a nuestro alrededor, pero sabía que el mar es más profundo que un estanque, y que el fuego quema más que las cenizas. Sabía que los árboles no eran más altos que el cielo, y que los hombres no eran más altos que las montañas. Sabía que una esclava, por muy buena que fuese, estaría siempre a la merced de su amo. Al segundo día de mi regreso a la capital, el vicepresidente del Ministerio de Justicia, el *daren* Tie, me esperaba en el despacho de las Firmas. El *daren* Sun, que ejercía de responsable adjunto de la sala de las prisiones, estaba a su lado. Su Excelencia Tie me preguntó sobre lo sucedido en Tianjin durante la ejecución. Quería saberlo todo, sin perder ningún detalle, y yo se lo conté, sin omitir nada. No tardó en preguntarme sobre el nuevo ejército, el cual pude ver en Xiaozhan, la pequeña estación. Quería saber cómo estaban armados, quería saber incluso cuál era el color de los uniformes de los soldados, el tiempo que hacía y lo puras que eran las aguas del río. Por último, e inesperadamente, me preguntó por el aspecto físico de Yuan Shikai, y yo le respondí con bastante lujo de detalles: el *daren* Yuan tiene siempre los colores subidos en la cara, y parece tener la cara roja y humedecida. Su voz suena como una campana de cobre. Este humilde servidor de la gran dinastía Qing lo vio con sus propios ojos: Yuan Shikai se zampa seis huevos hervidos, un *mantou* y un bol de gachas. El *daren* Tie miró al *daren* Sun y suspiró: «Su Excelencia Yuan está en el mejor momento de su vida, el futuro le pertenece». El *daren* Sun aprobó esas palabras: «Yuan Xiancheng es un militar y necesita muchas energías para cumplir con sus obligaciones, por eso tiene ese apetito...». Vi que el *daren* Tie se ponía demasiado serio y, para calmar los ánimos, solté una mentira más grande que un templo: el *daren* Yuan desea hacerle llegar sus saludos y le ha encargado a este humilde servidor que se lo diga. El *daren* Tie, excitadísimo, preguntó: «¿Es cierto lo que dices?», y yo asentí, sin dudar un instante, con la cabeza. El *daren* Tie añadió: «A decir verdad, el *daren* Yuan y yo somos allegados... La sobrina de la segunda concubina de su tío abuelo, el *daren* Yuan Jiasan, ¡es mi tía!». Yo le dije: creo que el *daren* Yuan me mencionó ese asunto. «Los allegados por alianzas familiares no tienen mucho valor —afirmó el *daren* Tie—; viejo Zhao, tú nos representaste en Tianjin durante la ejecución y realizaste tu labor maravillosamente. Salvaste el honor de la dinastía Qing, y el *daren* Wang, del Ministerio de Justicia, quedó muy satisfecho. Por eso he pedido que vengas, para recompensarte por lo que has hecho por nosotros. Queremos que no tomes una decisión precipitada, que actúes con cautela, y te dediques a servir a tu país». Yo le respondí: Vuestra Excelencia, a este humilde servidor, desde que regresó de Tianjin, le duelen terriblemente las manos. Este humilde servidor... El *daren* Tie me interrumpió: «La gran dinastía Qing ha comenzado su gran reforma judicial. El suplicio del *lingchi* o cortar a un hombre

por la mitad u otros castigos serán abolidos probablemente. Temo que tú, la abuela Zhao, no tengas después mucho trabajo. Te convertirás en uno de esos héroes que ya no sirven para nada. Vuestra Excelencia Sun —el *daren* Tie se levantó y prosiguió—: Tome, de la parte de la secretaria de las prisiones, diez pares de taeles de plata y déselos a Zhao Jia. Luego, abra una cuenta para él; este es el deseo de Su Excelencia Wang». Yo, sin perder tiempo, me arrodillé de nuevo y empecé a golpear el suelo con la frente. Después, doblando la cintura, me retiré. Yo lo vi. La expresión facial del *daren* Tie cambió de pronto. El rostro afable que ponía cuando hablaba de su parentesco con el *daren* Yuan se había ensombrecido de golpe. Los *daren*, como es sabido, tienen cambios de humor inesperados; pero no me sorprendió, por lo tanto, verlo así.

La primera luna del año se acababa, y la segunda ya se acercaba. Delante de la calle del Ministerio de Justicia, junto al dique del río, muchos eran los sauces llorones que verdecían en los bordes. Dentro del gran patio, los cuervos se habían posado en grandes cantidades sobre los árboles de las flores amarillas. Su Excelencia Yuan me había pedido que le esperase, pero mi espera no traía nada nuevo. La sorpresa de la que me hablaba el *daren* Yuan eran tal vez los diez pares de taeles de plata que me había ofrecido el *daren* Tie. No, en absoluto. ¡El *daren* Yuan ya me había ofrecido doscientos pares de taeles de plata! ¿Eran por lo tanto diez pares de taeles una sorpresa? No pensaba que el *daren* Yuan fuera en serio y sus palabras no eran como las del teatro. El *daren* Yuan me dijo que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, él no me dejará feliz como un tonto, al igual que un perro que se dedica a mear y morder el aire.

El segundo día de la segunda luna, en la noche, Sun —el responsable de las prisiones—, vino a decirme que debía levantarme muy temprano, por la mañana, cuando sonase el cuarto *geng*, para calentar agua y, sobre todo, que ayunara, y que si comía algo, que no dejara mal aliento, como el ajo o el jengibre. Vístete con ropas nuevas y no traigas herramientas u otros utensilios, y menos que puedan cortar. Espera delante de la sala de las prisiones hasta que suene el quinto *geng*. Pensé que debía preguntarle al *daren* Sun el porqué de todo eso, pero el hombre puso la cara larga y pronunció sus instrucciones con tanta seriedad que al final desistí. Yo ya lo presentía: la sorpresa del *daren* Yuan estaba al caer. Pero lo que no se me hubiera pasado por la cabeza era que, en el momento en que me veía ya con un pie en el mundo de los muertos, la emperatriz regente Cixi —que el Cielo le dé diez mil años de vida— y el emperador —que el Cielo también le dé diez mil años de vida—, iban a acordarme... ¡una audiencia imperial con toda su pompa ceremoniosa!

Cuando el tercer *geng* acabó justo de sonar, yo ya no estaba durmiendo. Encendí una lamparita de mano con fuego y echaba un humillo vertical. Tal y como me lo pidieron, me puse a calentar agua y encendí una pipa. Mis compañeros estaban

excitadísimos. Uno a uno, se levantaron todos con sus ojos iluminados y hablando en voz baja. La gran tía me ayudó a lavarme en una palangana de grandes dimensiones. La segunda tía me ayudó a secarme, mientras que la joven tía me ayudó a vestirme con mis nuevos hábitos. Ese pequeñajo tenía los rasgos agradables y era, además, listo como el hambre. Fui yo quien lo saqué de la calle cuando, más muerto que vivo, mendigaba con otros pordioseros. Ha sido siempre para mí igual que un hijo, y él me ha respondido con la misma piedad filial [248](#). A ese pequeñajo se le veía feliz, y de sus ojos salían lágrimas de alegría. Ese día, temprano por la mañana, mis aprendices estaban todos, sin excepción, contentísimos. El maestro estaba contento, y los aprendices se contagiaban de esa ocasión. Pero la alegría la llevábamos por dentro y nadie la exteriorizaba. Yo dije:

—Compañeros, nos sentimos ahora felices, pero no sabemos todavía si podemos llamar a esto buena fortuna o desgracia.

—Se trata de la buena fortuna —afirmó la joven tía, luchando contra viento y marea—. Juraría que nos aportará buena fortuna.

—El maestro, vuestro *shifu*, al fin y al cabo, se ha hecho viejo. —Suspiré—. Si cometemos un error, perderé la cabeza...

—Eso no creo que pase —intervino la gran tía—. El jengibre gana con la edad. La abuela ya realizó años atrás varias ejecuciones para el Ministerio de Justicia.

En esa época, yo también creía que si me aceptaban en el interior de la corte imperial era porque algún eunuco había hecho de las suyas y yo debía ejecutarlo. Pero me equivocaba. En esos años, yo acompañé a la abuela Yu cuando ejecutó al eunuco Xiao Chongzi —el pequeño gusano— con las barras de madera del rey Yan. Del interior de la corte imperial llegaban siempre las instrucciones con una claridad fuera de toda duda; y nunca me pidieron que me lavara, ni que ayunara, ni que me pusiera ropas nuevas. Y si no es para una ejecución, ¿para qué quieren a un verdugo? Tal vez... ¿querían acaso cortarme la cabeza de una vez por todas? Con ese estado de ánimo, que ni era siete ni era ocho, como se dice vulgarmente, apenas comí, para respetar el ayuno, un pedazo de carne liado en una torta y me lavé los dientes con sal y me enjuagué la boca con agua limpia. Vi las tres estrellas de Orión que acababan de descender por el oeste y el gong dio el cuarto *geng*. En realidad, ya había amanecido. Acompañé a mis aprendices por un momento y les hablé. Les dije que había oído el canto del gallo. Sea tarde o temprano —les dije—, debemos ir. Mis aprendices se arremolinaron junto a mí, y de esa manera nos dirigimos los cuatro hacia la sala de las prisiones.

Era el principio de la segunda luna, y en la capital suele hacer aún mucho frío durante esa época. Para mantener el espíritu vivo, me puse una chaqueta acolchada debajo de los hábitos oficiales. El viento frío de la mañana entraba en mi cuerpo, mis dientes castañeaban de frío, y me cubría el cuello como podía. El color del cielo se

oscureció de repente y se llenó de estrellas pestañeantes que brillaban. Al cabo de una hora, los tambores anunciaron el quinto *geng*. Al este del cielo apareció una franja blanca que recordaba la panza de un pez. Dentro de la ciudad, fuera de la ciudad, se oía la algarabía creciente. Las puertas de la ciudad se abrían en ese momento, emitiendo crujidos de todo tipo, y los portadores de agua entraban con sus enormes cubas. Un carromato tirado por unos caballos hizo su aparición y se plantó delante del gran patio del Ministerio de Justicia. Dos sirvientes sacaron unos globos de papel rojo con el carácter chino de color negro «Tie» (hierro) inscrito en ellos; esos globos anunciaban que el *daren Tie* había llegado. Los sirvientes cubrieron el carromato con una tela para protegerla del frío. Cubierto por una pelliza de piel de zorro, el *daren Tie* salió por la pequeña puerta del carro. Los sirvientes se pusieron a un lado y el *daren Tie* se encaminó como un patoso hacia mí. Y yo, sin perder un instante, le hice la reverencia convenida por los ritos. Su Excelencia Tie tosió y escupió algo. Me miró de arriba abajo para tomar la medida de mi cuerpo.

—Viejo Zhao, se nota que la suerte está de tu lado.

Este humilde servidor esbozó sin esfuerzo una sonrisa fácil. Vuestra Excelencia, mi suerte depende toda de la gente como usted.

—Después de entrar, deberías decir lo que debes decir, y no te andes por peteneras... —Los ojos del *daren Tie* brillaban con fuerza en esa semioscuridad.

Este humilde servidor lo ha comprendido.

—Vosotros, volved a vuestros aposentos —les dijo el *daren Tie* a mis aprendices—. Vuestro *shifu* tiene la suerte de cara.

Mis aprendices se fueron, y delante de la sala de las prisiones quedamos solamente yo y el *daren Tie*. Los sirvientes de Su Excelencia se habían quedado atrás, a lo lejos, junto al carromato. La luz de los globos de papel rojo ya se había extinguido. En medio de esa luz crepuscular, se sentía con más fuerza el olor a alfalfa y el ruido que hacían los caballos al comerla. Yo lo olía, y ese olor apestaba. Lo que comían los caballos del *daren Tie* eran judías negras mezcladas con hierba seca.

Vuestra Excelencia, no sé qué es lo que quiere de mí...

—Cierra la boca —dijo fríamente el *daren Tie*—; si yo fuera tú, no diría nada..., salvo si la emperatriz regente o el emperador te preguntan algo.

Acaso era...

En ese momento, cuando salí del palanquín que llevaban los eunucos y que había sido cubierto con una tela azulada, otro eunuco, un jorobado que iba cubierto con una pelliza de piel de camello, inclinó la cabeza para saludarme, pero lo hizo de una forma algo misteriosa. Atravesamos el patio y, peldaño tras peldaño, llegamos frente a la sala de las audiencias [249](#) que parecía estar más alta que el mismísimo cielo. El sol ya había aparecido en el cielo y estaba rojo y radiante. Eché un vistazo rápido y me di cuenta de que todo brillaba a mi alrededor de una manera muy particular. Brillaba

como el oro y el jade, de una manera esplendorosa, como si el cielo se hubiera prendido en llamas. El eunuco jorobado señaló algo con el dedo. Vi que las losas cuadradas del suelo, que eran azules, estaban además limpiísimas, tan limpias que me recordaron la base de una cacerola que acaba de ser limpiada. Yo no comprendía nada de lo que me decía el eunuco, y mi cabeza se preguntaba todo el tiempo qué pasaba por la cabeza de ese jorobado; pero él, de manera educada, se giraba y no me hacía caso. El jorobado hizo una señal con la mano y fue entonces cuando vi el cortejo patético de gentes importantes de la corte que desfilaban cabizbajos, humillados, pasando ante mí. Entonces lo comprendí. El eunuco jorobado quería que esperase y que viese con mis propios ojos a esa gente. Esa era la sorpresa de que me habló Su Excelencia Yuan Shikai. Lo vi con mis ojos. Eran esos *daren* que llevan el gorrito rojo, todos ellos mirando al suelo y curvados, caminando de puntillas y saliendo de la sala de las audiencias. La expresión facial de esos *daren* era la misma: de una seriedad contenida, casi sin respirar, y bien compuesta. Había algunos por cuyas caras se deslizaban gotas de sudor, muy brillantes ellas. Al ver el aspecto que tenían esos *daren*, mi corazón empezó a latir con más fuerza. Mis piernas no paraban de temblar, sentía mucho frío, y las manos me sudaban. No sabía aún si lo que me aguardaba me traería fortuna o desgracia. Si hubiera podido escoger, habría salido corriendo de ese salón. Habría regresado a mi tugurio y allí habría tomado algo de vino para calentarme y olvidar esa pesadilla. Pero no podía hacerlo.

Un eunuco de gran altura, de cara rechoncha y roja, encasquetado con el gorrito rojo de los grandes eunucos y los *daren* —esas grandes personas—, apareció por la puerta por la que yo no me atrevía a salir corriendo e hizo una señal al eunuco jorobado. Ese señor de cara grande y aire noble que asomó de repente en el salón parecía el segundo tesoro, la Ley de Buda, ahí mismo, en carne y hueso. Nadie me lo había dicho, pero supe al instante de quién se trataba. Si no era el gran eunuco de la corte, el jefe de todos los eunucos, el gran Li Lianying, ¿quién podía ser si no? Él y mi buen y fiel aliado Su Excelencia Yuan eran como hermanos de sangre. La audiencia que me acordó la emperatriz regente fue probablemente organizada por el gran eunuco Li Lianying. Yo no sabía qué hacer y me había quedado ahí plantado como un idiota. El eunuco jorobado que estaba delante de mí me estiró de la mano y me susurró:

—¡Camina, rápido, que quiere verte!

Yo escuché solamente el sonido de una voz que resonó en mi oreja.

—¡Que pase Zhao Jia!...

Todavía hoy no recuerdo cómo llegué a entrar en la sala de las audiencias; pero recuerdo que lo primero que saltó a mis ojos fue algo que contenía una cantidad desmesurada de joyas, como si un dragón de oro o un fénix rojo se hubieran plantado delante de mí. De pequeño oí decir a mi madre que todos los emperadores eran

reencarnaciones de dragones de oro y las emperatrices de fénix rojos. Yo, armándome de valor, me arrodillé en el suelo. Sentí las losas igual de calientes que un *kang* encendido. Yo golpeaba la cabeza una y otra vez contra la superficie. ¡Pum, pum! Después me di cuenta de que mi frente empezó a sangrar con tanto golpe y parecía un rábano podrido. La emperatriz y el emperador debieron mirarme con ojos de asco. ¡La madre que me parió! ¡La gente del pueblo debería, en realidad, morir por miles! Yo debía desearles diez mil años de vida a la emperatriz regente y al emperador, pero tenía la cabeza demasiado confusa. Mi cerebro parecía almidonado. Yo no paraba de golpear una y otra vez el suelo con la frente.

Afirmaría que una mano me agarró la coleta y me sacó del suelo y así pude dejar de golpearlo. Pero yo no podía. Alguien me tocó detrás de mí, y una voz:

—¡Deja de golpear el suelo, que Su Majestad la emperatriz quiere preguntarte algo!

Se oyó el gorjeo de unas risas. Yo, confuso como estaba, intenté despejar mi cerebro y alcé la cabeza. Y pude verla. Delante de mí estaba sentada en su silla imperial la emperatriz, esa vieja señora, con el busto recto y resplandeciente como un sol. Quería morirme, y algo se escapó de mis labios sin que yo lo hiciera expresamente. Ante mí estaba la gran dinastía Qing en persona, la luz radiante de la comprensión divina, la emperatriz eterna, el venerable Buda, la anciana emperatriz que vivirá diez mil años.

Escuché que decía algo con mucha parsimonia; unas palabras que flotaban en el aire.

—Dime, verdugo, ¿cómo te llamas?

Este humilde servidor se llama Zhao Jia.

—¿Y de dónde eres?

Este humilde servidor es de la subprefectura de Gaomi, en la provincia de Shandong.

—¿Cuántos años llevas ejerciendo?

Cuarenta años.

—¿Y a cuánta gente has ejecutado con tus manos?

Novecientos ochenta y siete personas.

—Ah, ¿no serás acaso el rey de los demonios que extermina a los hombres [250](#)?

Este humilde servidor debe morir.

—¿Dices que mereces la muerte? ¡Son los que has ejecutado los que merecían la muerte!

De acuerdo.

—Yo te pregunto, Zhao Jia, cuando exterminabas a la gente, ¿tenías miedo?

Al principio, sí que tenía miedo, pero ahora ya no.

—¿Qué fuiste a hacer a Tianjin para llenar así de orgullo a Yuan Shikai?

Este humilde servidor de la gran dinastía Qing fue a Tianjin por orden de Su Excelencia Yuan para ejecutar un *lingchi*.

—¿No se trata de ese suplicio que consiste en cortar a un hombre en pequeños trozos, pero impidiéndole que muera antes del último corte?

Sí.

—Se lo he consultado al emperador y le he pedido que el suplicio del *lingchi* sea abolido. ¿No hay que cambiar las leyes? Pues esto es cambiar las leyes. Ah, el emperador, es él quien dice lo que está bien y lo que está mal... ¿No es así?

—Es así —corroboró una voz algo deprimida que estaba delante de mí.

Armándome de valor, alcé la vista y vi a alguien que estaba sentado en una silla imperial al lado izquierdo de la emperatriz regente. Llevaba una túnica de color amarillo brillante, en cuya parte delantera estaba bordado el dragón de oro, que es el dragón imperial con sus escamas doradas. Llevaba un gorrito redondo que coronaba una perla enorme, muy brillante ella, en forma de huevo. Bajo el gorrito había una cara delgada y alargada, y blanca como una porcelana. ¡Su Majestad, el gran padre de los Cielos, el emperador de la gran dinastía Qing! Yo sabía que Kang Youwei y los suyos habían armado tal revuelo en la corte imperial que la emperatriz ya no podía ver al emperador, a quien marginaba y había dejado de tener algún poder sobre el imperio [251](#). Pero el emperador seguía siendo el emperador. ¡Viva el emperador! ¡Diez mil años de vida para el emperador de Qing! El emperador dijo:

—La emperatriz tiene razón.

—He oído decir a Yuan Shikai que piensas regresar a tu terruño para jubilarte. ¿Es cierto?

Había cierta ironía en las palabras de la emperatriz regente y sentí que perdía dos de los tres espíritus necesarios que sostenían mi cuerpo. Me arrodillé y volví a golpear el suelo con la frente, y le respondí: este miserable debe morir, y no una vez, sino diez mil veces. Este humilde servidor es igual que un perro o un cerdo. No debe preocupar a la emperatriz, que es como Buda, ni su vida debe preocupar a nadie. Este humilde servidor cree que los verdugos son gente despreciable, aunque su oficio no lo sea. El verdugo representa la dignidad de la nación, la cual puede crear miles de leyes con sus penas, porque, al final, dependerá del verdugo para ejecutarlas. Este humilde servidor cree que los verdugos deberían pertenecer al Ministerio de Justicia, como cualquier funcionario de este ministerio, y recibir un sueldo mensual por su labor. Este humilde servidor desea también que los verdugos reciban una pensión cuando se jubilen que les permita vivir decentemente y dormir bajo un techo, y no en la calle. Este humilde servidor de la gran dinastía Qing..., este humilde servidor también desea que se instaure para los verdugos un derecho hereditario; el trajín y las penas de la vejez se convertirán en honor y gloria...

La emperatriz tosió de manera imponente y a mí me hizo temblar. Cerré la boca y

golpeé varias veces el suelo con la frente. Y de una manera un poco garrula, balbuceé algo, y no tardé en cerrar la boca: este humilde servidor debe morir, sí, este humilde servidor debe morir...

—Lo que dices tiene sentido —dijo la emperatriz—, o casi todo, porque te faltó una cosa. Todo trabajo tiene a su número uno, su *zhuangyuan*. Tú, Zhao Jia, eres el *zhuangyuan* de los verdugos.

La emperatriz me confirió el título de *zhuangyuan* de los verdugos. ¡Eso es un gran honor caído del Cielo! Yo no podía parar de golpear el suelo con la frente.

—Zhao Jia, tú has ejecutado a tanta gente por el interés de la gran dinastía Qing. No hay gloria sin pena. Yuan Shikai y Li Lianying me han hablado de ti. El Palacio, contra toda regla, te otorga el séptimo grado en la jerarquía funcional, y te deja que te retires a tu terruño.

La emperatriz, diciendo esas palabras, me arrojó el rosario del Buda hecho de bolas de madera de sándalo y añadió:

—Deja tus cuchillas y sigue el camino de Buda.

Yo me dedicaba a golpear sin parar el suelo con la frente.

—¿Y qué piensa Vuestra Majestad? —preguntó irónicamente la emperatriz—. Zhao Jia ha ejecutado a tantos de tus seguidores y ha decapitado a tantos de tus perros... ¿Acaso no le vas a ofrecer nada?

Miré de reojo al emperador y se levantó de golpe de la silla, y totalmente perdido, dijo:

—¿Pero qué voy a darle si no tengo nada?

—A mi modo de ver —zanjó fríamente la emperatriz viuda— creo que podrías darle la silla imperial que acabas de dejar.

VI

Escuchar a su papa contar la Historia oficial, Xiaojia, lo adora. Papa, papa, eres extraordinario; has sido recibido en audiencia por el emperador. Xiaojia también quiere ser verdugo, y yo, su padre, le enseñaré el oficio.

Del dueto *Padre e hijo* de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

La noche se hundía en su propia oscuridad. Xiaojia estaba sentado en un camastro de hierbas secas. Estaba apoyado en uno de los pilares de la cabaña y tenía la mirada perdida, como una liebre muerta. Las llamas del horno-cocina se reflejaban en su cara. De su boca, toda iluminada y brillante, salían frases de todo tipo, algunas estúpidas, otras no. Una de ellas era, tal y como la recuerdo en mi memoria, y así la inserto en este relato de mi vida: Papa, ¿cómo era el emperador? Mis recuerdos y lo que cuento aquí son ahora inseparables: Padre, la emperatriz, ¿tenía tetas? Yo olí de repente a aceite quemado; era el aceite de sésamo que salía de la cacerola. No pude evitarlo y me asusté. Cielos, si hay agua en la cacerola, puede cocer lo que hay dentro; pero si es aceite de sésamo... ¡puede freírlo hasta quemarlo! Desde mi camastro, grité: Hijo, ven

rápido. Salté hacia donde estaba la caldera de aceite, cogí las pinzas y saqué las estacas de madera de sándalo que yacían en el interior. Las puse bajo los globos de papel iluminados para examinarlas minuciosamente. Y allí se quedaron, bajo la luz negruzca que parecía inamovible, y desprendiendo un intenso olor. Al parecer, no se habían quemado, pero estaban muy calientes y no se podían tocar. Me unté las manos con cal, limpié las estacas de sándalo, comprobé su flexibilidad, y di gracias al Cielo ya que no se habían quemado. Lo que debió haberse quemado era la carne de buey que metimos dentro de la cacerola. Con un cucharón, cogí la carne de buey y la tiré a un lado. El jefe de los servidores del *yamen* pasó por ahí y me dijo como quien cuenta un secreto:

—*Laoye*, ¿pasa algo?

No pasa nada.

—Si no pasa nada, todo va bien, entonces.

—Viejo Song, mi padre es ahora un funcionario del séptimo rango. Ya no os tenemos miedo —interrumpió mi hijo—. Así que no vuelvas a insultarme; si lo haces, te vamos a hacer probar el gusto de las pistolas. —Señaló con el dedo la cabeza de Song el Tercero—. *Pum, pam...*, y tu cerebro saltará por los aires.

—Hermano Xiaojia, dime, ¿cuándo te he insultado yo? —le acusó Song el Tercero, utilizando un tono de voz ambiguo—. No debes decirme que el *laoye*, tu padre, pertenece al séptimo rango de los funcionarios. Incluso si no lo fuera, yo no osaría insultarte. Bastaría con que tu mujer abriese la boca delante del gran *laoye* Qian Ding para que yo perdiera inmediatamente mi trabajo.

Pero qué tonto eres, hijo; la gente vuelve a reírse de ti en tu cara.

Yo lo vi: en la sombra que se había creado entre la palestra del teatro (el escenario) y la palestra del cielo (la tribuna) había varios servidores del *yamen*. Bajé la intensidad del fuego y añadí más aceite de sésamo en la cacerola. Luego, metí con mucho cuidado las estacas de sándalo (esos dos tesoros). Me dije a mí mismo: Zhao Jia, debes ir con mucho cuidado. Cuando el hombre muere, deja un nombre; cuando el ganso salvaje muere, deja su grito. Solo si realizo el suplicio de la estaca de sándalo, podré yo obtener el título de *zhuangyuan*. Pero si no, mi reputación se irá al carajo.

Me colgué al cuello el rosario de bolas de madera de sándalo que me ofreció la emperatriz viuda, dejé la silla imperial —la silla del dragón—, alcé la mirada y contemplé el cielo, donde había unas cuantas estrellas dispersas, y la luna, tal una palangana de plata, asomaba en el este. Era una luna brillante, tan brillante, dicho sea de paso, que me perturbó, como un mal presentimiento, como si fuera a pasar algo grave. Quise relajarme, pero de repente pensé: hoy es el decimocuarto día de la octava luna. Era la fiesta de Medio Otoño [252](#). Era, por lo tanto, un buen día para reunirse. El *daren* Yuan había elegido una buena fecha para la ejecución. ¡Sun Bing, eres un afortunado! Yo observaba en el cielo la luz de la luna y el fuego bajo la cacerola. Las

dos estacas de madera de sándalo se movían dentro del aceite e intentaban salir a flote —parecían dos serpientes negras muy orgullosas—. Envolví mis manos con un paño blanco y saqué del caldo de aceite de sésamo una de las estacas. No podía hacerlo de cualquier manera. Estaba brillante debido al aceite. Su suavidad no tenía igual. El aceite chorreaba de la punta de la estaca como una ristra de perlas que se precipitaba hacia la cacerola. La madera de la estaca desprendía un fuerte e intenso olor a madera quemada. Sentí que la estaca de madera de sándalo había aumentado de tamaño. Sabía que se había alimentado con el aceite de sésamo y había transformado la naturaleza de la madera. Se había vuelto más sólida. El aceite la había convertido en un instrumento de tortura más refinado.

En ese momento, solo yo podía apreciar esa obra de arte que eran las estacas de madera de sándalo bañadas en aceite. El jefe de los servidores del *yamen*, Song el Tercero, ese cabeza de diablo, se me acercó como un ladrón y me susurró:

—*Laoye*, ¿no cree que exagera? Al fin y al cabo, se trata de empalar a un ser humano.

Le miré de reojo y me sorbí los mocos por la nariz en signo de desprecio. ¿Qué podía comprender él? Yo sabía además que él solo podía aprovecharse de su situación para abusar del pequeño pueblo y chantajearlo, y robarle. ¿Qué más podía hacer ese desperdicio humano?

—En realidad, usted, venerable abuelo, podría volver a sus aposentos y dejarnos arreglar todo esto —me dijo a mis espaldas el jefe de los servidores del *yamen*—. Ese hijo de perra que es Sun Bing está hecho todo un personaje. Tiene talento, tiene cojones y se atreve con todo; es un buen Han. Acusarle de esos crímenes no es justo. Se ha criado en ese agujero que es la subprefectura de Gaomi; y ahí nadie es profeta en su tierra. —Song el Tercero estaba de pie justo detrás de mí. Parecía que quería preguntarme mi opinión sobre lo que acababa de decir—: *Laoye*, usted ha estado ausente muchos años y no conoce a su familia. Este humilde servidor es desde hace mucho tiempo un amigo de Sun Bing. Le conozco tan bien como a los pollos a los que se les da de comer cada día.

Tipos como este, yo, Zhao Jia, los he visto a cientos. Son como perros que se aprovechan del poder de sus amos para abusar de la gente, como los zorros que se sirven del poder del tigre para realizar su fechorías. Cuando están con la gente normal, hablan como la gente normal; cuando están con los diablos, hablan como los diablos. Pero a mí no me engañan, y dejé a ese miserable que hablase a mis espaldas y no le hice ni caso.

—Sun Bing tiene mucho talento y un pico de oro. Quien le ha oído cantar no lo olvida —prosiguió Song el Tercero—, pero lástima que sea un analfabeto. Si hubiera sabido leer, lo habrían recibido entre los diez primeros *jinshi* de los exámenes oficiales del imperio. En esos años, la madre del viejo Qin murió, y la compañía de

Sun Bing fue a cantar al entierro. El viejo Qin era un buen amigo de Sun Bing. La madre de Qin era, en realidad, la madre adoptiva de Sun Bing, su *ganniang* [253](#). Sun Bing cantó con un virtuosismo excepcional que conmovió a todos los que se presentaron en el velatorio para llorar al muerto. Ni que decir tiene que ese canto tan conmovedor, que en principio no tenía la menor importancia, despertó, por no decir que exacerbó, el amor filial en los hijos de la recién fallecida. El canto de Sun Bing les llegó directamente a las tripas, pero a todos se les heló el corazón cuando oyeron que algo hacía ruido dentro del ataúd. ¿Era el alma de la vieja que estaba saliendo del cuerpo? Se les quedó la cara de piedra. ¿Había resucitado el cadáver? Todos vieron cómo Sun Bing se acercó al féretro de la *ganniang* y abrió el cajón con un estilo muy respetuoso de los ritos. Sun Bing empezó a cantar: «*Pronuncié la palabra ganniang, mi madre adoptiva, y tú me escuchaste; tu hijo cantó Chang Mao llora a los muertos* [254](#). *Si no has vivido lo suficiente, regresa al mundo de los vivos; si ya has vivido lo suficiente, acaba de escuchar el llanto a los muertos de Chang Mao y asciende a la sala celeste* [255](#)». Sun Bing alternaba el papel de *sheng*, el personaje masculino, y *dan*, el personaje femenino, lloraba al gato y cantaba su aria. En medio, añadió una variedad de melodías del gato tan inesperadas como apreciadas por los presentes. El velatorio parecía el escenario de un gran teatro, tan vivo como un tigre y tan animoso como un dragón, con sus gorgoritos y sus voces. La progenie olvidó el dolor. Después de la última aria de Sun Bing, un fin tan largo como el cordel que cuelga de una cometa, el viejo Qin cerró lentamente los ojos y suspiró de satisfacción. Más tarde, como un muro que se derrumba, cayó sobre el féretro. Esta es la historia de Sun Bing, el que era capaz de resucitar a los muertos con su canto. Pero Sun Bing no solo puede resucitar a los muertos con su canto, sino que puede matar a los vivos con su mismo canto. Entre los resucitados está la anciana señora Qin; pero entre los muertos por su canto, los hay a puñados... Tantos como estrellas hay en el cielo... — Song el Tercero se inclinó a un lado y cogió un trozo de carne de buey que había dentro de la cacerola. Y con una risita tonta, de autosatisfacción, dijo—: Este buey que usted está preparando tiene un olor muy especial.

Cuando Song el Tercero dejó de hablar, vi cómo a ese hijo de puta se le reventaba la cabeza. ¡Pum! La cabeza de ese cabrón se abrió como una flor y... se introdujo en la cacerola donde hervía el caldo con el aceite de sésamo. Lo vi con mis propios ojos y mis orejas oyeron esa explosión, como un tiro. Mi nariz olía el perfume de la madera de sándalo cociéndose en la cacerola y... un olor a pólvora que se vino a juntar con los ingredientes del guisado que estaba preparando. Lo comprendí de inmediato. En la oscuridad, alguien había disparado. El destino final de esa bala era yo, y ese glotón de Song el Tercero me salvó, encima, la vida...

Capítulo decimoquinto

Meiniang lo cuenta todo

Die, ah, die, Zhao Jia dijo que quería empalarte con una estaca de madera de sándalo, a Meiniang le entró un ataque de nervios, y volé hacia la subprefectura para hablarle a Qian Ding en el yamen. Pero la gran puerta de la entrada estaba bien cerrada, y dos tipos de soldados que estaban de pie la vigilaban. A la izquierda estaba el ejército de Yuan Shikai; a la derecha, el ejército de los alemanes. Uno tras otro, con la cabeza alta, sacando pecho, y con los fusiles máuser brillantes en las manos. Di unos pasos y avancé hacia delante y vi a los diablos alemanes y los soldados del ejército chino con los ojos como monedas de cobre; pero lo que saltaba a la vista no eran esos ojos fieros, sino sus bocas abiertas, mostrando los dientes y profiriendo gritos: ¡oh, hey!, que me asustaban y retumbaban en mi corazón como tambores, me hacían temblar las piernas, y me caí al suelo. Incluso si me hubieran salido alas en la espalda, habría sido incapaz de entrar en el yamen de la subprefectura. Miré las tropas para ver qué podía hacer: estaban esos soldados de la infantería, hábiles, fuertes y dispuestos a dejarse la piel en el campo de batalla, y con esos no puedo pasar; esos soldados no tenían nada que ver con los nuestros, que eran unos inútiles y no valían para nada. De los soldados del yamen era amigo. Me han llenado con su mal olor, pero yo me meaba sobre ellos, y ellos me dejaban la verja abierta. Los soldados alemanes tenían mal genio, su ejército era poderoso. Si me armaba de valor y me abría paso entre ellos, mi cuerpo se llenaría de agujeros de bala. Miré a lo lejos, estaba la prisión y su tejado azulado, la Gran Sala con su tejado azulado, y mis lágrimas, como gotas perladas, descendieron por mi pecho. Pienso en mi die, mi padre, que ahora está purgando su pena en la prisión. Pienso en mi die y

en sus sentimientos hacia mí. Pienso cuando me enseñabas las arias de la ópera de Maoqiang, me movía con rapidez, tenía la figura de una bailarina, y practicaba el papel del personaje del guerrero. Te seguí por los pueblos con toda la fanfarria, hice de joven mujer (qingyi y huadan) y de la virtuosa Xiao Taohong. Bollos rellenos de carne de cordero, fideos de carne de buey y tortas recién salidas del horno. Uno olvida lo malo y se acuerda de lo bueno; para salvar la vida del die la hija debe golpear con la cabeza las campanas de oro, llenarse de valor y fuerzas, y precipitarse hacia delante para dejar atrás el ruido y la furia.

Del poema *ci* con más de noventa y un caracteres (*changdiao*) [256](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Vi entonces cómo asomaba por el callejón de Yanzhi, en el suroeste de la ciudad, una multitud de individuos de varios tamaños, con atuendos llenos de color y la cara embadurnada con azul, rojo, negro y blanco. El que iba a la cabeza llevaba una máscara blanca y tenía la boca pintada de rojo; parecía un ahorcado. Llevaba una larga túnica de seda roja que le cubría las rodillas, y que parecía, a todas luces, haber sido robada a un muerto. Asomaban por debajo de la túnica sus dos piernas, negras y aceitosas como las plumas de un cuervo, y sus dos pies rojos. Sobre sus hombros tenía un mono y en las manos un gong, *tan, tan, tan, chin, chin, chin...*; y el que tocaba el gong no era un tipo cualquiera: era el mismísimo Hou Xiaoqi, el cabecilla de esos a los que llaman mendigos. Hou Xiaoqi le arreaba al gong tres veces: *tan, tan, tan...*, y soltaba una letrilla de la ópera de la melodía del gato:

«Esos que llaman flores y son mendigos caminan ahora hacia la fiesta, y lo hacen como unos jaraneros que se ponen el mundo por montera ~~».

Su voz era una auténtica voz de ópera de Maoqiang: fina, cómica y contundente, al mismo tiempo. Tenía un ritmo muy particular y una manera de entonar las palabras inconfundible que hacía que la gente que lo escuchaba no supiese si ponerse a llorar o reír. Y a la cola del cantante estaban los mendigos, los cuales también acompañaban con la melodía del gato:

«Miau ~~ miau ~~ miau ~~».

Luego, varios jóvenes mendigos se pusieron a cantar con una voz que imitaba el violón de la melodía del gato; era la introducción a la ópera de Maoqiang:

«*Ligelonggeligelonggelong ~~*».

Cuando acabó ese sonido estridente, sentí que la garganta me escocía. Ese día, a decir verdad, no estaba para muchos cantos ni óperas. Yo no estaba para esas cosas, pero Hou Xiaoqi, sí. Las gentes de este mundo no solo tienen en cuenta a los funcionarios, sino que también tienen en cuenta al pueblo, y no sé cuántos están ahora preocupados. Solo los mendigos parecen no estarlo. Ese Hou Xiaoqi cantó:

«*Las botas en la cabeza y el gorro en los pies, escúchenme cantar mi aria, pero esta vez al revés ~~ miau, miau ~~ el hijo se casa y su mujer tiene hijos; el gran laoye de la subprefectura va a pie; yo, en palanquín ~~ miau, miau ~~ el ratón persigue en la calle al gato, los copos de nieve flotan durante la sexta luna ~~ miau, miau ~~*».

En mi interior me sentí confusa por un momento y, enseguida, pensé: mañana es el día quince de la octava luna. Cada año, el día catorce de la octava luna es, en la subprefectura de Gaomi, la fiesta de los mendigos. Ese día, los mendigos recorren tres veces la calle principal de Gaomi. Durante el primer recorrido cantan arias de Maoqiang; durante el segundo recorrido hacen acrobacias; y durante el tercero, los mendigos desatan los sacos que llevan atados en la cintura y se dirigen al sur de la calle principal, donde les esperan los restos de cereales que les dan las mujeres (tanto las casadas como las solteras, las viejas como las jóvenes) en las puertas de las casas. Los mendigos llenan de esa manera todos sus sacos. Este año, cuando llegaron a la puerta de mi casa, y respetando lo que ya era una costumbre, les doy una caña de bambú con unas monedas de cobre grasosas. El pordiosero que tocó a mi puerta, mascullando algo, metió el dinero en una calabaza. Siempre que vienen esos mendigos, la luz de sus ojos se fija sobre mi cuerpo. Sé que esos lujuriosos me miran con ojos de deseo. Yo les sonrío expresamente y ellos, la banda de muertos de hambre que se ha juntado en mi puerta, se agachan en forma de agradecimiento. Yo levanto la mano y esos macacos empiezan a hacer sus monerías. Cantan y dan volteretas, y luego se van, entre aplausos. Mi marido, Xiaoqia, estaba todavía más alegre que esos muertos de hambre el día de su fiesta. Cuando se levanta por la mañana, si no tiene a ningún cerdo que degollar y a ningún perro que despedazar, se va con los mendigos y se pone a aprender el canto de Maoqiang. Lo que se dice cantar la ópera de Maoqiang, mi marido, Xiaoqia, era incapaz de hacerlo; pero aprender a maullar, de eso sí que era capaz. Mi Xiaoqia aprendió a maullar, y lo hizo tan bien que parecía un verdadero gato. A veces, se asemejaba al maullido de un gato macho, y otras al maullido de una gata. No se olvidaba de los gatitos y de su manera tan particular de maullar, o cuando los gatitos se separan de su madre y empiezan a maullar sollozando... Al oírlo, a la gente le picaba la nariz y no podían evitar las lágrimas, como si fueran huérfanos.

¡Ah, madre! Por desgracia dejaste este mundo demasiado pronto, dejándome huérfana, sola y desamparada en este mundo; pero por suerte dejaste este mundo injusto y no tuviste que sufrir más al descerebrado de mi día. Te has ahorrado una

*cantidad indecible de sustos y ya no pasarás más miedo, ni este acabará por consumirte... Yo lo vi con mis ojos. El regimiento de mendigos, al igual que una roca inmensa que se lanza hacia delante, pasó junto a los soldados, cuyo despliegue de poder imponía. Y Hou Xiaoqi pasó cantando la melodía exuberante —la melodía de Maoqiang—, y la voz no le temblaba y los maullidos no desentonaban. El día catorce de la octava luna, los mendigos de la subprefectura de Gaomi hacen de ancianos. La guardia de honor de mi *gandie* —mi padre adoptivo— se topó con la parada de mendigos, los primeros se desviaron del camino sin decir nada. El año pasado, los mendigos levantaron una silla de caña donde se sentaba Zhu el Octavo, ese hijo de puta, el de los pelos revueltos. Llevaba como gorro celestial (corona) un amasijo de papeles rojos pegados de cualquier manera, y estaba enfrascado en una túnica de papel satén de color amarillo en el que había, por supuesto, un dragón bordado. Si el pueblo llano y los funcionarios de poca monta se atrevían a vestirse así, todo el mundo habría creído que se trataba de una conspiración para cambiar de emperador, y sus vidas insignificantes probablemente no tendrían mucho futuro. Pero ese atuendo en el cuerpo de Zhu el Octavo no tenía nada de amenazador. Los mendigos se habían autoproclamado los libertadores de la nación. Pero la procesión de mendigos de este año era más bien extraña. Los mendigos se habían juntado alrededor de una silla vacía, y no había ni rastro de Zhu el Octavo. ¿Adónde se había ido Zhu el Octavo? ¿Por qué no se había sentado en la silla imperial, la silla del dragón, para mostrar su poder? Ese honor es superior al de un funcionario del primer rango. Con solo pensar en ello, el corazón de Meiniang dio un vuelco. Pienso que hoy la procesión de los mendigos tiene algo de extraño.*

Yo, Meiniang, nací y me he criado en la tierra de Gaomi, y tenía diecinueve años cuando me fui a la ciudad de la subprefectura para casarme. Pero antes de casarme, acompañaba a mi *die* y su compañía de ópera de Maoqiang por los pueblos y las ciudades. Aunque el centro de la subprefectura es un gran sitio, yo siempre iba y volvía sin estar mucho tiempo en ella. Lo recuerdo confusamente: mi *die* enseñaba el canto de Maoqiang a los mendigos. En esa época, yo era todavía una niña, y porque me afeitaba la cabeza hasta no dejar un solo pelo, la gente creía que era un niño. Mi *die* me decía que los faranduleros y los mendigos pertenecen a una misma familia. Mendigar es, en realidad, cantar ópera; y cantar ópera es, en realidad, mendigar. Ah, esa es la razón por la cual yo comparto el mismo destino que los mendigos. Ah, y esa es también la razón por la cual el día catorce de la octava luna la procesión de los mendigos no me asusta. Desde que vinieron los soldados alemanes de Qingdao y el regimiento de infantería chino de Ji'nan, era la primera vez que asistía a un escenario tan curioso. Y como si estuviesen frente a un enemigo, esos soldados alzaban los fusiles y estaban a la defensiva por si debían atacar. Sus ojitos redondos daban vueltas, y esos soldados clamaban al Cielo y la Tierra. Las tropas estaban cada vez

más cerca, y los soldados bajaron los fusiles. Había una expresión facial rara en sus caras. Entre la nariz y la cuenca de los ojos se había formado un pliegue ensanchado artificialmente que deformaba sus caras. Los soldados chinos del regimiento de infantería no sonreían como los alemanes, ya que estos últimos no podían comprender lo que cantaba Hou Xiaoqi, y a los alemanes les hacía gracia esa melodía que imitaba los maullidos de los gatos. Yo sabía que en su fuero interior, esos muchachos estaban tristes. ¿Por qué hay tanta gente que aprende a maullar como los gatos? La atención de los alemanes se concentraba en el regimiento de mendigos. De mí y mis intenciones de meterme en el *yamen* de la subprefectura ya se han olvidado. Mi cabeza se calentaba. Una vez en el camino, uno no se para, y cuando la calabaza-cantimplora se cae, pierde el aceite y se expande inexorablemente. Debía aprovechar la oportunidad que me ofrecía el Cielo. En aguas revueltas, ganancia de pescadores. Tenía al mismo tiempo los guisantes en la sartén y la sal en la cacerola. *Meiniang debía abrirse paso en medio de la algarabía que se había formado y sacar a mi padre del calabozo. Ese era el objetivo, y por eso la valiente Sun Meiniang se lanzó hacia la Gran Sala. Incluso si se trataba de la lucha entre los huevos y las piedras, esta bella mujer debía dejar su nombre inscrito bajo el cielo y su virtud debía ser recordada.* Lo tenía todo planeado y debía aprovechar el momento propicio. El gong de Hou Xiaoqi sonó: ¡*tan, tan!*, y la melodía de su aria de Maoqiang adquirió un tono melancólico y desolado, y los mendigos que habían aprendido a maullar exageraban sus maullidos para atraer la atención de los soldados alemanes, cuyas caras se parecían cada vez más a las de los fantasmas. Cuando la procesión de mendigos se acercó a mí, me dio la impresión de que alguien hizo una señal codificada y todos los mendigos sacaron de sus bolsillos unas pieles de gato; los grandes se las pusieron sobre los hombros y los pequeños sobre la cabeza. Ese cambio súbito dejó a los soldados boquiabiertos. ¿Había que aprovechar ese momento de encantamiento? Poniéndome de lado, me infiltré discretamente entre el espacio estrecho que dejaban los soldados alemanes y chinos, y me encaminé sin dar rodeos a la entrada del *yamen*. Pero los soldados se despertaron de pronto y con sus bayonetas apuntaron a mi pecho. Mi corazón dejó de latir. Si había que morir, moriría. Pero lo había planificado así y estaba decidida a hacerlo. Si debía pasar por encima de las bayonetas, lo haría. En ese momento crítico, dos grandullones del regimiento de los mendigos salieron de la muchedumbre y me cogieron por los hombros, lanzándome a un lado. Yo intenté liberarme de sus manos y quise tirarme al suelo para seguir abriéndome paso por debajo, pero mis fuerzas no estaban ya, en realidad, a la altura de las circunstancias. No temía morir, pero, para mis adentros, quería seguir viviendo. Si no veía de nuevo la cara de Qian Ding, no moriría tranquila; lo único que se me estaba permitido era adaptarme a las circunstancias. Los mendigos me rodearon entre gritos, e inconscientemente, me encontré encima de ellos, sentada en una silla; me llevaban en todo lo alto como

portadores de cajas de caña de bambú y cestas de paja en sus hombros. Dudé si lo mejor para mí era saltar de esa silla hecha con cañas de bambú. Cuatro mendigos lanzaron un grito y subieron a sus hombros el trono imperial, sobre unas cañas de bambú que servían de soportes. Yo, en lo alto, me balanceaba de un lado a otro, y por mi cabeza pasaban mil pensamientos tristes. Sentí de repente cierto dolor en mi corazón y empecé a llorar desconsoladamente. Los mendigos seguían tan felices con su jarana. El gong de Hou Xiaoqi no paraba de sonar: *tan tan...*, y una voz canturreó:

«*La calle principal pisa nuestros pies, desde el sur vuela un perro, el perro golpea el ladrillo y el ladrillo muerde las manos de la gente ~~ miau, miau ~~*».

Nos dirigimos todos —yo, sentada en la silla y a hombros de los mendigos— hacia el este de Gaomi. Lo hacía contra mi voluntad y el *yamen* se alejaba a mis espaldas. En ese momento, a los pocos pasos, la procesión de los mendigos giró por la calle principal y ante mis ojos asomó el templo de la Diosa de la Fertilidad, cuyo techo estaba lleno de esa hierba a la que llaman «las colas de perro». Al llegar a ese lugar, los mendigos detuvieron la algarabía y sus pasos se hicieron más rápidos. Entonces comprendí que la procesión no se había hecho para recoger cereales, sino por mí. Si no hubiera sido por ellos, habría muerto atravesada por las bayonetas de los alemanes. Delante del templo de la Diosa de la Fertilidad, dejaron la silla de caña de bambú donde yo estaba sentada. Vinieron enseguida dos mendigos que me cogieron del brazo, me ayudaron a salir de la silla y me introdujeron en el templo, que estaba oscuro por dentro. Y en medio de la oscuridad, alguien preguntó:

—¿La han traído?

—¡Sí, la hemos traído, Octavo Señor! —respondieron al unísono los dos mendigos.

Vi a Zhu el Octavo apoyado en una estera delante de la figura de arcilla de la diosa. En sus manos llevaba una cosa que relampagueaba con unas luces verdes.

—¡Que enciendan las velas! —pidió Zhu el Octavo.

Uno de los mendigos se apresuró en traer papel para quemar, le prendió fuego y encendió la mitad de las velas blancas que estaban frente a la diosa. El templo se iluminó de golpe. Se iluminó incluso la mierda de los murciélagos que había caído sobre la cara delicada de la diosa.

Zhu el Octavo, señalando la estera con el dedo, me dijo:

—Siéntate.

Y tras haber dado este paso, ¿qué puedo decir más? Pues me senté. En ese momento sentí que ya no tenía mis dos piernas. Ah, mis pobres piernas. Desde que encerraron a mi padre, vosotras, mis queridas piernas, habéis ido de un lado a otro, habéis saltado para arriba, para abajo, habéis desgastado las suelas de todas las zapatillas que habéis calzado... Mi querida pierna derecha, mi querida pierna izquierda, habéis sufrido tanto...

Zhu el Octavo me miró con sus ojos brillantes; parecía que esperaba el momento

en el que yo abriría la boca. La cosa que alumbraba luces verdes y que llevaba en la mano había perdido mucha fuerza. Después de coger la vela lo comprendí finalmente todo. Lo que llevaba en la mano era un saco de gasa que contenía cientos de luciérnagas. A mí me preocupó ver a Zhu con esas luciérnagas. No comprendía qué hacían en sus manos. Un hombre de su edad, ¿jugaba todavía con esas cosas? Una vez sentada en la estera, los mendigos me trajeron un banquete, y luego, uno tras otro, se sentaron todos junto a mí. Fuera cual fuera su posición, ninguno de ellos abrió la boca. Incluso el mono de Hou Xiaoqi, que de costumbre es un mono alterado y que se excita fácilmente, no se movía ni abría la boca, y estaba tranquilo delante de mí. Si bien la cabeza y las manos del mono no podían estarse quietas y realizaban pequeños movimientos, el resto del cuerpo se mantenía en una paz más que digna. Zhu el Octavo me miró, y todos los mendigos se pusieron a mirarme. Hasta el mono me miró. Yo saludé a Zhu el Octavo, dando golpes al suelo con la cabeza, y le dije:

—*Zhu el Octavo, el gran misericordioso ante el gran dolor ajeno. —Al decir esas palabras, me puse a llorar; esta joven está en un apuro...—. Salva a mi padre... Zhu el Octavo, escúchame: Su Excelencia Yuan, de nuestra provincia, Carl Rosendahl, de los alemanes, y ese miserable de Qian Ding, de nuestra subprefectura, se han compinchado para torturar a mi die. El verdugo será mi gongdie, Zhao Jia, y le ayudará mi marido, Zhao Xiaojia. Ninguno de ellos quiere darle a mi padre una buena muerte; no quieren dejar a mi die ni vivo ni muerto. El suplicio debe durar cinco días, y durante esos cinco días, mi die debe permanecer vivo, justo hasta el día de la inauguración de la vía férrea que une Gaomi a Qingdao [257](#)... Zhu el Octavo, rescate a mi padre. Si no puede hacerlo, ¡mátelo! Le da un cuchillazo y ya está. Pero por nada del mundo debe salir adelante el plan de esos diablos extranjeros, mi querido señor, Zhu el Octavo...*

—*No hay que precipitarse, Meiniang; come primero estos bollos de carne de cordero* —le pidió cantando Zhu el Octavo, y añadió—: Estos bollos rellenos no te los damos por caridad. Les pedí a los niños que fueran a comprarlos expresamente a la tienda de Jia el Cuarto. Un mendigo de pequeña talla corrió hasta ponerse detrás de la figura de la diosa. Llevaba en las manos una bolsa de papel aceitoso que dejó delante de mí. —Zhu el Octavo hizo un movimiento con las manos y dijo—: La gente es de hierro, la comida es de acero. Nadie se llena en estos tiempos. Come, porque la comida no sobra y está todavía caliente.

—Octavo Señor, estamos en una situación desesperada. ¿Cree que estoy para bollos calientes rellenos de carne?

—*Sun Meiniang, no debes ponerte nerviosa. Los nervios no dan cosechas, los nervios traen desastres. Como dice el dicho: cuando el agua se desborda, siempre hay tierra para retenerla; y cuando asoman los soldados del enemigo, aparece siempre un general que les cortará el paso. Primero come, porque te sentará bien; y luego oye lo*

que tengo que decirte —canturreó.

Zhu el Octavo me apuntó con el dedo índice de su mano derecha y lo movió varias veces de arriba abajo, y de izquierda a derecha. Luego sacó un cuchillo muy afilado y desgarró el saco de papel aceitoso y extrajo cuatro bollos cocidos al vapor y todavía humeantes, junto con los pastelitos de las mil hojas de Song Xihe, las galletonas al horno de Du Kun, las piernas de perro estofadas de Sun Meiniang y los bollos de la tienda de Jia el Cuarto. Estas últimas eran las cuatro delicias de la comida de la subprefectura de Gaomi. La carne de perro no era algo que faltaba en Gaomi. ¿Por qué la mía se había convertido en una de las cuatro delicias de Gaomi? Porque mi carne de perro tenía un sabor y un aroma muy especiales. ¿Y por qué la carne de perro que yo preparaba tenía ese sabor y ese aroma tan especiales? Porque cuando me pongo a estofar en la cazuela la carne de perro, le añado una pierna de cerdo para que se cueza junto con la pierna de perro, y le añado, además, un poco de anís, jengibre fresco, canela en rama y pimienta de Sichuán. Lo remuevo todo en la cazuela y le añado una tacita de vino amarillo. Ese es el secreto de mi éxito. Señor Zhu el Octavo, si puede salvar la vida de mi *die*, yo le traeré todos los días una pierna de perro con vino amarillo. De esos cuatro bollos, tres se fueron para el interior de mi estómago, mientras que el otro quedó fuera, como si quisiese convertirse en soporte para una de las velas. Lo cierto es que esos bollos merecen la reputación que los precede: *los bollos de Jia el Cuarto salen blancos y calientes por el vapor, son tiernos como los capullos de las flores, rojos en sus comisuras, como el fruto de la dorada azufaifa, jugosa y viva.* Zhu el Octavo pasó el cuchillo delante de mis narices. Para que hincara el bollo. Lo hizo tal vez para que mis manos no se quemaran, o porque pensaba que no estaban limpias. Con un gesto de la mano, cogí el bollo y rechacé el cuchillo. El bollo calentó mi mano, pero el olor llegó directamente a los orificios de mi nariz. *El primer mordisco se lo doy a la azufaifa de oro, y su sabor dulce llena mi garganta. Y una vez dentro de mi barriga, la azufaifa es devorada por un gusanito glotón. Al segundo mordisco, atrapo el relleno rojo hecho de rábano y la carne de cordero. El rábano está dulce y perfumado con jengibre y cebolla. ¿Quién se resistiría en este mundo a los bollos de Jia el Cuarto?* Yo no vengo, ciertamente, de una familia noble, pero vengo de una familia honesta, y no somos unos muertos de hambre. Ante esos mendigos, yo no hubiera sabido comportarme como una glotona. Por eso le daba mordiscos muy discretos a ese bollo, y, sobre todo, no debía abrir la boca para decir nada. Pero mi boca no me escuchaba y le arreé un bocado al bollo de Jia el Cuarto todavía mayor que los dos que ya le había dado. Yo sabía que una mujer respetable debe comer poco y lentamente, pero mi garganta parecía más bien la mano de un muerto de hambre que movía mi boca como lo hace un ventrílocuo con la boca de un muñeco y... ¡*ñam!*..., otra dentellada. Ni siquiera me dio tiempo a conocer su gusto, y ya no quedaba ni rastro del bollo. Al parecer, el bollo entró en mi boca y cayó en mi

estómago, pero en realidad no entró en mi estómago, sino en el de Zhu el Octavo. Si el bollo hubiera entrado en mi estómago, ¿no habría dejado de sentir ese vacío que seguía ahí sin llenarse todavía? Sentía más hambre tras haber comido el bollo que antes de haberlo comido. ¿No era extraño? Mi mano había dejado de escuchar lo que yo le ordenaba, y se hace con otro bollo y se lo zampa en un abrir y cerrar de ojos. Tres o cuatro bocados y ya no quedaba nada del bollo. Ya me había zampado dos bollos, y mi estómago sigue como si no hubiera comido nada. Y yo, como si me quemase un fuego, me lancé a por un tercero, me lo zampé, y seguí sintiendo mi estómago igual de vacío que siempre. Yo sabía que estaba llena, ya que algo me pesaba en mi estómago, pero mi mano estaba desconectada de mi cabeza y agarró otro bollo. Un bollo de grandes dimensiones se reducía inexplicablemente en mi mano, de la misma manera que lo hacía su peso —el bollo se aligeraba—, y además esos bollos no tenían vergüenza. Pensé en esos cuatro bollos grandes, pesados y desvergonzados que habían entrado en mi estómago, y, sin poder evitarlo, eructé de forma escandalosa. La velocidad con la que comía se había ralentizado. Mis ojos miraban los objetos que había a su alrededor, y vi a Zhu el Octavo mirándome con sus ojitos brillantes. Y detrás de mí, varios ojos parpadeando como estrellas en un cielo nocturno. Esos que llaman flores y que son mendigos no me quitaban los ojos de encima. Sabía que, a sus ojos, mi apariencia había pasado de ser comparable con la de la diosa a ser la imagen misma de una mujerzuela glotona y boba. En vez de decir que la vida depende de un respiro, deberían decir que la vida depende de un bocado... Cuando se tiene el estómago lleno, se puede hablar de guardar la cara, pero cuando se tiene vacío, uno pierde la vergüenza.

Y justo cuando estaba dando el último mordisco, Zhu el Octavo me preguntó con una sonrisa traviesa:

—¿Ya te has hartado?

Yo asentí con la cabeza algo avergonzada.

—Puesto que ya te has atiborrado, deja que te explique lentamente lo que tengo que decirte —dijo Zhu el Octavo, jugando con el cuchillo y el saco de luciérnagas en la mano. Sus ojos desprendían una luz verde, y estaba muy tranquilo—. Para mí, como para todos los que estamos aquí presentes, tu *die* es un héroe. Quizá ya no te acuerdas, pero cuando eras pequeña, tu padre y yo éramos muy buenos amigos. Tu *die* me enseñó veinticuatro obras del repertorio de la ópera de Maoqiang para que mis hijos pudieran ganarse la vida sobre unas tablas y no pasaran hambre nunca. Incluso lo del día de los mendigos el decimocuarto día de la octava luna fue idea de tu padre, y no hablemos de todo lo demás. El bueno de tu padre tenía el estómago lleno de óperas de la melodía del gato, y nosotros también queremos rescatarlo. He ideado un plan maravilloso que funcionará. Soborné a Sun Lantong, el Cuarto Señor, ese funcionario hijo de puta que tiene una cicatriz en un ojo y que es el jefe de las

prisiones del *yamen* de la subprefectura. Él nos dejará hacer el trueque en el calabozo. Yo ya he encontrado a su sustituto, es decir, al diablo muerto que le pondremos en lugar de tu padre, es él... —dijo Zhu el Octavo, señalando a una de esas flores que son los mendigos, un muchachote de boca grande que estaba en una esquina junto a la pared—. Este ya ha vivido suficiente, y se parece muchísimo a tu padre. Se ha presentado voluntariamente para morir en lugar de tu *die*. Después de su muerte, sus hijos y yo le levantaremos una piedra conmemorativa y cada año iremos a encender incienso junto a ella.

Yo me arrodillé de inmediato y ante ese buen Han golpeé el suelo con la frente varias veces. Mis ojos contenían lágrimas calientes, y con voz temblorosa, dije:

—Gran tío, su sentido de la justicia hace insignificantes a las acciones del Cielo, su cuerpo entero se ha transformado en la virtud de la humanidad, la moral que moldea su personalidad es noble, y varias generaciones recordarán su nombre, es un héroe del clan de Han de estatura gigantesca. Ofrece su vida por la de mi *die*. A mí, Sun Meiniang, su generosidad me avergüenza. Si mi *die* sale vivo, le pediré que haga una obra para el repertorio de Maoqiang para que la gente la cante durante mil años y así le recordarán eternamente.

Ese Han abrió los ojos, como subyugado por la ópera de la melodía del gato, y me miró; luego se giró, dio un bufido y se quedó dormido.

II

Ya al acabar la tarde, me desperté de una pesadilla. En mis sueños vi a un cerdo negro sobre un escenario en medio del campo de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos de Tongde, el de la Transmisión de la Virtud. Detrás del cuerpo negro del cerdo estaba de pie mi *gandie*, Qian Ding. Sobre el escenario había también un diablo extranjero de nariz grande, ojos verdes y pelo rojo. ¿No era Carl Rosendahl, el que había matado a mi madrastra, mi hermano y mi hermana, destruido a mi gente, y que tenía las manos manchadas con la sangre del pueblo de Dongbei? La verdad es que cuando dos enemigos se encuentran, sus ojos enrojecen. Yo no podía quedarme parada y lo que deseaba era tirarme encima de él y morderle; pero una joven como yo, desarmada, no tenía muchas posibilidades de lograr ningún éxito. Mi destino en esta vida se hubiera desbaratado. Junto a Carl Rosendahl estaba sentado un tipo de cabeza cuadrada y cara grande, en cuyo labio superior colgaban unos largos bigotes. Vi que se trataba del célebre gobernador de Shandong, Yuan Shikai. Era el mismo individuo que había hecho decapitar a los Seis Príncipes de China, y que había ordenado eliminar a los puños divinos de Shandong; era el mismo que había sacado de su jaula al animal de mi *gongdie* para torturar a mi *qindie*. Yuan Shikai se hacía bolitas con la barba y, sonriendo como un idiota, se puso a cantar: «*Sun Meiniang, la que manda entre las flores, te has hecho grande y fuerte. No me extraña que ese Qian Ding haya perdido la cabeza por ti. Incluso a este funcionario que te habla se le desgarró el corazón con solo verte*».

Para mis adentros, me alegró oír esas palabras. Pero cuando me disponía a

arrodillarme para golpear el suelo con mi frente, el rostro del *daren* Yuan Shikai cambió de repente. Parecía como si ese melón de piel de sapo se hubiese cubierto de escarcha blanca. Su Excelencia saludó con la mano a los que tenía justo detrás. Mi *gongdie* sujetaba una estaca de madera de sándalo, impregnada con aceite de sésamo. Xiaojia llevaba a sus espaldas un mazo de madera de azufaifo impregnado con aceite de soja. Uno era alto, el otro bajito; uno era gordo, el otro delgado; uno era el yin, el otro el yang; uno era un loco, el otro un idiota. Los dos caminaban junto al cerdo negro. Yuan Shikai, mirando a Qian Ding y utilizando un tono de voz jocoso, le dijo:

—¿Y qué me dices, tú, Vuestra Excelencia Qian?

Qian Ding se arrodilló delante de Yuan Shikai y Carl Rosendahl, y de forma extremadamente ritual, dijo:

—Para que mañana no haya errores, he pedido a Zhao Jia y su hijo que practiquen antes con este cerdo. Que Vuestra Excelencia dé las instrucciones.

El *daren* Yuan miró a Carl Rosendahl, y este último asintió con un movimiento de cabeza. Yuan Shikai también movió la cabeza. Qian Ding se levantó, dio unos pasitos y se puso delante del cerdo negro, lo cogió por las dos orejas y les dijo a mi *gongdie* y a Xiaojia:

—Empezad...

Mi *gongdie* incrustó en el culo del cerdo la estaca de sándalo todavía embadurnada con el aceite de sésamo, y le dijo a Xiaojia:

—Hijo, empieza, pues.

Xiaojia se puso a un lado, escupió saliva en sus manos, abrió las piernas y con el mazo le arreó un golpe seco y violento en la punta de la estaca de madera de sándalo. Todos pudieron ver cómo se metió dentro del culo del cerdo la mitad de la estaca. El cerdo negro se encogió y lanzó un grito estremecedor que dejó sordos a los presentes. El cerdo se tiró hacia delante y golpeó a Qian Ding, el cual cayó sobre el escenario. Yo pude oír el ruido que hizo el impacto. También pude oír que una voz aguda decía:

—Madre, me he caído y me muero.

A pesar de no guardarle cierto resentimiento a Qian Ding yo había tenido, al fin y al cabo, relaciones carnales con él. Me provocaba todavía cierto hormigueo en el corazón y me hacía daño verlo así. Sin preocuparme de mi embarazo, salté al escenario para ayudarlo. Pude ver su rostro amarillo como el oro y sus dos ojos bien cerrados. Parecía que su desgraciada vida había llegado a su fin. Mordí los dedos de su mano y le pinché. Finalmente, empecé a oír cómo respiraba profundamente, y su rostro amarillo como el oro se puso rojo. Él agarró mi mano con la suya, y de sus ojos brotaron numerosas lágrimas. Le oí decir:

—Ah, Meiniang, en mi corazón tú eres el trozo de carne que más me duele. ¿Estoy vivo o muerto? ¿Estoy despierto o durmiendo? ¿Soy un ser humano o un fantasma?

Yo le respondí:

—Mi querido y desgraciado Qian Ding, me preguntas si estás vivo o muerto, despierto o dormido, si eres un ser humano o un fantasma...

En ese momento se organizó sobre el escenario la marimorena. *Suena el gong, suena el tambor, que rugen como el viento, el violón de la melodía del gato hace sonar su ligelong. El cerdo negro con la estaca de madera de sándalo en el culo da vueltas y más vueltas. Mi gongdie y Xiaojia siguen al cerdo; se han formado tres torbellinos. A Yuan Shikai, el gobernador de la provincia de Shandong, el cerdo negro le muerde una pierna y la sangre brota como las aguas de un manantial. A Carl Rosendahl, el comandante en jefe de los alemanes, el cerdo negro le muerde una nalga, se cae bocabajo y grita: ay, ay. Lo que sucede colma de satisfacción a todo el mundo. Esas dos estrellas de mal augurio han sido destruidas. Pero... ¡un trueno y todo cambia de repente! ¡La pierna de Yuan Shikai está intacta, y la nalga de Carl Rosendahl entera! Los dos se sientan en la silla, en medio del escenario, y el cerdo negro se transforma en mi padre, Sun Bing, que, en el suelo, se retuerce con el suplicio de la estaca de sándalo. Se puede oír, se puede ver. Pum, pum, pum..., el mazo le da a la estaca de sándalo; clong, clong, clong..., la estaca se mete en el culo; mi die grita, llora, se estremece, y nos deja sordos a todos...*

Mi corazón, dolorido, se disparó, y un sudor frío había empapado mis ropas. Zhu el Octavo sonreía como un idiota y me preguntó:

—¿Has dormido bien?

Yo le respondí, excusándome:

—Octavo Señor, me avergüenza haberme dormido en estas circunstancias... Me he quedado dormida.

—Esto es precisamente lo que pertenece a un buen carácter. En este bajo mundo, solo la gente que es capaz de quedarse dormida y tiene siempre hambre puede hacer grandes cosas. —Zhu el Octavo volvió a sacar cuatro grandes bollos de la casa de Jia el Cuarto, me los puso delante y prosiguió—: Cómetelos, pero despacio; y escucha lo que tengo que decirte hoy. Esta mañana, tu *gongdie* ha estado puliendo dos estacas de madera de sándalo. El subprefecto hizo montar en el campo de entrenamiento de Tongde una palestra del teatro y una palestra celestial, es decir, para que nos entendamos, un escenario y una tribuna. *Delante del escenario ha hecho construir una especie de caseta, y delante de ella ha puesto una cacerola enorme y un horno. La cacerola olía a aceite de sésamo y comida. Tu suegro, el gongdie, el venerable Zhao Jia, y tu marido, Xiaojia, padre e hijo, con los extranjeros, van, tan felices, a llevarse esas estacas de madera de sándalo que están metidas en una cacerola que se puede oler a diez li de distancia. En el horno han puesto el aceite y las estacas de sándalo, y han metido la carne de buey. El aceite de sésamo hace brillar esas dos bocas; esperando al día de mañana, cuando empalarán a tu die con la estaca de madera de sándalo. Delante de la entrada del yamen de la subprefectura, está muy*

vigilada, y guardada a capa y espada. A ese Qian Ding con el que tú te llevas tan bien, Yuan Shikai, y ese Carl Rosendahl, no se les ve el pelo. Envié a uno de mis hijos, que es un chiquillo muy espabilado, y fue incapaz de entrar disfrazado de vendedor ambulante en el *yamen*, ni siquiera pudo acercarse... Los alemanes no se creyeron eso de que traía algo que habían comprado desde dentro y lo pararon con sus bayonetas.

Mientras Zhu el Octavo me contaba la historia de su hijo y el *yamen*, alguien entró de forma estrepitosa por la puerta del templo de la Diosa de la Fertilidad. Su cara brillaba, seguramente, debido a la luz de la luna que la bañaba desde fuera. Se abalanzó hacia Zhu el Octavo y le dijo:

—Octavo Señor, no quepo en mi cuerpo de lo contento que estoy. El hijo de Sun Lantong, el Cuarto Señor, nos dejará saltar a media noche el muro del *yamen*. Los guardias estarán cansados y, sin que nadie lo sepa, como fantasmas invisibles, haremos el trueque, y engañaremos a esos listillos. Tu hijo ha estudiado el terreno. Hay un viejo olmo detrás del muro del *yamen*. Sirviéndonos de él, podemos entrar en el *yamen* de la subprefectura.

—¡Houzi, tu madre estaría orgullosa de un hijo tan avisado como tú! —le alagó Zhu el Octavo con cara de satisfacción—. Ahora, todos vosotros, los que podáis dormir, dormid; y los que no, pues os tumbáis donde sea y descansáis un poco. Hijos míos, ha llegado el momento de sacar vuestras fuerzas. Tenemos que salir airosos de esta misión; y si lo hacemos, habremos cogido por los huevos a ese maricón de Carl Rosendahl, y habremos dado por culo a esos ignorantes hijos de puta. —Zhu el Octavo se dirigió al buen Han que estaba acostado en la estera, y que iba a morir en lugar de mi padre, y le dijo—: Xiao Shanzi, te lo digo, tú ya has dormido lo suficiente. Levántate. El *shifu*, tu maestro, ha preparado una jarra de buen vino y algo de pollo asado. Esto te lo da el *shifu* para que lo comas, y yo te acompañaré. Si crees que te estamos jugando una mala pasada, me lo dices y buscamos a otro. En realidad, esto que vamos a hacer es algo muy grande y que será recordado. Me consta que cantas muy bien. Tú eres el discípulo favorito de Sun Bing. Tu voz es la réplica de la voz de Sun Bing, y encima te pareces un montón a él. Sun Meiniang, míralo bien. Nuestro hermano, ¿no se parece a tu *die*?

Ese buen Han se puso derecho y bostezó hondo, se limpió con la mano la saliva que tenía en los labios, se revitalizó, y se giró, mostrándome su cara larga y de rasgos duros. Las cejas de ese hombre y las de mi padre tenían algo de parecido. Esa nariz prominente también era la de mi padre; pero las bocas de uno y otro eran bastante diferentes. Los labios de mi *die* eran más gruesos que los de ese Han. Para mis adentros pensaba que, si pudiesen adelgazar los labios de ese buen Han, y luego vestirle con las ropas de mi *die*, entonces sí que serían como dos gotas de agua.

—El hijo ha olvidado algo importante, Zhu el Octavo —dijo Hou Xiaoqi, algo intranquilo—. El Cuarto Señor no ha parado de prevenirme sobre lo que ha sucedido

entre Sun Bing y Carl Rosendahl. En el careo que tuvieron los dos, Sun Bing puso de vuelta y media al gobernador alemán, y este último, furioso, le arrancó, con el mango de la pistola, un par de dientes...

Todos los ojos se clavaron en la boca de Xiao Shanzi, la pequeña montaña. Entre sus labios finos se veían los dientes. Esos que llaman flores pero que son los mendigos, y que comen cualquier cosa, tienen, por lo general, una buena dentadura. Zhu el Octavo, mirando la boca de Xiao Shanzi, dijo:

—Ya lo has escuchado todo, piénsalo. Si quieres hacerlo lo haces; si no quieres hacerlo, no lo hagas. El *shifu* no va a obligarte.

Xiao Shanzi abrió la boca. Si bien no tenía los dientes blancos, los tenía absolutamente todos, y bien ordenados. Y con una sonrisa apenas esbozada, dijo:

—*Shifu*, a vuestro discípulo ya no le importa seguir viviendo. Un par de dientes más o un par de dientes menos no van a cambiar las cosas. ¿No cree?

—De acuerdo. Xiao Shanzi, tú mereces llamarte mi discípulo —dijo Zhu el Octavo, conmovido, y con sus dos manos, se puso a agitar el saco que contenía las luciérnagas, y su barba gris se iluminó.

—*Shifu* —Xiao Shanzi se señaló los dientes con el dedo índice—, de hecho ya se están moviendo. ¡Trae el vino y el pollo!

Unos mendigos que estaban detrás de Zhu el Octavo se apresuraron en traer envuelto en una hoja de loto el pollo asado y la jarrita de vino. Pude oler el aroma que desprendía el pollo todavía envuelto en la hoja de loto, y la jarrita de vino no se había abierto todavía pero se podía oler el vino envejecido. Ambos, el olor a vino y el olor a pollo, eran bien distintos; pero el olor a vino viejo y el olor a pollo asado se mezclaban debido, tal vez, a la atmósfera cargada que se creaba en la octava luna con la festividad de Medio Otoño. La luz de la luna penetraba como flechas entre las rendijas que dejaba la puerta del templo de la Diosa de la Fertilidad; parecía una mano que quería coger la hoja de loto humedecida que envolvía el pollo asado para abrirlo. En medio de esa luz, el pollo había tomado un color entre dorado y rojo, y las dos manos parecían de porcelana negra. En medio de esa misma luz que provenía de la luna, Zhu el Octavo se metió en el bolsillo el saco con las luciérnagas. Sus dos manos se habían enverdecido; yo vi sus dedos, que eran pequeños, finos, hábiles, y nerviosos, dedos de un ser de pequeño tamaño pero con el don de la palabra, un ser al que le gusta hablar y defender sus ideas. Zhu el Octavo movió el culo hacia delante y se sentó, con la jarrita de vino en las manos, junto al buen Han de Xiao Shanzi —ese espíritu que iba a morir en lugar de mi *die*—. Xiao Shanzi cogió el tazón de vino que le dio Zhu el Octavo y dijo algo avergonzado:

—*Shifu*, ¿cómo podría aceptar que usted me sirva de esta manera?

Zhu el Octavo, en persona, le ofreció a Xiao Shanzi el vino vertido en un tazón. Se oyó un sonido nítido, el vino cayó en el tazón, y los dos hombres se miraron luego a

los ojos. Parecía que sus miradas lanzaban bolas de fuego que volaban en el espacio. Era el fuego que sale cuando se frotran dos piedras. Sus labios temblaban. Los dos querían decir algo, pero nadie abría la boca. Los dos estiraron el cuello y se metieron el vino en la garganta haciendo *glu, glu, glu...* Zhu el Octavo dejó el tazón y, personalmente, cogió una pata de pollo que estaba envuelta en la hoja de loto y se la dio a Xiao Shanzi. Xiao Shanzi agarró la pata de pollo y, al parecer, tuvo la intención de decir algo, pero no dijo nada, se llenó más bien la boca con el pollo. Vi que, antes de tragarlo, Xiao Shanzi enrollaba la carne del pollo con la boca. Cuando pasaba por la garganta, más que carne parecía un rata que se precipitaba hacia su estómago. Yo pensé en volver a casa y traerle una pata de perro, pero ya no me quedaba tiempo. Para cocinar una buena pata de perro necesitaba un día y una noche, y no podía hacerlo. Vi cómo se quedaba en los dientes con el hueso del muslo de pollo tras haberse comido la carne. Nos mostraba ese hueso atrapado entre los dientes y abría bien la boca para que viésemos lo sana y fuerte que tenía la dentadura. Proyectaba hacia fuera los dientes de delante, y parecía una ardilla que se los había afilado con la madera de un pino. Sus dientes estaban bastante amarillos; pero los tenía, a decir verdad, muy resistentes. Tras masticar concienzudamente los huesos del pollo, eructó: ¡*burp!* Ni siquiera expulsó los huesos. Se los tragó todos. El hombre me daba pena. Sabía que iba a dar su vida para salvar a mi *die*. Y si lo hubiera sabido, te habría convidado a un banquete excepcional, Xiao Shanzi, en mi casa, para que, al menos, una vez en tu vida, hubieras sabido lo que es comer bien. Pero en esta vida, ¿quién puede saber lo que va a pasar luego? Xiao Shanzi levantó los dos puños y muy serio, anunció:

—Gracias, maestro, por haberme dado esta oportunidad.

Sin pensárselo, se dio media vuelta, cogió un ladrillo y se pegó con él en la boca, se oyó un pequeño y melancólico sonido, y un diente cayó al suelo. De su boca empezó a brotar un chorro de sangre. Todo el mundo se quedó estupefacto. Lo miraron, pero nadie se atrevió a abrir la boca. Pasaba de ver la sangre brotar de su boca a ver la cara lívida como la de un muerto de Zhu el Octavo. Con un par de dedos, Zhu el Octavo recogió el diente del suelo. Alzó la mirada y preguntó a Houqi:

—¿Cuántos dientes ha perdido al fin de cuentas Sun Bing?

—Oí decir al Cuarto Señor que dos.

—¿Y estás seguro?

—Seguro, seguro, señor.

—Si es así —dijo Zhu el Octavo con dificultades—, nos falta otro diente, pero el *shifu* no tiene estómago para seguir con esto.

—*Shifu*, nuestro maestro, usted no debe poner las cosas más difíciles de lo que ya son. Si se debe golpear el tambor una vez, se golpea una vez; pero si debe golpearse dos veces, se golpea dos veces —dijo Xiao Shanzi, escupiendo un esputo de sangre, y

cogió el ladrillo con las dos manos.

—No tan rápido... —dijo severamente Zhu el Octavo. Pero Xiao Shanzi no le hizo caso y se golpeó la boca con el ladrillo.

Xiao Shanzi tiró el ladrillo, bajó la cabeza y escupió un par de dientes.

Tras ver la brecha que se había hecho en la boca Xiao Shanzi, la pequeña montaña, Zhu el Octavo se puso a proferir insultos:

—¡Tú, hijo de puta! ¿Por qué te has precipitado si te dije que me esperaras? Con un diente de menos hubiéramos dado el pego, pero ahora, con tres dientes de menos, ¡va a ser imposible!

—*Shifu*, no se preocupe. Yo cierro la boca y no digo nada —resolvió Xiao Shanzi con una voz que costaba entender.

III

En medio de la noche, según las instrucciones de Zhu el Octavo, con una capa sobre mis hombros y un sombrero hecho con hierbas arrancadas, salí a escondidas y acompañado de los mendigos del templo de la Diosa de la Fertilidad. La calle principal estaba extraordinariamente tranquila. No había una sola sombra. La luna llena, en lo alto, desprendía una luz verdosa y fría. Tanto el cielo como la tierra parecían tocados por un espíritu, incluso por el diablo mismo. Había algo de sobrenatural e irreal en ellos, y me dio un escalofrío, y los dientes me castañeaban. El ruido que hacían sonaba en mis oídos como si fueran campanillas. Pensé que el castaño de mis dientes iba a despertar a toda la subprefectura.

Íbamos en fila, con Hou Xiaoqi y su mono a la cabeza. El grandullón de Xiao Lunzi —el pequeño revoltijo— iba detrás y llevaba en sus manos una pala. Xiao Lunzi iba al lado de Xiao Lianzi —el pequeño enganche—. Xiao Lianzi llevaba como cinturón una cuerda de piel de buey. Según contaban, esa cuerda servía para subir a los árboles al igual que lo habían hecho, en el pasado, sus ancestros. Detrás de Xiao Lianzi venía el inestimable Xiao Shanzi —la pequeña montaña—, el que era capaz de morir por su país, el que será recordado mil años, el de la gran justicia y la gran virtud, el que destruirá su propia apariencia, el que es tan generoso que nos ofrecerá incluso su vida, el gran héroe que vivirá eternamente. Él era el único que no temblaba, que no caminaba desordenadamente, el único que era, en realidad, un héroe, un valiente; parecía incluso que iba a asistir a un gran festín en el que todos estaban a salvo. Este tipo de personajes solo se veía cada cien años. Y detrás de Xiao Shanzi

estaba el jefe de los mendigos, el gran Zhu el Octavo, el que se rebelaba contra el cielo y la tierra, el buen macho Han que mordía el acero y lo masticaba. El venerable Zhu me tenía cogida de la mano. Yo parecía la bella que acompañaba al cortejo. A los otros mendigos —a Xiao Duiwu, Tui Jinggan, Zhan Duwei, Bao Qingtian, Zuo Wangchao, Shi Mahan, Qian Dilong, Hou Dihui, Jie Dongfeng, Qi Zhouyu, Gan Lu... —, a todos ellos les había unido, dentro del templo de la Diosa de la Fertilidad, un mismo destino.

Nosotros seguimos los pasos de Hou Xiaoqi y atravesamos la calle hasta meternos en el *hutong* de los herreros, y desde ahí giramos hacia el mercado de las zapatillas de paja, donde continuamos en la misma dirección que nos marcaba el muro que lo encerraba y sobre el que se proyectaban nuestras sombras. Encorvados y a pequeños pasos, llegamos al callejón de la familia Lu. Cuando salimos del callejón de la familia Lu, nos topamos con el puente de Xiaokang, bajo el cual fluía el agua, un agua que parecía hecha de una plata blanca y brillante. Cruzamos el puente de Xiaokang y entramos en el *hutong* de las refinerías de aceite de soja. Cuando salimos del *hutong* de las refinerías de aceite de soja, levantamos la cabeza y vimos la tapia del *yamen* de la subprefectura que tapaba el jardín, el cual quedaba justo detrás.

Agachada, envuelta en las sombras del muro, avanzaba con dificultad, resoplando, sin poder respirar bien, y el corazón me latía con fuerza. A los mendigos no se les oía respirar. Yo lo vi. Sus ojos pestañeaban como luces que se abren y se apagan constantemente en la oscuridad. Oí que Zhu el Octavo decía:

—¡Manos a la obra, que ya es hora!

Xiao Lianzi se desató la cuerda que tenía atada en la cintura y la arrojó a un árbol cuyas ramas formaban un tenedor. Se sirvió de sus manos y pies, no como un mono, sino mucho mejor. *Up, up, up...* Arriba, y luego abajo del árbol..., y finalmente trepó por el muro y saltó hasta desaparecer de nuestra vista. Por detrás del muro nos lanzó una cuerda. Zhu el Octavo la agarró y la tensó para ver si se podía fiar de ella, y luego se la pasó a Hou Xiaoqi, el cual, sin pensárselo un minuto, lanzó por los aires a su mono, y este subió volando al árbol, a una rama, luego a otra, flotando, ligero como una pluma. Xiao Houzi cogió la cuerda y se puso a trepar el muro del *yamen*; y saltó al otro lado sin el menor esfuerzo. ¿A quién le tocaba después? Zhu el Octavo me empujó hacia delante. Eso me puso muy tensa y mi cuerpo entero se heló. Mis manos se llenaron de sudor. Cogí la cuerda, y estaba helada. Era, sencillamente, una serpiente entre mis manos. Agarrada a la cuerda, puse mis dos pies sobre el muro y empecé a escalarlo. Las manos me dolían, mis piernas se doblaban, y mi cuerpo entero, de los pies a la cabeza, temblaba. No mucho tiempo atrás, hubiera podido saltar al árbol sin ayuda de la cuerda, pero esa noche la necesitaba. Unos días antes, yo era ágil como un gato; en esos momentos, frente a la tapia del *yamen*, era pesada como un cerdo. No era porque mi *qindie* (mi padre natural) valiese menos que mi *gandie* (mi padre

adoptivo), ni por el retoño que se hacía cada vez más grande dentro de mi vientre. En realidad, no podía saltar el muro porque había comido demasiado. Ya lo dice el proverbio: «Si te ha mordido una serpiente, una cuerda te dará miedo durante tres años». Viendo esas ramas encima del muro, mi cuerpo empieza a oler a mierda de perro y me duele el culo. Justo en ese momento, Zhu el Octavo me dijo:

—¡Se trata de salvar a tu padre, no al mío!

Zhu el Octavo tenía más razón que un santo, y esos a los que llaman flores y que son los mendigos querían salvar su pellejo por encima de todo antes de salvar a mi *die*. Se estaban sacrificando todos por mi padre. Ese era un momento decisivo. ¿Podía comportarme como hacía la gallina escondiéndose detrás de la hierba? Debía multiplicar mi valentía y pensé en Hua Mulan [258](#), cuando se hizo pasar por su padre en el ejército, y pensé también en la centenaria She Taijun [259](#). Solo si se prueba la mierda de perro, se sabe lo que es la mierda de perro; solo si se sufre el látigo, se sabe lo es un látigo; si se pasa por un mal trago, se sabe lo que es pasar por un mal trago, y uno se convierte en un hombre de verdad; solo si se vive una situación peligrosa, se sabe lo que es el peligro, y uno puede, por lo tanto, actuar luego sobre las tablas. Y para ser recordada durante mil otoños y diez mil, generación tras generación, me mordí los labios y me armé de fuerzas, pisé fuerte y escupí sobre la palma de mis manos, agarré la cuerda y me puse a trepar el muro del *yamen*, encarando el cielo azul y la luna brillante, que aparecieron ante mis ojos. Los mendigos, desde abajo, empujaban mi culo para ayudarme en mi escalada. Una vez arriba, pude ver los tejados del *yamen*. Las tejas, bajo la luz de luna, parecían escamas de pescados expuestos sobre un tenderete. En la parte baja del muro, Hou Xiaoqi atrapó la cuerda que le tendí. Yo, una vez, en el árbol, miré a todos los lados, y salté al jardín de bambú del *yamen*.

Pensé en Qian Ding y nuestro primer encuentro en la Sala de las Flores del Oeste, cuando nos iniciamos a los juegos del amor [260](#). De pie, encima de la cama, contemplaba, a través de la ventana, el bello paisaje que se formaba en el jardín de atrás. Mis ojos se perdían entre las cañas de bambú verde. Había además peonias, rosas de China y rosas del monte —esas peonias más vulgares—, cuyo perfume hacía morir a cualquiera. En medio del jardín se elevaba esa montañita falsa, sobre la cual había un pequeño reservorio con crisantemos. Las piedras de Taihu, finamente talladas, se elevaban erectas en medio del reservorio junto con las pequeñas hojas de loto. A los guapos y elegantes se les veía pasear por el jardín. Un par de mariposas revoloteaban junto a las flores, y las abejas zumbaban al lado. Una jovencita de tez oscura se paseaba en medio del parque; su rostro estaba más serio que el del intransigente juez Bao [261](#). Detrás de ella había una joven *yatou*, con una cintura tan fina y esbelta como la del tronco de un sauce y un moño recogido, que iba dejando sus huellas en la arena. Sabía que esa mujer de rostro serio no era bella pero había

recibido una muy buena educación, venía además de una buena familia, y cuando los servidores del *yamen* la veían, les entraba miedo, porque ella era la esposa de Su Señoría. Cuando el subprefecto Qian Ding la veía, él me escondía en la Sala de las Flores del Oeste. Nosotros, los amantes, temíamos ser descubiertos. No podía creer que yo me encontrase otra vez en ese jardín para salvar a mi *die*. Yo quería pasear por ese jardín, pero Qian Ding me lo impedía siempre.

Nos juntamos todos en el jardín de las cañas de bambú. Hou Xiaoqi llamó a su mono, el cual estaba todavía subido en la copa del árbol. Nos quedamos en medio de los árboles, esperando a que sonase el gong del tercer *geng*. Sonó, y de hecho se escuchaba cerca y luego se alejaba; otra vez lejos y de nuevo cerca. Se oyó frente a la entrada del patio del *yamen* de la subprefectura el golpeteo de unos pasos y unas voces; parecía que era la hora del cambio de guardia en la entrada del *yamen*. Tras ese lapsus de tiempo, no se volvió a oír a nadie más. Solo había cerca de nosotros unos gusanos de otoño ya muertos y a lo lejos se oía el quejido lastimero de algún pájaro nocturno. Mi corazón empezó a acelerarse de manera violenta. Yo quería hablar pero no me atrevía. Observaba a Zhu el Octavo y a los otros, y todos ellos estaban sentados tan tranquilos. No se apreciaba un solo movimiento, no se oía una sola voz, como con las cinco piedras negras de Gaomi. Solo el mono se agitaba un poco, pero su amo lo controlaba al momento y el mono dejaba de moverse.

El ojo de la luna miraba hacia el oeste. La luz de la luna se enfriaba después de la media noche. La escarcha del otoño se posaba sobre las hojas y las ramas de los árboles. Al verla así, uno diría que se trataba de una capa de aceite. La escarcha atravesaba mi sombrero y mis ropas hasta dejarme empapada y con una sensación de frío que no podía quitarme de encima. Y de nuevo ningún movimiento. Ah, el cielo quería iluminarse... Mi venerable Zhu el Octavo, si no actuábamos pronto, el día se nos echaría encima. Pero en la entrada volvió a formarse una bulla, unos gritos más bien, acompañados con el sonido del gong. Y justo después apareció una luz roja que iluminó el *yamen* y de la que mis ojos fueron testigo.

Un empleadillo del *yamen* salió por la puerta de la Sala de las Flores del Oeste, y lo hizo como quien se desliza por un tobogán. Tras el breve recorrido, continuó sin decirnos nada, solo nos hizo un gesto con la mano. Nosotros le seguimos, en fila, a través de la Sala de las Flores del Oeste, el depósito de los impuestos que eran pagados con grano, el departamento de los registros de los propietarios, el departamento de las expediciones y las entradas. Ante mis ojos apareció el Templo de Gao Tao —el Dios de la Prisión—, y delante del templo, el calabozo mismo.

Yo lo vi con mis ojos. El fuego apareció en el patio del *yamen* con unas llamaradas de más de tres *zhang* de alto. El fuego salía de la gran sala de la cocina y se había instalado en los tejados. Las nubes engendran la lluvia, el fuego engendra el viento, y el humo se enrolla y entra en la garganta. Y de repente, el caos, la gente salía huyendo

por todas partes, como hormigas llevando a sus espaldas lo que podían, y gritando como viejos cuervos a los que se les azuza en su nido con un palo. Los soldados salían huyendo en bandadas. Algunos llevaban cubos llenos de agua en las palancas, esas barras de madera largas que se llevan a los hombros. Nosotros, aprovechando la confusión, nos dirigimos hacia la prisión, primero la prisión exterior y luego la de mujeres. Nuestros pies parecían estar deslizándose sobre aceite. Nuestras almas parecían una banda de gatos; como dioses y espíritus desconocidos, nos metimos en las celdas del calabozo, ahí donde estaban los condenados a muerte. La celda apestaba a hombres y humo, las ratas luchaban con los gatos, y las pulgas, que había muchas, parecían judías. En las celdas las puertas eran pequeñas y bajitas, y no había ventanas. Una vez dentro, mis ojos no veían absolutamente nada.

El Cuarto Señor nos estaba esperando dentro y liberó la cadena de la puerta de la celda de los condenados a muerte, y nos farfulló algo: rápido, rápido, rápido... Zhu el Octavo Señor agitó el saco con las luciérnagas para iluminar la celda, la cual se llenó de luz verde. Vi la cara púrpura de mi padre con la boca ensangrentada y los dos dientes fuera. Ya no parecía un ser humano. ¡Ah, mi *die*! Emití un medio grito, pero me tapé la boca inmediatamente con la palma de mi mano. Mi *die* no podía moverse debido a las cadenas que lo maniataban. Estas estaban amarradas a una piedra en medio de la habitación. Incluso si te quedan algunas fuerzas, no puedes moverte. Gracias a la luz verde de las luciérnagas, el Cuarto Señor pudo abrir los candados de las cadenas y mi *die* pudo liberarse. Luego, Xiao Shanzi se sacó sus harapos y se puso los de mi padre, que estaban, a decir verdad, en peor estado que los suyos. Varios mendigos ayudaron a Xiao Shanzi a vestirse; este se sentó y el Cuarto Señor le puso las cadenas. Mi padre se movía con mucha dificultad, sus movimientos eran torpes y descoordinados, y gritó algo confuso, ya que sin los dientes, mi *die* no podía hablar claramente:

—Pero ¿qué hacéis? ¿Qué queréis hacer conmigo?

El Cuarto Señor se puso algo nervioso y le tapó la boca a mi *die*.

—Ay, *die*... ¡Despierta! ¡Soy tu hija, Sun Meiniang, que viene a rescatarte! —le susurré yo.

Salieron unos gruñidos de la boca de mi padre, y Zhu el Octavo le arreó en la sien un puñetazo. Mi *die* quedó noqueado por el impacto. Xiao Lunzi se agachó y puso a mi padre en sus espaldas. El Cuarto Señor dijo en voz baja:

—Rápido, vamos...

Encorvados, salimos todos del calabozo de los condenados a muerte y, aprovechando la algarabía que se había formado en el exterior, pasamos por detrás del Templo de Gao Tao. Delante de nosotros pasó un grupo de servidores de *yamen* con cubos de agua; salían corriendo todos del departamento de los ritos. Qian Ding, el subprefecto de Gaomi, estaba de pie, ahí mismo, en la puerta de ese departamento

encargado de regular y aplicar el buen uso de los ritos.

—¡Cada uno a su puesto, en orden, y sin perder la cabeza!

Caminando junto a la sombra de los muros del templo, que nos protegía, nadie se atrevía a emitir un sonido. Delante de la entrada del departamento de los ritos, se sucedieron varios globos rojos que servían de farolas y que debían de acompañar a una persona importante. Detrás de esa persona importante había una legión de guardias protectores. Esa persona importante no podía ser otra que Yuan Shikai, el gobernador de la provincia de Shandong. Vimos a Qian Ding caminar torpemente hacia donde estaba Yuan Shikai y arrodillarse ante él, y con una voz clara y que todo el mundo oía, le dijo:

—Este humilde servidor no se merece que le perdonen, ha dejado que la cocina prenda fuego, y con ello ha asustado a todo el mundo. Este humilde servidor merece morir diez mil veces.

Oí que Yuan Shikai le ordenaba algo a Qian Ding:

—¡Rápido, envía a alguien para que compruebe que nadie se haya escapado de las celdas!

Vimos que el subprefecto se ponía de pie precipitadamente, y se dirigió luego con unos servidores del *yamen* a las celdas de los prisioneros que estaban condenados a muerte. Nosotros nos habíamos quedado petrificados. No podíamos irnos, aunque si hubiéramos podido, nos habríamos ido volando. Oímos gritar dentro de las celdas al Cuarto Señor. También pudimos oír el *clic* de los candados al abrirse. Esperábamos el momento oportuno para salir huyendo de ahí, pero la guardia de Yuan Shikai parecía querer impedirlo, ya que se mantenía de pie y alerta a los dos lados del camino. Por ello, ni se nos pasó por la cabeza salir corriendo a lo loco. Finalmente, vimos al subprefecto acercarse a pequeños pasos hacia donde estaba Yuan Shikai, volvió a arrodillarse y anunció a gritos:

—Vuestra Señoría, hemos inspeccionado todas las celdas y no falta ningún prisionero. ¡No se ha fugado nadie!

—¿Y Sun Bing?

—Sigue ahí, encadenado a una piedra.

—Sun Bing ha violado las leyes de la gran dinastía Qing y mañana recibirá su castigo ejemplar. Si cometéis algún fallo, seréis vosotros los que pasaréis sobre las tablas...

Yuan Shikai se giró con la intención de encaminarse hacia la residencia de los huéspedes y el subprefecto se puso de pie, se inclinó y lo siguió. Todos nosotros suspiramos, aliviados. Pero en ese momento, mi *die*, ese gusano trastornado, recuperó la consciencia y enloqueció. Tambaleándose y gimiendo, se puso a decir:

—¿Dónde estoy? ¿Adónde me lleváis?

Xiao Lunzi cogió a mi padre por los tobillos y lo arrastró hacia él. Mi *die* se giró en

dirección a la luna, cuya luz bañó su rostro. Xiao Lunzi y Xiao Lianzi se lanzaron hacia delante como tigres hambrientos en busca de su presa y cada uno agarró una pierna de mi *die* para devolverlo a la sombra del muro. Y mi padre, luchando contra todos, gritó:

—¡Soltadme! ¡Sois todos unos hijos de puta! Yo no me voy a ningún lado, ¡soltadme!

Los gritos de mi *die* atrajeron la atención de los soldados. Las bayonetas y los botones de los uniformes relampagueaban envueltos en una luz fría.

Zhu el Octavo nos susurró:

—Hijos míos..., ¡piernas para qué os quiero!

Xiao Lunzi y Xiao Lianzi soltaron los pies de mi padre y, mirando al suelo, se escabulleron de los soldados. Entre el *ping, ping* y el *pa, pa* de las balas, que se mezclaban con los gritos de «¡al asesino!», Zhu el Octavo parecía un halcón precipitándose sobre el cuerpo de mi *die*. Mi padre volvió a decir algo, Zhu el Octavo lo había cogido por el cuello con la intención de estrangularlo, y supe por qué lo hacía. Quería evitarle el suplicio de la estaca de sándalo. Hou Xiaoqi me estiró de la mano y me llevó corriendo hacia el lado oeste, en el departamento de las expediciones y las entradas, desde donde salieron varios funcionarios. Hou Xiaoqi tiró el mono hacia un lado. El mono lanzó un grito que me rompió los oídos, y saltó al cuello de uno de los funcionarios del departamento de las expediciones y las entradas. Luego solo se oyó el grito de dolor de ese pobre funcionario. Hou Xiaoqi me arrastró hacia la parte trasera de la Gran Sala. De la Segunda Sala también salieron corriendo los funcionarios. Oí, dentro de la Gran Sala que había en el departamento de los ritos, disparos, bombazos y alaridos. Olía además a sangre y fuego. La fumarada gris se puso de repente roja como la sangre.

Nosotros enfilamos hacia el norte, para salir huyendo por la parte de atrás del jardín de las cañas de bambú. Los pasos que se oían detrás eran cada vez más numerosos. Las balas volaban sobre nuestras cabezas. Cuando nos metimos en una habitacioncilla de la Sala de las Flores del Este, el cuerpo de Hou Xiaoqi se puso recto varias veces. Me cogía de la mano y me la soltaba, hasta que vi que una sangre verde y aceitosa, una sangre caliente, bajaba por su espalda. En ese momento ya me sentía perdida, cuando una mano agarró mi mano y me condujo hacia un callejón estrecho. En medio de las sombras vi que los soldados salían corriendo. Entonces me di cuenta de que quien me había cogido la mano era la esposa del subprefecto, la cual me había introducido en sus aposentos privados, en la Sala de las Flores del Este. Me quitó el gorro de hierbas que llevaba sobre la cabeza, me quitó la chaqueta, y todo lo que llevaba encima, hizo una bola con la ropa y la arrojó por la ventana. Me metió enseguida en una cama y me cubrió con una colcha a la que no faltaban, en los dos laterales, sus bordados en azul. A un lado, en medio de la oscuridad, se alzaba la

figura de la esposa del subprefecto.

Oí que los soldados se dirigían a gritos a la parte de atrás del jardín, a los dos lados del camino y detrás y delante de las salas. El *yamen* de la subprefectura se había llenado de soldados, todos ellos berreando. Finalmente, pasó lo que más temía: el estrépito de los pasos desordenados apareció en el patio de la Sala de las Flores del Este. Oí a alguien que decía: «Su Excelencia, usted que es uno de los jefes de uno de los estandartes de la dinastía Qing [262](#) debería saberlo..., estos son los aposentos privados de Su Excelencia el subprefecto», y seguido, un latigazo sobre un cuerpo. Vi que se abrían las cortinas que rodeaban el lecho y un cuerpo frío como un muerto, casi desnudo, se metió en la cama junto a mí. De hecho se pegó a mi cuerpo, y supe que se trataba de la esposa del subprefecto, y sabía también que ese cuerpo había sido abrazado por Qian Ding, el hombre que ocupaba mi corazón. Oí que alguien golpeaba a la puerta, y esos golpes nos aterrorizaron a las dos. Me puse a temblar, ella también. Oí que la puerta se abría. La esposa del subprefecto me empujó a un lado de la cama, y yo me cubrí del todo con la colcha. Ella corrió finalmente las cortinas. Yo sabía que le esposa del subprefecto debía tener el moño suelto y el cuerpo poco tapado, con el vestido medio abierto, como si se hubiese despertado de un sueño. Un tipo de la etnia Han, con brusquedad, dijo:

—Señora, debo registrar todas las habitaciones; son órdenes de Su Excelencia Yuan.

La mujer del subprefecto sonrió fríamente y replicó:

—Zeng Guofan, mi abuelo materno, que estaba en lo más alto de uno de los estandartes de la dinastía Qing, ha luchado durante todos estos años a la cabeza del ejército de la gran dinastía Qing. Para garantizar y reforzar la disciplina militar, para ganarse el corazón del pueblo, para salvaguardar los tres principios y las cinco virtudes de la moral confuciana, estableció una ley irrevocable: los soldados no podían penetrar en los aposentos privados de ningún hogar; y, por lo que veo, el ejército nuevo que entrena el *daren* Yuan Shikai se pasa por el forro esta ley...

—Este humilde servidor no se atrevería. Si le he ofendido, le suplico que me perdone.

—¿De qué ofensas o atrevimientos me hablas? Lo que veníais buscando ya lo habéis encontrado. Lo que queríais ver, ya lo habéis visto. Ansiabais provocar la caída de la familia Zeng y lo habéis conseguido. Os regocijáis de nuestra decadencia [263](#). Por eso te has atrevido a entrar aquí.

—La señora me trata con una dureza excesiva. Le repito que este humilde servidor lo único que hace es obedecer órdenes.

—Ve a hablar con ese Yuan Shikai y me lo traes porque quiero hablar con él. ¿Desde cuándo se ha visto una cosa parecida bajo el cielo? Entrar en los aposentos privados de una dama después de sonar el tercer *geng*. Eso es más que un insulto, ¡es

una desgracia y un ultraje! ¿Todavía es ese Yuan Shikai un ministro de nuestra gran dinastía Qing? ¿No tiene mujer e hijos ese Yuan Shikai? Ya lo dice el dicho popular: «A un letrado se le puede matar pero no humillar, a una mujer se la puede matar, pero no se la puede nunca ensuciar». ¡Con mi muerte me enfrentaré contra ese Yuan Shikai!

En ese momento preciso se oyeron en el exterior unos pasos, y alguien anunció en voz baja:

—Su Excelencia el subprefecto ha regresado.

La señora empezó a proferir insultos a todo el mundo.

El subprefecto irrumpió en la habitación y dijo con el corazón en la mano:

—Señora, este pequeño funcionario que soy yo no da para más; la he asustado y no tengo perdón.

IV

Después de la marcha obligada del jefe del estandarte y sus soldados, cerré las ventanas y soplé las velas. La luz atravesaba las intersecciones de la ventana como un haz de flechas. La luz de la luna llenaba la habitación y creaba una atmósfera melancólica. Me puse recta en la cabecera de la cama y dije en voz baja:

—Le agradezco a la señora que me haya salvado la vida. Si vuelvo a renacer en otra vida, que sea en una bestia de carga para servir a la señora.

Una vez dicho eso, me dispuse a irme, pero la señora me agarró de una manga. Vi la luz de sus ojos, que era intensamente triste. También pude oler el perfume a osmato oloroso que desprendía todo su cuerpo y me hizo recordar el gran árbol del osmato oloroso que había en el patio de la Tercera Sala. Pasear junto a ese árbol perfumado durante la festividad de Medio Otoño, en el octavo mes, debía de haber sido un momento muy especial para el subprefecto y su señora, los dos juntos bebiendo vino bajo la luz de la luna... Pero, aunque entrar a escondidas y a medianoche en el *yamen* no sea lo más ejemplar para la conducta de una mujer, vivir ese momento habría sido para mí algo de un sabor muy intenso. Todos decían que mi *die* fue quien puso fin a toda esa paz; pero para mí fueron esos brutos de los alemanes los culpables de todo. Cuando pensaba en mi padre me ponía muy triste y sentía que algo me oprimía el pecho. ¡Ah, *die*, eres una *vieja cosa* que ha perdido la cabeza! Para salvarte, tu hija ha corrido tanto que ya no le quedan piernas; para salvarte, esos que llaman flores y que son los mendigos han estado trabajando día y noche; para salvarte, Xiao Shanzi se ha reventado tres dientes y la sangre se ha derramado sobre su pecho; para salvarte, Zhu

el Octavo se ha metido en este fregado y muchos mendigos han muerto mientras tanto. Hemos removido el cielo y la tierra para sustituirte en las prisiones de los condenados a muerte, y cuando ya lo teníamos todo hecho, vas y te pones a chillar...

—Ahora no puedes irte —me dijo fríamente la señora, interrumpiendo además mis ensoñaciones. Oí que la parte delantera del patio no estaba en calma, y eran los soldados quienes volvían con la bulla de antes.

El subprefecto se dirigió en persona a la Gran Sala. Yuan Shikai se lo había ordenado. Yo no había olvidado la escena en la que escapé del peligro: el jefe del estandarte y sus soldados se fueron. La señora se levantó y cerró la puerta, cogió luego una vela roja y la encendió. Pude ver finalmente el rostro de la señora. Estaba rojo y no sabía si era de alegría o de ira. Oí que decía con frialdad:

—Su Excelencia, la concubina se cree la señora y se ha escondido en la habitación de oro [264](#).

El subprefecto miró a través de la ventana y, enfermo, se trasladó hacia la parte delantera de la cama, levantó la colcha y vio mi cara. Luego, furioso, me cubrió de golpe. Oí que él decía con un tono de voz bajo pero intenso:

—La señora tiene un profundo entendimiento de lo que es la justicia. No debe poner en duda nada de lo que ha sucedido en el pasado. La señora es la primera esposa de su marido, y a Qian Ding le llega al corazón que así sea.

—Si es así, que se vaya esta mujerzuela. Pero ¿dónde la vas a guardar, querido?

—La señora tiene la última palabra.

Había gente al otro lado que estaba gritando. Qian Ding salió a toda prisa. Lo hacía al parecer para cumplir con alguna obligación en tanto que subprefecto, pero en realidad, ese apresuramiento se debía a sus ganas por salir de una situación embarazosa. Piernas, para que os quiero... Esa situación no me era desconocida: la había visto numerosas veces en las obras de teatro.

La señora sopló una vela y se hizo más luz en la habitación.

Yo, intranquila, me senté en un taburete. Tenía la boca seca y me escocía la garganta. Fue por eso tal vez que la señora me ofreció algo de té frío. Yo dudé al principio si lo cogía o no, pero alargué al final la mano, le di un sorbo y dije:

—Gracias, señora.

—No puedo creer que seas tan atrevida... —me acusó la señora, sirviéndose de un tono de voz hostil.

Yo no le respondí.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Respondo a la señora: esta mujer del pueblo tiene ahora veinticuatro años.

—He oído decir que estás embarazada. ¿Es cierto lo que dicen?

—Esta mujer del pueblo es joven e ignorante. Si he ofendido a la señora, espero que ella sepa perdonarla de tanta osadía. El proverbio dice que las grandes personas

no se sienten ofendidas por lo que dicen las personas de baja estofa, y en el estómago de un primer ministro cabe un barco.

—No sabía que tenías la lengua tan larga —me amonestó la señora del subprefecto, utilizando un tono de voz severo y censor—. ¿Puedes probar que el hijo que llevas en tu barriga es el hijo del gran *laoye* Qian?

—Sí, puedo probarlo.

—Pues entonces —dijo la señora—, ¿te quieres quedar aquí o te quieres marchar?

—Me quiero marchar —le respondí sin dudarle un instante.

V

Me encontraba delante de la arcada conmemorativa de piedra que estaba frente al *yamen* e intentaba, como una boba, saber lo que pasaba dentro de él. No había pegado ojo durante toda la noche. La escena que os voy a contar ahora —esta escena gloriosa y suntuosa del eterno juego entre la vida y la muerte— no figura todavía en ninguna obra de la ópera de Maoqiang, pero no tardará mucho en hacerlo y estará eternamente en la boca de todo el mundo. Ayer noche, la señora me aconsejó que me fuera al campo, muy lejos, y que evitara así el desastre que se avecinaba. Me puso en la mano, además, cinco pares de taeles de plata. Pero yo no me fui. Dije que no me iría y no me fui. Si tengo que morir, moriré en la subprefectura de Gaomi, aunque el cielo se derrumbe sobre mi cabeza.

En el cantón todo el mundo sabía que yo era la hija de Sun Bing y me protegían, arropándome, como hacen las gallinas con sus polluelos. Alguna *laopo* con muchas canas en el pelo me daba huevos, pero yo no alargaba la mano para cogerlos. Entonces, esas mujeres ya mayores me los ponían en los bolsillos. Y con una voz lastimera, como la de un niño cuando lloriquea, me decían:

—Come, anda; las jovencitas que llevan hijos en su barriga no deben morir de hambre...

En realidad, lo había comprendido todo: antes de que mi *die* hubiera armado la marimorena en la subprefectura de Gaomi, a todas las mujeres, tanto las señoras y jovencitas de buena familia, como las putas de los burdeles, todas ellas, sin excepción, se le pusieron los dientes largos, y se pusieron a odiarme con todas sus fuerzas, me

habrían mordido incluso si hubieran podido, cuando supieron que yo me había liado con el gran *laoye* Qian Ding. Esas mujeres odiaban ver cómo mis días felices transcurrían con esa felicidad y prosperidad; odiaban mis dos pies, con los que podía ir corriendo a cualquier lado, esos dos grandes pies que el gran *laoye* Qian empezó a amar en secreto. *Die*, desde que empezaste a rebelarte y lanzar cañonazos a diestro y siniestro, esas mujeres cambiaron su actitud hacia mí; y desde que te hicieron preso, esas mujeres me miraban y me trataban mejor. Desde que la subprefectura ordenó construir el estrado celestial en la escuela de estudios clásicos de Tongde, ahí mismo donde se entrenan los alemanes, y anunciaron a los cuatro vientos que iban a ejecutar a mi padre con el suplicio de la estaca de sándalo, ah, *die*, todo el mundo se puso a mimar en Gaomi a tu hija como a un pequeño tesoro.

Ah, die, ayer noche quisimos rescatarte, y nos faltó un pelo para conseguirlo. Si no hubiera sido por tu cabeza loca, lo habríamos hecho. Ah, die, ah... por tu cabeza loca cuatro mendigos perdieron la cabeza. Mira los ocho ideogramas que hay a los dos lados de la entrada y tus ojos se llenarán de lágrimas de sangre. En el lado izquierdo de los ocho ideogramas han colgado dos cabezas; en el derecho, otras dos más la del mono. Las del lado derecho son las de Zhu el Octavo y Xiao Lunzi; en el izquierdo están las de Xiao Lianzi y Hou Xiaoqi. (Ellos ni siquiera han liberado al mono, ¡qué monstruos!).

El sol ya colgaba de todo lo alto, y el *yamen* de la subprefectura reposaba todavía en paz. Había que esperar a mediodía para ver a mi padre salir de la celda de los condenados a muerte. En ese momento, por el callejón que había entre el *yamen* y la residencia de la familia Shan, salió caminando con parsimonia un grupo de hombres con caras serias y vestidos con sus gorritos y sus atuendos de funcionarios. El callejón de la familia Shan era el más famoso de la subprefectura. El callejón de la familia Shan era famoso porque esa familia había obtenido dos *jinshi* en los exámenes oficiales. Sacar un *jinshi* daba siempre honor y gloria a una familia y un lugar. Pero fue en el pasado. Ahora era un recién licenciado, un *juren*, quien mantenía a la familia Shan. Ese *juren* se apellidaba Shan y se llamaba Wenzhi y Zhaojin. El señor Zhaojin era un hombre con una concepción de la moral muy alta, además de ser uno de los individuos más respetados de Gaomi. A pesar de que nunca pasaba por mi puesto para comprarme vino y carne de perro, ya que pasaba el tiempo leyendo libros, practicando la caligrafía o pintando paisajes de agua y montaña, yo, a ese tipo, lo conocía bien. Siempre estaba en la boca del gran *laoye* Qian, al cual le brillaban los ojos cuando veía las pinturas y la caligrafía del señor Zhaojin. El gran *laoye* Qian se acariciaba la barba y decía: «Un hombre así, ¿cómo no puede tener éxito?», pero luego repetía: «Un hombre así, ¿cómo puede tener éxito?», y luego volvía a repetir, suspirando: «Un hombre así, ¿cómo puede tener éxito?». Sus palabras parecían ser pronunciadas por un idiota, y yo no comprendía nada. Yo le preguntaba qué quería decir y él no me

respondía. Ponía sus manos en mis hombros y me decía: «Todo vuestro talento literario y artístico, aquí en Gaomi, está representado en su máxima expresión en hombres como el señor Zhaojin. Lástima que la dinastía Qing esté tocando ya a su fin y los exámenes imperiales van a ser abolidos. Así que ya no habrá más oportunidades para gente como él de ir a recoger las ramas en flor del osmato oloroso en el Palacio del Sapo [265](#)...». Veía esas montañas que no eran montañas, esos árboles que no eran árboles, esos hombres de perfiles difusos, esos ideogramas curvos y ganchudos, y no sabía dónde diablos estaba el talento en todo eso. Yo era una mujer sencilla, y salvo algunas arias de la ópera de Maoqiang, yo no comprendía nada más. Pero el gran *laoye* Qian era un *jinshi*, era un letrado célebre bajo el cielo. Él sabía de qué iban las cosas y tenía un pico de oro, y, por supuesto, tenía razón en todo lo que decía. Y ese señor Shan que tanto respeta debe ser, por supuesto, un ser de gran talento, de un talento divino. El *juren* Shan tenía las cejas muy pobladas y una cara larga, una nariz larga y una boca larga. Su barba era mejor que la de otra gente, pero peor que la de mi *die* y la del gran *laoye* Qian Ding. Pero desde que le arrancaron la barba a mi *die*, la barba de Qian Ding se convirtió en la primera barba de la subprefectura de Gaomi, y la barba del *juren* Shan era la segunda. Ahora había que ver a ese señor Shan y sus aires de superioridad, como si fuera el líder supremo. Tenía el cuello torcido, y vete a saber por qué se le había torcido cuando debía tenerlo recto. La verdad es que lo tenía bien torcido. Lo había visto algunas veces, pero nunca había prestado atención a ese detalle. ¿Por qué me había fijado en este momento en ello? Pero a lo del cuello torcido se juntaba otro detalle: ponía siempre cara de rústico y atolondrado. Nada que ver con el rostro de un gran letrado de la dinastía Qing. Parecía más bien el jefe de una banda de bandidos que se han refugiado en la montaña. Detrás de él había otra gente respetada y respetable de Gaomi; de esos que tienen un rostro y pueden afirmar que no han perdido el honor ni la vergüenza. Ahí estaba con su gorrito de borlas rojas el comerciante Li Shizeng. Ese delgaducho de Li Shizeng, que no cesaba de pestañear, era el patrón de la tienda de tejidos Su Ziqing. Luego estaba el de la cara marcada con manchas blancas, de haber pasado la viruela sin duda —y era Qin Renmei, el boticario y dueño de la farmacia de Gaomi—. Todas las personas importantes de Gaomi estaban ahí reunidas. Tenían, todos, la expresión facial seria y solemne. Unos miraban al frente sin bajar la vista, ni mirar a los lados, mientras que otros clavaban sus ojos en el suelo, miraban al lado izquierdo y al lado derecho. Parecía que estaban buscando algo donde apoyarse. Otros se miraban la punta de los pies, como si no quisieran que algún amigo o familiar les reconociera. Todos ellos salían del callejón de la familia Shan, y las miradas de la muchedumbre que se había concentrado en la calle se fijaban en ellos, ya que despertaban su curiosidad. La gente los miraba y no comprendía qué hacían ahí esos notables de Gaomi. Pero enseguida lo comprendieron.

—Vale, vale... Si el *juren* Shan sale de la montaña, Sun Bing tendrá la vida a salvo... —decía uno.

—No hables del gran *laoye* Qian, ya que es Yuan Shikai quien también le ha dado honor a ese señor Shan. ¡Y todos los notables de Gaomi! —decía otro.

—Su Majestad el emperador no puede oponerse a la voluntad del pueblo. ¡Vayamos todos! —decía otro más.

Fue así como la muchedumbre, a la cola del cortejo que encabezaban los notables y el señor Shan, se desplazó hacia el espacio vacío que estaba delante de la entrada del *yamen*. Junto a la puerta estaban los soldados alemanes y la guardia de Yuan Shikai; y como perros aletargados a los que se echa agua de golpe, volvieron a la vida, cogieron sus fusiles, que estaban como palos junto a sus piernas, y los levantaron. Yo lo vi. Los ojos de los alemanes, como el aleteo de un ave: *flap, flap*, desprendían hacia fuera un verdor pulverizado.

Desde el momento en el que los diablos de los alemanes subieron hasta Qingdao, no fueron pocas las noticias inverosímiles que llegaron a mis oídos. Decían que esos tipos no tenían piernas, sino palos que no podían doblar, ya que no tenían rodillas. Si se caían al suelo, no podían levantarse. Todo eso era, por supuesto, una sarta de mentiras. Los soldados alemanes estaban ya al alcance de mi vista. Llevaban unos pantalones estrechos y ajustados, y sus rodillas, como esos mazos que sirven para machacar el ajo en los morteros, eran prominentes y sólidas. También se decía que cuando fornicaban eran como los mulos y se corrían nada más montar sobre la hembra. Pero también oí decir a las prostitutas que esos alemanes, cielos, nada tenían que ver con los mulos y sus eyaculaciones precoces; eran más bien como grandes cerdos que tardaban horas en quitarse de encima. No lo hacían hasta que se corrían totalmente y para eso tardaban una eternidad. Había otros charlatanes que contaban que los alemanes salían a buscar niños bien formados y muy habladores; y después de secuestrarlos les torcían la lengua. Luego les obligaban a aprender las lenguas de los diablos extranjeros. Yo le expliqué esta historia al gran *laoye* Qian y este se puso a reír. Me dijo que quizá era verdad, pero que yo, al no tener hijos, no debía temer nada. El gran *laoye* Qian me acariciaba el abdomen con sus dedos blandos. Sus ojos desprendían luz:

—Meiniang —suspiró—, ah, Meiniang..., me vas a dar un hijo... —Yo le respondí que temía que no iba a ser posible ya que llevaba años intentándolo con Xiaoja, mi marido, y había sido imposible. El gran *laoye* me pinchó y me dijo—: Pero ¿no me habías dicho que Xiaoja era un tonto? ¿No me dijiste que Xiaoja no entendía de estas cosas?

Me pinchaba tan fuerte que se me saltaban las lágrimas; le dije:

—Desde que estoy contigo, no he permitido a Xiaoja que me ponga la mano encima; y si no te lo crees, vas y se lo preguntas.

Y él me respondió:

—¿Y se te ocurre pedir a alguien de mi estatuto, el honor mismo de la subprefectura, que vaya a preguntarle directamente a ese majadero?

Yo le dije que el pollo que es el honor de la subprefectura no es de piedra. ¿No se le pone blando también ese honor hasta parecerse a un moco? Y ese honor de la subprefectura, ¿no se pone celoso también?

Tras escuchar mis palabras, me dejó de pinchar la carne y soltó unas risitas. Me apretó con sus brazos y me dijo:

—Tesoro, eres el aire que respiro y me da vida; eres la pócima curalotodo que el emperador de Jade ha preparado para mí...

Yo arrimé mi cara contra su pecho y le dije haciéndole la rosca:

—Su Señoría, mi *gandie*, el que aceptó ser mi padre adoptivo..., ¿por qué no me compra a Xiaoja? Podría estar a sus pies los trescientos sesenta y cinco días del año. No deseo elevar mi condición, sino servirle como lo haría la mejor de las *yatou*, pegada siempre a ti.

Él sacudió la cabeza y dijo:

—Tonterías, yo soy el honorable subprefecto de Gaomi y recibo directamente órdenes de la corte imperial de la gran dinastía Qing. ¿Cómo podría robarle al pueblo una de sus mujeres? El imperio entero se reiría de mí. Y lo que temo es que pierda el gorro de plumas y muselina que llevo sobre mi cabeza.

Yo le respondí que si me abandonaba, a partir de ese momento no pondría más mis pies en el *yamen*. Él acercó la boca y me besó:

—Yo sería incapaz de abandonarte... —dijo, y empezó a cantar un aria de la ópera de Maoqiang que había aprendido—: «*Este asunto me complica las cosas ~~*».

—¿Y cómo que sabes cantar la ópera de Maoqiang? ¿Quién te la ha enseñado? ¡Mi queridísimo gran *laoye*!

—Si quieres saberlo, ¡acuéstate con el *shifu*! —me dijo como un travieso, y luego me dio una palmadita en el culo y se puso a imitar la voz de mi *die*. Con muchas tablas y buena vista, el subprefecto se puso a cantar—: «*Cuando el sol se pone, la luz del crepúsculo aparece en el cielo y se posa sobre las montañas del oeste; el tigre se esconde deprisa en la montaña y el pájaro en el bosque. Solo yo no me doy prisa por esconderme en ningún sitio, me siento solo en la Gran Sala y mi cabeza se llena con mil pensamientos melancólicos ~~*». —Ah, qué pensamientos melancólicos serían esos... ¿Acaso no estaba yo, esa charlatana, a tu lado para cambiarte las ideas? Pero él no respondía a mi melodía..., pero hacía de mi culo el tambor de la ópera de Maoqiang. Y siguiendo un ritmo, *pam, pam, pam*, sobre mis nalgas, se puso a cantar—: «*Desde que conocí a la mujer del pueblo Sun, soy como los tallos de cereales que, secos, se reavivan con la lluvia*». —¿Ibas a usar tus bellas palabras para engatusarme? ¿No soy la pueblerina que te vende la carne de perro?—. «*No acabaría nunca de*

enumerar tus cosas buenas ~~ en los días de verano eres como el hielo y en los días de invierno como el fuego. Lo mejor de todo es ese sentimiento del viento que se libera que hace que mis pelos se ericen y mis articulaciones se relajen. Para poder abrazarla, Meiniang de la familia Sun se queda dormida y sus palabras parecen salir de un ser divino que reside en el Cielo ~~».

Cantando, cantando me puso boca arriba y él encima; su barba parecía la cola de un caballo desempolvando mi rostro. Ah, *gandie...*, dicen que...:

—«*Cuando se pone todo el empeño en plantar flores, estas no crecen; cuando se planta sin el menor cuidado un sauce, este crece y hace sombra. Aquel día tú y yo nos apareamos en el estrado de las nubes como el pájaro luan y el ave fénix; y quién me hubiera dicho que las flores con perlas incrustadas serían capaces de parir dragones ~~ yo quería hacerte sentir en el Cielo, y tú vas y detienes a mi die para torturarlo...».*

Vi al *juren Shan* a la cabeza del cortejo de notables de los soldados, cuyas caras eran feroces como las de los tigres. Esos soldados marchaban mirando a todos los lados con los ojos bien abiertos y las armas en todo lo alto. Además de los pasos del *juren Shan*, se oían los pasos de los notables, que eran pesados e insistentes, como si sus pies se pegasen en la superficie del camino. El *juren Shan* avanzó un pasos y dejó el rango de los soldados, y atravesó la arcada de piedra de Jiaohua, la de la Enseñanza de la Civilización, solo como un pájaro que echa a volar. Los soldados golpearon con las culatas de los fusiles el suelo: ¡tac, tac! Los soldados y los notables se quedaron sin saber si avanzaban o no, y el *juren Shan* se había quedado de pie delante de la arcada. Yo, saliendo del rango de las mujeres, avancé unos pasos, me puse a correr hacia la arcada de piedra y me arrodillé entre los notables y el *juren Shan*. Suplicándole con lágrimas en los ojos, me arrodillé. A todos les entró el pánico. Yo, medio cantando, medio llorando, les dije: Ah, ustedes, nuestros padres y nuestros tíos, nuestros notables y nuestros comerciantes, yo, Sun Meiniang, la hija de Sun Bing, me arrodillo ante ustedes y golpeo el suelo con la frente. Os lo suplico, ¡liberad a mi padre! Mi *die* se ha rebelado porque las circunstancias le obligaron. Entre el pueblo se dice que el conejo también muerde cuando tiene prisa. Mi *die* es un hombre que practica las tres virtudes y los cinco principios, que comprende y respeta los ritos y tiene sentido de la justicia, pero es un hombre sincero y honesto a quien la sangre le hierve. Si mi padre juntó a los rebeldes, fue por el bien común, el bien de todos. Padres, tíos, notables, comerciantes, todo irá bien, salven la vida de mi padre...

Mis llantos se oían cada vez más fuertes y solo veía el cuerpo alto del *juren Shan*, el cual se arremangó el abrigo largo y dio unos pocos pasos, y, doblando las rodillas, se arrodilló delante de los soldados. Yo sabía que el arrodillamiento del *juren Shan* no era para los soldados, sino para el *yamen* de la subprefectura de Gaomi, para el venerable Qian Ding, para el gran *laoye*, mi querido *gandie*.

Ah, mi gandie..., el vientre de Meiniang lleva tu hijo, lleva el pequeño tesoro que asegurará tu posteridad. Será su tigre y tu lobo, y cuando crezca, será el que quemará las barritas de incienso en el altar del dios de los ancestros para la familia Qian. No veas la cara del monje, sino la cara de Buda, y salva la vida del abuelo de tu hijo.

El *juren* Shan se arrodilló, con la comitiva de notables detrás; el *juren* fue el primero para dar ejemplo. La calle principal se había llenado de una masa negra de gente arrodillada. El *juren* Shan sacó un papelito de su bolsillo, que abrió delante de su pecho. El papelito estaba lleno de grandes ideogramas negros. El *juren* voceó:

—Sun Bing ha cometido un acto de rebeldía, pero la razón por la cual lo hizo es la siguiente: su mujer fue agredida; y fue un ataque tanto físico como mental. Lo que le llevó a rebelarse junto con otros rebeldes fue el bien del pueblo. Su acción no merece este castigo, y la ley debería ser benévola con él. ¡Liberen a Sun Bing y devuélvanlo al pueblo!...

El *juren* Shan levantó con sus dos manos y por encima de su gorrito la petición, como sin esperarse que alguien le cogiese el papelito; pero el *yamen*, protegido con los feroces soldados, permanecía inalterable y frío como un templo abandonado y en ruinas. Del comedor y la cocina del *yamen* se desprendía todavía humo del incendio de la pasada noche, y de las cabezas de los mendigos manaba un olor asqueroso.

Ayer, los héroes del yamen dejaron el lugar destrozado, y es el clamor contra el Cielo. Si no hubiera participado personalmente y lo hubiera visto con mis propios ojos, ni comparándolo con la muerte misma podría haber imaginado lo que pasó ahí dentro la pasada noche. Si lo imagino y lo digo, asustaría a la gente. O quizá no. Y pensé en la muerte de esos mendigos tan generosos, que fueron decapitados. No tenían más cicatrices que las que ves en un cuenco. Y pensando en lo que sucedió la pasada noche, te maldigo padre por haber actuado como un loco cuando el plan estaba a punto de triunfar. Mucha gente murió, y que tú mueras por tus acciones locas, puedo comprenderlo, pero hacer morir a los otros... Los mendigos perdieron la vida y tu hija estuvo a punto de hacerlo. Padre, ¿por qué? Dímelo, ¿por qué, por qué?

Uno de los servidores del *yamen*, con una cara solemne y seria, salió a toda prisa del recinto y pasó junto a nuestro lado como un gato salvaje. Nos quedamos ahí, hasta acabar la pipa que estábamos fumando. El *juren* Shan seguía en la misma posición, y parecía una figurina de arcilla. Detrás de él estaban los notables, todos ellos en la misma postura e igual que las figurinas de arcilla. Dentro del *yamen* no se movía una brizna de viento. Tras tomar otra pipa y pasar así el tiempo que dura acabársela, en el *yamen*, ni pío y ni un solo movimiento. Los soldados que había en la calle principal junto al *yamen* nos miraban extrañados y con rabia, como si estuvieran haciendo frente a un enemigo grande y poderoso. El sudor caía abundantemente por la nuca del

juren Shan. Luego el tiempo de otra pipa y los dos brazos del *juren* empezaron a templar. El sudor empapaba ya su espalda, pero él seguía impertérrito, como un muerto. La abuela de la familia Sun gritó de forma desgarradora desde el rango de las mujeres:

—¡Piedad!...

Y el resto de la muchedumbre, al unísono, gritó entre lloros:

—¡Piedad, piedad!...

Mis ojos no podían ver bien lo que estaba pasando ya que los tenía llenos de lágrimas. Pero las gentes del terruño se habían reunido junto al *yamen*, y alzaban la cabeza. Los tenía tanto delante como detrás de mí. Y tanto a mi derecha como a mi izquierda se había formado una algarabía indescriptible, entre llantos y gritos, clamores de todo tipo, y todos ellos, golpeando el suelo con la frente, una y otra vez...
¡Pom, y pom, y pom!...

La muchedumbre siguió ahí, arrodillados todos, hasta mediodía. Tres guardias del *yamen* fueron relevadas, y nadie, absolutamente nadie, salía a buscar el papelito de la petición.

El *juren* Shan, el venerable *juren*, bajó gradualmente las manos y su cuerpo, hasta ese momento recto como un tabla, empezó a encorvarse. El *juren* y *laoye* Shan perdió la consciencia y se desplomó sobre el suelo. *Entonces oí el tamborileo de los gongs y los tambores cuyo clamor subía hasta el cielo, y luego tres cañonazos. De la entrada del yamen, que acababa de abrirse, crujiendo, salió un grupo de individuos del mismo gremio, perteneciente al departamento de los ritos. Yo no miré a los soldados de la guardia de protección, feroces ellos como tigres y lobos, ni a los funcionarios con sus ritos y muestras de poder impresionantes, sino que lo único que veían mis ojos era el regimiento que llevaba el carruaje con dos cajas igual que las jaulas de madera [266](#) dentro. En una de ellas estaba un hombre, y en la otra, mi padre, el viejo Sun Bing. El otro hombre era Xiao Shanzi, el falso Sun Bing.*

Miau, miau, miau, miau, mi corazón está triste.

Capítulo decimosexto

Sun Bing habla de teatro

¡Ah, del bueno, del bueno, del bueno, del bueno! Ha comenzado el teatro y es del bueno. Sun Bing se pasea por las calles metido en una jaula. Es la festividad de Medio Otoño y el sol brilla con fuerza sobre esta baja tierra. Dentro de la jaula, yo miro a los cuatro lados. Veo a la gente de mi terruño ocupando los dos lados de la calle. Delante de mí veo a los músicos con sus gongs y sus tambores; y detrás, los caballos enloquecidos de los soldados, las espadas desenfundadas, las flechas en los arcos y la balas en los cañones de los fusiles, y los diablos alemanes, uno tras otro, muy tensos. Y todo porque Zhu el Octavo entró en los calabozos del yamen con el fin de poner a otro en mi lugar. Si no hubiera sido por la decisión que tomé de ir al campo de ejecución, algo que ni los dioses ni los espíritus malignos habían visto hasta ese momento, el pobre Xiao Shanzi se habría quedado en el calabozo. Hermano mayor Zhu, mi gege [267](#), yo, Sun Bing, te he defraudado a ti y he defraudado a tus hermanos. Os he enviado a las fuentes amarillas, y vuestras cabezas cuelgan de la puerta del yamen. Pero vuestros nombres aparecerán en los nuevos dioses y en la ópera de Maoqiang os recordarán para siempre.

Del aria Sun Bing se pasea por las calles de la ópera de Maoqiang El suplicio del aroma de sándalo

I

Las manos de Zhu el Octavo me apretaban el cuello como dos garfios. Mis orejas iban a explotar, mis tímpanos se iban a reventar y mis ojos vieron las estrellas y se me iban a salir de la cara. Iba a morir, lo sabía. Pero no podía morir de esa manera. Me hubiera ofendido morir en las manos de Zhu el Octavo. Nací para ser un héroe, mi muerte debía ser, por lo tanto, con mucha violencia. Hermano mayor Zhu el Octavo, mi *gege*, Sun Bing sabe cómo piensas. Temías que fuera a morir empalado con la estaca de madera de sándalo. Temías que cuando sufriera mi castigo, yo me pusiera a llorar llamando a mi padre y a mi madre. Tú temías que al llegar ese momento, yo quisiese morir sin poder hacerlo, o que quisiese vivir y no pudiese hacerlo. Esta es la razón por la cual tú querías estrangularme para que el complot de los diablos alemanes fracasase. ¡Mi *gege* Zhu el Octavo, ah, quítame de encima las manos! Me vas a matar y vas a destruir mi reputación. Tú no sabías que yo era el abanderado de la rebelión contra los diablos alemanes y el trabajo ya estaba medio hecho. Si salía huyendo, la presencia de esos lobos con piel de cordero no acabaría nunca. Deseaba salir a la calle para seguir cantando la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato, y llevar la vida de un guardián de Buda, y si debía morir, que mi muerte fuese violenta y trágica. Yo deseaba subir al escenario —un escenario alto de cinco *zhang*— para que mi gente viese mi poderío. Quería que mi gente también abriese los ojos y los diablos alemanes se cagasen en los calzones. Al acercarse la muerte, uno se espabila y se envalentona. Le metí los dedos de mi mano en sus ojos, le di un rodillazo en el bajo vientre y sentí que algo caliente goteaba. Zhu el Octavo me soltó el cuello. Bajo la luz de la luna, nos

vi a mí y a Zhu el Octavo rodeados de muchos soldados. Sus caras estaban todas hinchadas y me recordaron esas vejigas de los cerdos que hinchaban los carniceros. Esas vejigas de cerdo, hinchadas y alargadas, se acercaron a mí, nos agarraron con sus dos brazos y nos levantaron. En ese momento, mis ojos volvieron a ver normalmente, como de costumbre, y vi la cabeza del jefe de los mendigos, Zhu el Octavo; eran mis amigos desde hacía muchos años. Zhu el Octavo estaba tumbado en el suelo y se agitaba como un tamiz. Su cabeza estaba llena de unas cosas azules que desprendían un vapor appestoso. Entonces lo vi y lo comprendí: lo que le hizo soltarme no fui yo, sino los soldados, que le había arreado un mamporrazo en la cabeza.

Uno grupo de soldados que formaban un séquito me llevó a cuestras por delante de la puerta del departamento de los ritos, fuimos más allá del vecindario de la Piedra de la Advertencia, hasta quedarnos encima de la tarima de la luna que hay delante de la Gran Sala. Alcé la cabeza y vi que las luces de la Gran Sala brillaban espléndidamente. La linterna que lleva el nombre del funcionario Yuan Shikai presidía la sala y a sus lados estaban las linternas del subprefecto y magistrado de Gaomi. Los soldados me introdujeron en el interior de la Gran Sala y me arrojaron sobre la piedra que estaba puesta en el suelo para arrodillarse. Con la ayuda de mis manos me puse de pie, pero tenía las piernas muy flojas y casi no podían sostenerme. Uno de los soldados me dio una patada en los tobillos y caí de nuevo, y, muy a pesar mío, caí de rodillas sobre la misma piedra. Pero encogí las piernas, me eché para atrás y quedé sentado.

Así sentado estaba mucho más relajado y pude ver lo que había delante de mí. Vi la cara redonda y brillante de Yuan Shikai y la cara alargada y amarillenta de Carl Rosendahl. El subprefecto Qian Ding estaba a un lado, de pie, encorvado y con una pinta que daba pena. Yo oí que Yuan Shikai me preguntaba algo:

—En la parte baja de esta sala está el que ha cometido peores crímenes que el diablo. ¡Que nos diga su nombre!

—Ja, ja, ja, ja... —me puse a reír a carcajadas y respondí seguidamente—: Vuestra Excelencia Yuan, usted es como esos individuos distinguidos que tienen la vista atrofiada. No he cambiado mi nombre, ni lo escondo. Yo soy aquel que ha liderado a las masas contra los alemanes. Mi nombre era Sun Bing y ahora llevo en mí el gran espíritu de Yue Wumu [268](#), el que va a sufrir el suplicio en el pabellón de la ola de los vientos.

—¡Que le acerquen la linterna! —gritó con voz atronadora Yuan Shikai.

No tardaron en ponerme delante de los morros varias linternas.

—Su Señoría Qian, ¿cómo me explica esto? —le preguntó fríamente Yuan Shikai.

Qian Ding, agobiado, se precipitó hacia delante, se sacudió las mangas, se remangó y se arrodilló.

—Para responder a Su Excelencia —dijo el subprefecto—, he ido a los calabozos

del *yamen* y he visto al condenado, Sun Bing, bien encadenado a la piedra.

—¿Y este quién es?...

El subprefecto se puso de pie, se giró para examinarme. A la luz de la linterna pude ver sus ojos centelleantes, igual que los del fantasma sereno que recorre las tumbas con una antorcha en la mano.

Sun Bing alzó la barbilla, hizo una mueca y dije:

—Mira bien, *daren* Qian, tú deberías saber que mi barbilla estuvo antaño poblada con una bella y abundante barba. Ni la gente ni el agua eran capaces de desbaratarla. En esta boca tenía bellos y sanos dientes que podían morder los huesos y el acero. Pero tú me arrancaste la barba con tus propias manos, y Carl Rosendahl me reventó los dientes con el mango de su pistola.

—Si eres en realidad Sun Bing, ¿quién diablos está en el calabozo? ¿Es que tienes el don de la ubicuidad? —preguntó Qian Ding.

—No es que yo tenga el don de la ubicuidad, es que vosotros estáis ciegos.

—Que redoblen la vigilancia, que cierren las entradas, que inspeccionen cada rincón del *yamen*, y todo diablo cabrón que ande por ahí, vivo o muerto, me lo traéis a la Gran Sala para que yo lo vea con mis ojos. —Yuan Shikai hizo con su mano un gesto a las tropas, confirmándoles así la orden. Los soldados se abalanzaron hacia el exterior como un enjambre de abejas—. Y tú, el subprefecto de Gaomi, ve rápido a la celda de los condenados a muerte y trae a Sun Bing. Quiero saber quién es el verdadero y quién es el falso.

En un abrir y cerrar de ojos, los soldados se presentaron en la Gran Sala con el cadáver de cuatro mendigos y un mono muerto. Esos cuatro cadáveres no eran exactamente cuatro cadáveres, ya que Zhu el Octavo todavía no estaba muerto. La sangre salía a borbotones de su boca y parecía un crisantemo que acabara de abrirse. Zhu el Octavo estaba sentado en el suelo a unos tres *chi* de distancia, y pude ver que en sus dos ojos había todavía algún rayo de luz. Esa luz se clavó en mi corazón como agujas afiladas: viejo Zhu, mi hermano. Hacía veinte años que nos conocíamos. Recuerdo aquellos tiempos, cuando iba a la ciudad con mi grupo de teatro para representar la ópera de Maoqiang y tú y yo íbamos al templo de la Diosa de la Fertilidad para echar un trago. Eras un loco de la ópera de la melodía del gato, incluso podías recitar sobre el escenario varias arias. Tenías la voz de un ganso, pero ello le daba sin duda una personalidad y un encanto especiales a tu recitación. Tenías tablas y tus interpretaciones con el papel del *xusheng* —el viejo barbudo— eran memorables. Mi buen hermano, mi corazón se agitaba como las aguas de una ola y las arias de Maoqiang me venían a la garganta al verte así; pero cuando me disponía a cantar en la Gran Sala, un ruido estruendoso se hizo sentir.

Al son del ruido que hacían las cadenas al arrastrarse, *cloc, clac, cloc, clac...*, entraron unos servidores del *yamen* con Xiao Shanzi encadenado. Vi entonces a Xiao

Shanzi envuelto en unos harapos blancos y cadenas en los pies y las manos. Tenía sangre de los pies a la cabeza, los labios agrietados, y le faltaban tres dientes. Sus ojos lanzaban fuego... Su manera de caminar, sus movimientos, sus gestos y el molde del que ha salido, todo ello, era igual que el mío. Solo los dientes le diferenciaban de mí, ya que yo tenía uno más que él. Qué más podía decir, yo no pude evitarlo y me asusté al principio, para entrar en una fase de profunda admiración ante la obra maestra que había preparado Zhu el Octavo. Ni en el teatro se veía una cosa así, y si no hubiera sido por el diente, ni mi madre nos habría diferenciado.

—¡Vuestra Excelencia, le dejo constancia de ello! Vuestro servidor le ha traído ese felón de Sun Bing —se apresuró a anunciar el subprefecto.

Yo pude ver en la parte alta de la Gran Sala las caras de sorpresa de Yuan Shikai y Carl Rosendahl.

Xiao Shanzi seguía de pie y sin dar muestras de miedo; se le había puesto cara de idiota y sonreía bobaliconamente.

—El jodido felón los tiene bien puestos. ¿Por qué no se arrodilla? —preguntó Yuan Shikai con un vozarrón que hizo temblar las vigas de madera de la Gran Sala.

—Yo soy el mariscal de la gran familia de Song. Me arrodillo ante el cielo y la tierra, ante mi padre y mi madre, pero... ¿por qué me iba a arrodillar ante unos perros salvajes como vosotros que traicionan a su país? —dijo Xiao Shanzi, imitando mi mismo tono de voz y poniendo la misma arrogancia y chulería.

Este Xiao Shanzi tenía madera para ser un excelente cantante de ópera tradicional. Cuando Zhu el Octavo me pidió que fuera al templo de la Diosa de la Fertilidad a enseñar a los mendigos a cantar la ópera de Maoqiang, la mayoría no conseguía nada, pero Xiao Shanzi sabía relacionar los diferentes elementos para deducir algo positivo y comprendía mis explicaciones por analogía. Yo le enseñé las obras de *El banquete de la Puerta de Hong* y *Persiguiendo a Han Xin* [269](#). No solo las aprendió de memoria, sino que su recitación era excelente y pronunciaba a la perfección cada palabra. Xiao Shanzi había nacido para subirse a unas tablas. Quise que se integrase en mi compañía para que fuera actor profesional de la ópera de Maoqiang, pero Zhu el Octavo quería quedárselo para que se convirtiera en su sucesor al cabo de cien años.

—Hermano Xiao Shan, confío en que has estado bien desde que nos separamos —le saludé con las dos manos haciendo un puño.

—Hermano Xiao Shan, confío en que hayas estado bien desde que nos separamos —me saludó retomando mis mismas palabras y haciendo un puño con las dos manos; aunque las cadenas hicieron ruido cuando las levantó.

Eso sí que era una lección de teatro y del bueno. En la Gran Sala estaban jugando al verdadero y el falso rey de los monos [270](#).

—¡Pues que se arrodille el condenado a muerte! —ordenó de forma solemne Yuan Shikai.

—Yo soy esa caña de bambú que no se dobla con el viento; yo soy ese jade que una montaña no puede quebrar.

—¡De rodillas!

—¡Máteme diez mil veces, pero yo no me arrodillo!

—¡Haced que se arrodille! —gritó, irritado, Yuan Shikai.

Un grupo de servidores del *yamen* se precipitó hacia Xiao Shanzi, le doblaron el brazo, le cogieron del cuello y le pusieron de rodillas por la fuerza en el suelo de la Gran Sala. Pero cuando lo soltaron, Xiao Shanzi hizo como yo y se sentó. Así que nos quedamos los dos sentados el uno junto al otro. Yo proyectando los dientes, él proyectando los suyos; y mirándole de frente, él mirándome de frente. Le digo a Xiao Shanzi que es un hijo de puta; él también le dice a Xiao Shanzi que es un hijo de puta. Nuestro juego de imitación es tan cómico que divierte incluso a Yuan Shikai, al cual se le disipó la ira y se puso a reír. Carl Rosendahl, a su lado, también se puso reír como un idiota.

—Hace años que soy funcionario y no sé cuánta gente rara ha pasado por mi vida; pero nunca he visto a dos personas disputarse el papel del condenado a muerte. — Yuan Shikai sonrió con frialdad y le preguntó al subprefecto—: Tú has debido de ver muchas cosas en este mundo y tus conocimientos son grandes. ¿Le puedes dar una explicación a todo esto?

—La experiencia así como los conocimientos de este pobre hombre son cortos y superficiales. Esperaba que Vuestra Excelencia me diese una explicación —repuso de una manera extraordinariamente respetuosa Qian Ding.

—Puedes bajar a la parte inferior de la Gran Sala y decirme quién es el verdadero Sun Bing.

Qian Ding bajó y se puso delante de nosotros, a mirarnos a mí y a Xiao Shanzi. El subprefecto ponía cara de no tenerlo muy claro. Pero ya sabía que ese tipo era más listo que un mono y sabía de sobra quién era el verdadero Sun Bing. ¿Por qué se hacía el tonto? Quizá era por ese asunto del corazón, ese lío que tenía a escondidas con mi hija... ¿Quería protegerme por eso? ¿O deseaba que el mendigo sufriese en mi lugar el suplicio de la estaca de sándalo?

El subprefecto estuvo mirándonos durante mucho tiempo y luego se dirigió a Yuan Shikai:

—Vuestro humilde servidor tiene la vista atrofiada y no lo ve muy claro.

—Pues mira con más detenimiento.

El subprefecto nos miró con más detenimiento y concluyó:

—Vuestra Excelencia, pues sigo sin verlo muy claro.

—¡Mírales la boca!

—Las dos bocas tienen el mismo número de dientes.

—¿No hay diferencias?

—A uno le faltan tres dientes, al otro dos.

—¿Cuántos le faltan a Sun Bing?

—Su servidor no lo ve muy claro...

—Ese hijo de puta de Carl Rosendahl me arrancó tres dientes con el mango de su pistola... —se apresuró a responder Xiao Shanzi.

—No, Carl Rosendahl me arrancó a mí dos dientes —le corregí a grito pelado.

—Subprefecto de Gaomi, tú deberías acordarte de cuántos dientes le arrancó el gobernador alemán. ¿No te acuerdas o qué?

—Vuestra Excelencia, este servidor no se acuerda...

—¿Cómo dices? ¿Acaso no diferencias el verdadero del falso?

—Tengo muy mala la vista; de veras que no lo tengo nada claro...

—Puesto que así no llegamos a nada, que encierren a los dos, y los dos sufrirán mañana el suplicio de la estaca de sándalo. —Yuan Shikai hizo un gesto con la mano y añadió—: Llevadlos a la celda de los condenados a muerte y tú, el subprefecto de Gaomi, pasas la noche a su lado y los vigilas con cuatro ojos. Si les pasa algo, tú responderás por ellos.

—Este servidor pondrá toda su alma y todo su sentido de la responsabilidad en ello.

Qian Ding se dobló hacia delante, haciendo un reverencioso saludo. Me di cuenta de que estaba sudando por la espalda; la elegancia y la dignidad que le caracterizaban antaño ya habían desaparecido.

—Si este embrollo digno de un vodevil se ha formado es porque se han conchabado con alguien dentro del *yamen* —dijo Yuan Shikai lanzando fuego por la boca—. Que encierren al responsable de los calabozos y al jefe de los guardias. Pasado mañana aclararemos este asunto.

II

El responsable de los calabozos no esperó a que le capturasen los soldados. Antes, se colgó de una viga del Templo de Gao Tao, el dios de las prisiones. Los servidores del *yamen* arrastraron su cadáver como si fuera el de un perro hacia los dos caminos de la parte exterior del departamento de los ritos y lo dejaron junto a los cuerpos de Zhu el Octavo, Hou Xiaoqi y los demás. Cuando los soldados de la guardia me llevaron a la celda de los condenados a muerte, vi a varios verdugos de los que estaban cortándoles la cabeza bajo la orden de no sé quién, y me dolió tanto que mi corazón sintió un pinchazo y sentí remordimientos. Pensé que tal vez había cometido un error. Hubiera debido hacer caso a Zhu el Octavo y salir de esa situación y hacer así fracasar el plan diabólico que habían preparado Yuan Shikai y Carl Rosendahl. Pero por una cuestión de principios morales, para que mi nombre sea recordado dentro de mil años, para respetar los valores de la lealtad, la confianza mutua, la humanidad y la justicia, yo he sacrificado la vida de otra gente. ¡*Buaff!* Con un gesto de la mano había que borrar esas preocupaciones, pasar lo mejor posible la larga noche de la víspera y esperar al día siguiente.

El subprefecto de Gaomi dirigía a los servidores del *yamen* y les ordenó que nos encadenaran a la misma piedra. Dentro de la celda iluminaron tres candelas y fuera había además una de las linternas. El subprefecto había traído una silla y se sentó en el exterior de la celda. Vi a través de la ventanilla que había, detrás del subprefecto, siete u ocho servidores del *yamen*. Y detrás de los servidores, rodeándolos, un grupo de guardias. La llama de la habitación alumbraba todavía, pero la oscuridad se iba

haciendo cada vez más presente y densa.

El gong que marcaba el cuarto *geng* sonó.

El canto de los gallos se sentía lejano y cercano por momentos. La radiación que desprendía se iba apagando gradualmente, y la vela de la celda ya se había consumido hasta más de la mitad. Vi al subprefecto sentado en la silla y con la cabeza colgándole de un lado. Parecía un hatajo de hierba helado por la escarcha y sin vida. Sabía que el compañero no estaba en una situación maravillosa. Incluso si conservaba la cabeza, lo más probable era que perdiese el gorrito de color negro como el plumaje de un cuervo [271](#), es decir, su puesto de funcionario imperial. Ah, Qian Ding, ¿Adónde coño se ha ido tu elegancia, aquella de la que hacías gala cuando bebías y recitabas tus poemas? ¿Dónde ha ido aquel ímpetu del que te servías en la contienda de las barbas? Subprefecto, subprefecto, a nosotros no nos ha juntado la familia ni la injusticia, pero nos juntará la muerte.

Xiao Shanzi, Xiao Shanzi, debo decir que tú también eras uno de mis discípulos. Sacrificaste tu vida por mí, y mil otoños no serán suficientes para borrar de la historia tu sentido de la justicia y la lealtad. ¿Por qué te empeñaste en ser Sun Bing? Yo sabía que tu destino te llevaría tarde o temprano a ser decapitado, pero ser decapitado no es lo mismo que sufrir el suplicio de la estaca de sándalo.

—Ah, mi valioso hermano, ¿por qué todo esto? —le susurré al oído.

—*Shifu*, mi maestro —me dijo, sirviéndose de una voz baja—, no me dejé reventar tres dientes para morir ahora decapitado como un tonto...

—Pero ¿se te ha pasado por la cabeza lo que es eso del suplicio del aroma de sándalo?

—*Shifu*, los mendigos sufrimos todo tipo de tormentos desde que somos niños. El señor Zhu me enseñó, siendo su discípulo, a clavarme un cuchillo. Así empecé a practicar con el dolor en mi propia carne y a acostumbrarme... Enseguida comprendí que cuando das pena a la gente, consigues algo de ella. Si bien es cierto que bajo el cielo la felicidad no está hecha para los mendigos, sí lo es que somos capaces de aguantar cualquier cosa. Le aconsejo que no les diga que es Sun Bing, y le propondrán algo más liberador... Deje a su discípulo que sufra el suplicio. Ello le dará más gloria a su nombre.

—Puesto que tienes el corazón de hierro —le dije—, y somos hermanos de sangre, hombro con hombro, vayamos a luchar contra esos diablos, y que vean cómo somos capaces de morir. ¡Esos diablos verán de qué está hecha la sangre de las gentes de Gaomi!

—*Shifu*, pero antes de que amanezca, en este intervalo de tiempo, ¿por qué no me cuentas los orígenes de la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato?

—De acuerdo, Xiao Shanzi. Mi buen hermano, como dice el proverbio: el hombre que se acerca a la muerte siempre dice buenas cosas. Te voy a contar la historia entera

de la ópera de Maoqiang.

III

Cuentan que, durante la era del emperador Yongzheng, en el cantón de Dongbei de la subprefectura de Gaomi, había un tipo raro pero talentoso que se llamaba Chang Mao y no tenía ni mujer ni hijos, pero tenía un gato negro que no le abandonaba nunca. Chang Mao era un calderero y se paseaba todos los días por las calles con sus herramientas y su gato, y a la gente le arreglaba sus cacharros. Chang Mao era realmente habilidoso y maestro en su oficio, se comportaba bien y todo el mundo le quería en el cantón de Dongbei. Y si se presentaba la oportunidad, participaba siempre en el funeral de un amigo. En una de esas ocasiones, ante la tumba de su amigo, pensando en lo que diría, Chang Mao estaba tan triste y conmovido que se le saltaron las lágrimas, le vino la inspiración y se puso a cantar su lamento con emoción y exuberancia; y Chang Mao lo hizo tan bien que a los dolientes se les olvidó la pena. La algarabía de la gente se paró de golpe y los presentes dejaron de lamentarse. Todos pusieron la oreja de lado para escuchar mejor y el canto de Chang Mao les llegó directamente al corazón. Nadie podía creer que un calderero tuviese esa voz.

Este fue el primer momento importante de la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato. Lo que había de exuberante en el canto de Chang Mao y lo que se decía en él, comparado con los llantos quejumbrosos maldiciendo la voluntad del Cielo de las mujeres y los gestos descontrolados y torpes de los hombres al intentar reprimir sus emociones, no tenía la ofuscación desmesurada del llanto de los niños, y tenía un tono más elevado y noble de lo que podían desprender los instrumentos tradicionales de bambú. Consuela a los dolientes y desconsolados que tienen una relación directa con

el muerto y hace más llevadero y entretenido a los que no tienen una relación directa con él. El canto de Chang Mao supuso una verdadera revolución en los ritos funerarios y representó algo nuevo y fresco para la gente; era como para los budistas el Paraíso del Oeste. Algo así como si se hubiese puesto a llover flores desde el cielo. La gente tenía la misma sensación que aquel que, cubierto de polvo, entra en un baño y, después de haber tomado el baño y tomado el té que había en la tetera, se pone a sudar por todos los poros de su cuerpo. Las voces empezaron a correr y las noticias sobre el canto exuberante del calderero Chang Mao, que ya era famoso por su oficio, empezaron a difundirse por los cuatros vientos: Chang Mao tenía una magnífica voz, una memoria de elefante y una elocuencia sin par. Poco a poco, Chang Mao se convirtió en el invitado de todos los funerales. Cuando alguien moría, era a él a quien invitaban en primer lugar para los ritos funerarios. Chang Mao venía y se ponía a cantar. De esa manera consolaba a las amas y aliviaba el dolor de los familiares.

Al principio, Chang Mao se negaba a ir a los funerales, ya que para él no tenía ningún sentido ponerse a cantarle a alguien que ni siquiera pertenecía a su familia o tenía alguna relación íntima con él. Pero las familias le insistían más de una vez, y a la tercera, Chang Mao no podía rechazarlo. Liu Xuande le pidió tres veces a Zhuge Liang [272](#) que aceptase su oferta. ¿No fue así? Todos eran gentes de su terruño, gentes con urgencias, que uno no podía evitar ni despreciar. Si no lo hacía por los vivos, lo haría por los muertos. Un hombre muerto es como un tigre, y un tigre muerto es como una oveja. Los muertos tienen nobleza, los vivos no valen nada. Lo mejor era ir y dejarse de tonterías. Una vez, dos veces, tres veces..., todos deseaban verlo como participante, y todos le daban la bienvenida. El árbol teme la mierda y los meados por sus raíces; el hombre teme la carne y el vino por su corazón. A un calderero como él, de tan humilde extracción, le llegó al corazón que le trataran así, y puso a partir de ese momento todo su empeño en hacerlo lo mejor posible. Un cuchillo se afila con el uso, y un arte con la práctica. Después de cierto entrenamiento, su voz se afinó como la de un instrumento hecho con caña de bambú. Para poder aprender más melodías, se fue a visitar al señor Ma Dagan, el cual sabía mucho de historias y leyendas, y vivía en el mismo cantón que él. El señor Ma Dagan le contó varias historias que habían pasado en el lugar. Cada mañana, muy temprano por la mañana, se iba al dique del río y ahí se entrenaba con la voz.

Al principio, solo las familias de pocos recursos llamaban al calderero Chang Mao para que les cantase en sus funerales, pero poco después fueron las familias adineradas las que le llamaban para sus costosos ritos. De hecho, cada funeral se convirtió, en el cantón de Dongbei en Gaomi, en una fiesta local. Cada funeral se transformaba en un acontecimiento que atraía las multitudes. Se formaban colas de varios *li* de distancia, la gente llevaba a los viejos a sus espaldas y a los niños a cuestas. Y si Chang Mao no participaba en el funeral, y ya podía ser un funeral de

familias ricas o con ritos fastuosos en las que se daba incluso comida, funerales de esas buenas familias de grandes banderolas que protegen de la luz del sol, de esas buenas familias que se caracterizan por los excesos del vino y los placeres de la carne [273](#), ni siquiera se presentaba la familia entera del muerto. Finalmente, un día, Chang Mao tiró a la basura los trastos que utilizaba para arreglar las cacerolas y otros cacharros de metal y se dedicó de sol a sol al canto de las lamentaciones funerarias como lo hubiera hecho cualquier gran maestro en cualquier ópera.

Se decía que en el Templo de Confucio de la prefectura ya había ese tipo de especialistas para las lamentaciones funerarias, y eran mujeres, y tenían, además, una voz muy buena. Pero había algo de fingido en sus actuaciones. Imitaban a los familiares del muerto con sus mismos gestos, sus mismos llantos y gemidos, para dar así más dramatismo a la escena. Las representaciones de esas lloronas profesionales [274](#) no tenían nada que ver con los cantos de Chang Mao.

Shifu, ¿por qué hace esa comparación entre el fundador de nuestra ópera de Maoqiang y las lloronas profesionales del Templo de Confucio? Corría el rumor de que, varias décadas atrás, el fundador de la ópera de Maoqiang se había inspirado en esas lloronas profesionales del Templo de Confucio, y que, fascinado por ellas, empezó a dedicarse él a este tipo de tareas y, por lo tanto, a ganarse la vida como llorón profesional. Para buscar maestros, se fue a Qufu [275](#), donde abundaban ese tipo de lloronas profesionales que velaban a los muertos. Pero esas mujeres aparte del «¡cielos!», el «¡ah, tierra trágame!», o el «¡ay, ay!», no tenían mucho más que decir. Nada que ver con el alma de nuestro fundador, Chang Mao, cuando se ponía a cantar. Comparar a nuestro ancestro con esas mujeres era como comparar el cielo con la tierra, como comparar el ave fénix con un pájaro salvaje.

Chang Mao, el ancestro de la ópera de Maoqiang cantaba directamente al alma de los muertos y se inspiraba en sus vidas para componer los cantos. Chang Mao tenía facilidad de palabra, hablaba como escribe un maestro, las rimas le salían fácilmente y se le entendía cuando hablaba, su vocabulario era rico y variado y uno volaba con sus palabras. Sus lamentos de llorón profesional eran en realidad un canto funerario de gran belleza. Pero con el tiempo, la gente fue más exigente para satisfacer sus gustos y en el lamento se introdujeron más cosas para darle más contenido e interés a la historia. Ya no se limitaba a la vida del muerto, sino que se contaban historias y se añadían más detalles, y eso ya era, se puede afirmar ahora, nuestra ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato.

Llegados a este punto, vi fuera de la celda al subprefecto con la cabeza torcida. Parecía que había arrimado la oreja para escuchar lo que yo estaba contando. Si quieres escuchar, pues me escuchas, pero escucha bien. Si no escuchas la ópera de Maoqiang, no comprenderás nunca nuestro distrito de Dongbei en Gaomi. Si no sabes la historia de la ópera de Maoqiang, no puedes comprender el espíritu de las gentes de

Dongbei en Gaomi. Subí el tono de la voz para que me oyera bien, aunque mi lengua me dolía mucho porque la tenía ardiendo con fuego.

Como había dicho, nuestro ancestro cuidaba un gato, el cual era muy vivo y muy parecido al caballo de pelo escarlata que montaba el *laoye* Guan [276](#). Nuestro ancestro quería de una manera muy especial a su gato, y el gato a él. El gato le seguía por donde fuera: si nuestro ancestro iba a cantar a alguna tumba, el gato iba con él y le escuchaba con una cara muy seria y atenta. El gato solía lanzar unos maullidos largos y tristes, maullidos de una melancolía profunda que parecían alargarse eternamente, cuando escuchaba los lamentos cantados por su dueño. Los dos se imitaban las voces y la tonalidad de sus cantos. Nuestro ancestro tenía una voz densa y desgarradora, pero también era bajo el cielo una voz sin par. Y era debido a esa relación tan íntima entre nuestro ancestro y su gato que a Chang Mao, es decir, Chang el Exuberante, le empezaron a llamar, en el cantón de Dongbei de Gaomi, Chang el Gato [277](#). Todavía hoy se confunden los dos nombres...

—Si en vez de escuchar el discurso el gran *laoye*, pudiese escuchar los maullidos de Chang Mao... —interrumpió, emocionado, Xiao Shanzi.

Pero el gato murió poco después; y porque el gato murió, la gente se puso a hablar. Unos decían que el gato murió de viejo; otros, que un hombre del espectáculo que había venido de fuera, celoso del éxito de nuestro ancestro, lo había envenenado. Otros decían que fue una mujer que quería casarse con Chang Mao, y que fue rechazada por este, quien le dio una paliza de muerte. Fuera como fuese, el gato murió.

Después de la muerte del gato, nuestro ancestro se deprimió muchísimo, y ante su cuerpo sin vida, Chang Mao estuvo llorando tres días con sus tres noches [278](#); pero no eran solamente llantos, sino que eran mitad llanto y mitad canto. Chang Mao lloró y cantó hasta derramar por sus ojos lágrimas de sangre.

Después de ese periodo de profunda tristeza, nuestro ancestro se hizo un par de atuendos con pieles de gato. Para uno de ellos utilizó la piel de varios gatos salvajes, y para el más pequeño, solo una piel. Se lo ponía por lo general en la cabeza, con las dos orejas del gato encima, la cola detrás de la nuca y el resto de la piel por encima de las orejas. El otro atuendo era más ambicioso y le cubría incluso el trasero, tras el cual colgaba una inmensa cola de gato; y ese fue su gran atuendo —el gran atuendo de los ritos funerarios— cuando se iba a cantar a los muertos.

Tras la muerte del gato, la manera de cantar de nuestro ancestro cambió radicalmente. Había antes cierto humor y cierta alegría en su canto, pero todo ello desapareció hasta alcanzar la desolación más absoluta. Cambió el modelo y la tonalidad de sus melodías: en medio de su canto triste e inquietante, de sus momentos más dulces y más duros, sus variaciones de ritmo e intensidad, incluyó maullidos de gato como para marcar esos momentos, y esa forma acabó convirtiéndose en un

modelo fijo que normalizó las características distintivas de la ópera de Maoqiang.

—*Miau ~~ miau ~~* —maulló de pronto Xiao Shanzi, sin poder retenerse. Sus maullidos estaban impregnados de una intensa melancolía por los días del pasado.

Tras la muerte del gato, nuestro ancestro tomó la ruta de los caminos y el tono de su voz cambió, todo ello imitando a un gato, como si el alma del gato se hubiese metido dentro de su cuerpo. Él y el gato habían llegado a convivir en un mismo cuerpo con la máxima armonía posible hasta no diferenciarse nada entre los dos. Incluso sus ojos habían cambiado. Durante el día, esos ojos parecían los ojos de un ciego; pero durante la noche, brillaban poderosamente. Luego, el ancestro fundador de la ópera de Maoqiang murió. Poco antes le salieron dos alas en los hombros y, cuentan, salió volando atravesando el papel fino que cubre las ventanas y se fue a posar sobre un árbol. Y desde el árbol voló hacia la luna. Tras la muerte del ancestro fundador, el oficio de llorón profesional desapareció, pero sus cantos resuenan todavía hoy en el corazón de la gente.

IV

Durante el periodo de transición entre las eras de los emperadores Jiaqing [279](#) y Daoguang, en los territorios de nuestro cantón de Dongbei en Gaomi, se formaron varias bandas de teatro que imitaban las melodías del ancestro Chang Mao y se pusieron a hacer representaciones. Esos grupos estaban formados por un hombre, su mujer y su hijo o hija. El hombre cantaba, la mujer le acompañaba y el niño, con una piel de gato en la cabeza o sobre la espalda, maullaba de vez en cuando. Y de vez en cuando también cantaban en los velatorios de las grandes familias... Un detalle importante había cambiado. Ya no eran llorones profesionales que participaban en los funerales, sino cantantes profesionales que participaban en los funerales. Pero la mayoría de veces, era en las plazas de los pueblos donde se les veía actuar. Los dos esposos cantaban y bailaban mientras que el niño pasaba con una cestilla para recoger las monedas e imitaba a los gatos en sus movimientos y en sus maullidos. En sus repertorios incluían trozos escogidos de muchas obras, como *Lan Shuilian vende agua*, *La viuda Ma llora junto a la tumba* o *La tercera hermana Wang piensa en su marido* [280](#). En realidad, ese tipo de actuaciones era algo muy cercano a la mendicidad. Nuestra ópera de Maoqiang tenía en sus orígenes muchas afinidades con la vida de los mendigos. Si no, nunca habiéramos podido convertirnos en discípulos del maestro.

—*Shifu*, mi maestro, lo que dice es cierto —remachó Xiao Shanzi.

Nuestro teatro estuvo en esas condiciones durante varias décadas. En esa época, la ópera de Maoqiang no se servía de instrumentos musicales, ni había acción o actores

representando personajes conocidos. La ópera de Maoqiang era teatro sin ser teatro. Además del tipo de familias de las que ya hemos hablado, había los campesinos jóvenes. Esos campesinos, cuando no tenían nada que hacer en los campos, se dedicaban a hacer sonar los pequeños gongs de los vendedores de dulces y los maderitos huecos de los vendedores de *doufu* —el queso se soja—. Esos campesinos improvisaban en los almacenes de los fabricantes de sandalias o en los *kang* de sus casas todo tipo de melodías y letras. Era para ellos un entretenimiento, una manera de aliviar las penas de la soledad.

Tu *shifu*, en esa época era joven y muy espabilado, y no lo digo por falta de modestia. En los dieciocho pueblos que forman el cantón de Dongbei de la subprefectura de Gaomi, no había una voz que superase la de tu *shifu*. Cuando nos juntábamos para cantar, yo me hice poco a poco una reputación en esos pueblos. Al principio eran solamente las gentes de los pueblos quienes venían a escucharme, luego eran gentes de fuera de los pueblos. Había cada vez más gente, y los *kang* de las casas y los almacenes de los fabricantes de sandalias ya no eran adecuados para acogerla. Fue entonces cuando se empezaron a hacer las representaciones en las plazas públicas y en los patios al aire libre. En los *kang* y en los almacenes de sandalias se podían sentar para cantar, pero en las plazas públicas y en los patios no solo había que cantar, sino que uno debía moverse... Y si uno debía moverse, la ropa debía adecuarse a esos movimientos. Uno no podía ir vestido como se vestía en la calle, y por eso se empezaron a utilizar disfraces y otros atuendos. La cara tampoco podía ser la misma de todos los días ya que no expresaba muchas cosas por sí sola, por eso se empezó a recurrir al maquillaje. El pequeño gong y los dos trozos de madera huecos que se golpeaban mutuamente se quedaron cortos, y por eso se introdujeron los instrumentos musicales. En esa época, las bandas de teatro que no tenían un modelo preciso y que venían de fuera de la subprefectura para realizar sus espectáculos eran numerosas. Había una que venía de Lunan [281](#) y que se llamaba «la banda del Asno», ya que sus miembros entraban en la escena montados en uno de esos asnillos de pelo corto. Otra venía de Jiaodong y sus melodías se caracterizaban por alcanzar un tono alto para luego caer súbitamente a un tono bajo, como en una pendiente. Otra de las bandas que venía a Gaomi era de la frontera que separa Shandong y la provincia de Henan. Esa era la banda del Gallo y se llamaba así porque terminaban la melodía con una falsa voz, algo que era en realidad muy parecido al canto de un gallo. Todas esas bandas llevaban ya instrumentos musicales, como el violín chino, la flauta de bambú, la *suona* y las trompetillas. Nuestros compañeros adoptaron esos instrumentos para la ópera de Maoqiang, y el canto mejoró muchísimo con ello. Pero tu *shifu* era alguien fuerte y que quería ganar siempre. Por eso no quería que nadie hiciese las cosas por él. En ese momento, la ópera de Maoqiang ya se llamaba ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato. Yo pensé que debía hacer algo

diferente, otro tipo de obras. Fue entonces cuando adopté de veras el nombre de gato (*mao*) y su método. Tu *shifu* ideó un violín gato [282](#), y después de eso, la melodía del gato pudo sostenerse sobre unos pies.

El violín gato es, en primer lugar, más grande que el violín chino. En segundo lugar, tiene cuatro cuerdas —y no dos, como el violín chino— y dos arcos para que pueda dar dos voces y dos melodías distintas. Así se puede oír mucho mejor. La caja de resonancias del violín chino está normalmente cubierta con una piel de serpiente mientras que la del violín gato está cubierta con una piel de gatito. El violín chino —*huqin*— solo puede sacar melodías vulgares y facilonas, mientras que con el violín gato se pueden obtener maullidos, ladridos, rebuznos, píos, relinchos, silbidos, llantos de niños, risas de todo tipo de mujeres, el *quiquiriquí* de los gallos o el cloqueo de las gallinas cuando ponen los huevos... No hay una sola voz o un solo sonido que el violín gato no pueda imitar; y cuando se perfeccionó el arte de tocar este instrumento, ninguna banda se atrevió a entrar en el cantón de Dongbei en Gaomi [283](#).

Tu *shifu*, tras inventar el violín gato, inventó el tambor gato. Con la piel de un gato creó un tambor. Tu *shifu* también creó otro tipo de máscaras, como la del gato alegre, el gato indignado, el gato traidor, el gato leal, el gato sentimental, el gato acusado, el gato iracundo, el gato avergonzado... ¿No se puede decir que sin Sun Bing no tendríamos la ópera de Maoqiang tal y como la tenemos ahora?

—*Shifu*, mi maestro, no le falta la razón —asintió Xiao Shanzi.

Por supuesto que yo no soy el ancestro fundador de la ópera de Maoqiang. Ese honor le corresponde a Chang Mao. Si la ópera de Maoqiang fuera un árbol, Chang Mao sería el tronco.

V

Mi querido discípulo, ¿qué obras te enseñó el *shifu* hace diez años?

—*Shifu*, fue *El banquete de la Puerta de Hong* —repuso Xiao Shanzi en voz baja—; y también *Persiguiendo a Han Xin*.

—Ay, mi valioso hermano, esas obras las robó tu *shifu* de otras obras de teatro. Tú no podías saberlo. Para robar ese arte, tu maestro se infiltró durante varios años en varias bandas de teatro. Para aprender el teatro, fui a las tierras al sur del río Yangzi, a la provincia de Shanxi, atravesé el río Yangzi hasta las provincias de Guangdong y Guangxi. No hay ópera bajo el cielo que tu *shifu* no conozca ya y pueda interpretar. Tu maestro es como una abeja que iba recogiendo el mejor polen de las flores para aportarlo a la ópera de Maoqiang y producir la mejor miel.

—*Shifu*, ¡eso sí que fue inteligente! —interrumpió Xiao Shanzi.

—Tu *shifu* ha tenido siempre mucha ambición y grandes expectativas en lo que se refiere a la ópera de Maoqiang —proseguí—, y en un año ya teníamos nuestra melodía del gato. Me fui a Pekín y les ofrecí a Sus Majestades los emperadores mi ópera. Tu maestro quería convertir la ópera de Maoqiang en una forma de ópera nacional. Es decir, que fuera conocida y cantada tanto al norte como al sur del río Yangzi. Pero fue una pena... Ah, una pena..., cuando tu *shifu* tenía grandes ambiciones y quería hacer grandes cosas, apareció inesperadamente en su vida un traidor que le arrancó las barbas... La barba era la fuerza de tu maestro, lo que le armaba de valor, su talento, su alma... Sin la barba, yo era como un gato sin sus bigotes, o un gallo sin la cresta, o un corcel al que le han cortado la cola... Ah, mi

valioso aprendiz, tu *shifu* no tuvo más remedio que dejar la ópera y dedicarse a otra cosa. Abrí un salón de té para ganarme la vida y me preparé para morir sin ver mis expectativas cumplidas. Eso es lo que hace llorar a los héroes...

Llegados a este momento de la narración, me di cuenta de que el cuerpo del subprefecto temblaba y vi que los ojos de Xiao Shanzi brillaban, ya que los tenía llenos de lágrimas.

—Ah, mi valioso aprendiz, cada año, cuando se abre la temporada del teatro, nosotros empezamos nuestro repertorio con la obra *Chang Mao llora a los muertos*, que es la obra más importante, la más representativa de nuestra ópera de Maoqiang. Si esta pieza se interpretaba bien y tenía éxito, la temporada tenía también éxito; pero si se hacía mal, la temporada empezaba con mal pie y se convertía en un fiasco. Tú eres de nuestro Dongbei. Dime, ¿cuántas veces has visto *Chang Mao llora a los muertos*?

—Ya ni me acuerdo. Probablemente más de diez veces.

—¿Y has visto acaso dos representaciones iguales?

—Ninguna, *shifu*. Me dio la impresión que cada vez veía una obra distinta —se apresuró a contestar Xiao Shanzi, muy excitado él—. Yo todavía me acuerdo de la primera vez que vi *Chang Mao llora a los muertos*. Era un niño y llevaba sobre mi cabeza una piel de gato. Usted, *shifu*, interpretaba ese día a Chang Mao. Cuando usted cantaba, hasta los gorriones se caían de los árboles. Pero lo que más me atraía no era el *shifu* cantando, sino esos adultos y esos niños disfrazados de gato que había sobre el escenario. Esos niños y esos adultos maullaban sin parar, y ninguno de sus maullidos me sonaba igual. Cuando la obra llegaba a la mitad, los adultos y los niños, en la parte baja de la escena, enloquecían de golpe, y nosotros, los niños, nos metíamos entre sus piernas para aprender a maullar como ellos. Miau, miau, miau... Delante de la plaza había tres árboles, y competíamos por ver quién se subía antes a la cima. Por lo general, yo no podía subir a esos árboles, pero ese día me sentía lleno de fuerzas y muy valiente, y subí encima como lo hubiera hecho un pequeño gato. La copa del árbol estaba repleta de gatos, y no sabía cuándo habían subido. Los gatos y yo nos pusimos a maullar: miau, miau, miau... Encima del escenario, debajo del escenario, sobre el cielo, bajo el cielo, todo eran maullidos. Los hombres, las mujeres, los adultos y los niños, los gatos falsos y los gatos verdaderos, se mezclaban y se desgañitaban la voz intentando sacar sonidos imposibles que en sus vidas normales no hubieran hecho ni borrachos. Todos ellos agitaban sus cuerpos de manera convulsa y hacían movimientos y gestos que no hubieran hecho nunca en sus vidas ordinarias. Luego se les veía a todos sudando a mares; se les veía también echando mocos sin parar de sudar y llorando. Con los músculos debilitados, caían al suelo como desmayados. Sus cuerpos parecían conchas vacías. Los niños gatos empezaron a caer de los árboles como piedras negras que llueven del cielo. Los verdaderos gatos saltaron volando, como si les hubiesen salido entre sus piernas unas membranas para

hacer de alas. Todavía me acuerdo cuando al final de la representación se oyó la última frase: «*Ah, mi gato; ah, mi gato; ah, mi gato; ah, mi gato; ah, mi queridísimo gato...*». Y cuando usted, *shifu*, pronunció el último «gato», este salió disparado a varias decenas de *zhang* de distancia, se elevó hacia la parte de los árboles; y a nuestros corazones, usted, maestro, los lanzó hasta las nubes.

—Mi valioso aprendiz, en realidad, tú también hubieras podido interpretar el papel principal en *Chang Mao llora a sus muertos*.

—No, *shifu*, si hubiese participado en esa obra, mi papel habría sido el del pequeño gato.

Miré a ese hijo valiente y honesto del cantón de Dongbei y le dije:

—Mi buen hijo, tú y yo, así como nuestro abuelo, estamos interpretando la segunda parte de esa obra, y creo que podría llamarse *El suplicio del aroma de sándalo*.

VI

Según las normas al uso en las sucesivas dinastías que regían el imperio, me condujeron a la parte alta de la Gran Sala con unas cajas donde había cuatro platos de comida y una jarrita de aguardiente, una pila de tortas y una ristra de cebolletas. En uno de los platos había una cabeza de cerdo asada; en los otros platos había pollo y pescado también asados, y carne de buey en una salsa espesa de soja. Las tortas eran enormes y no podían cubrirse con la marmita, las cebolletas eran tiernas y estaban llenas de agua, y el aguardiente desprendía vapor. Mi hermano Xiao Shanzi y yo estábamos el uno frente al otro, riendo. Éramos los dos Sun Bing. El uno verdadero, el otro falso, con nuestros cuencos de aguardiente, los dos brindando con el cuello estirado, *glu, glu, glu, glu...* El alcohol caliente entraba en nuestras venas, de nuestros ojos saltaban las lágrimas, nosotros los justos y los leales entre los ríos y los lagos, y profundamente indignados por lo que nos tocaba vivir, contemplando nuestro país natal desde el pabellón de los infiernos [284](#), hombro con hombro, de la mano, formando un arcoíris, y volando hasta el noveno cielo [285](#). Luego comimos hasta saciarnos y eso que no teníamos los dientes bien, y nos lo comimos todo. Morir es como regresar al país natal, pero nosotros somos unos valientes y no nos da miedo.

El gran espectáculo comienza, se abre el telón...

La carreta con los condenados pasaba por la calle principal y los curiosos que nos miraban llenaban las dos aceras. Lo que más ansían los actores es encontrar a un público entusiasta y entregado, y nada mejor que ofrecerles una vida conmovedora y trágica, una vida que se dirige hacia el campo de ejecución montando en la carreta de

los condenados a muerte. Yo, Sun Bing, había estado actuando sobre los escenarios durante treinta años, pero la representación de ese día iba a ser la más espectacular y la más gloriosa de todas.

Lo vi con mis ojos. Delante de mí brillaban las láminas de acero de las bayonetas de los soldados. También brillaban los botones rojos y azules de los funcionarios imperiales, así como los ojos de mis paisanos. Lo vi. *Había muchas barbas de esbirros del yamen que temblaban, y muchas eran las mujeres que lloraban desconsoladamente. Muchos eran los niños con la boca abierta, y muchos eran los niños que babeaban.* Y la vi de pronto, entre las mujeres, escondida; era mi hija, Sun Meiniang. Sentí un intenso dolor en mi corazón, mis ojos me quemaban ya que se llenaron de lágrimas candentes. *Los valientes lloran sangre, no lágrimas; los héroes no pueden ablandarse por sus hijos.*

Los ejes de las ruedas de madera de la carreta chirriaban al pasar sobre el pavimento empedrado del camino: *cric, crac, cric, crac...* Un sol de justicia caía sobre la piel de mi cráneo y me abrasaba. Los gongs empezaron a sonar: *dong, dong, dong...*, y el viento otoñal del octavo mes se puso a soplar. Alcé la mirada y vi el cielo azul, purísimo, y me apenó. Ese cielo azul y las nubes blancas que pasaban me hicieron recordar a las aguas puras del río que pasa por el burgo de Masang en el cantón de Dongbei. Esas nubes se reflejaban siempre en sus aguas. Yo recogía esa agua y la ponía en los cubos para vendérsela a los clientes que venían de los cuatro puntos cardinales. Me puse a pensar en mi mujer, Xiao Taohong, y en mis dos retoños. Odiaré a los alemanes durante diez mil años. La construcción de las vías férreas dañó irreparablemente el *fengshui* de la zona y destruyó nuestro cantón de Dongbei en Gaomi. De mi voz salió el canto triste, el canto de la ópera de Maoqiang que tenía reservado para agradecer a mi país lo que había hecho por mí.

«Gritos, empujones, la multitud ruge como el viento ~~ yo vestía una chamarra con dragones bordados y un birrete con flores de oro ~~ puedo contonearme con el cinturón de la piedra de jade alrededor de mi cintura ~~ y habrá que ver si esas bandas de cerditos y perritos se atreven a dar una patada al padre Sun».

Una vez acabado el canto, el pueblo, que llenaba los dos lados de la calle, bramaba y me aclamaba. Xiao Shanzi, mi buen discípulo, acompañaba mi canto con maullidos: *~~ miau, miau, miau ~~*; y daba a mi cantilena un encanto especial.

«Miré el cielo, el viento de oro sobre los llanos, y vi los bosques con árboles exuberantes... Soy la reencarnación de un héroe, levanto el estandarte de la Justicia para que se aplique el dao del Cielo..., y proteger los ríos y las montañas de China y para que los diablos alemanes no construyan sus vías de ferrocarril... Acabo de comer los hígados de dragón y los cerebros del fénix [286](#), y he bebido el agua de jade y el licor perfumado...».

Miau, miau, miau...

—Mi valioso discípulo, gracias por tus maullidos —le dije.

Vi a la gente de mi tierra con los ojos desbordantes de lágrimas. Los niños empezaron a imitar los maullidos de Xiao Shanzi, luego fueron los adultos. La multitud se había puesto a hacer maullidos. Todos los gatos del mundo se habían juntado ahí para hacer maullidos.

Vi cómo, entre tantos maullidos, Yuan Shikai y Carl Rosendahl palidecían, como si el enemigo estuviese al acecho.

Ese era el canto que Sun Bing ansiaba interpretar toda su vida: estaba cantando su propia muerte.

*«Bueno, bueno, bueno, no hay nada de lo que debáis preocuparos, paisanos míos
~~ locos, locos, locos, y traidores, miradlo bien ~~ miradlos, miradlos, miradlos,
mirad los jóvenes que levantan los palos de la rebelión ~~ id, id, id, y destruid esas
vías de ferrocarril ~~ morid, morid, morid, y morid bien ~~ prendedlo, prendedlo,
prendedlo, y prendedlo bien ~~ finalizadlo, finalizadlo, finalizadlo, si todavía no está
finalizado ~~ anheladla, anheladla, anheladla, anhelad la justicia».*

Miau, miau, miau, miau...

Miao..., miao..., miao...

Capítulo decimoséptimo

Xiaojia libera su canto

Cañonazos vestidos de rojo retumbaban en el espacio, los truenos rugían en el cielo, soplaban con fuerza el viento ~~ miau, miau, miau ~~ con mi padre voy a ejecutar el suplicio del aroma de sándalo, y mi corazón se abre como una flor roja, roja, púrpura, llena, llena, amarilla, pura, pura, blanca, viva, viva, azul, alerta, alerta ~~ tener un padre está realmente bien ~~ tener un padre está realmente bien, miau, miau ~~ mi padre dice que los asesinos de hombres son mejores que los asesinos de cerdos, y por eso me alegré tanto que salté tres chi de alto ~~ ¡uauuu!, ¡oooooh! ~~ hoy me hinché muy temprano de comida: de la cacerola grande pesqué varios youtiao (churros fritos) y de la pequeña, carne de buey ~~ los youtiao sabían a sangre, como si se hubieran mezclado con ratas muertas ~~ miau, miau, miau ~~ la carne de buey también sabía a sangre, como si también se hubiera mezclado con ratas muertas ~~ ¡uauuu!, ¡oooooh! ~~ las estacas de sándalo se pusieron ya hace tiempo a hervir en la gran cacerola, ya los habíamos probado con el cerdo, mi padre me enseñó de su propia mano y mi técnica alcanzó lo más alto, lo único que faltaba era esperar a Sun Bing para empalarlo con la estaca, sí, empalarlo con la estaca, empalarlo... ~~ miau, miau, miau ~~ a lo lejos viene el cortejo con el condenado a muerte, se acerca, hay gritos, clamores, y suenan los cañonazos, y mis ojos cambian de color. El pelo de los bigotes del tigre ha tenido su efecto. La escena que contemplan mis ojos ha cambiado totalmente. Ya no hay personas, solo cerdos, perros, caballos, bueyes, lobos, insectos, tigres, leopardos, y una gran tortuga que llevaba en un palanquín a costas ocho hombres. La tortuga [287](#) era Yuan Shikai, ese loco de pelos revueltos. Por mucho que mande entre los funcionarios, ese tipo no vale más que mi padre, ni de lejos... miau,

miau, miau ~~ miao ~~.

La canción de cuna [288](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

Lo vi con mis propios ojos. Era una luz roja... ¿Dónde cayó el cañonazo? Ay, ay... No era una explosión, era el sol. El camastro, hecho de hierba seca, estaba lleno de insectos, lo cuales, con sus mordisquillos, me hacían cosquillas en todo el cuerpo. Esos diablos fritos, los *youtiao*, me dejaron satisfecho toda la noche. Me sentía hinchado y no paré de tirarme pedos. Vi a mi padre y ya no era una pantera negra, era mi padre, jugando con el rosario de bolas de madera de sándalo en la mano, y estaba sentado sobre el asiento del dragón, el de madera de sándalo, que le dio el emperador. Había verdaderamente algo de maravilloso y extraordinario en él y en sus gestos. Yo siempre quise sentarme sobre ese asiento imperial; pero él nunca quiso ya que pensaba que no todo el mundo podía hacerlo. Si uno no tenía un culo imperial, uno sufriría hemorroides. Pero eso era mentir a la gente. Mi padre tenía un culo imperial, ¿por qué no lo iba a tener su hijo? Si el padre tiene un culo imperial y el hijo no lo tiene, eso quiere decir que el padre no es en realidad el padre..., y el hijo tampoco es el hijo. Yo había oído a alguien decir que de los dragones salían dragones, del fénix, un fénix, y los ratones se dedicaban a cavar agujeros debajo de la tierra. Mi padre, mi *die*, estaba sentado sobre el asiento y tenía la mitad de la cara roja y la otra mitad blanca. Tenía los ojos abiertos sin tenerlos en realidad y movía los labios como si estuviese soñando algo bueno.

—Padre, ah, mi padre —dije—, aprovechemos este momento, antes de que vengan, y déjeme sentarme sobre la silla del dragón. Me muero de ganas.

Mi padre, con la cara más seria que un palo, me respondió:

—No, ahora no puede ser.

—¿Y cuándo podrá ser?

—Cuando hayas acabado con la tarea que te he encomendado.

La cara de mi *die* seguía igual de seria. Yo sabía que ponía esa cara a propósito y que, en el fondo, me quería de todo corazón. Le gustaba cómo era, y le gustaba muchísimo. Yo era un hijo bueno y muy apañado, ¿cómo no iba a quererme? Me pegué a la espalda de mi *die*, le abracé por el cuello, y rozándole la nuca con mi barbilla, le pedí, ya que no me dejaba sentarme en el asiento imperial y no habían venido todavía a buscarnos, que me contase alguna historia de su vida en Pekín. Mi *die*, ofendido, me dijo:

—Pero ya te las cuento cada día, ¿de dónde voy a sacar más historias?

Yo sabía que la cara de palo de mi padre era falsa. A mi padre, lo que más le gustaba era contarme historias de su vida en Pekín. Le dije a mi *die* que me contase algo, y si la historia no era nueva, pues que fuese vieja. Mi padre me dijo:

—¿Qué sentido tiene contar una historia que ya conoces? No conoces eso de que algo bueno, dicho tres veces, no lo oyen ni los perros.

Y yo le repliqué:

—Lo que los perros no oyen, yo lo escucho.

—Tú, mequetrefe, está claro que no tienes arreglo. —Mi padre miró el sol y añadió —: Aún nos queda algo de tiempo. Te voy a contar la historia del gato Guo.

II

Las historias que me contó mi *die*, yo todavía no las he olvidado. Me contó ciento cuarenta y una historias en total, y ninguna de ellas se ha borrado de mi cabeza. En mi cabeza hay muchos cajones, muy parecidos a esos cajoncitos en los que guardan las hierbas en las farmacias. En cada uno de mis cajones hay guardada una historia, pero todavía hay muchos cajones que están vacíos. Consulté todos mis cajones y vi que la historia del gato Guo no estaba. Contento, estaba verdaderamente contento. Esa era una historia nueva. La historia número ciento cuarenta y dos iba a entrar. Abrí el cajón..., y mi padre empezó a contarme:

—Durante los años de la era del emperador Xianfeng, en el barrio de Tianqiao, el Puente del Cielo, en el sur de Pekín, un padre y un hijo decidieron instalarse. Uno se llamaba Guo el Gato y el hijo, Guo el Pequeño Gato. Los dos tenían un don: eran capaces de imitar cualquier sonido. ¿Sabes lo que quiere decir esto? Pues que eran capaces de copiar cualquier voz o cualquier sonido de este mundo con su voz.

—¿Y podían maullar?

—Cuando los adultos hablan, los niños no les interrumpen. Los dos, el padre y el hijo, vendían su arte en el barrio de Tianqiao [289](#) y en poco tiempo se hicieron un nombre. Tu padre, en esa época, era todavía el sobrino de la abuela Yu, y a sus oídos le vinieron ecos de ese padre y ese hijo. Así que, sin que la abuela Yu se enterase, me fui corriendo a Tianqiao para ver el bullicio que siempre se formaba en ese lugar. Pero al llegar ahí solo vi un gran terreno vacío rodeado de un grupo de gente que se formaba en círculo. Tu padre, en esa época, era más bien bajito, delgado y debilucho,

y por eso se metió entre las piernas de la gente. Vi entonces a un niño que se había subido a un taburete y se protegía detrás de un sombrero. De detrás de una cortina de color azul que cubría una especie de tienda se oyó el *quiquiriquí* de un gallo. Otros gallos, de cerca, de lejos, se pusieron a acompañar ese canto con sus respectivos *quiquiriquís*. Entre ellos, los que todavía no tenían todo el plumaje, los gallos del año, que se esforzaban por hacerse oír. *Quiquiriquí, quiquiriquí...* Luego oímos al gallo aletear, moverse de un lado a otro. Una mujer mayor, una *laopo*, urgía al padre y al hijo a que se levantasen. Los viejos tosían, escupían sus gargajos, hacían fuego para encender sus pipas, y golpeaban las cazuelas que había junto al *kang*. El hijo parecía musitar algo, y la vieja le azuzaba, mientras tanto, y le apremiaba a que se levantase. La vieja volvió a gritarle, y el niño se levantó gruñendo y bostezó. Se oyó el ruido de una puerta que se abría, luego el sonido de un niño meando contra el muro, luego el ruido de un chorro de agua y alguien lavándose la cara. La vieja encendió el fuego para calentar el agua. Al menos así lo oímos todos. Luego el viento para avivar el fuego. Después oímos al padre y al hijo atrapando un cerdo en la pocilga. Se oyeron los gruñidos de los cerdos, *oenc, oenc*, que saltaban y se pegaban los unos con los otros; unos cerdos que parecían no estar muy contentos, dicho sea de paso. El cerdo se metió en el gallinero; y las gallinas, asustadas, *co, co, co*, se daban de bruces contra las paredes. Se oyó al cerdo, cuyas patas arrastraba el hijo; se oía al padre que había venido a ayudarlo para sacar al cerdo del gallinero. La cabeza del cerdo no paraba de gritar en el gallinero, las patas del cerdo hacían ruido. El padre y el hijo tumbaron sobre una mesa al cerdo para sacrificarlo, y el cerdo, para liberarse, como así se oía, emitía todo tipo de gruñidos. El hijo cogió un palo y le arreó al cerdo en la cabeza. Así lo oímos todos. Luego... el ruido de las patas del cerdo dando patadas, el ruido del cuchillo que el hijo está limando con una piedra molar, el ruido del padre que acerca una vasija para recoger la sangre, el ruido del cuchillo del hijo clavándose en el cuello del cerdo, el ruido del cerdo cuando se le clava el cuchillo, el ruido de la sangre del cerdo que sale disparada del cuello y cae en la vasija, el ruido de la vieja que trae agua caliente, y luego el ruido de los tres despellejando al cerdo. Después de desollarlo, el ruido al sacarle las vísceras, el ruido del perro que se lleva en la boca los intestinos del cerdo, el ruido de la vieja insultando al perro, el ruido del cerdo al ser colgado de un gancho por el padre y el hijo, el ruido de los clientes al venir a comprar la carne del cerdo, y entre la gente que venía a comprar la carne del cerdo, una vieja, un viejo, una mujer y unos niños. Luego el ruido del padre y el hijo contando el dinero de la venta de la carne de cerdo. Tras contarlos, el ruido de los tres miembros de la familia comiendo juntos las gachas... Y, de repente, se abrieron las cortinas azules de la tienda y todos vimos que solo había un viejo sentado. Todo el mundo se puso a aplaudir. El niño mostró el sombrero e hizo la ronda para que le diesen el dinero. Las monedas caían como gotas de lluvia en el sombrero. Incluso algunas cayeron en el

suelo... Esta historia, tu padre la ha visto con sus propios ojos y no es ninguna mentira, y como dice el dicho, cada oficio tiene su *zhuangyuan*, es decir, a su número uno.

III

Después de contar la historia, mi *die* cerró los ojos y continuó descansando. No tenía ganas de seguir hablando más. Yo quedé prendado con esa historia. Era, otra vez, una historia de padres e hijos, y me da la impresión de que siempre me está contando nuestra historia. Mi *die* era Guo el Gato y yo..., yo era el niño que iba pasando el sombrero en esa plaza abierta. Miau, miau... Miao...

Mi padre ha realizado muchas veces, en la capital, el espectáculo de las ejecuciones públicas, ha atraído a miles de espectadores, y todos ellos se quedaban prendados con sus acciones. Yo me veía ahí, viendo a toda esa gente con lágrimas en los ojos. Si hubiera estado al lado de mi padre, con el sombrero en la mano, una piel de gato sobre mi cabeza, y recibiendo mucho, pero que mucho dinero... ¡Eso hubiera sido la hostia! O mejor dicho, por un lado recogiendo el dinero y por otro aprendiendo a maullar... Miau, miau... ¡Eso hubiera sido la rehostia! ¡Cuánto dinero hubiéramos recogido!... *Die*, dígame la verdad, ¿por qué no me reconociste como tu hijo mucho antes? Hubieras podido llevarme a Pekín... Si hubiera crecido a tu lado, ahora sería el *zhuangyuan* de los verdugos...

Cuando mi padre regresó de su estancia en la capital, hubo gente que me decía sin alzar la voz: Xiaojia, tu padre no es humano... ¿Es o no es un ser humano? ¿No es un diablo reencarnado en el cuerpo de otra persona? ¿No lo es? Estaba seguro, no lo era. Y cuando murió tu madre, ¿tenías padre, Xiaojia? Tu padre te vino como caído del Cielo. Si no es el fantasma de un diablo, dime, ¿qué es?

¡Me cago en vuestras madres! Miau, miau, cogía el sable y les cortaba la cabeza a

todos esos cabrones. No he tenido padre durante más de veinte años, y no fue fácil lo de no tener padre. Vosotros os atrevéis a decirme que mi padre no es mi padre, o que mi padre no es un ser humano, o que es el fantasma de un diablo... Vosotros sois en realidad unos ratones que buscáis los tres pies al gato. Yo os cortaba la cabeza a todos. Miau, miau. ¡Os haría pedazos con el espadón! Mi padre me decía que en el manual de las penas a eso se le llama «el gran corte». Pues bien, voy a cortaros por la mitad [290](#) si seguís diciéndome que mi padre no es mi padre, sí, os voy a cortar en dos, a vosotros, perros hijos de puta. Esa gente me cabreaba, y se habrían cagado encima nada más verme. Miau, miau... Miao... Tened un poco de cuidado, ratas de cola larga, no provocáis a mi padre porque tiene mala leche, y su hijo también la tiene. Miau, miau. Y si hay alguien que no me cree, que venga a verme. Mi *die* es el verdugo que se sienta en la silla del dragón, y fueron Sus Majestades los emperadores quienes se la dieron. Matar a un ser humano es como matar a un perro. Para mi padre, que maneja el espadón o el hacha con la misma destreza, decapitar a un hombre es como sacrificar a un cerdo o un perro.

Le supliqué a mi padre que me contase otra historia.

—Deja de hacer el ganso —me respondió—, todo debe estar bien preparado para mañana, y que no se nos haga tarde, si no tendremos que hacerlo todo con precipitación y de cualquier manera.

Yo sabía que hoy era el gran día, y el gran día quería decir que mi padre iba a darse un baño de gloria, es decir, que ese era también su gran día. Más tarde tendrá la ocasión de contarme más historias. Las cosas buenas no se pueden comer de una sola vez. Después de ejecutar el suplicio de la estaca de sándalo, mi *die* estará contento y feliz. ¿Para qué preocuparse de todas esas historias que tiene en el vientre y que todavía no he escuchado? Me puse de pie y me fui a cagar detrás de la tienda y de paso me hice una idea del paisaje. La palestra del cielo, en donde se iba a representar la gran obra, estaba delante de mí. Encima revoloteaba una banda de palomas y se oía el *flap, flap* de su aleteo. En el campo de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos se veían las estacas de madera, que eran los soldados de la guardia, todos ellos estacas de madera. También había, a un lado, esos cañones de acero tumbados sobre el suelo. Había gente que decía que eran cañones-tortuga; yo decía que eran cañones-perro. Cañones-perro, cañones-gato, unos se deslizan, otros ladran, sobre las tortugas crece la hierba, sobre los perros crecen los pelos, miau, miau...

Volví a la parte delantera de la tienda sin nada que hacer y pensando qué podía hacer. Como de costumbre, yo ya había matado varios perros y varios cerdos. Y la carne, una vez colgada de los ganchos, desprendía su olor junto a los pajaritos que volaban hacia el cielo. Los compradores de carne venían, atraídos por ese olor, hacia mi puesto. Cortaba la carne encima de una mesa larga, agarraba con las manos la grasa caliente y les daba un tajo. Quieres tanto, pues toma tanto, y los clientes me lo

agradecían con el dedo pulgar: Xiaojia, eres verdaderamente bueno... Yo sabía que era bueno, y no hacía falta que me lo dijeran. Pero durante el gran día, yo iba a estar con mi padre y por primera vez iba a hacer algo verdaderamente grande. Algo mucho más importante que matar cerdos. ¿Y qué podía hacer con mis clientes? No podía hacer nada, ese día mis clientes iban a hacer régimen.

Y si mi padre no me contaba historias, yo me aburría como una ostra. Me puse delante de la enorme cazuela que habían colocado ahí en medio y vi que el fuego ya se había extinguido. El aceite estaba diluido y frío, y brillaba tanto que mareaba. Ya no era aceite, era un gran espejo, un espejo de bronce. La superficie brillaba más que la cara de mi mujer y podía reflejar todos los pelos de mi cara. En el suelo había sangre que se había mezclado con la arena y había formado un barro negro. Era la sangre de Song el Tercero. La sangre de Song el Tercero no solo estaba en el suelo, sino que había salpicado incluso dentro de la gran cazuela. ¿No era por eso que la superficie de aceite brillaba tanto? Cuando el suplicio de la estaca de sándalo haya terminado, me llevaré a casa esta cazuela y se la regalaré a mi *laopo* para que se mire en ella; pero si no se comporta bien con mi padre, no se la regalaré. Ayer noche, me fui a dormir algo perturbado. Oí un ¡pumba!, y era la cabeza de Song el Tercero que caía en el interior de la cazuela de aceite. Antes de que diese tiempo a recogerla, la cabeza ya estaba frita. Miau, miau. ¿Quién es ese fusilero tan bueno? Mi *die* no lo sabe, ni siquiera sabía de dónde venía el disparo; solo yo lo sabía. Alguien capaz de disparar así, en la subprefectura de Gaomi, solo hay dos. Uno es el cazador de conejos Niu Qing, y el otro es el subprefecto y magistrado de Gaomi, Qian Ding. Niu Qing solo tiene un ojo, el izquierdo. El derecho le saltó por los aires con un fusil de fabricación artesanal cuando se había ido de caza. Desde que perdió el ojo, ha afinado la puntería. Donde pone el ojo (izquierdo) pone la bala, y cuando apunta a un conejo, este va directo a ver al rey Yan. Niu Qing era un buen amigo mío, un gran amigo. Pero había todavía otro tirador excelente y era Qian Ding. Cuando me fui a los bosques al norte de Gaomi para recoger algunas hierbas medicinales y curar a mi mujer, vi a Qian Ding acompañado de Chunsheng y Liu Pu; y los tres estaban cazando. Chunsheng y Liu Pu iban montados en sus mulas y dispararon a una liebre. El subprefecto, nada más verlo, sacó la pistola de la cintura, apuntó y, ¡*pim, pam, pum!*, la liebre cayó muerta al instante.

Yo estaba tumbado boca abajo y no me atrevía a moverme. Oí que Chunsheng se deshizo en elogios y Liu Pu, sobre su mulo, ni se inmutó y vete a saber en lo que estaría pensando. Mi *laopo* me contó que ese Liu Pu era el hijo adoptivo de Qian Ding. Liu Pu era de hecho el hijo de un personaje importante, de un letrado con muchos estudios y muy habilidoso. Yo no me lo creía. Si así era, ¿Qué hacía sirviendo a alguien como un doméstico? Si era tan habilidoso, habría hecho como mi padre, es decir, habría cogido el sable y se habría dedicado a cortar cabezas a diestro y siniestro.

¡Zas, zas, zas, zas, zas, zas!... ¡Seis cabezas cortadas y rodando por el suelo!

Para mis adentros, pensaba: no fue el subprefecto quien disparó, fue una casualidad lo del disparo, como lo de ese gato ciego que encontraba por casualidad un ratón muerto. Si disparase otra vez, seguro que no le daría. El subprefecto parecía conocer mis pensamientos y levantó la pistola y disparó a un pajarito que volaba en el cielo. ¡Pum! El pájaro muerto y la piedra negra, las dos cosas cayeron al lado de mis manos. Madre mía, el tirador estaba embrujado. Miau, miau. Los perros cazadores del subprefecto salieron corriendo hacia la presa. Yo cogí el pajarito y me quemaba en las manos. Los perros se pusieron delante de mí y empezaron a ladrar. Perros, yo no os tengo miedo; sois vosotros los que debéis tener miedo de mí. Para los perros de Gaomi, yo era un loco. Los perros me tenían miedo. Me explico. Esos perros sabían que mi verdadera naturaleza, como la de mi padre, era la de una pantera negra. En realidad, los perros de Gaomi eran muy violentos y estaban todos locos. Esos perros del subprefecto se creían, además, superiores a los otros perros, y por eso se las daban de chulos conmigo, aunque sabía que para sus adentros me tenían mucho miedo. En Gaomi, yo era el rey Yan de los perros. Tras oír los ladridos, Chunsheng y Liu Pu vinieron con sus mulos a donde estábamos. Liu Pu, a ti no te conozco mucho, y Liu Pu, dicho sea de paso, tampoco me conocía demasiado. Pero Chunsheng era un buen amigo mío, ya que había venido a comer y beber a mi casa, y yo le trataba como a un rey. Me preguntó que qué hacía yo, Xiaojia, ahí. Pues recogiendo plantas medicinales... Mi *laopo* ha enfermado y me ha pedido que le vaya a buscar unas hojas verdes y tallos rojos [291](#)... ¿Conoces esta planta? Si la conoces, por favor, dímelo... Lo de mi mujer va en serio. El subprefecto se acercó a mi lado y me miró de arriba abajo con ojos de tigre. Me preguntó cuál era mi nombre y de dónde venía. Yo no respondí a esas palabras, que ni siquiera comprendí. De pequeño, mi madre me enseñó a hacerme el mudo cuando un funcionario me hiciese preguntas. Oí que Chunsheng le decía al oído al subprefecto que yo era el marido de Xi Shi, la de la carne de perro, y que era medio tonto..., y pensé: Chunsheng, hijo de la gran puta, ¿cómo te atreves a decir eso de un amigo tuyo? ¿Es eso lo que piensas de tu buen amigo? Los amigos siguen siendo amigos aunque sean medio idiotas. Miau, miau, tú, hijo de la gran puta, ¿dijiste que soy medio tonto? Si yo soy medio tonto, tú eres un tonto entero.

Niu Qing se servía de un fusil de esos que fabricaban en el terruño y tiraba balas de plomo, mientras que el subprefecto se servía de un fusil de fabricación extranjera que tira una sola bala por tiro. En la cabeza de Song el Tercero solo había un agujero. Si no era el subprefecto, ¿quién coño podía ser? Pero ¿por qué iba Qian Ding a querer matar a Song el Tercero? Ah, ahora lo comprendo. Song el Tercero le robó al subprefecto el dinero. Pero el dinero del subprefecto, ¿puede ser robado? Si le robas el dinero al subprefecto, ¿mereces que te maten así? Sí, se lo merecía. Cuando trabajabas

en el *yamen* ni siquiera te parabas para saludarme. Además me debías cinco doblones y nunca me los pagaste. Yo no me atrevía a pagártelos. Pues bien, ahora ya no podrás devolvérmelos y, encima, has perdido la vida. ¿Qué es más importante, la vida o el dinero? La vida, por supuesto, y tú te presentarás ante el rey Yan, el rey de los infiernos, con una deuda contraída con tu abuelo.

IV

Ayer por la noche se oyó un disparo y los soldados salieron de sus avisperos como azuzados por el fuego y sacaron con sus siete pelos y sus ocho pies el cuerpo medio descompuesto de Song el Tercero de la gran cazuela de aceite en la que yacía. Su cabeza estaba perfumada. La sangre y el aceite se habían mezclado creando un líquido que goteaba, y se parecía a una de esas manzanas de caramelo. Miau, miau. Pero cuando los soldados la pusieron sobre el suelo, Song el Tercero no estaba todavía muerto. Las dos piernas aún se movían, y se movían como las patas de una gallina que no se ha rematado todavía. Los soldados abrieron los ojos como platos. Nadie se creía lo que estaban viendo, y tampoco sabían qué hacer. No sabían si eso era algo bueno o malo, y a mi padre y a mí nos llevaron al interior de la tienda, y luego el jefe de los soldados le tiró a Song el Tercero un disparo en el agujero de la cabeza. Era la primera vez en mi vida que alguien tiraba tan cerca de mi oreja con un fusil extranjero. Había oído decir que los fusiles que fabricaban los alemanes alcanzaban dianas a más de tres *li* de distancia y que podían atravesar los muros. Los soldados, siguiendo el ejemplo de su jefe, tiraron al cuerpo de Song el Tercero. Después de la carga de disparos, los cañones sacaban humo y se olía la pólvora. Tenían el mismo olor que los petardos que lanzas la víspera del Año Nuevo. El jefe de los soldados gritó:

—¡A por él!

Miau, miau, y todos los oficiales, pío, pío, pío, se pusieron a perseguirlo. Yo quise seguirles para ver lo que pasaba, pero mi padre me cogió del brazo y me lo impidió. Pensé para mis adentros: esa banda de idiotas, ¿adónde se creen que van? Seguro que

el subprefecto ya estaba de regreso montado en su caballo, y los soldados del *yamen* corriendo como locos tras los pasos del cadáver de Song el Tercero. El caballo del subprefecto era la liebre roja [292](#), todo su cuerpo estaba cubierto de pelo rojo, puro, sin mezclas bastardas con otros pelos. Cuando se pone a correr es como una bola de fuego, más rápido va, más se inflama. ¡Hiiii, hiiii, hiiii! El caballo del subprefecto es como el caballo de Guan Yun, que es capaz de recorrer mil *li* sin comer ni beber. Y si tiene hambre, le da un bocado a la tierra; y si tiene sed, le da un bocado al viento. Eso era al menos lo que me contaba mi padre. Mi *die* también me dijo que esos caballos que llaman las liebres rojas deberían llamarse «los comedores de tierra» o «los comedores de viento». Esos caballos son lo mejor que hay en caballos. ¿Era tan bueno? ¿De veras que era un tesoro de caballo? ¿Cuándo podré hacerme con ese tesoro? Cuando lo necesite, dejaré a mi *die* que se monte en él; pero mi *die* odia montar a caballo. Será mejor que lo monte yo, aunque lo mejor sería que fuese mi padre... Yo respeto siempre la piedad filial... En realidad, yo soy el hijo que más respeta la piedad filial en Gaomi, en la prefectura de Laizhou [293](#), en la provincia de Shandong, de todo el imperio Qing, miau, miau.

Tras la persecución de Song el Tercero, que duró un buen rato, los soldados regresaron en grupos de tres y dos. El jefe de los soldados le dijo a mi padre:

—Abuela Zhao, le ruego que no salga de la tienda; es una orden de Su Excelencia Yuan Shikai.

Mi *die* no le había respondido todavía y se contentó con una sonrisa desdeñosa. Varias decenas de soldados rodearon la tienda, miau, miau, como a un tesoro que hay que proteger. El jefe de los soldados apagó todas las velas de la tienda y nos puso a mi padre y a mí en un lugar que la luz de la luna no podía iluminar. También le preguntó si las estacas de madera de sándalo de la gran cazuela estaban ya listas. Mi *die* le dijo que sí. El jefe de los soldados las sacó del fuego y las limpió con agua para quitarles todas las briznas. Se podían oler las cenizas y el sándalo, y era un olor agradable y estimulante. Pude escuchar en medio de la oscuridad lo que se decía a sí mismo o pretendía decírmelo a mí:

—Es la voluntad del Cielo, sí, la voluntad del Cielo..., a él el sacrificio de las estacas de sándalo.

—Padre, ¿qué me dice?

—Hijo, duerme, que mañana tenemos la gran faena.

—Padre, ¿quiere un masaje en la espalda?

—No lo necesito.

—¿Quiere que se la rasque?

—¡Duérmete! —me gritó algo nervioso.

Miau, miau.

—Duerme, anda...

V

Después de las primeras luces del día, los soldados del *yamen* fueron reemplazados por los soldados alemanes. Fue el cambio de guardia en la tienda donde estábamos alojados mi *die* y yo. Los soldados alemanes encararon el terreno de entrenamiento y ahí se colocaron con la cara mirando hacia fuera y el culo hacia el interior. Detrás vinieron más soldados que se dispusieron en el mismo terreno, pero al revés: mirando hacia el interior y el culo hacia fuera. Además, vinieron seis soldados alemanes y seis soldados chinos más. Cuatro de entre ellos se colocaron frente a la tienda, cuatro frente a la palestra del cielo, y los otros cuatro junto al escenario donde iba a ejecutarse la obra. De los cuatro que se habían puesto junto a la tienda, dos eran extranjeros y dos del ejército de Yuan Shikai. Sus caras miraban hacia fuera y sus espaldas hacia el interior. Los cuatro parecían que iban a participar en una competición. Los cuatro estaban rectos como estacas clavadas en el suelo. Miao, miao, verdaderamente tiesos y derechos.

Las manos de mi *die*, que manoseaba el rosario de Buda, se detuvieron: era un viejo monje que entraba en meditación. *Amitufofo, Amitufofo* [294](#)..., eso era lo que me decía mi mujer. Mis ojos y mis punzones se pegaron en las manos de mi *die*. Miao, miao. Podrían no ser unas manos normales, sino las manos de la gran dinastía Qing, las manos del país, las manos de la emperatriz viuda Cixi y las manos del emperador. Cuando todos ellos quieren matar a alguien, se sirven de las manos de mi padre. La emperatriz le decía a mi padre: «Ve a matar por nosotros», y mi padre le respondía: «¡A sus órdenes!». El emperador decía: «Ve a matar por nosotros», y mi padre le

respondía: «¡A sus órdenes!». Las manos de mi *die* eran verdaderamente buenas, y cuando no se mueven, son como dos pajaritos; y cuando se mueven, son como dos plumas. Miau, miau. Me acordé de que mi mujer me había dicho que las manos de mi padre eran grotescas. Pero con solo ver esas manos, uno se daba cuenta de que mi *die* no era un tipo ordinario; y si no era un diablo, era un inmortal. Incluso si os diera una paliza, no os atreveríais a decir que son las manos de alguien que ha ejecutado a miles de personas. Diríais más bien que son las manos de una matrona. Por estas tierras, se llama a la matrona «la abuela de la buena fortuna». La abuela de la buena fortuna, la abuela de la buena fortuna... Oh, oh... Lo comprendí de golpe. ¿Por qué me decía mi *die* que en la capital todo el mundo le llamaba «abuela»? Él era una matrona, pero las matronas son siempre mujeres..., y mi *die* es un hombre... ¿Es mi padre un hombre? Sí, es un hombre. Cuando le secaba después del baño, veía su pajarito, que era como un rabanillo peludo y violáceo, un rabanillo congelado. ¡Chsss!... ¿De qué os reís? Chsss... Un rabanillo peludo... ¡Sois unos tontos! Miau, miau. ¿Pueden parir los hombres? Un hombre que hiciese de matrona, ¿podía ver el culo de las mujeres? Y a los hombres que ven el culo de las mujeres, ¿no les matan a palos? Más lo pienso, menos lo comprendo. Mejor lo dejo estar. ¿Adónde me va a llevar pensar así?

Mi *die* abrió de repente los ojos y barrió con la mirada los cuatro puntos cardinales. Luego se colgó en el cuello el rosario de Buda y se fue hasta la gran cazuela llena de aceite. Vi la sombra de mi padre y la mía reflejadas en la superficie de aceite, que era más brillante y luminosa que la superficie de un espejo. Se reflejaba cada uno de los pelos de nuestras caras. Mi *die* cogió una de las estacas de madera de sándalo y la superficie se deshizo. Mi cara cambió y se alargó como la cara de una cabra. Me asusté. Quizá mi verdadera naturaleza era la de una cabra de montaña. De mi cabeza salían dos cuernos. Miau, miau. Sabía que mi verdadera naturaleza me iba a decepcionar. La verdadera naturaleza de mi padre era la de una pantera negra; la del subprefecto, un tigre blanco; la de mi mujer, una gran serpiente; y yo, una cabra de montaña con su larga barbilla... Pero yo no quiero ser una cabra de montaña. Mi *die* llevó la estaca de sándalo a la luz para inspeccionarla. Mi padre parecía un maestro herrero que acababa de forjar una espada de doble filo. El aceite de la estaca de madera de sándalo brillaba como el aceite que estaba en la gran cazuela, que era un aceite denso y fibroso. Mi padre cogió una seda blanca y limpió la estaca hasta dejarla sin aceite; luego dejó el trozo de tela de seda blanca sobre la tapadera de la cazuela. Agarrando la estaca con una mano por una punta y con la otra mano por la otra, la dobló ligeramente; pero cuando la soltó, la estaca volvió a la misma forma. Cogió la otra estaca de madera de sándalo y repitió el mismo gesto: le secó el aceite, la limpió bien, la dobló ligeramente y luego la soltó. La cara de mi *die* se llenó de satisfacción y se dibujó en ella una expresión de felicidad. La felicidad de mi *die* me alegró muchísimo. Miau, miau. El suplicio de la estaca de sándalo es verdaderamente bueno

ya que hace feliz a mi padre. Miaou, miaou.

Mi *die* metió las dos estacas de madera de sándalo dentro de la tienda y las puso sobre la mesa larga. Se arrodilló luego sobre la alfombrilla y se puso a rezar con reverencia. Parecía estar rezando a alguna divinidad que estaba detrás de la mesa y yo no podía ver. Al acabar de rezar, mi *die* se levantó y se sentó en la silla. Con la mano en la frente, como visera, se puso a ver la altura del sol, el cual ya estaba en todo lo alto. A esa hora yo ya había vendido toda la carne de cerdo y me tocaba matar un perro. Después de mirar el sol, mi *die*, sin mirarme a los ojos, me gritó:

—Mi buen hijo, ¡mata al gallo!

Miaou, miaou... Miao...

VI

Después de la orden de mi padre, ¡mi corazón se abrió como una flor! Miau, miau, miau. ¡*Qindie, qindie, qindie!* La espera que desespera a la gente llega a su fin; el momento de la animación ha llegado. Cogí uno de los cuchillos bien afilados que estaba en la cesta —uno que brillaba con especial fuerza—, y se lo mostré a mi padre. Él asintió con la cabeza y yo me dirigí hacia donde estaba el gallo. El gallo, al verme, se puso a cacarear de forma intermitente y nerviosa, moviendo las alas, y levantando la cola para soltar sus mierdas blancas. A esas horas, por lo general, el gallo está encima del muro lanzando sus *quiquiriquís*, pero ese día lo tenía yo atado a un palo con una cuerda. Me puse el cuchillo en la boca, agarré al gallo por las alas y sujeté sus patas entre mis piernas. Mi padre ya me lo había dicho: no se mataba al gallo capón para beber su sangre, sino para utilizar su sangre. Cogí un cuenco bastante grande de color negro y lo puse debajo de su cuello, esperando a que la sangre cayese. El gallo se retorció y su cabeza luchaba contra mis manos. Le apreté el cuello; y tú, gallo, no te portabas bien. Pues vas a morir. Un cerdo muestra más entusiasmo que tú, y un perro se muestra más fiero. A mí no me das miedo en absoluto. ¿Acaso iba a tener miedo de un pajarito como tú? ¡Me cago en tu abuela! Le desplumé el cuello y le hice un tajo con el cuchillo; pero su cuello no expelía sangre y me puse un poco nervioso. Mi padre me dijo: si el gallo no saca sangre el día de la ejecución, las cosas no irán bien. Yo, atosigado, volví a darle un tajo, y este fue el bueno. La sangre púrpura empezó a brotar del pescuezo del gallo: *glu, glu, glu...*, como la orina de un niño que ha pasado toda la noche sin mear y por la mañana suelta su agüilla: *piss, pisss...* Miau, miau. Las

plumas blancas del gallo se mancharon de sangre, y esta se vertía en el cuenco negro hasta que se desbordó. Está bien, *die*, ya está hecho. Tiré el gallo blanco al suelo y dije: ya está muerto.

Mi *die* me hizo una señal con la mano; en su cara se había dibujado una sonrisa ancha y generosa. Hizo que me arrodillase y metió los dedos en la sangre del gallo. Los dejó ahí un rato, para que absorbiesen la sangre. Parecía como si las manos de mi *die* tuviesen una boca, porque chupaban la sangre. Mi padre me dijo sonriendo:

—Mi buen hijo, cierra los ojos.

Si mi *die* me pide que cierre los ojos, yo cierro los ojos. Yo soy un buen hijo que escucha siempre lo que dice su padre. Arrodillado como estaba yo, le cogí las rodillas a mi padre y apoyé mi frente contra ellas, y de mi boca se escapó: miau, miau..., *die, die, die, die...*

Mi *die*, con mi cabeza entre sus rodillas, me dijo:

—Mi buen hijo, levanta la cabeza.

Yo levanté la cabeza y vi la cara conmovedora de mi padre. Yo soy un buen niño que escucha a su padre. Cuando no tenía a mi padre, escuchaba a mi madre; pero cuando tengo a mi *die*, escucho a mi *die*. De pronto, me puse a pensar en mi *laopo*, mi mujer. Hacía un día que no la veía. ¿Adónde había ido? Miau, miau... Mi *die* me puso en las mejillas la sangre del gallo con sus manos. El olor de esa sangre era mucho más fuerte que el olor de la sangre de cerdo. No tenía ningunas ganas de oler esa sangre, pero mi padre me obligaba. Si no escucho a mi padre, este me enviará al *yamen* para que me azoten. Uno, cinco, diez, quince, veinte..., veinte fustazos hasta dejarme la carne sin piel. Miau, miau. Mi padre volvió a meter los dedos en el bol negro para untarlos de sangre y seguir maquillándome. Y no solo me puso sangre en la cara, sino que también lo hizo en las orejas. Después de untarme la cara y las orejas, no sé si expresamente o por error, dejó caer sangre en mis ojos. Enseguida noté un escozor intenso. Miau, miau. El paisaje que antes veían mis ojos se emborronó, y todo se cubrió de una espesa niebla de color rojo. Yo, miau, miau, grité: ¡Padre, padre, me ha dejado ciego!, y, miau, miau, me golpeé los ojos con la palma de la mano y grité: Ah, no está bien, no está bien, miau, miau. El pelo del bigote del tigre ha tenido otra vez su efecto. Miau, miau. Mi *die*..., ya no era mi *die*, era una pantera negra que estaba apoyada sobre su dos patas traseras y untando de sangre las dos patas delanteras. Sus garras estaban llenas de sangre y las gotas se deslizaban sobre sus pelos negros como si sus patas hubieran sufrido alguna herida. Y con esas garras llenas de sangre, se pinta la cara, una cara que se vuelve roja, como una cresta de gallo, en un cuerpo negro. Yo sabía hacía mucho tiempo que la verdadera naturaleza de mi padre era la de una pantera negra. No hice, por lo tanto, tanto ruido por nada. No quería que el pelo del bigote del tigre funcionase siempre, pero este se empeñaba en mostrarme a todas horas su poder. Miau, miau. ¿Cómo podía volver a mi vista normal? Esto empezaba a

molestarme, pero no podía hacer nada por evitarlo. Yo me sentía molesto y alegre por partes iguales. Lo que me molestaba y me entristecía al mismo tiempo era que no podía ver a ningún ser humano en mi entorno. Lo que me alegraba..., dado que era capaz de ver la verdadera naturaleza de los que me rodeaban. Cuando miraba a mi alrededor y veía a los soldados de Yuan Shikai y los del ejército alemán, solo veía lobos con una gran cola peluda y perros con una gran cola pelada. Había además algún gato salvaje y otro tipo de animales que no eran lobo ni perro, sino los dos a la vez. Por su uniforme supe que era uno de los jefes. Ese era quizá una mezcla de los dos, un híbrido, vaya. A esos animales se les llama «lobo-perro». Ese tipo de animales son más atrevidos que los lobos y más fieros que los perros. Cuando te muerden pierdes la vida, miau, miau...

La pantera negra de mi *die* acabó de untarse la cara y las patas de atrás con la sangre del gallo, y para ello utilizó sus garras untadas de sangre. Me miró con sus ojos brillantes y negros. Parecía que me sonreía, alargando las comisuras de los labios y mostrando sus dientes amarillos. Si bien su apariencia había cambiado por completo, su espíritu y sus sentimientos seguían siendo los mismos, y era fácil reconocerlos. Yo le devolví la sonrisa. Miau, miau. Contoneándose, se dirigió hacia la silla púrpura y roja. La cola se le salía del pantalón. Una vez sentado en su silla, cerró los ojos. Parecía extremadamente tranquilo. Yo miré a todos los lados y bostecé. Miao. Me senté detrás de él y vi la sombra de la palestra del cielo proyectada sobre el muro. Le acaricié la cola y mi *die* sacó su larga y rasposa lengua. Me lamió los pelos de la cabeza, *shhhp...*, miao..., resoplé: *ufff...*, y me quedé dormido.

El guirigay que se había formado fuera de la tienda me despertó. Miau, miau. Oí la trompeta y el gong al mismo tiempo, luego los cañonazos que se mezclaban con ellos. Vi que la sombra de la palestra del cielo que había en el muro se había hecho más pequeña, pero que mucho más pequeña. Vi también una cosa brillante y deslumbrante que venía de la calle principal y penetraba en el terreno de la escuela de estudios clásicos. La tela verde que cubría los cañones ya había sido retirada. Solo aparecía el cañón azul verdoso. Detrás de cada cañón había cuatro perros híbridos, a los cuales, a pesar de sus uniformes y de estar tan lejos, pude distinguir gracias al pelo que les salía del cuerpo. Los cañones, como las tortugas, avanzaban alargando el cuello. Cuando lo alargaban, escupían fuego y luego una bocanada de humo blanco. Esos perros, ah, esos lobos, ah..., eran como esos muñecos que se mueven solos. Esos mierdecillas tenían un aspecto muy cómico. Sentí que algo reventaba mis ojos, y pensándolo varias veces me di cuenta de que era mi sudor. Me limpié los ojos con las mangas de mi camisola china, que dejé perdida y totalmente manchada de rojo. Este detalle no carecía de importancia ya que lo que tenía ante mis ojos volvió a cambiar. La pantera negra de mi padre ya no era una pantera negra aunque su cuerpo seguía siendo el de una pantera negra, al igual que su culo convexo y la cola. Las cabezas de los soldados

también se volvieron humanas, pero sus cuerpos seguían siendo los de los lobos y los perros. Eso era, por lo tanto, bastante confortable para mí, y me tranquilizaba, ya que de esa manera me sentía en el mundo de los hombres. La expresión facial de mi *die*, sin embargo, no parecía muy humana. Había algo raro en ella. Si bien no era muy humana, la forma de lamerme el pelo le delataba. Ese era mi *die*, sin duda alguna, y seguía haciéndome feliz que fuera así. Miao ~~

En medio del regimiento que entró en el campo de entrenamiento había un gran palanquín tapado con una tela azul; y delante del palanquín había unos individuos con cuerpos de animales que llevaban estandartes, gongs y parasoles. Los que levantaban el palanquín tenían cabezas de hombre con cuerpos de caballo. Otros tenían el cuerpo humano y la cabeza de buey. Detrás del palanquín había un gran caballo extranjero, y encima de él había un monstruo: era una cabeza de lobo sobre un cuerpo humano. Enseguida supe que se trataba del gobernador provincial de Qingdao, el alemán Carl Rosendahl. Había oído decir que ese caballo extranjero había sido abatido por un cañonazo que le propició mi suegro, el cual se había servido de un cañón de fabricación casera para ello. Ese caballo —estaba yo seguro—, se lo había quitado el gobernador a uno de sus empleados. Justo detrás había otro caballo, y detrás del caballo iba el carrito de los prisioneros, dentro del cual había dos prisioneros. ¿No me habían dicho que mi suegro iba a ser el único que iba a recibir el suplicio de la estaca de sándalo? ¿Cómo que los sacaron en dos jaulas de madera? Detrás del carro de los prisioneros había un largo séquito de soldados reunidos en dos filas. Junto a ellos, el pueblo, que se había amasado a su alrededor. Aunque solo veía una masa de cabelleras negras, supe que era el pueblo, ahí reunido. Mi corazón escondía un pensamiento; buscaba a alguien en medio de esa masa compacta. ¿Debo decirlo? No es necesario; yo buscaba a mi mujer. Ayer por la mañana temprano salió huyendo atemorizada por mi *die*. ¿Ha comido, ha bebido? Yo no lo sabía. Al menos era una serpiente blanca, igual que Bai Suzhen [295](#), una serpiente buena y honesta. Ella es Bai Suzhen y yo soy Xu Xian. ¿Y quién es Xiaoqing [296](#)? ¿Y quién era Fahai? Correcto, correcto. Yuan Shikai era Fahai. Mis ojos brillaron. La vi, la vi. Vi a mi mujer en medio de la muchedumbre. Vi su cabeza blanca, en medio de las mujeres, con su lengua púrpura, como una flecha, para dentro y para fuera. Miau, miau. Pensé en gritarle, pero mi *die*, esa pantera negra, me miró y me advirtió:

—Hijo, no debes mirar a todas partes.

VII

Después del tercer cañonazo, el funcionario encargado de supervisar la ejecución anunció a viva voz a Yuan Shikai y Carl Rosendahl, los cuales estaban sentados en el centro del escenario (la palestra del teatro):

—Vuestro humilde servidor, el subprefecto de Gaomi, anuncia a Vuestra Excelencia el gobernador que es casi mediodía. La identidad del infame Sun Bing ha sido comprobada y el verdugo ya está en su puesto. Le ruego a Vuestra Excelencia que dé las instrucciones.

Yuan Shikai, que estaba sobre el escenario, alargó su cuello de tortuga. El caparazón de la tortuga parecía la tapadera de una marmita. Las ropas del *daren* se hincharon como un parasol de papel, igual que Xu Xian cuando caminaba por el lago y ayudaba a Bai Suzhen y Xiaoqing. ¿Cómo había llegado ese parasol hasta Yuan Shikai? Oh, no era un parasol, era el caparazón de una tortuga; y que una tortuga pueda ser un alto funcionario como el *daren* era... algo muy divertido. Miau, miau. Yuan alargó su cuello de tortuga para acercarlo a la boca del lobo Carl Rosendahl, y los dos musitaron palabras de lobo y palabras de tortuga. El *daren* Yuan cogió una banderita roja y la agitó para dar la señal, y para lo que daba la señal no era moco de pavo, como cortar cebollas o sacar un poco de agua del barro. Quizá esa tortuga tenía grandes habilidades y un carácter espiritual superior, y no era una tortuga vulgar. Era una tortuga de primera categoría. Una tortuga vulgar no podía convertirse en un personaje tan distinguido. Pero ese tipo estaba lejos de ser como mi padre. El funcionario encargado de supervisar la ejecución vio la banderita roja y se espabiló de

golpe, dio un saltito de medio *cun*, y de sus ojos salió una luz verdosa y aceitosa, una luz cruel e inhumana, que asustaba a los seres humanos. Sus bigotes de tigre se abrieron y se proyectaron sus dientes, que podían verse a la perfección. Con una voz potente, dijo:

—Ya llegó la hora, que se ejecute la sentencia.

Y después del grito, se retiró, con los bigotes de nuevo abajo. Aunque no anunció su nombre ni su apellido, yo sabía que se trataba de Qian Ding. Ese sombrero de plumas negras que cubría tu cabeza de tigre blanco, ese gran batón rojo que cubría tu cuerpo, y la cola escondida bajo ese mismo batón, a pesar de todo ello, tu voz te delató y supe quién eras. Tras anunciar las palabras a Yuan Shikai, se tumbó al lado de la plancha donde iba a ejecutarse la pena del sándalo y su cara humana volvió a aparecer. El sudor caía por su rostro y daba pena verlo. Una decena de cañones volvieron a descargar tres salvas una detrás de otra. ¡*Buum, buuum buuum!* Todo tembló como cuando estalla en el cielo un trueno. Antes de echar una mano a mi *die* en la gran obra, miré por todos los lados y vi con mis propios ojos que a un lado del terreno de entrenamiento se había reunido el pueblo. Había hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Había quienes seguían con su verdadera naturaleza, otros con el aspecto humano. Los había que se habían quedado en un término medio: mitad humanos, mitad animales. Pero de tan lejos me resultaba imposible saber si eran perros o lobos, bueyes u ovejas, solo podía ver bajo la luz brillante del sol si eran grandes o pequeños. Saqué pecho, alcé la cabeza y me sentí en la gloria. Miau, miau. Bajé la mirada y vi mis hábitos negros, que eran el atuendo oficial, todo nuevecito, el cinturón ancho de color rojo que cubría mi cintura, mis pantalones linterna de color negro, y mis botas Wellington de piel de gacela. Y, además, sobre mi cabeza el gorrito cilíndrico que yo no podía ver pero que los otros sí que podían hacerlo. Ah, y sobre mis orejas y mi cara, la gruesa capa de la sangre del gallo. Esta ya se había secado en esos momentos formando una mascarilla, aunque tenía grietas por todas partes. Me sujetaba la cara de tal manera que apenas podía gesticular, pero debía pasar por ello, esas eran las normas de nuestros ancestros. Mi *die* solía decir que sin reglas no hay circunferencia, y ya que la máscara de sangre de gallo que tenía en la cara se estaba resquebrajando mucho, mis ojos veían la cara de mi padre humanizada de nuevo. Mi *die* era en esos momentos mitad hombre mitad pantera. Las manos de mi padre se habían transformado, y su cara había tomado el aspecto humano, pero sus orejas seguían siendo las de una pantera negra. Unas orejas puntiagudas y grandes, unos auténticos orejones de pantera. Fue mi *die* quien me dio el atuendo y me dijo en voz baja:

—Hijo, no tengas miedo. Piensa en lo que tu padre te ha enseñado y sé valiente. El momento ha llegado para nosotros.

—¡Padre, yo no tengo miedo!

Mi *die* me miró con compasión y me dijo:

—¡Mi buen hijo!

—*Die, die, die, die*, ¿lo sabías? La gente dice que el subprefecto y yo comemos de la misma cazuela...

VIII

Yo lo vi entonces; esas dos jaulas de madera que había sobre la carreta estaban ocupadas por dos Sun Bing. Eran iguales, pero solo a primera vista. Si uno los miraba con más detenimiento, había grandes diferencias entre los dos Sun Bing. Mi suegro era un gran héroe, y no podía ser por lo tanto un cerdo, sino un oso del Himalaya. La historia número ochenta y tres que me contó mi *die* contaba la lucha entre un oso del Himalaya y un tigre. En esa historia, la lucha está muy igualada, pero al final el oso del Himalaya pierde la contienda; y no perdió porque era menos fuerte o hábil que el tigre, sino porque se mostró demasiado honesto en su manera de pelear. Así, tras acabar la primera lucha, mi *die* me dijo que el tigre se iba a cazar todo tipo de aves, gacelas, liebres, y a beber agua en las fuentes de las montañas. El oso ni comía ni bebía. El oso, furioso, se limitaba a arrancar los árboles y arreglar el campo de batalla porque pensaba que no era lo bastante espacioso. El tigre, mientras tanto, se hinchaba a comer y beber. En el siguiente enfrentamiento, volvió a vencer al oso del Himalaya. Al final, al oso ya no le quedaban más fuerzas y cayó derrotado por el tigre, el cual se convirtió, consecuentemente, en el rey de las bestias. Además, a mi suegro le brillaban los ojos, unos ojos llenos de vida y luz; de ellos salían chispas. Los ojos del falso Sun Bing no tenían ninguna luz; eran los ojos de alguien que tenía miedo. También noté que la cara del falso Sun Bing me era familiar por algún motivo y acabé por reconocerlo. Era Xiao Shanzi, el discípulo preferido de Zhu el Octavo, el jefe de la banda de esos que llaman flores y son los mendigos. Le recordé en ese día catorce de la octava luna —el día de la fiesta de los mendigos—, cuando iba con dos

pimientos rojos colgados de las orejas, disfrazado de celestina, y hoy interpretaba el papel de mi suegro. Ese tipo estaba verdaderamente mal de la cabeza.

Mi *die* se había dado cuenta antes que yo de que había otro condenado; pero eso no tenía la menor importancia. Mi padre había vivido todo tipo de situaciones. Como si hubiera habido diez condenados más. Oí que mi *die* decía:

—Por suerte he preparado otra estaca.

Mi padre era un tipo que tenía ciertamente un sexto sentido. Ni siquiera Zhuge Liang le superaba.

¿A quién empalaríamos primero? ¿Al falso Sun Bing? Quería encontrar la respuesta en la cara de mi padre; pero la cara de mi padre se giró hacia Qian Ding, y la cara de Qian Ding se reflejó en los ojos de mi *die*. La expresión de la cara de Qian Ding parecía ser la de un ciego. Sus ojos se habían apagado, eran ojos grises en esos momentos. Los ojos de Qian Ding le dijeron a mi padre que a él le daba igual. Mi padre era libre de elegir primero a quien quisiese. Los ojos de mi padre se giraron hacia los dos condenados a muerte. Al falso Sun Bing se le veía muy relajado. Los ojos del verdadero Sun Bing brillaban con fuerza. Miró a mi padre, movió la cabeza ligeramente y le gritó:

—Eh, tú, el de mi parentela, espero que estés bien desde la última vez que nos vimos...

A mi *die* se le llenó la cara con una sonrisa, juntó los dos puños y saludó reverenciosamente a mi suegro:

—Mi querido pariente, me alegra verle.

Mi suegro le respondió con una sonrisa radiante:

—A mí también, a mí también me alegra verle...

—¿Es usted o el otro quien va primero? —le preguntó mi *die*.

—¿Crees que es necesario preguntarlo? —dijo de manera vigorosa mi suegro—. Como dice el proverbio: la sangre manda, y la familia es, por lo tanto, lo más importante.

Mi *die* no dijo nada y se limitó a asentir con la cabeza. Se le dibujó una sonrisa que parecía hecha de papel blanco en una cara forjada en hierro; y, dirigiéndose al encargado de acompañar a los prisioneros, vociferó:

—¡Que le abran los candados!...

El servidor dudó un instante y miró a los cuatro lados, como esperando la orden de alguien. Mi *die*, perdiendo la paciencia, volvió a gritar:

—¡Que le abran los candados!...

El servidor se adelantó unos pasos y con la mano temblándole abrió el candado de las cadenas de mi suegro.

Mi suegro alargó los brazos y examinó el instrumento del suplicio, luego se estiró boca abajo sobre la plancha de madera de pino que era más estrecha que su cuerpo.

Era una plancha muy lisa y pulida ya que mi *die* le encargó al mejor ebanista de la subprefectura que se la hiciese para él. La plancha estaba encima de la mesa donde se sacrificaban los cerdos. Esa era la mesa de madera de pino que me había servido de soporte para cortar la carne durante más de diez años. La madera de esa mesa se había embebido de la sangre de los cerdos y los perros, y se había endurecido como el hierro. Cuatro servidores del *yamen*, altos como cuatro estatuas, la trajeron desde el patio de mi casa hasta ahí. Mi suegro se tumbó sobre la plancha e inclinó la cabeza a un lado. Con humildad, preguntó:

—¿No es así, pariente?

Mi *die* no le hizo caso, se dobló para coger la cuerda de piel de buey y me la dio. Yo hacía rato que me sentía algo nervioso. Con la cuerda en la mano, empecé a atar a mi suegro según un método que había practicado varias veces. Mi suegro, nada contento, me dijo:

—Mi buen yerno, me tratas como a un niño...

Mi *die*, que estaba a mi lado, miraba, muy concentrado, todos mis movimientos y me cambiaba los nudos que hacía mal. Mi suegro se rebelaba verbalmente contra lo que le estaba haciendo. Tumbado en la plancha de madera, expresaba todo el resentimiento que nos tenía. Armaba, en realidad, más bulla de lo normal. Mi padre se vio obligado a ser duro con él:

—Mi querido pariente, en primer lugar, muérdase la lengua y estese calladito. Me temo que cuando llegue el momento más difícil, usted no podrá ser dueño de sí mismo.

Mi suegro seguía con su lucha verbal, y yo, mientras tanto, le até bien a la plancha de madera de pino. Mi padre intentó pasar un dedo entre la cuerda y el cuerpo del condenado y no pudo. Eso era lo que quería. Inclinó la cabeza como signo de satisfacción y me dijo con un tono de voz triste:

—Manos a la obra...

Me adelanté unos pasos y me fui a la cesta donde estaban los cuchillos, cogí el que acababa de utilizar para sacrificar al gallo e hice un gran círculo en el pantalón a mi suegro, justo en la parte trasera, la que daba detrás del culo. A mi suegro se le quedó medio culo al descubierto. Mi padre, haciendo prueba de autoridad, cogió el martillo de madera de jinjolero y me lo puso en la mano. Seleccionó luego una de las dos estacas de madera de sándalo. Al verla, parecía más flexible que nunca. Mi suegro la limpió y le sacó brillo con el paño empapado de aceite. Mi padre se quedó de pie a la izquierda de mi suegro. Con la estaca en las manos, le metió, por la parte inferior del coxis, la extremidad más afilada y redondeada de la estaca de madera de sándalo, que era idéntica a la hoja de una planta de cálamo aromático. Mi suegro no paraba de hablar y hablar, cada vez más alto y con más contundencia, incluyendo algunas frases de la ópera de Maoqiang. Parecía que no le importaba que hubiese empezado el

suplicio. Pero su voz le temblaba, así como sus piernas, y ello delataba su miedo. Mi *die* ya había dejado de hablar a mi suegro. Con las dos manos, mi padre le metía con firmeza y determinación la estaca en el culo a mi suegro. La cara de mi padre estaba roja y brillaba, pero se le veía tranquilo. Me miró para darme ánimos y para que cumpliera con mi trabajo. Pude verlo en sus ojos. Sentí que mi *die* se estaba comportando muy bien conmigo. Miau, miau. En el mundo no había un padre mejor que el mío. Tener un padre así era una suerte. Miau, miau. Si mi madre no hubiera ayunado y rezado a Buda toda su vida, yo no habría encontrado un padre así. Mi *die* hizo un movimiento con la barbilla para indicarme que me preparase. Escupí dos veces sobre mis manos y empuñé el martillo, me puse de lado, separé mis piernas y clavé mis pies en el suelo, como dos palos insertados en la tierra.

Levanté el martillo y sin darle demasiado fuerte, lo golpeé contra la estaca de madera de sándalo, y me quedé para sentir lo que pasaba. Miau, miau, la estaca entró sin demasiadas dificultades, sin problemas, diría. Levanté otra vez el martillo, sopesé mis fuerzas y, de forma regular, empecé a golpearlo otra vez. Pude ver que la estaca de madera de sándalo entraba cada vez más, *cun* tras *cun*, en el cuerpo de mi suegro. El impacto regular del martillo sobre la estaca se hacía cada vez más patente: *pam, pam, pam...*, miau, miau... Mi suegro respiraba profunda y pesadamente, jadeando a intervalos muy seguidos.

A medida que la estaca iba entrando, el cuerpo de mi suegro temblaba con más intensidad. A pesar de que estaba bien atado a la tabla de madera de pino con las cuerdas, esta se movía con los movimientos de mi suegro. Yo continuaba con mis martillazos a un ritmo regular: *pam, pam, pam...*, y me acordé claramente de las instrucciones de mi *die*: hijo, no le pongas mucho entusiasmo en los martillazos; utiliza solo una quinta parte de tus fuerzas.

Vi que la cabeza de mi suegro no paraba de moverse encima de la mesa; eran movimientos bruscos y descontrolados. Su cuello parecía haberse alargado más de la cuenta. Y se estiraba, se estiraba, se estiraba..., retorciéndose... Jamás hubiera pensado que un cuello humano pudiese hacer ese tipo de movimientos, como una cuerda que se desenrolla. Parecía que la cabeza se le iba a separar del cuerpo. Si no lo hubieran visto mis propios ojos, no lo habría creído. Poco después, el cuello se encogió y desapareció, como si se hubiese escondido entre los hombros.

Pam..., pam..., pam...

Miau, miau...

El cuerpo de mi suegro desprendía vapor —estaba de hecho hirviendo—, y tenía las ropas empapadas de sudor. Cuando le vi el sudor en la cabeza, me di cuenta de que las gotas habían formado pequeños canalillos de agua densos y de color amarillo, como el agüilla que saca el arroz cuando se está hirviendo. Cuando giró la cara, vi que tenía la cara tan hinchada que parecía una bandeja de cobre, con ese mismo amarillo

dorado. Sus ojos se habían hundido en las cuencas igual que les pasaba a los cerdos que yo había despellejado. Miau, miau. Tenían los mismos ojos...

Pam..., pam..., pam...

Miau...

Ya estaba metida en el cuerpo de Sun Bing la mitad de la estaca de madera de sándalo..., miau..., la muy perfumada estaca de madera de sándalo..., miau..., y mi suegro no había dicho nada hasta ese momento. Pude verlo en su cara: mi *die* le tenía un gran respeto a mi suegro. Mi padre y yo habíamos estudiado todas las posibles situaciones que podían darse durante la ejecución, y lo que más temíamos era que Sun Bing no se pusiese a llorar como un fantasma y a aullar como un lobo. Si no lo hubiera hecho, ello me habría puesto muy nervioso, a mí, que era un novicio, y habría cometido alguna tontería como hacer pasar la estaca por el lugar equivocado y habría destrozado las vísceras de mi suegro. Mi padre me había preparado incluso un par de tapones de algodón de la flor del jinjolero para, si se diese el caso, ponérmelos en las orejas. Pero hasta ese momento mi suegro no había expresado nada de eso y se limitaba a respirar hondo, como un buey negro que tira de un carro. Ni aullaba ni lloraba.

Pam..., pam..., pam...

Miau...

Vi que por la cara de mi *die* bajaban ríos de sudor, y eso que por lo general mi padre nunca suda. Miau. Las manos que sujetaban la estaca de sándalo —las manos de mi *die*— parecían temblar un poco. Había miedo y preocupación en sus ojos. Al ver a mi padre así, me puse nervioso. Miau. Ninguno de los dos deseábamos que Sun Bing apretase los dientes de esa manera para no expresar su dolor. Cuando nos ejercitábamos con los cerdos, estos, como era de suponer, emitían gruñidos de cerdos. Tras una carrera de diez años sacrificando cerdos, solo había matado uno mudo. El cerdo chilló hasta dejarme las manos muy doloridas y las piernas tan débiles que se me doblaban. Incluso diez días después seguía teniendo pesadillas por las noches. Soñaba que se me presentaba el cerdo y me sonreía fríamente. Suegro, suegro..., ¡aúlla de una vez! Te lo suplico, ¡llora!... Miau, miau. Pero mi suegro seguía sin abrir la boca. Mis manos y piernas también se pusieron a temblar un poco. Mi cabeza se me hinchó y los ojos se me emborronaron, ya que el sudor caía en ellos. La sangre del gallo apestaba y me daban ganas de vomitar. La cabeza de mi padre se había convertido en la cabeza de una pantera negra, y sobre sus bellas y delicadas manos aparecieron pelos negros. Sobre el cuerpo de mi suegro también aparecieron pelos negros, y su cabeza se transformó en la de un oso del Himalaya. Su cuerpo se hizo enorme, y su fuerza extrema. Las cuerdas de piel de buey se tensaron tanto que parecía que iban a estallar. En cualquier momento, todo se iba al traste. Al mismo tiempo, mi mano no se lo iba a prohibir. Uno de mis martillazos se desvió por error y

le dio a mi padre en una de sus garras. Mi *die* lanzó un alarido y soltó la mano de la estaca de sándalo. Volví a errar otro martillazo y le di con fuerza a mi padre, que soltó definitivamente la estaca, que se inclinó aunque seguía clavada en el culo de Sun Bing. Estaba claro que la estaca de sándalo había llegado a unas profundidades insospechadas. De la estaca empezó a salir sangre fresca, y entonces oí el grito dolorido de Sun Bing. Fue un grito agudo e intenso. Miau, miau. Para mí era mucho más difícil de oír que los gritos de los cerdos que había sacrificado en el pasado. De los ojos de mi *die* salieron chispas de fuego. En voz baja, me previno:

—¡Atención!

Me limpié la cara con las mangas y me puse a jadear. El grito de dolor de Sun Bing me tranquilizó. Las manos ya no me dolían y las piernas ya no se me doblaban, la cabeza ya no se me hinchaba y los ojos no se me emborronaban como antes. Miau, y la cara de mi *die* volvió a ser la cara de mi *die*. La cabeza de mi suegro ya no era la cabeza de un oso sino la de mi suegro. Armándome de valor, cogí el martillo y retomé la labor:

Pam..., pam..., pam...

Miau, miau...

El grito de dolor de Sun Bing no se detuvo ahí; ese grito cubría ya todos los demás ruidos que yo pudiese hacer. La estaca de madera de sándalo volvió a su retomar su equilibrio según el plan de mi padre. La estaca entraba *cun* tras *cun* entre la columna vertebral y los órganos de Sun Bing, cada vez más adentro...

Ah ~~ uauuuh ~~ oooooh ~~ ay ~~

Miau, miau, miao ~~

En el interior de su cuerpo también se estaba produciendo un ruido que parecía el maullido de alegría de un gato salvaje. Ese sonido me ponía melancólico; o eran tal vez mis oídos que estaban oyendo la voz del diablo. Raro, raro, era verdaderamente raro. En el vientre de mi suegro había un gato. Volvía a tener unas ganas tremendas de salir corriendo; pero en esos momentos críticos, aparecía siempre mi *die* para tranquilizarme y darme ánimos. Los gritos escalofriantes de Sun Bing dibujaban una sonrisa en el rostro de mi padre, lo cual le añadía algo de enternecedor a lo que estaba haciendo. Sus cejas tenían algo de gracioso, y mientras tanto entornaba los ojos. Viéndolo así, nadie hubiera dicho que está torturando atrocemente a alguien. Parecía más bien estar fumando con un tubo de agua mientras asistía a una obra de teatro. Miau, miau...

La estaca de sándalo salió al final por el hombro de Sun Bing. El atuendo que llevaba impedía que la estaca saliese con normalidad y hacía presión sobre ella. Mi *die* quería en un principio que la estaca saliese por la boca, pero eso hubiera perjudicado para siempre el bello canto de Sun Bing. Con la estaca en la boca, no habría podido seguir cantando su teatro. Por eso hice salir la estaca por el hombro.

Solté el martillo y cogí el pequeño cuchillo para hacerle un corte en la camisola, que impedía el paso de la estaca. Mi padre me pidió que continuase golpeando con el martillo, y así lo hice. Cogí el martillo y le arreé a la estaca de sándalo una decena de golpes más. Miau, miau. La estaca ya se había colocado bien en el cuerpo de Sun Bing y estaba perfectamente distribuida. Mi suegro volvió a gritar de forma desgarradora. Su voz no mostraba el menor signo de debilidad. Mi *die* inspeccionó minuciosamente la entrada y la salida de la estaca de sándalo. También inspeccionó la sangre que había en la madera de las estacas. Mi padre esbozó una cara llena de satisfacción, y yo pude oír cómo suspiraba. Yo aprendía de los gestos de mi padre y también suspiré.

Miau...

IX

Siguiendo las instrucciones de mi padre, cuatro empleados del *yamen* levantaron con cuidado la plancha de madera de pino con mi suegro encima y la llevaron hasta un pedestal todavía más alto que la palestra del cielo de la subprefectura. La rampa que lleva a esa plataforma (la plataforma alta) quedaba justo al lado de la tienda y estaba hecha de cemento y de trozos de madera. En realidad, no estaba muy empinada, pero los cuatro servidores del *yamen* sudaban la gota gorda para llevar a mi suegro hasta ahí arriba. Dejaban las huellas de sus dedos grabadas en la plancha de madera de pino. Sun Bing seguía totalmente recto sobre la plancha. Seguía gritando, pero su voz se había enronquecido y sufría altos y bajos, como en una cordillera. Mi *die* y yo seguimos los pasos de los cuatro servidores del *yamen* y subimos a la plataforma alta, donde había otra plataforma (la plataforma mediana) con unas tablas recién hechas (se podía oler todavía a madera de pino) que habían distribuido por todas partes. En medio de esa plataforma mediana había un tronco de pino grueso y de color negro cuya parte superior estaba un poco inclinada y horizontalmente clavaron una madera blanca cuadrangular de tres *chi* de largo. Todo ello formaba algo parecido a la cruz que vi en la iglesia de la Puerta del Norte.

Los servidores del *yamen* dejaron con cuidado a Sun Bing y se pusieron a un lado, a esperar nuevas instrucciones. Mi padre me pidió que cortase con el pequeño cuchillo las cuerdas de piel de buey que sujetaban a Sun Bing. El cuerpo de mi suegro se relajó por un momento, y sus cuatro miembros se movieron; pero su cuerpo, debido a la estaca de madera de sándalo, no podía moverse. Para evitar que dañara sus órganos

internos con gestos violentos, y siguiendo las órdenes de mi *die*, los cuatro servidores del *yamen* ataron a Sun Bing al pino: las piernas al tronco negro vertical y los brazos a la madera blanca horizontal, como a un crucificado, encima de la plataforma mediana. Solo la cabeza le había quedado libre para poder moverse. Sun Bing gritó, profiriendo insultos:

—Carl Rosendahl, me cago en tu puta madre... Yuan Shikai, me cago en tu puta madre... Qian Ding, me cago en tu puta madre... Zhao Jia, me cago en tu puta madre... ¡Me cago en todas vuestras putísimas madres!... ¡Ah!... —y diciendo esas pablaras le salió un borbotón de sangre negra por la boca que cayó directamente sobre su pecho.

Miau, miau...

X

Al bajar de la palestra del cielo, alcé la mirada y miré a los cuatro lados. Mi corazón se contrajo de golpe y dejé de respirar. Miau...

Vi que los bordes del campo de entrenamiento, que ahora era el escenario de la ejecución, se habían llenado de gente. Una luz blanca y brillante se había posado sobre sus cabezas. Yo sabía que esa luz era blanca porque esas cabezas estaban sudando. Los insultos a grito pelado de Sun Bing atravesaban el espacio y llegaban al lado del pueblo como palomas que volaban hasta los soldados —los cuales estaban plantados como estacas—, hasta los soldados extranjeros y hasta Yuan Shikai. Pensé algo, miau, ¿sabes qué? Mis ojos se clavaron en la multitud y la encontré. Mi *laopo* estaba atrapada entre dos mujeres, que la agarraban por los dos lados. Había además otra mujer bastante alta que la sujetaba desde detrás por la cintura. Mi mujer no podía dar ni medio paso; solo saltar. En mis oídos podía escuchar su voz y sus llantos, tan agudos como las puntas de las hojas verdes de bambú.

Los llantos de mi *laopo* me perturbaron. Desde que vino mi padre, la sentí más distante, y antes no lo era. Ella me dejaba normalmente comerle las tetas..., ay, y con solo pensar en eso, mi pajarito se pone a piar. Miau, miau. Pensé en lo que me decía: pírate de aquí, vete a diñarla a la casa de tu padre y déjame de una vez en paz. Pero yo no me iba, y ella, por lo tanto, me echaba a patadas... Mi mujer era a mis ojos un dechado de virtudes. Nada más pensarlo, me brillan los ojos y me entra un hormigueo en la nariz. Miau, miau..., y se me saltan las lágrimas. Bajé corriendo de la palestra del cielo para dirigirme hacia donde estaba mi mujer, para olerla y manosearle las

tetas. Todavía tenía yo en mi bolsillo el jarabe de azúcar de cebada que me había dado mi *die* y que aún no había acabado de comer. Te lo daré. Pero mi mano se vio obstruida por otra mano que la agarraba. No necesitaba verle la cara para saber que se trataba de la mano de mi padre, que me impedía hacerlo, y me atrajo hacia la mesa para sacrificar a los cerdos. Había otro condenado esperándonos ahí. También estaba la otra estaca de madera de sándalo, toda sudorosa, rezumando aceite y perfumada. Mi padre no necesitaba abrir la boca para decirme lo que tenía que decirme. Con un gesto de su mano era suficiente. Con una voz fuerte y contundente, me dijo:

—Hijo, debes acabar esta gran obra; no debes salir huyendo. No debes hacerlo porque esta gran obra es lo que ofreces a tu país y a la gran dinastía Qing, y no lo vas a enviar todo al traste por una mujer. Estás aquí para matar a alguien. Tu *die* ya te lo había advertido varias veces. En nuestro oficio, cuando nos ponemos la sangre del gallo en la cara, ya no somos hombres, y, por lo tanto, ya no hay ninguna relación entre el dolor y nosotros. Nosotros somos las herramientas del emperador, nosotros somos la parte visible de la ley. En estas circunstancias, ¿cómo coño vas a salir corriendo para darle el jarabe de cebada a tu mujer? Incluso si yo te dejara ir, el *daren* Yuan Shikai y el *daren* Carl Rosendahl no me dejarían hacerlo. Levanta la mirada y observa este escenario donde tu suegro actuó tantas veces. Todos esos que están sentados ahí, ¿no son feroces como los tigres y los lobos?

La escena volvió a aparecer ante mis ojos con las caras de Yuan Shikai y Carl Rosendahl con su color de añil. Sus ojos desprendían flechas de luz de color verde — parecían agujas afiladas y espigas de trigo— que se clavaban en mi cuerpo. Bajé al instante la cabeza y me puse junto a mi padre delante del camastro. Musité algo para mis adentros: *laopo*, no llores, tu padre no era, de todas formas, un buen padre. Tú así me lo dijiste. Dejó que un burro te mordiera la cabeza. Este tipo de *die* merece que le empalen con la estaca de madera de sándalo, y si hay que empalarlo, se empalará. Si mi padre es un buen padre, le hará sufrir el suplicio de la estaca de sándalo como se merece tu *die*. No debes llorar por eso. Ese tipo de padres no merecen que se les llore. Un padre como Sun Bing no merece que se le llore. Creías que el empalamiento de la estaca de sándalo dolía, pero no tenía por qué ser así. En realidad, es un honor, un acto glorioso para el que la recibe. Mi *die* y yo acabamos de hacerlo y nos sentimos orgullosos. Miau, miau.

Qian Ding seguía de pie. Su mirada parecía no perder detalle de lo que sucedía sobre el escenario, pero yo sabía que no podía ver nada. Tú, funcionario, un pene blando, un puro adorno, eso es lo que eres. De alto funcionario ya no tienes nada, y encima te ponen a supervisar el suplicio. ¡Y él debía darnos las órdenes! Gracias a mi *die* y a mí que pasamos al acto, porque si no... Puesto que debíamos ejecutar a dos condenados, esos dos Sun Bing que traía la carreta, ahí estábamos mi padre y yo para hacerles pasar por el suplicio de la estaca de sándalo. Nosotros conseguimos ya poner

a Sun Bing en la plataforma del cielo, y, a pesar de algunos errores, la cara de mi padre mostraba su satisfacción por el trabajo que habíamos realizado. Lo había más o menos logrado. Si el caballo triunfa, todo irá bien en la ruta. Dos servidores del *yamen* cogieron la plancha de madera de pino, ya sin Sun Bing, y la bajaron de la plataforma del cielo, luego la pusieron otra vez sobre la mesa para sacrificar cerdos. Mi *die*, bastante tranquilo, les pidió a los servidores que vigilaban al falso Sun Bing:

—Que le quiten las cadenas.

Los servidores le quitaron las pesadas cadenas al falso Sun Bing. Vi que el falso Sun Bing, a diferencia del verdadero, no se levantó cuando le quitaron las cadenas. Más bien al contrario, se dobló como una vela emblandecida y se cayó al suelo. Su cara estaba gris y sus labios blancos como el papel ajado de una ventana. Sus ojos se habían quedado en blanco, como los capullos de las mariposas de noche. Los dos servidores lo llevaron a la mesa de sacrificar cerdos; y nada más dejarlo, las manos del falso Sun Bing cayeron muertas como el barro.

Mi padre les dio las instrucciones a los servidores y lo pusieron sobre la plancha de madera de pino. El cuerpo del falso Sun Bing empezó a agitarse con espasmos violentos. Lo dejaron tumbado boca abajo sobre la plancha de pino. Yo, ya maestro de mi arte, lo até con las cuerdas de piel de buey. Sin esperar las órdenes de mi *die*, cogí el cuchillo y le hice un agujero en el pantalón a la altura del culo. Pero, maldita sea, apestaba, el muy cabrón se había cagado encima...

Mi *die* frunció el ceño y le puso la otra estaca de madera de sándalo en el culo, justo debajo de la columna vertebral. Yo levanté el martillo y di un paso adelante, pero no me dio ni siquiera tiempo a levantar el martillo cuando un olor nauseabundo a mierda me llegó a las narices. Arrojé el martillo y me eché para atrás como un perro que acaba de oler los pedos de una mofeta. Mi padre me reprimió con severidad:

—¡Xiaojia, vuelve!

Y como buen hijo, le hice caso, dejé de correr y volví a mis responsabilidades. Como una sombra, volví junto a mi *die*. Las vísceras del falso Sun Bing debían estar dañadas. Por eso cagaba esa mierda tan olorosa. ¿Qué podía hacer? Mi *die* se había quedado ahí, con las dos manos sujetando la estaca de madera de sándalo esperando a que yo le diera. Yo me imaginaba lo que podía salir de ahí una vez el palo dentro. Mi padre me había dicho que lo que estábamos haciendo hoy era de una gran importancia, e incluso si del culo del falso Sun Bing salían flechas y balas, yo debía quedarme ahí, de pie. Me adelanté un paso, y lo que había en mi vientre empezó a moverse, dispuesto a salir disparado de un momento a otro. ¡Ah, mi *qindie*! Si debo ejecutar ahora el suplicio de la estaca de sándalo, temo que antes de meterle la estaca, habré muerto asfixiado...

Pero el Cielo abrió los ojos, y en el último momento, Yuan Shikai, que parecía haberse quedado dormido en la tribuna, le cambió la pena a Xiao Shanzi. Del suplicio

del sándalo pasó a la decapitación. Tras recibir la orden, mi *die* soltó la estaca, frunció el ceño otra vez, le cogió el espadón a uno de los servidores que estaba a su lado y, con la fuerza y la agilidad de un jovenzuelo, alzó el espadón y lo dejó caer... Un resplandor de luz blanca, un abrir y cerrar de ojos, y la cabeza de Xiao Shanzi —el falso Sun Bing— cayó de la mesa de matar cerdos.

Miau...

Capítulo decimoctavo

El subprefecto alcanza la perfección poética [297](#)

El sándalo crece en los montes y el otoño trae sus flores rojas, sus flores de sangre. El jade erecto se alza dieciocho zhang, y entre los árboles es el señor de la casa, en el bosque es el héroe. Dicen que de la boca del sándalo sale la melodía frívola de la bella amada, la canción del fénix, las palabras de las golondrinas y los lamentos de las encantadoras oropéndolas. Dicen que el aspecto de Tanlang, el joven de madera de sándalo, era agradable, y por eso, a su paso, le llenaban la carreta de frutos y así honraban su nombre [298](#). Dicen que los palos hechos de madera de sándalo emiten un sonido claro y fresco, y los discípulos del Jardín de los Perales cantan con ellos la llegada de la paz. Dicen que delante de las carretas hechas de madera de sándalo se ponen los caballos de guerra, y durante la dinastía Qin, era el claro de luna, y durante la dinastía Han, los soldados. Dicen que el aroma de la madera de sándalo [299](#) se hace música cuando se mezcla con la melodía del laúd. El marqués de Wu [300](#) defiende con sus estrategias la ciudad vacía. Dicen que los seguidores de Buda le ofrecen a su maestro madera de sándalo, y con ello esperan ganar méritos para otra vida... Pero ¿quién ha visto empalar a un hombre con una estaca de madera de sándalo? En los últimos días del final de una dinastía, escasea la virtud y aumentan los suplicios.

Del aria noble [301](#) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*

I

La cabeza de Xiao Shanzi cayó al suelo. Los rayos blancos del sol se volvieron rojos. El viejo Zhao Jia levantó la cabeza del decapitado. El rostro del verdugo se había llenado de solemnidad y orgullo. ¡Qué odioso! ¡Daban ganas de vomitar! Ese tipo, que ni siquiera llegaba a la altura moral de un cerdo o un perro, alzaba en todo lo alto la cabeza, chorreante de sangre, de Xiao Shanzi, y dijo:

—La ejecución ha sido realizada, si Su Señoría quiere venir a comprobarlo.

Me sentía confuso y alterado, y ante mis ojos se había tendido una cortina de niebla roja. El dolor que sentía crecía, y en mis oídos resonaban cañonazos. El cielo se había llenado de olor a sangre, un olor que me llegaba hasta las narices. Y tú, la gran dinastía Qing, ahora que estás moribunda, ¿voy a sacrificarme ahora a abandonarme por ti o a enterrarme contigo? No me decidía, dudaba, y estaba confundido. Miré a los cuatro lados y la desolación no tenía límites. Las noticias que me llegaban eran irrefutables: la emperatriz Cixi, desobedeciendo las órdenes del emperador, había huido a Taiyuan [302](#); en Pekín, los tigres y los lobos campaban a sus anchas. El palacio imperial y el templo de los ancestros se habían convertido en las casernas donde las ocho potencias extranjeras organizaban sus fiestas y sus orgías. Y un gobierno que cede sus cuarteles a los extranjeros, de gobierno, ¿tiene algo más que el nombre? Pero Yuan Shikai, el *daren* Yuan, se gastó miles de pares de taeles de plata de nuestro país para crear su ejército y no para defender a su pueblo, y no para capturar y matar a esos ladrones. Al contrario, se puso a ayudar a esos diablos extranjeros y provocó ríos de sangre entre las gentes de la provincia de Shandong. La

ambición de los lobos se manifestaba como la luz del día. Todo el mundo conoce en las calles las intenciones de Sima Zhao [303](#). Y en las calles, hasta el más humilde canta a los cuatro vientos que la dinastía Qing ya no es la dinastía Qing, el viento y las olas se levantan enfurecidas; que Yuan Shikai ya no es Yuan Shikai, sino Cao Cao [304](#). Ah, la gran dinastía Qing. Cuando se crían cuervos, te sacan los ojos. Ah, Yuan Shikai, tenías malas intenciones y eras un traidor. Has destruido a tu pueblo para proteger el camino que tomaron en China los extranjeros. La sangre derramada de tu pueblo te ha servido para ganarte el favor de los poderosos. En tus manos está la dinastía Qing y el ejército que manejas a tu antojo. La emperatriz y el emperador, ¿estaban al tanto de lo que pasaba? Si seguís pensando que ese individuo va a ser las murallas que protegerán vuestra ciudad, los tres siglos de dinastía Qing llegarán pronto a su fin. Acabará siendo destruida en un día [305](#). Mi conciencia me traicionaba a mí también. Tampoco podía ser el ministro leal de la dinastía Qing que todo sacrifica por su emperador. Me faltaba eso que Confucio llamaba el sentido de la humanidad, como también me faltaba el valor necesario para matar al ministro que nos traicionaba; y todo ello a pesar de que estudié bien mis libros desde que era un niño y aprendí las artes marciales. Y si hablamos de valor, yo carecía del que tenía el teatrero de Sun Bing; y si hablamos de sentido de la justicia, yo carecía del que tenía el mendigo Xiao Shanzi. Yo solo era un cobarde, un débil y un tarado. A veces indeciso, a veces fiero, lo único que sabía hacer era mirar delante y detrás, y calibrar el pro y el contra. Ante el pueblo exhibía mi fuerza, y ante los poderosos y los extranjeros me deshacía en elogios y sonreía. La verdad es que era un pobre tipo sin vergüenza. Era el inútil de Qian Ding, el subprefecto de Gaomi. Si todavía estás vivo, Qian Ding, te has convertido en un muerto viviente, un cadáver que camina. Incluso Xiao Shanzi, que se cagó en los pantalones antes de morir decapitado, era mil veces más fuerte que tú. Y ya que no tenías el temperamento de un héroe, pues continuaste viviendo como un perro, te insensibilizaste, te convertiste en un perro, y te convertiste en el supervisor de las ejecuciones. Entonces concentré mi mirada, que estaba perdida, en el verdugo Zhao Jia, el cual sujetaba la cabeza. Oí con claridad su anuncio y fui consciente de lo que había hecho. Enfermo, me adelanté hacia la tribuna, me remangué la chaqueta, me arrodillé en el suelo golpeándolo varias veces y les anuncié al ladrón y al bandido:

—La ejecución ha sido realizada; si Vuestras Excelencias desean venir a comprobarlo...

Yuan Shikai y Carl Rosendahl comentaron algo por lo bajines, y Carl Rosendahl se puso a reír a carcajadas. Se levantaron y se dirigieron por los lados hacia la parte delantera de la escena.

—Subprefecto de Gaomi, ¡levántese! —me dijo fríamente Yuan Shikai.

Yo me levanté y me puse detrás de ellos, caminando todos hacia la plataforma del

cielo. Yuan Shikai era gordo como un oso y Carl Rosendahl, delgado como una aguja. Caminábamos como patos, muy lentamente hacia la plataforma alta. Yo avanzaba con las cejas bajas [306](#) y la cabeza colgada, pero sin perder de vista sus espaldas. En realidad, yo había guardado en mi bota una daga. Si hubiera tenido las agallas de mis hermanos, los habría matado. Cuando entré en el campo para detener a Sun Bing, supe guardar mi sangre fría, pero en ese momento, caminando detrás de ellos, no era más que un pobre tipo. A ojos del pueblo, yo ya era un lobo y un tigre, pero ante esos poderosos era un corderito inofensivo. Pero no era como todos los corderitos inofensivos, porque a los corderitos les crecen cuernos y pueden luchar; yo era como un ratón.

Ante ese buen Han que era Sun Bing, vi que su cara estaba hinchada y enrojecida debido a la sangre, sin duda. La sangre salía de su boca y sus ojos ya no tenían vida. Los dientes que le faltaban hacían que sus heridas pasaran desapercibidas, pero esas heridas eran todavía audibles. Insultó a voces a Yuan Shikai y Carl Rosendahl; incluso intentó escupirles en la cara, pero le faltaron las fuerzas y la saliva se convirtió en burbujitas, como esas que salen de la boca de los niños. La boca de Sun Bing parecía la boca de un cangrejo cuando sale del agua. Yuan Shikai movió la cabeza y dijo, satisfecho:

—Subprefecto de Gaomi, como convenimos, le dará a Zhao Jia y a su hijo los taeles de plata que se le deben por el trabajo. Además, padre e hijo entrarán en la primera categoría de los empleados en el *yamen* y también se les dará una parte del dinero obtenido con las provisiones de grano.

Zhao Jia, que me iba siguiendo detrás, se arrodilló al instante en la rampa que conducía a la plataforma del cielo y dijo en voz alta:

—Le agradezco a Su Excelencia su gran generosidad y su alto sentido de la moral.

—Pero no te relajes —dijo Yuan Shikai con un tono severo y amable al mismo tiempo—, Sun Bing no puede morir. Debe estar vivo hasta el día veinte, que es el día de la inauguración de la línea de ferrocarril. Recuerda que los periodistas extranjeros vendrán a sacar fotos. Si muere, no te extrañe que deje de mostrarme amable contigo...

—Vuestra Excelencia puede estar tranquila —le dijo Zhao Jia de forma respetuosa—, este humilde servidor hará todo lo posible por mantenerlo vivo hasta la ceremonia del día veinte.

—Subprefecto de Gaomi, por el bien de Sus Majestades, los emperadores de la gran dinastía Qing, deberás aportar las tres categorías de servidores para ayudar a los verdugos en su tarea. Durante ese tiempo, no podrás quedarte en el *yamen* —dijo Yuan Shikai, y con una sonrisa en los labios, añadió—: Después de la inauguración, la subprefectura de Gaomi se convertirá en el orgullo de la corte de Qing; y si no sabes aprovecharte de esta situación es porque eres un tonto. ¿Acaso no dicen que cuando

silba el tren el oro llega a paladas?... A decir verdad, mi querido hermano, soy yo quien gobierna en tu lugar la subprefectura y dirige al pueblo...

Yuan Shikai se puso a reír a carcajadas, y yo me arrodillé en la plataforma del cielo. Ante los miles de insultos y amenazas que lanzaba Sun Bing, le repliqué:

—La agradezco a Su Excelencia haberme dado esta educación. Haré todo lo posible por cumplir con mis obligaciones.

II

Yuan Shikai y Carl Rosendahl parecían amigos de toda la vida, y así descendieron de la plataforma del cielo. El ejército de Yuan Shikai y los soldados extranjeros, junto al palanquín de Yuan Shikai y el caballo de Carl Rosendahl, salieron del campo de entrenamiento y se pusieron en camino, levantando polvo, en fila, hacia el *yamen*. Los cascos de los caballos resonaban al chocar con la tierra del camino y el polvo salía volando. El *yamen* de Gaomi se había convertido ya en la residencia temporal de Yuan Shikai y Carl Rosendahl; y la escuela de estudios clásicos de Tongde se había convertido en la caserna y las cuadras de los soldados extranjeros. Pero cuando se fueron, el pueblo empezó a ocuparlo por los lados. Sentí que perdía la cabeza, y luego sentí pánico. El *daren* Yuan provocaba en mi corazón una oleada de indignación y rabia. El *daren* me decía: «Si llegado el momento no te promueven...»; una promoción, ah, una promoción... Todavía tenía esperanzas. Eso explicaba por qué yo seguía estando bajo las órdenes de Yuan Shikai, y Yuan Shikai no me odiaba porque todavía valía algo. Examinándolo más de cerca, el asunto de Sun Bing tuvo algo de positivo. Fui yo quien lo capturé, y lo hice solito. Lo capturé, además, vivo, y ahorré la vida de los soldados de Yuan Shikai y la vida de los extranjeros. Durante la ejecución del suplicio del aroma de sándalo mantuve el tipo. Trabajé duro día y noche, utilizando el menor tiempo posible para obtener los mejores resultados, les proveí con las mejores instalaciones y los mejores instrumentos para la ejecución. Nadie lo hubiera hecho con tanta belleza como yo. Tal vez el *daren* Yuan Shikai no era tan pérfido como pensábamos. Tal vez era un ser que encarnaba la lealtad en su

más alto grado, un ser que veía más lejos que los demás. La lealtad extrema conduce a la traición, como la sabiduría suprema lleva a la estupidez. En la empresa de levantar la gran dinastía Qing, Yuan Shikai era, tal vez, el principal pilar. Oh, yo no era más que un subprefecto sin importancia, yo solo obedecía órdenes de mis superiores, hacía todo lo que podía por cumplir con mis responsabilidades, y hacer las cosas bien, todo eso era lo que debía hacer. Los grandes asuntos del estado estaban reservados para Sus Majestades los emperadores. Los individuos insignificantes como yo ni entraban ni salían en esos asuntos.

Superé mis momentos de locura y mis dudas, recuperé el sentido del tacto y mi antigua capacidad de trabajo. Di las órdenes que me habían pedido que diese y llevé a los servidores del *yamen* en sus tres categorías a la plataforma del cielo para guardar al crucificado de Sun Bing. El pueblo estaba ya en todas partes. Parecía que toda la gente que vivía en la subprefectura de Gaomi se había juntado ahí. Innumerables caras, todas ellas teñidas de rojo por la luz del crepúsculo. Habían vuelto los cuervos de las últimas luces del día y sobrevolaban el campo de entrenamiento. Al este del campo estaban sus nidos y sus casas, sobre los techos y cubiertos de los sombreros de los árboles, esa luz dorada. Mis queridos paisanos, regresad a vuestras casas, regresad a ellas y sobrellevad con dignidad lo que los días os traerán en el futuro. Os lo aconsejé. No os metáis en líos, ni os hagáis los héroes juntándoos con la resistencia. Mejor que os traten como corderitos. Sun Bing ha recibido en la plataforma del cielo el suplicio de la estaca de sándalo, él era el ancestro de la ópera de Maoqiang, y ahora es un caso trágico de lo que no se debe hacer.

Pero el pueblo hacía oídos sordos a todo lo que les decía desde mi corazón. Yo sabía que mis palabras tenían la dureza de la verdad. Como esas olas que se rompen en las rocas, incontrolables, la gente se abalanzaba hacia la plataforma del cielo. Cada uno de los servidores del *yamen* desenfundó el sable como si fueran a empezar una gran batalla. Las gentes del pueblo se quedaron en silencio y pusieron caras raras, y a mí me pusieron nervioso. El sol rojo se puso por el oeste y el conejo de jade salió por el este [307](#). La luz cálida y dorada del día que se acababa y la luz plateada y fría de la luna bañaban el campo de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos de Tongde, la plataforma del cielo y las caras de las gentes del pueblo de Gaomi.

Mis queridos paisanos, dejadlo estar, regresad a casa...

Pero la multitud aguantaba, silenciosa.

Se oyó de repente la voz atronadora de Sun Bing, que empezó a cantar. De su boca salía el viento y su pecho se hinchaba; todo ello sonaba como una caja de resonancia. Desde su posición podía ver todo lo que sucedía a su alrededor. Según su naturaleza y sabiendo el tipo de persona de que era, sabía que iba a aprovechar cualquier resquicio de vida para ponerse a cantar, y esa oportunidad se le había presentado en ese momento. Yo lo comprendí de golpe. La gente se había reunido ante la plataforma

para oírlo cantar y no para llevárselo. Con solo ver sus caras y sus bocas abiertas uno se daba cuenta de que esa gente estaba loca por el teatro.

El día quince de la octava luna brilla la luna ~~ y sobre la plataforma alta sopla el viento salvaje de los llanos ~~

Nada más abrir la boca, Sun Bing empezó con el aria de *El gran dolor* de la ópera de Maoqiang. Su voz se había gastado con tanto insulto que había proferido y no la tenía afinada, pero una voz así y el cuerpo lleno de sangre le daban una imagen más trágica. Su canto tenía algo de más lúgubre y conmovedor. Le daba a Sun Bing, en una palabra, más poder. Debía reconocer que Sun Bing, ese rústico que había nacido en un burgo en una subprefectura tan pequeña como Gaomi, era un hombre de talento y un héroe. Era un personaje cuya vida merecía ser contada en los libros de biografías y pasar a la posteridad para ser recordado. Una obra de ópera de Maoqiang debía ser compuesta en su honor, una obra que contase su vida. Según me contaron mis servidores, desde que Sun Bing fue apresado, en el distrito de Dongbei en la subprefectura de Gaomi había aparecido temporalmente una banda de ópera de Maoqiang que actuaba en los enterramientos de esos que habían muerto en estos tiempos difíciles. Gritaban, lloraban y se lamentaban de principio a fin. Pero había algo diferente. Esa banda contaba ya en sus cantos las hazañas de Sun Bing contra los alemanes.

Yo sufrí la crueldad suprema, mis intestinos y mi hígado quedaron destrozados ~~ contemplo a lo lejos mi tierra natal y mis ojos se llenan de lágrimas ~~

Y la multitud debajo de la plataforma lanzaba sus gritos con una voz apretada y sufrida. Esas voces chocaban las unas contra las otras, y eran voces en las que se mezclaban maullidos. En esas circunstancias tan trágicas, la gente ya no se acordaba de las letras de las obras de Maoqiang.

Las llamas arden con rabia en mi tierra natal ~~ mi mujer y mis hijos, ah... ~~

El pueblo, que se encontraba debajo de la plataforma, parecía consciente de cuáles eran sus responsabilidades y sin haberse puesto de acuerdo lanzaban sus maullidos al unísono: ¡miau! En medio de esa algarabía de maullidos destacó un lamento desolado que, como una fumarada blanca, se elevaba hacia el cielo y se perdía entre las nubes:

Mi padre, ah... ~~ mi qindie... ~~

Ese grito era límpido y conmovedor, y entonaba a la perfección con el aria de *El gran dolor* de la ópera de Maoqiang. Comparados con la voz rota de Sun Bing, los maullidos que venían de la parte de abajo de la plataforma formaban un acompañamiento agradable y armónico que crecía y decrecía como una ola. Sentí de repente un pinchazo en mi corazón, como si me hubieran dado un puñetazo. Mi amada había venido. Era lo que yo más había querido en esta vida, la hija natural de Sun Bing, Sun Meiniang, y había venido. Aunque he estado temblando todos estos días como una hoja muerta que se lleva el viento y la lluvia, ella ha estado

constantemente en mis pensamientos; y no solo pensaba en ella porque llevaba a mi hijo en su vientre. Vi a la joven abriéndose paso entre la multitud como una anguila negra y dorada en las aguas. Se deslizaba entre la gente hacia la plataforma alta como si estuviese cubierta de aceite y lo hacía de manera cómica. La vi despeinada y con las ropas puestas de cualquier manera, y la cara sucia —parecía un fantasma—. No tenía nada del encanto y la frescura que me habían encandilado en el pasado. Pero era, sin duda, Meiniang. Y si no era Meiniang, ¿quién diablos iba a querer ir de esa manera hacia la plataforma alta? Me preocupaba, ¿debía dejarla subir o no?, pensé.

Yo, yo, yo hice venir a los generales y los soldados del Cielo ~~

Una tos violenta interrumpió el canto de Sun Bing. Entre la tos, le salió una voz parecida a la de un gallo. El sol ya se había puesto y solo quedaba una luz roja oscura, pero la luz de la luna iluminaba la cara alargada e hinchada de Sun Bing. Su cara parecía entonces hecha de bronce. El cráneo de su cabeza se movía torpemente de un lado a otro. Hasta la plancha de madera de pino que lo sujetaba se tambaleaba. Sun Bing vomitó de pronto un chorro de sangre negra. Un olor insoportable empezó a expandirse sobre la plataforma alta. La cabeza de Sun Bing había quedado colgando sobre su pecho como si hubiese perdido la vida.

A mí se me encogió el corazón. Tuve un mal presentimiento: mi cabeza se vio envuelta en nubes negras. ¿Había muerto? Y si había muerto de esa manera, ¿cómo se lo iba a tomar Yuan Shikai? ¿Se iba a enfadar Carl Rosendahl? El oro de Zhao Jia, padre e hijo, se iba transformar en una sombra hinchada y mi promoción se iba a convertir en sorgo seco. Suspiré y pensé: si estaba muerto, pues genial; y si no estaba muerto, pues que se muera ya porque así el plan de Carl Rosendahl se iba al traste, así como su celebración de mierda. Sun Bing, ¡muérete de una vez! ¡Y muérete con brillantez! ¡Conserva el soplo vital de los héroes y sé un ejemplo para el pueblo! Si continuas viviendo cuatro días más, no me imagino el sufrimiento que vas a padecer... Qian Ding, este país ha sido derrotado, la gran dinastía Qing está tocando a su fin, el pueblo está hundido en la miseria y la desesperación, la sangre circula en ríos, y tú, lo único en lo que piensas es en tu promoción... Sun Bing, muérete, no sigas vivo, subirás al cielo y te ganarás la eternidad en este bajo mundo.

Zhao Jia y Xiaoja salieron de la tienda. El padre, Zhao Jia, llevaba una linterna de papel y el hijo, Xiaoja, un bol negro entre sus dos manos. Caminaban a pasos bien marcados y acompasados el uno respecto al otro. Tomaron la rampa de madera de pino que conducía a la plataforma alta. Pasaron junto a Meiniang, que estaba de pie junto a la rampa. Padre, ah, cómo has podido llegar hasta ahí... Sun Meiniang, entre lamentos, siguió los pasos de Zhao Jia, padre e hijo, a trancas y barrancas, hasta llegar a la plataforma del cielo. Yo estaba a un lado y les dejé pasar. Todos los servidores del *yamen* que estaban sobre la plataforma alta me miraron a la cara. Yo, ante sus miradas indecisas, me hice el ciego. Mis ojos se concentraron en Zhao Jia, Xiaoja y Meiniang.

Los tres formaban una familia. Encima de la plataforma alta y con el supliciado Sun Bing, todos juntos, parecía que iban a posar para un retrato familiar. Todo estaba bien así, y ni siquiera Yuan Shikai se hubiera opuesto a ese momento.

Zhao Jia levantó la linterna de papel con la mano derecha e iluminó la cara de Sun Bing. La mano izquierda le había quedado libre y con ella levantó el mentón de Sun Bing. Yo le vi la cara y pensé que estaba muerto, pero no era así. Su pecho aún se movía dando sacudidas violentas. Su boca y su nariz apestaban, pero, al parecer, le quedaban todavía muchas fuerzas, lo que, francamente, me decepcionó y complació al mismo tiempo. Una oleada de pensamientos y sensaciones que me dejó confuso me vino a decir que Sun Bing no era alguien que había recibido un suplicio cruel, sino un enfermo que iba a morir y cuya muerte debía ser aplazada constantemente. Incluso si se sabía que inexorablemente iba a morir, debía mantenerse en vida tanto como se pudiese... Entre la vida y la muerte, mi actitud era la de un indeciso.

—¡Dale el tazón de ginseng! —le gritó Zhao Jia a su hijo.

En ese momento olí el ginseng fuerte y amargo, el de la mejor calidad, que salía del bol negro que sujetaba Xiaoja con las dos manos. Yo, en mis adentros, le admiraba profundamente. Lo hacía en secreto, pero no podía evitarlo. Admiraba a Zhao Jia y su arte. No se le escapaba ningún detalle y tenía todo bajo control. Después del suplicio, Zhao Jia tenía ya preparado un bol con un caldo hecho de ginseng... Increíble. Tal vez, había preparado el mejunje en la tienda antes de la ejecución y nadie lo había visto. Verdaderamente tenía un plan en la cabeza y lo había previsto todo, hasta el menor detalle.

Xiaoja se adelantó un paso con el bol en las manos y alzándolo lo acercó a la boca de Sun Bing, donde lo vertió. La boca de Sun Bing se abrió como la de un cachorro, ansioso, que tiene hambre y busca el pezón de su madre, pero a Xiaoja la mano le temblaba y en su intento por meterle la sopa, derramó una parte sobre el mentón del supliciado, donde antaño colgaba una bellísima barba. Zhao Jia, enfadado, le dijo:

—¡Ve con cuidado!

Pero Xiaoja, ese tipo que se encargaba de sacrificar perros y cerdos, no estaba hecho para trabajos más sutiles y derramó la otra cucharada que le tenía preparada a Sun Bing; esta cayó sobre su pecho.

—Pero ¿qué haces? —Zhao Jia no soportaba a todas luces que se derramase el ginseng, e iluminó las manos de Xiaoja con la lámpara de papel—. Coge tú la lámpara, ya le daré yo el ginseng.

Pero antes de que él pudiese coger de las manos de Xiaoja el cuenco negro, Sun Meiniang se adelantó para atraparlo con sus propias manos, y con una voz cálida dijo:

—Ah, mi *die*, has sufrido tanto..., bebe un poco de ginseng. Un poco más y verás cómo te sentirás mejor...

Vi los ojos de Sun Meiniang llenos de lágrimas.

Zhao Jia seguía con la linterna en lo alto y Xiaojia le tenía cogida la barbilla a Sun Bing. Mientras tanto, Sun Meiniang le dio la sopa con cuidado, sin derramar una gota, y acabó por metérselo todo en la boca de Sun Bing.

Esa escena me hizo por un momento olvidar que yo era el supervisor de la ejecución en la plataforma del cielo y que debía vigilar al criminal. Lo único que veía era a tres miembros de una familia dando un bol de ginseng a un pariente enfermo.

Después de tomar el cuenco con el ginseng, Sun Bing se revitalizó mucho. Su respiración ya no era tan pesada y su cuello podía sostener la cabeza, pero su boca sacaba todavía mucha sangre y la cara seguía igual de hinchada. Meiniang le ofreció el cuenco a Xiaojia y se puso a aflojar las cuerdas que maniataban al crucificado de Sun Bing. La boca de la joven no paraba de decir cosas:

—Ah, mi *die*, no temas, volveremos a casa...

Mi cabeza se había vaciado, y no sabía qué hacer en esas circunstancias, y fue Zhao Jia quien, como de costumbre, supo qué hacer. Le dio la lámpara a Xiaojia y se clavó entre Meiniang y Sun Bing. Los ojos del verdugo lanzaban una luz fría y esbozó una sonrisa seca. Luego dijo:

—Mi querida y valiosa nuera, despierta de tu sueño, este hombre ha cometido un crimen contra la gran dinastía Qing. Si lo soltamos, su familia, es decir, la tuya, será exterminada durante nueve generaciones. ¿Es que no lo entiendes?

Sun Meiniang extendió el brazo y le dio un bofetón a Zhao Jia, y luego dio otro bofetón, pero esta vez fue a parar a mi cara. Después se arrodilló delante de mí y de Zhao Jia. De su boca salió un lamento triste y estremecedor. Entre llantos, dijo:

—Soltad a mi *die*..., os lo suplico. Soltad a mi *die*.

Vi que la multitud se había arrodillado también, debajo de la plataforma, bajo la luz de la luna, y reclamaba lo mismo con gritos de todo tipo y luego y al unísono:

—Soltadle... Soltadle...

Otra oleada de sensaciones complejas subió y bajó en mi corazón. Oh, el pueblo... Vosotros no sabíais nada de lo que estaba pasando, ni de lo que pensaba Sun Bing. Lo único que veían vuestros ojos era a Sun Bing sufriendo mucho sobre la plataforma. Lo pensasteis o no, pero Sun Bing se había tomado el bol entero de ginseng porque no deseaba morir y deseaba vivir. ¿Lo comprendisteis? Si quería vivir, habría podido escaparse de la muerte la pasada noche, cuando salió del calabozo y evitar la justicia como un dios y no como un fantasma. Ante esta situación, yo no podía hacer nada. Sun Bing sufrió el infierno en la tierra y ahora se ha convertido en un santo. Yo no podía ir contra la voluntad de los santos. Hice una señal con la mano a varios servidores del *yamen* y les di instrucciones en voz baja. Les pedí que cogieran a Sun Meiniang y la bajasen de la plataforma del cielo. Sun Meiniang intentó liberarse de los servidores con uñas y dientes, y de su boca salían insultos y palabras sucias, pero no podía, a pesar de todo, con la fuerza de cuatro de mis servidores. La bajaron

finalmente de la plataforma del cielo, y les pedí que formaran dos grupos. Mientras uno la vigilaba, el otro descansaba. Cada dos horas debían hacer el relevo. El lugar para descansar era la habitación vacía que daba a la calle que estaba junto a la escuela de estudios clásicos de Tongde. Les dije a los otros servidores del *yamen* que vigilasen la rampa. Eso era lo más importante. Nadie salvo Zhao Jia, padre e hijo, debía estar ahí encima. Si alguien subía por los lados a la plataforma alta, o saltaba, había que expulsarlo de inmediato. Si a Sun Bing le pasaba algo, lo mataban o se lo llevaban, Yuan Shikai me cortaría la cabeza, pero antes yo os la cortaría a vosotros.

III

Pasaron lentamente dos días y dos noches que se hicieron larguísimos.

El tercer día, muy temprano, después de inspeccionar la plataforma del cielo, volví a la biblioteca ya vacía del campo de entrenamiento de Tongde, y me tumbé, vestido, sobre el tapiz que cubría los ladrillos azules del suelo. Los servidores del *yamen* que descansaban esperando la guardia roncaban como un trueno. Los mosquitos del mes de agosto hacían su aparición y mordían como leones. Mordían sin hacer ruido, pero se veía la sangre que dejaban. Con la manga de mi camisola intentaba proteger mi cara de sus mordeduras. Fuera se oían los caballos de los extranjeros relinchando y alimentándose bajo los sauces que había junto a la escuela de estudios clásicos. Se oían las pisadas de sus pezuñas. También se oían a los gusanos de la mitad del otoño cantar y musitar entre los hierbajos que crecían junto al muro. Había además el *glu, glu* del agua que fluía secretamente, pero no sabía si era el agua de río de Masang del distrito de Dongbei en Gaomi que se agitaba nerviosa. Mi corazón se veía otra vez envuelto en un mar de olas agitadas de tristeza y dolor, y así, con la cabeza en un estado de indefinición, entré en el mundo de los sueños.

—*Laoye, laoye...*, no pinta nada bien todo esto... —me despertó de mi sueño una voz ansiosa.

Me salió un sudor frío y vi el rostro de ese idiota que va de listo de Xiaojia que, tartamudeando, me volvía a decir:

—*Laoye, laoye...*, no pinta nada bien todo esto..., Sun Bing quiere morir...

Sin pensarlo dos veces, me levanté y salí de la habitación. El sol brillante del otoño

estaba ya en todo lo alto, en el sureste, y entre el cielo y la tierra se había extendido una luz blanca que me cegaba. Ante mis ojos solo veía una banda de color negro. Yo intentaba proteger mis ojos de esa luz detrás del cuerpo de Xiaojia, mientras los dos íbamos dándonos prisa hacia la plataforma alta. Zhao Jia, Meiniang y los servidores del *yamen* estaban todavía ahí, junto a Sun Bing. Yo me acerqué y apestaba. Vi que sobre la cabeza de Sun Bing revoloteaban moscas verdes. Zhao Jia intentaba sin éxito espantarlas con un espantamoscas hecho con una cola de caballo. Algunas moscas se iban, pero la mayoría volvía hacia el cuerpo del moribundo de Sun Bing. No sabían si era la peste que desprendía Sun Bing lo que las atraía o una fuerza misteriosa desde el mundo de las tinieblas.

Vi que a Meiniang no parecía molestarle el olor de Sun Bing y permanecía indiferente delante de él. Con un pañuelo blanco limpiaba los huevos que las moscas dejaban en el cuerpo de su padre. Mis ojos seguían con asco el movimiento de las manos de Meiniang. De los ojos de Sun Bing, hasta su boca, desde su ombligo hasta sus orejas, desde las heridas que chorreaban sangre en la cabeza hasta su pecho desnudo y las heridas que supuraban..., ahí los huevos se convertían, en un abrir y cerrar de ojos, en larvas que ocupaban todas las partes húmedas. Sin la acción de Meiniang, esas larvas habrían devorado ya a su padre. En la peste que desprendía el cuerpo de Sun Bing sentía el olor mismo de la muerte.

Sobre el cuerpo de Sun Bing no solo se desprendía ese olor insoportable, sino que radiaba mucho calor. Sun Bing era, simplemente, un horno encendido. Si bien tenía aún sus vísceras enteras, estas debían de estar en brasas. Los labios de su boca estaban agrietados como la corteza de un árbol que acaba de pasar por el fuego y sus cabellos desordenados recordaban la paja que yace en el colchón del *kang* después de muchos años. Con apenas acercarlos fuego, prenderían; con apenas tocarlos, se romperían. Pero todavía no estaba muerto. Todavía respiraba, y se oía cómo respiraba. Sus dos pulmones se hinchaban y se deshinchaban, y se le oía silbar como a un enfermo que está a punto de expirar.

Al verme llegar, Zhao Jia y Meiniang interrumpieron su actividad y me miraron con ojos expectantes. En sus ojos aún había un atisbo de esperanza. Yo contuve la respiración y le toqué con la palma de mi mano la frente a Sun Bing. Estaba ardiendo hasta tal punto que creí que me había quemado.

—*Laoye*, ¿qué vamos a hacer? —En los ojos de Zhao Jia había por primera vez un ápice de desamparo. Viejo hijo de puta, tú también tienes tus momentos de debilidad... El viejo prosiguió con una voz débil y ansiosa—: Si no hacemos nada, este no dura vivo hasta esta noche.

—*Laoye*, salve la vida de mi padre... —gimoteó Meiniang—. Míreme a la cara, sálvele la vida...

En silencio, me apené por ello y por esa estúpida de Meiniang. Zhao Jia temía por

la muerte de Sun Bing, pero lo hacía por su propio interés. Sun Meiniang temía por la muerte de Sun Bing porque temía perderlo para siempre. Ah, Meiniang... Si Sun Bing moría, ¿no le evitaba acaso este mar de sufrimientos y subiría al paraíso? ¿Por qué mantenerlo en vida con este suplicio, que es uno de los más crueles en el mundo, con el fin de dar más lustro y pompa a la inauguración de las vías férreas de los alemanes? Un cuarto de hora de vida era para él como un cuarto de hora de sufrimientos indecibles encima de una lámina afilada o en una marmita ardiendo. Pero un día más de vida..., al contrario, suponía la eternidad para él. Ello tendría algo de trágico y sublime, entraría definitivamente en el panteón de los héroes de Gaomi, se forjaría una leyenda entre el pueblo, y su andadura sangrienta aparecería en los libros de historia de Gaomi y de la gran dinastía Qing... Mirándolo por todos los lados, de izquierda a derecha, de arriba abajo, perdí la capacidad de tomar una decisión. Salvar a Sun Bing era como seguir la corriente cuando se va en una barca, es decir, aprovecharse de la situación, y no hacerlo era exactamente lo contrario. ¡Basta ya, qué lío! Sun Bing, ¿cómo te sientes ahora? Levantó con dificultades el mentón y le temblaban los labios. Pronunció unos sonidos entrecortados y sus ojos desprendían una luz negra y rosada, era una mirada ardiente que parecía más bien una flecha que se me clavaba en el corazón. La grandeza y la fuerza vital de Sun Bing tenían el efecto de un terremoto sobre mí. Me vino de pronto un pensamiento violento y arrebatador: dejarlo vivo era no dejarlo muerto. Esa escena de teatro trágica y sublime no podía acabar así.

Le pedí a dos servidores del *yamen* que fuesen a buscar a los mejores médicos de la subprefectura: uno era el experto cirujano Cheng Buyi —el enmendador de ropas—, de las tierras del sur. El otro era el médico de cabecera Su Zhonghe —el gran neutralizador—, de las tierras del oeste. Les pedí que viniesen lo antes posible con sus mejores medicinas. Les dije que era una orden del gobernador de la provincia de Shandong, Yuan Shikai, y si no se daban prisa, les esperaba la muerte..., y los dos servidores del *yamen* salieron volando...

Le pedí a otro servidor del *yamen* que fuese a la tienda de papel a por Chen Qiaoshou —el de las manos hábiles—, para que viniese con todas sus herramientas. Le dije al servidor que era una orden del gobernador de la provincia de Shandong, Yuan Shikai, y si no se daba prisa, le esperaba la muerte..., y el servidor del *yamen* salió volando...

Le pedí finalmente a otro servidor del *yamen* que fuese a la sastrería y le rogase a Zhang Mazi —el de la cara llena de picaduras— que viniese con sus utensilios y dos *zhang* de gasa blanca. Le dije al servidor que era una orden del gobernador de la provincia de Shandong, Yuan Shikai, y si no se daba prisa, le esperaba la muerte..., y el servidor del *yamen* salió volando...

IV

El experto cirujano Cheng Buyi y el médico de cabecera Su Zhonghe llegaron acompañados de los servidores del *yamen*, y uno detrás de otro, a la plataforma del cielo. Cheng Buyi era alto y delgado, con la tez oscura y la boca sin un solo pelo. No le sobraba un solo trozo de carne. Ese aspecto fibroso y escuchimizado le daba, sin embargo, la imagen de un hombre al que no le faltaban las energías. Su Zhonghe era rechoncho y bajito, y su cabeza lucía una calva reluciente. De su barbilla colgaba una perilla blanca y muy poblada. Esos dos eran dos personajes bien conocidos en Gaomi. En el año de la contienda de las barbas en la subprefectura entre Sun Bing y yo, esos dos estaban en la primera fila y se mostraron entre los más entusiastas. Su Zhonghe vino con un saco de grandes proporciones, y Cheng Buyi con paquete de gasas blancas. Los dos estaban muy tensos. La cara negra de Cheng tenía algunas motas grises; parecía tener frío. La cara de Zhang era blanca con motas amarillas, y la tenía aceitosa y brillante porque le sudaba constantemente; parecía tener mucho calor. Se arrodillaron en la plataforma alta, pero antes de que abriesen la boca, les dije: la situación es grave. Vuestras manos sagradas y vuestros pies de jade me serán de gran ayuda. Ese que está delante no necesita presentaciones. Lo conocéis todos; y por qué está ahí también lo sabéis. El *daren* Yuan lo dijo claramente. Hay que mantener a este tipo con vida hasta el día veinte de la octava luna. Hoy es el decimoctavo día de la octava luna. Todavía nos quedan dos días antes del fin de la orden del *daren* Yuan. Una vez lo hayáis visto, os daréis cuenta del porqué de mi llamada.

Los dos doctores se miraron respetuosamente sin atreverse a diagnosticar nada. Los

dos —uno alto, otro bajito, uno gordo, otro delgado— no paraban de saludarse. El resultado era cómico, y uno de los servidores no pudo contener la risa. A mí me asqueaba ya tanto rito en esas circunstancias, aunque no perdí la compostura e intenté mantenerme educado en todo momento. Les dije con firmeza:

—Déjense de saludos. Si no llega vivo al día veinte, tú... —y señalé a Cheng Buyi—, y tú... —y señalé a Su Zhonghe—, y todos vosotros... —señalé como pude a todos los que estaban en la plataforma alta—, y yo..., todos moriremos con Sun Bing.

El ambiente en la plataforma alta se tensó de pronto. Los dos médicos quedaron estupefactos. Señalé a Cheng Buyi y le dije:

—Usted es el cirujano, pues usted debe empezar el primero.

Cheng Buyi se adelantó levantando las piernas y pisando con la punta de los pies como un perro que ha robado carne en un puesto callejero. Se acercó a Sun Bing y tocó con sus dedos la punta de la estaca de madera de sándalo que salía por arriba, y luego tocó la punta que salía por abajo. Al mover las extremidades de la estaca con los dedos, empezó a salir una espumilla verde, y el olor que desprendía la carne podrida era insoportable. Las moscas se excitaron con el movimiento de la estaca y se pusieron a lanzar zumbidos ensordecedores. Cheng Buyi dio unos pasos hacia atrás y se puso delante de mí, arrodillándose. Los músculos de su cara delgada estaban tensos, y apretaba los labios de la boca con fuerza, retorciéndola. Parecía que se iba a poner a llorar de un momento a otro. De su boca salieron unas palabras entrecortadas y torpes:

—*Laoye...*, sus vísceras están dañadas. Este humilde servidor no puede hacer nada.

—¡Tonterías! —Zhao Jia abrió los dos ojos como platos y miró de frente a Cheng Buyi. Con un tono de voz severo, añadió—: ¡Te lo puedo garantizar, ninguna víscera ha sido dañada! —Desvió la mirada hacia mí y continuó hablando—: Si sus vísceras hubieran sido dañadas, habría muerto hace tiempo. No podría hablar ahora. Por favor, gran *laoye*, ¡compréndalo y examínelo con sus propios ojos!

Lo examiné y respondí:

—Zhao Jia tiene razón. Las heridas de Sun Bing son interiores, pero quedan en medio. De ahí la pus y la hemorragia de la sangre. Si no, estaría agonizando... Solo usted puede intervenirlo. Si no lo hace usted, no sé quién podría hacerlo...

—*Laoye...*, *laoye...* —balbuceó—, este humilde servidor..., este humilde servidor...

—Ni *laoye* ni humilde servidor, este trabajo se ha de hacer —le dije libre de todo protocolo y moviendo las manos con valentía y autoridad—. Y como buen médico, ¡del caballo muerto haz un caballo vivo!

Cheng Buyi se armó finalmente de valor y se puso manos a la obra. Se quitó la chaquetilla china y la dejó sobre la plataforma y se hizo la coleta en la cabeza. Se remangó y pidió agua para lavarse las manos. Xiaojia voló hacia la parte baja de la

plataforma para buscar una palangana con agua limpia y como un criadillo le lavó las manos a Cheng Buyi. Cheng Buyi cogió el paquete con la gasa blanca y lo dejó sobre la chaquetilla, y, tras desligarlo, de él sacó: dos cuchillos, uno grande y otro pequeño; dos tijeras, una grande y otra pequeña; un par de fórceps, uno grueso y otro delicado; dos palos de madera, uno grande y otro pequeño; una botella grande llena de alcohol y una botella pequeña con medicinas. Además de todo eso, había algo de algodón y un pañuelo. El cirujano le cortó, zis, zas, la ropa a Sun Bing. Dejó las tijeras y mojó en el alcohol el algodón, y con él empezó a limpiar las puntas de la estaca, tanto la que salía por encima y su orificio, como la de abajo, donde salía aún mucha pus y sangre, y seguía apestando. El cuerpo de Sun Bing se agitó bruscamente y lanzó unos gritos que nos pusieron los pelos de punta y nos dio un escalofrío en la espalda.

Cheng Buyi recobró, mientras curaba a Sun Bing, cierta confianza en sus habilidades y la valentía que recordaban, ciertamente, la gloria que las precedía, y ello le permitía superar sus miedos. Pero sin venir a cuento interrumpió la cura. Sin doblarse y muy estirado, se puso delante de mí y me dijo con un tono de voz arrogante y desafiante:

—*Laoye*, si logramos sacarle la estaca de madera de sándalo, este humilde servidor puede garantizarle que el condenado no solo vivirá, sino que se pondrá bien...

Le interrumpí y, burlándome de él, le contesté:

—Si quiere acabar empalado como él, ¡arránquesela!

Cheng Buyi se puso pálido y se dobló al instante. Sus ojos empezaron a pestañear nerviosamente y, temblando, volvió a mojar el algodón en el alcohol y se puso otra vez a limpiar las heridas de Sun Bing. Luego, con una hojita de bambú que le servía de espátula, cogió un unguento rojo y se lo puso sobre las heridas.

Una vez acabado el trabajo, Cheng Buyi se retiró. Entonces llamé a Su Zhonghe para que hiciese su diagnóstico. Se acercó temblando y con los dedos le tomó el pulso a Sun Bing, lo manoseó y le puso la cabeza recta sobre los hombros. Se retiró unos pasos y se puso a pensar con la mano en la boca y moviendo la cabeza cuál debía ser su diagnóstico. Tenía un aspecto ridículo y al final, entre tantas cavilaciones y gestos, se animó a dar un diagnóstico:

—Estimado *laoye*, el enfermo tiene los ojos rojos y mal aliento, los labios agrietados y la boca seca, la cara hinchada y fiebre, lo que indica, al parecer, que está ardiendo por dentro, donde no tiene ya absolutamente nada. Tiene el pulso acelerado y cuando se le aprieta el cuerpo, parece un cebollín verde. Si le digo la verdad, creo que es una combinación extraña de tensión baja y anemia. Se trata de un gran vacío que pretende ser una gran plenitud, una gran deficiencia que pretende ser una gran abundancia. No sé si me explico, pero esa es su enfermedad. Un médico ordinario hubiera podido hacer este diagnóstico y, lo peor de todo, le hubiera aconsejado el mal remedio, el remedio de un bandido farsante. ¡Y eso es lo más peligroso!

Su Zhonghe se mostró a la altura de su reputada familia —antigua de tres generaciones— y sus conocimientos superaban con creces los de los curanderos ordinarios. Su análisis de la situación me hizo suspirar y le pregunté al instante cuál era la receta que necesitaba Sun Bing.

—Hay que darle de beber un brebaje de ginseng del bueno —afirmó, seguro de sí mismo, Su Zhonghe—. Si le da tres boles de ginseng al día, este humilde servidor cree firmemente que el condenado vivirá hasta pasado mañana. Pero para reforzar su yin, este humilde servidor le dará otros remedios. Eso le transmitirá más fuerza.

Su Zhonghe cogió el saco con los remedios y extrajo unas hojas y cortezas que agrupó en tres canutos y envolvió en papel. Miró alrededor porque no sabía a quién dárselos y, al final, con mucho cuidado, me los dio a mí y me dijo casi susurrando:

—Cuando haya terminado de tomar el ginseng, una hora después, le hierve esto en agua y se lo da.

Les dije a los dos médicos con un gesto de la mano que se bajasen de la plataforma y se fuesen, y estos no perdieron un instante, y, curvados y con la cabeza gacha, se fueron como quien se quita un peso de encima, sin ver ni siquiera adónde iban.

Con otro gesto de la mano espanté las moscas e hice venir al artesano de papel Chen Qiaoshou y al sastre Zhang Mazi. ¿Habéis comprendido lo que tenéis que hacer ahora?, les dije.

V

Mediodía, cuando el sol brilla con más intensidad. Chen Qiaoshou y Zhang Mazi habían ya subido sobre la plataforma alta y ahí encima habían montado una jaula cubierta de una tela para protegerse del sol. En la parte delantera estaban las largas gasas blancas, y el conjunto cubría el cuerpo de Sun Bing. Esas telas no solo le protegían del sol, sino que también evitaban la presencia de las moscas. Para reducir el calor, Zhao Xiaojia puso una tela mojada, que era gruesa y de grandes dimensiones, encima de la jaula. Para evitar el mal olor de las moscas, algunos servidores del *yamen* limpiaron con agua el suelo de la plataforma alta. Con la ayuda de Zhao Jia, Meiniang le daba a Sun Bing el bol de ginseng. Al cabo de una hora, le dieron el mejunje que había recomendado Su Zhonghe. Observé que Sun Bing participaba activamente en la toma de los remedios, y ello quería decir que quería seguir vivo. Si hubiera querido morir, habría cerrado la boca.

Tras la ayuda recibida, el estado de Sun Bing mejoró de forma considerable. Al quitarle los algodones, vi claramente su cara, y pude también oír su respiración. Ya no apestaba tanto como antes. Bajé de la plataforma agotadísimo y sentí una tristeza indecible, algo de lo que no podía liberarme. El *daren* Yuan me asignó esta responsabilidad: no debía dejar morir a Sun Bing, y Sun Bing ya no quería en esos momentos morir. Zhao Jia, padre e hijo, y Sun Meiniang, no querían dejarlo morir. El remedio del ginseng había surtido efecto y lo mantenía en vida. No iba a morir, por lo tanto, de agotamiento. Si la mala suerte no se cebaba conmigo, yo tampoco quería morir...

Dejé la escuela de Tongde y me dirigí hacia la calle principal, la cual me pareció desconocida, y seguí caminando hasta una cantina-hostal. Nada más verme, uno de los empleados vino corriendo hacia mí y me dijo mientras se acercaba:

—Ha llegado un invitado ilustre...

El patrón de la cantina, que era gordo como una bola de hilo, se puso al fin delante de mí. Su cara brillaba como si estuviese impregnada de aceite y me sonrió. No se esperaba el honor que le hacía con mi presencia. Bajé la mirada y observé cómo iba. Vestido de esa guisa me era, ciertamente, imposible esconder mi posición. En realidad, si hubiera ido con el atuendo de todos los días también me habría reconocido. ¿Quién no conoce al subprefecto y magistrado de Gaomi? Cada año, durante la festividad de Jingzhe, cuando los insectos despiertan de su larga hibernación [308](#), me iba a las afueras con una carreta para labrar el campo y animar a los campesinos. Cada año, durante la festividad de Qingming, me iba también a las afueras pero esta vez para plantar melocotoneros y moreras. Cada año, el día quince de la primera luna, me iba a enseñar los libros canónicos del confucianismo bajo la arcada de piedra de Jiaohua, la de la Enseñanza de la Civilización, con el fin de instruir al pueblo en las virtudes confucianas de la lealtad, la piedad filial, el sentido de la humanidad y la justicia... Yo era un oficial que amaba al pueblo. Si me hubiera retirado, el pueblo me habría ofrecido un paraguas con los diez mil nombres...

—El gran *laoye* me honra con su presencia... —le dijo el patrón de la cantina utilizando mal los términos del tratamiento—, ¿qué desea tomar su excelentísimo gran *laoye*?

Respondí sin pensarlo:

—Una pierna de carne de perro y dos tazones de vino amarillo.

—Lo siento gran *laoye* —dijo el patrón de la cantina, poniendo las cosas difíciles—, pero aquí no servimos carne de perro, tampoco vino amarillo...

—¿Por qué no? ¿Por qué no sirven esos manjares?

—Esto... —repuso el patrón, queriendo andarse con rodeos—, el gran *laoye* quizá lo sabe. La única que lo vende, porque es la que mejor sabe hacerlo, es Sun Meiniang. Es por ello que ninguno de nosotros se atreve a hacerlo...

El vino caliente, la carne de perro perfumada, escenas del pasado que pasaban todas ellas por mi cabeza...

—¿Y qué servís en vuestra cantina?

—Para responder al gran *laoye*, nosotros servimos el aguardiente de sorgo de Er'guotou [309](#) y galletas de sésamo con carne de buey a la salsa de soja.

—Pues me traes dos galletas calientes, un *jiao* de carne y dos *liang* de aguardiente.

—Que el gran *laoye* espere un poco. —El patrón salió corriendo como un rayo.

El subprefecto de Gaomi tenía antes de sentarse el corazón perturbado. Pensaba en Meiniang de la familia Sun, apasionada, y bella y elegante como el árbol del

sándalo [310](#), pero con buenos modales, como el viento cuando se acerca a la luna, como el pez en el agua, como la abeja junto a la flor, es el amor tierno y correspondido...

El patrón me trajo el vino y la carne y le hice un gesto con la mano para que se retirase, ya que quería servirme yo mismo. Cogí la jarrilla de vino amarillo y me llené el tazón de piel verde. Ese alcohol intenso me hizo sentir más confortable. Al tomar el segundo tazón empecé a marearme. Con el tercero, suspiré hondo y me puse a llorar como la lluvia.

Bebía el vino y comía la carne, comía la carne y bebía el vino. Una vez que tuve la panza llena, le dije al patrón:

—Que lo pongan a mi cuenta. Uno de estos días enviaré a alguien para que lo pague.

—El gran *laoye* de Gaomi puede venir a comer a esta cantina cuando lo desee; ello nos traerá la buena fortuna.

Salí del hostel y me sentía ligero como una pluma, o mejor dicho, como un dios que vuela montado sobre las nubes.

VI

Al cuarto día, por la mañana, los servidores del *yamen* me despertaron. Todavía me sentía resacoso de la pasada noche. Lo que viví la noche anterior me parecía lejano, como una deuda contraída hacía al menos un año. Tenía aún la cabeza pesada, y, mareado como estaba, regresé al campo de entrenamiento de la escuela de Tongde. La luz blanca que cegaba mis ojos me decía que otro gran día se anunciaba, y la verdad es que el tiempo acompañaba. Los lamentos de Sun Bing que me llegaban desde la parte alta de la plataforma del cielo me anunciaban que seguía con vida. Liu Pu, el responsable entre los servidores del *yamen* de poner orden, vino desde la plataforma alta a decirme con una cara de decir un secreto:

—*Laoye...*

Siguiendo los labios de Liu Pu, vi que se había juntado, frente a la estrada del teatro, una muchedumbre. Llevaban ropas de muchos colores y muy chillonas, y confeccionadas de una manera excéntrica. Unos tenían la cara pintada de polvo de arroz blanco y los labios en rojo bermellón; otros tenían la cara roja y las orejas en rojo escarlata; otros tenían la frente azul y los ojos dorados; y otros, la cara pintada de negro laqueado. Verlos me conmovió. Pensé que eran los miembros de las compañías de teatro que había dirigido Sun Bing. ¿Se habían organizado para atacar el *yamen* de la subprefectura? Empecé a transpirar abundantemente, mi ebriedad había desaparecido, puse en orden mi atuendo y me fui a ver, como un loco, lo que pasaba.

Esa gente circunvalaba una caja de madera grande y de color rojo. Encima había un hombre sentado que llevaba la cara pintada de rojo y oro; parecía la máscara del

justiciero de la ópera de Maoqiang. Su cuerpo iba cubierto de una piel de gato negra, y como gorro una cabeza de gato con sus dos orejas puntiagudas. En las puntas de las orejas había unos pelos blancos. Los otros también iban vestidos con pieles de gato sobre el cuerpo y la cabeza. Parecía que iban a entrar en el escenario para actuar. Sobre la caja habían dejado fusiles, espadas de doble filo y lanzas con dos puntas. Las borlas rojas de las espadas brillaban. Al verlo supe que era un compañía de teatro muy bien preparada. Era la antigua compañía de ópera de Maoqiang del distrito de Dongbei en Gaomi que se había presentado. Yo respiré hondo. Ahora estaban todos delante de la plataforma del cielo. ¿Se iban a limitar a hacer una representación? El pueblo de Dongbei era salvaje y feroz. Eso lo sabía yo por haberlo sufrido en mis propias carnes. La ópera de Maoqiang —la de la melodía del gato— era misteriosa y sombría. Cuando se representaba, la gente podía volverse loca y perdían la razón... Con solo pensarlo, el corazón se me helaba. Delante de mis ojos aparecieron espadas afiladas y junto a mis oídos se oían los tambores y los gritos. Liu Pu me susurró al oído:

—*Laoye*, este humilde servidor tiene un presentimiento...

—Habla.

—El suplicio del aroma de sándalo es como un enorme anzuelo y esos teatreros del distrito de Dongbei en Gaomi son como grandes peces que se sienten atraídos por él...

Quise mostrarme tranquilo por fuera y le sonreí, di unos pasos como un esqueleto andante, el esqueleto de un gran *laoye*, y me situé delante de ellos protegido por Liu Pu.

Las gentes de la banda de Maoqiang se quedaron con la boca cerrada; pero en sus ojos pude intuir que me encontraba en territorio enemigo.

—Este es el subprefecto de Gaomi —dijo Liu Pu—, ¿queréis decirle algo?

Nadie abrió la boca.

—¿De dónde venís vosotros? —pregunté yo.

—Del cantón de Dongbei.

El gato justiciero, que estaba sentado sobre una pila de ropas, se expresó con un acento melódico y teatral.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—Representar una obra.

—¿Quién os ha autorizado a venir aquí para hacer una representación?

—El jefe de los gatos.

—¿Y quién es el jefe de los gatos?

—El jefe de los gatos es nuestro jefe de los gatos.

—¿Y dónde está?

El gato de la justicia señaló hacia la plataforma del cielo. Ahí estaba Sun Bing.

—Sun Bing es un enemigo del estado y está sufriendo su pena. Hace tres días que está ahí. ¿Cómo ha podido decirnos que vendáis a representar una obra?

—Lo que está ahí encima empalado no es más que un cuerpo. El espíritu de Sun Bing ya está en el cantón de Dongbei en Gaomi —dijo el gato justiciero como poseído—. Él ya está con nosotros.

Suspiré y repliqué:

—Vuestro estado mental me es totalmente comprensible. Sun Bing, a pesar de ser un malhechor, es vuestro maestro-ancestro. Hacer una representación antes de su muerte final es un acto de humanidad, incluso justificado. Pero venir aquí en este momento a hacer una representación no es nada conveniente. Sois todos hijos del pueblo de Gaomi, y este funcionario quiere a su pueblo como si fueran sus hijos. Para que sigáis vivos, este funcionario os aconseja que os vayáis de aquí. Regresad a Dongbei, y ahí podréis seguir con vuestro teatro. Este funcionario que soy yo no interferirá en vuestros asuntos.

El gato justiciero movió la cabeza y dijo en voz baja pero con firmeza:

—No, el jefe de los gatos ya nos ha dicho lo que tenemos que hacer y nos deja que actuemos delante de él.

—Pero ¿no me dijiste que el que estaba empalado en la plataforma del cielo ya no era tu jefe? ¿No es solo el cuerpo de vuestro jefe? ¿No se fue su alma a Dongbei? ¿Ante qué vais a representar vuestra obra? ¿Ante un pedazo de carne?

—Nosotros obedecemos las instrucciones de nuestro jefe —dijo el gato justiciero sin dudarle un instante.

—¿No teméis que os maten? —Les mostré con la mano el *yamen* de la subprefectura de Gaomi, cambiando el tono de mi voz, más severo y agresivo que antes—: Los mejores soldados del *daren* Yuan están ahí reunidos. —Con la misma mano señalé la escuela de estudios clásicos de Tongde—: Y ahí están las casernas de los soldados alemanes. Mañana se inaugurará con gran pompa la vía férrea. No importa si serán los soldados chinos o los alemanes, pero todos ellos estarán al pie del cañón para borraros del mapa. Venir en este momento con vuestras arias de gatos y perros, justo delante de las narices de esos alemanes, ¿no es provocar a la gente? ¿No es una ofensa al orden público? ¿Eh?... —Señalé a Sun Bing que seguía encima de la plataforma celestial y añadí—: ¿Es que no habéis aprendido nada de su ejemplo?

—Nosotros no haremos absolutamente nada, salvo representar nuestra obra. —El justiciero parecía utilizar un tono de voz osado, como si quisiese apostar algo con el subprefecto—. No tememos nada; lo único que queremos es representar nuestra obra.

—A las gentes de Dongbei, en Gaomi, les gustaba el teatro. Eso lo sé desde hace tiempo. A mí me encanta vuestra ópera de Maoqiang. Puedo cantar todas las arias de la melodía del gato. La ópera de Maoqiang educa al pueblo en las virtudes de la lealtad, la piedad filial, el sentido de la humanidad y la justicia; enseña al pueblo la

compasión y a ser razonable; todo ello concuerda a la perfección con mi educación y mis principios. Os animo a que continuéis actuando y a que pongáis todas vuestras energías en este arte. Pero hacerlo ahora es imposible. Os ordeno que regreséis a casa. Cuando este asunto haya acabado, si lo deseáis, os invitaré a participar en los ritos, y ahí podréis representar la obra que queráis.

—Nosotros seguimos religiosamente las instrucciones de nuestro jefe, que es el gato jefe —respondió, tozudo, el gato justiciero.

—Yo soy la más alta autoridad en la subprefectura. Si os digo que no podéis actuar, es porque no podéis actuar. ¿Lo tenéis claro ahora?

—Su Majestad el emperador no ha prohibido nunca al pueblo que haga teatro.

—¿No has oído nunca eso de que hay que temer menos a los que te gobiernan que a ser gobernado [311](#)? ¿No has oído eso de que si un prefecto corta una cabeza, el subprefecto aniquila a toda la familia?

—Incluso si nos corta en pedacitos y los deja pudrir, nuestras cabezas continuarán queriendo cantar la ópera de Maoqiang —dijo el gato justiciero levantando la voz, y luego les dijo a los discípulos de Sun Bing—: Venga, niños, abrid la caja.

Empezaron a salir de la caja de madera todo tipo de gatos, y todos ellos llevaban fusiles, espadas de doble filo y lanzas con dos puntas; salieron igual de ordenados que las tropas de la antigüedad. En la caja de madera roja abierta también aparecieron chaquetas chinas largas con serpientes bordadas y cinturones con piedras de jade incrustadas, gorros con un ave fénix bordado y capas con nubes rojas bordadas, joyas para adornar la cabeza y la cara, tambores, gongos y otros instrumentos de música... Le pedí a Liu Pu que fuera corriendo hacia la escuela de estudios clásicos, y también les pedí a varios servidores del *yamen* que estaban descansando que viniesen.

—Si yo os hablo a corazón abierto y utilizando palabras que no son fáciles de oír es porque deseo vuestro bien. Pero tú actúas por tu cuenta y no piensas en la gran *laoye* —hablé a los empleados, señalando con el dedo al gato justiciero—. Detened a ese gato grande y a los otros gatos, y llevadlos todos dentro de la ciudad amurallada.

Los servidores del *yamen* volaron agitando sus bastones largos de fuego y agua y lanzando gritos de guerra: ¡aaaahhhh, uuuuhhhh!...En realidad, eso era ruido más que otra cosa. El gato justiciero se arrodilló de inmediato en el suelo. Lanzó un gemido amargo y estruendoso, y se puso a cantar. Al verlo arrodillado de esa manera, lo primero que pensé fue que quería pedirme algo, pero me di cuenta de que se había arrodillado delante de Sun Bing —el maestro-ancestro de la ópera de Maoqiang—, el cual estaba en la plataforma del cielo. Pensé que se lamentaba por el suplicio que estaba sufriendo el pobre Sun Bing, pero pronto comprendí que ese lamento, ese aullido de lobo herido, era un prelude a su canto y este empezó a avanzar progresivamente como las olas de un río:

Oh, tú el jefe de los gatos ~~ llevas en la cabeza plumas de oro y en tu cuerpo un

atuendo del color de las nubes púrpuras, y en tus manos sujetas el bastón de rojo escarlata y oro, sentado sobre el león de los pelos de su larga pelambre. Bajo el cielo has combatido al enemigo invisible ~~ a mil, a diez mil enemigos..., eres la reencarnación de Yue Wumu, de Guan Yunchang, eres el mejor de los hombres en este bajo mundo ~~

Miau ~~ miau ~~

Los gatos negros, los gatos rojos, los gatos de otros colores, gordos, delgados, machos, hembras, se habían aprovechado de la oportunidad que se les presentaba para maullar. Su canto se unió al canto del gato justiciero y subieron juntos, como un conjunto vocal, hasta las nubes. De la caja, mientras tanto, sacaron varios instrumentos de música, como los gongos y los tambores, y varios y muy grandes violines gato. Cada uno de los gatos se puso, concertado con los otros, a tocar los instrumentos.

El primer bastonazo se llevó por delante el monte de Taihang ~~ y la bahía de la prefectura de Jiaozhou ha inundado ~~ el segundo bastonazo ha destruido la prefectura de Laizhou ~~ y ha aterrorizado al tigre de la frente blanca ~~ el tercer bastonazo ha destruido los pilares que sujetan al cielo ~~ y ha tirado por el suelo los ocho trigramas de horno de Laozi ~~ miau ~~ miau ~~

La exuberancia del canto, lleno de pasión, tenía, en realidad, un efecto contagioso muy poderoso. Los servidores del *yamen* eran todos de Gaomi, y una gran parte de Dongbei. Su pasión y fascinación por la ópera de Maoqiang me resultaban incomprensibles, ya que yo era de otra provincia. A pesar de haber aprendido varias de esas arias debido a mi unión con Sun Meiniang, no me emocionaban como lo hacían con las gentes de Gaomi, que lloraban al escucharlas. Intuía que la representación que pensaban dar no era como las otras. El gato justiciero era, sin duda, un gran maestro en el arte de la ópera de Maoqiang. Su voz era capaz de ofrecer una gama de tonos que eran todos ellos necesarios para poder lograr la excelencia en el arte de la ópera de Maoqiang. Solo Chang Mao y Sun Bing llegaron a lograr ese punto de excelencia. Cuando Sun Bing decidió retirarse, Meiniang pensó que su padre había perdido ese talento. ¿Quién hubiera dicho que ese gato justiciero, salido de no se sabía dónde, iba a tomar el relevo de ese arte? Debía reconocerlo al ver las caras de los servidores del *yamen* y Liu Pu, la prestación del gato justiciero era magnífica y merecía un público más selecto. Todos estaban encandilados, sus ojos brillaban y tenían la boca medio abierta. Habían olvidado incluso dónde estaban. Sabía que no tardarían en ponerse a maullar, a revolcarse por el suelo y a subirse por los muros y los árboles. El olor a muerte de la ejecución iba a convertir el lugar en un paraíso donde bailar y cantar libremente para los gatos y otros cuadrúpedos [312](#). No podía saber qué iba a pasar, ni adónde nos iba a llevar ese despropósito. Pude verlo todavía: los servidores del *yamen* que hacían la guardia sobre la plataforma del cielo estaban

asustadísimos y parecían esas figurillas a las que se reza en los templos. Sun Meiniang, que estaba junto a la entrada de la tienda, les acompañaba en sus cantos y hacía las delicias de su marido Xiaoja, el cual quería acercarse a la masa de gatos, pero su padre se lo impidió. El viejo Zhao Jia había pasado muchos años fuera de la provincia, y el encanto de la ópera de Maoqiang, al parecer, no le afectaba tanto y podía mantener la cabeza fría y serena. Era consciente de la responsabilidad que tenía sobre sus espaldas. No podía ver la cara de Sun Bing, el cual estaba oculto detrás de la jaula, pero sus cantos, entre lágrimas y risas, decían mucho de su estado mental.

El gato justiciero bailaba y cantaba, las ropas se le hinchaban con el viento y parecían nubes blancas, y su cola parecía una salchicha larga. Y cantaba y bailaba de forma conmovedora y fascinante, como un espíritu que da vueltas y que os posee. Paso a paso, de esa manera, subió a la parte alta de la plataforma del teatro, y, guiados por él, subieron todos los gatos, vigorosos y llenos de vida, para representar el prólogo.

VII

No hay asunto que acabe deteriorándose cuando intervienen los gatos, los cuales seguían revoloteando encima de la plataforma, y debajo se oían los maullidos. Mientras tanto, yo pensaba en Sun Meiniang y en el día en que tuvimos el primer encuentro. Recuerdo que venía del campo, adonde fui para detener a unos jugadores, era primavera y caía una lluvia fina. Las brumas del crepúsculo cubrían la poca luz que quedaba del día. Las tiendas de los dos lados de la calle empedrada habían ya cerrado. La lluvia caía sin cesar sobre las losas azuladas de la calle, que desprendían una luz blanca. En la calle ya no había paseantes, solo yo iba sentado en mi palanquín, y sentía algo de frío. Mi corazón se había inundado de una corriente de tristeza. Oía claramente el croar de las ranas que había en los estanques junto a la calle y me dio por pensar en las olas que se forman en los campos de trigo cuando los acaricia el viento y en las hermanas que se bañaban en las aguas. No podía evitar sentir una melancolía profunda y muchos remordimientos por los tiempos pasados. Yo, a pesar de ir montado sobre el palanquín, creía que volaba, y por eso les pedía a los portadores que me condujesen al *yamen* para entrar lo antes posible. Quería prepararme una tetera con agua nueva y lamentaba no poder tener una mujer a mi lado. Mi esposa venía de una familia noble y de gran reputación. Su conducta era intachable, pero para sus obligaciones carnales con su marido se mostraba extremadamente fría y puritana. Yo le prometí que no adoptaría una concubina, pero llevaba mal no tener a otra mujer a mi lado cuando la necesitaba... En esos momentos, con el corazón encogido, oí un ruido en la puerta. Vi delante de la puerta

del *yamen* una cantina y sus luces en el nombre. Desde la luz, ya oscureciéndose a esas horas del anochecer, del habitáculo de mi palanquín, pude oler el olor a carne y vino. Vi a una joven encantadora que estaba de pie. Iba vestida con una ropa ligera de color blanco. Hablaba como una deslenguada sin educación y chillaba como una desesperada. Una cosa negra salió despedida de la cantina y vino a parar a mi palanquín; fue entonces cuando pude oír:

—¡Muérete, gato glotón!

Vi a otro gato que volaba hacia el techo de una de las casas que estaban junto a la calle. El gato se lamía los bigotes con la lengua y miraba lo que pasaba en la calle. Se oyó a alguien que gritaba delante del palanquín:

—¿Cómo te atreves? ¿Estás ciega o qué? ¿Cómo has podido tirarlo contra el cortejo del gran *laoye*?

La mujer se apresuró, según los ritos, a inclinarse ante mí y pedirme perdón con palabras dulces. Abrí las cortinillas del palanquín y vi que ella era bella y elegante. En la luz del crepúsculo, su rostro brillaba con una luz especial. Sentí enseguida algo por ella e inquirí a uno de los guardias:

—¿Qué ofrece vuestra casa?

—Para responder a Vuestra Señoría, esta casa sirve carne de perro y vino amarillo; todo ello de la primera categoría. Y esa mujer es Sun Meiniang, la bella Xi Shi, la de la carne de perro.

—Pues que dejen el palanquín en el suelo —dije—, este funcionario está muerto de hambre y tiene frío. Quiero ir a la cantina y calentarme las tripas con ese vino amarillo.

Liu Pu me aconsejó en voz baja que no me moviera.

—*Laoye*, ¿no sabe eso que se dice de que un hombre noble nunca se mete en tugurios? No honre con su presencia este tipo de cantinas. No vaya..., regrese al *yamen*. Ahí le espera su señora.

—Incluso Su Majestad el emperador se introduce a escondidas entre las gentes del pueblo para saber lo que piensan de él —dije—. Soy un subprefecto de poca importancia y no pertenezco a una familia noble. Solo quiero echar un trago y tomar un cuenco de carne de perro. ¿Qué hay de malo en ello?

El palanquín se detuvo delante de la entrada. Sun Meiniang se apresuró a arrodillarse en el suelo. Yo salí del agujero y le oí decir:

—Que Vuestra Señoría me perdone. No soy más que una hija del pueblo y merezco la muerte. Ese gato glotón cogió con su boca un pez y cuando lo lancé por los aires no me di cuenta de que ustedes estaban ahí. Que el gran *laoye* sepa perdonarme...

Yo le hice un gesto con la mano y, levantándola, le dije con una voz clara:

—Quien lo hace por ignorancia no es culpable [313](#). Además, no es nada grave. No te preocupes. He bajado del palanquín para beber y comer algo. Le ruego que me deje

entrar en su cantina.

Sun Meiniang volvió a doblarse y contestó:

—Se lo agradezco mucho, Vuestra Señoría. Mi casa se vio esta mañana asaltada por las urracas y sus graznidos. Quién me iba a decir que usted, el gran *laoye* de Gaomi, me iba a honrar hoy con su presencia. Vuestra Señoría, siéntese, rápidamente, se lo ruego. Que entren también los señores de su séquito. —Sun Meiniang salió a la calle, cogió un pescado y, tirándoselo a los ojos del gato, le dijo—: Gato glotón, me has traído al gran *laoye*. Ten esto como recompensa.

Sun Meiniang encendió las lámparas y las velas con todos los miembros de su cuerpo y les dio más brillo, y calentó el vino —un vino excelente— exclusivamente para mí, además de traerme la carne de perro en una gran bandeja. Bajo la luz de la candela, vi que la bella era bella, y todavía más bella. Mi corazón se vio inundado por olas de color del verde de las aguas primaverales que bajan por un río. En los ojos de los servidores del *yamen* saltaban chispas de fuego. Todo ello me mostraba el buen camino trazado por los libros de moral que había tenido que estudiar. Debía controlarme y subir en el palanquín lo antes posible para volver a mis obligaciones; pero en mi espíritu se había quedado grabada la imagen de Sun Meiniang...

Sonaron los tambores y los gongos, los violines gato, los gritos de los pájaros blancos que volaban sobre el patio del terreno de entrenamiento. Eran dos o tres personas del pueblo de la subprefectura, no más, y no demasiado tranquilas, las que entraron primero por los lados del campo de entrenamiento, y luego fue el pueblo en pequeños grupos, hasta colocarse frente a la plataforma del teatro. Parecían haber olvidado que hacía poco que se había ejecutado con la más cruel de las torturas a un pobre hombre. Parecían haber olvidado que un hombre había sido empalado sobre la plataforma con una estaca de madera de sándalo. Sobre las tablas se habían puesto a representar una obra sentimental, con mucha pasión y glamur, en la que un militar se toma demasiadas libertades con una joven que trabaja en un hostel-cantina. Pero me sentí consolado al verlo. Sun Bing y su guerra de resistencia a los alemanes ya tenían quienes lo cantasen a los cuatro vientos. Incluso si Yuan Shikai lo hubiera escuchado, no le habría molestado en absoluto:

El señor militar, ¿qué desea beber como vino?

Quisiera tomar del vino rojo de la mujer que acaba de salir de la jarra.

Nuestra casa no sirve ese vino rojo de mujer.

La gran hermana tiene el cuerpo perfumado.

El señor militar, ¿qué desea comer como carne?

Quisiera probar la carne de los fénix que viven en el cielo.

Nuestra casa no sirve esa carne de fénix.

La gran hermana es el fénix de oro.

Sobre el escenario, la joven y el soldado se lanzaban miradas llenas de candor y sentimiento, como dos enamorados que se piensan mutuamente. Y contestando a las preguntas del militar, parece que la joven se desviste. Se trataba de una obra de pequeña duración, una obra ligera y muy viva, una obra sentimental y graciosa, sacada de la ópera de Maoqiang, dirigida a parejas de jóvenes enamorados. Yo, que ya tenía canas en las dos sienes y estaba en la mediana edad, ¿podía interesarme por esos romances ligeros y sentimentales? Al pensar en esa obra algo libertina, recordé mi encuentro en la Sala de las Flores del Oeste. Meiniang de la familia Sun me cantaba historias que eran tan pasionales como las del militar y la joven del hostel... *Meiniang, ah, Meiniang, al gran laoye le diste vida y le trajiste la luz... Tu cuerpo de jade estaba desnudo y sobre tu cabeza llevabas un pequeño gato como prenda. Te retorcías en mis sábanas y te agarrabas a mi cuerpo... Te frotabas el rostro y este tomaba la expresión de un gato encantador y vivo. Gracias a tu cuerpo tomé consciencia de que en este mundo no había animal más encantador que el gato... Cuando sacabas tu lengua rosa para lamerme el cuerpo, yo deseaba la inmortalidad al mismo tiempo que deseaba la muerte. Mis pensamientos y mis emociones se aceleraban en mi cabeza. Ah, Meiniang, si la boca de tu gandie fuera lo bastante grande, te metería dentro...*

Y como por un golpe de viento, el militar y la joven desaparecieron en la plataforma, y lo hicieron graciosamente, con elegancia, y el gato justiciero, con un atuendo de gato encima, subió a la plataforma al son febril de los tambores y los gongos. Dio unos pasos sobre el escenario y lo hizo corriendo en círculos. Luego se clavó en medio del escenario y empezó a recitar, con un ritmo acompasado y regular.

De esta manera, yo soy, ciertamente, Sun Bing, el jefe de los gatos. Soy, ciertamente, el que aprendí en la temprana edad el arte de la ópera de Maoqiang, la de la melodía del gato, y llevé mi banda por las tierras de los cuatro puntos cardinales. Puedo cantar las cuarenta y ocho obras del repertorio. He interpretado el papel de los emperadores, de los ministros y de los generales, los del pasado y los del presente. Al llegar a la edad madura, de mi boca salieron palabras llenas de furia y ofendí al subprefecto de Gaomi. El subprefecto era un traidor y me arrancó las barbas, y así fue como me destruyó. Dejé la banda de teatro en las manos de sus componentes y yo regresé a mi terruño, donde abrí un salón de té. Me casé con la bella y casta Xiao Taohong, y éramos hombre y mujer, como corazón e hígado, y tuvimos un hijo y una hija. Pero por desgracia, los diablos entraron en China y las obras de las vías del tren destruyeron el fengshui de la zona. Y, además, ese miserable hijo de Han, ese perro traidor, se aprovechaba de su poder para someter al pueblo, ese tirano asqueroso. A mi mujer la mancillaron, y eso fue como un trueno en el cielo, una desgracia vino detrás de la otra, y yo lloré, lloré, lloré, lloré hasta romperme el hígado y los intestinos ~~ y les odié, odié, odié, odié, odié hasta romperme el pecho

~~

El gato justiciero cantaba sobre la plataforma del cielo su canto generoso y triste, y detrás de él, los gatos, con las armas en las manos, sacaban fuego de lo rabiosos que se habían puesto. En la parte baja de la plataforma aumentaba la indignación y se oían los maullidos: *miau*, y las pisadas: *tap, tap*, y la agitación montante en el campo de entrenamiento que iba a desembocar en una estampida; y por la agitación, se levantaba el polvo en el campo de entrenamiento. Yo me sentía cada vez más preocupado, y unas nubes negras y de tamaño desigual aparecieron en el firmamento. El consejo previo de Liu Pu volvió a sonarme en los oídos y la espina dorsal se me heló. Pero ante esa muchedumbre en trance y poseída por el diablo, yo era incapaz de hacer nada, como intentar detener una carreta cuando el caballo se ha desbocado, o apagar un fuego con otro fuego... Solo podía esperar lo que el Cielo había decidido por mí y soltar las riendas del caballo.

Di unos pasos atrás y observé, con frialdad, la tienda, y subí luego a la plataforma del cielo, donde solo estaba el viejo Zhao Jia con una estaca de madera de sándalo en la mano. Estaba en silencio a un lado de la caja de madera. Los gruñidos de Sun Bing se diluían con los gritos que subían de la parte baja de la plataforma; pero yo sabía que Sun Bing estaba todavía vivo y coleando, y su alma estaba como nunca se había visto: con más energía que nunca. Contaban que alguien de Gaomi que estaba lejos de su tierra, al escuchar la ópera de Gaomi, saltó del *kang* donde estaba enfermo y se puso de pie con los ojos llenos de luz y vida.

Ah, Sun Bing, aunque hayas padecido esta tortura cruel y hubiera valido más que te hubiesen matado, el escuchar ahora esa melodía del gato, el ver a tu gente que ha venido hasta aquí para darte el último homenaje, eso te dice que no has pasado en vano por este bajo mundo. Miré la multitud para identificar al hijo idiota de Zhao Jia y lo encontré, por supuesto que lo encontré. Estaba subido a uno de los pilares de la plataforma del teatro maullando... *Miau, miau*. Parecía un gato encaramado a un poste y tenía algo en su imagen que recordaba también a la de un oso agarrado a un árbol. Busqué a Sun Meiniang y la encontré, por supuesto que la encontré. Estaba con el pelo alborotado y dando palazos en la espalda de un servidor del *yamen*. No sabía cuándo iba a acabar esa locura y levanté la mirada para ver qué hora era, pero una nube negra ocultaba el sol.

VIII

Una veintena de soldados alemanes bien equipados se presentó corriendo en el campo de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos de Tongde. En secreto, lancé un grito de dolor y desesperación. Sabía que era la víspera de la destrucción y me precipité hacia delante para detener la matanza. Detuve a uno de sus jefecillos, que llevaba un fusil en las manos. Pensaba explicarle la lógica de los acontecimientos. Ese *reiter* [314](#)..., ese señor *reiter*..., era un auténtico gilipollas. Sí, lo digo así porque ese *reiter* lo era. Ese *reiter* tenía los ojos verde esmeralda, como el verde de las hojas de la cebolleta de verdeo. Me dijo algo que no comprendí y me apartó con un bofetón.

Los soldados se precipitaron con sus pisadas pesadas hacia la plataforma, cuyas planchas de madera retumbaban, incapaces de soportar el peso de ese regimiento atolondrado. Yo, tanto a los que estaban encima como debajo de la plataforma, les gritaba: ¡Deteneos, deteneos, detened de una vez por todas lo que estáis haciendo!... Pero mi voz era débil y no se oía. Lo que hacía era como intentar tirar un muro con bolas de algodón.

Los soldados se dirigieron hacia la plataforma del cielo y ahí formaron filas. Miraron desde la distancia a los actores que se habían colocado sobre la plataforma del teatro. En ese momento preciso, los gatos, junto con los lobos y los tigres que se habían reunido sobre la plataforma para hacer la representación, empezaron a organizarse como un regimiento y a redoblar los tambores y los gongos. El gato justiciero se subió a un taburete que había encima del escenario y empezó a cantar, con una voz exuberante y estridente, un aria de Maoqiang. Lo que cantaba no tenía a

menudo mucha conexión lo uno con lo otro, pero lo obtenido resultó conmovedor y muy logrado; la lucha que se había entablado entre los soldados y los animales acompañaba al canto del gato justiciero como un coro a una voz en solitario:

Ay, oh, mi die; ay, oh, mi madre ~~ ay, oh, mi pequeño hijo, sus pequeñas garras me hacían cosquillas ~~ él era verdaderamente bello y fuerte ~~ qué pena, qué pena que el destino lo haya malogrado ~~ y de mis ojos salen dos ristras de lágrimas de sangre ~~

Miau, miao ~~ miao, miao ~~

Les supliqué a los soldados alemanes que estaban encima de la plataforma del cielo que dejasen de disparar; sentí entonces que la nariz me picaba y me escocían los ojos. Soldados alemanes, escuchadme, ¿acaso no tenéis vosotros en vuestro país algo de teatro y unas costumbres que solo son vuestras? ¿Por qué no comparáis vuestros corazones con los de nuestra gente? ¿O vuestros cuerpos con los de ellos? No podíamos creer que nos estaban desafiando. ¡No debíais hacerlo! No debías confundir a los que habían participado en la resistencia contra los alemanes que Sun Bing había dirigido con esos actores. Los hombres de Sun Bing también iban maquillados, como los actores, pero no eran los mismos. Lo que tenían ante sus ojos era una verdadera banda de teatro que podía parecer estar totalmente descontrolada, pero era así porque se trataba de una ópera tradicional, el teatro cantado de Maoqiang era así y obedecía a las costumbres antiguas: se cantaba a los muertos para que subiesen al cielo y a los que sufrían en esta tierra para reconfortarlos. Su representación teatral era para los ojos de Sun Bing. Sun Bing no era ya más que un personaje en la historia de la ópera de Maoqiang; y fue gracias a Sun Bing que la ópera de Maoqiang llegó a alcanzar cotas de popularidad y excelencia jamás logradas. Ellos solo actuaban para Sun Bing, como ofrecerían un tazón de buen vino a un gran maestro horticultor que va a morir; era por lo tanto algo humano y comprensible. Soldados alemanes, bajad vuestros fusiles máuser. Ah, bajadlos..., y salvad la vida a esta gente... No podéis permitir otro baño de sangre. Ya han corrido ríos de sangre sobre el cantón de Dongbei en Gaomi. El próspero burgo de Masang ya ha sido destruido. Vosotros también tenéis un padre y una madre que os han criado. ¿Tenéis un corazón en el pecho o un trozo de hierro? A vuestros ojos, ¿somos los chinos unos cerdos y perros sin alma? Vuestras manos ya se han manchado con nuestra sangre, ¿no os provoca esto pesadillas por la noche? Bajad las armas, ah, bajadlas..., les grité mientras me dirigía a la plataforma alta.

—¡No disparad!... ¡No! —les dije corriendo hacia un lado.

Pero mis órdenes fueron entendidas al revés y se oyó inmediatamente una salva de disparos que parecieron láminas de espadas que se clavaban en el cielo. De los cañones de los fusiles de los alemanes salió un humo blanco que flotó en el aire a través de varias capas antes de deshacerse en el aire; parecían culebrillas

contorneándose hasta disolverse definitivamente, y el olor a pólvora me llegó hasta la nariz. Se abatió sobre mí una gran tristeza que, finalmente, se mezclaba con una gran alegría. La tristeza que sentí, yo era incapaz de saber de qué era. Y por qué estaba alegre, tampoco lo sabía. Mis ojos se llenaron de lágrimas ardientes, las cuales me emborronaban la vista. Las lágrimas me impedían ver con claridad lo que estaba pasando y solo pude ver varias decenas de balas rojas surcando el cielo. Tras abandonar los cañones de los fusiles de los alemanes, las balas salieron disparadas, pero volaron muy lentamente, parecía que dudaban de lo que estaban haciendo, parecía que no soportaban lo que estaban haciendo, parecía que estaban obligadas, parecía que querían desviarse, parecía que querían volar al cielo, parecía que querían entrar en la tierra, parecía que querían pararse antes de llegar a su destino, parecía que querían desviarse expresamente por un momento, parecía que estaban esperando a que la gente que había sobre el escenario se escondiese, y luego acelerarían, y parecía que un hilo que salía del cañón de los fusiles alemanes las retenía. Balas buenas y honestas, balas bienintencionadas, balas amables y tiernas, balas compasivas y piadosas, balas que rezáis a Buda y practicáis la abstinencia, vosotras deberíais ralentizaros otra vez y esperad a que el pueblo se haya acostado. No podéis ser las protagonistas de otro baño de sangre... ¡Vosotras sois balas sagradas! Pero mis paisanos no solo no saben que les vienen las balas encima y no se agachan, sino que parece que les dan la bienvenida. Las balas rojizas, inflamadas, entraron en sus cuerpos. Unos alzaban las manos hacia el cielo, moviéndolas como una ola; otros abrían las palmas de las manos como si quisiesen coger las hojas de un árbol; y otros caían al suelo con las manos tapando los chorros de sangre que brotaban del abdomen. Justo en medio de la plataforma del teatro, el cuerpo del gato justiciero cayó del taburete donde estaba subido, y su canto se cortó de golpe. La primera salva de disparos abatió a casi todos los actores que estaban sobre la plataforma del teatro. Zhao Xiaojia se deslizó por el poste y miró a su alrededor con cara de tonto. Se dio cuenta de lo que había sucedido. Tapándose la cara con las manos, salió corriendo mientras gritaba:

¡Han disparado!... ~~ ¡hay muertos!... ~~

Pensé que si los soldados alemanes no habían disparado a Xiaojia era porque este llevaba el atuendo de un verdugo. Los días antes, el carnicero se había convertido en un personaje célebre y la muchedumbre lo miraba con otros ojos. La fila de soldados alemanes que había lanzado la primera salva se retiró y se puso detrás de otra fila que se preparó para disparar. Sus gestos eran rápidos, y se notaba que estaban bien entrenados. Nada más cargar el fusil, se oyó la segunda salva de disparos. Parecía como si antes de cargar el fusil, el disparo hubiera salido, y antes de que el disparo hubiera salido, los de la plataforma ya estaban abatidos, por las balas, sobre el suelo. Sobre la plataforma del teatro ya no había nadie vivo. La sangre corría por todos los

lados, y la gente que estaba a los pies de la plataforma parecía despertarse de un sueño. Ah, los hijos de pueblo, me daban pena... Gritaban y se retorcían de dolor, chocaban los unos contra los otros, lloraban como diablos y aullaban como lobos heridos, y se apiñaban caóticamente entre ellos. Constaté que los soldados bajaron los fusiles. Sobre sus caras largas se había dibujado una sonrisa cínica que me hacía pensar en esa luz roja y sombría que filtran las nubes negras en los días fríos de invierno. Dejaron de disparar. De nuevo me invadió un sentimiento de tristeza indecible: la última banda de teatro de Maoqiang de Dongbei, en Gaomi, había sido destruida. Pero también sentí alegría, ya que los alemanes habían dejado de disparar al pueblo. ¿Era alegría lo que sentía? Ah, subprefecto y magistrado de Gaomi, ¿podías saber aún lo que era la alegría? Pues sí, sabía lo que era y era capaz de sentirla, y mucha...

La sangre de los miembros de la banda de Maoqiang se había juntado y se bifurcaba como dos riachuelos hacia los canalillos que desembocaban en las dos bocas de dragón hechas de madera que habían puesto a los dos lados de la plataforma del teatro. Esas bocas eran el desagüe que habían previsto para cuando lloviese. Ahora se habían convertido en un desagüe para la sangre que caía sobre la tierra justo debajo de la plataforma del teatro. La sangre cayó hasta apurarse progresivamente; una gota gorda, una gota gorda, una gota gorda..., luego una gota hermosa, luego una gota pesada, una gota gorda, una gota gorda, luego una gota hermosa, luego una gota pesada..., eran las lágrimas del dragón del cielo, sí que lo eran.

El pueblo pudo huir, y sobre el lugar solo quedaron innumerables zapatillas, pieles de gato que habían servido como ropas y cadáveres que habían sido pisados. Me fijé, ya medio muerto, en las dos cabezas de dragón que seguían goteando sangre. Contemplé como un hipnotizado cómo goteaba la sangre: una gota gorda, una gota gorda, dos gotas iguales, una gota, no era sangre, eran las lágrimas del cielo, sí que lo eran.

IX

Cuando la luna del decimonoveno día de la octava luna apareció en el firmamento con su luz plateada, yo salí de la puerta del *yamen* para entrar en el campo de entrenamiento. Al salir del *yamen*, escupí sangre. Tenía en la boca un gusto áspero y dulzón al mismo tiempo, como si hubiera tomado muchos caramelos de miel. Liu Pu y Chunsheng me preguntaron:

—Vuestra Señoría, ¿le pasa algo grave?

Yo les miré como quien despierta de un sueño, y con la mirada de un zorro, les pregunté:

—Y vosotros... ¿por qué estáis todavía conmigo? Liad los trastos e iros, ¡no os quedéis conmigo! ¿Oís?

—*Laoye...*

—¿Es que no lo habéis oído? Liad los trastos y dejadme solo. Cuanto más lejos, mejor. Que no os vea por aquí otra vez. Si os veo otra vez por aquí, os parto la espina dorsal.

—*Laoye..., laoye..., ¿ha perdido la cabeza o qué?* —dijo Chunsheng, llorando como un niño.

Saqué el sable que tenía Liu Pu en su cintura y se lo mostré a la luna para que su luz se reflejara en su lámina, y brilló con una luz pura y fría; les dije con desdén:

—Cuando el *die* muere, la madre se casa otra vez y los hijos se buscan la vida. Por todo lo que habéis hecho por mí durante todos estos años, os ruego que os vayáis ahora. Cuando pase el vigésimo día de la octava luna, venís a recoger mi cadáver.

Tiré el sable en el suelo y quedó clavado en la tierra. La vibración del mango hizo temblar al cielo nocturno.

Chunsheng retrocedió unos pasos, dio media vuelta y empezó a correr. Al principio corrió sin darse mucha prisa, pero luego aceleró y su rastro se perdió a lo lejos.

—¿Y tú por qué no te vas? —dije a Liu Pu, que se había quedado parado—. Haz los bultos y vete a tu Sichuan natal. Ahí no digas quién eres y cuida la tumba de tus padres, y ni se te ocurra entrar en la vida de un funcionario imperial.

—Mi tío...

Esa palabra me llegaba a lo más hondo y me deprimía profundamente. Con los ojos llenos de lágrimas y agitando la mano, le dije:

—Vete, y cuídate todo lo que puedas. Vete, aquí no tienes nada que hacer.

—Tío —le dijo Liu Pu—, he estado pensando estos días en todo lo que ha ocurrido y siento vergüenza por ello. Si algo ha ido mal, es por mi culpa... —dijo con resentimiento, y añadió—: Fui yo quien me disfracé como usted y le arranqué las barbas a Sun Bing, y por eso dejó la ópera de Maoqiang y se casó con Xiao Taohong, y porque se casó con ella, tuvo el altercado con los alemanes y se armó luego la que se armó...

Yo le interrumpí de golpe:

—No seas idiota; no fuiste tú, fue el destino [315](#). Comprendí hace tiempo que fuiste tú quien ideaste ese plan, y fuiste tú quien le arrancaste las barbas a Sun Bing. También sabía que lo hiciste instigado por mi esposa. La señora quería, de este modo, provocar el odio de Sun Meiniang contra mí y evitar así que los dos mantuviésemos una relación ilícita. También sabía que tú y ella habíais planificado lo del muro untado de mierda de perro. Sabía que tú y mi mujer temíais que yo cayera en las manos de una mujer del pueblo ya que ello destruiría mi reputación. Pero Sun Meiniang y yo estábamos unidos por el destino. Ni te culpo a ti ni la culpo a ella ni a nadie. Todo esto es el destino el que lo ha tramado.

—Tío... —Liu Pu se arrodilló en el suelo y añadió, llorando—: permitid que este humilde ser os salude de esta manera.

Me acerqué a él y lo levanté:

—Mejor que nos separemos así, mi valioso sobrino —dije, y me encaminé solo hacia el terreno de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos de Tongde.

Liu Pu, a mis espaldas, me gritó:

—¡Tío!

Me giré.

—¡Tío!

Me dirigí hacia él y le pregunté:

—¿Qué tienes que decirme todavía?

—Lo único que deseo es vengar a mi padre, vengar a los Seis Príncipes de China,

vengar a mi tío Xiongfei, y acabar de una vez con la gran dinastía Qing.

—¿Quieres asesinarlo? —le pregunté, perplejo—. ¿Ya has tomado la decisión?

Liu Pu asintió con la cabeza.

—Mi valioso sobrino, espero que, al menos, tengas más suerte que tu tío Xiongfei.

Me giré y me encaminé hacia el terreno de entrenamiento de la escuela de Tongde, y lo hice sin mirar atrás. La luz de la luna me dio en los ojos y empecé a ver innumerables flores de todos los tipos a punto de abrirse. Cada una de esas flores llevaba un verso de ópera de Maoqiang que era capaz de levantar olas de pasión. La melodía del gato, a pesar de mantenerse gracias a ritmos largos, pero acompasados, resuena en mí con cada una de sus pautas.

El subprefecto de Gaomi sale del yamen triste y decaído ~~ miau, miau ~~ sopla el viento frío de otoño y brilla la luna ~~ y suena el gong que anuncia el cambio de los geng ~~

La luz de la luna bañaba mi cuerpo, y también iluminaba mi corazón. Ah, ese era el claro de luna, la luz extremadamente poderosa de la luna. Nunca había visto antes un claro de luna así, y era un claro de luna que no volveré a ver nunca más. Y bajo su luz, lo primero que vi delante de mí fue la cara —del color del papel— de mi esposa, la cual estaba tumbada sobre la cama. Mi mujer llevaba impecablemente su cofia con el fénix bordado y su capa con las nubes rojas también bordadas. Había a su lado un papel en el que expresaba sus últimas voluntades. Sobre él había escrito: «La capital imperial ha caído y el país ha sido derrotado. Los extranjeros han invadido el país y se han repartido el territorio. He recibido durante mi vida los favores del emperador, que han sido grandiosos. Seguir viviendo así, sin honor, es vivir como un cerdo, un perro, un buey o una oveja. El ministro leal da la vida por su país, y la esposa, por su marido. El perfume de tu belleza y bondad se sentirá durante mil otoños y diez mil generaciones. Tu esposa lo hace primero con el fin de que tú sigas su ejemplo. Ay, la tristeza abate mi alma...».

¡Ah, señora! Tú, señora, has comprendido lo que es la gran justicia y te has envenenado por tu país, y para mí serás siempre un ejemplo ~~ yo también quiero morir cuanto antes ya que vivir sin honor no es vivir ~~ pero mis asuntos no han acabado todavía y moriré con los ojos abiertos. Te lo ruego señora, mira el país natal desde la alta plataforma del pabellón de los infiernos y espérame desde ese lugar ~~ una vez haya acabado con lo que tengo que hacer, me reuniré contigo y ahí veremos juntos al primer emperador ~~

El terreno de entrenamiento de la escuela de estudios clásicos estaba impresionante. La luz de la luna parecía agua que goteaba sin hacer ruido. Por el cielo cruzaban las sombras de los mochuelos y los murciélagos. A los lados del campo brillaban los ojos de los perros salvajes. Y vosotros, ladrones carroñeros, ¿os atreveréis incluso a comer la carne de mi gente? Los cadáveres de los hijos del pueblo

yacían tendidos bajo la luz de la luna y esperaban la luz del sol. Yuan Shikai y Carl Rosendahl estaban festejando en mi *yamen* el evento, o en las cocinas, con los cacharros de cocinar, y armando la bulla. ¿No teméis que mate a Sun Bing? Sabéis que mientras esté vivo, no lo haré. Pero lo que no sabéis es que yo ya no quería vivir. Yo quería seguir el ejemplo de mi mujer, sacrificándose por la gran dinastía Qing. La vida de Sun Bing debía llegar a su fin. Vuestros ferrocarriles debían pasar por un campo de cadáveres, por los cuerpos de los chinos. Di unos pasos tambaleándome, y subí hasta la plataforma del cielo. Esa era la plataforma de Sun Bing, de Zhao Jia, y de Qian Ding. Sobre la plataforma del cielo había una linterna con las palabras «subprefecto de Gaomi». Vi que todavía había algunos servidores del *yamen* haciendo guardia con el palo de agua y fuego entre las manos, y parecían figuritas de barro. Debajo de la linterna habían puesto un hornillo con un pote donde habían cocido todo tipo de hierbas aromáticas. Todavía se podía sentir el olor del ginseng. Zhao Jia estaba sentado con las piernas cruzadas junto al hornillo, y la luz del fuego del hornillo iluminaba su tez negra. Tenía las manos sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos. Sus ojos estaban clavados en las llamas del hornillo —parecía un niño sumido en un mundo de ilusión—. Detrás del cuerpo del verdugo estaba Xiaojia apoyado en un poste. Tenía las dos piernas abiertas y relajadas, sobre las cuales había tripas de cordero que el carnicero forraba con galletas de semillas de sésamo; luego las pasaba por el fuego y les daba grandes bocados. Sun Meiniang se apoyaba en otro poste justo enfrente del de Xiaojia. Tenía la cabeza caída a un lado, y el pelo alborotado le cubría la cara. Parecía estar muerta, y ya no tenía nada de la gracia y la elegancia del pasado. Pude ver a través la gasa blanca el rostro indistinto de Sun Bing, que emitía todavía algunos sonidos, y ello significaba que no había sido destruido aún. La peste que desprendía su cuerpo atraía innumerables mochuelos. Volaban en el espacio vacío del cielo y emitían algún que otro grito estridente. Ah, Sun Bing, debiste morir hace tiempo. Miau, miau. Quién me hubiera dicho que los lamentos de la ópera de Maoqiang y sus maullidos saldrían ahora de mi boca. Miau, miau. Ah, Sun Bing, todo esto debido a mis estupideces, a mi corazón blando, a mi exceso de cautela y constante indecisión, a mi egoísmo. Por ello no supe anticipar sus intenciones y tú te convertiste en el cebo ideal, las gentes del cantón de Dongbei en Gaomi perdieron la vida, y se destruyó la semilla de la ópera de Maoqiang. Miau, miau...

Llamé a los servidores del *yamen* —esos que hacían la guardia con el bastón de agua y fuego—, para que se fueran a descansar, porque quería quedarme solo y organizarlo a mi manera. Los servidores del *yamen*, como azuzados por una responsabilidad pesada y temiendo que los retuviera de nuevo, bajaron corriendo por la rampa, y lo hicieron con el bastón en la mano, desapareciendo bajo la luz de la luna.

Ni se inmutaron ante mi llegada, como si fuera una sombra negra carente de

significado, como si fuera un simple accesorio del escenario. Pues sí; para ellos, hasta ese momento no era más que un accesorio del escenario. Justo mientras estaba pensando a quién iba a ensartar la lámina de mi espada, Zhao Jia echó un poco de mejunje de ginseng en el bol negro de Xiaojia y le ordenó:

—Hijo, ¿ya te has llenado? Si no te has llenado, espera un momento y ayúdame a darle al condenado algo de ginseng.

Xiaojia se levantó sin hacer aspavientos. Tras los acontecimientos del día, el carnicero parecía haber perdido sus rasgos simiescos, pero hizo una mueca con su boca y me sonrió al verme. Luego abrió la cortina de gasa blanca que cubría el cuerpo entero de Sun Bing. El cuerpo de Sun Bing estaba ya delgadísimo. Vi que su cara también se había empequeñecido y sus ojos se habían hecho grandes. Una grieta se estaba abriendo entre los dos lados del pecho. Su aspecto me hizo pensar en esas ranas que los niños abrían por la mitad y ataban a los árboles. Cuando iba al campo, las veía siempre.

Cuando Xiaojia retiró la gasa blanca, Sun Bing movió la cabeza y de su boca negra salieron unos sonidos irreconocibles:

—*Ooop...*, *ooop...*, que me dejen morir..., que me dejen morir...

El corazón me dio un vuelco, pero satisfacía la hoja de ruta de mi plan: Sun Bing quería, finalmente, morir. Ya había comprendido que la vida era sufrimiento. Matarlo era cumplir con su voluntad.

Xiaojia cogió el cuerno de un buey —de hecho, era el instrumento que se utilizaba para suministrar a los animales su medicamento— y se lo metió en la boca a Sun Bing. Luego le tiró la cabeza para atrás y Zhao Jia le metió el mejunje de ginseng. La boca de Sun Bing hizo un *glu, glu*, y su garganta hizo unas gárgaras: *gargargar...*, y el mejunje de ginseng descendió a las tripas.

—De esta manera, viejo Zhao —le dije con ironía a Zhao Jia, estando yo a sus espaldas—, vivirá hasta mañana. ¿Es así?

Zhao Jia se giró de golpe y con los ojos brillantes me respondió:

—Este humilde servidor se lo garantiza.

—La abuela Zhao hace milagros.

—Sin la ayuda de Vuestra Señoría, nada de esto habría sido posible —dijo Zhao Jia con modestia—, este humilde servidor no habría logrado el favor del Cielo.

—Zhao Jia, no cantes victoria antes de tiempo. Este no pasará de esta noche...

—Este humilde servidor daría la vida para que le creyese. Si Vuestra Señoría le puede dar medio *jin* de ginseng, este puede vivir todavía tres días.

Lancé una carcajada, me agaché para coger la daga que tenía escondida en la zapatilla y me dispuse a clavársela a Sun Bing, pero Xiaojia se interpuso. En ese momento decisivo, Xiaojia se puso delante de Sun Bing. Le saqué el puñal del pecho y Xiaojia cayó, con el cuerpo sin vida, a los pies de Sun Bing. La sangre que corría

por el puñal me quemaba la mano. Zhao Jia se lamentó:

—Ah, mi hijo...

Zhao Jia rompió el cuenco negro sobre mi cabeza, derramando el ginseng y su aroma sobre mi cara. No pude evitarlo y grité. Entonces vi a Zhao Jia ponerse derecho como una pantera negra feroz dispuesta a atacarme. Tenía el cráneo duro como el hierro y me golpeó directamente al pecho y caí de espaldas sobre la plataforma alta. Zhao Jia aprovechó ese momento para ponerse encima de mí, agarrándome del cuello con las manos, y más que manos, parecían las garras de un halcón. Al mismo tiempo, me mordía la frente: *crusslll... Mis ojos se quedaron en blanco, mi cabeza quería luchar pero sus dos manos parecían ser las dos manos de la muerte...*

... En ese preciso momento, me encontré con mi mujer, la del rostro triste, *mirando el país natal desde la alta plataforma del pabellón de los infiernos* y Zhao Jia aflojó inmediatamente las manos y me soltó, y su boca también dejó de mordirme. Me lo quitó de encima con las piernas y me puse derecho. Vi que Zhao Jia caía al suelo con un puñal clavado en la espalda, su carita fina se agitaba con espasmos y daba pena verlo. Vi, entonces, a Sun Meiniang con cara de tonta junto a Zhao Jia. Tenía la cara descompuesta y más que un ser humano (quizá, tres partes) parecía un demonio (siete partes). La luz de la luna parecía agua, la luz de la luna parecía plata, la luz de la luna parecía hielo, la luz de la luna parecía escarcha.

Volví a ver esa luz, la luz de la luna...

Y siguiendo esa luz de la luna vi pasar ante mí al sobrino valioso Liu Pu, que quería vengar a su padre, a los Seis Príncipes de China, a la gran dinastía Qing, y Liu Pu apareció de repente ante Yuan Shikai como lo hizo mi hermano, con las dos pistolas de oro...

Alcé la cabeza, estaba mareado, y alargué las manos: Meiniang..., mi querida...

Ella gritó y se precipitó corriendo hacia la parte baja de la plataforma. Su cuerpo parecía marchar como si ya hubiese dejado de tener peso, flotando con sus ropas de algodón fino hinchadas por el aire. ¿Debía seguirla? No era necesario. Mi plan estaba a punto de realizarse. Nos reuniremos con toda seguridad en otro mundo. Arranqué el puñal de la espalda de Zhao Jia y le limpié la sangre en mis ropas. Me dirigí hacia Sun Bing bajo la luz de la linterna (moribunda y amarillenta) y la luz de la luna (brillante y poderosa).

—Ah, Sun Bing, cuánto mal te he hecho [316](#)... Incluso tus barbas, no fui yo quien te las arranqué. Quisiera ahora hablarte a corazón abierto...

Al decirle esas palabras, saqué la daga y se la clavé en el pecho. Sus ojos desprendieron de repente una luz brillante, lanzaron fuego; y su cara brilló con más fuerza que la luz de luna. Vi que la sangre le salía de la boca, y con la boca llena de sangre, todavía tuvo tiempo de decir:

—Esta representación... se ha acabado...

Postfacio

Un gran paso atrás

Mientras escribía esta novela, mucha era la gente que conocía y amigos que me preguntaban por lo que estaba escribiendo y yo me limitaba a tragar saliva y no sabía qué responderles. Después de entregar el manuscrito al editor, necesité dos días para recuperarme del esfuerzo que había necesitado para acabar esta obra, y fue entonces cuando comprendí que lo único que había escrito en esta novela eran voces. De «La cabeza del fénix» (la primera parte) a «La cola del leopardo» (la tercera y última parte), cada capítulo llevaba un título que hacía referencia a ello: «Zhao Jia se va de la lengua», «Qian Ding habla con mucho odio», «Sun Bing habla de teatro», etc. «El vientre del cerdo» (la parte central) parece estar escrito desde el punto de vista de un narrador omnisciente, pero se trata, en realidad, de una parte novelada de la Historia (con mayúsculas) que el pueblo ha estado transmitiendo oralmente y cantando desde siempre. Se trata, otra vez, de voces y ruido. Lo que me motivó a escribir esta novela fueron, también, las voces y los ruidos.

Desde que empecé a escribir hace de ello ya veinte años, hay dos voces que nunca han dejado de sonar en mi cabeza. Esas voces eran como el espíritu de esas zorras que regresan al mundo de los hombres, y me desestabilizaban profundamente.

La primera voz se escuchaba claramente; era una voz fuerte y contundente, muy solemne, y sonaba como el metal o el hielo cuando choca con algo. Esa voz era, en realidad, el ruido de un tren, el ruido de los trenes cuando pasaban por las vías de ferrocarril de Qingdao a Ji'nan hace cien años. Mis recuerdos afloraron: cuando el cielo se encapotaba, se podían oír los silbidos del tren cuando pasaba —que eran como el mugido largo y triste de un buey— y se pegaban al suelo, llegaban hasta nuestros pueblos y entraban en nuestras casas, hasta despertarnos, asustados, de nuestros sueños. Poco después, pasaban los vagones del tren con su estampido; un

tren brillante como el hielo que pasaba sobre el gran puente metálico del río Jiao. Los silbidos del tren y el ruido que hacía al pasar por el puente metálico se mezclaban con las nubes cargadas de agua de un día que amenazaba lluvia, y todo ello se quedó grabado en la memoria de ese niño hambriento y solitario que era yo. Cuando me despertaban en medio de la noche esos dos ruidos nítidos y bien diferenciados, en mi cabeza aparecían numerosas leyendas sobre las vías del ferrocarril, eran historias llenas de vida y color que salían de unas bocas con todos los dientes enteros o de bocas con dientes rotos. Al principio, esas historias se manifestaban en forma de voces y ruidos, luego venían las imágenes, o más bien, los cuadros. Las imágenes eran las explicaciones a los cuadros, eran aquello que aportaba el significado a las voces y los ruidos.

Primero lo escuché y luego lo vi, que en 1900, cuando mis abuelos chupaban todavía de la teta de sus madres, los ingenieros alemanes se habían instalado a unos veinte *li* de nuestro pueblo y, según contaban, habían traído un aparato con muchísimos espejos pequeños. El objetivo de ese aparato era trazar la línea que iba a unir Qingdao con Ji'nan. Esos alemanes hacían trabajar a innumerables chinos que llevaban su coleta larga y transportaban madera de azufaifo. Pude ver cómo los alemanes les cortaban las coletas a los chinos robustos y las enterraban bajo las vías. Sin la coleta, esos chinos enfermaban o perdían la cabeza. También pude ver cómo los alemanes se llevaban a los niños montados en unas mulas a un lugar secreto de Qingdao para cortarles la lengua con unas tijeras y así enseñarles alemán. En el futuro, esos niños debían ser los jefes talentosos que supervisarían las vías de ferrocarril. Se trataba, naturalmente, de una leyenda poco creíble. Más tarde, tuve la oportunidad preguntarle al director del Instituto Goethe si para enseñar alemán a los niños de los chinos era necesario cortarles la lengua con unas tijeras. Él, muy serio, me respondió que sí, que era necesario. Luego, riéndose a carcajadas, me dio a entender que mi pregunta no tenía sentido alguno. Sin embargo, hemos creído esa leyenda durante muchos años. Nadie dudaba de ella, y hemos denominado a los que hablan lenguas extranjeras como «lenguas cortadas». En mi cabeza, el cortejo de los niños montados en las mulas recorría las orillas embarradas del sinuoso río Jiao. Cada mula llevaba dos cestas, en las cuales había un niño en cada una. Un regimiento de soldados alemanes protegía el cortejo, y detrás iban las madres, llorando a lágrima viva. Eran llantos de dolor que se oían más allá de los límites que marcaba el campo, en las afueras. Me contaron que un pariente lejano de mi padre había sido uno de esos niños que llevaban a Qingdao para aprender alemán. Más tarde, se convirtió en el jefe contable de esa línea de ferrocarril y llegó a tener un sueldo de treinta mil dólares mexicanos. Incluso Zhang Xiaoliu, que había sido un simple ayudante en el hogar del contable, pudo construirse en su terruño una casa enorme con un patio dentro. Por mi cabeza aparecieron otros cuadros con otras voces y otros ruidos: un dragón que yacía

escondido bajo las vías del ferrocarril y que sufría de lo lindo porque las vías de tren pasaban sobre su cresta. El dragón intentaba a duras penas doblarse y las vías de tren se curvaban también, pero otro tren, que estaba encallado en la parte baja de las vías, se lo impedía. Si los alemanes no hubieran construido las vías, el cantón de Dongbei en Gaomi habría sido la capital de China. El dragón, como era de esperar, consiguió doblarse y destruyó las vías del tren, pero el *fengshui* del cantón de Dongbei en Gaomi estaba ya dañado irremediablemente. También pude saber de otra leyenda: las gentes de ese terruño creían que el tren era una bestia viva que se alimentaba de paja y consiguieron desviar un tramo de la vía para conducir el tren a una zona llena de heno, forraje y habichuelas de soja negra, pero que en realidad era un estanque. Querían ahogar a la bestia en sus aguas; pero el tren no les hizo el menor caso. Comprendieron al final que el tren tenía una manera de funcionar diferente. Algunos «tres pelos» (los colaboradores de los alemanes) les explicaron algunas cosas sobre el funcionamiento de los trenes. Comprendieron que tanto forraje y tanta habichuela negra no habían servido de nada. Pero en cuanto pasó al olvido esa historia increíble, se propagó otra todavía más disparatada. Los «tres pelos» les dijeron que la caldera del tren había sido forjada en oro, si no, ¿cómo podía resistir el fuego tanto tiempo? La teoría de los «tres pelos» no era muy creíble porque todos sabían que el oro verdadero resiste el fuego. Para recuperar lo que habían perdido con la estrategia precedente, es decir, el heno y las habichuelas negras, los del terruño de Dongbei sabotearon una de las vías, desviando el tren. Cuando entraron en el vagón donde estaba la caldera para llevarse el famoso botín, se dieron cuenta de que no había la menor onza de oro...

A pesar de la cercanía de las vías a mi pueblo —no más de veinte *li*—, tuve que esperar a tener dieciséis años para hacer, junto con unos amigos míos, mi primera visita a las vías del ferrocarril. La primera vez que me planté a un lado de las vías pude ver el cuerpo de ese enorme monstruo pasar volando, con todo su fragor e ímpetu, a mi lado. El tren brillaba de tal manera que te dejaba helado de frío, con un ruido estruendoso y espectacular a su paso que daba miedo. Todavía hoy no he olvidado ese momento y la impresión que me causó. Tomé más tarde el tren de esa línea y lo hice varias veces, pero nunca tuve la impresión de que el tren que tomaba era el mismo de Dongbei, en Gaomi. Tampoco era el tren que pasaba por el campo. Tampoco era la misma cosa de la que había oído hablar en mi infancia. El tren de mi infancia era una bestia viva, el de mi madurez era una máquina sin vida.

El segundo tipo de voces y ruidos que escuchaba en mi cabeza pertenecían a las historias que circulaban en Gaomi sobre las representaciones de la ópera de Maoqiang. Esas obritas de la melodía del gato eran trágicas y tristes, sobre todo, en los momentos en los que intervenía el papel femenino, y, más que cantos, parecían más bien lágrimas de sangre derramadas por una mujer sojuzgada. En el distrito

cantonal de Dongbei en Gaomi, tanto los adultos como los niños eran capaces de canturrear algún aria de la ópera de Maoqiang. Esas melodías dulces y lúgubres se habían transmitido oralmente de una generación a otra, pero sin pasar por ningún método de aprendizaje particular. Una leyenda contaba que una anciana de Dongbei, en Gaomi, se fue con su hijo a Guandong, en el noreste de China. Ya moribunda, uno de sus paisanos le trajo una cinta casete con unas grabaciones de la ópera de Maoqiang. Su hijo la puso en el magnetófono para que ella la escuchara, y a la anciana, al ponerse a escuchar la melodía sinuosa de la melodía del gato, le vino la vida de golpe. Se sentó, le vino el color a la cara y los ojos le brillaban. Cuando la cinta acabó, la anciana cayó fulminada.

Cuando era pequeño, junto con los niños grandes de los otros pueblos, seguíamos los fuegos fatuos —esos fantasmas con sus linternas de fuego en la mano— que iluminaban los caminos y nos íbamos a los pueblos vecinos a ver la ópera de Maoqiang, y las luciérnagas que volaban y bailaban en el cielo acompañaban con más luz a los fuegos fatuos. Del bosque llegaban los aullidos de los zorros y los rugidos de los trenes. Podíamos ver a mujeres vestidas de rojo o blanco sentadas en los bordes del camino y llorando a solas. Sus llantos no se diferenciaban de los cantos de la ópera de Maoqiang. Sabíamos que esas mujeres eran zorras encarnadas en mujeres y por eso no nos atrevíamos a provocarlas. Cuando pasábamos a su lado, les mostrábamos siempre todo nuestro respeto. Escuchábamos mucha ópera de Maoqiang, y por eso éramos capaces de recitar trozos enteros de su repertorio. Las partes que no llegábamos a memorizar, las recitábamos improvisándolas. Con los años, nos convertimos en actores no profesionales de la ópera de Maoqiang y hacíamos representaciones por los pueblos, interpretando siempre a los malos de las obras. En esa época, las obras tenían un marcado carácter revolucionario. Yo o era un espía o un soldado bandido. Después de la Revolución Cultural (1966-1976), el ambiente se relajó un poco y, además de las ocho obras [317](#) oficiales que podían representarse, permitieron la creación de otras obras nuevas. Nuestra ópera de Maoqiang, *El suplicio del aroma de sándalo*, nació en ese momento. En realidad, la resistencia de Sun Bing a los alemanes ya era cantada durante los últimos años de la dinastía Qing y el periodo republicano (1912-1949). Los actores más ancianos se acordaban todavía de ciertas partes de las arias que componían esta ópera. Desde pequeño me gustaba componer esas obritas rimadas y tenía un verdadero talento para ello, y con un vecino que tocaba el violín chino y que pertenecía a una generación anterior a la mía, nos pusimos a componer, en nueve escenas, la gran ópera de Maoqiang, *El suplicio del aroma de sándalo*. Un profesor, gran amante de las artes y que fue condenado por derechista, nos ayudó mucho con la letra. La primera vez que fui con mis compañeros a ver el tren, vimos una obra llamada *Vivir la vida*. Desde que se compusieron, los textos que componían la ópera *El suplicio del aroma de sándalo*

fueron reelaborados varias veces por varios autores.

Luego dejé mi terruño para irme a trabajar a otro sitio y mi pasión por la ópera de la melodía del gato tuvo que pasar a un segundo plano debido a las dificultades de la vida. Mientras tanto, la ópera de Maoqiang, que antaño servía para educar a las gentes del cantón de Dongbei en Gaomi, iba desapareciendo. Ya apenas se representaba a pesar de contar todavía con una banda profesional y los jóvenes apenas mostraban interés por ella. En 1986, cuando regresaba a mi casa para la festividad de Año Nuevo y salía de comprar el billete de tren, oí, de repente, una melodía de la ópera de Maoqiang que salía de una pequeña cantina. Esa melodía era intensamente triste y conmovedora. El sol amanecía rojo y la plaza estaba desierta. La melodía triste y despojada de la ópera de Maoqiang y el silbido agudo del tren que anunciaba su salida, todo ello en ese escenario solitario, me provocó mil sentimientos a la vez. Esas dos voces, pensé, que eran el tren y la ópera de Maoqiang, constituían dos semillas que habían sido sembradas en el campo de mi corazón durante mi adolescencia y acabarían, tarde o temprano, por producir una obra importante.

Durante el otoño de 1996 empecé a escribir *El suplicio del aroma de sándalo*. Apoyándome en las leyendas maravillosas que se contaban sobre la construcción de las vías de ferrocarril, llegué a escribir cincuenta mil palabras. Luego lo dejé estar durante un tiempo. Cuando lo retomé otra vez, me di cuenta de que había demasiado realismo mágico [318](#). Quise, por ello, volver a escribirlo, omitiendo todos esos detalles fantasiosos y preciosistas que no conducían a ningún lado. Decidí finalmente que la voz y el ruido del tren debían ir a menos, mientras que la voz y el ruido de la ópera de Maoqiang debían ir a más. Haciéndolo era consciente de que el texto era menos rico, pero al mismo tiempo ganaba en sabor popular y había algo de más puramente chino en su estilo. Hice ese sacrificio sin dudar.

Al igual que la ópera de Maoqiang no se presta a escenarios suntuosos y espectaculares, como en las óperas italianas o los ballets rusos, es muy poco probable que esta novela guste a los lectores occidentales. Sobre todo, a los lectores de gustos refinados, como los que aprecian el canto de la nieve blanca de la primavera soleada [319](#). Y al igual que la ópera de Maoqiang solo podría ser representada ante masas laboriosas [320](#), la novela *El suplicio del aroma de sándalo* solo puede ser leída por un público al que le guste la cultura del pueblo [321](#) y su literatura. Tal vez, esta novela encontraría su marco ideal en un lector que la leyese en voz alta ante un público atento. Un actor con una voz ronca y potente, que hiciese, por lo tanto, una lectura pública, una lectura en la que no se diferenciase el cuerpo del alma, y ante un lector que oyese el texto. Es por ello que introduje expresamente en mi novela muchas partes habladas y rimadas, diálogos escenificados, monólogos que transcurren fluidamente como las aguas de un río, partes sencillas con otras más elevadas y exageradas. Todo ello con el fin lograr en la narración un resultado hermoso. En estos

tiempos en que la novela, que había sido un arte popular, se ha convertido en un arte para los que les gusta la literatura refinada y palaciega; incluso en un momento en que la literatura occidental tiene más presencia en la novela china que su propia herencia cultural, *El suplicio del aroma de sándalo* es, probablemente, un anacronismo. *El suplicio del aroma de sándalo* es un gran paso atrás en mi obra de creación, pero un paso que hice conscientemente. Es una pena que ese paso atrás no haya alcanzado todavía lo que yo esperaba de él.

Octubre, 2000.

Anexo

Unidades de medida empleadas en *El suplicio del aroma de sándalo*

I. Longitud

Bu: 1,6 m

Chi: 0,32 m

Cun: 32 mm

Fen: 3,2 mm

Li: 576 m

Yin: 32 m

Zhang: 3,2 m

II. Superficie

Mu: 614,4 metros cuadrados, y cien *mu* son un *qing*

III. Masa

Fen: 373,01 mg

Qian: 3,7301 g

Liang: 37,301 g (el par de taeles de plata)

Jin: 596,816 g

IV. Volumen

Dou: 10 litros (o *sheng*)

Notas del traductor

1 La razón por la cual hemos traducido de forma literal en español el título original de la novela tiene que ver directamente con los diferentes niveles de significado que lo constituyen. Como muchas novelas clásicas, el título está compuesto, en un primer nivel semántico, de tres caracteres (*sanzi*) cuya asociación pretende crear un significado distinto del que se puede leer literalmente. La primera gran dificultad de la traducción de *El suplicio del aroma de sándalo* empieza con la traducción de su título. El suplicio (*xing*) del aroma (*xiang*) de sándalo (*tan*) es, en sí mismo, un oxímoron o contraste (*yingchen*) como se denomina en la retórica china, que utiliza Mo Yan para el título de su novela; esto aparece ya en las *Memorias históricas* (*Shiji*), en el siglo I a. C., del historiador de Han Sima Qian, que vivió entre los años 145 a. C. y 90 a. C. Nada más lejos de un suplicio que el aroma del sándalo. ¿Cuál es el sentido de la paradoja implícita en el título? El perfume de la madera de sándalo (*tanxiang*) y de sus derivados es, en realidad, agradabilísimo, y produce placer y ganancia; tiene además virtudes religiosas liberadoras del dolor, relacionadas con la meditación en el ritual budista (véanse infranotas 299 y 310 sobre las virtudes del sándalo), que se oponen antagónicamente a las del suplicio o pena (*xing*), que connota, en apariencia, exactamente lo contrario (el dolor, la tortura, la censura y la pérdida). Este tipo de combinación en un título, aparte de revelar una paradoja o una *contradictio in terminis*, y el placer estético que se deriva de ella —el oxímoron en el título indica que la obra artística que intitula es sofisticada y extremadamente refinada—, suele querer decir, dentro ya de un segundo plano semántico y en el contexto que sirve de marco cultural a la novela, que se va a hablar de cambios (*yi*) y de profundas transformaciones sociales e históricas, ya que es en el conflicto (o en la funcionalidad del conflicto) cuando se produce el cambio en el universo tal y como se define en la ontología del *Libro de las Mutaciones* (*Yijing*) y sus ocho trigramas básicos. Poniendo juntos estos dos términos antagónicos (la unidad de dos términos en principio

opuestos) en el título, Mo Yan asimila, además, el dolor con el placer, o, en otras palabras, se introduce el dolor en el placer y viceversa, borrando los límites de la definición de cada uno de estos términos, para crear una síntesis superior (y posterior) a partir del conflicto, es decir, un estado más allá del placer y del dolor. Se contraponen la ganancia (*yi*), que es el placer, la buena fortuna, el resultado del fuerte, de la luz, del yang, con la pérdida (*sun*), que es el dolor, la desgracia, el resultado del débil, de la oscuridad, del yin. O en otras palabras: aparece la dialéctica conflictiva entre el yang y el yin inherente a todo cambio. Como lo expresaba Laozi en el *Dao de jing*, en su parágrafo 42: «Todos los seres llevan auestas el yin y se dirigen hacia el yang para contenerlo, y es el *chongqi*, el “pujante soplo vital”, quien los une». Desde una perspectiva más moderna, pero no ajena al título y el texto de la novela de Mo Yan, Mao Zedong, que vivió entre 1893 y 1976, veía en la universalidad de la contradicción y el concepto de contradicción antagónica los principios básicos de todo cambio histórico y social —y estos han sido, tal vez, los conceptos más importantes del maoísmo—, y así lo expuso en uno de sus ensayos más influyentes e importantes, *Comentarios sobre la contradicción (Maodun lun)*, de 1937. Y en un tercer plano, el que materializa finalmente en lo real el plano simbólico del antagonismo representando en el título: el suplicio del aroma de sándalo constituirá la ejecución por empalamiento mediante la estaca de madera de sándalo (véanse infranotas 46 y 100).

La cabeza del fénix

2 La novela *El suplicio del aroma de sándalo* está estructurada en tres grandes secciones (*bu*): «La cabeza del fénix» (*feng tou*), «El vientre del cerdo» (*zhu du*) y «La cola del leopardo» (*bao wei*); una estructura que se inspira directamente de la definición del poema cantado *yuefu*, un tipo de poema refinado e inspirado en canciones folclóricas, que Tao Zongyi, nacido en 1316, atribuye al dramaturgo y poeta del periodo dinástico Yuan Qiao Ji, que vivió entre 1280 y 1345. En el octavo volumen de las *Notas sobre los pueblos del sur que han cesado de cultivar los campos (Nancun chuogeng lu)*, Tao Zongyi escribe: «Las reglas de la composición del poema *yuefu* son: la cabeza del fénix, el vientre del cerdo y la cola del leopardo para sus seis partes». Este tipo de composiciones se asocia a la poesía cantada o arias *sanqu*, que era utilizada en las partes cantadas de las representaciones teatrales *zaju* del periodo Yuan (1271-1368) y en otras variantes regionales de ópera tradicional, como es el caso de la ópera de Maoqiang, que toman sus historias de episodios históricos conocidos por el público. Este tipo de arias combinaba el lenguaje coloquial de la calle con un lenguaje refinado y muy sofisticado. Qiao Ji explicó cómo debían ser este

tipo de composiciones: «Por lo general, [el *yuefu*] debe ser bello al principio, ancho y poderoso en el centro, y llamativo y claro al final; y particularmente precioso de los pies a la cabeza y del principio hasta el final, interesante y con significado, y puro y nuevo».

Capítulo primero. Meiniang saca la rabia que lleva dentro

3 Aria *El gran dolor (dabei diao)*. Se trata de una parte cantada (*diao*) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo (Tan xiang xing)*. Estas arias siguen, aunque con variantes, ritmos marcados por frases de siete sílabas. La primera parte («La cabeza del fénix», *feng tou*) de *El suplicio del aroma de sándalo* está compuesta de cuatro grandes monólogos (en cuatro capítulos) que introducen, como en una ópera cantada, la historia que se va a contar.

4 Como cuenta Mo Yan en el postfacio a su novela, los textos que componen la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo* tienen un origen oral y cuentan la oposición del cantante y rebelde Sun Bing a los alemanes durante la rebelión de los bóxers. Esta ópera fue reescrita posteriormente por autores profesionales de la ópera regional de Maoqiang o de la melodía del gato, y muchos de sus textos aparecen, en sus diferentes estilos, en la versión novelada de Mo Yan. En principio se trata de un personaje real, pero no se sabe mucho más de la vida de Sun Bing que lo que cuenta la ópera de Maoqiang.

5 *Gongdie*. Se trata del suegro (*gonggong*), pero a diferencia de otros sistemas legales, el *gongdie* tenía la misma potestad sobre su nuera que sobre una hija natural; es el padre (*die*) público (*gong*), el padre legal, que tiene mayor poder sobre la nuera que el padre natural al haberse casado con el hijo de la familia de ese *die*; en este caso Zhao Xiaojia, el marido (*zhangfu*) de Sun Meiniang. Incluso en China, en este periodo, existía la figura más neutra del «suegro» (*yuefu*), como en la novela es, por ejemplo, el caso del personaje de Sun Bing (el padre natural de Meiniang) respecto al personaje de Xiaojia (el marido de Meiniang), que carecía de esta potestad sobre sus ahijados y es similar a la que existe en español. La figura del *gongdie* no equivale, por lo tanto, a la del *yuefu*. En la novela el *gongdie* de Sun Meiniang es el verdugo Zhao Jia . La posición dentro de la familia es en estos últimos años del periodo imperial algo más que una mera clasificación de parentesco: es una jerarquía que muestra el poder que unos miembros tienen, y pueden ejercer, sobre los otros miembros. La jerarquía familiar tradicional estaba basada fundamentalmente en relaciones de poder que debían quedar muy bien establecidas en cualquier tipo de comunicación entre los

miembros y en cómo debían dirigirse los unos a los otros.

6 Su nombre completo es la Gran Sala del Ministerio de Justicia de la capital (*jingcheng xingbu datang*). Un equivalente sería el palacio de justicia y su tribunal supremo.

7 El *kang* es la cama-horno hecha de ladrillos de unos dos metros sobre la que dormían tradicionalmente los chinos.

8 *Qindie*. Es el padre (*die*) natural (*qin*). En la novela, el *qindie* o *fuqin* de Sun Meiniang es Sun Bing.

9 La subprefectura de Gaomi (*Gaomi xian*) se encuentra situada en el este de la provincia (*sheng*) de Shandong, en el noreste de China. Durante estos años de la dinastía Qing (en la era del emperador Guangxu, véase infranota 105), *xian* es una subprefectura que pertenece a una prefectura de primera categoría *fu* y *zhou*. Gaomi es por lo tanto una subprefectura (*xian*), y *xiang* es un cantón o distrito incluido en la subprefectura. Dongbei pertenece a la categoría administrativa de cantón o distrito (*xiang*), y dentro del cantón o distrito está lo que podría llamarse «pueblo» (*cun* o *zhen*), como sucede con Masang en la novela (véase infranota 145), que es la unidad administrativa más pequeña. La subprefectura de Gaomi pertenecía, en esta época de Qing, a la prefectura de Jiaozhou. Dongbei es un distrito (*xiang*) que, como su nombre indica, está situado en el noreste de la subprefectura de Gaomi, y pertenece a esta subprefectura (*xian*). El cantón (*xiang*) de Dongbei tiene a su vez dieciocho pequeños pueblos (*cun*). Para recapitular, el nivel administrativo más grande es China o el Gran País de Qing (*da qing guo*), como se le denominaba en esa época, luego vienen, por orden de mayor importancia administrativa a menor, la provincia (Shandong), la prefectura (Jiaozhou), la subprefectura (Gaomi), el cantón (Dongbei) y el pueblo (Masang). El subprefecto, que también ocupaba el puesto de magistrado (*zhixian*), era el máximo responsable de esta área administrativa, y el prefecto (*zhifu*), a un nivel superior, era el máximo responsable de la prefectura. Gaomi tuvo un papel esencial en la revuelta de los bóxers, era una subprefectura importante que contaba con un magistrado-letrado (Qian Ding, en la novela), y era próspera y célebre por organizar los exámenes imperiales. Gaomi contaba además con una academia de estudios clásicos (*shuyuan*) y una biblioteca importante de libros clásicos confucianos que fueron destruidos por los alemanes cuando estos dejaron la subprefectura después de ocuparla durante dos semanas en julio de 1899 (la primera ocupación alemana de Gaomi), siguiendo las órdenes de Paul Jaeschke (1851-1901), el gobernador del

protectorado alemán de Jiaozhou desde el 10 de octubre de 1898. Este acto fue visto en toda China como una afrenta no solo contra los campesinos rebeldes y los bóxers, sino contra el corazón mismo de la civilización china: el confucianismo. Incluso el gobernador Paul Jaeschke vio en su acción un acto de la superioridad de la ideología occidental sobre la ideología china, decadente e ineficaz. Era por lo tanto una guerra abierta entre dos maneras de ver el mundo, es decir, entre la *Weltanschauung* china y la *Weltanschauung* occidental (octubre de 1900, en pleno conflicto de los bóxers). Todavía hoy este acontecimiento es visto como uno de los orígenes del nacionalismo chino moderno que desembocaría en la fundación de la República (1912) y en la relación que China estableció con los países occidentales en el siglo XX. Los alemanes, presintiendo la amenaza de los japoneses, dejaron definitivamente Gaomi y Jiaozhou en 1906.

[10](#) Sun Meiniang se refiere a menudo a sus tres «padres» (el *gongdie*, el *qindie* y el *gandie*) como *die*, que significa, simplemente, «padre».

[11](#) El rey Yan, también conocido como Yanluo, o Yama, de origen indio, fue adoptado por el taoísmo y el budismo chinos desde la dinastía Tang, que se extendió entre los años 618 y 907. Su imagen es recurrente en la tradición del cuento popular en lengua vernácula; el rey Yan es el justo defensor del *dharma* y pasó a ser el guardián de los infiernos.

[12](#) La ópera de Maoqiang o de la melodía del gato, como la denomina Mo Yan en la novela, se propagó exclusivamente en la provincia de Shandong, desde su lugar de origen, Jiaozhou, en Qingdao, y se formó en el pueblo. El estilo de las melodías suele ser un estilo espontáneo y natural, que todo el mundo puede comprender, con diferentes matices, pero con un tono quejumbroso más bien constante, que es particularmente apreciado por las gentes de la provincia de Shandong. Las partes cantadas del personaje femenino están particularmente trabajadas y desarrolladas con sus tonos tristes y trágicos, ya que se buscaba la empatía de las mujeres que escuchaban en la audiencia esas partes, como es el caso de los monólogos del personaje de Sun Meiniang en la novela de Mo Yan. Esta versión regional nunca llegó a gozar de la popularidad de otras variantes de ópera china como la de Pekín (que influyó poderosamente en el desarrollo de la ópera de Maoqiang, sobre todo en la introducción de más instrumentos musicales) o la ópera de Guangdong, y se solía representar en bodas y funerales, ya que este tipo de óperas servía para fomentar las virtudes confucianas como la piedad filial. Desde un punto de vista histórico, el teatro cantado de Maoqiang (*maoqiang xi*) vio la luz en Jiaozhou, en la provincia de

Shandong, en un periodo que abarca de 1662 a 1722, durante el reinado del emperador Kangxi, entre 1654 y 1722, el segundo emperador de la dinastía Qing en gobernar la totalidad del imperio. Lo que posteriormente se llamaría «ópera de Maoqiang» se desarrolló en un principio con diferentes nombres. Se llamó «el *guzi* (instrumento musical similar a un tambor pequeño que se golpeaba con unos palos largos y finos) del codo» (*zhou guzi*), «la novicia de los Zhou» (*zhou guzi*), «el bastón del eje del carro» (*zhou gunzi*) y «la canción justa» (*zheng gezi*); y posteriormente, en sus tres fases de desarrollo principales, se llamó «el *guzi* del codo original» (*ben zhougu*), «el *guzi* del codo osado» (*mao zhougu*) y «el *guzi* del codo exuberante» (*mao zhougu*), hasta su forma definitiva desde hace unos doscientos años como «melodía exuberante» (*maoqiang*), que es su verdadero nombre y como es conocida esta ópera en Shandong. Lo más probable es que el *mao* pasó a ser transcrito en el último estadio de su evolución como *mao*. Originariamente, era un solo hombre que contaba una historia y solo después aparecieron actores encarnando personajes como en otras óperas regionales. Su repertorio, unas ciento cuarenta obras aproximadamente, adaptaba argumentos de otras óperas clásicas.

[13](#) Durante el periodo Qing se empleaba el sistema *geng-dian*. El día (*ri*) estaba dividido en diez *geng*. El tercer *geng* corresponde a la franja horaria entre las once de la noche y la una de la madrugada. A veces se identifica con la medianoche.

[14](#) La larga coleta que se dejaban crecer los chinos en esta época obedecía al respeto y sumisión que estos profesaban al gobierno de Qing o manchú (1644-1911), los representantes de la última dinastía imperial china. Cortársela suponía un acto de rebeldía contra la dinastía manchú de Qing.

[15](#) Yang Guifei, que vivió entre los años 719 y 756, es una de «las cuatro bellezas» de la China antigua. Virtuosa y muy bella, según el canon confuciano y una estética fomentada durante la dinastía Tang, las virtudes de la consorte imperial Yang fueron inmortalizadas en el poema *El canto del eterno lamento* (*Chang hen ge*) del poeta Bai Juyi, que vivió entre los años 772 y 846.

[16](#) El general Chen Yaojin, que vivió entre el año 593 y el 665, se rebeló contra el emperador Yang Guang y robó junto con los rebeldes el dinero que le estaba destinado al emperador. Posteriormente, su acción fue decisiva para la caída de los Sui y la instauración de la dinastía Tang, en la que fue general.

[17](#) El título de *jinshi* es el máximo grado al que podía aspirar un funcionario-letrado

mediante el sistema de las oposiciones imperiales. Había diferentes grados dentro del nivel de *jinshi*.

[18](#) El *gandie* es el padre desde un punto de vista jurídico o padre adoptivo. Literalmente significa «el que hace (*gan*) de padre (*die*)». Cuando el padre natural había muerto o iba a ser condenado a muerte, los hijos pasaban en estos últimos años de la dinastía Qing a ser directamente hijos adoptivos del gobernador o magistrado del cantón, el cual guardaba una función tutelar con ellos, como sucede con Qian Ding respecto a Sun Meiniang. De hecho, el *gandie* de Meiniang es también el *gandie* de Xiaojia, su esposo. En la novela, el *gandie* de Sun Meiniang es Qian Ding. Qian Ding es el subprefecto (*zhixian*), oficial del gobierno (*guanyuan*) y magistrado (*taiye*) y *fumuguan* de la subprefectura (*xian*) de Gaomi bajo el gobierno manchú de Qing (*Qing ting zhengfu*). En la novela se le llama a menudo *da laoye*: el gran *laoye*, que puede traducirse como el «amo y señor» o «gran burócrata». El hecho de que Sun Meiniang mantenga una relación amorosa con su *gandie* (Qian Ding) deja entrever que hay algo de incestuoso y, por lo tanto, de ilícito en esta relación.

[19](#) Guandong es el nombre con el que se conocía familiarmente a Manchuria.

[20](#) *Yamen*. Desde el *yamen* se controlaban las tres leyes (*san da xian*); el poder legislativo y ejecutivo, el poder judicial y el militar, y servía al mismo tiempo como palacio de justicia, prisión y residencia para los miembros gubernamentales. En la novela se alude al *xianya* o «*yamen* de la subprefectura».

[21](#) Los términos *laoniang* y *guniang* son términos usuales para designar a la señora de una casa ya casada desde hace unos años (*laoniang*) y a la joven mujer recién casada (*guniang*). Sun Meiniang se refiere a menudo a sí misma con estos términos. *Laoniang* indica también «yo, yo misma», cuando es una mujer de mediana edad que está hablando precisamente de sí misma. El término *laopo* se refiere a una mujer de cierta edad y estatuto, como es la esposa del subprefecto Qian Ding.

[22](#) El amarillo (*huangse*) es el color imperial.

[23](#) Es el nombre del levantamiento de los bóxers en China: «la justicia y la concordia» (*yi he tuan*). Lo de los puños (*quan*) hace referencia al hecho de que los sublevados practicaban el boxeo chino, de ahí su nombre anglicanizado de «bóxers».

[24](#) Yuan Shikai o Yuan Xiancheng, como también aparece en la novela (véase capítulo decimocuarto), fue un militar que vivió entre 1859 y 1916 y se convirtió en el segundo presidente de la República de China tras suceder a Sun Yat-sen, que vivió entre 1866 y 1925. Tras la caída de la dinastía Qing a finales de 1911 intentó restaurar el imperio sin éxito. Fue presidente de la República de China entre 1912 y 1916 y tuvo un papel decisivo unos años antes, durante la rebelión de los bóxers (1900-1901), junto con las potencias extranjeras. En el periodo histórico de la novela, Yuan Shikai era un militar y ministro (*dachen*) de cuarenta y un años al servicio del gobierno de Qing y que empezó a ejercer de *xunfu* o gobernador provincial e inspector imperial representando el gobierno de Qing el 7 de diciembre de 1899. Yuan Shikai fue partidario de reprimir severamente a los bóxers en la provincia de Shandong hasta eliminarlos por completo. La corte imperial de Qing se opuso a esas medidas ya que quería apoyar esa revuelta contra las potencias extranjeras. Uno de los acontecimientos que marcó la política de Yuan Shikai en Shandong respecto a los bóxers fue el incidente de Jimo, al norte de Qingdao, en julio de 1901. Yuan Shikai decidió algo inédito: aumentar los impuestos entre los campesinos para pagar las indemnizaciones a los perjudicados por los bóxers, provocando otra revuelta.

[25](#) Resulta confuso saber con certeza de quién está hablando Mo Yan en la novela. En principio, parece que se trata de Carl Rosendahl (1852-1917), ya que su transcripción fonética en la novela, *Ke Luode*, corresponde con este nombre. *Keloude* también es utilizado para transcribir en chino el nombre «Claude». ¿Se trata, quizá, de Claude Maxwell MacDonald (1852-1915), el embajador británico encargado de defender las legaciones extranjeras en Pekín durante la rebelión de los bóxers? Lo más probable es que se trate de Carl Rosendahl, que fue nombrado el primer gobernador (*zongdu*) o gobernador general del protectorado (*schutzegebiet*) alemán (1898-1914) de Jiaozhou en la provincia imperial de Shandong del 7 de marzo de 1898 hasta julio de 1898, año en que fue sustituido oficialmente por Paul Jaeschke (1898-1901). El título de gobernador de un protectorado alemán equivalía en alemán al de *Kaiserliche Gouvernements-Schule*. En la novela de Mo Yan se le denomina «gobernador general de Jiao'ao» (*Jiao'ao zongdu*). En julio de 1900, cuando estalló la insurrección de los bóxers, Carl Rosendahl estaba en Qingdao (la ciudad administrativa más importante de Jiaozhou), aunque ya no como gobernador de Jiaozhou, sino como uno de los responsables militares de la parte alemana y del desembarco de las fuerzas terrestres durante el conflicto. Así, Rosendahl estuvo en Qingdao el 8 de abril de 1901 para la tan esperada inauguración de la línea de ferrocarril de Qingdao a Jiaozhou; y asistió a la inauguración de la línea de ferrocarril de Qingdao a Ji'nan (*Jiao-Ji tielu*) que fue iniciada en septiembre de 1899 y acabada el 23 de abril de 1904. La locomotora que llegó a Ji'nan llevaba el nombre de «Rosendahl». En el capítulo decimoctavo de *El*

suplicio del aroma de sándalo se hace referencia a la presencia de Carl Rosendahl en la inauguración de la estación de tren de Gaomi, como corresponde a la función de un gobernador provincial. Lo más lógico es que el gobernador provincial alemán de la novela sea efectivamente Carl Rosendahl, pero desde un punto de vista histórico, el gobernador de Jiaozhou durante la insurrección de los bóxers y el que estuvo implicado de manera directa en la política de represión ejercida por los alemanes contra los chinos sublevados fue Paul Jaeschke. Además, resulta improbable que se trate del diplomático plenipotenciario Clemens von Ketteler (1853-1900), como se ha sugerido en alguna que otra traducción del libro. Von Ketteler, cuyo nombre en chino es *Kelinde*, estuvo casi todo el tiempo en Pekín (la capital de la dinastía Qing hasta 1911) hasta que lo asesinaron; apenas pisó Shandong y tuvo un papel muy indirecto en la política de esta provincia, y, sobre todo, nunca fue gobernador general (*zongdu*) de la bahía de Jiaozhou, tal y como se describe en esta novela.

[26](#) Diosa de la Fertilidad o diosa Guanyin. Es un buda andrógino muy popular en China. Durante los años en los que transcurre la novela, los misioneros cristianos alemanes la asociaron a la Virgen María. Este tipo de mistificaciones producto del impacto de la labor evangélica de los misioneros occidentales, perturbó profundamente a muchos chinos de origen campesino que luego formarían parte de los bóxers.

[27](#) *El viaje a Occidente (Xiyou ji)* es una novela del siglo XVI que relata el viaje de Tripitaka (Tang Sanzang o Xuanzang) junto con Sun Wukong, Zhu Bajie y Sha Wujing en busca del talismán sagrado y la iluminación en el Cielo del Oeste (el Paraíso). Se trata de uno de los textos y novelas (*xioshuo*) en lengua vernácula del periodo Ming más conocidos e importantes sobre la vulgarización del budismo.

[28](#) La bella Xi Shi es otra de «las cuatro bellezas» de la China antigua. Como con la figura de Yang Guifei, su vida mezcla elementos históricos y mitológicos, y como Yang Guifei, sus virtudes, espíritu de sacrificio, un agudo sentido del camino correcto que debía tomar la historia de su país y una gran belleza divinizada, tuvieron un papel importantísimo en la formación de la ideología confuciana ligada a la etnia Han, sobre todo desde la dinastía Tang.

[29](#) Moneda *dayuanbao*. Lingotes de plata que servían de moneda durante el último periodo Qing, entre 1644 y 1911. Pero el término también se refiere a un tipo de orquídeas muy valoradas. Una ambigüedad que se refleja en la novela.

[30](#) *Lingdao zhe*. Literalmente puede traducirse como «el líder» o «el que lidera». Aquí, Mo Yan comete un anacronismo utilizando esta designación. Este término de la jerga maoísta, que fue propuesto en la década de los años 50 del siglo XX por el Partido Comunista Chino para ser utilizado en la prensa pero que se gestó en los años 30 y 40, no existía durante el periodo de la rebelión de los bóxers. Mo Yan lo utiliza varias veces en su novela para referirse al líder de la revuelta de los bóxers en Gaomi, Sun Bing.

[31](#) *Taishi*. El Gran Preceptor o el Gran Secretario. A finales del periodo Qing, este término designaba al encargado de educar directamente al hijo del emperador y que era uno de los altos cargos del imperio. Se trata de uno de los tres duques (*sangong*) de la administración de Qing, aunque en esta época ya era un título honorario y ejercía poca influencia sobre el emperador. Aquí hace referencia al emperador mismo.

[32](#) *Yatou*. Joven mujer que entraba a vivir en otra familia que no era la suya tras ser comprada y que ejercía de sirvienta, casi como una esclava. También es un término despectivo para hablar de una joven de baja extracción social y sin ningún poder sobre su destino.

[33](#) Su Majestad la emperatriz viuda Cixi. Vivió entre 1835 y 1908. De ser la concubina Yi del emperador Xianfeng durante la ya decadente dinastía manchú de Qing pasó a ocupar directamente la regencia del imperio en 1881 desempeñando las mismas funciones que un emperador, y lo consiguió tras una serie de maniobras y luchas de poder internas en el seno del palacio. Apoyó, aunque de forma indirecta, a los rebeldes bóxers contra las potencias extranjeras, pero salió muy debilitada de este conflicto.

[34](#) El eunuco Li Lianying, que vivió entre 1848 y 1911, fue el eunuco favorito (*hongren*) de Su Majestad la emperatriz viuda Cixi, el jefe de los eunucos de la corte (*da taijian*) y el máximo responsable del departamento de asuntos domésticos de la corte imperial (*neiwufu*), departamento este de gran importancia en la administración de Qing. Li Lianying fue la mano derecha de Su Majestad la emperatriz viuda Cixi y ejerció un gran poder durante las últimas décadas de la dinastía china.

[35](#) *Xifu*. Nuera, respecto al suegro (*gongdie*).

[36](#) La festividad de Qingming tenía lugar a principios de abril (el decimoquinto día

del equinoccio primaveral). Era una fiesta en la que se plantaban semillas y se recogían las primeras cosechas del año, y también era un equivalente a la fiesta de Todos los Santos en la tradición cristiana: se limpiaban las tumbas, se adornaban con flores y se recordaba a los muertos. De hecho, era en esa fiesta cuando los miembros de la familia que habían muerto se unían por ese día a los vivos. Pero en un sentido más profundo y ancestral, era una fiesta que celebraba la llegada de la primera luz (en la primavera) tras el periodo invernal. Una luz que se asociaba con el renacer en el ciclo de la naturaleza y que precisamente traía a colación el recuerdo de lo contrario, la muerte y los muertos. Fue en abril y durante este festival, en 1900, cuando empezó a extenderse la revuelta de los bóxers desde la provincia norteña de Shandong hasta Pekín.

[37](#) Xu Xian es el protagonista de la leyenda de la serpiente blanca (*baishe zhuan*). Existen varias versiones de esta leyenda, muy conocida en China. Bai Suzhen, la serpiente blanca, se traslada al mundo de los vivos y se casa con el pobre Xu Xian. El monje Fahai intentará destruir esta historia arquetípica de amor y fidelidad. La serpiente blanca también tiene una connotación erótica y se refiere a una mujer de gran atractivo sexual.

[38](#) *Dan* en el texto de Mo Yan, o *huadan* como es más conocido, es la joven actriz dentro del reparto en la ópera de Maoqiang. Suele ser la más bella del grupo, y su personaje en la obra realza su belleza mediante el vestuario y el maquillaje que lleva. El personaje que interpreta la *huadan* suele ser una joven sensual, astuta y soltera.

[39](#) Hua Mulan es la famosa heroína de moral irreprochable de la dinastía de los Wei del Norte (386-534) que se disfraza de hombre para reemplazar a su padre en el campo de batalla. Figura arquetípica de la piedad filial y la lealtad al clan según el código moral confuciano.

[40](#) El Dios de la Riqueza o de la Prosperidad (*cai shen*) pertenece al panteón de una mitología china tardía y solo fue venerado como divinidad a partir de la instauración de la primera unificación imperial durante la dinastía Qin, que gobernó desde el año 221 hasta el 206 a. C. Tiene, por lo tanto, una fuerte connotación nacionalista para el pueblo chino.

[41](#) *Cun*. Unidad de medida que corresponde a 32 mm. Véase la relación de las diferentes unidades empleadas en el libro y sus correspondencias en el anexo.

[42](#) Zeng Guofan fue un militar, estratega, y prestigioso letrado confuciano de gran influencia en las últimas décadas de la dinastía Qing que vivió entre 1811 y 1872. Sofocó con éxito la rebelión de Taiping (*Taiping daguo*), que tuvo lugar de 1851 a 1864, y estabilizó el gobierno de la familia manchú. La rebelión de Taiping se considera el antecedente del levantamiento de los bóxers o «el levantamiento de la justicia y la armonía» (*yihetuan qiye*).

Capítulo segundo. Zhao Jia se va de la lengua

[43](#) Las constelaciones de Sagitario, en el sur, y la Osa Mayor, en el norte. La primera representa la muerte y la segunda, la vida.

[44](#) Alusión a las *Analectas*, XII, 19, de Confucio: «La naturaleza del hombre noble es como la del viento, y la del hombre de pueblo, como la hierba. Cuando el viento sopla sobre la hierba, esta se dobla siempre».

[45](#) Aria *La linterna mágica* (*zouma diao*). Se trata de una parte cantada (*diao*) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*.

[46](#) El *lingchi* o el suplicio de los mil cortes, que será el protagonista del capítulo noveno de *El suplicio del aroma de sándalo*, es una de las torturas más antiguas que se conocen en China. El *lingchi* aparece por primera vez en el tratado de las penas de la *Historia de los Liao* (*liao shi xingfazhi*) del siglo XIV. Su origen viene de un pueblo norteño bárbaro de las estepas, los kitán o qidan. *Ling* quería decir «colina» o «túmulo», y *chi*, «aplanar» o «extirpar». Pero *lingchi* tenía un sentido simbólico más profundo y antiguo: indicaba el momento de decadencia de una institución, cuando las tumbas (que reposaban bajo túmulos) desaparecían del territorio; el momento en el que había que hacer algo para evitar ese hundimiento político. Solo a partir de los Liao (siglo X) se identificó exclusivamente con un tipo de pena. Se tienen pruebas de que ya existía en el 900 a. C., pero es sobre todo con la instauración del confucionismo como ideología de estado que esta tortura será aplicada hasta 1905, tal y como se cita en el *Tratado de las penas a través de las sucesivas dinastías* (*Lidai xingfa zhi*), de 1938, escrito por Qiu Hanping, que vivió entre 1903 y 1990, donde se detallan diversos tipos de penas y torturas. Pero, en realidad, fue a partir de los siglos XIII y XIV cuando fue codificado (*lü*) legalmente este suplicio, del que tenemos pruebas ya en el siglo X del periodo Tang. La crueldad y ejemplaridad del castigo pretendían, principalmente, solucionar los problemas derivados de la piedad filial (*xiao*) y el parricidio, y evitar por lo tanto la desertión y traición de los ministros u

oficiales respecto al emperador o mandatario. Una de las más famosas ejecuciones por *lingchi*, seguida del canibalismo, se encuentra en la ejecución de Huang Wenbing, en el capítulo 41 de la obra del siglo XIV *Al borde de las aguas* (*Shuihu quan zhuan*), atribuida a Shi Nai'an, aunque la acción transcurre en el siglo XII. Encontramos una ejecución del eunuco traidor Wang Qin por *lingchi* en la compilación anónima de varias historias *Romance de los generales de la familia Yang* (*Yangjia jiang yanyi*), del periodo Ming, pero ambientada en el periodo de los Song del Norte, entre los años 960 y 1127, o el *lingchi* a Guo Huai tras la sentencia del legendario juez Bao (*bao gong*), en el *Romance del Pabellón de las diez mil flores* (*Wanhualou yanyi*), de Li Yutang, publicado originalmente en 1748 y más adelante en 1835 (durante el periodo dinástico Qing), aunque en la novela en lengua vernácula apenas apareció este tipo de ejecuciones por *lingchi* durante los periodos Ming y Qing. Qian Xiongfei, el hermano pequeño del subprefecto Qian Ding, sufrirá en la novela de Mo Yan (véase el capítulo noveno) este castigo por intentar asesinar al ministro Yuan Shikai, lo que se considera un atentado a la piedad filial que debe regir la relación entre amo y esclavo, entre alto oficial y soldado. El jurista Shen Jiaben, que vivió entre los años 1840 y 1913, abolió el suplicio del *lingchi* en 1905. La lógica paradójica de la tortura del *lingchi*, y de ahí el fuerte impacto que produjo esta tortura en los occidentales que lo observaron, no consistía en una recreación morbosa de la muerte a través de un ritual que se prolonga en el tiempo humano y cuyo fin es el sufrimiento máximo. Más bien al contrario, el *lingchi*, como las otras torturas que aparecen en la novela de Mo Yan, obedece a una creencia muy enraizada en el sincretismo religioso practicado en China en el que la muerte es vista como una liberación y una salida. El infierno budista (con sus torturas) es una prolongación de la vida. La tortura no es más que el último prolongamiento de la vida, su resumen final, intensificado, para dar paso a una nada (la muerte) que es la liberación suprema y deseada. La tortura, finalmente, parece no tener otro objetivo que acrecentar el deseo de la muerte en el condenado, es decir, el deseo de dejar una vida que resultaba peor que el infierno mismo, una vida que es sentida como sufrimiento, y ese sufrimiento acaba resultando insoportable. Este aspecto aparece de forma alusiva e irónica en muchos diálogos de la novela popular de casos de magistrados (*gong'an xiaoshuo*). Otro texto, que fue extremadamente popular en el siglo XIX y que llegó a ser incluso utilizado por los gobernantes de la dinastía Qing, es el *Calendario de Jade* (*Yuli*) o en su nombre completo *El calendario de Jade y el Papel moneda* (*Yuli baochao*). Este tratado religioso ilustrado, que se inspira en el sincretismo popular de las tres religiones, describe las penas y las torturas que esperaban a los pecadores en el infierno y ofrece en su capítulo octavo, la octava sala o corte del infierno (*diba dian*), una descripción muy cercana a la tortura del *lingchi*. En el tercer calabozo dice que «se trocea [a la gente]»; en el séptimo calabozo «se desmiembra [a la gente]»; y en el undécimo «se abre el pecho [a la gente]», entre

otros ejemplos que recuerdan el suplicio del *lingchi*. La novela en lengua vernácula aludía a actos de tortura, aunque raramente, pero nunca entraba en detalles descriptivos tal y como aparecen en *El suplicio del aroma de sándalo* de Mo Yan. El discurso de la violencia en las penas estaba abolido en la historiografía oficial. Confucio, en sus *Analectas*, VII, 20, dijo: «El maestro [Confucio] no hablaba de las cosas extraordinarias, ni de la violencia, ni del caos, ni de los espíritus» (*Zi bu yu guai li luan shen*). Este principio también fue respetado en el *xiaoshuo*. Pero Mo Yan parece romper este tabú en su novela. En la historiografía oficial sobre las penas o en otro tipo de textos no se encuentran ni los nombres de los torturadores, ni sus vidas, ni cómo eran reclutados por la administración pública. Por otra parte, la muerte (*siwang*) se asociaba en China, debido sin duda a la influencia del pensamiento taoísta y, en gran medida, al budista, a algo natural. La muerte era parte de la naturaleza y su proceso. No había nada de trágico ni excepcional o artificial en ella. Pero con la muerte por tortura el concepto de muerte cambia significativamente y se asocia a la civilización y su componente ideológico. La muerte es algo producido por una civilización, es algo, por ende, artificial, creado en gran medida por consenso, y la tortura (*kuxing*) es su medio. La tortura (y la muerte que se deriva) es, yendo más lejos, una de las consecuencias de una civilización que nada tiene que ver con el ciclo de la naturaleza, sino con la adaptación a un conjunto de normas y leyes que representan la estabilidad y continuación de una civilización y su institucionalización. La muerte (por tortura) y la ejecución pública son el resultado de la desobediencia de esas leyes que representan y salvaguardan la civilización (la cultura). Este punto resulta omnipresente hasta la obsesión y la saciedad en la narración de *El suplicio del aroma de sándalo*, como muchas grandes novelas del periodo Ming y Qing en las que aparece la tortura. Todos los torturados y ejecutados representan de una u otra manera (muchas veces en contradicción con ellos mismos) los «enemigos» del orden establecido (la civilización). ¿Es la muerte por tortura finalmente un producto de la civilización China inevitable en su formación y asentamiento? ¿Es una desviación confuciana intolerable de los valores budistas y taoístas que también formaban parte de la civilización china? Esta «muerte» es, al fin y al cabo, una creación de la civilización china, la ha creado ella y está en su corazón mismo, ya que sin ella, paradójicamente, no sobrevivía. En todo caso, la tortura tiene una lógica civilizacional de la que se era muy consciente ya desde principios del siglo XX y el fin de la última dinastía imperial. Este carácter no-natural y ligado de forma profunda a un producto de la civilización y su idiosincrasia (imperial y de marcado carácter confuciano, en este caso) de la muerte por tortura está presente en el pensamiento reformador y la obra de Lu Xun en la primera mitad del siglo XX y es retomado por Mo Yan, quien afirmó que Lu Xun le había influenciado en la escritura de *El suplicio del aroma de sándalo*. Desde un punto de vista literario, es la parte final de la obra de Lu Xun *La*

verdadera historia de AQ (*AQ zhengzhuan*), de 1921, y la escena de la ejecución que marca esta toma de conciencia moderna de la ejecución pública y la muerte por tortura en el siglo XX.

[47](#) El emperador Xianfeng. Séptimo emperador Qing. Nació en 1831 y ocupó el puesto de emperador entre 1850 y 1861, año de su muerte. Se le consideró débil mentalmente e influenciado en exceso por sus todopoderosos ministros. Su reinado se caracterizó por su incapacidad ante la creciente presencia de las potencias occidentales en China y la pérdida progresiva de influencia política en este contexto. Cixi fue una de sus concubinas.

[48](#) *Ling*. La orden del emperador.

[49](#) Según la compilación de penas y ejecuciones del *Resumen de casos penales* (*Xiang'an huilan*), compuesta en 1834 por Zhu Qiqing y posteriormente por Bao Shuyun, cada edicto imperial referente a la ejecución de una pena incluía imperativamente la presencia de tres tipos de funcionarios pertenecientes a tres niveles jerárquicos diferentes: los guardianes, los verdugos y los magistrados. Dos guardianes eran los responsables de llevar al condenado al lugar de la ejecución.

[50](#) Juan Xitong. Se trata de una ópera *quju* de Henan de tono trágico, como la gran mayoría de las óperas de estilo regional.

[51](#) El Ministerio de la Justicia (*xingbu*). El sistema legal que maneja este Ministerio de Justicia se basa en el Código Legal del Gran Qing (*da qing lüli*), aunque con fuertes modificaciones introducidas durante la occidentalización de este sistema legal chino. Una occidentalización muy influenciada por el sistema alemán (prusiano) y japonés de la era Meiji. El Ministerio de Justicia (*xingbu*) pasó a llamarse *fabu* poco después de la rebelión de los bóxers a principios del siglo XX.

[52](#) Quienes ocupaban el puesto de *chen* o súbdito debían conocer muy bien los textos del *Clásico de la Historia* (s. iv a. C.) o *shangshu*. Durante el periodo Qing, el alto oficial (ministro) y máximo representante de un departamento (*sheng*) de Asuntos del Estado (*shangshu sheng*) y de los ministerios (*bu*) debía aplicar los decretos imperiales. A la persona que ocupa este puesto se le llama *daren* (Su Excelencia) y puede dirigirse directamente al emperador. La «punicción» (*xing*) era el término antiguo para «ley» (*fa*); el Ministerio de Justicia debe ser entendido como ministerio

de ley penal o justicia (*xingbu*) que pertenecía a su vez al departamento de Asuntos del Estado.

[53](#) El suplicio de las barras de madera del rey Yan (*Yan wang shuan*) era un instrumento de tortura y ejecución no muy utilizado en esos años del reinado de Xianfeng.

[54](#) Una ejecución fallida (*duan zui budang*) era algo que se castigaba de forma severa. Como se insinúa en este párrafo de la novela de Mo Yan, los más perjudicados eran los verdugos. Véase la sección 15a del *Resumen de casos penales (Xiang'an huilan)*.

[55](#) Zushi o Zushigong, el dios de los ancestros. Se trata del monje budista Qingshui, que vivió entre los años 1047 y 1101 y pasó más adelante a ser venerado como un Buda. Suele ser representado con la piel negra y es el dios del gremio de los verdugos.

[56](#) Gao Tao o Gao Yao, el dios de la prisión (*yushen*). Ministro del mítico emperador Shun.

[57](#) Guan Yun. Muerto en el año 219, fue un personaje histórico popularizado en *El romance de los Tres Reinos (Sanguo yanyi)*, en el siglo XIV, durante el periodo Yuan-Ming, y atribuido a Luo Guanzhong. La acción transcurre en el periodo de los Tres Reinos (220-280). Guan Yun fue un héroe célebre por su valentía y respeto de las virtudes confucianas, que encarnaba y defendía con fervor. Estratega y general del estado Han, leal a Liu Bei y su causa. A pesar de la derrota final Han, esta novela histórica (periodo de los Tres Reinos) supuso el asentamiento de la etnia Han como la única etnia china propiamente dicha y la garante de los auténticos valores ideológicos confucianos en un momento de luchas ideológicas, especialmente con el budismo.

[58](#) La silla-dragón (*longyi*). Es la silla que utilizaba el emperador para sentarse; su trono.

[59](#) Los tres departamentos (*san sheng*) y los Seis Ministerios (*liu bu*). Los tres departamentos (*sheng*) son: el Secretariado (*zhongshu sheng*), la Cancillería (*menxia sheng*) y, el más importante, el de Asuntos de Estado (*shangshu sheng*), que está compuesto por Seis Ministerios (*bu*): el Ministerio del Personal (*shi bu*), el de la Hacienda (*hu bu*), el de los Ritos (*li bu*), el de la Guerra (*bing bu*), el de la Justicia (*xing bu*) y el de las Obras Públicas (*gong bu*). Este sistema fue introducido en la

dinastía Sui (589-618), pero se consolidó durante la dinastía Tang. A la cabeza de cada ministerio estaba el *shangshu*.

[60](#) *Yincaodifu*. El mundo de los muertos según el budismo popular.

[61](#) En el texto, al padre fundador del taoísmo, el mítico Laozi, se le llama con uno de sus nombres (*taishan laojun*). Es Laozi quien, con la ayuda de Guanyin, detiene al rey mono Sun Wukong, y le mete un aro metálico en la cabeza y lo mete en el horno de los ocho trigramas. Véase el capítulo XXXV, del libro VII de la novela de Ming *El viaje a Occidente (Xiyou ji)*. En realidad se trata de Laozi, y no de Tang Sanzang, quien le pone el aro en la cabeza al mono.

[62](#) *Taizi shaobao*. El puesto de preceptor (*shaobao*) revestía una especial importancia, ya que educaba directamente al futuro emperador. En el periodo Qing, este término es equivalente al término (*taishi*). La promoción del *daren* Wang es, en efecto, considerable.

[63](#) *Tianyi*. La voluntad del Cielo. La acción del verdugo Zhao Jia se ve legitimada ideológicamente por el Cielo mismo, que se encarna en la figura del emperador, el cual da las órdenes (*ling*) según ese mandato celestial. Los problemas surgen, y esto es esencial para comprender el enfoque ideológico que da Mo Yan a su novela y el conflicto que se deduce cuando ese *tianyi* o voluntad del Cielo, y por lo tanto del emperador, se contradice con el *chengyi* o voluntad humana, individual, y legitimada en la sinceridad personal. El sentido trágico de la historia de la ópera de «la melodía del gato» (*maoqiang*) de Sun Bing reside precisamente en el hecho de que ella, la joven Sun Meiniang, se opone a esa voluntad del Cielo encarnada por el emperador, el cual ha decidido la muerte de su padre, Sun Bing. La naturaleza trágica de la historia se define en *El suplicio del aroma de sándalo* en estos términos: es el conflicto entre el *tianyi* y el *chengyi* que articula el eje narrativo de la novela y que, además, era muy típico de la novela de cariz popular (*xiaoshuo*). El verdugo Zhao Jia es totalmente consciente de ello, tal y como lo expone en este monólogo dirigido a su hijo natural Xiaojia.

[64](#) En el texto, *shi qin san fen xiang*. Este es otro de los argumentos que la lucidez del verdugo Zhao Jia aporta a la creación de la estructura trágica de la novela y que también es muy común en la ópera china: los lazos y las obligaciones familiares que son finalmente más fuertes que la voluntad celeste (*tianyi*), o entran en conflicto con ella, como es el caso de Sun Meiniang.

[65](#) *Qi*. Se refiere al soplo vital.

[66](#) Caishikou. Literalmente, «la entrada al mercado de verduras». Está situado en el suroeste de Pekín y era, efectivamente, el lugar donde se realizaban las ejecuciones públicas durante el periodo dinástico de Qing y los primeros años de la República. Este campo de ejecución (*xingzhang*), de infame reputación, sirvió de escenario para las ejecuciones de los bóxers en 1901. Para acceder a este recinto, se pasaba por la Puerta de Xuanwu, una de las nueve puertas que originalmente daban entrada a Pekín.

Capítulo tercero. Xiaojia dice tonterías

[67](#) Melodía *El recién nacido* (*wawa qiang*). Se trata de una parte cantada (*qiang*) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*. La melodía (*qiang*) corresponde aquí a un *diao* o aire musical.

[68](#) *Ren de benxiang*. La naturaleza de la gente; esta corresponde con la de un animal (*dongwu*). Es una noción no necesariamente peyorativa y muy enraizada en las creencias populares taoístas y budistas, sobre todo del norte, en China. Todo hombre y mujer es otra cosa, un animal. Era muy común en la literatura novelesca de cariz popular y en lengua vernácula, o *xiaoshuo*, desde sus orígenes, llamar directamente a los personajes por nombres de animales que representan algún rasgo de la personalidad del personaje.

[69](#) *Bairou*. El tío He utiliza en doble sentido el nombre de la carne de cerdo hervida (literalmente, «carne blanca»), que es muy blanca y tiene un olor muy fuerte, y la carne de Meiniang.

[70](#) Resulta incierto el origen del mito del dragón verde (*qinglong*), pero este animal mítico pasó a ser uno de los cuatro animales benévolos del zodiaco y sus constelaciones ya en el siglo II a. C. El dragón verde representa el punto cardinal del Este, la estación de la primavera y el elemento de la Madera. El tigre blanco (*baihu*) representa el Oeste, el Otoño y el Metal. El tigre (*hu*), y en particular el tigre blanco (*baihu*), se asocia en la cultura y en el folclore popular al símbolo taoísta yin, lo femenino, y tiene una connotación negativa. Se utiliza *baihu* en la lengua corriente para designar a una mujer que hace infeliz a su marido y acaba provocando su ruina. Según una leyenda popular, la «estrella del tigre blanco» (*baihu xing*) fue un espíritu

malvado que tomó la forma de un demonio-mujer para seducir a un hombre y vengarse de él.

[71](#) *Tianhe*. La Vía Láctea. Literalmente significa «el río del cielo», como se dice en el texto.

[72](#) El espermatozoides del hombre y la materia del cerebro se consideraban en China, en esa época, hechos con los mismos componentes.

[73](#) *Shiye*. Consejero privado.

[74](#) *Laofuzi*, que en el periodo dinástico Qing corresponde al *mubin* u ordenanza, es decir, el que ejecuta las órdenes de los jueces y los magistrados. Ser consejero privado (*shiye*) y ordenanza (*mubin*) al mismo tiempo era algo excepcional en estos últimos años de la dinastía Qing y muestra cómo el ejecutivo y el legislativo se mezclaban arbitrariamente, además de la existencia de una confusión de roles en el Ministerio de Justicia.

[75](#) La expresión «llevar un gorro verde» (*dai lü maozi*) equivale aquí a ser un cornudo. La expresión remonta al periodo dinástico Tang. También se conoce como *dai toujin*, o «llevar un pañuelo verde en la cabeza». De hecho es más un insulto a la mujer, que es tachada de lasciva, que al hombre, según la tradición confuciana. Eran los sirvientes de las casas quienes llevaban gorros verdes (*lü maozi*) y eran las mujeres de estos sirvientes quienes tenían comúnmente relaciones sexuales con los amos y señores de la casa.

[76](#) Se suele emplear el anglicismo *kowtow* para referirse al *koujian*, de *koutou* y *jian*. Arrodillarse y golpear el suelo con la cabeza era el más alto signo de reverencia durante la China imperial. El budismo lo adoptó en China en el protocolo de arrodillarse e inclinarse para rezar ante el Buda, pero ya existía desde mucho antes en los ritos confucianos. Este gesto era muy usual en los juicios ante los magistrados.

[77](#) Una de las mejores y más apreciadas variedades de vino de arroz (*mijiu*).

[78](#) El tribunal (*gongtang*). No se debe confundir este término con el del tribunal moderno. El nombre chino para «tribunal» cambió con la República. El *gongtang* es un tribunal al uso en la época imperial y tiene una connotación muy particular en la

novela: es donde el gran *laoye* (como magistrado) recibe a la gente, y esta debe arrodillarse ante él.

[79](#) *Fumuguan*. El magistrado local. Literalmente, «el oficial y funcionario (*guan*) padre (*fu*) y madre (*mu*)». Como se ha visto antes, es el subprefecto (*zhixian*) quien también ocupa, en esta subprefectura, el puesto de magistrado local, aunque se dieron casos en los que no era así.

[80](#) El jueves 18 de enero de 1900 según el calendario gregoriano (*gongli*). Fue precisamente en este mes de enero de 1900 cuando Su Majestad la emperatriz Cixi apoyó de forma oficial la revuelta de los bóxers contra las potencias extranjeras.

[81](#) *Renshou gong*. El Palacio de la Longevidad y la Humanidad de la dinastía Sui, con su nombre completo, se encuentra en Linyou, la actual Baoji, en Shaanxi. Fue un lugar emblemático en el reinado de la familia Sui y la llegada posterior de la dinastía Tang. Este era el lugar de ocio y descanso del emperador y su corte, y ahí pasaban tradicionalmente los periodos vacacionales. Durante esta dinastía se rebautizó como Palacio de Jiucheng.

Capítulo cuarto. Qian Ding habla con mucho odio

[82](#) *Luan*. Es un pájaro mítico parecido a un pavo real que acompaña al fénix (*feng*). Su unión simboliza el amor.

[83](#) *Aria La ebriedad (zui diao)*. Se trata de una parte cantada (*diao*) de la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*.

[84](#) *Furen*. Esposa legal, pero también es así como se designa a una mujer casada (señora).

[85](#) Se trata de un verso del poema *Li Ping hace vibrar el harpa (Li Ping honghou yin)* del poeta Li He, que vivió entre los años 790 y 816, durante el periodo Tang. El verso dice: «El agujero del Cielo enmendado por la diosa Nüwa y su piedra, ahora la piedra se ha roto y la lluvia otoñal cae sin cesar».

[86](#) Zeng Guoquan. Vivió entre 1824 y 1890. Acompañó a su hermano mayor Zeng Guofan en la reducción y represión de los rebeldes del movimiento de Taiping. Como

su hermano, pasó a formar parte de las grandes figuras mitificadas de la dinastía Qing.

[87](#) *Zhengwupin de guojia guanyuan*. Funcionario en el quinto nivel (*zhengwupin*) de la jerarquía del funcionariado imperial en la dinastía Qing. Este sistema se basaba en el «sistema de nueve rangos» (*jiupin zhongzheng zhi*). El verdugo Zhao Jia pertenece al último rango, el más bajo en la administración pública, el «novenos rango» (*dijiu pin*), mientras que el gobernador Yuan Shikai o el ministro Wang, que están en contacto directo con el emperador, pertenecen al «primer rango» (*diyí pin*) del funcionariado. Fue sobre todo en el periodo Tang que se estableció sistemáticamente esta jerarquía.

[88](#) Las ocho potencias eran Estados Unidos, Francia, Alemania, Reino Unido, la alianza austro-húngara, Japón, Rusia e Italia.

[89](#) El rito de «los tres arrodillamientos y los nueve golpes con la cabeza» (*san gui jiu kou*) denotaba el máximo acto de respeto y sumisión ante una persona durante el periodo Qing. Hacerlo se consideraba, en la terminología al uso, un «gran rito» (*dali*), como se menciona después en la novela.

[90](#) *Shi ke sha bu ke ru*. La expresión está sacada de la sección de la conducta del letrado (*Ruxing*) del *Libro de los Ritos (Liji)*, uno de los pilares del canon ideológico del confucianismo.

[91](#) En el texto, *quanfei*. Los «rebeldes de los puños».

[92](#) *Zhulian jiuzu*. Es decir, la exterminación de todos los miembros de la familia del condenado. Los parientes del condenado se agrupaban en nueve categorías o clanes (*zu*) diferentes. A finales del periodo Qing este tipo de prácticas ya estaban en desuso.

[93](#) *Waisheng*. «Nieto» era un término familiar y muy habitual para designar a los aprendices de cualquier oficio durante esta época en China. Como puede deducirse, la abuela (*nainai*) era el maestro, aunque entró rápidamente en la jerga que designaba a los verdugos del Ministerio de Justicia.

[94](#) *Huangjia yinku* o *fuku*. El erario de la prefectura (*fu*) o «almacén» (*ku*) era un especie de banco público gestionado directamente por los funcionarios de la administración pública, a los que se les llamaba *kuding*.

[95](#) *Yaozhan*. Fue uno de los suplicios chinos del código penal más simples. El condenado era estirado sobre un tablón y se cortaba en dos mediante el corte directo y contundente de una guillotina, aunque en sus orígenes fue un hacha de grandes proporciones lo que se empleaba en esta ejecución. Fue abolido por su crueldad durante las dinastías Sui y Tang —el corte rara vez era limpio y la ejecución no se hacía de un solo tajo como era de desear—, pero apareció, sin embargo, de manera periódica y excepcional, en otros periodos, sobre todo durante la dinastía Ming. Era una de las penas favoritas del legendario juez Bao (*baogong*), arquetipo de la justicia ciega e implacable y representante ejemplar de la moral confuciana que se inspiraba del personaje histórico y magistrado de la dinastía Tang, Bao Zheng, y que fue popularizado en el siglo XIX por Shi Yukun en la novela popular en lengua vernácula de casos de magistrados (*gong'an xiaoshuo*). A diferencia del suplicio del *lingchi*, que es una muerte lenta (véase supranota 46), el *yaozhan* suponía la muerte inmediata del condenado. Y también a diferencia del *lingchi*, que se consideraba una tortura extranjera, de los bárbaros del norte, el *yaozhan* era la ejecución Han por excelencia.

[96](#) La Corte suprema de Justicia (*dali si*) pertenecía al Ministerio de Justicia, y su gran ministro (*zhengqing*) es el que tiene más poder en el gobierno imperial detrás del emperador. Este departamento se ocupaba de los casos judiciales que revestían de una gran importancia. La presencia del *zhengqing* en una ejecución pública era algo excepcional.

[97](#) Esta es una frase que dijo el gobernador del protectorado alemán de Jiaozhou, Paul Jaeschke, en junio de 1899 ante las primeras revueltas campesinas cerca de Gaomi.

[98](#) Alusión no exenta de ironía de Yuan Shikai al movimiento ideológico del autofortalecimiento (*zhiqiang yundong*), muy a la moda durante estos últimos años de la dinastía Qing (1862-1895), el cual pretendía adoptar los avances tecnológicos, militares y políticos occidentales sin traicionar la cultura china. Zeng Guofan, el abuelo de Meiniang en la novela, fue un ardiente defensor de este movimiento ideológico.

[99](#) El emperador Yongzheng. El tercer emperador de la dinastía Qing. Nació en 1678 y reinó desde 1722 hasta 1735, año de su muerte.

[100](#) El suplicio del aroma de sándalo (*Tan xiang xing*) es el nombre que recibe en la novela la ejecución por empalamiento (*muzhuang xing*), muy popular en Europa desde la Edad Media hasta el siglo XVII (en Francia), sobre todo empleada en madres

infanticidas (Inglaterra). El gran empalador en Europa fue Vlad III o Vlad Tepes (Vlad el empalador, 1431-1476, o Drácula) quien llegó a empalar a más de 23.000 personas en un día durante su reinado en Valaquia en la segunda mitad del siglo XV; algo que aprendió en su cautiverio en la Turquía otomana cuando era adolescente. El caso más famoso de una descripción del empalamiento en la literatura lo encontramos, sin embargo, en la novela *El puente sobre el río Drina (Na Drini ćuprija)*, 1945) de Ivo Andrić (1892-1975). El empalamiento no fue utilizado nunca en China como tortura de una pena judicial. En *El calendario de Jade (Yuli baochao)*, en su capítulo quinto —la quinta sala o corte del infierno (*diwu dian*)—, se describe, sin embargo, un tipo de tortura muy parecido al empalamiento que consistía en atravesar al condenado con una estaca de madera: «En el calabozo del infierno, los condenados son enterrados en estacas de madera (*muzhuang*)». Parece ser que el empalamiento con la estaca de sándalo es Mo Yan quien lo introduce en la historia de su novela. El nombre completo del empalamiento es *muzhuangci xing* o simplemente *ci xing*, y no aparece en China en ninguna fuente ni como instrumento de tortura ni de pena. No está exento de cierta ironía el hecho de que el verdugo Zhao Jia propone a Yuan Shikai una tortura «occidental» (al menos, para el imaginario chino) como la peor y más cruel de las torturas, y no una del extenso catálogo chino. El verdugo Zhao Jia, muy experimentado en las penas del código de Qing, tampoco parece tener un conocimiento muy sólido de esta tortura, que conoce de oídas. El empalamiento con la estaca de madera de sándalo tiene en la novela una clara intención simbólica con el acto de la sodomía (*jijian*), como se podrá ver en el capítulo decimoséptimo.

[101](#) *Renshen. Panax*, conocido por su nombre anglicanizado de ginseng. Este remedio era utilizado a menudo como bebida fortalecedora en los suplicios chinos.

[102](#) *Diaoyan*. El pésame. Entre altos funcionarios, el pésame debía ir acompañado de una compensación en forma de dinero o bienes materiales dependiendo de la riqueza de quien lo daba. La muerte de un funcionario de bajo o medio rango solía dejar a la viuda y su familia en un estado material precario, sobre todo si este había sido ejecutado por haber infringido alguna ley.

[103](#) *Buzhishiwu*. No comprender los tiempos. Esta frase apareció por primera vez en la biografía de Zhang Ba del *Libro de los Han Posterior (Hou Han shu)* del siglo V. Se trata de uno de los principios fundamentales de la educación confuciana del letrado-funcionario. No poseer ese talento era considerado un estigma en un dirigente, ya que provocaba catástrofes en la dinastía regente.

El vientre del cerdo

Capítulo quinto. Poner las barbas a remojar

[104](#) Las seis cámaras, que era otra manera de llamar a los ministerios (*bu*).

[105](#) El emperador Guangxu. Fue el noveno emperador de la dinastía Qing. Nació en 1871 y reinó oficialmente, bajo la influencia de Su Majestad la emperatriz viuda Cixi, de 1875 hasta el año de su prematura muerte, en 1908. Guangxu promovió ideas reformistas.

[106](#) Año 1898. Liu Guangdi, que vivió entre 1859 y 1898, y al que también se conocía como Peicun, que es como aparece en la novela, fue uno de los seis intelectuales reformistas ejecutados por Su Majestad la emperatriz viuda Cixi tras el fracaso del golpe de estado de los Cien Días. Liu Guangdi fue el último en ser decapitado en el campo de ejecución de Caishikou, en Pekín, en 1898. Como los otros reformistas ejecutados, pasó a ser un mártir mitificado por los reformistas antiimperialistas que acabaron con la dinastía Qing en 1911. La novela describe con veracidad la historia y la ejecución de Liu Guangdi tal y como aparece en el *Proyecto para una historia de la dinastía Qing* o *Qingshi gao*. Como figura histórica, pasó a ser un mártir idealizado durante el periodo republicano y luego con los comunistas (véase infranota 198).

[107](#) El intendente de circuito o *daotai*. En la dinastía Qing era un oficial (*guanyuan*) de primer rango (*yiji*), es decir, que dependía directamente del gobierno central y no del gobierno provincial. El *dao* o circuito era un espacio administrativo superior al nivel de la prefectura (*fu*) e inferior al nivel provincial (*sheng*). De hecho, estaba entre los dos. Estos oficiales, a los que controlaba directamente la administración central y no el gobernador provincial (*xunfu*), supervisaban los impuestos del grano, los canales de riego de los campos, la producción de sal y las ventas.

[108](#) El palito adivinatorio o *qian* o *lingqian*. Se trata de los «palitos de la suerte de la diosa Guanyin» (*Guanyin lingqian*). Se utilizaban para la predicción de hechos futuros en el «oráculo de la diosa Guanyin» y para pedir un deseo a la diosa Guanyin. El individuo que quiere pedir un deseo, se arrodilla y, en silencio, lo pide. Luego coge uno de los cilindros (*qian tong*) en los que ha puesto previamente un palito. El individuo agita el cilindro y saca uno de los palitos. A este gesto se le llama *qiuqian*. El siguiente paso consiste en leer el breve y críptico poema (*qianwen*) que corresponde al palito (*qian*) que predice el futuro. Solo se puede sacar un palito. Si

son varios los que salen (en el cilindro hay cien), el movimiento de los cilindros se hará de nuevo para que solo salga uno.

[109](#) Es decir, que será promovido por ser virtuoso y, sobre todo, por cumplir con lo que debe hacer según su naturaleza y sus obligaciones.

[110](#) *Tubie*. El escarabajo pelotero; se utilizaba para designar a alguien de gustos y modales rústicos y muy poco refinados.

[111](#) El término *zhumu* es ambiguo, ya que igual designa a la madre del emperador que a una esposa-sirvienta.

[112](#) Guan Yunchang o Guan Yun (véase supranota 57). Wu Zixu, muerto en el año 428 a. C. (periodo de los Reinos Combatientes, del siglo V a. C. hasta el 221 a. C.). General y letrado del estado de Wu, pasó a ser un modelo de virtud por lo que representaba acerca de la civilización china en sus orígenes y en tiempos difíciles.

[113](#) Zhuge Liang vivió entre los años 181 y 234. Era el estratega clarividente, símbolo de la clarividencia y la lealtad al bando de Han, de Liu Bei. Zhuge Liang también fue romanizado en *El Romance de los Tres Reinos*. El rey celestial que sujeta la pagoda con su mano o *Duo Wen Tian* es Vaisravana (el que oye mucho de lo que dice el Cielo), uno de los cuatro reyes celestiales (*si tianwang*) que se encuentran guardando las puertas de los templos.

[114](#) *Yushu linfeng*. Se trata de un verso del poeta del periodo Tang, Du Fu, que vivió entre los años 712 y 770, perteneciente a su poema *Los ocho inmortales se han emborrachado* (*Yin zhong baxian ge*). Esta metáfora se utiliza para describir a un joven talentoso y bello.

[115](#) *Chunsan mu yu*. Es un verso del poeta del siglo XIII, de la dinastía Song, Shi Mining, perteneciente al poema *El bosque de las garzas* (*lusi lin*), y desde entonces se ha convertido en una metáfora muy utilizada en la poesía para describir la belleza.

[116](#) *Zaoban*. Es un servidor del *yamen*. En los *yamen* de las subprefecturas había tres tipos de grupos de trabajo (*san ban*) de servidores o sirvientes empleados en ellos: los encargados de realizar diversas tareas (*zhizhang*), los que buscaban a los detenidos y les acompañaban al palacio de justicia para los interrogatorios de los juicios

(*zhanzhang*) y los ejecutores de las penas (*xingxing*). A estos servidores también se les llamaba *chayi*, término más empleado en la literatura sobre el *yamen* que *zaoban*.

[117](#) El número diez mil (*yi wan*) simboliza la inmortalidad. El número diez (*shi*) simboliza la perfección. Mil veces diez (mil veces «perfecto») supone la inmortalidad.

[118](#) Acabarse el bol de arroz es una expresión que indica que se muerde la mano que da de comer, y por lo tanto ya no se va a tener quien dé de comer.

[119](#) *Tongsheng*. El que no ha podido aprobar todavía los exámenes para funcionario-letrado.

[120](#) Una citación de la primera lista de apellidos que aparece en el *Libro de los cien apellidos* (*Bai jia xing*), compuesto en los siglos X y XI.

[121](#) Cita del *Libro de las Mutaciones* (*Yijing*), el libro canónico de la cosmología según el confucianismo, cuya primera composición remonta al tercer milenio a. C., y que aparecerá en otros manuales de cosmología posteriores y será frecuentemente comentado, dada su extrema complejidad, hasta la dinastía Qing. Un letrado-funcionario debía poseer un conocimiento profundo de esta obra (véase supranota 1).

[122](#) *Zhong*. La lealtad. Esta es una de las virtudes más importantes del confucianismo en términos de cohesión social, ya que es la base sobre la que se sustenta la relación entre el emperador y todos sus súbditos, entre el amo y su servidor.

[123](#) *Zhuanshi*. La reencarnación budista. Se trata de una de las creencias budistas más arraigadas a nivel popular en la sociedad china a finales del siglo XX. Muchas conductas, actos o decisiones políticas y morales de los seres humanos se explicaban, se justificaban y se razonaban recurriendo al fenómeno de la reencarnación.

[124](#) *Xuanji*. La tiña o dermatofitosis es una enfermedad que afecta a la piel y que, efectivamente, padeció el ministro de la dinastía Qing Zeng Wenzheng o Zeng Guofan, que era su otro nombre (véase supranota 42). Varios miembros de su familia sufrieron ese estigma, lo que fue interpretado por el pueblo como un signo: la dinastía Qing estaba gravemente enferma y se moría.

[125](#) En el texto *gongren*, es decir, un *chayi* o empleado del *yamen* que ocupa el puesto

de *zhizhang*, que eran los encargados de buscar a los detenidos y acompañarlos al palacio de justicia para los interrogatorios (véase supranota 116).

[126](#) El *xusheng* o *laosheng* es el personaje masculino en la ópera tradicional. Este personaje suele corresponder con el de un hombre de cierta edad —como lo indica la larga barba blanca (*xu*) que lleva— que ha recibido estudios según el canon confuciano, conoce las artes militares (*wenwu*) y es virtuoso (leal, desinteresado y valiente), y, sobre todo, juicioso. El *hualian*, el de la cara pintada, el del papel masculino de *jing*, es uno de los personajes principales de la obra. Durante este periodo imperial, la barba (*xu*) era un símbolo de poder con una fuerte connotación sexual.

[127](#) *Dandao hui* en el texto de Mo Yan. El título completo es *El gran Guan se dirige solo y con una daga simple a la reunión, Guan da wang du fu dan dao hui*). Es una obra de Guan Hanqing. Quizá sea su mejor obra teatral del estilo *zaju* del autor. En ella se narra el encuentro entre Guan Yunchang y Sun Quan (182-252), el cual en el año 215, en pleno periodo de los Tres Reinos (*sanguo*), organiza un banquete, para sellar una alianza entre los reinos de Shu: Han y Wu, con el fin de derrotar al reino de Wei. Este periodo (220-280) decisivo en la formación de la identidad nacional del pueblo chino proveyó de muchas historias a la ópera tradicional china en sus diversas variantes regionales.

[128](#) Se trata de un *juven*, un candidato que acababa de pasar con éxito los exámenes imperiales durante el periodo Qing.

Capítulo sexto. Comparar los pies

[129](#) *San cong si de*. Eran la base de la educación de la mujer durante la China imperial. Las tres obediencias (*san cong*) son: obedecer (*cong*) al padre (*fu*) antes de casarse, al marido (*fu*) una vez casada, y al hijo (*zi*) cuando es viuda. Las cuatro virtudes (*si de*) son: la moralidad en las costumbres (*fude*), la modestia en las pretensiones (*furong*), la diligencia en el trabajo (*fugong*) y la contención verbal (*fuyan*).

[130](#) Alusión al texto *Wu Song lucha contra el tigre en la cresta de Jingyang* (*Jingyanggang Wu Song da hu*) que corresponde al capítulo veintidós de la gran novela de Ming *Al borde de las aguas* (*Shuihu quan zhuan*), y uno de los más célebres

y citados.

[131](#) Literalmente, «un pulpo» (*huazhi*), que pasaba en la China imperial por ser el ejemplo de la belleza única, sin par, es decir, una belleza rara.

[132](#) *Guojiao* o *chanjiao*. Los «pies vendados», como canon de belleza y sumisión confuciana en la mujer. La costumbre de vendar los pies a las mujeres comenzó a principios de la dinastía Tang y declinó con la caída de la última dinastía imperial en China, la dinastía manchú de Qing (1644-1911), aunque solo fue prohibida formalmente con el establecimiento oficial de la República de China en 1912. Su Majestad la emperatriz regente Cixi lo prohibió por un corto periodo de tiempo después de la derrota de los bóxers para satisfacer las exigencias de las potencias occidentales en su fin de modernización (es decir, de occidentalización) de la sociedad china finisecular, pero la práctica de los pies vendados se legalizó poco después, ya que la ilegalización fue muy impopular. De hecho, esta práctica no desapareció totalmente hasta 1949, ya que seguía practicándose en muchos sectores conservadores de la sociedad. Durante el periodo de los bóxers, llevar los pies vendados llegó a ser considerado como una forma de patriotismo y de resistencia contra el enemigo occidental.

[133](#) *Yi dui jiaojing yuanyang*. Un par de patos mandarines con los cuellos entrelazados, que simbolizaba el amor puro e ideal en una pareja y, solo por derivación de la ideología confuciana, el amor conyugal.

[134](#) *Jinlian*. Los pies vendados, a los que se les llamaba eufemísticamente «los lotos de oro».

[135](#) *Fabao*. El segundo de los tres tesoros (*sanbao*) del budismo: el *dharma* o la Ley (*fa*) a la que nadie escapa. Los otros dos tesoros son el Buda (*fo*) y la comunidad de monjes budistas (*seng*).

[136](#) *San sheng*. La vida anterior, la vida presente y la vida futura, según el budismo.

[137](#) *Huxian paiwei* o *huxian niangniang*. Se trata de la diosa-zorra, una divinidad menor del taoísmo popular utilizada a menudo en la magia negra. Se suelen encender unas barritas de incienso delante de esa estatuilla e inscripción y se invoca el espíritu protector de la diosa-zorra.

[138](#) Una de las cincuenta hierbas esenciales de la medicina herbal china (*zhongyaoxue*); se conoce como *yangjinhua* y sirve para aliviar el asma.

[139](#) Un inmortal (*shenxian*) de las Nueve Cuevas (*jiu dong*). Se trata de unas cuevas que se encuentran en Qingyang, en la provincia de Anhui, y en las cuales, según se creía, habitaban espíritus. El *arhat* (*luohan*) del Cielo del Oeste (*xitian*) o el Paraíso (*sukhāvātī*) fue uno de los dieciséis *arhats* o santos budistas principales que habían alcanzado la perfección.

[140](#) El *badou* es una de las cincuenta hierbas fundamentales de la medicina herbal china y se utilizaba como purgante.

[141](#) El viejo de la luna (*yuelao*) es como se llamaba en China a la divinidad que representaba a los intermediarios y las celestinas. Es un personaje mítico masculino cuya imagen de sabio anciano guarda muchas similitudes con Laozi, lo que le daba una connotación positiva a diferencia de los intermediarios en las culturas europeas.

[142](#) *Guang yaozi*. Literalmente, «visitar el horno (o la cocina)». En el lenguaje coloquial empleado en la última época imperial quería decir visitar un burdel.

[143](#) *Qianya fang*. Se trata del despacho principal del magistrado y subprefecto en el *yamen*, donde se firmaban las sentencias judiciales.

[144](#) *Shuban*. Un funcionario de rango bajo que se encargaba de escribir con una pluma de tinta el nombre de la gente que entraba en el *yamen*.

Capítulo séptimo. La canción triste

[145](#) El burgo de Masang (*Masang zhen*). El término *zhen* es una unidad administrativa correspondiente a un pequeño pueblo o *cun*. Se caracterizaba porque ahí se organizaba un mercado donde se vendían todo tipo de productos de la zona. Es la unidad administrativa más pequeña dentro de una subprefectura. Por Masang pasaba el río que lleva el mismo nombre.

[146](#) En enero de 1898 hubo hambrunas en cuarenta y ocho distritos de Shandong. En agosto del mismo año, el río Amarillo se desbordó dos veces provocando inundaciones severas en varias zonas y dejó las tierras incultivables. En 1899 hubo

una plaga de saltamontes y varias hambrunas en Shandong. La cosecha de otoño fue catastrófica. Todo ello, junto con la ineficacia y corrupción del gobierno local, creó un profundo malestar social en la provincia, que se tradujo en la rebelión de los bóxers.

[147](#) *Wanminsan*. El «parasol de los diez mil nombres» era el regalo que los notables de una demarcación administrativa en China daban a sus gobernantes por haber demostrado poseer una moral intachable y un buen gobierno de la región. El parasol era de grandes dimensiones, en forma de un gran cono y fabricado con sedas de colores diversos, y en él firmaban los miembros de una comunidad.

[148](#) *You yi tui*. Literalmente, «tener una pierna». En la lengua vernácula y coloquial significa hacer el amor.

[149](#) *Longfeng tai*. Un feto dragón-fénix: los gemelos.

[150](#) Obras del repertorio de la ópera tradicional basadas en hechos históricos. *Lin Chong se escapa en la noche* (*Lin chong ye ben*) está basada en los capítulos 7-12 de la novela *Al borde de las aguas* (*Shuihu quan zhuan*) y cuenta la historia de Lin Chong (personaje ficticio del periodo Song) cuando, acusado de un falso asesinato, es obligado a dejar su hogar y su querida mujer para unirse a los bandidos. *Xu Ce galopa hacia la ciudad amurallada* (*Xu ce pao cheng*) cuenta la historia del valiente Xu Ce cuando salva la vida del hijo del gran general de Tang, Xue Rengui, de las manos del ministro traidor Zhang Tai. *El pabellón de la ola de los vientos* (*fengbo ting*) cuenta la historia del osado monje budista loco Fengbo (ola de viento) que durante el periodo Song del Sur barrió la cara del traidor Qin Hui, cuando este fue al pabellón donde residía Fengbo para que le leyese la mano. Qin Hui había encerrado al general legítimo Yue Fei. El loco Fengbo, haciendo gala de lealtad y valentía, se burla de Qin Hui y le predice un futuro catastrófico. *Wang Hanxi pide un préstamo al llegar el Año Nuevo* (*Wang hanxi jie nian*) es una de las obras maestras del repertorio de la ópera de Shandong (*lüju*). El rey Xi de Han fue el rey del estado de Han hasta su muerte en el año 273 a. C. Su situación desesperada y sus continuas batallas con el estado de Qin le hacen buscar alianzas que se sellaban con matrimonios desafortunados. *Chang Mao llora a su gato* (*Chang mao ku mao*) es la obra fundadora del teatro de Maoqiang y una de las grandes obras del repertorio de Shandong. Chang Mao era un calderero de Gaomi que vivía solo con un gato negro. La muerte de un amigo le sume en una gran tristeza y empieza a cantar su tristeza con una voz que recuerda al maullido de un gato. Chang Mao fue el fundador mítico de la ópera de Maoqiang (de la melodía del gato) debido a ese episodio. Las obras *La pérdida del paso de Jieting* (*Shi jieting*), *El*

estratagema de la ciudad vacía (Kongcheng ji) y *La decapitación de Ma Su (Zhan ma su)* forman una trilogía (*shi kong zhan*) que se inspira en los capítulos 91-105 de la novela de Yuan-Ming *El romance de los Tres Reinos (Sanguo yanyi)*, del siglo XIV, que formó posteriormente una ópera en tres actos. Esta ópera cuenta la primera y desastrosa expedición (primavera del año 228) de Zhuge Liang desde el estado de Han hacia los territorios del norte con el fin de derrotar al malvado del estado de Wei Cao Cao, que vivió entre los años 155 y 220. Por otra parte, este capítulo de *El suplicio del aroma de sándalo*, como muchos otros de la novela, utiliza un doble estilo: formas narradas y formas cantadas (utilizando un ritmo de frases de siete sílabas con variantes y *stacatto*), tal y como era común en la tradición oral de los cuentistas callejeros del norte de China. Cuando son formas cantadas, el ritmo de estos heptasílabos es marcado por el uso de un instrumento compuesto de dos piezas simétricas de caña de bambú que se golpean llamado *kuaiban*. El estilo de estos cuentistas se da entre los capítulos 5 al 13, en la segunda parte, «El vientre del cerdo» (*zhu du*), de *El suplicio del aroma de sándalo*.

[151](#) El Colegio Imperial (*guozijian*) en Pekín fue la máxima institución educativa en China durante el periodo imperial.

[152](#) Sai Jinhua. Nació en 1874 y murió en 1936. Prostituta de lujo. Fue esposa del embajador de la dinastía Qing, Hong Jun, que vivió entre 1840-1893, a finales del siglo XIX. Sai Jinhua fue un mito erótico, y se encontraba en Pekín durante la rebelión de los bóxers. Su conocimiento del alemán la convirtió en una especie de espía doble al servicio de la corte de Qing y de los alemanes, y, sobre todo, fue famosa por su relación con el comandante aliado supremo Alfred von Waldersee (1832-1904), el cual, ya anciano y con una marcada inclinación por el sexo femenino, tuvo que hacerse cargo de sofocar la rebelión de los bóxers en Pekín. Sai Jinhua fue contactada por los gobernantes de Qing para que convenciera a Waldersee de que retirase su apoyo a los aliados. Sai Jinhua se convirtió en un personaje novelesco celeberrimo en esos últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX en novelas largas como *Flor en un océano endemoniado (Niehai hua)* de Zeng Pu, que vivió entre 1872 y 1935, con el personaje de Fu Caiyun, o *La tortuga de las nueve colas (Jiuwei gui)* de Zhang Chunfan, que desapareció en 1935.

[153](#) *Yingyang*. El dólar mexicano era de uso corriente en China para los negocios durante los últimos años de la dinastía Qing, ya que no sufría las devaluaciones constantes que sí ocurrían con la moneda china en estos años finales del siglo XX.

[154](#) Mo Yan pasa a novelar ahora un incidente muy similar al que se produjo en marzo de 1899, cuando unos alemanes fueron atacados y apaleados por unos pueblerinos cerca de Rizhao, en la provincia de Shandong. Los alemanes enviaron tropas para vengar esa trifulca, quemaron casas y mataron a varios habitantes del burgo. Ese incidente, que todavía no se ha aclarado, es considerado el primer incidente que desató la rebelión de los bóxers en la provincia de Shandong.

[155](#) *Er guizi*. Los chinos llamaban a los extranjeros (*guizi*) o «diablos». Los «segundos diablos» son los chinos que colaboraban con los extranjeros.

[156](#) *Bukuai*. Eran los empleados del *yamen* encargados de ir a detener a los criminales y a los acusados por la ley.

Capítulo octavo. El altar de los dioses

[157](#) *Suona*. Especie de trompetilla alargada y de grandes proporciones.

[158](#) Los símbolos ~~ marcan en realidad una prolongación de la última sílaba cantada y una pausa.

[159](#) La prefectura de Caozhou. Su prefecto (*zhifu*) entre 1889 y 1895 fue Yuxian. Yuxian vivió entre 1842 y 1901, y llegó a ser gobernador provincial de la provincia de Shanxi en el año 1900. Caozhou fue el lugar donde se formaron varias sociedades secretas, entre ellas y la más célebre, la Sociedad de la Gran Espada (*dadao hui*), y un centro importante en la rebelión de los bóxers.

[160](#) Sun Wukong. El rey-mono de la gran novela de Ming *El viaje a Occidente* (*Xiyou ji*).

[161](#) Zhu Wuneng, al que también llamaban «el mariscal de Tianpeng». Se trata de Zhu Bajie, el personaje con la cabeza de cerdo, otro de los personajes principales de la novela del siglo XVI *El viaje a Occidente* (*Xiyou ji*). Véase supranota 27.

[162](#) *Shaoye*. El señor, pero de menor edad y, sobre todo, de estatuto social inferior al *laoye*. Tanto *laoye* como *shaoye* son maneras corteses de dirigirse a personas con cierto rango social.

[163](#) El *wusheng* y la *daomadan* son papeles-tipo de la ópera tradicional china. El papel de la *daomadan* solía representar a una joven no necesariamente bella pero agraciada y sobre todo muy valiente (sabe montar a caballo: *ma*) y adiestrada en las artes marciales (sabe utilizar la espada: *dao*). El *wusheng* era un personaje masculino que también dominaba las artes marciales y solía ser un militar.

[164](#) Zhu Hongdeng. Vivió entre 1862 y 1899. Fue uno de los líderes de los bóxers; y fue célebre por dar rienda suelta a su obsesión por destruir toda presencia cristiana en China (iglesias, misioneros y seguidores).

[165](#) *You dao qiang buru de shengong*. Esta expresión no se pronuncia en sentido figurado. Los bóxers, una vez entrenados en las artes marciales e iniciados en el adoctrinamiento de la secta, se creían inmortales.

[166](#) Yue Wumu o Yue Fei. Vivió entre 1103 y 1141. Fue un general de la dinastía Song del Sur, que abarcó el periodo comprendido entre 1127 y 1279. También fue un poeta que pasó a ser un héroe arquetipo en la historiografía china, entre otras cosas, porque luchó contra las dinastías de origen bárbaro del norte. Se distinguió por su dominio excepcional de las artes marciales y por su lealtad a la dinastía Song.

[167](#) *Wuguo de jinpao shi'er dao*. Los doce medallones de oro del país de Wu. El valiente Yue Fei se dispuso a interceptar los doce medallones de oro que, en realidad, no eran medallones de oro sino mensajes (edictos imperiales) para el general patriota Yao Fei, de Song, para decirle a él y a los suyos que no continuasen oponiéndose a los bárbaros de Jin. Esos mensajes eran un engaño del traidor Qin Hui, que vivió entre 1090 y 1155. Yue Fei debía interceptarlos y acabó siendo atrapado y ejecutado por Qin Hui. Si Yue Fei pasó a ser el arquetipo del héroe valiente y leal, Qin Hui lo fue del traidor.

[168](#) *Yu huangdadi*. El emperador de Jade es una figura mitológica con gran arraigo popular que ejercía de emperador del cielo y la tierra según el taoísmo. Aparece en la novela de Ming *El viaje a Occidente*.

[169](#) *Jingang*. Divinidad de origen hindú, de rostro diabólico y aspecto imponente, que ejerce de guardián de Buda.

[170](#) *Jinzhongzhao* o la campana de oro. Se trata de una de las numerosas sectas que se

formaron en Shandong durante ese periodo y que pasaría a formar parte de los bóxers. Una de las técnicas de entrenamiento se basaba en ejercicios de respiración.

[171](#) Huang Tianba fue uno de los cuatro bandidos (*si ba*) de los territorios del sur (*nanfang*) y un maestro en artes marciales que volvió al buen camino tras apaciguar sus muchos demonios. Fue famoso por su valentía y sobre todo por su rebeldía contra la injusticia del gobernador de Yangzhou. Vivió durante el periodo de Kangxi (1661-1720) de la dinastía manchú de Qing y fue promovido por el emperador. Lu Dongbin nació en el año 796 y fue uno de los ocho inmortales (*ba xian*) y el líder de ese grupo. Entre la figura histórica y el mito taoísta, Lu Dongbin se caracterizó sobre todo por su sabiduría y disposición para ayudar a la gente.

[172](#) Los dos personajes de la dinastía Song, Zhang Bao y Wang Heng, aparecen en la novela *Lo que se dice en la biografía completa de Yue* (*Shuo Yue quanzhuan*) del siglo XVIII (aunque la acción transcurre durante el siglo XII) atribuida a Qian Cai como sus dos guardianes acompañantes cuando Yue Fei iba a caballo.

[173](#) Yue Yun, 1119-1142: el hijo mayor del mariscal Yue Fei. Niu Gao, 1087-1147, y Yan Zaixing, 1104-1140: generales de Yue Fei. Zhang Fei, nacido en 221; Zhao Yun, nacido en 229; Ma Chao, 176-222, y Huang Zhong: son cuatro (de los cinco) generales-tigre (*wu hu jiang*) de Han-Shu en el *Romance de los Tres Reinos*. Li Kui: uno de los héroes-bandido y personaje de ficción que aparece en la novela de Ming *Al borde de las aguas*, al igual que Wu Song y Lu Zhishen. Tu Hangsun; Lei Zhenzi; Jiang Taigong, siglo XI a. de C., y Yang Jian: personajes de la novela del siglo XVI *La investidura de los dioses* (*Fengshen yanyi*), aunque la historia se remonta a la dinastía Shang (1600-1046 a. C.). Cheng Yaojin, 589-665; Qin Shubao, muerto en 638, y Wei Chi Jing De, 585-618: generales de la dinastía Tang que se sublevaron con los Sui. Yang Qilang, Hu Yanqing, Meng Liang y Jiao Zan: personajes del *Romance de los generales de la familia Yang*, texto novelesco ambientado en la dinastía Song (960-1127).

[174](#) *Baxianzhuozi*. Se trata de una mesa octogonal para que puedan sentarse y comer ocho personas, pero que también se utilizaba para los sacrificios rituales. Estas mesas se usan todavía en numerosos restaurantes chinos.

[175](#) *Los siete héroes y los cinco justicieros* (*Qi xia wu yi*), novela escrita y publicada a finales del siglo XIX pero que transcurre en la dinastía Song. Muy en la línea de las historias de justicieros a lo Robín de los Bosques, que se rebelan contra el poder

corrupto e injusto, aunque oficial, y muy en la línea temática e ideológica de la gran novela *Al borde de las aguas*. El joven Ai Hu es uno de los siete héroes (*qi xia*).

[176](#) Tangseng. Es el monje budista Xuanzang, el personaje principal de la novela de Ming *El viaje a Occidente (Xiyou ji)*. Shaseng o Sha Wujing es, junto a Sun Wukong y Zhu Bajie, el otro discípulo y protector de Xuanzang.

[177](#) Liu Bei. Es un personaje histórico que vivió entre los años 161 y 223 y el personaje principal novelado del reino de Han-Shu en el *El romance de los Tres Reinos (Sanguo yanyi)*, y Zhuge Liang es su mejor estratega.

[178](#) Guan Gong es Guan Yun, muerto en el año 219. Zhao Zilong es Zhao Yun, nacido en el año 229. Son personajes de *El romance de los Tres Reinos* y ambos defensores de la causa de Han.

[179](#) Ji Dian o Ji Gong (1133-1209). Un monje *chan* (de la secta budista zen) de tez oscura y carácter excéntrico que vivió en la dinastía Song.

[180](#) Li Kui. Personaje de la novela *Al borde de las aguas* (véase supranota 173).

[181](#) Shi Qian es uno de los bandidos rebeldes de la novela *Al borde de las aguas*. Yang Xiangwu es un personaje de la novela de casos judiciales del periodo Qing *Los casos del juez Peng (Peng gong an)*. Esta novela, muy popular en el periodo Qing, se basaba en un personaje real cuyo sentido de la justicia llegó a ser legendario en China y que vivió entre 1637 y 1704: el juez Peng Peng.

[182](#) Wu Song es un personaje de *Al borde de las aguas* (véanse supranotas 130 y 173). Luo Cheng es un personaje histórico que vivió entre los años 598 y 634 y que aparece en la novela del periodo Qing *La gesta de las dinastías Sui y Tang (Sui Tang yanyi)* que narra la decadencia de la dinastía Sui y el advenimiento de la dinastía Tang.

[183](#) Bian Que. Vivió entre los años 407 y 310 a. C. Es considerado el primer médico chino del que se tiene documentación histórica. Sus prácticas curativas combinaban elementos del taoísmo esotérico.

[184](#) Véase supranota 113.

[185](#) Los tres príncipes son Jin, Mu y Na, que son a su vez divinidades del santuario budista.

Capítulo noveno. La obra maestra

[186](#) Zhang Xun. Vivió entre 1854 y 1923. Su apodo, «el comandante en jefe de la coleta» (*bianshuai*), le vino por no querer cortarse la larga coleta (cortársela era, de hecho, un gesto de insumisión al poder imperial de Qing) y seguir siendo fiel a la dinastía manchú de Qing. Quiso restaurar el imperio y la familia imperial Qing en 1917, pero no lo consiguió. Fue escolta de Su Majestad la emperatriz regente Cixi durante la rebelión de los bóxers y apoyó a Yuan Shikai cuando este fue presidente de la República de China.

[187](#) Kang Youwei y Liang Qichao. Vivieron entre 1858 y 1927, y 1873 y 1929 respectivamente. Fueron dos de los más importantes reformistas de los últimos años de la dinastía Qing, que ayudaron de forma significativa con sus ideas modernizadoras (y a favor de la occidentalización de varios sectores de la sociedad china) a la fundación de la República en 1911. Su Majestad la emperatriz Cixi se opuso ferozmente al movimiento reformista liderado por Kang Youwei (la reforma de los cien días) y lo sofocó el 19 de septiembre de 1898. En realidad, también hubo una lucha de poder entre Cixi y el emperador Guangxu, este último a favor de las ideas reformadoras de Kang Youwei y apoyado en un primer momento por Yuan Shikai quien era, en esos momentos, el comandante en jefe del ejército en Tianjin. Liang Qichao también participó activamente en el fallido movimiento de los cien días. Yuan Shikai apoyó el golpe de estado de Cixi contra los reformistas (y el emperador Guangxu). Yuan Shikai, quien aparentemente era un seguidor de los reformadores, cambió del bando de Kang Youwei y Guangxu al de los conservadores manchúes de Cixi, lo que le valió una profunda enemistad entre los reformistas que no desapareció en todo el siglo XX y que bien refleja este episodio de *El suplicio del aroma de sándalo* de Mo Yan. Es cierto que hubo varios intentos de asesinato de Yuan Shikai organizados por los seguidores de Guangxu y los reformistas.

[188](#) Zhuge Wuhou o Zhuge Liang, como es más conocido, ordenó ejecutar a Ma Su, el brillantísimo estratega de Han-Shu que vivió entre los años 190 y 228, y fue ejecutado, a pesar de ser admirado por su destreza como militar. La razón real fue una lucha de poder entre los dos estrategas, aunque Zhuge Liang excusó su acto por el carácter presuntuoso de Ma Su, que le llevó a desertar en un momento dado.

Matándolo, quería dar un ejemplo a los otros soldados —esta es la moraleja de la historia de Zhuge Liang y Ma Su—. Este episodio es relatado en *El romance de los Tres Reinos* y en el capítulo 35 de la obra histórica de Chen Shou —*La crónica de los Tres Reinos (Sanguo zhi)*— en la que se basó la novela. Ma Su tiene una imagen negativa en el texto novelado mientras que en la crónica histórica es más bien Zhuge Liang quien pasa por un individuo celoso de la brillantez de Ma Su.

[189](#) La escena de ejecución por *lingchi* (*lingchi chu si*) que se describe a partir de este momento en el capítulo noveno se inspira indirectamente en la última ejecución de *lingchi* que fue realizada el 10 de abril de 1905 en Pekín. Se trata de una pena aplicada a un crimen cometido en Pekín en febrero de 1905 (el año 31 de la era del emperador Guangxu). El príncipe del estandarte mongol de Aohan fue asesinado por un miembro de su guardia (un miembro de tercer rango) conocido como Fu Zhuli o Fujuri (en manchú), que también trabajaba como sirviente de la familia de Aohan. Las razones del crimen permanecen todavía hoy sin explicar. Parece que fue un asunto de venganza pasional —Fu Zhuli tenía una relación con la esposa de príncipe de Aohan— y de adulterio. Según las *Reglas de los departamentos exteriores según el respetable teorema imperial (Qinding Lifanbu zeli)*, inspirado en el código de Qing: «Todo esclavo o sirviente que mate a su amo será condenado al desmembramiento por *lingchi*». El *lingchi* de Fu Zhuli fue en realidad una medida excepcional, ya que su ejecución se convirtió en un asunto de política interior en la que factores xenófobos tuvieron una incidencia directa. La ejecución, que se realizó en el campo de ejecución de Caishikou (Pekín), tuvo una difusión mediática excepcional gracias al uso de la fotografía, sobre todo entre los periodistas, funcionarios y soldados de las ocho potencias extranjeras que asistieron. Las fotografías del *lingchi* de Fu Zhuli se convirtieron en portada de la prensa sensacionalista europea y americana, y tuvieron un enorme impacto tanto en Europa como en China. El libro *Pékin qui s'en va*, de 1913, y las fotografías de Louis Carpeaux (*Découpage de Fu Zhuli*) fueron algo muy comentado en esos primeros años del siglo XX, hasta el punto de crear en la opinión pública de los países occidentales una visión muy negativa y estereotipada (sobre todo, por la extrema crueldad del castigo del *lingchi*) de China y su sociedad, que en gran medida justificaba la ocupación internacional de ese país, la intromisión en los asuntos internos y la brutal supresión de los bóxers. El impacto de estas fotografías llegó incluso a España, donde José Gutiérrez Solana (1886-1945) realizó en 1930 un óleo, *Suplicio chino*, basado en ellas. Por último, el personaje histórico de Yuan Shikai, contrariamente a lo que refleja el personaje novelesco de la novela de Mo Yan, se opuso de manera radical a la tortura del *lingchi* y defendió en público a los juristas que lo abolieron poco después de la rebelión de los bóxers. Mo Yan retoma en *El suplicio del aroma de sándalo* la visión existente de la figura histórica de Yuan Shikai

a través de la óptica republicana en un primer lugar y maoísta después, que lo demonizó.

[190](#) *Yuya si*. El responsable del departamento de los calabozos durante el periodo Qing.

[191](#) *Qiuguan miji*. Colección de secretos del Palacio de Otoño. No consta en ningún sitio que haya existido realmente una obra con este nombre, lo que nos hace pensar que ha salido directamente de la imaginación de Mo Yan.

[192](#) Referencia a la ejecución en Pekín por *lingchi* del eunuco Liu Jin , que vivió entre los años 1451 y 1510 del periodo Ming. Su ejecución duró tres días y recibió tres mil trescientos cincuenta y siete cortes. Liu Jin intentó hacerse con el poder y quiso asesinar al emperador en 1510, lo que le valió esta pena excepcional.

[193](#) Gao Tao: véase supranota 56. Zhang Tang murió en el año 116 a. C. Fue un legislador y alto oficial del periodo de los Han del Oeste al servicio del emperador Wu, que vivió entre los años 145 y 87 a. C. Fue el encargado de ejecutar a más de trescientos individuos en un caso de brujería que afectó directamente a Su Majestad la emperatriz Chen y su corte imperial. Instauró el código penal de Han, que endureció el precedente, y fue nombrado censor en jefe del imperio (*yushi dafu*). Al final de su carrera fue obligado a suicidarse.

[194](#) *El gran tratado de las plantas (Bencao gangmu)*, de Li Shizhen, que vivió entre 1518 y 1593. Es una de las obras fundamentales de la farmacología china y fue redactada durante el periodo Ming.

[195](#) El emperador Daoguang. Vivió entre 1782 y 1850. Fue el sexto emperador de la dinastía Qing. Tuvo que afrontar en su reinado (1820-1850) dos acontecimientos capitales para el mantenimiento de la dinastía imperial Qing: la rebelión de Taiping y la primera guerra del opio.

[196](#) Muchas de las ejecuciones por *lingchi* que se realizaron en los periodos dinásticos de Ming y Qing fueron aplicadas a mujeres adúlteras que habían matado a sus maridos, o simplemente esposas que habían atentado contra la vida de sus maridos por otras razones. Este tipo de asesinatos era considerado como parricidio y falta grave a la piedad filial. El tipo de *lingchi* que se practicaba solía ser diferente. A la mujer se la

ataba a una cruz y lo principal era amputar sus pechos.

[197](#) *Sangang wuchang*. Principios básicos de la moral confuciana aplicados tanto a hombres como a mujeres. Los tres principios (*sangang*) son los que regulan la relación entre el príncipe y su súbdito (*jun wei chen gang*); entre el padre y su hijo (*fu wei zi gang*); y finalmente entre el marido y su mujer (*fu wei qi gang*). Las cinco virtudes (*wuchang*) son las del sentido de la humanidad (*ren*), la justicia (*yi*), el sentido del decoro y los ritos (*li*), la sabiduría (*sabiduría*) y la confianza mutua (*xin*). Estos principios fueron formulados por primera vez en el periodo de los Han Occidentales (206-8 a. C.), y más concretamente en el tratado político *El rico y precioso rocío de las Primavera y los Otoños* (*Chunqiu fanlu*) de Dong Zhongshu, que vivió entre los años 174 y 104 a. C.). En esta obra, Dong Zhongshu comenta y amplía las teorías políticas y morales atribuidas a Confucio.

[198](#) Los Seis Príncipes (*wuxu liu junzi*) de China fueron Tan Sitong, 1865-1898; Lin Xu, 1875-1898; Yang Rui, 1855-1898; Yang Shenxiu, 1849-1898; Kang Guangren, 1867-1898, y Liu Guangdi (véase supranota 106). La emperatriz viuda Cixi fue quien mandó ejecutarlos tras el golpe de estado exitoso (21 de septiembre de 1898) que ella misma dio con la ayuda oportunista de Yuan Shikai contra los reformistas del emperador Guangxu. Los seis reformistas fueron, en efecto, decapitados en el campo de ejecución de Caishikou (Pekín). El impacto en la opinión pública de esta ejecución fue enorme, y los seis se convirtieron en mártires. La ejecución de Qian Xiongfei en la novela de Mo Yan también es en septiembre de 1898.

[199](#) *Da jiangjun*. «El gran general», que es como se llamaba al sable con una larga lámina con el que se decapitaba al ejecutado en China. La pena de la decapitación (*zhanxing*) fue una de las más usuales en China durante el periodo Qing. Aparecen muchas imágenes en uno de los raros documentos ilustrados para el público de penas capitales, el *Libro ilustrado de penas capitales de la Gran dinastía Qing* (*Da Qing xinglü tushuo*), de 1887. La decapitación y exposición de la cabeza en una jaula de pájaros (*zhanjue xiaoshi*) y la decapitación inmediata (*zhanlijue*) eran las dos modalidades aplicadas a los crímenes susceptibles de la decapitación (*zhan fanzui ming*). En el primero, las cabezas eran guardadas en unas jaulas para pájaros durante varios días.

Capítulo décimo. Cumplir una promesa

[200](#) *Youtiao*. Una especie de buñuelo alargado que se fríe en aceite y que es muy

popular, sobre todo en Pekín, para tomar en los desayunos.

[201](#) *Zhenren*. Los hombres de valor, «los hombres de verdad», en su traducción literal, a los que también se les llamaba en China «inmortales» (*shenxian*). Es una noción originariamente taoísta.

[202](#) El emperador Tongzhi. El octavo emperador de la dinastía Qing. Nació en 1856 y reinó desde 1861 hasta 1875, año en que murió. Sucedió al emperador Xianfeng (véase supranota 47) y, a su muerte, fue relevado por Guangxu (véase supranota 105). Una vez muerto, y ya que no dejó descendencia directa y el futuro emperador de Qing, Guangxu, su primo, solo tenía tres años, fue la emperatriz viuda Cixi quien tomó las riendas del imperio mediante el sistema de la regencia. En realidad fue la emperatriz Cixi, su madre, quien gobernaba el imperio Qing cuando Tongzhi estaba en el poder.

[203](#) Pangu. Fue el primer personaje de la mitología china y el creador del universo según una de las versiones existentes sobre los mitos fundacionales. Los Tres Soberanos y los Cinco Emperadores (*san huang wu di*) fueron, según otra versión existente de la mitología china, los primeros gobernantes desde el año 2852 hasta el año 2205 a. C. Los tres soberanos fueron el Soberano del Cielo (*tianhuang*), el Soberano de la Tierra (*dihuang*) y el Soberano de los Hombres (*renhuang*); y corresponden respectivamente a Fuxi, Nüwa y Shennong; los creadores del universo según la mitología china. Los cinco emperadores son el Emperador Amarillo (*huangdi*), Zhuanxu, el emperador Ku (*diku*), el emperador Yao y el emperador Shun. Se trata de los primeros emperadores chinos pertenecientes a un largo linaje que se perpetuaría, de una manera u otra, hasta la llegada de la República en 1911, y cuya conducta y manera de gobernar fue canonizada como ejemplar por Confucio.

[204](#) Gang Yi. Vivió entre 1837 y 1900. Ocupó durante el reinado del emperador Guangxu varios puestos gubernamentales en el seno del Ministerio de Justicia, desde escribiente hasta oficial de rango medio y ministro. Se opuso ferozmente a las políticas reformistas de Liu Guangdi e hizo todo lo posible por destronar al emperador Guangxu —que apoyaba a los reformistas—, y se ganó por ello la confianza de la emperatriz regente Cixi. En 1898 ocupaba el puesto de ministro del Ministerio de la Guerra (*bingbu shangshu*) y no el de vicepresidente del ala izquierda del Ministerio de Justicia, como indica la novela, ni de supervisor de ejecuciones (*jian xing guang*), como se establece en *El suplicio del aroma de sándalo*. Murió en plena rebelión de los bóxers, tras haber apoyado la política oportunista de Cixi y haberse opuesto a las

potencias extranjeras.

[205](#) En el texto, *sishi guangyuan*. Se trata de un oficial del gobierno durante la dinastía Qing responsable de gestionar y controlar un presupuesto en un acto o que, simplemente, se responsabilizaba de la organización del personal.

[206](#) *Jueju*. Cuarteto muy utilizado en la poesía clásica. En el texto se cita un *jueju* de siete sílabas o *qijue*, cuatro frases de siete sílabas, muy popular entre los poetas desde el periodo Tang.

Capítulo undécimo. Las pistolas de oro

[207](#) El comisionado de Zhili (*Zhili anchashi*). Este puesto, muy prestigioso durante las últimas décadas de la dinastía Qing, suponía una de las ocho demarcaciones gubernamentales que dividían el imperio durante estos años de la dinastía. El área de Zhili ocupaba las regiones que rodeaban Pekín por el norte y el noreste (las provincias de Hebei, Liaoning, Shandong, Henan y Tianjin). Yuan Shikai fue promovido a este puesto en junio de 1901 tras suceder a Li Hongzhang.

[208](#) Enero de 1902, tras su retirada a Xi'an. La derrota del movimiento de los bóxers y la victoria de las ocho potencias extranjeras dejaron a la emperatriz Cixi en una posición difícil, y solo pudo retomar el poder, en Pekín, y en gran fanfarria, a principios de 1902.

[209](#) Xu Shichang, 1855-1939; fue presidente de la República de China entre 1918 y 1922. Feng Guozhang, 1859-1919; fue presidente de la República de China entre 1917 y 1918. Zhang Xun, 1854-1923 (véase supranota 186). Duan Zhigui, 1869-1925. Duan Qirui, 1865-1936. Xu Banjie, se desconocen sus fechas de nacimiento y muerte. Wang Shizhen, 1861-1930. Todos ellos ejercieron un papel muy importante durante las primeras décadas de la República de China, fundada de manera oficial en 1912, y, más concretamente, durante el periodo de los señores de la guerra (1916-1927), que sumió a China en una guerra civil con varios frentes provocada por varias facciones que luchaban por hacerse con el poder. Todos giraron en torno a la figura de Yuan Shikai, al que apoyaron durante esos años caóticos de las dos primeras décadas republicanas, y al ejército de Beiyang (*Beiyang jun*), del que formaron parte con la ascensión de Yuan Shikai a las máximas instancias militares del imperio Qing entre 1901 y 1908. Como el mismo Yuan Shikai, tuvieron un papel ambiguo y difícil entre

los gobernantes imperiales de Qing y los nuevos líderes republicanos que acabaron con la dinastía imperial manchú de Qing en 1911, ya que ejercieron como altos responsables militares en ambos periodos. El ejército de Beiyang adoptó muchas técnicas militares (y armamento moderno) occidentales gracias a Yuan Shikai.

[210](#) *Riben lujun shiguan xuexiao*. Fundada en 1868 y cerrada en 1945, la Academia Militar Imperial del Japón tuvo un papel importantísimo en la formación de los cuadros militares del ejército de Beiyang, que más adelante serían parte de los órganos de poder durante los primeros años de la República de China. Ello tuvo un efecto directo en la falta de adaptación a los nuevos valores republicanos de estos militares que vivieron la caída de la última dinastía imperial. Inspiraría indirectamente en otras academias creadas en China como la de Tianjin, Baoding (fundada por Yuan Shikai) o la de Whampoa establecida en 1924.

[211](#) Wen Tianyang. Vivió entre 1236 y 1282. Fue ministro durante la dinastía de Song del Sur. Lu Fangweng, que vivió entre 1125 y 1210, fue un poeta de la dinastía Song.

[212](#) Zeng Wenzheng (véase supranota 42 sobre Zeng Guofan, su otro nombre); Li Hongzhang (véase supranota 207), y Zhang Zhidong, que vivió entre 1837 y 1909, y fue un gobernante del último periodo Qing. Estos tres ministros formaron, junto con Zuo Zongtang, que vivió entre 1812 y 1885, lo que se llamó «los cuatro famosos ministros» (*si da ming chen*) que defendieron una reforma moderada de las instituciones oficiales imperiales, como el ejército.

[213](#) Los exámenes imperiales se suprimieron en 1905.

[214](#) *Sishui*. Significa «las aguas muertas» y se trata de una metáfora poética con un fuerte calado político, muy empleada durante la época republicana por los reformistas, y en especial por los miembros del movimiento reformador del 4 de mayo de 1919, para referirse al país de China y su estado espiritual y material. Junto con la metáfora del viento (*feng*), hay numerosos ejemplos de metáforas relacionadas con el agua (*shui*) que tienen que ver con la política (y sus cambios) y que se gestaron durante este periodo de los últimos años de la dinastía Qing e inicios de la República. Estas metáforas aparecen con frecuencia en el lenguaje empleado en *El suplicio del aroma de sándalo*.

[215](#) *Xinjun*. El «nuevo ejército» fue creado en 1895, ya a finales de la dinastía Qing, y

fue rebautizado como «ejército de Beiyang» (el océano del norte) en 1902 (véase infranota 263).

[216](#) Kang Nanhai es el otro nombre de Kang Youwei. Nanhai es, de hecho, el lugar donde nació Kang Youwei, y está en la provincia de Guangdong, en el sur de China.

[217](#) Tan Liuyang es el nombre con el que también se conocía a Tan Sitong, ya que su familia era originaria de Liuyang, en la provincia de Hunan. Tan Sitong, uno de los Seis Príncipes de China, fue el autor, en 1896, de una obra fundamental que es considerada hoy la primera obra de filosofía política de carácter reformista en China: *El aprendizaje de lo que hace a un ser humano un ser humano (Renxue)*. Véase supranota 198.

Capítulo duodécimo. La fisura

[218](#) *Caizi-jiaren*. Alusión del tema del encuentro entre la joven bella (*jiaren*) y el joven talentoso (*caizi*) en la novela de lengua vernácula y en la ópera tradicional, en la cual la joven se muestra combativa y virtuosa y se enamora de un joven letrado (o aspirante a letrado) que lleva una vida errante. Los dos tienen que superar innumerables obstáculos antes de realizar su sueño y vivir juntos. Las historias del *caizi-jiaren* del periodo final de Ming y principios de Qing, entre los siglos XVII y XVIII, tienen una fuerte carga ideológica, sobre todo confuciana, valores que resultaban eficaces para que los jóvenes lograsen sus ambiciones profesionales y sociales. La obra que crearía este arquetipo es la obra de teatro *El Romance del pabellón del ala oeste (Xixiang ji)* de Wang Shifu, que vivió entre 1260 y 1336, del periodo Yuan. Esta obra cuenta los amores del joven letrado Zhang Junrui y la joven talentosa Cui Yingying durante el periodo dinástico Tang.

[219](#) *Tou shang san chi you qingtian*. La expresión «el cielo azul está a tres *chi* de distancia sobre nuestras cabezas» quiere decir, en el lenguaje coloquial, que el Cielo nos protege si nos comportamos con honestidad, y, por lo tanto, no hay que preocuparse de nada más.

[220](#) Uno de los pintores más importantes de la dinastía Qing, Zheng Banqiao o Zheng Xie. De origen humilde, vivió entre 1693 y 1765 y fue magistrado en la provincia de Shandong durante doce años. Desengañado de la vida en el *yamen* y tras ser criticado por sus compañeros por apoyar a los pobres, abandonó sus cargos para dedicarse a la

pintura. Las pinturas cuyo motivo eran las cañas de bambú (*mozhu*), una de las especialidades de Zheng Banqiao, se gestaron en la dinastía Tang con la obra del pintor Wu Daozi, que vivió entre los años 680 y 740.

[221](#) El templo de los Ocho Dioses de la Agricultura (*Ba la miao*) de Gaomi fue construido durante el periodo Ming. Estos ocho espíritus o dioses eran venerados especialmente en zonas agrarias para desear una buena cosecha.

[222](#) Se trata de una de las denominadas «arcada de la castidad» (*zhenjie paifang*), que se construían en honor a una mujer virtuosa y perteneciente a una familia noble que había enviudado muy joven.

Capítulo decimotercero. La ciudad destruida

[223](#) Los alemanes tomaron como cuartel general la escuela de estudios clásicos de Tongde (*Tongde shuyuan*) de Gaomi en julio de 1899. Se trató de la primera ocupación alemana de Gaomi y duró poco más de dos semanas. A partir de octubre de 1902, esta escuela fue dirigida por el misionero y sinólogo Richard Wilhelm (1873-1930), que posteriormente traduciría al alemán el *Libro de las Mutaciones (Yijing)* y *El ciruelo de la jarra de oro o Jin Ping Mei*, una obra de fuerte carácter erótico del siglo XV, así como por otros misioneros protestantes alemanes, con el fin de enseñar la lengua alemana y materias relacionadas con el saber occidental (véase supranota 9).

[224](#) *Tongde*. Literalmente, «transmisión de la virtud». Tiene el carácter «*de*» que es utilizado para las palabras «*Deutschland* (Alemania)», *Deguo* o «alemán» (*deguoren*). Hay cierta ironía en el comentario ya que «*de*» significa «virtud», y los alemanes, por lo tanto, serían «los individuos del país virtuoso» (véanse supranotas 9 y 223).

[225](#) El tratado sino-alemán de Jiao'ao (*Zhongde Jiao'ao tiaoyue*) fue firmado en Pekín el 6 de marzo de 1898. Los alemanes negociaron con los chinos la cesión de la bahía de Jiaozhou por noventa y nueve años. El tratado constaba de tres secciones. La segunda, con sus cuatro artículos, concernía directamente a la construcción de la red ferroviaria (dos líneas). El tratado fue firmado por el barón Edmund Friedrich Gustav von Heyking (1850-1915) —el embajador alemán en la corte de Qing—, Li Hongzhang, y Wen Tonghe, 1830-1904.

[226](#) Se trata de la batalla de Jinggang, que perdió Zeng Guofan (Zeng Wenzheng) en

1854 contra los rebeldes del movimiento de Taiping y que fue vista como el fin de la dinastía Qing. Zeng Guofan no pudo soportar la vergüenza que le produjo esa derrota y quiso suicidarse ahogándose en un río. Junto con la rebelión posterior de los bóxers, la revuelta de Taiping supuso el momento más delicado en la continuación y supervivencia de la dinastía imperial de Qing. Por ello, la figura de Zeng Guofan, el que finalmente sofocó la rebelión de Taiping y salvó la dinastía Qing, obtuvo después un estatuto especial, casi mítico, en el discurso histórico de las últimas décadas del ya decadente imperio hasta la fundación de la República en 1912.

[227](#) Los «cabellos largos» (*chang mao*) era el nombre con el que eran conocidos los rebeldes del movimiento de Taiping.

[228](#) *Zhongming dingshi*. No hay que tomar literalmente el sentido de esta expresión, que se refiere principalmente a llevar una vida extravagante, llena de lujos y privilegios, como fue el caso de Zeng Guofan tras su victoria sobre los rebeldes de Taiping.

[229](#) *Qichu*. Estas siete razones, inscritas en el código legal que se contemplaba en todo contrato nupcial durante la época de Qing, que servían para rechazar a una esposa (el divorcio tradicional), fueron formuladas en el apartado *Las razones para el divorcio (ben ming jie)* de la obra *Lo que Confucio dijo sobre la familia (Kongzi jia yu)*, cuya versión final fue compuesta durante la dinastía Tang y aportaba las razones que un hombre podía aducir para separarse de su mujer. Aparte de la infecundidad de la mujer (*wuzi*), constaban la falta de piedad filial y la desobediencia a los padres del marido (*bu shun fumu*), el adulterio y el comportamiento depravado (*yinpi*), los celos (*jidu*), la enfermedad (*e'ji*), la tendencia al cotilleo (*duo kouhua*) y el robo (*qiedao*).

[230](#) Lo que le propone la señora a su marido Qian Ding era una práctica muy habitual en la alta sociedad manchú y Han y su núcleo familiar de este periodo finisecular. Cuando la esposa principal llegaba a cierta edad, era ella misma quien le proponía a su esposo que hiciera entrar a una concubina que, por lo general, era muy joven, con el fin de satisfacer sexualmente a su marido o proveerle con hijos. Ello no aportaba, en un principio, ningún desprestigio a la mujer principal que tenía, y sobre todo era una función social dentro del matrimonio.

[231](#) Yang Zaixing. Vivió entre 1104 y 1140, durante el periodo dinástico de los Song del Sur, y fue otro de los generales de la familia Yang.

[232](#) Sobre Zhang Bao y Wang Heng, véase supranota 172.

[233](#) Como se cita en el texto, a este tipo de jefes de los bóxers se les llamaba (*dashi xiong*), literalmente, «el hermano mayor y gran maestro». La figura de gran hermano aparece aquí en sentido figurado en tanto que cabecilla y responsable.

[234](#) Alusión a dos de las máximas virtudes confucianas y de la moral caballeresca tal y como aparecieron en los personajes del *xiaoshuo*: el sentido de la humanidad (*ren*) y de la justicia (*yi*).

[235](#) En junio de 1858, Zeng Wenzheng (Zeng Guofan), cuyas estrategias militares revolucionaron el arte de la guerra en el siglo XIX, con el fin de atacar y destruir a los rebeldes de Taiping en Nanjing —«la capital celestial» Tianjing, como se llamaba durante esos años a Nanjing—, decidió que la mejor estrategia era atacar la ciudad rodeándola con todo el ejército; y desde entonces se utilizaron este tipo de estrategias, y así actúan los soldados de la subprefectura con los del comandante del ejército de infantería de Qing, Ma Longbiao, en una imitación paródica de la batalla del ejército de Qing conducido por Zeng Guofan y los rebeldes de Taiping.

La cola del leopardo

Capítulo decimocuarto. Las partes habladas de Zhao Jia

[236](#) Las «partes habladas» (*daobai*) de una ópera tradicional china, en este caso, la ópera de Maoqiang, corresponden a aquellas partes que no están rimadas ni en versificación clásica (en siete pies). Es decir, están en lengua vernácula o *baihua*.

[237](#) *Zajia*. Mo Yan se sirve aquí de un regionalismo dialectal (*fangyan*) de la lengua hablada (*baihua*) empleado solo en el noreste de China, aunque en la actualidad ya está en desuso, que no tiene un término equivalente en español. Se traduce principalmente por «yo», un «yo» mediano que se expresa y que no es ni de muy alto rango ni de muy humilde condición, de tono mediano y modesto, pero orgulloso, aunque a veces tiene un sentido más amplio como un «nosotros» inclusivo en el que el otro, la persona a la que se habla, está incluido en ese «nosotros». Sun Wukong, el rey-mono de la novela de Ming *El viaje a Occidente*, lo emplea a menudo para referirse a sí mismo cuando comienza un discurso. También aparece en varios monólogos de la novela —en los cuatro primeros capítulos, para ser más precisos— el pronombre *an* que tiene un significado parecido, como «yo» y «nosotros» para

referirse a la primera persona, pero este *an* es un «nosotros» exclusivo, es decir, que no incluye a la persona a la que se habla y (nos) escucha. La traducción española no puede recoger este matiz, pero el uso del pronombre de la primera persona era de gran importancia en la ópera y el teatro tradicionales (*xi*) en China, ya que se buscaba constantemente una empatía (o antipatía) con la audiencia, y, por lo tanto, sucede de la misma manera en *El suplicio del aroma de sándalo* de Mo Yan con su lector. El subprefecto Qian Ding, en sus monólogos, se refiere a sí mismo como *yu*.

[238](#) Se trata del aria *El espíritu de los muertos (gui diao)*, en la que se incluyen partes en lengua hablada y no cantadas (*daobai*). Esta aria cantada pertenece, como se cita en la novela, a la ópera Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*.

[239](#) Qin Shubao. Murió en el año 638 y fue uno de los generales de la dinastía Tang que ayudó con su aporte y valentía a la instauración de esta dinastía. Como muchos de los personajes célebres en el desarrollo de la dinastía Tang que han sido mitificados por la historiografía oficial, su biografía aparece en *El antiguo libro de Tang (Jiu Tang shu)*, compilado, poco antes de su muerte, en el año 945, por el letrado Liu Xu, que vivió entre los años 887 y 946.

[240](#) El emperador Kangxi. Nació en 1654, durante el periodo de la dinastía Qing. Reinó entre 1661 y 1722, año en que murió.

[241](#) Los niños del Jardín de los Perales (*Li yuan zidi*) o *Li yuan* es una escuela de música y teatro fundada por el emperador Ming de Tang, que vivió entre los años 712 y 755. A los actores que se formaban en esta escuela se les llamaba «niños del Jardín de los Perales». Esta escuela y su representación en las artes simboliza el mundo de teatro en general.

[242](#) *Sanjiao jiuliu*. Las tres enseñanzas (*sanjiao*) son el confucianismo (*rujiao*), el budismo (*fojiao*) y el taoísmo (*daojiao*); y las nueve corrientes de pensamiento (*jiuliu*) son los confucianos (*rujia*), los taoístas (*daojia*), los seguidores del yin y el yang, los de la escuela de los nombres (*mingjia*), los moístas (*mojia*), los legistas (*fajia*), los eclécticos (*zajia*), los de la escuela de los diplomáticos (*zonghengjia*) y los agricultores (*nongjia*).

[243](#) En la última parte del libro, Mo Yan utiliza un juego de voces que no siempre corresponde con algo cantado o recitado, pero que indica un cambio de tonalidad (a

menudo por una cuestión emocional) en la voz de quien está hablando. En una ópera tradicional china es relativamente fácil identificar estos cambios, pero en una novela que debe ser leída es mucho más complejo. El autor piensa mucho en el lector chino cuando propone en su novela el juego con las cursivas que aparece en esta tercera parte.

[244](#) Durante el periodo dinástico Qing, a la madre o padre del emperador se les llamaba también Buda (*laofoye*).

[245](#) En este tipo de ópera el dueto (*dui*) es un diálogo en lengua hablada. Esta vez, *maoqiang* se transcribe como *maoqiang*, pero no se trata de la del «gato» (*mao*), como en la ópera de Maoqiang que se ha visto hasta ahora, sino de *mao*: exuberante, denso, talentoso, un término que es sinónimo de su homófono *mao*: espléndido, majestuoso, grande. De hecho, en Gaomi (y en el distrito de Dongbei), nadie llama a este tipo de ópera regional —la ópera de Maoqiang— como «la melodía del gato» (*maoqiang*) tal y como aparece en la novela de Mo Yan. En realidad, la ópera o el teatro (*xi*) de «la melodía exuberante» (*maoqiang*) es originario de Jiaozhou (o Jiao'ao), en Qingdao, y su influjo llegó a otras zonas de la periferia como Gaomi (y Dongbei). Todas las localidades cercanas a Qingdao comparten, de hecho, un acento muy parecido a la hora de hablar, y, por una tendencia muy marcada y usual en la pronunciación de las palabras de los habitantes de estas localidades de la provincia de Shandong, se pronuncia *mao*, que está en cuarto tono, como *mao*, que está en primer tono, y de ahí viene la confusión que Mo Yan comparte, y por eso «la melodía exuberante» acaba escribiéndose «la melodía del gato». Así que el verdadero nombre de esta ópera y teatro regional corresponde, en realidad, al de «la melodía exuberante». Por otro lado, Chang Mao es el fundador mítico de esta ópera. Maoqiang también quiere decir la «melodía de [Chang] Mao». *Mao* es «exuberante», pero también es el nombre del calderero y fundador de este tipo de canto Chang Mao (véase supranota 150).

[246](#) Yuan Baoheng. Vivió entre 1827 y 1878. No llegó a ocupar un puesto más importante que el citado en la novela, pero tuvo una gran influencia en la vida de Yuan Shikai, y las visitas con su tío por parte de Yuan Shikai al cuartel de los verdugos del *yamen* fueron, en efecto, muy frecuentes, ya que ese lugar ejercía una gran fascinación en el joven Yuan Shikai y le servía de educación. Yuan Baoheng murió cuando Yuan Shikai tenía diecinueve años, y su muerte afectó al que sería más tarde presidente de la República de China.

[247](#) *Zhuangyuan*. Título que se daba a quien obtenía el primer puesto en los exámenes

imperiales oficiales y, por extensión, el mejor en cualquier otra profesión.

[248](#) Alusión a la «piedad filial» (*xiaoshun*), una de las máximas (y más antiguas) virtudes confucianas. Del amor y cuidado del hijo a su padre se derivaba, según la lógica confuciana, el amor de los ministros y el pueblo a su emperador.

[249](#) *Da dian*. Es la sala donde el emperador recibía en audiencia a la gente, pero también era la sala principal de un templo dedicado a Buda.

[250](#) Aquí Cixi usa un término genérico para referirse en China al villano (en oposición al héroe) en cualquier historia: *mo wang*, que significa «el rey de los demonios».

[251](#) Sobre la relación entre Kang Youwei, el emperador Guangxu y la emperatriz viuda Cixi, véase supranota 187.

[252](#) La festividad de Medio Otoño (*zhongqiujie*) o del Otoño (*qiujie*) es una de las celebraciones más importantes y antiguas del calendario chino. Cae en el decimoquinto día del octavo mes del calendario lunisolar y se celebra la recogida de las cosechas y el fin del ciclo de la reproducción en los campos de cultivo antes de los fríos invernales, especialmente duros en el norte de China.

[253](#) *Ganniang*. La madre adoptiva, que ejercía la misma función parental que el *gandie* o padre adoptivo. El *gan'erzi* es el hijo adoptivo. Véase supranota 18 a propósito de la relación entre Qian Ding y Sun Meiniang.

[254](#) *Chang Mao ku ling*: la ópera de Maoqiang *Chang Mao llora a los muertos* (véanse supranotas 150 y 245).

[255](#) *Tiantang*. La sala celeste, donde vive el regidor supremo del Cielo (*tiandi*). Puede ser el emperador amarillo (*huangdi*) o el Dios cristiano.

Capítulo decimoquinto. Meiniang lo cuenta todo

[256](#) Esta parte de la ópera de Maoqiang adopta la forma de un *changdiao* o poema cantado *ci* de gran extensión. De hecho, este es un tipo de composición poética que ha

sido empleada tradicionalmente por una voz femenina aunque el autor sea un hombre.

[257](#) *Gaomi zhan*. La estación de tren de Gaomi, tras innumerables vicisitudes, no fue inaugurada en realidad hasta el 28 de septiembre de 1912, ya durante el periodo republicano. La inauguración estuvo envuelta con cierta pompa republicana (y de orgullo nacional), dada la sangre china que corrió durante el periodo en el que los alemanes empezaron a construir estas vías al final del siglo XIX. Las líneas de ferrocarril tienen una fuerte carga connotativa para el lector chino: el tren y la construcción de las vías representaron el símbolo de la civilización occidental, era lo que aportaban «los diablos extranjeros», y, por lo tanto, tenía una connotación muy negativa tal y como aparece en *El suplicio del aroma de sándalo*; un significado que nada tiene que ver con la idea de «progreso» (sobre todo, tecnológico) que podía observarse en Occidente.

[258](#) Sobre Hua Mulan, véase supranota 39.

[259](#) La anciana She Taijun. Personaje histórico femenino que aparece en la novela de Ming, así como en sus fuentes históricas, del *Romance de los generales de la familia Yang* (*Yangjia jiang yanyi*). Su valor para defender a Song fue reconocido, ya que Taijun tenía más de cien años cuando se enfrentó, con sus hijos y otras viudas, a los bárbaros del norte (y noreste) de China. Se trata además de un personaje que es representado con una cabeza de dragón y una caña, lo que hace pensar en su más que probable carácter chamán.

[260](#) Literalmente, *nao fengyue*: «la disputa entre el viento y la luna»; es decir, hacer el amor.

[261](#) Sobre el juez Bao (*baogong*), véanse supranotas 46 y 95.

[262](#) El *dutong* era el máximo responsable militar y político de uno de los ocho estandartes (*qi*) y estaba directamente bajo las órdenes del emperador de Qing. La dinastía Qing estaba organizada en origen en ocho grupos (de orden militar, social, administrativo y político) de la etnia manchú representados con un estandarte de un determinado color.

[263](#) Alusión irónica a la mala relación que tenían los manchúes de Qing con los Han, mayoritarios en el nuevo ejército de Yuan Shikai, y que tendrían un papel relevante en

la llegada de la república. El comentario de la mujer de Qian Ding —y alegato, tan vehemente como amargamente nostálgico, de la moral del antiguo régimen, la moral confuciana— revela toda la frustración de las grandes familias manchúes de Qing: el enemigo, y el que acabaría por lo tanto destruyéndolos, se encontraba ya en el seno del propio gobierno de la dinastía Qing. Yuan Shikai tuvo, en realidad, un papel intermedio y muy ambiguo entre esos dos campos que se gestaron en los últimos años en la ya decadente regencia de la dinastía Qing. De ministro plenipotenciario de los manchúes de Qing pasó a ser a finales de 1912 el presidente de la República de China.

[264](#) La «habitación de oro» (*jin wu*) es donde dormían los esposos y se consumaba la alianza matrimonial. Así aparece en numerosos poemas desde el periodo Tang hasta el periodo Qing.

[265](#) *Chan gong zhe gui*. Recoger las ramas en flor del árbol del osmato oloroso (*gui*) significaba en un sentido metafórico que se habían pasado con éxito los exámenes oficiales imperiales. Los exámenes imperiales eran en otoño y en esa estación se anunciaban los resultados, justo cuando el osmato oloroso florecía. El candidato exitoso «había recogido la flor de ese árbol». El palacio del sapo (*chang gong*) es una metáfora perteneciente a la imaginería taoísta de la luna (*yue*) tal y como aparece en muchos poemas del periodo Tang.

[266](#) El *zhanlong*, también conocido como *lijia*, consistía en una jaula de madera larga y estrecha en la que apenas cabía, de pie, el cuerpo de un hombre y que dejaba al condenado con la cabeza fuera. Fue en el periodo Ming, en 1585 —el decimotercer año de la era del emperador Zhu Yijun que vivió entre 1563 y 1620—, que se ideó este instrumento de tortura, y fue utilizado incluso después de caer la última dinastía imperial, la de Qing, para exhibir y transportar a los que iban a ser ejecutados. El condenado estaba obligado a pasar numerosas horas de pie dentro de esa jaula con barras de madera.

Capítulo decimosexto. Sun Bing habla de teatro

[267](#) El término *gege* significa, literalmente, «hermano mayor», pero se emplea para referirse de manera familiar a alguien que es mayor que uno y al que se respeta.

[268](#) Es decir, Yue Fei (véanse supranotas 166 y 167). Sobre la historia del suplicio en el pabellón de la ola de los vientos (*fengbo ting*), véase supranota 150.

[269](#) La obra *El banquete de la Puerta de Hong* (*Hongmen yan*) sucede en la Puerta de Hong en el año 206 a. C. y narra un acontecimiento capital en la historia de China: el intento de asesinato fallido de Liu Bang por parte de Xiang Yu, que vivió entre los años 232 y 202 a. C.) y había organizado un banquete en la Puerta de Hong para ponerle una trampa y ejecutar el crimen. Liu Bang vivió entre los años 256 y 195 a. C. y fundó la dinastía Han, que gobernó entre los años 206 a. C. y 220 d. C. La obra *Persiguiendo a Han Xin* (*Zhui Han Xin*), cuyo título completo es *Xiao He persigue a Han Xin bajo la luz de la luna* (*Xiao He yuexia zhui Han Xin*), data del periodo Yuan y narra las desventuras de Han Xin (muerto en el 196 a. C.), uno de los compañeros de Liu Bang y fundador de la dinastía Han. Ambas obras pertenecen al repertorio clásico de la ópera tradicional china.

[270](#) La historia *El verdadero y el falso rey de los monos* (*Zhen jia meihou wang*) corresponde a los capítulos 57 y 58 de novela de Ming *El viaje a Occidente*. Un mono se hace pasar por Sun Wukong para falsificar unas escrituras budistas.

[271](#) *Wusha* o *wusha mao*. Se llamaba así en general a los que trabajaban para la administración imperial, ya que todos llevaban ese gorrito con alerones de color negro.

[272](#) Alusión a lo sucedido en el capítulo 37 de *El romance de los Tres Reinos* (*Sanguo yanyi*), en el que Liu Bei (Liu Xuande) visita tres veces a Zhuge Liang, que vive retirado en su cabaña, para que acepte luchar con el bando de Han y destruir al enemigo Cao Cao de Wei. Se trata de un momento decisivo en la contienda, ya que el talento de estrategia de Zhuge Liang decantaría el resultado en favor del bando de Han (véase supranota 177).

[273](#) Alusión irónica a un comentario de la sección de los anales básicos de la dinastía Shang, *yin* (*Yin benji*) de las *Memorias históricas* (*Shiji*) de Sima Qian, en el que se habla de la relación carnal —y los placeres que se derivan, a menudo acompañados de consecuencias perniciosas para el buen gobierno del estado— entre los hombres y las mujeres de las familias nobles.

[274](#) *Kusangren*. Las «lloronas» profesionales que velaban al muerto eran mujeres de todas las edades (incluso niñas) a las que los golpes de la vida las habían puesto en una situación difícil y marginal. Por lo general, era la muerte del marido o el repudio familiar lo que las dejaba en una situación financiera difícil y cercana a la mendicidad. Tuvieron, sin embargo, un papel importantísimo en los funerales chinos

durante la época imperial y se contrataban para dar más dramatismo al funeral, ya que se consideraba que su experiencia personal las hacía más sensibles para este tipo de ceremonias y para exaltar los valores de la piedad filial (*xiao*), tal y como lo sugería el *Libro de los Ritos (Liji)*. Cobraban por velar al muerto (*kusang*) y llorar por él. Iban en grupos y vestían de blanco (el color del luto en China), y era así que eran contratadas. Había, en realidad, varios de estos grupos de mujeres que competían en los pueblos para ser contratados por las familias ricas. La ceremonia funeraria (*kusang yishi*) se hacía siempre que se podía en el Templo de Confucio (*kongfu*) de la demarcación prefectural.

[275](#) En la subprefectura de Qufu, en la provincia de Shandong, nació y vivió Confucio.

[276](#) Se refiere a Guan Yun (véanse supranotas 57 y 112). La «liebre roja» (*zhi tu ma*) de Guan Yun es un caballo célebre al final de la dinastía Han. En *El romance de los Tres Reinos* (en el capítulo 3) se dice que era capaz de recorrer más de mil *li* de un trecho. Cao Cao le ofreció a Guan Yun este caballo mítico (*El romance de los Tres Reinos*, capítulo 25).

[277](#) Véanse supranotas 150 y 245 sobre el origen histórico y mítico del nombre de la ópera de Maoqiang.

[278](#) Ese es el periodo de luto en los ritos funerarios según el *Libro de los Ritos*.

[279](#) El emperador Jiaqing. Fue el quinto emperador de la dinastía Qing. Nació en 1760 y reinó entre los años 1796 y 1820, cuando murió. Le sucedió el emperador Daoguang (véase supranota 195).

[280](#) *Lan Shuilian vende agua (Lan Shuilian ma shui)*, *La viuda Ma llora junto a la tumba (Ma guafu ku fen)* y *La tercera hermana Wang piensa en su marido (Wang sanjie si fu)*. Poco o casi nada se conoce de estas obras de la ópera de Maoqiang — aquí en el texto, con el nombre la ópera de la «melodía exuberante» (*maoqiang*)— de principios del siglo XX, en la provincia de Shandong, de donde eran originarias.

[281](#) Lunan . Se llama al área que cubre la parte sur de la provincia de Shandong. Jiaodong está en el este de la provincia de Shandong y corresponde a la península que queda entre los mares de Bohai y Huanghei.

[282](#) Se trata del violín gato (*maohu*) y el violín chino o *huqin*. Poco después también aparece otro instrumento musical llamado *maogu*: el tambor gato.

[283](#) Al fin y al cabo, en la historia de la ópera de Maoqiang que argumenta Mo Yan, es un animal, el gato, el que se impone en un territorio determinado (Dongbei, en Gaomi) sobre otros animales (el asno, el gallo...), como en una lucha de clanes y los animales (*totem*) que finalmente los representan. Se trata de la música como instrumento de organización social y tribal en un estadio anterior de la sociedad imperial o paralelo (como en la novela y a la organización confuciana imperial ya establecida).

[284](#) Alusión irónica al pabellón de los infiernos que aparece en el poema de Fan Chengda, que vivió durante la dinastía Song, entre 1126 y 1193, *Mirando el país natal desde la alta plataforma del pabellón de los infiernos* (*wang xiang tai*). En él se alude al hecho de observar en el camino al infierno el país natal y sus allegados una vez muerto. La alta plataforma es un pabellón situado en un lugar elevado desde donde se puede observar el lugar donde se ha nacido. Este lugar se encontraba en el viaje que hacían los muertos al infierno y desde ahí se podía ver por última vez a los familiares y amigos, así como el lugar donde se nació.

[285](#) Había nueve cielos en la cosmología al uso en el budismo y el taoísmo; el noveno (*jiu tian*) era el cielo más alto, el del nivel superior.

[286](#) Este fue el comentario de Liu Xuande (Liu Bei) en el capítulo 36 de *El romance de los Tres Reinos* (*Sanguo yanyi*), en el que expresaba que esos manjares no le eran suficientes para hacerle feliz dadas las circunstancias adversas que estaba viviendo.

Capítulo decimoséptimo. Xiaojia libera su canto

[287](#) Llamar a alguien «tortuga» (*bie*) en esa época, en China, tenía el mismo efecto que insultarlo.

[288](#) *Wawa diao*. Se trata de una nana o canción de cuna. Este tipo de canciones aparecía, aunque rara vez, en algunas óperas tradicionales. No tienen necesariamente una connotación peyorativa, ya que en China se consideraba tradicionalmente a los niños como unos sabios. Buda era representado a menudo como un bebé.

[289](#) *Tianqiao*. El distrito del Puente del Cielo está situado en el mismo recinto donde se encuentra el Altar del Cielo (*Tiantan*), en la que era la ciudad china o exterior, en el sur de Pekín. Durante la época del emperador Xianfeng, entre 1850 y 1861, a pesar de que todavía no era el lugar mítico en que se convertiría más tarde durante el periodo republicano, un lugar frecuentado por artistas, como acróbatas, músicos, además de mercados públicos, ya era un lugar que tenía cierto prestigio. Los miembros de la familia imperial y de las familias nobles de Pekín solían pasear por este lugar.

[290](#) Se trata de un tipo de ejecución en la que se cortaba en dos partes al condenado con una gran hacha (*zha*) y que estaba en el origen de otro suplicio muy parecido, el *yaozhan* (véase supranota 95). En *El calendario de Jade (Yuli baoshao)*, en su capítulo sexto —la octava sala o corte del infierno— (*diliu dian*), se describe la tortura del *yaozhan* como uno de los posibles castigos que puede recibir un condenado en el infierno.

[291](#) Se trata de un tipo de remolacha, *hong geng lu ye* o *hong geng tiancai* muy común en los alrededores de Pekín. Es además una planta medicinal cuyas hojas se utilizaban para las enfermedades relacionadas con el hígado. Su nombre científico es *beta vulgaris cicla*.

[292](#) Sobre la liebre roja y el caballo de Guan Yun, véase supranota 276.

[293](#) Xiaojia comete aquí un error al incluir la subprefectura de Gaomi en la prefectura de Laizhou. Gaomi dejó de pertenecer a la prefectura de Laizhou —a la que pertenecía, ciertamente, desde principios del periodo Ming— durante la era del emperador Guangxu, es decir, a partir de 1875, para pasar a pertenecer a la subprefectura de Jiaozhou.

[294](#) *Amitufo* es el Buda más importante en el Paraíso del Oeste, o Buda Amitābha, en sánscrito. Se utiliza también como expresión de asombro, agradecimiento o socorro.

[295](#) Sobre la serpiente blanca Bai Suzhen y su historia, véase supranota 37.

[296](#) Xiaqing es la serpiente verde que acaba traicionando a la serpiente blanca (Bai Suzhen) cuando esta es atrapada por el malvado monje Fahai.

Capítulo decimoctavo. El subprefecto alcanza la perfección poética

[297](#) La «perfección poética» (*juechang*), es decir, alcanzar el más alto nivel en una composición en prosa y, posteriormente, en la poesía; en particular, como se produjo en el *Li Sao* de Qu Yuan, que vivió entre los años 343 y 278 a. C.). El término fue acuñado por Sima Qian en sus *Memorias históricas* (*Shiji*) y fue empleado con frecuencia para juzgar la poesía durante el periodo Song. Sima Qian cita el *Li Sao* de Qu Yuan como ejemplo de perfección poética, y se hace alusión a este término en el capítulo diecinueve de la novela, el capítulo que sirve para introducir el monólogo del subprefecto Qian Ding. *Lisao*, que puede traducirse como «el dolor de la separación», no es una casualidad. Qu Yuan aparece como la voz del poema con un fuerte contenido autobiográfico, y en él narra su desgracia personal causada por los otros miembros de la corte. Un complot que acaba con su despedida y el repudio por parte del monarca.

[298](#) Pan An, el hombre más bello del mundo, a quien también se le llamaba Tanlang, el «joven de sándalo», era tan bello que a su paso las mujeres le lanzaban frutos para darle más fama. Fue poeta y vivió durante el periodo de los Jin del Oeste, entre los años 266 y 316. Su belleza se consideró arquetípica del canon de belleza del hombre chino. La anécdota de las mujeres y la fruta que es citada en el aria noble de Qian Ding aparece en el volumen 55 del *Libro de Jin* (*Jinshu*).

[299](#) El aroma (*xiang*) de la madera de sándalo (*tan*) estimula la paz y la unión religiosa, estimula los niveles de compasión, franqueza y comprensión, y favorece la sociabilidad. Era considerado un excelente inductor de la meditación ya que estimulaba la inducción a los rituales budistas, al equilibrar al individuo a nivel emocional, espiritual y sensorial. Además se consideraba que atraía la fortuna, la prosperidad y el dinero, transformando las energías negativas en positivas. Era un excelente protector de personas, hogares y negocios, ya que se caracterizaba por promover el entendimiento entre las partes. También era considerado un excelente afrodisíaco y tenía la función de promover la unión de la pareja.

[300](#) Sobre Zhuge Liang, el estratega de Han en *El romance de los Tres Reinos*, véase supranota 113.

[301](#) *Yadiao* o aria noble. Es una melodía elegante y rimada, y dotada de una fuerte carga emocional. Es el aria que concluye la ópera de Maoqiang *El suplicio del aroma de sándalo*.

[302](#) En 1900, obligada por las potencias extranjeras que habían ocupado Pekín y las dependencias oficiales de Qing, la emperatriz Cixi huyó a una prefectura de la provincia de Shanxi llamada Taiyuan. Ese traslado fue visto (y resentido) en la época por el pueblo chino como un signo de debilidad del gobierno de Qing y de humillación por parte de los extranjeros. Taiyuan se hizo también célebre por la matanza de misioneros. El 9 de julio de 1900, cuarenta y cinco misioneros fueron masacrados por los bóxers. Yuxian, el responsable de la matanza, era entonces gobernador de la provincia de Shanxi (véase supranota 159).

[303](#) Sima Zhao. Vivió entre los años 211 y 265. Quería tomar el poder del estado de Wei, lo que era una verdad a voces entre los gobernantes de Wei. Cao Mao, el cuarto emperador de Wei, que vivió entre los años 241 y 260, pronunció la misma frase que cita Qian Ding. Sima Zhao acabó asesinando al emperador de Wei y luego destruyó al estado de Han, lo que provocó que el personaje histórico se revistiese en lo sucesivo de una imagen negativa.

[304](#) Sobre Cao Cao, véanse supranotas 150 y 272. Tras la contienda con el estado de Han, Cao Cao, del estado de Wei, pasó a ser en el imaginario chino la encarnación del mal.

[305](#) Como de hecho así fue tras la revolución de Xinhai en octubre de 1911 en la que Yuan Shikai tuvo un papel decisivo para derrocar al gobierno de Qing.

[306](#) Las «cejas bajas» (*dimeì*) y la «cabeza gacha» (*chuishou*) son una manera de decir que se es obediente y sumiso.

[307](#) La expresión correcta es «El cuervo de oro se hunde por el oeste y el conejo de jade sale por el este». El cuervo de oro es el sol y el conejo de jade es la luna. Es una metáfora poética para hablar del crepúsculo, que tiene su origen en el poema *Las inquietudes de la primavera* (*chunchou*) del poeta de la dinastía Tang, Han Cong. También la cita el autor de Qing, Qian Cai, en el capítulo XIII de su obra *Lo que se dice en la biografía completa de Yue* (*Shuo Yue quanzhuan*). Mo Yan cambia el «cuervo de oro» (*jin wu*) por el «sol rojo» (*hon gri*). Véase supranota 172.

[308](#) La festividad de Jingzhe o del fin de la hibernación de los insectos es una fiesta que celebra la posición del sol en el cielo y tiene lugar a principios del mes de marzo

(entre los días 5 y 7).

[309](#) *Er'guotou jiu*. El vodka chino. Se trata de un aguardiente destilado en Pekín pero que era consumido sobre todo en el noreste de China, en donde está ubicada la provincia de Shandong.

[310](#) Aquí, este tipo de árbol de sándalo (*tanluan*) es utilizado, como se hacía a menudo en la poesía del periodo Tang, como una imagen de la belleza y la elegancia.

[311](#) *Bu pa guan, zhi pa guan*. Alusión a una expresión citada en los capítulos 2 y 28 de la novela de Ming, *Al borde de las aguas (shuihu quan zhuan)*, que justificaba, además de tener sin duda cierto valor anticonfuciano, la rebeldía. Se debe temer más a los que gobiernan de cerca que a los que gobiernan de lejos. Es decir, no al gobierno en sí, sino al hecho de ser gobernado y su coerción.

[312](#) Una frase clave de *El suplicio del aroma de sándalo* que expresa el significado carnavalesco en el tono caótico, irreverente y festivo de la banda de la ópera de Maoqiang —la banda de los gatos— como alternativa a la verdad oficial representada por Qian Ding. Un tono carnavalesco típico de una época de cambios profundos, de fin de una era, y de nulidad de los valores que han estado vigentes hasta el momento (véase supranota 1).

[313](#) Alusión a una célebre tesis del mariscal Yue Fei que es retomada por Qian Ding en su monólogo. Se trata de un comentario en el que no falta cierta ironía, ya que el mariscal Yue había sido el espíritu que había poseído el cuerpo de Sun Bing. La ignorancia del acto absuelve de la falta. Esta tesis aparece expresada por el personaje de Qi Feng en capítulo 63 de la novela de Qing *Lo que se dice en la biografía completa de Yue (Shuo Yue quanzhuan)* de Qian Cai. Se trata de un principio importante en la aplicación de las penas durante la dinastía Qing según el sistema legal inspirado en el confucionismo.

[314](#) Se refiere al término alemán *reiter* (literalmente, «jinete»), que designaba un tipo de soldado que apareció en Alemania durante el siglo XVI y que llevaba por primera vez dos pistolas y un espadón. La caballería del ejército prusiano se inspiraba en ese tipo de soldado.

[315](#) *Ming*, entendido como destino que liga la vida individual a la colectiva. Era

precisamente un concepto filosófico que entraría en crisis —si no lo estaba ya antes— en estos últimos años del periodo Qing, a finales del siglo XIX y principios del XX.

[316](#) El encuentro entre el subprefecto de Gaomi y magistrado Qian Ding y el actor Sun Bing tiene un significado más profundo que concierne de forma directa a la cosmología china antigua y la conclusión del capítulo final —el capítulo decimoctavo— de la novela. Se trata del encuentro entre el *ding*, que es *yin*, y el *bing*, que es *yang*. Es decir, la combinación denominada *ding-bing* o *bing-ding*, que representa la unión entre el quinto *xing* —el quinto pasillo— y el décimo *gan* —el décimo tronco celeste o décimo sol— y produce el elemento del fuego (*huo*), que es uno de los cinco elementos y el que denota la destrucción.

Postfacio. Un gran paso atrás

[317](#) La Revolución Cultural estalló en mayo de 1966 (*wenhua da geming*) como resultado de una lucha de poder en el seno del gobierno comunista, y finalizó en 1976, con la muerte de Mao Zedong. Las ocho obras modelo (*bage yangbanxi*) fueron propuestas por Jiang Qing, la esposa de Mao Zedong, y eran las únicas que podían representarse. Las ocho obras, que tomaban como modelo la ópera tradicional de Pekín con temas revolucionarios, eran *La linterna roja* (*Hongdeng ji*), *El riachuelo de Shajia* (*Shajia bang*), *Tomando la montaña del Tigre mediante el plan estratégico* (*Zhi quwei hu shan*), *El asalto del regimiento del tigre blanco* (*Qixi bai hu tuan*), *El elogio del dragón del río* (*Long jiang song*), *El puerto* (*Haigang*), *El regimiento rojo femenino* (*Hongse niangzi jun*) y *La mujer del cabello blanco* (*Baimao nu*).

[318](#) *Mohuan xianshi zhuyi*. Realismo mágico. Esta tendencia representa aquí al movimiento de novelistas hispanoamericanos, y, en particular, a Gabriel García Márquez (1927). La primera frase de *El suplicio del aroma de sándalo* parece ser un homenaje al escritor colombiano y el inicio de *Cien años de soledad* (1967): «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota...».

[319](#) *Yanchun baixue*. La nieve blanca de la primavera soleada o la nieve de la primavera. Como el título de la novela de Mo Yan (véase supranota 1), es un oxímoron que denomina un tipo de melodía muy refinada y que estaba dirigida a la aristocracia del estado de Chu. Se trata de un contraste (oxímoron) como categoría estética que aparece desde entonces muy apreciado en la poesía en lengua china. El poeta del siglo III a. C. Song Yu cuenta en su *Respuesta al rey de Chu* (*dui chu wang*

wen) cómo alguien cantó en el estado de Chu una canción en la que se hablaba de la nieve que caía en la primavera, y varias decenas de personas retomaron ese canto por considerarlo muy bello. Por otro lado, Mao Zedong, en sus *Charlas sobre literatura y arte de Yan'an* (*Yan'an wenyi zuotanhui*) de 1942, cita la «nieve primaveral» como ejemplo de lo que no se debe hacer en literatura, ya que esta debe dirigirse al pueblo llano y no ser un arte minoritario y elitista. Una idea que parece retomar Mo Yan con su comentario sobre la audiencia de su novela.

[320](#) Las «masas laboriosas» (*laoku dazhong*). Término marxista y maoísta por excelencia: la literatura (y el arte) como medio de educación de las masas laboriosas, que es la idea de base de las *Charlas sobre literatura y arte de Yan'an* (1942) de Mao Zedong.

[321](#) *Minjian wenhua*. La cultura popular. La ópera tradicional china se consideraba un arte de «cultura popular» salvo durante el periodo maoísta (1949-1976), que desvió el sentido que tenía la ópera tradicional china de educar al pueblo para fines propios (véase supranota 30).

El autor

Mo Yan

Ganador del Premio Nobel de Literatura en 2012, Mo Yan nació en la provincia rural de Shandong en 1955, en el seno de una familia de campesinos. Durante la Revolución Cultural de Mao Zedong trabajó en una fábrica y se enroló en el Ejército Popular de Liberación «para poder comer todos los días». Comenzó a escribir en 1981, cuando aún era soldado, y en 1984 se convirtió en profesor del Departamento de Literatura de la Academia Cultural de las Fuerzas Armadas chinas. Hasta la fecha Kailas ha publicado con gran éxito las novelas *Grandes pechos amplias caderas*, *La vida y la muerte me están desgastando*, *La República del vino*, *Rana*, *Las baladas del ajo*, *¡Boom!* y el libro de relatos *Shifu, harías cualquier cosa por divertirte*.